

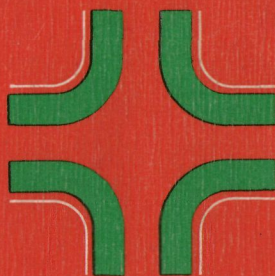
Marcel Bastin
Ghislain Pinckers
Michel Teheux

DIOS

CADA DIA

SIGUIENDO

EL LECCIONARIO FERIAI



**5/ SEMANAS XXII-XXXIV T.O.
EVANGELIO DE LUCAS**

Colección «RITOS Y SIMBOLOS»

26

Marcel Bastin
Ghislain Pinckers
Michel Teheux

DIOS CADA DIA
Siguiendo el
Leccionario Ferial

—5—

Semanas XXII-XXXIV
T.O

Evangelio de Lucas

Editorial SAL TERRAE

Santander

Indice

Presentación	11
Introducción	12

AÑOS IMPARES

Leer y comprender a Lucas:	
Lucas, el evangelista del Espíritu	15

DEL LUNES DE LA VIGESIMA SEGUNDA SEMANA	
AL MARTES DE LA VIGESIMA TERCERA	
UN ROSTRO SANTO	16

Lunes 22	Ese hombre llamado Jesús	18
Martes	La apuesta	21
Miércoles	Hablar de la fe	23

Leer y comprender a Lucas: Un evangelio escrito para los judíos	
y para los paganos (5,1 — 9,17)	25

Jueves	Capturar para ser capturado	26
Viernes	En el origen y al término de la fe	29
Sábado	Reconciliación	32
Lunes 23	Cumplir la palabra	34
Martes	En Cristo	37

DEL MIERCOLES DE LA VIGESIMA TERCERA SEMANA	
AL VIERNES DE LA VIGESIMA CUARTA	
POSIBLE	40

Miércoles	¿Dichosos?	42
Jueves	Que la Palabra habite en vosotros	45
Viernes	Benevolencia	47
Sábado	Tú eres mi roca y mi fortaleza	49
Lunes 24	Humildad	51
Martes	Dios es humano	53
Miércoles	Al sonido de la flauta	56
Jueves	Liberación	58
Viernes	Compañeros	60

Título del original francés:
Dieu pour chaque jour
 ©1986 by Desclée Editeurs
 Paris-Tournai

Traducción: *Alfonso Ortiz García*
 ©1990 by Editorial Sal Terrae
 Guevara, 20
 39001 Santander

Con las debidas licencias
Impreso en España. Printed in Spain
 ISBN: 84-293-0873-3
 Dep.Legal: BI 1696-90
 Fotocomposición: Didot, S.A.
 Bilbao

Impresión y encuadernación:
 Grafo, S.A.
 Bilbao

**DEL SABADO DE LA VIGESIMA CUARTA SEMANA
AL JUEVES DE LA VIGESIMA SEPTIMA**

HABLAR (A) DIOS	62	
Sábado	Yo siembro a voleo	64
Lunes 25	El pórtico del Reino	66
Martes	«Nuestro» Jesús	68
Miércoles	En misión	70
Jueves	Una santa curiosidad	72

Leer y comprender a Lucas:

El Reino de Dios está cerca (9,18 - 13,35)	74
---	-----------

Viernes	Herida	76
Sábado	El escándalo de la fe	79
Lunes 26	En medio de la Iglesia: el niño	82
Martes	Para caminar	85
Miércoles	Desposeimiento	87
Jueves	Para salvar la cosecha	89
Viernes	Confesión	91
Sábado	¡Animo!	93
Lunes 27	Caridad	95
Martes	Servicio de Dios	98
Miércoles	Dejarse retomar por Dios	100
Jueves	«Nos atrevemos»	102

**DEL VIERNES DE LA VIGESIMA SEMANA
AL SABADO DE LA VIGESIMA OCTAVA**

EL REGIMEN DE LA FE	104
----------------------------------	------------

Viernes	Pero ¿quién es este hombre?	106
Sábado	Palabra y vida	109
Lunes 28	Expresa a Dios	111
Martes	Por la fe	113
Miércoles	Impulsados a la conversión	116
Jueves	Justificar	118
Viernes	Nuestro padre Abraham	121
Sábado	La vida por la fe	123

DEL LUNES AL SABADO DE LA VIGESIMA NOVENA SEMANA

VIDA NUEVA	125
-------------------------	------------

Lunes 29	La fuerza de la fe	127
Martes	En traje de faena	129
Miércoles	Vigilancia	132
Jueves	El que siembra fuego cosecha vida	134
Viernes	Y sin embargo	137
Sábado	El Espíritu gime en nosotros	139

DEL LUNES AL JUEVES DE LA TRIGESIMA SEMANA

ESPERANDO	141	
Lunes 30	La energía de la esperanza	143
Martes	Sólo la eternidad cura	145
Miércoles	La esperanza a salvo	148
Jueves	Frente a todo y contra todo	151

**DEL VIERNES DE LA TRIGESIMA SEMANA
AL JUEVES DE LA TRIGESIMA PRIMERA**

MISERICORDIA	154
---------------------------	------------

Leer y comprender a Lucas:

Servidores de la gracia (14,1 — 17,10)	155
---	------------

Viernes	Dios de nuestros padres	157
Sábado	Con el delantal	159
Lunes 31	Gratuitamente	161
Martes	Ser partícipes	164
Miércoles	Seguidores	167
Jueves	Extravagancia	169

**DEL VIERNES DE LA TRIGESIMA PRIMERA SEMANA
AL SABADO DE LA TRIGESIMA TERCERA**

LA FE NOS SALVA	171
------------------------------	------------

Viernes	Decidirse	173
Sábado	Los bienes de la tierra	175
Lunes 32	La oración de la fe	178
Martes	Por gracia	180

Leer y comprender a Lucas:

Ante el Reino que viene (17,11 — 19,28)	182
--	------------

Miércoles	Llamados a la salvación	183
Jueves	Noche	185
Viernes	El día de Dios está ahí	188
Sábado	El trabajo de la oración	190
Lunes 33	El corazón y los ojos	192
Martes	Hoy me quedo en tu casa	194
Miércoles	Arriesgar	196

Leer y comprender a Lucas:

La venida del Hijo del hombre (19,29 — 21,38)	199
--	------------

Jueves	Adhesión	200
Viernes	Subamos a purificar el santuario	202
Sábado	Vida nueva	205

DEL LUNES AL SABADO DE LA TRIGESIMA CUARTA SEMANA
LA VIRTUD DE LA ESPERANZA 207

El universo apocalíptico 208

Lunes 34	¡Dichoso el pobre!	210
Martes	¿Es ya el fin?	212
Miércoles	Perseverancia	215
Jueves	Encinta-Recinto	217
Viernes	Conversión	221
Sábado	¡En guardia!	224

AÑOS PARES

Iglesia y Evangelio 227

DEL LUNES AL MIERCOLES DE LA VIGESIMA SEGUNDA SEMANA
CONVERTIDOS 229

Lunes 22	Hoy	230
Martes	Espirituales	232
Miércoles	Ser de la Iglesia	234

DEL JUEVES DE LA VIGESIMA SEGUNDA SEMANA
AL VIERNES DE LA VIGESIMA TERCERA
NOVEDAD 236

Jueves	Atrapado para quedar prendado	237
Viernes	El ayuno de las bodas	239
Sábado	Consagración	241
Lunes 23	Moldeados por el Espíritu	242
Martes	Elegidos	244
Miércoles	La situación invertida	246
Jueves	Amar hasta la locura	249
Viernes	Semejanza	251

DEL SABADO DE LA VIGESIMA TERCERA SEMANA
AL MIERCOLES DE LA VIGESIMA CUARTA
CARIDAD 253

Sábado	Comunión	254
Lunes 24	Fracción del pan	256
Martes	Cuerpo	258
Miércoles	Amor	260

DEL JUEVES AL SABADO DE LA VIGESIMA CUARTA SEMANA
AMASADOS DE VIDA 262

Jueves	El Evangelio de la Resurrección	264
Viernes	¡Está vivo!	266
Sábado	A imagen del Resucitado	269

DEL LUNES AL SABADO DE LA VIGESIMA QUINTA SEMANA
VOCACION 271

El libro de los Proverbios y la literatura sapiencial 272

Lunes 25	Luz	273
Martes	Asunto de familia	275
Miércoles	Sin seguridades	276
Jueves	No se emigra de lo humano	278
Viernes	Herida	281
Sábado	Desencanto	283

DEL LUNES AL SABADO DE LA VIGESIMA SEXTA SEMANA
NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACION 285

Lunes 26	Prueba	288
Martes	¿Por qué?	290
Miércoles	Despojo	292
Jueves	Contra toda esperanza	294
Viernes	Deuda sagrada: la gracia otorgada	296
Sábado	Te han visto mis ojos	298

DEL LUNES DE LA VIGESIMA SEPTIMA SEMANA
AL MIERCOLES DE LA VIGESIMA OCTAVA
INVERSION 300

Lunes 27	Cuando no se tiene más que ofrecer para ser compartido que el amor	301
Martes	Servicio de Dios	304
Miércoles	Como el hermano mayor	306
Jueves	Tiene que abrirse o cerrarse una puerta	308
Viernes	Nuestro padre Abraham	310
Sábado	Adopción	312
Lunes 28	Libertad	313
Martes	De la servidumbre al servicio	315
Miércoles	Espiritualización	317

DEL JUEVES DE LA VIGESIMA OCTAVA SEMANA
AL JUEVES DE LA TRIGESIMA
UN LARGO CAMINO 319

Jueves	Ante el tribunal de la historia	321
Viernes	Hijos de la luz	323
Sábado	Exito	325
Lunes 29	Vivir	328
Martes	Con la lámpara encendida	331
Miércoles	Estar preparados	334
Jueves	Incendio	336
Viernes	El vínculo de la misión	338
Sábado	La Iglesia de la paciencia	340
Lunes 30	La creación del día séptimo	342
Martes	La parábola del amor	344
Miércoles	No hay privilegio que valga	346
Jueves	¡El año que viene en Jerusalén!	348

DEL VIERNES DE LA TRIGESIMA SEMANA	
AL MARTES DE LA TRIGESIMA SEGUNDA	
SERVIDORES DE LA GRACIA	350

Viernes	En seguida	351
Sábado	El último puesto	353
Lunes 31	El reinado de la humildad	355
Martes	«Naturalización»	357
Miércoles	Abogados a la pasión	360
Jueves	Dios al revés	362
Viernes	Se precisa administrador hábil	364
Sábado	Devaluación	366
Lunes 32	¡En guardia!	368
Martes	Otra cosa	370

DEL MIERCOLES DE LA TRIGESIMA SEGUNDA SEMANA	
AL MIERCOLES DE LA TRIGESIMA TERCERA	
FRENTE AL REINO QUE VIENE	371

Miércoles	La lección de un herético	372
Jueves	«Domesticar» el tiempo	375
Viernes	Ruptura	377
Sábado	La viuda importuna	379
Lunes 33	Hacia la luz	381
Martes	Fiesta	384
Miércoles	Fidelidad	386

DEL JUEVES DE LA TRIGESIMA TERCERA SEMANA	
AL SABADO DE LA TRIGESIMA CUARTA	
ADVENIMIENTO	388

Jueves	La clave de la historia	390
Viernes	Tienes que profetizar	392
Sábado	Mundo nuevo	394
Lunes 34	El cántico de los salvados	396
Martes	La esperanza para atravesar la historia	398
Miércoles	Testimonio	400
Jueves	Aquel día	402
Viernes	Brotos de primavera	404
Sábado	Vigias del futuro	407

Para un comentario continuado del Evangelio de Lucas	409
---	-----

INDICE TEMATICO GENERAL DE LOS CINCO VOLUMENES	411
--	-----

Presentación

El presente volumen es el último de una serie de cinco que, en su totalidad, abarcan el conjunto del Leccionario Ferial. En contraste con la abundancia de comentarios y propuestas de oraciones de que se dispone para los domingos de los ciclos, A, B, y C, se echaba de menos un servicio análogo dedicado a los días feriales de cada semana. La aparición de la presente obra viene a ocupar ese vacío.

La estructura y la organización de este volumen son semejantes a las de los precedentes. En él se va siguiendo el orden de los días feriales de cada semana, agrupándolos por tiempos litúrgicos o por conjuntos coherentes introducidos, en cada caso, por una presentación.

Para cada uno de los días feriales se dispondrá de los siguientes elementos:

1. Un *breve comentario de las lecturas y del salmo*. Un escritor profesional ha extraído, de los diferentes textos sagrados, un mensaje substancial, claro y armónico.

2. Una *página espiritual* destinada a la meditación personal, a la preparación de la homilía o a otros usos, personales y colectivos, fuera de la misa.

3. Una *propuesta de oraciones* destinadas a prolongar la meditación mediante la acción de gracias, por ejemplo, o a ser repetidas durante el día. Esas oraciones llevan la marca del lenguaje bíblico.

Estos elementos no pretenden, en modo alguno, suplantar los textos y oraciones propuestos por la liturgia. Al contrario, por el hecho de servir de ayuda en la preparación de los mismos y permitir su prolongación, las oraciones aquí propuestas tienden a favorecer el mismo acto litúrgico. Las páginas que siguen, nacidas de la liturgia eucarística, desearían ofrecer para la santificación de cada día algunas frases que hagan brotar, como de un manantial, los beneficios espirituales de ese acto privilegiado.

Introducción

En el tomo I (Cuaresma y Tiempo Pascual), de los cinco que integran esta obra, expusimos el sentido de nuestro trabajo de la misma y las maneras posibles de utilizar sus contenidos.

Este tomo abarca las semanas 22 a 34 del Tiempo Ordinario, años impares y pares. Habiendo optado por una división a partir de la lectura de los tres evangelios sinópticos, el presente tomo cubre las semanas en que se lee el *Evangelio según san Lucas*.

La exégesis del evangelio (que es leído cada año) se da en la parte que corresponde a los años impares. Para los años pares, basta con remitir al lugar correspondiente.

El principio general que dirige las reflexiones espirituales de este tomo es el mismo que imperó en las de los tomos precedentes: cotejar ambas lecturas y aclarar la una con ayuda de la otra, siempre que sea posible hacerlo sin forzar demasiado los textos.

El lector que desee centrar su reflexión de cada día en un comentario continuado del evangelio, podrá hacerlo con ayuda de un índice que se encuentra al final del libro y que le remitirá unas veces al año impar, y otras al par.

Al final de este tomo, se encontrarán diversos índices que facilitarán la utilización de los comentarios espirituales aparecidos en la serie. El índice temático ha sido elaborado con arreglo a unos cuantos ejes importantes: la fe y su decisión; la fe, sus exigencias y consecuencias; la imagen de Dios; la imagen de Cristo; la Iglesia, pueblo de los creyentes; la vida espiritual. Un segundo índice establece la correspondencia entre la liturgia dominical y la liturgia ferial. Sabido es, en efecto, que muchas de las perícopas leídas en días feriales se repiten en uno de los tres ciclos dominicales; las páginas espirituales destinadas aquí a la liturgia diaria, podrán introducir así a la Palabra celebrada el domingo.

Tiempo ordinario

Semanas 22-34

Evangelio según san Lucas	Baruc
1.ª Carta a los Tesalonicenses	Jonás
Carta a los Colosenses	Malaquías
1.ª carta a Timoteo	Joel
Esdras	Carta a los Romanos
Ageo	Sabiduría
Zacarías	1.º libro de los Macabeos
Nehemías	Daniel

El tercer evangelio tiene un sabor especial. Es quizás, entre los sinópticos, el más acorde con la sensibilidad de hoy, tal vez porque encaja el anuncio de la fe y la novedad de la revelación manifestada en Jesucristo en las esperanzas comunes a todos los hombres y en los valores que sustentan la esperanza universal. Lucas se dirige a los paganos: por eso su mensaje encuentra un eco tan grande en nuestro corazón, marcado por los interrogantes contemporáneos. Es además un evangelio para nuestro tiempo, porque esboza un rostro de Dios que constituye la revolución —la conversión— cristiana. Con razón se le ha llamado el evangelio de la misericordia. Un Dios distinto, diferente de lo que espontáneamente ponemos bajo la imagen de Dios: ése es el Dios de Lucas.

La confrontación del evangelio con los extractos de las cartas paulinas que se nos proponen resulta, en este sentido, fructuosa. Lo único que Pablo tiene que decir a las jóvenes comunidades que ha fundado es esa novedad de la fe cristiana y la revolución que engendra en la vida de los creyentes. Novedad que nace de una palabra que es gracia, novedad de una vida trastornada por la misericordia infinita de un Dios que se ofrece a los hombres. Novedad de una fe que no tiene más seguridad que la promesa recibida.

También los profetas del destierro ponen de manifiesto ese mismo desconcierto. La esperanza tendrá la última palabra. Y no porque se base en esperar a pesar de todos los pesares y de todas las vicisitudes de la historia, sino porque, con todos los creyentes de todas las edades, nosotros no podemos ofrecer más que un humilde testimonio: Dios ha venido a estar con nosotros para hacer suyas nuestras pruebas. Nuestro destierro desemboca, pues, en un retorno: con el anuncio del evangelio, volvemos a nuestra casa, a la tierra de la promesa.

Leer y comprender a Lucas *Lucas, el evangelista del Espíritu*

Nadie duda que Lucas escribió para los no-judíos; pero ¿sabemos medir todas las consecuencias de esta afirmación? Los paganos introducen una novedad radical en la iglesia de los primeros tiempos; no poseen nada de la cultura religiosa de los judíos. ¿Cómo hablarles de Moisés, por ejemplo, si entre ellos no ha crecido la esperanza mesiánica?

Así pues, no hay que extrañarse de ver al evangelista inaugurar un método pedagógico nuevo. No empieza por anunciar a Jesucristo o, si lo hace, es poniendo mucho cuidado en destacar todos los valores humanos de los que ya viven los paganos. Les exhorta incluso a vivir profundamente esos valores, puesto que sabe que en ellos sopla el Espíritu y que son, por eso, una buena base para el anuncio de la Buena Nueva.

En efecto, el Espíritu es el principal actor del tercer evangelio. Si los cristianos de Lucas ignoran por completo las tradiciones histórico-religiosas de los judíos, tienen, sin embargo, la experiencia de las comunidades cristianas, cuya vida les interpeló antes de su conversión y de las que ahora son miembros. Así pues, se han hecho cristianos gracias al testimonio de unos hombres y unas mujeres que vivían del Espíritu. Si hay un mensaje que Lucas quiere transmitir, es que el Espíritu del que vive la Iglesia es exactamente el mismo del que vivió Jesús. Los cristianos y Jesús son contemporáneos, porque viven del mismo Espíritu. Por eso el método de Lucas será inductivo: el evangelista parte de hechos constatables por sus lectores para llevarlos insensiblemente a Jesucristo. Por eso la lectura del tercer evangelio es inseparable de la de los Hechos de los apóstoles.

Desde las primeras páginas se subraya la acción del Espíritu. En la Anunciación, el Espíritu está presente para avalar la nueva creación que va a empezar a elaborarse en el seno de la Virgen; también está presente en el bautismo de Jesús y en su primera predicación en Nazaret, para garantizar la autenticidad del mensaje anunciado por el joven profeta. En efecto, de labios de Jesús sale una palabra extraña, un mensaje de gracia para todos los hombres amados de Dios. ¿Tiene este mensaje posibilidades de ser escuchado? Lucas ha vivido muy de cerca la experiencia de la misión para no proponer una respuesta a esta cuestión fundamental para la Iglesia. Compañero de Pablo en los grandes viajes misioneros del apóstol, ha constatado el impacto favorable que esta Palabra tiene sobre los paganos. Por eso, para él el porvenir está asegurado: la palabra de gracia no volverá sin haber dado fruto.¹

1. Cf. J. RADERMACKERS y Ph. BOSSUYT, *Jésus, Parole de la Grâce selon saint Luc*, Bruxelles 1982.

UN ROSTRO SANTO

¡Un rostro es todo un encuentro! El rostro es algo admirable y misterioso. Si uno se deja prender por su presencia, interpelar por su mirada, ¡qué milagro!

El rostro no tiene más fuerza que su misma presencia para invitar al encuentro; no tiene más manera de manifestarse que ofreciéndose. El rostro no tiene sentido para mí más que porque da sentido a mi vida. Y la aparición de un rostro en una vida no necesita largos discursos para demostrar la revolución que inaugura: da el sabor de vivir.

Jesús es el Rostro santo de Dios. Es el Icono del Dios invisible. En este hombre creemos que se concentra toda la aventura de los hombres con Dios. En los rasgos de la vida de ese hombre, Dios nos muestra que no renuncia a asumir los sueños humanos y que transfigura ya la esperanza de los hombres en realidad eterna. En Cristo hemos atravesado una frontera: se nos ha revelado la cara oculta de las cosas. Nos hemos hecho capaces de eternidad.

Tenemos que cumplir la palabra de Dios: es decir, llevarla a su cumplimiento, permitirle que se haga realidad, que despliegue sus virtualidades ocultas, que lleve a cabo su dinamismo. Un rostro es bello no sólo porque es objeto de contemplación —los museos están llenos de «rostros hermosos»—, sino porque engendra el encuentro, la relación; porque crea algo nuevo. El rostro está hecho para ser acariciado y besado. Y nadie agotará entonces su riqueza. Ningún rostro podrá jamás convertirse en retrato sin morir.

Dios ha vinculado para siempre el rostro de su Hijo al de la humanidad. Jesús, Icono de Dios, no será nunca un retrato adorable: este Rostro santo estará siempre modelado en los rasgos vivos de la humanidad transfigurada por la ternura de Dios.

*

**

**¡Hijo único, Jesucristo!
En tu Rostro contemplamos
la gloria con que brillas
junto a Dios desde antes de los siglos.**

**Tú, que vives entre nosotros,
¡Verbo, lleno de toda gracia!,
enséñanos la verdad,
transfórmanos a imagen tuya.**

**A ti, Padre santo, la gloria,
y a tu Hijo la alabanza,
con el Espíritu consolador,
siempre, en todas partes, por todos los siglos.**

ESE HOMBRE LLAMADO JESUS

1 Tesalonicenses 4,13-17. *Pablo trata una cuestión que preocupó enormemente a los primeros cristianos. En efecto, la primera generación cristiana —incluso Pablo— estaba convencida de la inminencia del retorno de Cristo, pero ignoraba por completo la fecha de ese retorno. Por eso se preocupaba de saber cuál sería, en la parusía, la suerte de los cristianos fallecidos antes de ese acontecimiento. De hecho, la cuestión recaía sobre la resurrección e interesaba sobre todo en los ambientes griegos, impermeables a toda idea de supervivencia corporal. Pablo basa su respuesta en la resurrección de Cristo e insiste en el poder divino que resucitó a Jesús. Ese mismo poder es el que hará levantarse a los muertos.*

En cuanto a la descripción del encuentro de los creyentes con su Señor, saca sus imágenes de la apocalíptica más tradicional. Hace referencia además, a una enseñanza de Cristo, bien porque Pablo tuviera en cuenta el conjunto de las palabras de Jesús sobre el final de los tiempos, bien porque esta expresión designara una adquisición de la reflexión cristiana, guiada por el Espíritu.

El Salmo 95 ha de situarse entre los himnos. Figura aquí por sus elementos teofánicos, que sugieren el retorno de Cristo.

Lucas 4,16-30. *¿Primera predicación en Nazaret? Desde luego; pero detrás de Jesús, que entra en la sinagoga para tomar el libro de las Escrituras y comentar al profeta Isaías, está Pablo, que predica a los judíos de la sinagoga, y Esteban, cuyo discurso provocó la ira de los miembros del sanedrín. Por lo demás, detrás de todo el evangelio de Lucas están los Hechos de los apóstoles, o sea, la experiencia acumulada a lo largo de los viajes misioneros.*

Primera predicación... Movido por el Espíritu de su bautismo, Jesús habla a los judíos por primera vez; de sus labios sale un mensaje de gracia. Relee su misión a la luz de Isaías: ha sido enviado para anunciar el «año» de beneficios de parte del Señor, un año jubilar, el año de la liberación de la tierra y de los hombres. Mensaje de gracia, porque Jesús ha interrumpido intencionadamente la cita del profeta antes de su final amenazador: «un día de venganza de nuestro Dios». El año jubilar es, pues, el del Gran Perdón.

Pero la vida de Jesús atestiguará el hecho de que un profeta no es nunca bien acogido en su tierra. La gente de Nazaret conocía demasiado bien al hijo del carpintero; no lograrán descubrir al Hombre nuevo, marcado por el Espíritu. Entonces, como lo atestigua el pasado, hay que dejar la Sinagoga y llevar la palabra a los paganos, tanto a la viuda de Sarepta como al leproso sirio.

*
**

«Vino (Jesús) a Nazaret donde se había criado». Se llamaba Jesús de Nazaret. Y los primeros apóstoles anunciaban lo siguiente: «A Jesús Nazareno... vosotros lo matasteis clavándole en la cruz por mano de los impíos; a éste, Dios le resucitó de entre los muertos».

«Será llamado Nazareno...» No creemos en una idea, sino en un hombre situado en el tiempo y en el espacio. Lo que anunciamos es una realidad de nuestra historia, no unas ideas; no sólo unas experiencias místicas, ni mucho menos una ideología, sino un acontecimiento sucedido y experimentado en medio de unos hombres concretos, que fueron desde entonces testigos y heraldos de la Palabra.

Jesús no es un mito. Es un hombre que vivió en un contexto temporal, en un ambiente sociológico determinado. Arraigado en un terruño, en un linaje, perteneció a una familia, aprendió la Biblia con los demás. Trabajó como carpintero, que era algo así como «un hombre para todo» en aquella época. Tuvo amigos de todas clases, discutió con los representantes de la religión oficial y de las diversas sectas. Habló, actuó, vivió en medio de un pueblo muy concreto, adoptando su fe y sus costumbres, hablando su lenguaje, participando de su psicología.

Jesús es un hecho, y nuestro cristianismo sería falso si no tomásemos en cuenta la verdad «carnal» de ese hecho, la densidad de la encarnación. Jesús es un hombre; y lo que importa es qué hombre fue. Ese es el motivo de las cuestiones que se plantearon en Nazaret, cuando el evangelista Lucas nos presenta, en el pórtico de su relato, un retrato de Jesús. Porque la realidad de la encarnación no agota la inteligencia de estas tres palabras: Jesús de Nazaret. El escándalo nace de la vinculación entre estas dos afirmaciones: Jesús es de Nazaret; pero es también aquel que, al desarrollar el libro de las Escrituras en la sinagoga, declara a propósito del pasaje de Isaías: «Esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy».

En ese hombre creemos que se concentra toda la aventura de los hombres con Dios. El es la cima y el todo de la Revelación. «Esta Escritura se ha cumplido hoy». Un hoy eterno, ya que es la provocación permanente de ese hombre llamado Jesús. No creemos solamente en un gran hombre, en un héroe admirable de nuestra humanidad. Afirmamos que él es «la última palabra» de Dios.

«Esta Escritura se ha cumplido hoy». Hoy se ha cumplido el encuentro. Ya que es en nuestro hoy vulgar en donde nos vemos provocados a la fe. Y se abre ante nosotros toda la grandeza de nuestra vida cotidiana: es ahí, en el hoy humilde de cada día, donde encontramos a Dios cuando, al confrontarnos con la revelación de este hombre Jesús, decimos: «Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna». Sólo estas palabras dicen de verdad la totalidad del misterio.

*
**

**Hoy se ha cumplido tu palabra:
tu Verbo, tu Hijo único, toca nuestro corazón
y cada día es el tiempo de su revelación.
Bendito seas, Dios, que cumples tu palabra:
que nuestro hoy que pasa se abra y florezca en eternidad,
en encuentro para siempre.**

Martes de la vigésima segunda semana

LA APUESTA

1 Tesalonicenses 5,1-6.9-11. *Lo mismo que Jesús, Pablo cree inútil discutir sobre «el tiempo y el momento», pero insiste en el carácter repentino del Día del Señor: llegará en el momento en que no lo esperen los hombres. De hecho, ¿no viene todos los días?*

Esta palabra no encierra ninguna amenaza; pero sí quiere ser una advertencia y una llamada a la vigilancia. Los cristianos han de saber que pertenecen a la luz, no a las tinieblas; el camino que siguen conduce a la vida, no a la muerte. La voluntad de Dios es una voluntad de salvación, «no nos ha destinado para la cólera, sino para obtener la salvación por nuestro Señor Jesucristo». Y esto es verdad tanto para los vivos como para los muertos.

El salmo 26 es una mezcla de una lamentación individual (vv. 7-14) con un salmo real de confianza (vv.1-6). Este último se deja ver, sobre todo, en el v.4, donde se habla de velar por el santuario de Yahvé, cosa que es una tarea eminentemente real. No obstante, esta vigilancia se nos recomienda hoy a todos los cristianos; por lo demás, se trata de velar por el Templo nuevo, es decir, por la Iglesia.

Lucas 4,31-37. Jornada en Cafarnaún, campo de actividad por excelencia de Jesús. A primera vista, esta jornada-tipo se distingue poco de la que describe el evangelio de Marcos (1,21-44): una curación en la sinagoga en día de sábado; la irrupción del Dios santo en la vida de un hombre que capta, en toda su brutalidad, la distancia que lo separa de la divinidad. Pero, mientras que Marcos subraya la novedad de la enseñanza de Jesús (1,27), Lucas insiste en su carácter de acontecimiento. El exorcismo se convierte en un dâbâr, en una palabra que desconierta e interpela.

*
**

¡Les asombraba su enseñanza! Se levanta un hombre en nombre de Dios, y el mundo se convulsiona. Se ve literalmente «convertido», revuelto, trastocado: ¡se alejó el mundo viejo y ha nacido ya un mundo nuevo! La verdad es que lo que vemos en el Evangelio no es un mundo al revés, sino el mundo al derecho. Porque el hombre no está hecho para ser poseído por otro, para estar desposeído de sí mismo, envilecido, encadenado por unas fuerzas que es incapaz de dominar. El hombre, según la voluntad eterna del Dios creador, está hecho para vivir en pie, libre, con los ojos levantados al cielo.

Jesús le interpeló vivamente. Palabra que trae la vida, como esas llamadas que a veces se nos lanzan como una violenta provocación a salir de nosotros mismos, como una racional contestación a nuestra mezquindad y a nuestra cicatería.

Hoy los nuevos sabios escriben: «No, no acunaremos ya los sueños de los hombres en nuestros brazos, porque sabemos que son vanos y que nosotros somos impotentes; pero sigue en pie la exigencia, que ha de ser nuestra obsesión, de mantener la más loca y la más insensata de las apuestas, la de cambiar al hombre en lo más profundo que hay en él» (Bernard-Henri Lévy). Hoy Dios nos da un signo de que el cambio del hombre en lo más profundo que hay en él —¿no es eso lo que llamamos salvación?— no es «la más insensata de las apuestas»; El la mantiene. «¡Sal de ese hombre!»

Y ese signo somos nosotros mismos cuando, bajo la dirección del Espíritu, formamos la Iglesia de Jesucristo. «Vosotros, hermanos, no vivís en la oscuridad, ... todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día, porque Dios nos ha destinado a obtener la salvación de nuestro Señor Jesucristo». Señal de que se mantiene la apuesta somos nosotros mismos cuando, basados en la fe en la palabra del Salvador, nos esforzamos en liberarnos de las fuerzas de esclavitud de nuestro tiempo para hacernos discípulos de la libertad del Evangelio. Lo somos cuando, cueste lo que cueste, intentamos ser artesanos de la paz; cuando, sin desesperar y sin caer en la ingenuidad, damos testimonio de la esperanza y de que es posible un porvenir; cuando, a pesar de nuestras divisiones y de los separatismos del mundo, nos reunimos en torno a una misma Palabra y a un mismo Pan.

Todos se preguntaron entonces: «¿Qué palabra es ésta?». Dios no renuncia a asumir los sueños de los hombres, sino que, ya ahora, los hace realidad de cada día.

**

Tú dices y haces.

Dios creador,

**renueva la faz de la tierra
y seremos salvos.**

Nos vemos poseídos por muchos males que nos desbordan.

«Sal de ese hombre»...

Que tu palabra nos libere;

Señor, ten piedad de nosotros.

Hay muchos sufrimientos que nos desesperan.

«Sal de ese hombre»...

Que tu palabra sea nuestro porvenir;

Cristo, ten piedad de nosotros.

El pecado nos tiene todavía sumergidos.

«Sal de ese hombre»...

Que tu palabra sea nuestro perdón;

Santo de Dios, ten piedad de nosotros.

Miércoles de la vigésima segunda semana

HABLAR DE LA FE

Colosenses 1,1-8. *La iglesia de Colosas plantea los mismos problemas que la de Efeso, en el sentido de que la comunidad comienza también allí a resentirse de la influencia perniciosa de las doctrinas gnósticas. Recordemos que la gnosis es un movimiento especulativo que alcanzó su apogeo a lo largo del siglo II p.C.; extendido tanto por el mundo judío como por el mundo pagano, se basaba en una visión dualista del universo. Este hecho explica que, desde el comienzo de la epístola, Pablo confirme con su autoridad apostólica la predicación de su discípulo Epafras, colosense de origen, fundador de la comunidad. La epístola demuestra igualmente la prudencia con que el apóstol trata con una iglesia que no ha edificado él personalmente. Sus primeras palabras son para alabar la fe y la esperanza de los Colosenses, cimentadas en la Buena Nueva.*

¿Es segura la paternidad paulina de la epístola? Lo mismo que con la carta a los Efesios, las opiniones son dispares, teniendo además en cuenta que la carta a los Colosenses ofrece semejanzas con cartas de diversas fechas. Así, si la amenaza gnóstica nos hace pensar en un ambiente impregnado del pensamiento paulino, pero perteneciente ya a la generación post-apostólica, la reflexión cristológica se relaciona con los temas en torno a Adán, que son característicos de la carta a los Romanos.

El salmo 51 figura entre los salmos de acción de gracias. El v.10 recuerda la confianza que guió al fiel hasta Yahvé; el v.11 introduce la acción de gracias propiamente dicha.

Lucas 4,38-44. «Pablo recibía a todos los que acudían a él; predicaba el Reino de Dios y enseñaba lo referente al Señor Jesucristo» (Hch 28,30-31). «También a otras ciudades tengo que ir para anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios, porque a esto he sido enviado» (Lc 4,43). Lucas subraya la continuidad que ha descubierto entre la predicación de Jesús y la de Pablo; de este modo relaciona la experiencia de las comunidades helenistas con el acontecimiento-Jesús. Efectivamente, para él no hay distinción alguna entre el tiempo de la Iglesia y el de Jesús, pues en ambos casos es el mismo Espíritu el que actúa.

Una nueva curación: la de la suegra de Simón, que inaugura la lista de todos los que se pondrán al «servicio» de la joven comunidad. Finalmente se habla de muchas curaciones y exorcismos «a la caída del sol», del sol que desaparecerá en el momento de la muerte de Jesús (23,44).

**

*Un evangelio escrito para los judíos
y para los paganos (5,1 — 9,17)*

«Tenemos noticias de vuestra fe»: esas son las primeras palabras que Pablo dirige a los Colosenses. Creer es un acto, no un sentimiento piadoso. Con la fe ocurre lo mismo que con el amor: poniéndola en práctica es como se descubre lo que es. La justificación última de la fe es su misma existencia; la verdad de la fe sólo se prueba... probándola, viviéndola; yo sé que la fe tiene un sentido porque da un sentido a mi vida, porque da una base a mi acción, libera mi pensamiento y afianza mi gusto por la vida. El amor no necesita largos discursos para demostrar su importancia: basta con que sea fuente de gozo, de placer, de don y de vida. La fe son las obras de la fe. La fe es la gloria de los creyentes; quizá hemos olvidado que «creyente» es un participio presente: ¡la fe se conjuga en voz activa! La Buena Nueva se revela cuando los ciegos ven, cuando los cojos andan, cuando los sordos oyen. El Evangelio está escrito en voz activa: por eso el cristiano es un «practicante».

La fe es una práctica, porque se modela sobre Jesús, y sobre Jesús Salvador. Porque El vive en mí y dentro de mí —y no es sólo que uno está delante de mí, invitándome a seguirle—, por eso puedo afirmar que, viviendo según su llamada, estoy en la fe. «No soy yo el que vive; es Cristo el que vive en mí». Porque está dentro de mí, verdad y palabra, puedo vivir su palabra y obrar según su verdad. Porque es dentro de mí fuente de vida, por eso su vida anima ya mi corazón, mi inteligencia y mis gestos.

«Damos gracias por vuestra fe». Bendecimos a Dios, no por vuestros méritos o por vuestras buenas obras; no os damos un certificado de buena conducta ni medallas por vuestro comportamiento. Cuando bendecimos a Dios por vosotros, es por lo que El ha hecho dentro de vosotros. Como dice muy bien una oración litúrgica: «Para ofrecerte nuestra alabanza, sólo podemos basarnos en tus propios dones». Hay un círculo entre el acto de creer y los frutos de la fe, porque en última instancia, el origen y el término de la fe son idénticos: el encuentro de Dios.

*

**

**Aumenta en nosotros la fe:
sólo esta oración puede ser oída.
Dios y Padre nuestro,
bendito seas por lo que ya has hecho en nuestras vidas.
Y sé alabado ya desde ahora
por lo que tu gracia seguirá haciendo en nosotros.**

Los Hechos de los Apóstoles nos informan del desarrollo de la primera misión cristiana. En general, los predicadores se dirigieron primero a los judíos; pero, ante la desconfianza y hasta la hostilidad declarada que encontraban en las sinagogas, se dirigieron luego a los paganos. Así es como la Iglesia agrupó pronto a personas convertidas, salidas del ambiente judío y del ambiente pagano, que tuvieron que aprender a vivir juntas.

La existencia de tradiciones religiosas diferentes impidió que se le dirigiera a los unos y a los otros una palabra común. Así pues, la única palabra de Dios se diversificó para salir al encuentro de las aspiraciones religiosas de cada uno. Es interesante seguir la demostración que hace Lucas de este hecho a partir del c. 5.

Destacan dos figuras, cada una de las cuales simboliza a una de las dos comunidades. Primero, Pedro, el pescador del lago de Galilea. La palabra que Jesús le dirige le revela la gravedad de su pecado, al mismo tiempo que la santidad del que le habla. Se ve bien entonces cómo, detrás de Pedro, están todos los grandes profetas judíos, Isaías y los demás, pero también el pueblo entero de la Alianza, llamado a la esperanza cuando Yahvé bendijo a Abraham y a su descendencia, así como al testimonio después de que se le confió la ley del Sinaí. Pero hoy, junto con Pedro, es toda la Iglesia, nuevo Israel, la que está llamada a vivir la ley de las bienaventuranzas, después de haber oído el recuerdo de los grandes temas mesiánicos (5,1-6,49).

Después de Simón, Jesús se dirige al centurión romano (7,1-10). Sin embargo, aquí no se habla de llamada ni de testimonio. Al contrario, al centurión le remite al lugar de donde había venido. No obstante, algo ha cambiado: su vida tiene ahora un sentido; sabe que lo que él vive lleva ya el sello del Espíritu; por eso debe llevar hasta el extremo el celo que ha desplegado por su esclavo enfermo. Es Jesús el que le ha hecho tomar conciencia de todo esto; o mejor dicho, es el Resucitado, aquel que en el camino de Naím le devolvió a una madre su hijo (7,11-17) y el que dio su oportunidad a la prostiuta de la ciudad, mostrándole que su corazón valía mucho más que su vida (7,36-50).

Así pues, los judíos y los paganos convertidos nacieron de una Palabra idéntica, pero diversificada. Ahora, en cada uno de los dos grupos se plantea una cuestión: ¿quién es Jesús? Esta cuestión encuentra eco tanto en el corazón del que creyó (8,21) como entre los que están aún al margen (9,9). ¿Quién es ese Jesús que envía a los Doce en misión (9,1-6)? ¿Por qué reúne a la gente en el desierto y para qué tipo de comida (9,10-17)?

CAPTURAR PARA SER CAPTURADO

Colosenses 1,9-14. *La oración de Pablo alude a las dificultades que han surgido en la iglesia de Colosas y que han motivado el informe que Epafras ha hecho al apóstol. La unidad de la comunidad eclesial se veía amenazada por la aparición en su seno de tendencias gnósticas. Pues bien, una de las características de la gnosis era la de ilusionar a los cristianos con el espejismo de poder llegar a un conocimiento superior de los misterios, conocimientos que complementarían la fe en Cristo y que los pondría por encima de los simples fieles. Por eso no hemos de extrañarnos del tono polémico de la oración de Pablo: «Le pedimos (a Dios) que lleguéis al pleno conocimiento (epignosis) de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual».*

De hecho, la ambición de los gnósticos de llegar a un conocimiento superior era a la vez vana y perversa. Vana, porque ignoraba que la cruz de Cristo, fuente única de salvación, había hecho pasar ya a los creyentes del reino de las tinieblas al de la luz. Perversa, porque acababa reduciendo a la nada a esa misma cruz. En última instancia, los gnósticos forman parte del hombre de un esfuerzo personal, siendo así que es, ante todo, un don divino.

Pero de esta lucha emprendida por Pablo no hemos de deducir que tenga a las «obras» por superfluas e inútiles. Al contrario, el apóstol se esfuerza en corregir la tendencia de los gnósticos a destacar el conocimiento intelectual a costa de la vida práctica. Para él la verdadera sabiduría tiene que engendrar las buenas obras.

El salmo 97, que es un himno, responde a la invitación paulina a dar gracias a Dios.

Lucas 5,1-11. *Describiendo el relato del encuentro de Simón con Jesús y el de la intervención del centurión romano (7,1-10), Lucas ilustra admirablemente dos maneras de ser, dos formas de situarse frente a la palabra de Dios. De este modo atendía a la sensibilidad particular de las iglesias helenistas, como la de Antioquía de Siria, donde los judíos y los paganos aprendían a reconocerse y admitirse mutuamente.*

Simón representa a Israel, el Israel de la Alianza, que se define por su obediencia a la ley del Sinaí. Jesús le interpela por tres veces: pidiéndole la hospitalidad de su barca, invitándole a echar las redes a pesar del fracaso de la pesca nocturna y revelándole, con su pecado, la infidelidad crónica del pueblo al que pertenecía. Estas tres palabras se abrirán camino en el corazón de Simón, junto con la bendición que llevan consigo, lo mismo que habían hecho las palabras dirigidas por Yahvé a Abraham; estas tres palabras se conjugan en el envío en misión, de la misma manera que Israel había sido llamado a dar testimonio. Y el discípulo obedece: será pescador de hombres.

*
**

Los amigos de Jesús habían estado pescando toda la noche y habían vuelto con las redes vacías. Pero Jesús les invita a remar mar adentro y a echar de nuevo las redes. La pesca supera a todas las expectativas: su peso hace que se rompan las redes. A lo largo de los siglos se hablará de aquella «pesca milagrosa». La cosa podría haber quedado ahí, y lo que ocurrió aquella mañana no habría pasado de ser una anécdota. Pero Jesús prosigue: «En adelante serás pescador de hombres». La imagen resulta sorprendente, y la anécdota se hace parábola. Aquella mañana desveló Jesús la misión de la Iglesia.

¡Pescar hombres...! Hay una enorme competencia en todos los bancos de pesca... Sectas, gurus e ideologías tratan de seducir a los hombres que nadan entre dos aguas, abandonados a las corrientes que les llevan de acá para allá sin que ellos puedan dar con el sentido de su vida. ¿Será la Iglesia una «empresa de pesca» más, en competencia con otras muchas?

«En adelante serán hombres lo que captures». Ahora bien, uno puede ser capturado en el sentido en que se afirma de un prisionero, y puede también ser capturado en el sentido que se emplea para referirse a un enamorado que ha quedado atrapado en las redes del amor. «En adelante serán hombres lo que captures». La Iglesia sólo podrá lanzar sus redes a la manera de su Señor: aquellos a los que éste ha «capturado» han sido llamados por él sin ser engañados. Lo que ha hecho ha sido iluminarlos con su verdad, pero sin manipularlos; reconfortarlos con su Espíritu, pero sin violentarlos. Y es que Jesús «captura» a los hombres para gozo y alegría de éstos: los hace libres. Jesús «captura» al hombre para que éste quede prendado de él.

En adelante, la misión de la Iglesia consiste en lanzar a todos los vientos la Palabra para que los hombres queden seducidos por ese rostro que les despierta a la vida y a la libertad. «En adelante»...: esta expresión no significa sólo «a partir de este momento en que te lo digo», sino también: «a causa de la experiencia que acabas de realizar». Aun habiendo sido seducida, la Iglesia no ha de ser seductora: las presiones, los eslóganes y los chantajes no tienen nada que ver con la misión. La vocación de la Iglesia no consiste en atrapar a nadie en sus redes; no se trata de «tener» a los hombres, de

poseerlos. Tan sólo resultan «tocados» los que han visto cómo su libertad era despertada, suscitada, re-sucitada. El «¡Tú sabes que te amo!» brota únicamente en la libertad de un corazón convertido y que se abandona. Sólo los enamorados son atrapados en las redes que les sumergen en la libertad de la vida.

*
**

**Tú nos has seducido, Dios de ternura,
con la solicitud por nosotros.
Tu amor se ha hecho pasión
para revelarnos tu proyecto:
prendernos en las redes de tu benevolencia.
Haz que sepamos abandonarnos a semejante pasión:
danos a conocer el gozo de ser amados para siempre.**

Viernes de la vigésima segunda semana

EN EL ORIGEN Y AL TERMINO DE LA FE

Colosenses 1,15-20. *¿Qué motivo ha llevado al apóstol a insertar aquí un himno cristológico? Dicho motivo se deduce de la insistencia con que se subraya el papel de Cristo en la creación. «En él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles» (cf. Jn 1,3). Esta última expresión se refiere, de hecho, a los seres celestiales, las potencias angélicas o astrales que la gnosis ponía por encima del universo material para gobernarlo. Así pues, el himno se presenta como un ataque en toda regla contra la herejía gnóstica.*

Dividido en dos estrofas paralelas, este himno celebra la supremacía universal de Cristo, que, por una parte, es la imagen del Dios invisible y, por otra, «el principio», el comienzo de todo; es decir: ya que está pensando claramente en la Iglesia, Cristo es la fuente de la salvación. Un avez asentadas estas dos afirmaciones básicas, se detallan a continuación por medio de un juego estilístico de gradaciones y paralelismos. Cristo es la imagen del Dios invisible, en cuanto primogénito de la creación, «pre-eminencia y consagración» (TOB) que tiene por el hecho de haber participado en toda la creación. Igualmente, es principio de vida, porque es el primer resucitado: «Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la Plenitud y reconciliar por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos».

Así pues, la cristología del poema se refiere, ante todo, a la obra de Cristo, obra que hace del Primogénito la fuente absolutamente única de la salvación. Confrontado con las especulaciones gnósticas, el himno afirma, en un primer tiempo, que sólo Cristo, como con-creador, puede revelar a Dios, afirmación que vale su peso en oro frente a una herejía que insistía en la invisibilidad de Dios y se preocupaba, consiguientemente de manifestarlo a los hombres. Por otra parte, el poema subraya también el valor redentor de la cruz. Gracias a ella han quedado reconciliadas todas las cosas, en el cielo y en la tierra.

El versículo 3 del salmo 99 coincide con los temas del himno. Nos invita a reconocer en Cristo la imagen del Dios invisible.

Lucas 5,12 — 6,49 recuerda los grandes temas de la predicación mesiánica, resumida en la frase del v. 32: «No he venido a llamar a conversión a justos,

sino a pecadores». Esta llamada a la reconciliación se concreta en las invitaciones dirigidas por Jesús a los publicanos y a los demás pecadores para que se sienten con El a la mesa del banquete (5,29-32); banquete que es, a la vez, ofrecimiento de perdón y comunión que lo preceden: la purificación del leproso reintegrado en el cuerpo social (5,12-16) y la curación del paralítico reconciliado con Dios (vv. 17-26).

En el fondo, esta predicación es la de lo inesperado. Pero ¿quién prestará oídos a la palabra de un Dios tan desconcertante? Su mensaje es como un vino demasiado nuevo, desagradable al paladar. Algunos preferirán volver a su rutina.

*
**

Un rostro curiosamente misterioso. Si lo miramos muy de cerca, sólo distinguiremos la piel, las cejas; pero, si uno se deja captar por su presencia, interpelar por su mirada, ¡qué maravilla y qué encuentro!

Algunos se apoderaron del rostro de Jesús y no vieron en él más que a un nazareno, a un aguafiestas, un peligro público. Su suplicio fue una burla; su rostro sangriento cubierto de esputos, un objeto de repulsa. Pero otros le siguieron, fascinados por su misterio, y descubrieron un reino de luz y de paz. Pablo encontró desde entonces un lenguaje que designa lo inexpresable. Es el poema que canta la comunidad: «El es imagen del Dios invisible».

A tal padre tal hijo: mirando al Hijo estamos seguros de conocer al Padre inaccesible y de comenzar, en el amor, una exploración inagotable que nos hará penetrar en los misterios de Dios.

La carta a los Colosenses nos abre algunas perspectivas. El Hijo amado se nos presenta en ella como aquel que se entregó totalmente por nosotros, hasta la muerte; ¿no será también el Padre don total, fuente que brota? Cristo es, además, el que nos libera de todas nuestras deudas, de la esclavitud de la ley, del imperialismo de todas las dominaciones; ¿no será también el Padre el origen de todas nuestras liberaciones? Cristo nos reconcilia con el Padre reconciliándonos a los unos con los otros y con todo el universo; ¿no será también el Padre fuente de toda paz? Al contemplar a Jesucristo, se desvanecen todas las falsas imágenes de un Dios autoritario, aplastante, legalista. Al contrario, nos sentimos atraídos por el amor. Imagen del Dios invisible y reflejo perfecto de su Gloria, Jesús es el único camino de acceso a Dios. «El que me ve, ve al Padre; el Padre y yo somos una sola cosa».

Pero esta revelación no nos viene como de fuera. Cristo no es un embajador que transmite un mensaje; es también el mensaje: nos habla de Dios, y su palabra brota dentro de nosotros mismos. Es la imagen del Dios

invisible y es, también, la Cabeza del Cuerpo. Y si somos creyentes, es porque El, el primogénito de entre los muertos, cree en nosotros. «Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos». En el origen y al término de la fe está Cristo. Y sólo El, ya que Dios ha querido que todo tenga en El su cumplimiento total.

*
**

**Hemos contemplado en el rostro de tu Hijo
los rasgos de tu Rostro, Dios invisible.
En sus palabras hemos reconocido
al Verbo que Tú pronuncias desde siempre,
Dios cuyo nombre no puede descubrirse.
Bendito seas por Jesús, que es el origen de nuestra fe,
y por el Espíritu que la lleva a su culminación.
Recibe por ello todo honor y toda gloria.**

RECONCILIACION

Colosenses 1,21-23: *«En otro tiempo fuisteis extraños y enemigos». En unas cuantas frases rápidas, Pablo recuerda la situación de los Colosenses antes de su conversión al cristianismo. Enseguida, como en la carta a los Efesios (cap. 3), hablará del «misterio», es decir, de la manera en que Dios realizó su voluntad de salvación. Para el apóstol este proyecto aparece, sobre todo, en la reconciliación de los judíos y de los paganos, a quienes todo había opuesto hasta entonces. Pablo subraya también la obra de Cristo e invita a sus lectores a no abandonar la esperanza que ha hecho nacer en ellos la predicación del Evangelio.*

Obrar de este modo es poner en Dios la confianza: a ello nos invita el salmo 53.

Lucas 6,1-5. *Según la versión de Lucas, los discípulos no arrancaron espigas un sábado cualquiera, sino «el segundo sábado del primer mes» (TOB), es decir, en una fecha próxima a la siega, cuando la Ley prohibía comer el grano de las primicias. De todas formas, la reacción de Jesús sigue estando en la línea de su predicación mesiánica. Puesto que el Esposo está con ellos, el gesto de los discípulos adquiere un significado simbólico: indica que el tiempo del Sábado mesiánico ha llegado ya, aboliendo todos los ayunos y todas las estructuras antiguas. El pan que comen los discípulos ¿no es acaso el Pan de vida?*

*
**

¡Se ha cruzado una frontera! «En otro tiempo fuisteis extraños», extranjeros. Extraños a vosotros mismos, en la imposibilidad en que estabais de corresponder realmente a vuestros deseos y a vuestros sueños de hacer coincidir vuestro obrar con vuestra libertad, de comprender cuál era vuestro porvenir y de establecerlo con firmeza. Extraños a los demás, en la imposibilidad de no considerarlos sino como rivales o enemigos, en la imposibilidad de establecer con ellos solidaridades reales. Extraños a Dios en la imposibilidad de no percibirlo sino como un Dueño todopoderoso que vigila implacablemente por el buen orden del mundo.

«Fuisteis extraños, pero Dios os ha reconciliado ahora por medio de Cristo». Reconciliación con vosotros mismos, ya que conocéis ahora que sois más que vuestro pasado, que sois capaces de futuro; más que vuestros fracasos, capaces de conversión; más que vuestras incomprensiones, capaces de una identidad insospechada. Reconciliación con los demás en la revelación

de que sois hermanos los unos de los otros, tributarios de una misma gracia, engendrados por una misma y única ternura, miembros de un solo cuerpo: os habéis hecho capaces los unos de los otros. Reconciliación con Dios: en la posibilidad ofrecida de corresponder a su voluntad mediante un abandono en su misericordia; en la certeza de ser amados sin reticencias y sin vuelta atrás: os habéis hecho capaces de ser hijos.

En Cristo hemos cruzado una frontera: ¡os habéis hecho capaces del Evangelio! Entonces, no os dejéis apartar de la esperanza que habéis recibido. No volváis a someteros a la esclavitud del miedo que os hace dudar de vosotros mismos, del fatalismo que os hace decir: «¿De qué sirve todo esto?»; no volváis a someteros a la esclavitud del realismo destructor de sueños y de la fría lucidez que adormece todos los entusiasmos. No os refugiéis en vuestros territorios bien defendidos, en la seguridad tras esas barreras que son vuestras prisiones, haciendo valer vuestros privilegios, dejando a un lado vuestras obligaciones por mantener vuestros derechos. No os dejéis apartar de la esperanza, encerrando a Dios en sus fronteras y levantando a la tierra contra el cielo. Os pondráis de nuevo bajo el yugo de una ley de muerte, después de haber saboreado en Cristo la vida.

*
**

**Padre de los hombres,
Tú ofreces las riquezas de tu Reino
a los que tienen un corazón de pobre.
Haz que sepamos escuchar tu Palabra de gracia:
que sea ella la fuente de nuestra unidad
y la fuerza de tu pueblo,
nacido de tu misericordia.
Dios y Padre nuestro,
a Ti nuestra alabanza, por tu Hijo, en el Espíritu.**

*
**

**Al darnos el Espíritu de tu Hijo,
nos has hecho nacer a una vida nueva.
Dios y Padre nuestro,
que esta novedad sea la causa de nuestra esperanza,
y tu benevolencia la fuente de nuestra paz.**

*
**

**El pan, fruto de nuestra tierra y de nuestro trabajo,
se ha hecho sacramento de tu gracia:
Tú, Señor Dios nuestro,
nos das hospedaje en tu casa.
Puesto que ya no somos unos extraños para Ti,
que esta comunión florezca en gozo
en la eternidad de tu presencia.**

CUMPLIR LA PALABRA

Colosenses 1,24—2,3. *Una de las principales preocupaciones de Pablo por los cristianos de Colosas se deduce de la lectura del v. 25: «La misión que Dios me concedió es dar cumplimiento en vosotros a la Palabra de Dios». El apóstol, que no había fundado ni visitado todavía la iglesia de Colosas, es consciente de que ha de defender su ministerio ante sus lectores, un ministerio que consiste en «acabar el anuncio de la palabra de Dios» (TOB), en completar la predicación de Epafras y en guiar así a los Colosenses a la perfección de la fe cristiana.*

Este encargo confiado por Dios a su apóstol es tanto más urgente cuanto que la gnosis se ha infiltrado en la Iglesia. De nuevo denuncia Pablo su perversidad, al hablar del «misterio», término técnico para designar la economía divina de la salvación, oculta antes a los hombres y revelada ahora. La carta a los Efesios insiste mucho en el hecho de que la reconciliación entre los judíos y los paganos en una Iglesia única ha llevado a su cima esta revelación. Esto mismo es lo que aquí se afirma: Cristo está en medio de las naciones paganas. Así, frente al pensamiento gnóstico, que reservaba para unos cuantos «perfectos» un conocimiento que sólo podía alcanzarse a través de una larga ascesis, Pablo opone una revelación que es universal y dada por Cristo.

También insiste en el hecho de que su ministerio es un ministerio de sufrimiento, lo cual es otra forma de congraciarse con los Colosenses. En efecto, si no les ha predicado, al menos sufre por ellos. Pero ¿cómo comprender esta frase: «Completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia»? Esta frase no significa, ciertamente, que le «falte» algo a los sufrimientos de Cristo, ya que la epístola subraya muy bien que Cristo es el único salvador; los apuros que aquí menciona el apóstol tienen un sentido muy concreto, sacado del Antiguo Testamento, donde designan las tribulaciones del pueblo, y especialmente de los justos; tribulaciones que son el signo de la inauguración de los tiempos mesiánicos. Los sufrimientos que menciona Pablo deben comprenderse, entonces, en el sentido de «comunión» con las pruebas de Cristo, que fue el primero en sufrir por la Iglesia.

El salmo 61 invita a los que sufren a confiar en Dios.

Lucas 6,6-11. *«A fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os ha destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de la que Dios habló por boca de sus santos profetas» (Hch 3,21). Tiempo de consolación, de restauración, de restablecimiento: todas estas expresiones designan el tiempo de Cristo como el que transformará la existencia del hombre. Los tiempos mesiánicos se comprendían como el tiempo del Hombre nuevo, del universo re-creado. Es lo que nos ilustra la curación del paralítico que, un día de sábado, recobró el uso de su mano derecha, es decir, de sus facultades de acción. Así pues, el sábado aparece como un día de gracia, el día de la restauración del universo entero: se trata del gran Sábado.*

*
**

«La misión que Dios me concedió es dar cumplimiento en vosotros a la Palabra de Dios». Esa es la misión del apóstol; ésa es la vocación de la Iglesia.

Dar cumplimiento a la palabra de Dios es anunciarla. Desvelar el misterio oculto, quitar el velo del rostro oculto de las cosas. Manifestar la otra cara del tejido; es, en fin, mostrar el derecho del tejido pacientemente anudado a través de la búsqueda, los esfuerzos, las esperanzas y los fracasos de los hombres. La Iglesia tiene la vocación de abrir al sentido, es decir, a la esperanza. Dar cumplimiento a la palabra es anunciarla y, anunciándola, hacerla eficaz.

Así pues, dar cumplimiento a la palabra es anunciarla. Pero no como un sentido sobreañadido, como algo exterior a la realidad del mundo. ¿Hemos calibrado debidamente la palabra «cumplimiento»? Es llevar a consumación, desplegar las virtualidades de una capacidad, llevar hasta el fondo el dinamismo de un movimiento. La misión, tal como la realiza Dios desde el origen por su Palabra creadora, tal como tomó cuerpo en el pueblo de Israel, tal como fue vivida por Jesús, tal como debería vivirla la Iglesia, no consiste en trasplantar a los hombres a una sociedad en la que puedan encontrar la salvación gracias a la adopción de unos ritos y la adhesión a un sistema de pensamiento.

Tenemos la vocación de dar cumplimiento a la palabra, esto es, de revelar la cara oculta por la que toda realidad pertenece ya al universo íntimo de Dios.

El creyente y la Iglesia no pueden hacer esta revelación más que situándose en el corazón de toda realidad: palabra, pensamiento, amor, cultura, civilización... No hay creyente ni Iglesia que valgan si no es situados y enraizados ahí. No se trata de poner a Jesús allí donde no está, sino de mostrar y decir que Jesús está ya en todas partes.

*
**

Cumple tu obra en nosotros, Señor Dios nuestro.
Que tu Espíritu nos desvele el sentido oculto de las cosas
y que nuestra vida sea iluminada por tu Palabra.
Bendito seas ya ahora
por el cumplimiento de tu promesa
y por la consumación de nuestra historia
en los siglos sin fin.

Martes de la vigésima tercera semana

EN CRISTO

Colosenses 2,6-15. *A continuación, de forma muy solemne, Pablo opone la plenitud de Cristo a la vanidad de las pretensiones gnósticas. Podríamos decir que lo hace describiendo dos «iglesias»: aquella de la que se sirve la gnosis como de un señuelo para atrapar a los Colosenses es tan vacía como la pretendida filosofía sobre la que se quiere edificar. Esta filosofía se basa en «especulaciones sobre el mundo de las potestades angélicas, de las prácticas demoníacas y sobre un cierto recurso a las observaciones legales» (TOB).*

La Iglesia no puede ser auténtica más que guardando fielmente el Rostro del Señor transmitido por la predicación apostólica: no «un ser mítico, inserto en las jerarquías angélicas, sino el Crucificado y el Resucitado predicado por los apóstoles» (TOB). Tan sólo la Iglesia, que se recibe a sí misma de Dios, puede pretender alojar la plenitud de la divinidad. Tal es el caso de la iglesia de los Colosenses, que desde su bautismo confesaron su fe en la fuerza de Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos. Con Cristo, ellos se dejaron poner en el sepulcro; con El resucitaron. Por tanto, no tienen nada que hacer con la ley mosaica o con las ordenanzas gnósticas, de las que Dios los liberó clavando en la cruz la deuda que los condenaba.

El salmo 144, que pertenece al género himnico, alaba al Dios que resucitó a Jesús y liberó a los Colosenses.

Lucas 6,12-19. Un gran número de discípulos, un montón de gente que se apretuja en torno a Jesús... Hay una especie de connivencia entre Jesús y esa gente que intenta tocarle, a imagen de la intimidad entre Yahvé e Israel. Pero aquí hay algo más que Israel: hay gentes llegadas de Tiro y de Sidón. El pueblo de Dios ha adquirido una dimensión universal.

Doce judíos son escogidos como apóstoles, como heraldos del Reino, como testigos de la Buena Nueva. Se da así una continuidad entre el antiguo y el nuevo Israel. ¿No han sido escogidos los dos para ser la sal de la tierra y la luz del mundo, para derribar las certezas en las que tan fácilmente se refugian los hombres y las sociedades? Esta elección de doce hombres la hizo Jesús tras una larga noche pasada en oración.

*
**

«En Cristo reside corporalmente toda la Plenitud de la Divinidad». La palabra «corporalmente» es sin duda la que concentra todo el vigor extraordinario de este texto y le da su significación decisiva. Quedan entonces minados por su base todos los espiritualismos de una piedad mal comprendida y los idealismos de una fe mal iluminada.

Es verdad que Cristo, Hijo de Dios desde toda la eternidad, goza desde siempre de la plenitud de la divinidad; hace algunos días, la liturgia nos hacía confesar con el comienzo de la epístola: «El es Imagen de Dios invisible... En El fueron creadas todas las cosas... Todo fue creado por El y para El... Todo tiene en El su consistencia». Pero ¿cómo podríamos tener acceso a este icono de Dios si no es por lo que nos ha permitido ver de Dios a través de esa humanidad que se ha convertido en la humanidad misma de Dios? Dios se ha hecho hombre, el Hijo de Dios se ha hecho carne. Por tanto, en adelante es en esta «carne», en esta humanidad, donde podemos encontrar a Dios.

Las palabras de Pablo a los cristianos de Colosas, que no tenían nada de «filósofos», encierran un realismo que ningún filósofo se atrevió a imaginar: hemos sido incorporados a ese cuerpo humano de Dios, como células vivas, en un organismo que le tiene a El por cabeza. Sobre todo, no penséis que se trata de una imagen poética: se trata de un cuerpo verdadero, el vuestro unido al de Dios-hombre. La resurrección es el signo de la verdad de esta afirmación: en Cristo resucitado se encuentra glorificada la naturaleza humana. Porque es ciertamente el cuerpo de Jesús, un cuerpo de hombre marcado por las cicatrices de su vida, de las llagas de su pasión, de los gozos y las penas, de su trabajo y su caminar humanos a través de los senderos de Galilea y de Judea, es ese cuerpo el que ha resucitado, el que pertenece a Dios.

Con el pretexto de alcanzar a Dios, os gustaría disociar las realidades terrenas, abandonadas a una historia profana, y la religión que vendría a sobreañadirse a esas vanidades. Rechazad esa disociación, porque pone la obra de Cristo al borde del fracaso.

En adelante, toda la realidad humana es camino de acceso a Dios. El único camino de acceso. Fruto de una larga evolución que ha hecho madurar el mundo, el hombre descubre, aprovecha, domina, humaniza las fuerzas de la naturaleza, siglo tras siglo, a lo largo de milenios de una historia continua. Y al humanizar la naturaleza, el hombre se humaniza a sí mismo, haciéndose imagen del Dios creador. A través de esa lenta gestación se va realizando la recapitulación de todas las cosas en Cristo, cabeza del cuerpo: «Todo es vuestro, vosotros de Cristo, Cristo de Dios». ¡Grandeza inesperada del mundo! ¡Lugar de llegada de Dios! ¡Vocación inesperada del hombre! ¡creador con Dios! ¡Matrimonio revelado entre el cielo y la tierra: nada de lo que es humano es ajeno a Dios, ya que, en Cristo, Dios ha plantado su tienda entre nosotros!

No separéis lo que Dios ha unido: el mundo es vuestro y es de Dios. Vosotros seréis de Dios viviendo en este mundo y consagrándolo.

*

**

**Alabado seas, Dios creador de todas las cosas:
¡que te canten los astros y las estrellas,
la luna y el sol,
las aves del cielo y los peces del mar!
¡Que te bendigan
los frutos de la tierra
y los animales que la pueblan,
las flores que la adornan
y las fuentes que sacian su sed!
¡Que los hijos de los hombres
den honor a tu nombre;
que alegren tu corazón
y bendigan tu grandeza!**

**¡Bendito seas, Dios del cielo y de la tierra,
por tu designio de benevolencia!
Desde el primer día
hiciste por nosotros lo que es bueno,
y lo que Tú deseas es nuestra felicidad.
¿Qué es el hombre
para que te preocupes de él?
¿el hijo de Adán para que lo hagas rey de la creación?
Bendito seas, Dios, padre nuestro,
por tanto honor como nos has concedido!**

**¡Alabado seas por el más hermoso de los hijos de los hombres,
Jesús, tu Hijo desde toda la eternidad!
En El se revela tu proyecto
y se realiza tu amor;
El es el hombre según tu corazón,
el Adán nuevo, fiel a tus designios.
En El tu creación descubre su destino
y por El todas las cosas te dan gloria.
En El nuestra tierra pasa a la eternidad
y por El todas las cosas se integran
en la construcción de un cuerpo inmenso,
cuerpo salvado, transfigurado, resucitado.
Por El, que es la Plenitud de tu Gracia
y el Primogénito del mundo nuevo,
Te alabamos a Ti, Dios, creador nuestro.**

POSIBLE

Dichosos... Desgraciados... Inversión de las evidencias, alteración de todos los cálculos. Los hombres creían que podrían construir su felicidad a base de recetas, pero Dios viene a resolver todas las cartas, viene a abrirnos a otra forma de mirar.

«¡Que la palabra habite en vuestros corazones!». Este deseo es una recomendación. En el doble sentido de la palabra. Recomienda, como se recomienda a una persona que busca un empleo, haciendo mención de las cualidades que nos caracterizan desde ahora: la palabra habita en nuestros corazones. Y recomienda también como cuando uno suplica o invoca: «Tened en vosotros los sentimientos de Cristo». La fe es protesta y es invocación; es testimonio y es vocación: para nosotros el vivir es Cristo. Tal es nuestra dignidad y nuestro programa.

Dichosos... Desgraciados... En el flujo y reflujo de nuestra fe, la certeza se impone sobre la duda: sabemos en quién hemos puesto nuestra fe. Gracias a la misericordia de Dios, ahora es posible creer que Dios está a nuestro favor; ahora es posible creer que el sufrimiento y el dolor de los hombres, sus gritos de rebeldía y su esperanza tan tenaz a pesar de las vicisitudes de la vida, quedan superados porque el esplendor de Jesús y la irradiación de la cruz de Jesucristo nos dicen esto: Dios nos ama, es decir, Dios nos crea para la felicidad. Dios nos ama porque construye nuestra felicidad: el amor de Dios no tiene más signo que dar a nuestra fe sino el gozo que en nosotros suscita esa fe. El amor no será nunca sino los gestos y las obras del amor. Y el futuro no tendrá nunca otra realidad más que lo posible, convertido al fin en realidad cumplida.

*

**

**Bendito seas, Dios y Padre de Jesucristo:
Tú has hecho de tu Hijo el primer Viviente.
En El nos has reconciliado con la vida.**

**Alabado sea tu Nombre:
tu benevolencia nos asegura la dicha
y tu gracia es nuestra liberación.
Tú no nos abandonas a nuestra desesperación
y tu promesa nos asegura que es posible un futuro.
Puesto que vivir, para nosotros, es Cristo,
que la paz que El ha instaurado
sea hoy nuestra herencia,
y que la esperanza que esa paz suscita
sea el don que Tú le concederás a todo hombre
en el tiempo oportuno.
Aguardando el día bienaventurado
en que nuestra dicha se manifestará para siempre,
te bendecimos, Dios, Señor de toda vida.**

¿DICHOSOS?

Col 3,1-11. *Después de decir que en el bautismo los cristianos morían y resucitaban en Cristo, Pablo saca las consecuencias. Gracias al Espíritu que mora en ellos, los cristianos viven una vida totalmente renovada. Habbiéndoles configurado el bautismo con Cristo, imagen de Dios y nuevo Adán, forman una humanidad nueva que trasciende todas las distinciones de religión, de cultura y de clase.*

De nuevo Cristo está en el centro de la argumentación paulina. En efecto, El es el único camino capaz de conducir al hombre hacia la santidad. Por tanto, los Colosenses han de ocuparse de las realidades de arriba, es decir, «de la vida nueva revelada en Jesucristo» (TOB). De hecho, Pablo sigue atacando a la gnosis. Así ocurre cuando habla «del hombre nuevo, el que el Creador rehace, siempre nuevo, a su imagen, hasta alcanzar el verdadero conocimiento»; así también, cuando habla de las realidades de la tierra, que designan los medios de santificación propuestos por la gnosis. Este pasaje es muy parecido al de la carta a los Gálatas cuando condena la Ley. Cuando se ha saboreado a Cristo, ya no se vuelve a los sucedáneos.

El salmo 144 orienta, en los versículos escogidos, a la alabanza al Señor Jesús.

Lucas 6,20-26. *«Despide a los ricos con las manos vacías». Las bienaventuranzas tienen un sabor pascual; están en la línea de la revelación hecha por Yahvé a los judíos cuando los liberó de la esclavitud de Egipto. En efecto, la predicación profética subrayó siempre la predilección de Dios por los pequeños. Cuando los profetas anunciaban al Mesías, indicaban que sería el heraldo y el defensor de la dignidad humana. De esa forma, Dios se presentaba como el último bastión contra la injusticia y la rapacidad de los grandes. El pobre es el que no tiene más esperanza que en Dios.*

Todo esto explica que una lectura materialista (lo mismo que una lectura moralista) de la Biblia no pueda explicar el contenido de las bienaventuranzas. En el contexto socio-religioso de Jesús, el pobre es tanto aquel a quien la arrogancia de los fariseos querría mantener al margen de la salvación, como aquel que es aplastado por la fuerza de los poderosos.

Además, las bienaventuranzas no encierran al hombre en un mundo cerrado. El don del Reino no significa que el hombre no tenga nada que hacer. Al contrario, las bienaventuranzas, como las malaventuranzas, lo sitúan ante las exigencias del Reino; abren un espacio de libertad. «Amad a vuestros enemigos», dijo Jesús inmediatamente después de la proclamación de las bienaventuranzas; de este modo indica que le corresponde al hombre encarnar lo que éstas afirman.

**

«El hombre de cuarenta años sabe que nadie es feliz». Esta confesión, firmada por Péguy, se hizo en el año 1913, un tiempo en el que el mundo conocía todavía la euforia de la «belle époque». Me parece que hoy nosotros somos más precoces y que no esperamos tantos años para hacer esta constatación.

O peor aún, ¿nos hemos hecho tan ajenos a la felicidad que ya no nos planteamos siquiera la cuestión de saber si somos dichosos o no? Las inquietudes nacidas de la crisis no han hecho más que poner de manifiesto una cuestión desgarradora: ¿de qué sirve todo esto?, ¿adónde va mi vida?

Nos acucia un interrogante doloroso. Nos atenaza una duda mortal: «¿Para qué vivir?». Fatalidad injusta: la desgracia, la pobreza, la muerte, el fracaso... ¡Perra vida!», le grita el hombre a Dios. Y este grito no es una blasfemia; el libro de Job y los salmos están llenos de quejas semejantes. Este grito es el desbordamiento de la angustia y del descorazonamiento del hombre humillado por demasiadas adversidades. ¡El hombre sabe que no es feliz!

«¡Dichosos!». ¡No habéis sido maldecidos por Dios! Todo lo contrario: Dios os lleva en su corazón; el Señor es el Dios de los pobres, el defensor del oprimido. Jesús va en contra del sentido común. A los pobres pastores de Belén, a los pescadores reunidos en las campiñas primaverales de Galilea, a las jóvenes comunidades cristianas nacidas entre los bajos fondos de las ciudades mediterráneas, a la Iglesia de hoy, les grita: «¡La salvación es para vosotros!». Felicita a los pobres y se lamenta por los ricos.

Dichosos, desgraciados... Bendición, lamentación... Inversión de las evidencias, alteración de todos los cálculos. Los hombres creían que iban a construir su felicidad a base de recetas, pero Dios viene a barajar las cartas, viene a abrir otra perspectiva. Porque el pobre es Jesús; El es el abandonado, el condenado injustamente. El recorrió el camino regio y trazó el camino de la felicidad cuando subió al Gólgota. Locura y escándalo para los hombres y, sin embargo, es el camino de la Pascua. «Si Cristo no ha resucitado, somos los más desgraciados de los hombres».

Dichosos..., desgraciados... No intentéis traducir cómo es la felicidad de los pobres en esta tierra; no se os ocurra decir que «reirá bien el que ría el último». No es necesario torturar el espíritu para considerar como felicidad la pobreza de los pobres, las humillaciones, las lágrimas, que evidentemente constituyen su negación. Intentemos tan sólo alcanzar a Jesús por el camino regio de la Cruz, que es el de la Pascua. Si, por su parte, el hombre sabe que no es feliz, el Evangelio, por la suya, nos asegura que una transformación inaudita nos ha hecho pasar de este mundo a la otra orilla. Locura de la cruz y escándalo de la Pascua. Fuerza de vida en nuestras manos, cuando esa Palabra se convierte para nosotros en eucaristía.

**

¡Dichosos los que en Ti ponen su esperanza!
¡Dichosos los que apuestan su vida
por la fe en tu palabra!
Dios y Padre nuestro,
Tú quieres para nosotros una vida inconmensurable,
colmada por encima de todo lo esperable.
Que la ley del Evangelio
forje hoy nuestra felicidad,
mientras esperamos que desborde nuestro gozo
en alegría por los siglos de los siglos.

*

**

Dios de amor y de ternura,
Tú renuevas sin cesar tu Alianza con nosotros.
Cambia nuestras vacilaciones en confianza renovada,
nuestros temores en esperanza purificada;
que nuestras palabras ordinarias, empapadas del Espíritu,
se conviertan en cantos de alabanza,
y te glorificaremos en Jesucristo.

*

**

En esta eucaristía, Dios de amor,
Tú sellas para nosotros las promesas de bienaventuranza;
tu Hijo es el consuelo de los que lloran
y la visión de los corazones limpios,
la herencia de los constructores de la paz
y la esperanza de los perseguidos.
Concédenos que, con una fe renovada,
entremos en la aventura de esa gracia
en la que Jesús es nuestra dicha
por los siglos de los siglos.

Jueves de la vigésima tercera semana

QUE LA PALABRA HABITE EN VOSOTROS

Colosenses 3,12-17. Cinco «virtudes» opuestas a cinco «vicios»: es el lenguaje tanto del judaísmo de los últimos siglos como de la filosofía griega. Como suele hacer en la segunda parte de sus cartas, Pablo invita a los Colosenses a traducir en su comportamiento la vida recibida en el bautismo. El don más preciosa es el de la caridad, vínculo de perfección que resume todas las virtudes y reúne a los cristianos en un solo pueblo, el nuevo Israel, «elegido, santificado, amado por Dios». Para responder a la invitación del apóstol y concluir la carta a los Colosenses, el salmo 150 invita a una gran alabanza.

Lucas 6,27-38. «Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa (misthos) vais a tener?», se lee en Mateo (5,46), mientras que Lucas escribe: «Si amáis a los que os aman, qué mérito (charis) tenéis?». La diferencia de vocabulario entre Mateo y Lucas es una de las características de esta sección. Mientras que Mateo habla en términos jurídicos, Lucas apunta al corazón de Dios. En efecto, preguntémonos por el origen de ese mérito (charis) que obtienen los cristianos. Si no aman más que a quienes los aman, si no prestan más que a los que les van a devolver el dinero, no van más allá del horizonte estrecho de las relaciones humanas. Pero, si aman a sus enemigos, viven del espíritu mismo de Dios, atestiguan la gracia (charis) que habita en ellos, el favor divino de que están investidos.

Son misericordiosos como lo es su Padre. Comparemos los vv. 31,36 y 38. El primero invita a los discípulos a comportarse con los demás como les gustaría que ellos se portasen con ellos. Este comportamiento supone ya un progreso considerable respecto a la regla de los antiguos, que recomendaban evitar todo lo que no nos gusta ver que hacen los otros. Pero sigue estando marcado por las leyes de la reciprocidad. Al contrario, mostrarse misericordioso (v. 36) es obrar como Dios; es, a la vez, tomar conciencia y vivir de la gracia de Dios, dada siempre de forma gratuita, derramada con «una medida buena, apretada, remecida hasta rebosar» (v.38). Es alzarse desde el registro del do ut des al registro de la abundancia y de la generosidad.

*

**

BENEVOLENCIA

«La palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza». Con esta recomendación termina Pablo la carta enviada a los Colosenses. Después de contemplar el misterio de Jesús, cima de la creación e icono perfecto de Dios, el apóstol hace un resumen impresionante e invita a los destinatarios de su carta a vivir según la lógica del misterio revelado: «Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia». La tradición espiritual hablará con toda justicia de «la imitación de Cristo».

En otro lugar (cf. Rom 11,17-23) Pablo utiliza un lenguaje que nos permite penetrar muy hondo en la comprensión del misterio evocado: «Habéis sido injertados en Cristo».

Todos sabemos cómo es posible hacer un injerto... Condición necesaria es que se hagan dos heridas: una en la rama añadida y otra en el árbol injertado, y que las dos heridas se pongan juntas, la una en la otra. Todo el misterio está ahí: en Dios hay una herida cuya cicatriz más visible es la cruz de Jesús; y en nosotros hay una herida, la de nuestro deseo y nuestra oración. Un corazón que da la vida y otro corazón que busca la felicidad.

Recordemos la parábola impresionante que el mundo entero vivió como un combate cuando, por primera vez, en un transplante (injerto) de corazón se jugaba un poco la esperanza de todos los hombres. Y al cabo de un año de lucha, cuando murió Blaiberg, se supo con asombro que, durante aquel tiempo, su organismo entero, desde el cerebro hasta la célula más pequeña, no había dejado de luchar, con la astucia más asombrosa, por rechazar aquel corazón extraño que era, sin embargo, el órgano más necesario para su propia supervivencia.

«Que la palabra habite en vuestros corazones»: este deseo es una recomendación, en el doble sentido de la palabra. Recomienda, lo mismo que se recomienda a alguien que solicita un empleo; menciona la cualidad que nos caracteriza: la palabra habita en nuestros corazones, porque, a diferencia de Blaiberg, Dios no nos deja hasta que haya prendido el injerto; cada mañana el injerto es nuevo. Y recomienda, además, como cuando se invoca o se suplica. «Tened en vosotros los sentimientos de Cristo». El injerto sólo tiene sentido porque posibilita vivir. Para nosotros, en adelante, «vivir es Cristo».

*
**

**Que tu palabra, Dios y Padre nuestro,
fecunde nuestra vida:
danos los sentimientos de tu Hijo,
reviste nuestros corazones de cariño y de bondad,
de mansedumbre y de paciencia.
Concedenos ser fieles al mandamiento de Jesús:
amar como El nos amó.**

1 Timoteo 1,1-2.12-14. *La autenticidad de las «Pastorales» suscita los mismos problemas que Efesios y Colosenses. También aquí nos encontramos ante la misma amenaza gnóstica, que impone reforzar la organización eclesial. Para las «Pastorales», algunos hablan también de un secretario que se habría propuesto escribir lo que él consideraba como el testimonio espiritual de Pablo.*

El primer capítulo expresa la admiración y el reconocimiento del apóstol. Todo lo que es se lo debe a Cristo, que puso en él su confianza a pesar de sus orígenes fariseos y de la persecución a la que había sometido a su Iglesia.

El salmo 15, que suele considerarse como una lamentación, expresa la confianza del salmista, que se muestra inquebrantable, con tal de que Dios esté a su lado.

Lucas 6,39-42. *Jesús se dirige a los discípulos. Acaba de indicarles que la verdadera perfección consiste en la misericordia; ahora los pone en guardia contra los falsos maestros, siempre dispuestos a ver la paja en el ojo del vecino, pero con un corazón privado de toda benevolencia. No son más que ciegos, fariseos de todos los tiempos a los que ha privado de piedad una búsqueda inútil de la perfección.*

*
**

«Sed imitadores de Dios: el que está bien formado será como su maestro». Tal es el resorte de la vida del cristiano: vive como Dios —jese pequeño «como» del Evangelio!—. La naturaleza del cristiano es crítica, ya que ha escogido a Jesús por Maestro y Señor de su vida. El evangelio de hoy nos invita a mirar el mundo y a los otros con la misma mirada de Jesús: una mirada de benevolencia.

Los ojos son como un espejo en el que se refleja el mundo. Hay personas para las que toda la realidad es triste y está sujeta a lamentaciones. Todo va mal; y los «sí, pero...» minan toda razón de esperar. El mundo, como por una especie de mimetismo, toma el color de nuestra mirada. Sed benévolos. Con los demás: son menos malos de lo que os imagináis. Amad en ellos la parte mejor de ellos mismos; en el peor de los incrédulos hay una chispa, aunque sea oculta, de ese fuego que Dios ha inscrito en el corazón de cada uno. Tenéis vocación de esperanza: esperad en el hombre. El cristiano, pase

lo que pase, no puede encerrar al que siempre es su hermano dentro del calabozo de las sospechas o en la argolla de las condenaciones. Creed en el hombre y sed hombres consagrados a la misericordia. Y sed benévolo con vosotros mismos, mirándoos con menos severidad. Si tenéis algún sentimiento de antipatía ante tal o cual acto, que vuestra antipatía se cambien en humor: ¡tampoco vosotros habéis dicho aún la última palabra! Y sed benévolo con el mundo: no seáis eternos insatisfechos. Vivid, vivid bien, gozad de la vida. Dios fue el primero que se admiró de la obra salida de sus manos en los primeros días del universo.

Ser benévolo ¿significa acaso encontrar excusas, o ser indiferente, o ser ingenuo? Eso sería olvidar que esa palabra —¡y las palabras tienen un sentido!— comprende dos términos: bien y querer. Ser benévolo significa también: descubriros como responsables, sed buenos, vigilantes, denunciad las ilusiones, los valores falsos, las dichas engañosas. La benevolencia es una responsabilidad y la asunción de un deber.

Hace algunos años, un periódico francés centró su campaña de promoción en un «slogan» extraordinario: «Los demás ven la vida en negro; nosotros vemos razones para esperar». Eso es la benevolencia cristiana: el amor tiene paciencia, lo excusa todo, lo perdona todo, porque toma como modelo la misericordia de Dios. Nuestra benevolencia no es «ver las cosas de color de rosa»; es teologal. Nuestras razones para esperar se arraigan en el ser mismo de Dios, que tiene paciencia, y en su gracia, que no fallará jamás.

*

**

**Dios de paciencia infinita,
sé nuestro maestro:
enséñanos a amar como Tú solo puedes amar.
Danos un corazón misericordioso
y razones para esperar
que nuestro tiempo desembocará en la felicidad eterna.**

Sábado de la vigésima tercera semana

«TU ERES MI ROCA Y MI FORTALEZA»

1 Timoteo 1,15-17. *Con ayuda de una fórmula solemne, que utilizará otras dos veces en 1 Tim y también en las otras «Pastorales» (cf. 1 Tim 3,1; 4,9; 2 Tim 2,11 y Tit 3,8), el apóstol invita al lector a meditar en la obra que Cristo realizó con él. En efecto, el caso de Pablo ilustra la generosidad de Dios con los hombres; Pablo sólo sabía «blasfemar, perseguir, insultar», ¡y fue llamado al ministerio por Jesucristo!*

El salmo 112 responde a la doxología de 1 Tim 1,17: «Al Rey de los siglos, al Dios inmortal, invisible y único, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén».

Lucas 6,43-49. *Desconfiad de los falsos maestros, había recordado Jesús. Pero ¿cómo distinguir lo verdadero de lo falso? Se juzga el árbol por sus frutos. Cuando el corazón es bueno, vive de la gracia divina y late al ritmo de la misericordia; y el hombre sólo puede sacar cosas buenas de ese tesoro.*

Muchos saludan a Jesús con el título de «Señor», pero no practican lo que aconsejan. Por eso Jesús termina su discurso recordando la perspectiva del juicio. Es un lenguaje que los lectores de Lucas pueden comprender. En efecto, lo mismo que se juzgaba al judío por la práctica de los mandamientos, el cristiano tiene que responder de su conformidad con la ley de la misericordia. ¿Vive contando solamente con sus propias fuerzas o poniendo su confianza en Dios?

**

«¡Sé de quién me he fiado!» Esta es, en definitiva, la última razón que tenemos para creer. No hay otro motivo para hacer el acto de fe que esa humilde convicción interior que nos hace decir: «Tú eres la roca de nuestra vida; ¿a quién vamos a ir? ¡Tú tienes palabras de vida!». No hay nada que nos decida a creer más que esta secreta seguridad: ¡fuera de Cristo no podemos hacer nada!

Todos tenemos la experiencia de que la fe conoce flujos y reflujos, de que unas veces es certeza serena, y otras duda asumida. La fe, ahogada por la prueba del sufrimiento, por el trabajo, por el placer o, simplemente, por la negligencia, puede adormecerse, padecer de anemia, dejar de influir en la vida. Pero también hemos de reconocer que, en nuestra vida y en la del mundo, la fe puede ser el motor de nuestros compromisos más radicales, el despertar de nuestra libertad, el coraje de nuestra fidelidad, la roca sobre la que edificar nuestra morada.

HUMILDAD

¿Acaso no son innumerables los hombres que, a pesar de ver —como todo el mundo— que se extienden sobre esta tierra la angustia y el sufrimiento, el odio y la falta de humanidad, la miseria, el hambre, la opresión y la guerra, creen, sin embargo, que Dios es poderoso incluso contra todas esas potencias? ¿No hay hombres que, a pesar de chocar —como todo el mundo— en su pensamiento, en su voluntad y en su sensibilidad, con la incertidumbre y la insuficiencia, con la duda y con la rebelión, con la arrogancia y con la inercia, creen, sin embargo, que el Espíritu de Dios puede determinar nuestro pensamiento, nuestra voluntad y nuestra sensibilidad? ¿No hay hombres que, a pesar de tener —como todo el mundo— la experiencia de que son otros los dueños que manejan nuestra vida (las enemistades y las agresiones, los prejuicios y las envidias, las convenciones y los sistemas y, sobre todo, las mil formas de egoísmo), creen, sin embargo, que Jesús es el verdadero Señor? Por mucho que se desencadenen los vendavales y las tempestades, nada podrá separarnos del amor que se nos ha manifestado. En el flujo y reflujo de nuestra fe, la certeza se impone sobre la duda: sabemos en quién hemos depositado nuestra fe. Y con el salmista podemos dar gracias: «Mi roca y mi ciudadela eres tú, Señor, Dios mío».

*
**

**Nuestra luz y nuestra salvación,
eres Tú, Dios, Salvador nuestro.
Sé Tú también nuestro socorro
cuando la desgracia amenace a nuestra esperanza;
sé nuestra fuerza
cuando se manifieste la debilidad de nuestra fidelidad;
sé nuestro apoyo
cuando el cansancio nos rinda;
sé nuestro perdón
cuando se quebrante la firmeza de nuestra fe.**

1 Timoteo 2,1-8. *En Rom 8,26 Pablo había señalado que el hombre, reducido a solas sus fuerzas, es incapaz de orientar convenientemente su oración; añadía que, afortunadamente, el Espíritu viene en su ayuda. Pues bien, 1 Tim propone un modelo de oración inspirada por el Espíritu. Lo que impresiona, ante todo, es su universalismo: rezar por todos los hombres es algo que está en consonancia con las peticiones del Padrenuestro. La voluntad divina de salvación se ha concretado en Jesucristo, que, en el tiempo fijado por Dios, se ha hecho servidor y se ha entregado en rescate por todos.*

El salmo 27 se presenta como una lamentación, con la alternancia característica de la intercesión y de la acción de gracias anticipada. Nos encontramos en él con el gesto de las manos levantadas hacia Dios.

Lucas 7,1-10. *La secuencia que acaba de terminar había empezado con el encuentro de Jesús con Simón, encuentro que significaba el cara a cara histórico de Israel con su Dios. Ahora Simón deja sitio al centurión romano, y Lucas nos invita a considerar otro tipo muy distinto de encuentro. En primer lugar, ¿quién es este centurión romano? ¿Será acaso el Cornelio del libro de los Hechos? Lo mismo que él, éste está bien dispuesto para con la nación judía (cf. Hch 10,2).*

En todo caso, se trata de un pagano. Lucas se complace en subrayar su condición marginal. Al contrario de Simón y hasta del centurión de Mateo, no aborda a Jesús directamente, sino que le envía unos delegados. Es, por tanto, el tipo mismo de todos los que no conocen a Jesús más que de oídas; representa por eso a los otros elementos de la comunidad cristiana. Estaba Simón, el judeo-cristiano; y ahora está Cornelio, el pagano convertido.

«Os digo: ni en Israel he encontrado una fe tan grande». *Pero ¿de qué fe se trata? Evidentemente, vemos la fe que se manifiesta en la humanidad del pagano; pero está sobre todo la fe, menos aparente quizás, que se revela en la solicitud por un esclavo enfermo. Por parte de un pagano, esto es algo realmente inesperado. La Buena Nueva, que Lucas atestigua, se dirige a todos los que están lejos de la Iglesia y hasta de la esfera religiosa. Por eso, se trata menos de prestarles a esos hombres una fe explícita, que no tienen, que de revelarles todo lo «divino» que se oculta en su vida cotidiana. Cuando Pedro dé testimonio de su fe ante Cornelio, éste se asombrará de estar viviendo ya del Espíritu.*

*
**

«No soy digno de que entres bajo mi techo». Al oír esto, Jesús se llenó de admiración. En el cielo, dice san Juan de la Cruz, «los que más le conocen entienden más distintamente lo infinito que les queda por entender» (*Cántico*, comentario a la estrofa 7, n.9).

Nosotros nos hemos empeñado en aprisionar a Dios en las moradas que habíamos construido a nuestra medida: conceptos abstractos y doctrinas sin alma. Hemos revestido a Dios con trajes remendados: nuestras imágenes de lo divino, apresuradamente revocadas para imaginarnos que tienen un aire falsamente nuevo; o con vestidos insuficientes: ritos sin alma, costumbres rutinarias...

«No soy digno de que entres bajo mi techo». La actitud fundamental, la postura primera de la fe, es la humildad. Nuestras palabras son incapaces de expresar a Dios, y tan sólo el silencio, habitado por la Palabra que lo pronuncia, puede ser el lugar de la revelación. Nuestras definiciones y nuestros dogmas no pueden ser más que aproximaciones groseras; sólo el Misterio que se desvela en la contemplación puede esbozar el verdadero rostro de Dios. Nuestras imágenes no serán nunca más que esbozos, y nuestros comportamientos no pasarán nunca de ser pasos vacilantes hacia Dios; sólo el Espíritu puede convertir nuestro corazón «No soy digno de que entres bajo mi techo».

A la humildad del creyente podrá responder, entonces, la humildad de Dios. Porque no tendrá para expresarse más que nuestras palabras inexpertas; sólo podrá revelarse en una vida sencilla, simplemente humana, de un hombre de Nazaret y en las existencias vulgares de unos hombres y unas mujeres ordinarios, abandonados a su palabra. Hoy no tendrá para manifestarse más que gestos inseguros, súplicas indecisas, amores balbucientes. «Si uno escucha mi voz y guarda mi palabra, dice Jesús, mi Padre lo amará y vendremos a él y pondremos en él nuestra morada».

*
**

**Dios, misterio infinito,
no podemos conocer tu Nombre
si Tú no nos lo revelas.
Dios infinitamente santo,
no podemos vivir según tu ley
si no conviertes nuestro corazón.
No somos dignos de recibirte,
pero di una sola palabra
y conoceremos el gozo de la fe;
derrama tu Espíritu
y podremos servirte.**

Martes de la vigésima cuarta semana

DIOS ES HUMANO

1 Timoteo 3,1-13. *Como las otras cartas «pastorales», 1 Tim pretende una mejor organización de la Iglesia; esta carta considera concretamente el caso de los «episcopos» y de los diáconos. Los primeros no se distinguen de los ancianos de 1 Tim 5. Como ellos, asumen el ministerio de la Palabra. Sus funciones se parecen a las del padre de familia: presiden la vida de la comunidad y la representan hacia fuera, como atestigua el v. 7. Por eso no conviene elegir a unos neófitos que, con su orgullo, podrían «hacer de diablos» (TOB).*

La actividad de los diáconos se inscribe en la de los colaboradores de Pablo. Lo mismo que él y Timoteo, tienen que conservar el misterio de la fe «con una conciencia pura». Finalmente, los episcopos y los diáconos han de ser esposos «de una sola mujer». Esta expresión, como es evidente, ha hecho correr mucha tinta. «Según los comentaristas, el apóstol se refiere al libertinaje, o bien prohibiría casarse de nuevo tras enviudar, o incluso reprobaría el repudio de una mujer para casarse con otra. Pero también pueden entenderse las expresiones marido de una sola mujer o mujer de un solo marido —expresiones que se encuentran en inscripciones judías y paganas— en el sentido de un amor conyugal particularmente fervoroso» (TOB).

Muchos autores consideran el salmo 100 como un salmo real. E. Lipinski sitúa su composición en la Jerusalén posterior al destierro.

Lucas 7,11-17. *Estamos ante dos cortejos que salen mutuamente al encuentro: por un lado, un hijo único que llevan a enterrar fuera de la ciudad; por otro, los discípulos con Jesús o, mejor dicho, con el Señor, como precisa Lucas. El hijo de la viuda y el Hijo de Dios.*

Por un lado, un cortejo conducido por un muerto; por otro, una procesión que rodea al Viviente. Pero ¿quién está muerto y quién está vivo en este relato, en donde todo el mundo juega al escondite? A la puerta de la ciudad, el muerto y el Vivo cambiarán su condición: el muerto despertará a la vida, mientras que el Vivo irá a la muerte que le había profetizado el anciano Simeón. Pero en el joven que Jesús devuelve a su madre está ya la promesa del Resucitado.

*
**

Ella enterraba a su hijo, a su único hijo. En adelante estaría sola en la vida, sin apoyo, sin seguridad para sus días de ancianidad. Ningún sol iluminaría en adelante sus tareas cotidianas, ninguna razón para vivir, puesto que ya no tendría a nadie para quien vivir. Volvería a una casa tan silenciosa como una tumba, fría y vacía. De algún modo, estaba tan muerta como su hijo.

Pasa Jesús. La emoción le embarga. Pronto habrá otro entierro que celebrará sus pompas fúnebres a las puertas de otra ciudad. Ve a aquella mujer vestida de negro, llorando. La gente dice: ha envejecido diez años. Ella, tan joven y tan bella hace apenas unos días, se ha llenado de dolor y de pena, madre de dolores. La gente se callará cuando ella pase; dirán: «Es su madre»; siempre se siente cierto respeto por los parientes de los condenados. Jesús se emociona; aquel joven que llevan a enterrar es la viva imagen de lo que ocurrirá bien pronto.

Jesús detiene a los que lo llevaban: Jesús siente lástima. Fijémonos bien: esa lástima que es única, propia de Dios.

Cuando nosotros sentimos lástima de alguien, sentimos compasión del otro; pero, si la visión del mal nos resulta insoportable, es porque nos afecta a nosotros mismos. Y si queremos poner remedio, es también por la necesidad que sentimos de aliviar el daño que nosotros mismos experimentamos. Cuando Jesús siente lástima, es por misericordia, porque ve la desgracia del otro como si fuera suya.

Y porque Jesús se emociona dentro de sus mismas entrañas, ocurre un hecho extraordinario: el joven se levanta, devuelto a la vida. Dios no puede abandonar a la muerte al hombre del que siente lástima. La misericordia de Dios es la otra cara de su poder creador: Dios ama, y su amor es vida, renacimiento, resurrección, salvación, gracia, novedad. Sólo Dios puede amar y sentir piedad hasta ese punto: Jesús ocupará el puesto del hijo de la viuda. Porque el amor de Dios, su misericordia, le hace ocupar el sitio del ser amado, totalmente y sin restricciones, hasta hacerse hombre. Jesús se echará en el féretro y será llevado a enterrar. «Tomó sobre sí nuestras enfermedades». Pero Dios no podrá dejar que su amigo vea la corrupción, como dice el salmo.

Debido a esta misericordia de Dios, ahora es posible creer que Dios nos escucha, que el sufrimiento de los hombres, sus gritos de rebeldía o su miseria silenciosa, han sido superados, porque el esplendor de Jesús, la irradiación de la cruz de Jesucristo, nos dicen esto: Dios te ama, es decir, Dios te crea, te quiere vivo. En Naím flotaba ya aquella mañana el aire de Pascua.

*
**

**Dios de la vida, bendito sea tu nombre;
Tú no abandonas a los que creen en Ti
al polvo de la corrupción.**

**Tu hijo nos arrastra en su victoria pascual
y tu compasión es para nosotros fuente de vida.
Por eso te pedimos con confianza:
ten piedad de estos pobres que somos,
y que nuestras pobres vidas
florezcan, por tu gracia, en la vida eterna.**

AL SONIDO DE LA FLAUTA

1 Timoteo 3,14-16. *No deja de llamar la atención un himno cristológico en medio de un directorio para la comunidad. Sin embargo, si no cabe duda de la independencia del himno, las instrucciones paulinas estaban pidiendo esta opción. En efecto, después de hablar de los diversos ministerios, el apóstol resume de forma excelente la naturaleza y la función de la Iglesia, especialmente en momentos de perturbación. Su naturaleza consiste en ser la casa de Dios; su función, en proponer incansablemente el mensaje cristiano. Este mensaje no es una teoría, sino un misterio.*

El himno detalla admirablemente sus diversas manifestaciones, que se responden y se enriquecen mutuamente mediante el juego del doble quiasmo. En este sentido, la oposición «manifestado en la carne, proclamado a los gentiles» es muy sugestiva, ya que evoca las dos etapas fundamentales de la economía de la salvación: por una parte, el destino histórico de Jesús en tierras judías; por otra, su «aplicación» a tierras paganas, que se ha hecho posible gracias a la misión postpascual. Esta misión ha llevado a la reconciliación entre los judíos y los paganos en una misma y única Iglesia, y este signo de unidad permite a los ángeles comprender el misterio de la Iglesia (cf. Ef 3,10). «Creído en el mundo», Cristo es «levantado a la gloria».

Si Jesucristo está en la cima de la revelación, Dios había hablado a menudo a su pueblo en el pasado. Así lo señala el salmo 110, considerado generalmente como un himno.

Lucas 7,31-35. *Lucas conocía las dificultades de los pagano-cristianos para entrar en una tradición, en este caso la tradición judía, que les resultaba extraña. Por eso la parábola de los niños que jugaban en la plaza tiene un valor de advertencia: los no-judíos están invitados a realizar una superación. Su negativa los dejaría en el mismo nivel que a los fariseos y a los legistas que odiaron a Jesús hasta insultarle públicamente («Ahí tenéis a un comilón y un borracho»), pero que habían criticado igualmente a Juan Bautista («Demonio tiene»). Serían parecidos a niños caprichosos que no quieren bailar al sonido de las flautas. Tan sólo los hijos de la Sabiduría pueden discernir sus obras: para los paganos, como para los judíos, Jesús representa la última oportunidad de salvación.*

*
**

No hay nadie que sea un gran personaje para sus familiares ni profeta que sea escuchado en su propia tierra. Se presenta Jesús, y el signo sigue siendo oscuro; el sacramento de Dios sigue siendo ineficaz. «Os hemos tocado la flauta y no habéis bailado». El signo iba dirigido al corazón; pero, para que el corazón se sienta tocado, tiene que ser sorprendido, asombrado, seducido.

A Dios se le encuentra; Dios no se impone. Y el encuentro es un riesgo, como es oportunidad que se ofrece. Jesús es sacramento de Dios, y el sacramento es como una pelota lanzada. Si presentas la pelota sin lanzarla, como si se tratara de una antigua porcelana china, con mil precauciones y recomendaciones, no pasa nada; pero si tiras la pelota y el otro la recoge al vuelo, entonces se realiza el milagro del juego y del encuentro. Se realiza algo nuevo e inesperado. Dios nos podría haber entregado un tratado de teología que nosotros habríamos transmitido de generación en generación, lo mismo que se deja en testamento una vasija antigua. Pero Dios prefiere lanzar pelotas, ya que sólo éstas hacen nacer la relación y el encuentro.

Dios prefiere manifestar la comunión que nos propone tomando un rostro de hombre. Y esa vida humana, demasiado humana, no es más que un signo que hay que descubrir para nacer a una proximidad insospechada: Dios toma un rostro humano para que nosotros podamos ser engendrados a la vida de Dios. Dios prefiere anunciar la Buena Nueva de su salvación hablando con las palabras de cada día. Y éstas no son más que el camino de acceso para entrar en el Reino. Este camino, estas palabras, son la única posibilidad que Dios se concede para provocar la libertad de aquellos que El desea como compañeros de la Alianza. Dios no dispone más que de unos humildes signos para tocar el corazón de los que quiere que sean sus amantes.

El ramo de flores, el beso, las palabras cariñosas y los gestos de afecto no son nada en comparación con el amor del que son humildísimos mensajeros. Pero ¿qué sería el amor si no dispusiera de esas humildes expresiones para expresarse, más aún, para existir? Sin el beso y los signos de comunión, el amor sería como el viento; amar será siempre poner gestos de amor.

¿Qué es el sonido de la flauta en la plaza del mercado? No es nada: unas cuantas notas musicales y viento. Pero para el que se deja llevar por él, es ya todo el fervor y la alegría de la fiesta.

*
**

**Dios de la danza,
Tú nos invitas a dejarnos arrastrar
por el ritmo de la fiesta.
Que tu palabra de gracia
nos abra el misterio de la ternura,
que el pan de nuestra mesa
sea ya el aperitivo del banquete,
al que nos has invitado para la eternidad.**

LIBERACION

1 Timoteo 4,12-16. *Este pasaje es como una ventana abierta a la Iglesia primitiva. Nos enteramos primero de que la juventud de Timoteo le descreditaba a los ojos de los mayores. Sin embargo, san Jerónimo le atribuye al menos treinta años; pero las edades eran entonces distintas de lo que son hoy. Para los antiguos, la madurez sólo venía después de los cincuenta años.*

Por otra parte, según C. Spicq, la intervención de los profetas designaría la oración consagratoria, «y no constituía más que una sola acción sacramental con la imposición de las manos». Así pues, Timoteo debe darse prisa por desarrollar el carisma que posee en virtud de su ordenación; concretamente, tiene que dedicarse a la lectura pública de las Escrituras. Su función es esencialmente la de un maestro, ya que la comunidad se alimenta de la palabra de Dios. Por lo demás, es toda su vida la que ha de dar testimonio del favor con que Dios lo ha distinguido.

Salmo 110: cf. *miércoles de la semana 24.*“.

Lucas 7,36-50: *Un fariseo y una mujer pública: ¡dos mundos que se encuentran! La mujer es una cortesana en toda su actitud; casi sentimos la tentación de ver con malos ojos, como Simón, la falta de discernimiento que demuestra Jesús. ¡El profeta no ignora al menos que la presencia de una pecadora basta para manchar toda la casa! Pero Jesús responde con una parábola: «¿Quién de los dos le amará más?» Es una manera cortés de prevenir a Simón que él Jesús, ha discernido ciertamente el amor bajo la ambigüedad de los gestos.*

De hecho, estos dos mundos tienen mucho que aprender uno del otro, ya que hay que haber pasado por la experiencia del pecado para saborear la misericordia divina y tener coraje para descubrir bajo la capa de los gestos el balbuceo de una fe que empieza a nacer. «Vete en paz»: palabra de gracia que revela, a todo el que ama la vida, la plenitud de lo que él vive.

*
**

Una mujer perdida, una pecadora pública...: el evangelio pone en primer plano a esa mujer de mala reputación para invitarnos a los misterios de la Buena Nueva.

La experiencia del fracaso, del objetivo errado, de la falta moral, de la equivocación, no tiene nada de específicamente cristiano. Y es verdad que el pecado o es ajeno a algún que otro aspecto de esas conductas: no hago el bien que me gustaría hacer, he traicionado la amistad o el amor de alguien que me era fiel. Para dar el nombre de pecado a estos fallos, a estas ofensas, a estas rupturas, es preciso que las oigamos llamar así por Otro, a cuyos ojos existen como pecado. Al recibir un nombre es cuando el pecado se encuentra desvelado y denunciado. Tan sólo aparece en la palabra del Otro y bajo la mirada del Otro.

Así pues, el peso del pecado será el que le dan la palabra y la mirada que se ponen sobre él. Si el otro da un juicio terrible y tajante, el pecado me encierra sin remedio en el fracaso o en la falta. Pero si la mirada de ese Otro es cariñoso, si su palabra desata lo que estaba inexorablemente atado, la revelación del pecado se convertirá en liberación.

«Mujer, tus pecados quedan perdonados». Nuestro pecado queda abiertamente desvelado por la propia mano que lo sana. Sólo el perdón del Amor mismo puede revelar nuestro pecado, porque sólo la luz de la misericordia puede permitirnos ver con lucidez la profundidad de nuestro mal. Es lo mismo que nos sucede tantas veces: que no medimos el alcance del peligro que corremos sino después de haber sido salvados de él. No somos pecadores desechados que lloran sus faltas, sino pecadores perdonados que proclaman su perdón.

«Mujer, tus pecados quedan perdonados, porque has amado mucho». La experiencia del pecado y del perdón es quizá el lugar —aparentemente contradictorio— de una experiencia de la ternura. ¿No es cierto que muchas veces hay que haber vivido la experiencia destructora del pecado para descubrir el poder restaurador del perdón? Es posible que haya una presencia del amor en el corazón mismo del pecado: un amor que sana y que libera. Y es que el pecador, efectivamente, nunca se halla solo en su pecado, sino que puede experimentar en él la presencia de Dios. ¡Dichoso el pecador que puede descubrir así la irresistible pasión de Aquel que nos ama hasta el punto de perdonar nuestros pecados!

**

**Dios de misericordia,
tu Palabra echa abajo nuestras máscaras,
y tu luz revela nuestras tinieblas:
reconocemos que somos pecadores.
Tu Palabra nos habla de tu ternura,
y tu luz nos hace renacer:
bendito seas Tú, para quien nuestro pecado
no es nuestra última palabra.
Haz que tu perdón
sea la última palabra que tú nos digas
para siempre.**

COMPAÑEROS

1 Timoteo 6,2c-12. *Una vez más, Pablo ataca a los falsos doctores y, como si se tratara de un diagnóstico, denuncia sus intenciones. Esas gentes son orgullosas y necias. Por una parte, no aceptan la enseñanza de Cristo que propone la Iglesia, lo cual arrastra a la comunidad a disputas y divisiones; por otra, tiene un amor apasionado al dinero, lo cual les convierte no sólo en comerciantes de la religión, sino que los pone en el peligro de destruir su alma y el alma de quienes les siguen. Ante esta actitud insensata, el apóstol propone una doctrina de felicidad, basada en la piedad y en el desinterés.*

El salmo 48 perteneciente al género sapiencial, se propone refutar una tesis que considera estúpida. Se trata de mostrar la vanidad de las riquezas, que no pueden nada contra la muerte.

Lucas 8,1-3. *Los doce, unas mujeres, unas personas que les servían: nos encontramos ante una pequeña comunidad, ante un esbozo de Iglesia post-pascual, en la que la presencia de las mujeres rompe abiertamente con las costumbres del mundo palestino.*

Esta comunidad representa también un progreso. En efecto, mientras que, después de su encuentro con Simón-Pedro, Jesús había proclamado las bienaventuranzas ante los discípulos en general, para el discurso en parábolas estará rodeado de un grupo más organizado. Tenemos así un reflejo exacto de la situación del no-judío, que no puede escuchar la Buena Nueva más que a través de los testigos que viven de ella.

*
**

Jesús recorre los campos de Galilea durante la primavera para lo que algunos han llamado «la gran campaña de reclutamiento». Se le junta un pequeño grupo de hombres y de mujeres, los vagabundos de Dios, para el gran anuncio del Reino. «Estos son mis hermanos», dirá Jesús: los que escuchan, meditan y hacen suya su palabra. El evangelio los caracteriza con una palabra: «acompañaban a Jesús».

Acompañar a Jesús... Los escritos del Nuevo Testamento han reservado celosamente el empleo de esta palabra. No la utilizan más que para designar a los que dieron su existencia a Jesús. Acompañar a Jesús es vivir, pasar el tiempo con El. En la proximidad de sus caminatas en común, de la mesa compartida, de las preocupaciones conjuntamente sentidas, es donde nace la familiaridad. El discípulo es un compañero, es decir —según la etimología—, el que come el mismo pan. El discípulo es un familiar de Jesús: presiente su manera de concebir las cosas, sus reacciones, conoce sus gustos y sus temas favoritos. La familiaridad se engendra en la vida de cada día y en el trato personal.

Acompañar a Jesús es despertar a una identidad de perspectiva sobre las cosas, hacer suyo su proyecto. El discípulo es un seguidor: ha escogido el programa del Evangelio. Descifra la realidad a través de una pauta de lectura particular: el cristiano no es solamente un hombre honrado; es «de Cristo». «Para mí, el vivir es Cristo», exclamará san Pablo.

Acompañar a Jesús es hacerle compañía. ¿Qué sería de Dios sin esos hombres y esas mujeres que hacen su voluntad? Nosotros completamos en nuestra carne, dirá también san Pablo, lo que falta a la pasión de Cristo. Hay una continuidad entre los discípulos y Jesús, entre la Iglesia y su Señor.

El discípulo es compañero de Jesús. Es decir: es el trabajador de Jesús, como en aquellas cofradías de compañeros que durante la Edad Media cruzaban los caminos de su país para ir a realizar un trabajo. Trabajador del Reino, lo va construyendo y le da forma externa; ¿qué sería, sin él, de la herencia recibida? Guardián de las tradiciones del Reino, asegura el porvenir del Evangelio.

«Padre, te doy gracias: los que Tú me diste han reconocido que yo he venido de Ti... Conságralos en la verdad». Esta será la última oración de Cristo por los que eran sus compañeros. Esta era su oración por su Iglesia, por los que ahora somos «los suyos».

*
**

**Padre de Jesucristo y Padre nuestro,
guarda a los discípulos de tu Hijo en la fidelidad a su nombre.
El nos ha concedido el don de su palabra:
conságranlos en la verdad.
Que El se sienta orgulloso de reconocernos
como «suyos»
en la eternidad del Reino.**

*
**

**Dios que nos llamas a seguir a tu Hijo,
¡envía tu Espíritu sobre nosotros!
Permítenos ser los compañeros fieles
de Aquel que está al frente del rebaño.
Que su cuerpo entregado para nuestra salvación
sea el fundamento de una comunión,
llamada a florecer en la eternidad.**

HABLAR (A) DIOS

La palabra de Dios es una palabra viva: su lugar no está, fundamentalmente en los libros, sino en la vida. Si bien reposa en la Biblia como en un precioso estuche, se manifiesta ante todo en la vida de cada día, es una palabra de todos los días, oculta en la trivialidad de lo cotidiano.

Dios nos enseña la vida haciéndonos vivir. Sólo el que habla sabe lo que significa hablar, porque el aprendizaje de la palabra lo realizamos ejercitándonos en ella. Sólo quien realiza los gestos de amor conoce el amor. He aquí la tarea y la vocación de los creyentes: vivir de la única Palabra para permitir a la palabra expresarse hoy. La misión confiada a la Iglesia consiste en revelar aquella parte oculta por la que toda realidad pertenece ya al universo íntimo de Dios. No se trata de anunciar una palabra que viniera a añadirse a otra realidad, de imponerse como en sobreimpresión; se trata de desvelar que la palabra ya está actuando allí donde hay hombres y mujeres que se arriesgan a vivir de alguna manera los valores evangélicos.

Iniciarse en la palabra para permitir nacer a la palabra: ésa será siempre la tarea de los hijos. Nuestra vocación de hijos de Dios es una iniciación. ¿Quién puede hablar de Dios, sino aquel que ha dejado que se abra en su corazón la herida que supone el conocer a Dios? ¿Quién puede hablar de Dios, sino aquel que se ha arriesgado a aventurar una respuesta a la pregunta de la fe: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» ¿Y quién puede expresar el peso de la palabra escuchada, sino aquel que deja que la palabra dé fruto en su corazón y permite que a floren a sus labios palabras largamente maduras en secreto?

Evidentemente, se requiere mucha paciencia para aprender un idioma; se requiere mucho amor para hablar el lenguaje del ser amado; se requiere mucha audacia para atreverse a balbucir las palabras capaces de establecer una relación y un compromiso. Pero en eso consiste la dignidad del hombre: en que es capaz de hablar. Y en eso consiste nuestra dignidad de hijos: en que podemos hablar (a) Dios. No hablar de Dios, sino hablar (a) Dios como se habla un idioma: con absoluta naturalidad.

*
**

**Señor y Dios nuestro,
mira a tu pueblo reunido,
a tu pueblo que ha venido a escucharte.
Abre nuestros oídos a tu voz,
nuestros corazones a la Palabra que puede transformarlos.
Entonces acogeremos como una gozosa noticia
el mensaje de tu Hijo Jesús,
tu Verbo eterno, Palabra única de tu misericordia.**

«YO SIEMBRO A VOLEO»

1 Timoteo 6,13-16. *Dirigiéndose a Timoteo, el apóstol le traza un programa de vida. El pastor auténtico es todo lo contrario de los falsos doctores. Busca ante todo la justicia, la piedad, la fe, el amor, la perseverancia y la mansedumbre (v. 11). Así es fiel a su profesión de fe y a su bautismo; imita a Jesucristo. La exhortación acaba con una doxología solemne, escogida a propósito para contrarrestar las pretensiones gnósticas, a las que opone la inaccesibilidad divina.*

El salmo 99 prolonga la doxología: invita a la Iglesia de Jesucristo a dar gracias a su Pastor eterno.

Lucas 8,4-15. *Parábola del sembrador: misterio de la Palabra en busca de un buen terreno para hacerle producir fruto abundante. Hay un pequeño detalle característico del universo lucano. E. Delebecque ha subrayado el acierto del evangelista, que no habla nunca más que de una semilla, incluso cuando se refiere a la que cae en tierra buena, siendo así que en ese momento debería haber hablado del «resto» de las semillas. Por eso sugiere el autor que «la tierra buena en cuestión no es la del campo que se siembra, sino un lugar fuera del campo, donde la tierra buena se ha mostrado excepcionalmente favorable». Esta hipótesis es evidentemente seductora, ya que nos permite comprender que Lucas, en toda su parábola, piensa no en la totalidad del campo por sembrar (esto es, Israel), sino sólo en la franja de alrededor. Así pues, el evangelista habría releído la parábola tradicional adaptándola a la perspectiva de la misión universal.*

*
**

«Yo siembro a voleo»: ¡una hermosa máxima para abrir un diccionario! Es también lo que nos anuncia el evangelio de hoy: la Palabra de Dios se siembra a voleo y da fruto, como dice la Escritura: «La lluvia y la nieve que bajan de los cielos no vuelven a él sin haber fecundado la tierra; lo mismo pasa con la palabra que sale de mi boca, dice el Señor».

La palabra de Dios es una Palabra viva. Su lugar no está, fundamentalmente, en los libros, sino en la vida. Si bien reposa en la Biblia como en un precioso estuche, se manifiesta ante todo en la vida de cada día, es una palabra de todos los días, oculta en la trivialidad de lo cotidiano.

«Yo siembro a voleo», dice Dios; y, una vez lanzada, la semilla ya sólo se pertenece a sí misma, y su fecundidad dependerá del terreno en el que caiga. «Yo siembro a voleo», dice Dios; y en adelante su Palabra, poderosa en sí misma, ya no pertenece a Dios, por así decirlo, sino que su futuro dependerá de la libertad que la acoja. Finalmente, la Palabra revela lo que hay en el fondo de cada hombre; por su sola presencia, Jesús obliga a cada uno a quitarse la máscara y a mostrarse tal como realmente es.

«Yo siembro a voleo»: Dios asume el riesgo de la siembra. ¿Tendremos que desanimarnos, entonces, ante tanta semilla perdida? No, porque la parábola es profundamente optimista. Jesús tiene confianza: en algún sitio encontrará la Palabra un terreno propicio, y su fuerza será entonces irresistible.

*
**

**Creemos en Dios, nuestro Padre.
La tierra, nacida de su palabra creadora,
ha dado su mejor fruto:
Jesús, su Hijo, su Verbo eterno.**

**Creemos en Jesús, semilla de vida,
grano hundido en la tierra,
espiga gloriosa de la resurrección.**

**Creemos en el Espíritu Santo,
fuerza que fecunda la Palabra
y que sostiene en la Iglesia
la esperanza de la cosecha.**

*
**

**Dios creador,
concede a tus semillas que fecunden la tierra.
Puesto que hemos compartido el pan de la vida,
que tu palabra tome carne en la carne de cada día.
Que la esperanza de la siega alumbre un buen futuro.**

*
**

**Dios y Padre nuestro,
tu palabra se ha cumplido en la venida de tu Hijo
y hoy se nos ofrece en esta eucaristía.
Envíanos a llevar al mundo
la buena nueva que libera
desde ahora y para siempre.**

EL PORTICO DEL REINO

Esdras 1,1-6. *¿Se autorizó a los judíos a volver a la tierra de sus mayores? Algunos comentaristas, extrañados de la generosidad del rey, han puesto en duda el decreto de Ciro. Sin embargo, este documento no contiene nada que desmienta la política religiosa de los soberanos persas. Un año después de la toma de Babilonia, el 538, Ciro autorizó el regreso de los desterrados a Jerusalén, donde restaurarían el culto a Yahvé en la colina de Sión. De hecho, muchos de los judíos que se habían asentado en Babilonia prefirieron quedarse allí, aunque ayudando a sus correligionarios que habían escogido volver a su país. Se observará el regionalismo poco disimulado del v. 5: para el autor, la restauración religiosa fue obra casi exclusiva de la tribu de Judá.*

¿Qué ha sido de la profecía de Jeremías? En Jr 25,11-14, el profeta, después de anunciar que por sus pecados el país quedaría transformado «para siempre» en una tierra desolada, limita el castigo a setenta años, cifra simbólica que representa la duración de una vida humana. Pero la profecía se arraigaba en las maldiciones de Lv 26, que acompañaban a la legislación sobre los años sabáticos: «Si el pueblo no quiere respetar los años sabáticos, el Señor hará que el suelo recupere los años de reposo de los que se ha visto privado. Esta interpretación del destierro como tiempo de desolación (es decir, suelo transformado en desierto) y de sábado forzado, será recogida en 2 Cro 36,20-22 y favorecerá las especulaciones de Dn 9 sobre las setenta semanas de años, cuando la gran desolación del tiempo de Antíoco IV» (TOB sobre Lv 26). Después de este tiempo de desolación llegará la gran liberación.

El salmo 125, que forma parte de la colección de cantos de ascensión, canta el gozo de las poblaciones que ven regresar a sus prisioneros. Hasta los extranjeros se sienten confundidos ante la omnipotencia de Yahvé.

Lc 8,16-18. Es una advertencia y una palabra de esperanza. En primer lugar, una visión optimista, sugerida por el resplandor de la lámpara puesta en el candelabro. Esta lámpara ilumina toda la habitación, lo mismo que la palabra de Dios que ilumina los últimos rincones del corazón. Pero ¿quién medirá la fecundidad de la Palabra? Hoy Jesús predica dentro de los límites de Israel; mañana, los que hayan oído su palabra se dirigirán al mundo entero. «No hay nada secreto que no venga a ser conocido y descubierto».

Para ello hay que poner atención en la manera de escuchar. Con vigilancia, con interés por poner la Palabra en práctica, por hacer que dé fruto, o con negligencia, sin sentirse tocado por ella. Puede haber mucha distancia entre el oído que escucha y el corazón que se estremece.

**

Basta con hojear los evangelios para darse cuenta de que la parábola es el lenguaje privilegiado de Jesús.

No es indiferente para la interpretación de las parábolas darse cuenta de que se basan en una experiencia a la que deben su fuerza de persuasión.

La mayor parte de las parábolas remiten a sus oyentes a su experiencia de la vida y sacan su eficacia de esa experiencia. Entonces, no podemos esperar apropiarnos de su mensaje más que en la medida en que seamos capaces de reconocer en ellas nuestra propia experiencia. Las parábolas nos inician en el misterio del Reino. No basta, pues, con preguntarse por lo que quiso decir Jesús. Hay que intentar, además, leer a través de ellas lo que dijo de Sí mismo: las parábolas nos conducen a ver la realidad tal como la veía Jesús, para llevarnos a encontrar al mismo Jesús.

«Fijaos en la manera como escucháis: la parábola es una ayuda en el camino que da acceso al misterio. Más allá de las palabras, se cuenta una historia. Y sólo las historias pueden describir lo que ocurre en el Reino. Lo mismo que a los niños se les enseña el sentido de la vida contándoles historias, así nosotros podemos entrar en la inteligencia del proyecto de Dios dejándonos llevar por el movimiento de una historia que nos abre el pórtico de la revelación del Espíritu.

**

**Luz nacida de la Luz,
Jesús, Verbo desde toda la eternidad,
ilumina nuestra historia,
sé la palabra que nos inicia en los secretos del Reino.**

**

**Bendito seas, Padre de bondad:
hemos acogido la palabra de tu Hijo
y comulgado su cuerpo.
Danos el deseo de caminar tras El
y de hacer nuestra la palabra que a El le dio vida:
que ella sea nuestra heredad,
y así conoceremos el gozo de vivir como hijos.**

«NUESTRO» JESUS

Esdras 6,7-8.12b.14-20. *Se confirma la generosidad de los soberanos persas. Darío, uno de los sucesores de Ciro, no sólo aprueba las instrucciones de su antepasado, sino que ordena a sus gobernadores que financien la reconstrucción del Templo por medio de impuestos sacados de la provincia. La consagración del altar, en la primavera del año 515, dio lugar a grandes fiestas populares.*

La perícopa de hoy permite definir la teología del autor del libro de Esdras, que escribió también el de Nehemías y las Crónicas. En el centro de sus preocupaciones están Jerusalén y el Templo; en efecto, el autor sueña con una comunidad establecida en la ciudad santa y enteramente consagrada a Dios. Desde esta misma perspectiva juzga la época de la monarquía y la obra de restauración de Esdras y de sus contemporáneos. Por eso, si dedica tanta atención a la reconstrucción de las murallas de Jerusalén, es porque piensa que la ciudad tiene que estar separada del resto del mundo. Igualmente, considera el templo de Jerusalén como el único legítimo, ya que quiere rebatir las pretensiones de los samaritanos. Finalmente, se observará su interés por los levitas: también para el Cronista los antiguos portadores del arca son los ministros principales del culto.

He aquí de nuevo un canto de ascensión: el salmo 121 es un canto de peregrinación que invita a contemplar las maravillas del Señor.

Lucas 8,19-21. *Punto final al discurso en parábolas: a los ojos de Jesús, los vínculos de sangre son inferiores a las disposiciones del corazón.*

*
**

«Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen». Nosotros somos la familia de Jesús, y con una timidez llena de confianza nos atrevemos, en el recogimiento de nuestro corazón, a llamarle «Jesús nuestro».

Llamarle Jesús es algo que corresponde a la naturaleza de nuestra fe. Cristo no es una persona extraña, sino alguien muy cercano a nosotros. A cada uno de nosotros nos dice lo que decía a sus discípulos: «No me habéis escogido vosotros, sino que os he escogido yo». Cristo no es un amo, sino un amigo. A cada uno de nosotros nos dice lo que decía a sus discípulos: «No os llamo siervos, sino amigos...»

Nuestros vínculos con El no son solamente los de la inteligencia que se adhiere a una palabra portadora de verdad. Tampoco son solamente los vínculos de la voluntad que se pliega dócilmente a una ley. Son vínculos del corazón, al menos, si con esta palabra entendemos no ya la llamada de una afectividad tan pronta para arder como para apagarse, sino la comunión confiada en la elección de sus mismas opciones fundamentales y en la asunción compartida de su mismo destino. Entre Cristo y nosotros existen esos vínculos del corazón que hacen a dos seres inseparables entre sí, a pesar de las distancias, de las obscuridades, de las incomprendiones que la vida o la desgracia pueden levantar a veces entre ellos en algún momento.

Esos vínculos del corazón son los que fundamentan nuestra fe, y por eso precisamente podemos decir con amor: «nuestro Jesús». Seguramente habréis oído alguna vez esa curiosa expresión que se usa a veces en las conversaciones familiares: se designa a una persona poniendo delante de su nombre el adjetivo «nuestro»: «nuestra Isabel» o «nuestro Paco». Una expresión en la que se unen el cariño y la solidaridad privilegiada. «Mi madre...»

*
**

**Dios, Padre de Jesús,
sólo Tú puedes decir su nombre con cariño:
El es tu Hijo, tu Amado.
Como en nuestros corazones se ha derramado tu Espíritu,
nosotros nos atrevemos a pronunciar el nombre
que está sobre todo nombre.
Que nuestra oración sea el sacramento
de los vínculos familiares que nos unen.
Y que El nos reconozca como sus hermanos
por toda la eternidad.**

*
**

**Bendito seas, Padre de Jesucristo:
tu Hijo nos revela tu rostro,
a pesar de nuestra poca fe,
y nos da a compartir
su Cuerpo entregado para hacernos «los suyos».
Que esta eucaristía despliegue su poder
en nuestra vida:
que nos convierta para que seamos tu familia.**

EN MISION

Esdras 9,5-9. *La división del leccionario no nos deja descubrir el motivo de la oración de Esdras (cf.vv.1-2). De hecho, se trata de su misma preocupación de siempre: reunir en Jerusalén a una comunidad en la que sólo reine Yahvé. Esta comunidad tenía que ser necesariamente santa y pura. De esta forma, tanto por motivos de seguridad como para preservar a la ciudad de toda contaminación exterior, se apresuraron a levantar las murallas de Jerusalén. Con este mismo objetivo se prohibieron los matrimonios mixtos.*

A los ojos de Esdras, estos matrimonios representaban el gran pecado de Israel en tiempos de la monarquía; en efecto, se recordaba a las princesas extranjeras, que se habían traído a sus dioses entre su ajuar de novias y habían favorecido así la idolatría, tantas veces denunciada por los profetas.

La oración de Esdras es, además, la confesión nacional más antigua que se conserva en la Biblia; este género literario se había desarrollado en Jerusalén después de la catástrofe del año 587.

El cántico de Tobías 13 se compone de dos partes: primero un salmo de alabanza (vv. 2-10) para exaltar la soberanía de Yahvé; luego un pasaje profético (vv. 10-18) que habla de Jerusalén en una perspectiva universalista.

Lucas 9,1-6. *No hay nada nuevo en esta instrucción misionera respecto a las de Marcos y Mateo. Subrayemos, con todo, su proximidad a la descripción de la verdadera familia de Jesús, que escucha su Palabra y la pone en práctica.*

Los misioneros no serán tratados mejor que el Maestro. No encontrarán todas las puertas abiertas; ocurrirá incluso que, despreciando las leyes de la hospitalidad, se negarán a acogerles; pero ellos serán siempre mensajeros de paz, de esa paz que es la salvación de Dios. Su predicación anunciará la inauguración del Reino, y sus exorcismos confirmarán el final del reino de Satanás. Además, estos Doce serán una prefiguración de la Iglesia; en efecto, en su persona, es toda la comunidad de testigos la que se levanta para dar testimonio de Cristo y de su mensaje.

*
**

«Los envió a proclamar el reino de Dios»; desde su nacimiento, la Iglesia está hecha para el anuncio. La Iglesia es misionera por naturaleza.

Si nuestro lenguaje ha llegado a distinguir Iglesia y misión, es porque hemos dejado que se degraden la Iglesia y la misión, así como la idea que nos hacemos de la una y de la otra.

Cuando decimos «Iglesia», nos resuena una sociedad establecida al lado de las otras sociedades en que se despliega la vida de los hombres y que tiene por finalidad el ejercicio de las actividades llamadas religiosas. Y si hablamos, entonces, de la obra «misionera» de la Iglesia, designamos con esta expresión el esfuerzo que emprende por integrar en su seno al mayor número de hombres, haciéndoles aceptar un conjunto específico de ideas, de ritos, de comportamientos.

Esta es, apenas esbozada, la idea corriente que nos hacemos de la Iglesia y de la misión. Sin embargo, deberíamos saber que la misión, tal como Dios la realiza desde el origen por su Palabra creadora, tal como toma cuerpo en el pueblo de Israel, tal como fue vivida por Jesús, Dios hecho hombre, tal como debería vivirla la Iglesia, no consiste en trasplantar a los hombres a una sociedad en la que encontrarían la salvación gracias a la adopción de unos ritos y la adhesión a un sistema de pensamiento.

La misión es la revelación de aquella parte oculta por la que toda realidad pertenece ya al universo íntimo de Dios.

Y esta revelación no la pueden hacer el creyente y la Iglesia más que situándose en el corazón de toda realidad: palabra, pensamiento, amor, cultura, sociedad, civilización.

No hay creyente ni Iglesia que valgan si no es situados y enraizados ahí. No para poner a Jesús allí donde no está, sino para mostrar y decir que El está ya en todas partes.

*
**

**Dios, que mantienes tu palabra desde el principio,
afiánzanos en la fe.
Que la fe irradie toda nuestra vida;
así seremos un testimonio vivo
de la Buena Nueva que quiere envolver
la vida toda de los hombres para siempre.**

*
**

**Padre de nuestro Señor Jesucristo,
Dios, Señor de tu pueblo,
envía tu Espíritu sobre nosotros.
Que El descienda sobre los que Tú llamas
a encargarse de la construcción de tu Iglesia.
Que El sea el soplo que les anime,
el impulso que los arrastre,
la fuerza que los sostenga,
el vínculo que los reúna.
Ayúdanos a ser, en el corazón de nuestro tiempo,
los testigos de lo que es promesa
para todas las edades.**

UNA SANTA CURIOSIDAD

Ageo 1,1-8. Tras el edicto de Ciro, emprendió el regreso un primer grupo de desterrados, unos 30.000, es decir, una tercera parte de la población deportada. En Jerusalén se imponía un gran esfuerzo de reconstrucción. Empezaron por levantar de nuevo el altar de los sacrificios; luego se empezó la reconstrucción del templo. Pero el entusiasmo inicial se vio pronto debilitado por las dificultades que creaba la población que no había estado en el destierro y que temía que los recién llegados les quitasen sus tierras. El año 520 el templo no era todavía más que un montón de piedras.

Entonces surgieron algunos profetas para sacudir la apatía del pueblo. Entre ellos, Ageo, que se dirigió a Zorobabel, un nieto del rey Yoyaquim, a quien la administración persa había confiado el gobierno civil, y a Josué, el sumo sacerdote. Les reprochó la suntuosidad con que algunos vivían en Jerusalén y les invitó a comprender los signos de los tiempos. La sequía y la escasez que afligían a la población ¿no se debían acaso a la despreocupación de los habitantes por la reconstrucción del templo?

En respuesta a la exhortación del profeta, el salmo 149 invita ya al pueblo a celebrar una liturgia en honor de Yahvé.

Lucas 9,7-9. Curiosamente, la pregunta de Herodes se inscribe entre el relato de la misión de los Doce y el de la multiplicación de los panes. «¿Quién es, pues, éste de quien oigo tales cosas?». Herodes se interroga: ¿han nacido tantos movimientos sediciosos en esa Galilea que le ha tocado gobernar! Sin embargo, su pregunta tiene otra profundidad; efectivamente, coincide con la de todos los que se sienten interpelados por la persona de Jesús y por el testimonio de los discípulos. ¿Quién es ese hombre que envía emisarios y que conmociona los espíritus?

*
**

Se hablaba de El, se contaban mil cosas sobre El, se ponían en sus labios palabras que sin duda eran inverosímiles, se le atribuían hechos que eran exagerados por el entusiasmo popular y el fervor de las pasiones... A Herodes le picaba la curiosidad. Y aquel poderoso, que debía el trono al favor de los ocupantes, quería ver a aquel individuo un tanto exótico en una Galilea demasiado provinciana.

La sabiduría popular dice que hay curiosidades malsanas... Cuando permiten abusar de un poder que ellas mismas han atribuido injustamente. Cuando alimentan el escándalo que ellas mismas explotan. Cuando se detienen en lo accesorio, erigiéndolo en lo esencial. Herodes quería ver a Jesús para exhibirlo en su corte como se exhibe un bufón: ¡ah, si pudiera ver un milagro! (cf. Lc 23,9). Sin embargo, la curiosidad es, quizás, el primer paso para el encuentro y para la fe. El asombro, la sorpresa, la provocación son el pórtico que nos introduce en el descubrimiento de los laberintos de la casa y que nos inicia en el misterio de una morada. Curiosidad es sinónimo de descubrimiento; es tensión hacia un objeto entrevisto, deseado. ¡Ay del amor si no es curioso! El fuego que no se aviva, está ya muerto.

¿Sentís curiosidad por Jesús? De la fe se ha dicho que es fuerte si es certeza y seguridad. Se la ha reducido a confesar unas definiciones sin alma y a reconocerse en unos dogmas fríos y secos. La fe es curiosidad, es decir, asombro que compromete a arriesgarse en la aventura, en un encuentro entrevisto y, en consecuencia, deseado. La fe es curiosidad, de forma que la duda le es indispensable. La incertidumbre y la incomprensión no son la cara contradictoria de la fe, el otro aspecto que se opondría a ella como se opone el negro al blanco. La incertidumbre y la incomprensión pertenecen al terreno de la fe como el hueco que espera ser llenado, como la espera que aguarda el encuentro, como el hambre que se alimenta con lo que puede satisfacerla.

*
**

**Dios de eterna juventud,
aviva en nosotros la sed de conocerte
y el deseo de descubrirte.**

**Haznos sentir curiosidad por tu palabra:
que ella nos inicie en tu misterio
sin agotar el gozo del encuentro siempre nuevo,
incluso en los siglos sin fin.**

*
**

**¡Oh Dios, a quien buscamos en la oscuridad de la fe:
nadie te ha visto jamás,
pero Tú enviaste a tu Hijo entre nosotros!
Muéstranos el modo de descubrirlo
siempre de nuevo.**

**Que tu Espíritu nos inicie en tu conocimiento
y quedaremos maravillados
ante lo que él nos hará amar
por toda la eternidad.**

Leer y comprender a Lucas El Reino de Dios está cerca (Lc 9,18 — 13,35)

Esta complejísima secuencia trata de responder a la pregunta suscitada por la sección precedente, a saber: ¿quién es ese Jesús en quien los creyentes han depositado su fe? No basta, efectivamente, con decir que es el Cristo de Dios (9,20); además hay que «empaparse» del modo en que él mismo comprendió su misión. En otras palabras, no basta con afirmar que Jesús es Hijo, sino que hay que penetrar en la forma en que Jesús se reveló como Hijo, ya que se trata de una forma totalmente singular que todos estamos invitados a imitar. Lucas nos ofrece tres elementos de respuesta que se complementan entre sí: primero, la oración de Jesús; luego, el anuncio de la pasión y la subida a Jerusalén, que ponen a Jesús en el camino de la fidelidad y muestran lo que su oración tiene de compromiso; y finalmente, el relato de la transfiguración, una especie de díptico en claroscuro en el que Jesús habla de su «éxodo» y aparece en su gloria (9,18-62).

El capítulo 10 se abre con una nueva misión de los discípulos, que esta vez son setenta y dos (10,1-12). Se afirma la universalidad de la misión, porque en adelante habrá ya en todas las ciudades y aldeas testigos gozosos de lo que han visto y oído: el reino de Dios se ha acercado a todos los hombres y es reconocido en Jesucristo por los pequeños. En efecto, El es el buen samaritano que se acerca al herido de Jericó (10,29-37), así como el que pone de acuerdo a Marta y a María sobre la necesidad de sus respectivas tareas (10,38-42).

A su vez, el capítulo 11 vuelve sobre la oración de Jesús. Se presiente que esta oración conduce al don del Espíritu desde que Jesús empezó a indicar la manera como El entiende ser Hijo. Ha llegado la hora, no de las discusiones estériles, sino de las decisiones: hay que pronunciarse con claridad en favor de Jesús, que dirige una advertencia solemne a los escribas y a los fariseos, que no dejan de desfigurar los signos del Reino, al mismo tiempo que desnaturalizan la Ley y cargan a los pequeños con cargas demasiado pesadas para ellos. ¿Quiénes son, por otra parte, esos escribas para juzgar al hombre? ¿Quiénes son ellos para distribuir la vida y la muerte, siendo así que Cristo sólo ha venido para dar la vida (12,13-15)? Hay aquí una nueva advertencia, pero esta vez dirigida a los discípulos: si ellos han recibido una gracia, no es para almacenarla, sino para ponerla al servicio de todos. De este modo serán buenos administradores, y el mismo Maestro les servirá (12,29-39).

Pero, desgraciadamente, es posible rechazar la vida, como lo prueba la oposición con que Jesús chocó durante su vida. Israel no quiso ver el mal que lo ponía enfermo, ni reconocer a Jesús como al que podía curarle y levantarlo (13,10-17). La revelación choca, pues, con un muro infranqueable. Por eso Dios se dispone a dejar la «casa», el Templo, como había anunciado el profeta Ezequiel; pero no lo hará más que por un tiempo limitado, el tiempo de la conversión, que es también el tiempo de la paciencia de Dios, que ha tomado a su cargo la defensa de la higuera estéril (13,6-9).

HERIDA

Ageo 1,15b–2,9. «El día veintiuno del séptimo mes»: Ageo escogía con cuidado el día de sus predicaciones. En efecto, mientras que el oráculo anterior lo pronunció un día de neomenia, éste lo dice el último día de la fiesta de las Tiendas, cuando los peregrinos acudían en tropel a la ciudad santa. Además, la liturgia de la fiesta invitaba al pueblo a rezar por la futura cosecha. El profeta aprovecha esta ocasión para orientar los espíritus hacia el porvenir espiritual de la nación.

Es verdad que la época era favorable a las especulaciones mesiánicas. El imperio persa estaba conociendo serias dificultades; por eso, a pesar de las distancias, la pequeña comunidad de Jerusalén podía pensar en un cambio de situación política. Los sobresaltos a los que asistía ¿no eran el preludio de una intervención decisiva del Señor en el desarrollo de la historia? El profeta recuerda las promesas divinas: lo mismo que la nube durante el éxodo, también ahora el Espíritu descansa sobre el pueblo. Demuestra incluso un gran optimismo: ¡hablar del esplendor futuro del templo cuando éste empezaba apenas a levantarse!...

El salmo 42, que es una lamentación, expresa a la vez la desgracia y la esperanza. ¿No eran éstos precisamente los sentimientos que se mezclaban en el corazón de los peregrinos cuando se encontraban ante el santuario apenas surgido de las ruinas?

Lucas 9,18-22. ¿Quién es Jesús? Inquieto por el revuelo suscitado en su provincia por aquel hombre, Herodes plantea la cuestión. Es verdad que no es un miembro de la Iglesia, pero su pregunta encuentra eco en el corazón de los discípulos. También ellos se interrogan: ¿quién es ese Jesús en quien han puesto su fe?

Pedro responde: «El Mesías de Dios». Pero con ello no todo queda resuelto, ya que la fe no se limita a una adhesión intelectual, sino que suscita un compromiso personal. ¿Quién es ese Jesús por el que yo me comprometo? El evangelio responde con el anuncio de la pasión. Jesús es el hombre nuevo, totalmente entregado a la voluntad del Padre: tiene que llegar hasta el fondo del compromiso tomado en la sinagoga de Nazaret. Para Jesús, obedecer es ser hijo, sin condiciones.

**

«¿Quién soy yo para ti?». Para ti, no para la gente. Para ti, personalmente, por encima de las respuestas hechas. Una pregunta delicada. Nos gustaría hacérsela a otros, pero vacilamos. ¿No vas a encerrarme en una definición demasiado rápida, a darme un nombre que apenas comprendes o malentendes, a reducir el misterio de mi riqueza, del que quizá ni siquiera yo conozco toda su profundidad? Me responderás: «Tú eres mi hijo..., mi amigo..., mi dueño..., mi amor...». Y lo soy. Pero soy también algo más, otra cosa distinta... Sí, es difícil conocer al otro sin herirle.

«¿Quién soy yo para vosotros?» Jesús se arriesga a interrogarnos. Las respuestas abundan. Se han escrito libros enteros para darlas. ¿Jesús? Un profeta asesinado, el Sagrado Corazón, verdadero Dios y verdadero hombre, super-star... Jesús impone silencio... Es difícil conocer a Dios sin herirle...

Jesús estaba en oración cuando planteó esta cuestión. En la verdad de su ser y de su existencia, El puede decir que conoce a Dios. «¡Padre, Abhá!». Puede decir ese nombre sin herir a Dios, porque El se deja herir por ese nombre: «¡Padre, hágase tu voluntad!». En el Calvario Jesús mostrará hasta dónde le ha llevado su respuesta. En la hora de su pasión será cuando pueda decir de verdad: «Padre, les he dado a conocer tu nombre».

Conocer a Dios es una pasión; un amor inmenso y un profundo sufrimiento a la vez. Conocer a Dios es una vocación, una llamada: «El que quiera venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo». Hacerse discípulo es una cuestión de opción y de obediencia.

Es una opción. Será discípulo el hombre que se haya visto tocado en su corazón por una palabra que lo desborda. La vocación es una prueba, ya que la llamada quema como una urgencia, es radical como un juicio. Ser discípulo es abrirse a una pregunta, dejarse cuestionar. Sin más seguridad que la gracia para salir vencedor de la prueba.

Y es una obediencia. Será discípulo aquel que se entusiasme con el don recibido. A todos los que tienen sed de Dios, del Dios de vida, Jesús les da su Espíritu: por el bautismo nos hemos revestido de Cristo; nosotros le pertenecemos. Nuestra vocación es una iniciación.

Conocer a Dios será siempre un nuevo nacimiento. Pedro no podrá decir de verdad el nombre de Jesús más que después de su negación y de la Pascua: «Tú lo sabes todo; tú sabes que te amo». Aquel día, en vez de imponerle silencio, Jesús le alentará en su vocación de afianzar a sus hermanos.

«¿Quién soy yo...?». ¿Quién nos dirá, pues, el nombre de Dios, sino la herida que El mismo ha abierto en nuestro corazón con el deseo de conocerle?

**

¿Cuál es tu nombre, Dios oculto?
Sólo el deseo de conocerte puede agradarte.
Tu Hijo nos revela tu rostro:
sólo la adoración del rostro del Crucificado
puede introducirnos en tu misterio.

«Para vosotros, ¿quién soy yo?» Esa es tu oración,
y nuestra respuesta sólo puede hacerse oración:
¡haznos ver tu amor!,
¡que obtengamos tu salvación!

Sábado de la vigésima quinta semana

EL ESCANDALO DE LA FE

Zacarías 2,5-9.14-15a. El profeta Zacarías sucedió a Ageo en la misión de dar ayuda moral a los habitantes de Jerusalén. Prescindiendo de los capítulos 9-14, que pertenecen a otro profeta más tardío, puede decirse que lo esencial de su obra está constituido por ocho «visiones», interrumpidas por unos oráculos y complementadas con unos resúmenes de predicación, que son obra de sus discípulos.

La liturgia de hoy propone la tercera de las ocho visiones (2,5-9) y parte de un oráculo (vv. 14-15). La visión es la ya clásica del medidor, que se encontraba ya en Ezequiel (cap. 42-43) y que volverá a aparecer en el apocalipsis de Juan (21,15-17). El elemento más destacado es, sin duda, la promesa de un porvenir, contenida en la afirmación de que la ciudad ha de permanecer abierta para las naciones que vengan a morar en ella.

En cuanto al oráculo, es una invitación a alegrarse, dirigida a todos los habitantes de Jerusalén.

Jeremías 31 agrupa un conjunto de oráculos dirigidos primitivamente a Israel, el reino del norte, y que se amplían luego a Judá, después del 587. Se esfuerzan por releer la historia a la luz de la fe. El castigo del pueblo es considerado como un sufrimiento «educativo».

Lucas 9,43b-45. El segundo anuncio de la pasión no habla de la resurrección. Para muchos autores, esta formulación de Lc 9,44 podría remontarse al mismo Jesús histórico, que habría anunciado de este modo su muerte con términos sacados de la apocalíptica judía, concretamente de Dn 7,25. El inocente será entregado a los hombres, lo mismo que antes de él los «santos» de Israel habían sido entregados en manos de Antíoco Epífanes. En ese caso, el anuncio englobaría también la idea de exaltación, en la línea de Dn 7,13-14. El fracaso a través del sufrimiento sería, finalmente, la condición y la garantía de la resurrección final.

Los discípulos no comprenden: ¡todavía les falta hacerse hijos!

*
**

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

Jesús acaba de plantear esta pregunta a sus discípulos. ¿Quién podrá descubrir el misterio, sino el que acepte entrar en el escándalo de un profeta condenado por blasfemo, de un predicador que ve rechazado su mensaje, de un maestro negado por los suyos? ¿Quién podrá recoger el rostro de Dios, sino una mujer que, siguiendo el impulso de su corazón y de su piedad, desafíe a los hombres para limpiar con su velo la cara ensangrentada de aquel que, según el salmista, no tenía ya apariencia humana? ¿Quién podrá confesar el verdadero nombre de Dios, sino aquel hombre, aquel extranjero de las tropas de ocupación que, al pie de la cruz del que había sido acusado de ser un agitador iluminado, dirá: «¡Este es el Hijo de Dios!»? Sólo los que le sigan hasta la cruz podrán comprender la victoria de la Pascua.

Jesús ha de ser entregado. Antes de ser uno de los estribillos de la pasión y de verificarse en imágenes siniestras (Jesús pasando de mano en mano, de Judas a los guardias, del sanedrín a Pilato, de Pilato a los verdugos), la palabra «ser entregado», que se va repitiendo a medida que se acerca la hora, caracteriza muy bien el recorrido del discípulo para entrar en el misterio del Dios de Jesús, un Dios entregado a los hombres, fiel a su deseo de alianza y a la respuesta libre del creyente, que se convierte así en compañero.

El sacramento de la presencia de Dios, ese hombre Jesús, es escándalo para la fe: o provoca y permite acceder a la verdad del misterio, o es piedra de tropiezo.

*
**

**Dios, que te manifiestas en tu Hijo,
permítenos acceder
al conocimiento de tu misterio.
La cruz nos dice tu amor,
tu humildad nos compromete
en una alianza de afecto.
Entrégnanos tu nombre
para que quedemos entregados a tu amor.**

*
**

**Señor Dios,
fuente de toda sabiduría.
Sólo tú conoces a tu enviado, Jesús, tu Hijo.
Sólo tú podías revelarlo.
Haznos descubrir en El
al Mesías que vino a dar su vida por la multitud,
y danos la gracia
de confesar su nombre entre los hombres;
porque ha resucitado y vive contigo
para siempre.**

*
**

¡Bendito seas, Padre bueno!

**Si la Palabra de tu Hijo nos desconcierta,
sabemos, sin embargo, que ella es nuestra vida,
es la obra de tu Espíritu en nuestro corazón.**

¡Bendito seas!

**Si el Pan compartido acusa nuestra falta de amor,
crea, al menos, nuestra unión contigo.**

**Ayúdanos a dar cuerpo a tu Palabra el día de hoy
e ir haciéndonos, día tras día,
el Cuerpo vivo de tu Hijo,**

signo levantado en este mundo de la sorpresa de la eternidad.

EN MEDIO DE LA IGLESIA: EL NIÑO

Zacarías 8,1-8. *Los dos últimos capítulos de Zacarías, formados con elementos heterogéneos, son obra de sus discípulos, que resumieron la predicación del maestro. El cap. 7 evoca la llegada a Jerusalén de una embajada judía, llegada de Babilonia a preguntar a los sacerdotes del templo si había que seguir conmemorando con un ayuno la toma del templo de Jerusalén del año 587. Puesto que es Zacarías el que responde, cabe imaginar que era sacerdote.*

La respuesta del profeta es doble. Primeramente medita en el sentido de los ayunos conmemorativos, inútiles a sus ojos, porque sólo miran el pasado. Dios no está vuelto hacia el pasado, «viene del futuro» (P. Talec).

Sigue luego, sin transición alguna, el capítulo 8. La decoración es ahora muy distinta y sirve de telón de fondo a la alianza nueva que Yahvé quiere celebrar con su pueblo: nombres nuevos impuestos a Jerusalén como signo de reconciliación, prolongación de la duración de la vida de sus habitantes, liberación total del país, comunión en la fidelidad y la justicia.

Del salmo 101, la liturgia ha conservado las promesas para el futuro. Mientras un oficiante va refiriendo el oráculo divino, el salmista entona ya la acción de gracias.

Lucas 9,46-50. «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame» (9,23). *Todo lo que hasta ahora hemos leído del cap. 9 nos orienta hacia la pasión de Jesús. En efecto, todo lleva a señalar cómo Jesús fue hijo y, por tanto, qué tienen que hacer los discípulos para serlo ellos también. Ese es el sentido de la advertencia que hace el Padre en el relato de la transfiguración: «Escuchadle». Aquí está uno que es más que Moisés; está el Hijo totalmente entregado. De esta manera es como Jesús fue «el más grande».*

Concretamente, «ser el mayor» significa acogerse unos a otros y recibir igualmente a los de fuera. Esta consigna de apertura a los más pobres (los oprimidos y los extraños) es muy propia de Lucas. Rechazados por todas las sociedades civiles y religiosas, estos pequeños tienen a Dios como único defensor: sobre todo por ellos, se entregó Jesús en manos de los hombres.

*
**

Por los caminos de la verde Galilea, Jesús camina. Camina con decisión, al frente del pequeño grupo de peregrinos de la cruz que están a mil leguas de comprender lo que ocurre. Jesús camina solo, solitario; sus caminos son los de Dios. No se detiene más que para instruir a sus discípulos. «Es preciso que el Hijo del hombre sea entregado... Es preciso que se cumpla la profecía del Siervo...» Pero los discípulos están demasiado absortos en sus preocupaciones para escucharle de verdad; tienen miedo de preguntarle, tienen demasiadas cosas que discutir entre ellos...

«¿De que discutíais por el camino?» Y para ilustrar su enseñanza, toma Jesús a un niño y lo pone en medio de ellos. En medio de la Iglesia. Y abraza al niño, El, el Hijo de Dios que muy pronto será traicionado por medio de un beso, el beso de uno de los Doce. Pero, antes de entregarse al fuego del amor, como la haría un niño despreocupado, Jesús nos entrega las palabras que marcan una revolución eterna: «El que reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe; y el que me reciba a mí, recibe al que me envió». No sabéis que basta con un beso, con una caricia, para que un niño recobre la vida? El amor es la única regla de conducta para los que entran en el Reino.

También hoy me parece que nace en nuestro corazón de discípulos como un gran deseo de correr hacia ese niño que hay en cada uno de nosotros y al que la vida no ha logrado todavía matar a pesar de nuestros deseos de adultos y de poder; él nos enseñará el camino de la gracia, en el que los últimos pasan a ser los primeros.

*
**

**¡Te bendecimos,
oh Dios, a quien ni la tierra ni el cielo pueden contener!
Tú nos has concedido conocer tu nombre,
nos has manifestado tu rostro,
cuando apareció el Hijo de los hombres, Jesús, un niño.
¡Bendito seas,
oh Dios, que derribas a los poderosos
y elevas a los humildes!**

**Cuando Tú quieres revelar tu poder,
vienes a nosotros como un niño,
porque tu poder tiene la fuerza del amor.
Tu Hijo toma sobre sí nuestra debilidad,
levanta a los pobres, que somos todos nosotros,
y nos hace hijos, herederos de tu Reino.
¡Bendito seas,
Tú que sacias a los hambrientos
y despedes a los ricos con las manos vacías!**

*
**

Tú puedes dar una nueva juventud
al rostro arrugado de nuestra tierra.
Padre del Hijo único, Padre nuestro,
ven a rejuvenecer por Tu Espíritu
nuestros ardores que se agotan
buscando otras riquezas distintas de las tuyas.
¡Que, cuando tu Hijo venga en la gloria,
pueda decirnos:

«Venid, benditos de mi Padre,
recibir en herencia el Reino
preparado para vosotros desde la creación del mundo»!

Martes del vigésima sexta semana

PARA CAMINAR

Zacarías 8,20-23. *¿Se trata de la presencia del nuevo templo, por fin acabado, o de las fuertes murallas que protegen de nuevo a la ciudad? Los habitantes de Jerusalén se ponen a soñar en el porvenir, un porvenir grandioso que verá a todas las naciones extranjeras afluir a la capital judía. Aquel día se cumplirá la promesa hecha por Dios a Abraham: «Yo haré de ti un gran pueblo». Sin embargo, la misma Jerusalén tendrá que explotar, ya que, si «la salvación viene de los judíos» (Jn 4,22), llega también la hora en que no será en Jerusalén ni en el monte Garizim donde se adorará a Dios.*

El salmo 86 está emparentado con los cánticos en honor de Sión. Celebra la belleza de la ciudad, en la que se reconocen todos los pueblos; anuncia así la Jerusalén celestial, de la que el Señor será el templo.

Lucas 9,51-56. *¡La suerte está echada! Jesús «se afirmó en su voluntad» y tomó el camino de Jerusalén; pero el viaje que emprende, y que no terminará más que con la ascensión, después de su victoria sobre el sufrimiento y la muerte, es como un éxodo personal. Por ese camino, Jesús irá aprendiendo, día tras día, a conocer la voluntad de su Padre, una voluntad que irá descubriendo en la oración.*

Fue enviado a los hombres y entregado en sus manos para un juicio. El suyo, en primer lugar, que lo llevará a la muerte, a pesar de su inocencia; luego, el de sus verdugos, que será —como ya nos los advirtió Lucas— un juicio de gracia y de perdón. Ciertamente, habría sido fácil incendiar las ciudades rebeldes, pero Jesús no había venido para eso.

*
**

El profeta repite, a los desterrados dispersos por tierra extraña, la eterna promesa de Dios. Lo oíamos ayer: «Siento por vosotros un amor apasionado...; ¡he aquí que yo salvo a mi pueblo!» En las tinieblas de nuestro tiempo, esto es lo único que tenemos que repetir: Dios no nos abandona, siente por nosotros un amor apasionado.

Esa fe que nos asegura en este mundo, en medio de las penas y de los afanes de este tiempo, que el hombre es posible, esa fe es el testimonio de que la vida tendrá la última palabra. Creer en el Amor absoluto es esperar que el amor —nuestros amores humanos— está garantizado por algo. Creer en la Vida suprema es esperar que nuestros gestos de vida, por muy frágiles

y pobres que sean, van haciendo que grane una cosecha asombrosa. Es verdad que seguimos estando en situación de «desterrados»; no ha cambiado nada, pero todo es distinto: nuestra deportación está iluminada con la promesa de regresar. Este aliciente no transforma nuestra prueba; su único valor está en que conjura nuestra desesperanza.

¿De dónde nace esta esperanza desmedida? ¿Tan sólo de una palabra, de una promesa? ¡Qué frágiles serían si no hubiéramos creído percibir en nuestra tierra un reflejo del esplendor que ellas anuncian! Cuando el amor se rebajó hasta el corazón de la miseria, cuando quiso llevar sobre sí nuestra vida entera, sólo podemos dar este humilde testimonio: ¡Dios ha venido hasta nosotros para hacer suya nuestra prueba! Nuestro destierro se transforma entonces en regreso a la tierra de la promesa.

¿Cómo extrañarnos, por tanto, de que otros hombres se unan a nuestra caravana, seducidos por una noticia tan increíble: «Vamos con vosotros, porque hemos sabido que Dios está con vosotros»?

*
**

Dios fiel,

**Tú sientes por nosotros un amor apasionado,
Tú quieres salvarnos.**

**¡Que nuestro gozo esté a la medida de tu gracia!
El será para nuestros hermanos un testimonio:
su esperanza no puede ser vana.**

**Te pedimos, Señor,
que ellos puedan unirse a nuestra acción de gracias,
puesto que Tú estás con ellos,
como estás con nosotros,
para siempre.**

*
**

Dios fiel a tus promesas,

**Tú nos libras de la inquietud y del miedo,
y el Espíritu derrama en nosotros tu gozo;
¡que suba en alabanza nuestra certeza
de que Tú nos salvas en Jesús, el Señor!**

*
**

**Tu Reino está cerca, Dios y Padre nuestro:
esta comunidad es el signo de ello.**

Haz de nosotros testigos de la esperanza.

**A Ti nuestra alabanza
por tu Hijo, que nos precede
y nos conduce al gozo de los siglos sin fin.**

Miércoles de la vigésima sexta semana

DESPOSEIMIENTO

Nehemías 2,1-8. *Las contradicciones que se advierten entre el libro de Esdras y el de Nehemías hacen difícil concretar la fecha de su estancia respectiva en Palestina, hasta el punto de que se puede hablar de «un juego del escondite» entre los dos (TOB). Así, parece ser que la prohibición, formulada en Esd 4, de reedificar el templo se refería de hecho a las murallas de la ciudad, pues el templo ya estaba reedificado.*

Por otra parte, no se sabe bien de qué Artajerjes habla el libro de Nehemías. Pero no es la solución de los problemas cronológicos lo que debe fijar nuestra atención. Lo que hay que captar, ante todo, es la importancia que adquiere Jerusalén a los ojos de los desterrados. Era la ciudad del templo, es decir, el lugar que el Señor había elegido para poner en él su morada.

Mejor que cualquier otro, el salmo 136 traduce la tristeza de Nehemías y de sus compatriotas desterrados. «¡Si me olvido de ti, Jerusalén, que se ma paralice la mano derecha!».

Lucas 9,57-62. *Seguir a Jesús supone un cambio radical de vida. El misionero no tiene ni casa ni familia y ha de estar dispuesto a partir en cualquier momento. Jesús se muestra incluso más exigente que el profeta Elías, que dejó a su discípulo que fuera a despedirse de sus ancianos padres (1 Re 19). Pero Jesús es más grande que Elías, y esta vez la misión del discípulo consiste en anunciar la irrupción del reino de Dios. Hay que dejar a los muertos que entierren a sus muertos. Esta orden puede parecer tajante, dura; pero lo único que hace es subrayar la urgencia de la misión evangélica y el gozo del Reino; en efecto, los muertos de los que aquí se habla son los que no han oído la Buena Nueva de la salvación.*

*
**

Hay que avanzar, emprender con decisión la subida, quedar libre de todo peso que pudiera retrasar la marcha. Jesús tomó resueltamente el camino de Jerusalén; llegaron los días de la gran marcha y del nuevo Exodo. «El que quiera venir en pos de mí...». Y he aquí uno, un candidato a discípulo, dispuesto a seguir al Maestro adondequiera que vaya; ¿sabe qué tipo de vida errante abraza? Hay otro al que el Señor llama sin darle siquiera la oportunidad de enterrar a su padre... La urgencia del Reino no sufre retraso alguno. Seguir a Cristo es un continuo estar de paso, una subida, una Pascua. Hay que afrontarlo; hay que partir y dejarse arrancar. Se trata de un desposeimiento; el que ha oído la llamada necesita antes una buena limpieza. «Si alguno quiere venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que tome su cruz y me siga».

Las palabras de la vocación son rudas; son ásperas como el sol ardiente del verano. El evangelio de Dios no es palabrería, ni mucho menos un ensayo. Estamos a favor o en contra de El. «Sígueme» significa «enseguida, sin vuelta atrás».

El tiempo de la vocación es el tiempo de la prueba de fuego. La llamada es candente, como una urgencia; radical, como un juicio. ¿Quizá se nos escapa algo cuando leemos el evangelio? ¿Quizá veinte siglos de costumbre nos han quitado esa sensación de «final de los tiempos», de urgencia, de reino impetuoso de Dios entre los hombres? Hoy, al menos en nuestros ambientes, la contradicción se ha suavizado, pero muchas veces la indiferencia es más pernicioso que una oposición declarada. La tibieza de los discípulos ¿será señal de que la sal ha perdido su sabor? Los discípulos no serán de veras «seguidores» de Jesús más que cuando hayan recorrido todo el camino, hasta la contradicción y hasta el Gólgota.

Necesitan todavía ser bautizados con fuego; necesitan todavía beber la copa para poder de verdad dar testimonio. La Iglesia nacerá en el fuego de Pentecostés. Para convertirse en la comunidad de los llamados, los discípulos tendrán que vivir la paradoja del Hijo que se hace Siervo, que ha venido a servir y no a reinar. Algún día, la comunidad dará testimonio con su sangre y llegará hasta el martirio; pero entretanto tendrá que aprender del Maestro el desposeimiento total. El discípulo, que ha reconocido al Señor, se ha comprometido en un éxodo en el que cada paso hacia adelante lo arranca de sus seguridades para una nueva partida.

*
**

**Dios de la palabra y de los profetas,
tu llamada es candente como el fuego,
la exigencia de tu Ley es tajante como una espada.
Líbranos de nuestras autosuficiencias,
calma nuestros temores,
ayúdanos a ponernos humildemente a seguir
a tu Hijo, Nuestro Maestro y nuestro Salvador.**

*
**

**Dios de los que viven,
la comunión en el cuerpo de tu Hijo
nos pone tras sus huellas.
Preserva a los que han puesto la mano en el arado
de mirar hacia atrás
y haz de nosotros, entre los hombres,
los obreros de tu Reino.**

Jueves de la vigésima sexta semana

PARA SALVAR LA COSECHA

Nehemías 8,1-4a.5-6.8-12. Jerusalén ha sido reconstruida, y dentro de sus murallas está el templo del Señor. Pero una ciudad existe, ante todo, gracias a los habitantes que la animan. La lectura de hoy nos recuerda la vocación de la comunidad reunida en Jerusalén. Cuando Yahvé escogió el templo por morada, confió al mismo tiempo su palabra a un pueblo que debía hacer de ella su principal razón de vivir.

Y ahí está ese pueblo —hombres, mujeres, niños en edad de comprender— convocado el primer día del año por una Palabra santa, una Palabra que es fuente de gozo, al mismo tiempo que remueve los corazones. Más que nunca, Israel, el antiguo y el nuevo, será el pueblo de la Alianza, el testigo del amor de Dios.

El salmo 18b celebra el agradecimiento de un pueblo que se siente habitado por una promesa divina.

Lucas 10,1-12. ¿Quién es Jesús? Le vemos aquí enviando a setenta y dos discípulos a todas las ciudades y aldeas por donde El mismo había de pasar. Son embajadores, lo mismo que los dos discípulos que serán enviados a Jerusalén para preparar la alegre entrada del Maestro.

Estos discípulos tienen una misión muy concreta que cumplir: anunciar a todas las naciones (la cifra 72 sugiera la universalidad) que el reino de Dios está muy cerca en la persona de Jesús o, mejor dicho, en la de sus testigos enviados por el mundo entero. La paz que ellos traen es la del Reino.

Ya hemos leído las consignas de la misión en los otros evangelistas. Los misioneros no deben saludar a nadie por el camino, ya que la urgencia de la misión no se aviene con largos parloteos. No llevarán alforjas ni dinero, ya que vivirán con quienes les acojan. No llevarán sandalias (el oriental camina descalzo) y comerán de lo que les ofrezcan. Esta última consigna se adapta incluso a las regiones paganas: los misioneros no han de sentir escrúpulos en comer alimentos considerados como impuros por los judíos.

*
**

De dos en dos, para contarse por el camino la belleza de Dios y las maravillas que hace su misericordia. Setenta y dos para ir por todos los caminos. Jesús los envía, porque la mies es mucha y hay que apresurarse por esos campos dorados del verano.

Dios es optimista. En Jerusalén se disponen a levantar la cruz, y Dios, por su cuenta, grita: «¡La mies es abundante!» La urgencia de la situación provoca un entusiasmo renovado: es preciso que se anuncie la palabra. Aprisa. Cueste lo que cueste.

La mies es abundante... Nos lamentamos mucho de la baja práctica religiosa, de las costumbres que se pierden, de la moral que no se respeta y de la tradición que se olvida. Organizamos estrategias que están más cerca de ser operaciones de salvamento y de recuperación que alegres testimonios de una noticia que no se puede callar. Parecemos más un Estado-mayor en tiempos de derrota que un campamento-base de una expedición de descubrimiento.

La mies es abundante... Sólo el convencimiento de la espera insaciable, sólo la contemplación de la sed de infinito, de paz y de felicidad, que sigue inundando a nuestro mundo, pueden entusiasmar a los segadores. «La mies es abundante», dice Jesús; lo es porque El sigue subiendo a Jerusalén: muy pronto la hoz segará las espigas, el hacha está ya en la raíz del árbol. La mies es abundante porque El reanuda sin cesar la obra de la Cruz y de la Pascua.

Como el reino está ya ahí, las estrategias sobran, las maletas estorban, los seguros son inútiles. Mirad a los setenta y dos discípulos partir sin más certeza que la de ser portadores de paz y testigos de una noticia de gracia. La Iglesia del evangelio es una Iglesia inocente, tan absorta en la siega que se olvida de la cizaña, tan pacífica que se extraña ella misma de su audacia. Una Iglesia que sólo tiene una palabra en los labios, un deseo en el corazón: «¡Shalom, paz a vosotros!» La mies es abundante, porque la paz de Dios ha de manifestarse. Y si la Iglesia tiene que vivir el evangelio, es para salvar la cosecha.

*
**

**Dios de paciencia infinita,
Tú haces crecer la mies
y te alegras cuando los campos se doran.
Tú encuentras tu felicidad
en hacer que crezca tu Reino.
¡Que la Iglesia no falle a la mies,
que esté al servicio de la Buena Nueva!**

Viernes de la vigésima sexta semana

CONFESION

Baruc 1,15-22. *El secretario de Jeremías, que se llamaba Baruc, no es el autor del libro que lleva su nombre. En efecto, es muy posterior al destierro, y debió de ver la luz en una comunidad de la diáspora, en tiempos de la rebelión de los Macabeos. De hecho, su autor se valió de las semejanzas entre la catástrofe del año 587 y la persecución de los Seléucidas para proyectar en el pasado los sucesos que había visto desarrollarse ante sus ojos. Este procedimiento, frecuente en la antigüedad, es llamado pseudonimia, ya que, de paso, el autor se aprovechaba del método para poner su obra bajo el patrocinio de algún gran personaje de la historia nacional.*

Por lo demás, el libro tiene cuatro partes que no son ni del mismo autor ni de la misma época. Comienza con una introducción histórica, seguida de una confesión nacional. Por sí sola, esta confesión basta para que atribuyamos la obra a una fecha posterior al destierro, ya que fue después de la caída de Jerusalén, dentro del ambiente de las grandes lamentaciones colectivas, cuando nació el género literario de las confesiones. Estas encontraban normalmente su sitio en las liturgias penitenciales que se celebraron después del regreso del destierro.

El salmo 78 es un buen ejemplo de las lamentaciones nacionales. Encontramos en él acusaciones formuladas contra los enemigos de Israel, así como la descripción del estado en que se encontraba el pueblo por causa de sus enemigos. La súplica viene tras los reproches dirigidos a Dios.

Lucas 10,13-16. «En la ciudad en que entréis y no os reciban...» *La predicación de los testigos de Cristo es la última oportunidad que se les concede a los hombres. Pero ¿qué hay que subrayar más: la lucidez de Jesús, que reconoce el fracaso de los milagros como signos del Reino, o su paciencia? Las palabras que se dirigen a las ciudades rebeldes no son ni una invectiva ni una maldición, sino una última llamada.*

*
**

Las comunidades judías de la diáspora reconocían su pecado: «Hemos ido, cada uno según el capricho de su perverso corazón, a servir a dioses extraños».

Hemos ido a servir a dioses extraños, nuestros actos han fallado en su objetivo... Por su etimología, la palabra «pecado» se relaciona con una raíz hebrea que evoca un gesto fallido: el pecado es un acto que, lo mismo que una flecha disparada con poca fuerza, no alcanza su blanco.

Cuando la luz de la fe se proyecta sobre nuestra vida, nos revela que nuestros actos, destinados a construimos a nosotros mismos construyendo comuniones humanas, tienen, de hecho, un alcance más lejano y más amplio. Puesto que estamos «inertados» en Cristo y «arraigados» en el Espíritu que Jesús nos comunica, no sólo hacen surgir en nosotros al hombre, sino al Hijo de Dios, el que podrá decir con asombro y con humildad: «Padre nuestro».

Pero para que esto se realice, es menester que nuestros actos vayan impregnados de amor, impulsados por la atención dirigida a los otros y por el deseo de hacer que nazca para ellos la felicidad.

Si falta esta fuerza de amor, nuestros actos caen sin haber alcanzado su objetivo; no solamente el hombre y el mundo se secan y se endurecen, sino que queda bloqueado en su desarrollo el proyecto creador de Dios, su Reino. Hemos ido entonces a servir a dioses extranjeros... Hemos fallado a Dios: ése es nuestro pecado... desgraciadamente cotidiano; ¡así de pobre es nuestro amor!

Pero ¿quién podrá impedir a la fuente que tienda hacia el océano y a la savia que lleve la promesa de las flores? ¿Quién podrá impedir a Dios que ame, ya que es Amor? Inasequible a la decepción y a la condenación, nos ofrece incansablemente la riqueza de amor de que estamos desprovistos y vuelve a orientar nuestros actos y nuestras vidas.

Basta con que el conocimiento de nuestra pobreza y un tímido deseo de amar abran una fisura en nuestro corazón endurecido: entonces la fuente nos empapa, la savia de la gracia sube dentro de nosotros. Sin eso, Dios no puede hacer nada. Por eso precisamente Corozain y Betsaida son más desgraciadas que Tiro y Sidón.

*
**

**Señor y Dios nuestro,
en nuestra ligereza no hemos escuchado tu voz
y la desgracia ha caído sobre nosotros.
Nos hemos apartado de tus caminos
y nos hemos perdido.**

**Muéstranos tu amor,
guíanos mediante tu Espíritu:
que tu benevolencia sea nuestra ayuda,
y tu perdón nuestro porvenir.**

Sábado de la vigésima sexta semana

¡ANIMO!

Baruc 4,5-12.27-29. La llamada a Dios implica una esperanza y una respuesta, formulada generalmente en forma de oráculo. En la última parte de Baruc, un poeta anónimo se dirige a los desterrados, en términos que recuerdan al segundo y al tercer Isaías, para decirles que incluso en tierra extranjera siguen siendo la «porción elegida» por el Señor. ¡Que no se desanimen! El castigo que merecen sus faltas no los aboca a la destrucción.

Luego, es Jerusalén la que se dirige a las ciudades cercanas. Si de momento ella es ahora viuda, no es ése su estado habitual. En efecto, su Dios es el Eterno, inmutable tanto en su ser como en sus designios. Por consiguiente, ni siquiera el pecado puede romper la Alianza que hizo con la humanidad. Jerusalén no se verá abandonada para siempre; tan sólo un nombre le corresponde: «la Esposa» (Is 62).

El salmo 68 pertenece al género de las lamentaciones individuales. La liturgia se queda hoy sólo con el final, que es una invitación a alabar a Dios.

Lucas 10,17-24. ¡Gritos en el Espíritu Santo! Jesús ha enviado a sus discípulos al mundo, y he aquí que ahora vuelven llenos de alegría por lo que han podido constatar: ¡hasta los espíritus malos se les han sometido! La acción de gracias brota ya en los labios de Jesús. La misión, la suya y la de los setenta y dos, le muestra que han llegado los últimos tiempos: «¡Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo!» El tiempo de la promesa ha dejado sitio al de las realizaciones. Realmente el reino de Dios está cerca: ¡está ahí! ¡Dichosos los que lo captan!

Pero ¿quién lo capta, sino los pequeños? Una vez más, Jesús puede gritar su gozo. «El Señor llena de bienes a los hambrientos y despide a los ricos con las manos vacías». El Dios que atestiguan Jesús y sus discípulos es el Dios de los humildes, de los pobres, de los marginados. El reino de Dios está ahí, victoria de la ternura y del amor sobre el orgullo y la suficiencia.

*
**

«¡Animo, pueblo mío!; tú eres la parte reservada de Dios... Porque El hará venir sobre ti la alegría eterna, asegurando vuestra salvación».

«¡Dichosos los ojos que ven lo que veis!»: la Buena Nueva ha sido anunciada, el Reino se cumple ya, con la sumisión de los malos espíritus y la curación de los enfermos. Son signos de la misericordia divina que asegura la salvación.

¿La misericordia? No es la insipidez de la complacencia o de la indulgencia. No es la simulación que olvida el pasado. La misericordia es la condenación del mal en todas sus formas, nacida del amor que se encuentra con la miseria.

«¡Animo, pueblo mío!» Frente al mal, la Iglesia se sentirá siempre desamparada, pero a través de su mismo malestar abrirá la puerta a la invasión de la misericordia de un amor venido de arriba. Esta misericordia es el entusiasmo mismo de Dios por su creación, es el amor mismo de Cristo por nuestra miseria. Sólo los corazones pobres pueden comprender semejante compasión.

¡Dichosos vosotros, los que veis el don de Dios! Porque nosotros sólo somos capaces de medir la misericordia de Dios si contemplamos a Jesús en camino hacia Jerusalén, el Calvario y la Pascua. Sólo el Hijo ofrecido, condenado al infame cadalso, sólo el Maestro arrodillado a los pies de los discípulos para lavarles los pies, sólo ese hombre que no tiene ya apariencia humana, para manifestar hasta qué punto se rebaja Dios cuando se cuida de los hombres, sólo el Hijo puede hablar verdaderamente del Padre.

Sólo el Hijo conoce de veras el corazón de Dios, y sólo El puede encarnar de veras la misericordia del Padre. La Buena Nueva que llena de gozo a Jesús es la manifestación radical de esa misericordia; El ve sus efectos en los rostros radiantes de felicidad de los discípulos que hablan y cuentan; El constata la fuerza del amor que se ha manifestado, mirando el rostro atónito de los apóstoles que no salen de su asombro al ver lo que ha realizado la Palabra predicada.

«¡Animo, pueblo mío!» La fortaleza de la Iglesia está sólo en la liberación que puede despertar en el corazón de los pobres. Y su felicidad está en saber que conoce el secreto del mundo nuevo: «Dichosos los ojos que ven lo que veis».

*
**

**Bendito seas, Padre de misericordia:
Tú revelas tu nombre mostrándonos tu compasión,
y la pasión de tu Hijo
es la encarnación de tu misericordia.**

**Nos sentimos dichosos
de conocer tanto Amor:
nuestra fe saborea, ya de antemano, la felicidad eterna.**

CARIDAD

Jonás 1,1-2,1.11. *Un profeta rebelde, unos marineros profundamente religiosos que critican su actitud, pero que dudan en deshacerse de él para salvar su vidas... El libro de Jonás es una obra extraña. Aunque guarda cierta relación con un personaje histórico, su estilo en imágenes y sus preocupaciones didácticas lo emparentan más bien con la literatura sapiencial. De hecho, se trata de un obra post-exilica que asume la tarea de reflexionar sobre el ministerio profético. La falta de entusiasmo del héroe no deja de recordar la soledad de Jeremías al verse obligado a decir las cosas claras a sus contemporáneos.*

Así pues, la palabra de Dios es el actor principal del libro. No deja al profeta en reposo, pero tampoco lo abandona en los momentos de apuro. El gran pez, que recuerda al Leviatán de los salmos, tendrá que devolver a Jonás. Esta palabra es vida, y ninguna fuerza puede acabar con ella. Lo comprendió bien Mateo, que vuelve varias veces sobre el simbolismo de Jonás. Lo mismo que el monstruo marino, tampoco el sepulcro mantendrá encerrado al Príncipe de la vida, al Jesús que mandó sobre el mar (Mt 9,23-27 y 12,38-40).

Muy acertadamente, la liturgia nos propone algunos versículos del salmo que un escriba inspirado añadió al libro de Jonás, cap. 2. Como en las lamentaciones, encontramos aquí una evocación de la situación del salmista y una acción de gracias anticipada.

Lucas 10,25-37. «Nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar». *Jesús es el verdadero Rostro del Padre; nos revela su benevolencia y su misericordia y nos permite así ver hasta las entrañas del corazón de Dios.*

Pero ¿cómo revela todo esto en la vida cotidiana? En efecto, en la vida de cada día no hay más que hombres que se encuentran, que se miran, que a veces se desgarran y que intentan también comunicarse entre sí. Por ejemplo, ese samaritano que se acerca al judío herido. El sacerdote y el levita han pasado de largo; probablemente, lo mismo que habría hecho también el escriba que pregunta a Jesús. Pero el samaritano no atendió más que a su corazón; obedeció de esa forma a la única ley del mundo cristiano, la del Espíritu. Se dejó conducir por el Espíritu, y Este va más lejos que la Ley. En el fondo, el samaritano es Cristo, el verdadero Rostro del Padre.

*
**

El camino baja, en fuerte pendiente, por el desierto rocoso de Judea. Va desde la capital santa, donde celebran los sacerdotes del Templo, hasta Jericó, la ciudad fronteriza, abierta al mundo. «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó...» Las parábolas, si las leemos debidamente, provocan la extrañeza, porque intentan suscitar la conversión. El hombre, indefenso, ha caído en manos de salteadores. ¿Quién es ese hombre?

Sin identidad, un hombre anónimo, un cualquiera, víctima de la fatalidad. Un hecho más, una historia totalmente ordinaria. Sin embargo, a través de esa historia Jesús va a revelar la extraña novedad del evangelio.

Pasan un sacerdote y un levita. Para evitar complicaciones con aquel muerto, quizá realmente muerto, pasan de largo. Tienen excusas para ello: la religión les prohíbe mancharse con el contacto de la muerte, ya que deben mantenerse puros para subir al altar. ¿Impedirá acaso la religión los impulsos del corazón?

Un samaritano, de viaje, sintió piedad al ver a aquel hombre y lo cargó en su montura, con el mismo gesto con que el buen pastor toma sobre sus hombros a la oveja perdida. Ese cismático, ese falso hermano, ese ser legalmente impuro para los hombres de la religión, ese excomulgado «llegó junto a él y, al verle, tuvo compasión»; literalmente: «se le conmovieron las entrañas», lo mismo que se dice de Dios en la Biblia.

Jesús contó esta parábola dedicándosela al doctor de la ley. Se dirigió a una persona notable que tenía la función de indicar a los demás los deberes de la religión. Para Jesús, la regla de oro de la moral no es la observación de un marco de leyes bien definido, sino que surge de la vida vivida y se elabora en el corazón.

Pero hay que ir más lejos todavía. «Al verle tuvo compasión y se acercó». Es la misma actitud que tuvo Jesús con la viuda de Naím; y el padre con su hijo pródigo. El buen samaritano, ese hombre sospechoso, es Cristo, en el que Dios se acerca al hombre herido. Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó. Muy pronto Jesús recorrerá el camino inverso: irá a Jerusalén, y allí será El el hombre herido, colgado al borde del camino, dejado por muerto. Entre los insultos que le dirigen, se burlan de El tratándolo de «samaritano» (Jn 8,48). Todos se apartarán de El; sin embargo, Dios manifestará en El su rostro de misericordia y de amor universal. Hermano, haz tú lo mismo. La salvación está del lado del corazón, de un corazón que consiente en compadecerse. Tened un corazón misericordioso, porque la misericordia es como el corazón de Dios.

*

**

**Dios de ternura y de piedad,
Tú te inclinas sobre nuestra pobreza
y cuidas de nosotros, que somos pecadores.
Puesto que conocemos tu misericordia,
haz que seamos por tu gracia
hombres de corazón, consagrados a la caridad.
Sólo ella hará hoy nuestra felicidad
y permanecerá por los siglos de los siglos.**

SERVICIO DE DIOS

Jonás 3,1-10. *«Los ninivitas creyeron en Dios». El libro de Jonás es realmente sorprendente: las ideas universalistas que desarrolla van más lejos que las del Déutero-Isaías, por ejemplo. Se necesitaban tres días para atravesar Nínive, una ciudad inmensa (pensamos en Babel); pero Jonás no necesitó ni un solo día para obtener la conversión de sus habitantes. Insistiendo en el eco obtenido por la palabra divina entre los ninivitas, el libro demuestra la fuerza de la Palabra.*

El salmo 129 prolonga la lamentación de Jon 2. Desde el vientre del monstruo marino, el profeta grita su confianza en Dios que perdona.

Lucas 10,38-42. *Fijémonos primero en María. No solamente está sentada a los pies de Jesús en la posición del perfecto discípulo, sino que el contexto subraya también su condición de hija de Israel. Escucha a Jesús lo mismo que había escuchado el pueblo la palabra de Yahvé. Ella «ha elegido la mejor parte», que es, propiamente hablando, la de los levitas, consagrados al servicio del templo y a la oración.*

Junto a María aparece Marta, «atareada en muchos quehaceres». Una mujer abnegada, lo mismo que el samaritano y el centurión romano, de los que está muy cerca. De hecho, la historia se estropea cuando Marta se empeña en apartar a María de la tarea de escucha y de adoración que había escogido. Eso es lo que le reprocha Jesús, y no su celo. En vez de apartar a su hermana, Marta debe llegar hasta el fondo de su servicio; encontraría entonces lo único necesario, como el samaritano y el centurión romano. Marta y María representan dos formas de escuchar la Palabra, dos formas que son complementarias entre sí, porque ¿no es acaso la mejor parte adorar a Dios, lo mismo en el templo que en la vida?

*

**

Jesús sigue su camino; hace un alto poco antes de llegar a Jerusalén, al término de su misión. Se detiene en Betania, en casa de sus amigos de siempre. En el camino de la llegada del Reino, Jesús se detiene en la casa amiga y le presta acogida la Iglesia, como las dos hermanas.

Como suele ocurrir con las amas de casas, demasiado preocupadas por los preparativos para recibir bien a los huéspedes, Marta se olvida de algo esencial: el visitante. Corre a la cocina, de la cocina al comedor, del comedor a la despensa; es del huésped del que tenía que ocuparse y atender todos sus deseos; era a él a quien había que servir. Todo estará realmente bien preparado cuando no pueda ocurrir nada nuevo e inesperado. Cuando la Iglesia se pone

a imitar a Marta, se diría que estamos ante una empresa en cadena, donde todo está programado: se respetará el menú establecido, la cortesía un tanto ficticia evitará los malos modales, todo irá bien, pero la fiesta se acabará apenas se apaguen las lámparas. Una Iglesia que se basa en la sabiduría y en la prudencia, en la organización y en la maña. Una Iglesia de estrategias misioneras y de medios de presión: «Te afanas y preocupas por muchas cosas...»

«María ha elegido la mejor parte». Una Iglesia que recoge con diligencia la palabra del Maestro. Lo único que le importa es su presencia, aunque luego haya que improvisar un poco la comida. Una Iglesia que tiene el candor de los niños, que se olvidan de todo al escuchar una historia que les conmueve y les hace salir de la realidad e ir a vivir en otra parte, de otra manera. Una Iglesia con los ojos abiertos, seducida por un viajero que se ha detenido en su casa. Una Iglesia de la verdadera contemplación, que va a lo esencial. Una Iglesia que prefiere la brisa áspera del camino a los sabores demasiado conocidos e insípidos de las cocinas cerradas. Una Iglesia que prefiere la falta de confort de la tienda de los nómadas a la seguridad de las moradas demasiado estables, que pronto se convierten en cargas o prisiones. Una Iglesia de la pasión y del corazón: María, que contempla a Jesús, correrá hasta el sepulcro cuando todavía la razón de los hombres se ríe de tan loca esperanza. María saborea las palabras de Jesús, y las frases grabadas en lo más íntimo de ella misma serán una fuente de asombro y de seguridad gozosa: más allá de las evidencias y de la muerte, será capaz de descubrir la sorpresa inesperada de la Pascua.

Una Iglesia de la contemplación que ve más allá de la dura realidad humana. Una Iglesia que descubre la imposible novedad pascual y la otra cara de las cosas. Una Iglesia del asombro. ¡Tú has escogido la mejor parte! ¡no se te quitará! Tu esperanza se arraiga en la promesa del mismo Dios.

*

**

**Dios, que pones tu morada entre nosotros,
no permitas
que nos acostumbremos a tu presencia.
Concédenos saborear tu palabra siempre nueva:
que nos admiremos siempre de tanto amor.**

*

**

**Dios y Padre nuestro,
Tú nos das la Palabra de vida y el Pan del Reino:
eso es para nosotros la mejor parte,
Haz que sepamos llevarla a nuestros hermanos:
que seamos para ellos testigos de tu generosidad.
Y no permitas que inútiles afanes
nos impidan buscar lo único necesario:
a Jesucristo, el Verbo que dice tu gracia
y el Pan que alimenta nuestra fe.**

DEJARSE RETOMAR POR DIOS

Jonás 4,1-11. *¿Qué es más de admirar, la perspicacia del autor o la ironía divina? Del libro se desprende una lección válida para todos los tiempos y todas las latitudes, ya que siempre habrá Jonás más preocupados de su ricino que de la salvación de los ninivitas. El profeta se escandaliza cuando descubre que su Dios es «un Dios clemente y misericordioso, tardo a la cólera y rico en amor». ¡Seguramente creía que Dios era quisquilloso y gruñón! ¡Voltaire tenía razón cuando decía que, si Dios ha creado al hombre a su imagen, el hombre le ha devuelto la pelota!*

Con la TOB podemos admirar la belleza poética de algunas expresiones como «hija de una noche, desapareció la planta a la edad de una noche»; y la expresividad de algunas frases como la final: «no distinguen su derecha de su izquierda», que podría remitir al tema de los dos caminos, el que conduce a la vida y el que conduce a la muerte. Finalmente, se advertirá que el número ciento veinte mil tiene un significado universalista.

El salmo 85 es de nuevo una lamentación; se complace en enumerar los motivos que tiene el salmista para poner su confianza en Dios.

Lucas 11,1-4. *Para Lucas, rezar es un compromiso de vida, una manera de ser. Por eso la oración de Jesús es una acogida incondicional de la voluntad del Padre. De ahí la importancia del Padrenuestro, la oración de los hijos.*

Con J. Radermakers, nos gustaría señalar que las tres últimas peticiones, que son como la ilustración de las tres primeras relativas al Reino, se concretarán en los capítulos siguientes del evangelio. En efecto, la petición del pan de vida, que reconoce a Dios como la única fuente de vida, alude a la primera de las tres tentaciones del desierto (4,4) y encontrará su prolongación en la promesa hecha por Jesús de servir a sus discípulos (12,35-40). El perdón de las deudas, que es una invitación a imitar la gratuidad divina, se ilustrará con la parábola del hijo pródigo (cf. cap. 15 y 16) y se opone a la tentación del poder (4,6-7). Finalmente, la tercera petición, que se ilustrará con la negativa a acoger la salvación de Dios (cap. 17 y ss.), alude a la tentación de poner a Dios al propio servicio (4,9-10).

*

**

«Enséñanos a orar»... El modelo de la oración será siempre esta humilde invocación: «¡Padre nuestro!» Con estas dos palabras penetramos en la oración más sencilla y más auténtica. Digo «nuestro», y ahí están todos los

hombres; en esa palabra reúno a la totalidad de las criaturas. Digo «Padre» y, ante el despliegue de toda la humanidad, llamo Dios para que nos engendre a su propia vida.

Cuando en el recogimiento y en la hondura del corazón digo: «Padre nuestro», provoqué el encuentro vivificante de la humanidad entera y de un Dios que quiere ser totalmente Padre. En la actitud del acto de oración en que me pongo, la humanidad reunida se abre a la acción re-creadora de Dios, de ese Padre que incansablemente vuelve a tomar, en sus fundamentos más ocultos, la obra ya comenzada de su creación, cuyo amor no conoce término, ya que su paternidad quiere ser siempre actual, deliberada, querida. Paternidad fundamental siempre en acto, ya que Dios nos crea y nos modela en cada instante según sus designios, aunque los desgarros y las desfiguraciones de nuestro pecado nos separen de la obra dinámica de Dios, de su voluntad paterna de tenernos con Él, de mantenernos guardados en los secretos de su amor.

Y sucede que la humanidad se encuentra como estupefacta, asfixiada y, a veces, incluso invertida. Pero mediante esta oración que afirma nuestra pertenencia de hijos a Dios y la opción de nuestro compromiso, trazamos un surco, abrimos un camino. Arrojándonos en brazos del Padre, le permitimos que nos tome de nuevo, que nos recoja y que nos reintroduzca en la casa que nunca jamás deberíamos haber abandonado. Por medio de nosotros, Dios recibe la humanidad que acogemos en nuestra oración, para inspirarle su amor.

En este punto fundamental de nuestro ser es donde se sitúa la oración; allí donde Dios nos recrea, nos remodela, nos hace recobrar el verdadero lugar de nuestra existencia. Al llamarlo Padre, reconocemos no solamente su acción actual, incesante, sino que consentimos además en esa acción. Al llamar a Dios «Padre nuestro», le pedimos —para nosotros y para todos— que nos hagamos hijos suyos, animados del amor de su Hijo. Comprendemos entonces que la oración que recitamos de memoria, «Padre nuestro», no es una cuestión de fórmulas, de frases, de palabras; nos dejamos llevar a la gracia, a las manos de Dios que nos re-crea. Eso es exactamente rezar.

*

**

**Dios al que ningún nombre puede nombrar,
Dios al que ninguna imagen puede describir,
sólo las palabras del Hijo único
pueden revelarnos lo que Tú eres.
Bendito seas por las palabras que El nos dice
y por el Rostro que El te da.**

**Bendito seas por su oración que se convierte en nuestra:
con El y por El
podemos repetir sin cansarnos
las palabras de nuestra ternura:
¡alabado seas, Padre nuestro!**

«NOS ATREVEMOS»

Malaquías 3,13-20a. *La presencia del templo no logró sostener por mucho tiempo el fervor religioso de los habitantes de Jerusalén; el profeta se dirige a una comunidad en franca decadencia. ¿Cómo no iba a ser así, puesto que una vez más el pueblo ha vuelto a caer en sus pasados errores? No sólo ha descuidado el culto, sino que ha fallado en la justicia social. Más concretamente, Malaquías denuncia los matrimonios mixtos que favorecen, a costa del espíritu, la inserción social de los antiguos deportados.*

Utilizando el género de la controversia, el profeta se esfuerza en responder a una cuestión que demuestra claramente el escepticismo de los judíos. ¿Por qué prospera el malvado? ¿A qué se debe esta injusticia por parte de Dios? La respuesta de Malaquías parte de la idea que él se hace de los últimos tiempos y que constituye un progreso respecto al libro de Job. En efecto, si hoy Dios prueba la paciencia de su pueblo, mañana llevará a cabo el juicio. Los fieles descubrirán entonces que no han dejado nunca de ser la «porción elegida» por Yahvé.

El salmo 1 vuelve sobre el tema de los dos caminos. Con Jonás hemos aprendido que sólo el camino recto conduce a la felicidad.

Lucas 11,5-13. *«Si pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan!», escribe Mt 7,11. Lucas sustituye las «cosas buenas» por el Espíritu Santo, que constituye para él el don por excelencia. Sólo El puede enseñarnos la verdadera oración, la que es compromiso de toda la persona para acelerar la llegada del reino de Dios.*

La promesa del don del Espíritu al que persevera en la oración, se recalca por medio de una parábola muy simbólica. Se habla de pan, de una puerta cerrada y de un amigo importunado que acaba por levantarse. La presencia de los verbos de la resurrección (anisthêmi y egeirô) y la mención de la puerta cerrada como un sepulcro, orientan naturalmente hacia la mañana de Pascua. Para los que hayan perseverado, la puerta se abrirá y el Resucitado les dará el pan de vida.

¿Cuántas veces, duante la vida, tenemos la impresión de que estamos chocando contra un muro? Entonces es cuando hay que perseverar especialmente en la oración. ¡Dichosos seremos cuando veamos abrirse la puerta para que brote la luz!

**

La oración es, en nosotros, manantial de re-creación: en nosotros la oración atestigua el vínculo de nuestro nacimiento y la realización de la Alianza; orar es dejar que venga Dios a decirnos su nombre y el nuestro: El es Padre y nosotros somos sus hijos. En la oración, es el mundo de Dios el que se me concede contemplar. De esa forma la oración nos evangeliza, ya que nos enseña que Dios no está en el extremo final de un razonamiento, sino en el asombro de un corazón que se descubre amado.

La oración atestigua nuestra identidad profunda, y por esa misma razón es por lo que es escuchada. La promesa de Dios no pertenece al orden de lo posible, de una posibilidad aleatoria; en Jesús, el único y verdadero Hijo, se ha hecho realidad. Nuestra oración es ciertamente petición, pero nada tiene que ver con un regateo mercantil, o con una victoria que alcanzar. En ella pedimos, invocamos: es decir, apelamos a una realidad reconocida y —¿me atreveré a decirlo?— a un derecho. «Acuérdate, Dios Padre, de lo que has realizado por tu Hijo amado». Esa es la razón profunda de nuestra audacia y de nuestra temeridad: nos atrevemos a «asediar» a Dios, ya que no hacemos más que enfrentarlo —una vez más me atrevo a decirlo— con su responsabilidad. Dios ha caído en la trampa que El mismo se ha fabricado: nos atrevemos a correr el riesgo de pedirle algo, precisamente porque El mismo ha establecido con nosotros vínculos de familiaridad. «Juntos, nos atrevemos a decir»: ésta es la invitación que propone el misal antes del Padrenuestro. Nuestra audacia no es la insolencia de unos hijos mal educados, sino la prerrogativa de unos hijos que pueden permitírselo todo, porque «son de casa». Nuestra oración puede hacerse insistente, porque Dios mismo nos da la seguridad del corazón renovado por el Espíritu.

**

**Dios y Padre nuestro, ¡bendito seas!
¡santificado sea tu nombre!
El Espíritu mismo
viene en ayuda de nuestra debilidad
y nos da la audacia de la fe.
Estamos delante de Ti
y te pedimos con confianza:
danos lo mejor de Ti mismo
y que podamos conocer ya
la dicha con que nos colmarás por toda la eternidad.**

**

**Dios y Padre nuestro,
Tú nos has dado el pan que necesitamos.
Que esta comunión en el Cuerpo de Cristo
nos haga compartir también su Sople de vida,
el Espíritu Santo, el único
que puede hacer surgir en nuestros corazones
la oración que Tú habrás de cumplir.
¡A Ti nuestra acción de gracias,
ahora y para siempre!**

EL REGIMEN DE LA FE

«Doméstícame», dice el zorro al principito de Saint-Exupéry. La fe pertenece a ese orden de cosas: es una humilde súplica. Porque todos sentimos «añoranza» de Dios. Lo mismo que el enamorado que siente la ausencia de la persona amada. El amor es siempre demanda y súplica: «Tengo necesidad de ti, soy pobre de ti». La fe no es, en primer lugar, una adhesión a un código de verdades que creer, ni la elección voluntaria de una regla de vida; es ante toda esta plegaria del amor: «¡Doméstícame, dime tu nombre, porque no puedo vivir sin ti!». Le pedimos a Dios que nos haga comprender el misterio oculto en las palabras y en los gestos de Jesús, ya que Dios no tiene para hablarnos más que esas palabras y esos gestos. «Doméstícame», es la oración del deseo y es ya la riqueza del encuentro. En la humilde petición está ya contenida toda la fuerza de la Alianza. Basta con que le pidamos a Dios que nos domestique para que se establezca la comunión, ya que Dios, desde siempre, es infinitamente pobre y mendigo, porque es infinitamente amor; desde la primera mañana del universo, está pidiendo limosna. El es el primero que nos dice: «Doméstícame»..., y nuestro deseo coincide entonces con la voluntad de Dios. Poniéndonos en actitud suplicante ante El, nos convertimos, por nuestra petición, en hijos amados y, por tanto, capaces de amar.

«Doméstícame, y entonces el trigo, que no tenía para mí ningún sentido, me recordará tus dorados cabellos», añadía el zorro. «¡Doméstícame!» Nuestra petición transfigura ya la realidad, y entonces se hace elocuente. Nos habla de la benevolencia de Dios. Nuestro hoy queda transfigurado por la mirada que Dios nos dirige. Y como estamos domesticados, nuestra vida cotidiana tiene ya un valor de eternidad: vivimos una vida de hijos. Para el creyente, la vida es muy distinta. Como para los enamorados. Las palabras son las mismas, pero ahora son capaces de expresar realmente a Dios. Los gestos son los de cada día, pero ahora son capaces de hacer venir la eternidad. Los sucesos de la historia son «ordinarios», pero ahora se convierten en huella de otra historia —la misma— que nos conduce a alguna parte. La fe, por ser mirada suplicante —«Doméstícame»—, da otro color a la vida, la convierte.

«Doméstícame»... Y quedamos domesticados de Dios. Es decir, pertenecemos a otro mundo: ahora somos «de Dios». Ahora está Dios en nosotros. Ya no podemos vivir según las normas del mundo, sino según las reglas de Dios, de su Reino.

«Doméstícame»: nuestra oración es un compromiso. Queremos cambiar de dueño y no pertenecemos a nosotros mismos. Ese es también el régimen

de la fe: nos hace cambiar de mundo. En adelante nos aferramos a Dios. «¡Doméstícame!» es una súplica, y es también una responsabilidad, ya que nos hacemos responsables de lo que hemos domesticado y quedamos vinculados a aquel que nos domestica.

«¡Doméstícame!»: es la palabra de la fe, porque es la palabra del amor.

*
**

¡Dios, a quien nadie puede conocer, bendito sea tu nombre!
Nadie te ha visto jamás,
pero nos ha enviado a tu Hijo
para darte un nombre.
El ha hablado con nuestras palabras humanas
y, en la fe, conocemos
al Verbo pronunciado desde toda la eternidad.
El vivió nuestra vida de hombres
y, en la fe, descubrimos
los gestos de tu Alianza.
El tomó sobre sí nuestra vida y nuestra muerte
y, en la fe, nos admiramos
de lo que tu Espíritu ha realizado:
en tu Hijo amado, nos hacemos hijos tuyos.

**Que el Espíritu anime ahora nuestra oración
y que los gestos que ponemos en la fe
se conviertan también, por tu gracia,
en sacramento de lo que recibimos de tu misericordia.**

**Tu Aliento da cuerpo a tu promesa;
en la fe, nos haces ya partícipes
del misterio manifestado en tu Hijo único:
recordando su muerte,
celebrando su resurrección,
pasamos ya al mundo nuevo,
herencia de los creyentes,
promesa hecha a tus hijos y mantenida para gozo suyo.**

**Que la enseñanza de tu Hijo
transforme nuestros pensamientos
y que su vida ofrecida alimente nuestra existencia.
Haz nueva hoy para nosotros
la Palabra que El anuncia.
Reaviva nuestra voluntad de seguirle.
Que tu Iglesia, conducida por sus pastores,
revele tu incansable fidelidad
y tu voluntad de hacer todas las cosas nuevas.**

**Unidos con todos los que a través de los siglos
dieron fe a tus promesas,
te bendecimos y te damos gracias
en tu Hijo, nuestro Señor y nuestro Salvador.**

PERO ¿QUIEN ES ESTE HOMBRE?

Joel 1,13-15; 2,1-2: *La persona y el libro de Joel siguen todavía suscitando muchas discusiones; por eso nos contentaremos con esbozar el mensaje de este profeta, cuyo parentesco con los profetas de finales del siglo VII y comienzos del VI ha sido subrayado por varios autores. Joel habla, sobre todo, del «día del Señor». Este tema tuvo su origen en los boletines de victoria que fueron jalonando la conquista de la tierra prometida; el día de la victoria de Gabaón figuró concretamente en todas las memorias (Jos 10,12-14). Por eso, en los momentos difíciles, el recuerdo de aquellas horas afortunadas sostuvo naturalmente la moral de la población. Esta se complacía entonces en la espera de una intervención divina que devolviera a Jerusalén su esplendor de antaño.*

Pero el profeta Amós fue el primero en denunciar lo que esta espera pudiera tener de ingenuidad. En efecto, ¿cómo no comprendían que las desgracias que se abatían sobre la nación era consecuencia de su infidelidad? Para el profeta, el «día del Señor», en vez de ser un día de luz, sería «un día de juicio y de castigo».

En las descripciones de Joel se personifica, por así decirlo, el día del Señor. Aparece como «un monstruo espantoso que es como la condensación de una fuerza inconmensurable; de una energía radicalmente incomparable y distinta; de una energía que no puede describirse más que en el lenguaje inadecuado de las catástrofes naturales o de una guerra asesina; de una energía que, en relación con la luz terrena, no es más que tinieblas, cuyo asalto aniquila toda vida y apaga los astros y cuya manifestación trae consigo la condenación de todo lo que pretende oponerse al Señor del universo» (TOB). A este tema corresponde una llamada a la penitencia, cuyos ritos no son más que las formas exteriores de una conversión igualmente radical.

El salmo 9 reúne pasajes muy heterogéneos. De los versículos que ha tomado la liturgia se desprende una nota básicamente optimista. El día del Señor es también día de misericordia.

Lucas 11,15-26: *«Estaba expulsando un demonio...» Pues bien, ese demonio era mudo, lo cual guarda cierta relación con la continuación del capítulo, que habla del testimonio de los discípulos. A los ojos de Lucas, la palabra misionera es un signo para el hombre, un signo del Espíritu que está actuando en el mundo, lo mismo que lo es el mudo liberado de su mal.*

Pero un signo es siempre ambiguo; respeta la libertad del que lo recibe y lo interpreta. Es lo que ocurrió con los milagros de Jesús: muchos no vieron en ellos más que obras del diablo.

El signo, por tanto, invita a la decisión. Si son expulsados los demonios, es porque hay allí uno «más fuerte», que anuncia el Reino. La suerte del pueblo elegido se compara con la de un hombre que se ve liberado de todo espíritu impuro. Si no acoge el Reino para el que ha sido preparado con su curación, se encontrará en un estado peor que al principio. Y hoy, ese pueblo elegido es la Iglesia.

**

«¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis!» Hace algunos días, Jesús bendecía a los creyentes. Hoy se lamenta por los que son incapaces de descifrar los signos dados a la fe.

¿Quién es este hombre? ¡Esa es exactamente la cuestión! Los paisanos de Nazaret, los pescadores de Tiberíades, los comerciantes de Jericó y los fariseos de Jerusalén no tuvieron bastante con treinta años para descubrir el secreto del que llamaban Jesús. ¿Quién es, pues, éste, el hijo del carpintero que cura a los leprosos y pretende remodelar el corazón del hombre librándolo de su pecado? ¿Quién es éste, éste que habla en público, y de dónde viene tanta pretensión como tiene: «Se os ha dicho que... Pero yo os digo...»? ¿Por qué se sitúa al ras de la gente sencilla y de poca virtud? ¿Quién es este hombre?... ¡Se necesita toda una vida para descubrir su secreto!

«Si por el dedo de Dios expulsó yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios». Dios no tiene más que una vida de hombre para enseñar quién es, toda una vida de hombre para levantar el velo de su misterio. Y nosotros no tenemos más que esa vida de hombre para descubrir quién es Dios, ya que no tenemos para conocerlo ningún otro lugar más que la vida de ese hombre.

¿Quién es ese hombre? Algún día bajará al secreto del sepulcro... ¿Quién es ese hombre que se deja aplastar como el grano hundido en la tierra? Sí, ese hombre pisoteará también a la muerte, que no ha podido encadenarlo definitivamente; de él aprenderemos también nosotros nuestro destino. Puesto que Dios lo resucitó de entre los muertos, la vida de ese hombre puede convertírsenos en el sacramento de lo que Dios quiere para nosotros.

¿Quién es ese hombre?... Sólo se comprende bien al que se conoce bien, dice la sabiduría popular. Y para conocer bien a alguien, hay que vivir con él, compartir su existencia. Para decir el verdadero nombre de Jesús, no hay más posibilidad que la familiaridad con Él. La Iglesia necesitará toda su historia para aprender a reconocer a Aquel del que vive.

**

Padre, ¿cómo podríamos decir tu nombre,
si tu Espíritu no iluminase nuestra inteligencia,
y tu misericordia no encendiese nuestro corazón?
¡Bendito seas por la gracia de nuestra fe!
ella nos permita reconocer a tu Enviado,
la Imagen perfecta de tu Gloria,
Jesús, nuestro Salvador.
Te lo pedimos, Señor:
ayúdanos a profundizar en tan grande misterio
hasta el día del conocimiento perfecto.

Sábado de la vigésima séptima semana

PALABRA Y VIDA

Joel 4,12-21. Así pues, los profetas avisaron a los judíos de que el día del Señor podría volverse contra ellos si no se arrepentían de sus faltas. Esos mismos profetas consideraron con frecuencia a las naciones paganas como un instrumento del castigo divino; no hacían así más que proyectar en el futuro situaciones que habían observado. Pero advirtieron también a los paganos que ellos, a su vez, serían juzgados por el protector de los pequeños y de los pobres, que no puede dejar impunes los excesos cometidos.

Sin embargo, ningún profeta redujo el día del Señor a ser un día de venganza. Su mensaje, por muy inquietante que fuera, dejó siempre lugar a la esperanza; cuando amenazaban al pueblo, era para llevarlo a la conversión. Ciertamente, Jerusalén será castigada, pero, si se aparta de sus faltas, el Señor se apiadará de sus habitantes y la restaurará con un esplendor superior a todo cuanto hubiere conocido.

El salmo 96 es muy adecuado para celebrar el día de Yahvé. Es un canto de entronización que servía para anunciar el triunfo de Dios sobre los enemigos de su pueblo.

Lucas 11,27-28. Se trata de la Palabra. Jesús habla con toda claridad: El Reino no es para los que se ufanan de sus privilegios, sino para los que acogen a los testigos de la Palabra, de una Palabra que proclama la libertad y la gratuidad de Dios.

*
**

¿Hemos captado suficientemente toda la profundidad que encierra el misterio de la palabra?

La palabra es, en primer término, victoria del hombre sobre las cosas, toma de posesión de la realidad, a la que da nombre. Victoria, sin embargo, que sería demasiado fácil si se quedara en eso, ya que se quedaría sin respuesta posible, sin contestación. Es preciso que aparezca el otro, otra persona, para que la palabra encuentre algún eco que sea, a su vez, mensaje. El vocablo sólo se convierte en verdadera palabra cuando tiene un eco, mejor aún, cuando llega a producir el intercambio. La palabra es llamada que espera respuesta, que la suscita, que la hace nacer. El niño aprende a hablar colgado de los labios de quienes lo aman lo bastante como para dirigirse a él y querer que también él tenga su propia palabra. La palabra que yo dirijo no es realmente palabra más que cuando vuelve a mí recibida, distinta. La palabra es siempre, por así decirlo, fruto de una conjugación: dos voces que se buscan, dos voces que se alternan llamándose la una a la otra.

«¡Dichosos los que oyen la Palabra de Dios y la cumplen!» Mientras la Palabra lanzada por Dios no vuelva a El convertida en confesión de fe, carece, en cierta manera, de significación, de objetivo; queda vacía y hueca. La Palabra de Dios es intercambio, diálogo, Alianza.

«¡Dichosos los que oyen!»: la palabra requiere silencio. Lo que mata el diálogo es la palabrería: juegos de vocablos demasiado conocidos, traídos y llevados con demasiada facilidad, sin lucha, sin sorpresa. El diálogo vive del silencio, pues sólo el silencio permite medir en su justa medida la palabra del otro. «Dichosos los que oyen la Palabra»... María puede ser llamada madre de los creyentes precisamente porque, como nota el evangelista, «meditaba y guardaba todas estas cosas en su corazón».

*
**

**Señor y Dios nuestro,
tu Hijo, tu Enviado, está en medio de nosotros:
Verbo desde toda la eternidad, habla con autoridad.
Que su Espíritu nos repita
lo que Tú quieres para sus discípulos
y que su Palabra nos revele
tu incansable fidelidad.**

*
**

**Líbranos, Dios y Padre nuestro,
de las palabras sin sabor y de las frases demasiado sabidas,
de las palabras demasiado fácilmente dichas, alianza abortada,
de los silencios mortales, de las palabras muertas antes de nacer,
de los silencios asesinos, de las palabras amordazadas.
Que tu Verbo eterno, contemplado en el silencio,
brote en palabra de vida,
baluceo del Espíritu,
conversión de nuestro corazón.
Tu palabra será entonces un parto,
gozo del encuentro por los siglos sin fin.**

*
**

**Que la enseñanza de tu Hijo, Señor Dios,
transforme nuestros pensamientos,
y que su vida ofrecida, recibida en comunión,
alimente nuestra existencia.**

Lunes de la vigésima octava semana

EXPRESA A DIOS

Romanos 1,1-7. *La carta a los Romanos se escribió en la primavera del 57 o del 58. Por aquel entonces, Pablo, que acababa de pasar tres meses en Corinto, después de su tercer viaje misionero, estaba a punto de embarcarse para Jerusalén con el producto de la colecta organizada en favor de la Iglesia madre. No obstante, Jerusalén no era más que una etapa, puesto que, una vez acabada su tarea en la parte oriental del imperio, soñaba con partir para Roma o para España. Se ha subrayado muchas veces la circunspección con que el apóstol se dirige a la Iglesia de Roma, que no había fundado, pero que se encontraba —como las demás— dividida por la presencia en su seno de judíos y de paganos convertidos.*

La misión apostólica consiste en anunciar al mundo «la Buena Nueva que ya había prometido Dios por sus profetas en las santas Escrituras» (TOB), a saber, el envío del Hijo venido a establecer el Reino. Pablo añade aquí una fórmula de profesión de fe cristológica conocida por los Romanos, ya que formaba parte del fondo común de todas las iglesias: «su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos». Esta profesión de fe, al mismo tiempo que subraya la continuidad de la función mesiánica, insiste también en la diferencia de condición de Jesús en las dos fases de su vida, la terrena y la celestial. Durante la primera, la condición de Hijo de Dios estuvo «marcada por la debilidad y la humildad de la carne» (TOB); durante la segunda, «está marcada por la adquisición de la plenitud de las prerrogativas divinas» (TOB), lo cual se traduce habitualmente con la palabra «señorío». El ministerio de Pablo consiste en llevar a «la obediencia de la fe a todas las naciones paganas», es decir, en conducir las a acoger la revelación divina.

«Aclamad al Señor, tierra entera». El salmo 97 invita a todas las naciones de la tierra a cantar la gloria de Dios, que ha realizado la salvación en su Hijo Jesucristo.

Lucas 11,29-32. *En Lc 11,16 los oyentes de Jesús le pedían un signo, cuando acababa de exorcizar a un endemoniado. Jesús opone a este escepticismo la actitud de los ninivitas que se convirtieron al oír la palabra de Jonás. Pues bien, aquí hay uno mayor que Jonás y mayor que la reina de Saba.*

Pero, lo mismo que Mateo, Lucas releyó esta parábola a la luz de la resurrección. En el v. 30 habla de un signo futuro: «así lo será el Hijo del hombre para esta generación». La resurrección se convierte así en el signo

por excelencia de la mesianidad de Jesús: signo para los paganos como para los judíos, pero que muchos no percibirán. Por otra parte, si este pasaje pudo ser releído a la luz de Pascua, ello supone que la palabra de Dios ha tomado cuerpo en el testimonio de los discípulos, palabra misionera considerada a la vez como proclamación y como nueva sabiduría.

*

**

¡No habrá más signo que este hombre! Artesano de una aldea perdida entre las colinas galileas, predicador ambulante, maestro desconcertante, hombre-signo, una historia que será finalmente dramática, una verdadera tragedia: un condenado ejecutado ignominiosamente, como ocurre siempre con los incomprendidos.

¡No habrá más signo que este hombre! Jesús es para nosotros mucho más que la figura de avanzadilla de la aventura de la libertad, más que un líder de los hombres. Es también el que da forma humana a Dios. Se atreve a dar nombre al Inefable y lo expresa con su palabra y con su ser. También en este sentido es Verbo de Dios: en el baluceo milenario de los hombres y de las religiones, es a su vez un inventor de Dios.

¡No habrá más signo que este hombre! Jesús sube del terruño de la humanidad y se arriesga a vivir y a expresar a Dios con todas las fibras de su ser, hasta en los sobresaltos de su muerte. Jesús es —nos atrevemos a decir— «creador» de Dios. Para «dar» a Dios, Jesús tomó como vocabulario su propia persona, su cuerpo, sus manos, su rostro, su lenguaje. Su palabra es su vida y su muerte. Jesús puede ser creador de Dios, porque su humanidad está totalmente impregnada de Dios, en una transfiguración de tal categoría que se podrá decir: «Dios totalmente entregado al hombre»; o bien: «hombre totalmente acogedor de Dios».

No habrá más signo que El, porque El dice todo sobre el hombre y todo sobre Dios. Indisolublemente. El expresa al hombre y expresa a Dios.

*

**

**Dios, que revelas tu nombre y manifiestas tu Rostro,
ilumina nuestra inteligencia;
descúbre-nos el sentido oculto de nuestras palabras de hombres
para que, convertidos por tu Espíritu,
nos digan lo Inefable.**

**Calienta nuestro corazón:
sé la fuerza secreta de nuestro amor,
para que, convertido por tu Espíritu,
cante la Alianza en la que El nos ha introducido.**

**No habrá otro signo para nosotros
más que nuestros baluceos y nuestros anhelos:
que ellos nos abran al gozo de la comunión eterna.**

Martes de la vigésima octava semana

POR LA FE

Romanos 1,16-25. *Después de decir a los Romanos su profundo deseo de ir a visitarles, Pablo va rápidamente al tema esencial de su epístola: la justificación por la fe. Empieza proclamando su orgullo de estar al servicio del Evangelio, que es «una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree». De este modo, se adelanta a las objeciones de los judeo-cristianos que pretendían someter la salvación de los paganos a la observancia de las prácticas heredadas del judaísmo; en efecto, si el poder de Dios se desplegó primero para la salvación del pueblo judío, especialmente durante el éxodo, abarcaba un designio más amplio, a saber, la salvación de todos aquellos, judíos o griegos, que prestasen su fe a Dios. Por consiguiente, como proclamaba ya el Antiguo Testamento, no hay salvación más que para el que cree (Ha 2,4).*

El apóstol invita a continuación a sus lectores a contemplar el espectáculo que ofrece el mundo pagano. Es un mundo decaído, idólatra, en donde los hombres no hacen más que buscar la satisfacción de sus pasiones inmediatas. Al modo como los profetas veían en las desgracias del pueblo el justo castigo a sus pecados, Pablo considera la situación de los paganos como la consecuencia de su comportamiento (¡nuestras faltas nos siguen!). Añade que en todos los períodos de la historia Dios ha dado a los hombres la posibilidad de conocerle, pero que muchos de ellos se negaron a vivir según este conocimiento y arrastraron a otros en su caída. Por lo demás, el apóstol es consciente de que este mismo peligro amenaza también a los que han recibido el Evangelio; algunos no viven de él. ¿Aludirá a los que ponen en discusión la doctrina de la justificación por la fe? Notaremos, finalmente, que, respecto a «la cólera de Dios», Pablo subraya que se ejerce, no sobre la humanidad como tal, sino sobre «la impiedad e injusticia de los hombres que aprisionan la verdad de Dios en la injusticia».

El salmo 18a confirma la palabra del apóstol. «Los cielos narran la gloria de Dios»; sin embargo, «la obra de sus manos» no se reduce a la creación.

Lucas 11,37-41. *Antes de comentar los ataques virulentos de Jesús contra los fariseos y los legistas, conviene recordar dos cosas: primero, la bienaventuranza dirigida a todos los que escuchan la palabra de Dios, palabra que llega a los hombres por el testimonio de los discípulos; y luego, la promesa del don del Espíritu que se hace al que pide con perseverancia.*

Este doble recuerdo permite comprender bien la intención de Lucas, que va más allá del simple hecho de criticar a los fariseos y a los escribas. Jesús denuncia, especialmente en los fariseos, una concepción de vida que apaga la Palabra y la impide alcanzar a los hombres. En efecto, las prácticas fariseas, como por ejemplo la preocupación por la pureza legal, acababan poniendo en peligro todo el esfuerzo misionero, ya que dividían a la humanidad en «puros» e «impuros», en judíos y no-judíos, haciendo imposible el gesto del Samaritano y desfigurando el verdadero Rostro de Dios. La práctica cristiana consiste en «dar en limosna lo que uno tiene»; pero ¿hay algo más valioso para el hombre que la seguridad de la salvación gratuita en Jesucristo? Eso es lo que hay que compartir con toda transparencia.

*
**

¿Cómo comprender lo que el apóstol Pablo nos dice de la fe sin referirnos a su experiencia personal? Lo que durante toda su vida considerará Pablo como una «gracia», o sea, la amistad con Dios totalmente inmerecida por su parte, se basa en aquella experiencia vivificadora del Crucificado, que se manifestó a él como el que vive, como el verdadero Señor. Sin compromiso alguno, Pablo defenderá en adelante la importancia fundamental de la fe en Cristo recibida por pura gracia. Y la defenderá contra todas las tendencias que pretendan sobreañadirle otros factores: «El justo vivirá por la fe».

«Por la fe»... Nuestro encuentro con Dios está tejido de pura confianza. Tener fe en alguien es entregarse a él, abandonarse a él, poner todo el ser en sus manos. Tener fe en alguien es creer suficientemente en su palabra para que ella se haga nuestra propia palabra: no tengo más que decir que lo que tú dices de la vida, me atengo a lo que tú digas. La fe es adhesión.

«Por la fe»... Tener fe en alguien es —junto con ese abandono fundamental— un combate, una conversión. Yo te doy mi fe, es decir, uno mi suerte a la tuya, tu vida pasa a ser mía, tus normas dirigirán mi vida, tus obsesiones serán ahora las mías. La fe es comunión: nos forja y nos modela; también de esta forma la fe es adhesión.

«Por la fe»... El único fundamento, el único criterio, es la adhesión firme a Dios por Jesucristo en una fe confiada; en esa adhesión no hacen sumandos ni los fallos del hombre ni las obras buenas; sino que de ella brotan con toda naturalidad las obras del amor.

«Por la fe, el justo vivirá». Tan sólo la adhesión podrá darnos toda la medida de nuestra libertad, de la sabiduría, del amor y de la esperanza que nos sostienen a través de las vicisitudes de la vida. No podemos olvidar que el evangelio es Buena Nueva...

*
**

**Dios que nos salvas por tu gracia,
bendita sea tu misericordia.
Tú nos inicias en la libertad
y nos educas con tu sabiduría;
Tú nos iluminas con el conocimiento de tu nombre
y nos sostienes con el don de tu Espíritu.
Puesto que Tú animas nuestra vida,
permítenos acogernos a tu bondad,
y nuestra fe será fuente de un renacer eterno.**

IMPULSADOS A LA CONVERSION

Romanos 2,1-11. *«Tú, que juzgas a los paganos». Está pensando, evidentemente, en los judíos. En efecto, tradicionalmente se cree que, en la carta a los Romanos, Pablo se dirige primero a los paganos y luego a los judíos. De hecho, sólo se menciona a los judíos a partir del cap. 17, aunque algunos términos con los de «paciencia» y «generosidad» se utilizan habitualmente para describir el comportamiento de Yahvé para con su pueblo rebelde. Digamos que Pablo sigue dirigiéndose a todos los que «aprisionan la verdad en la injusticia» (v. 18), bien sea porque confunden la libertad del evangelio con el libertinaje, o bien —como los judeo-cristianos— porque cuentan con las promesas divinas para poder salvarse al menos en el último día.*

«Dios no establece diferencia alguna cuando juzga a los hombres». Por tanto, no hay privilegio que valga; o, mejor dicho, todo privilegio comporta siempre una responsabilidad, como indica la fórmula «el judío primeramente y también el griego», empleada tanto en un contexto de juicio como en un contexto de salvación.

El salmo 61 proclama la confianza inalterable del salmista.

Lucas 11,42-46. *Se trata de un legista que habría hecho mejor mordeándose la lengua. Intentando solidarizarse con el fariseo, pero distinguiéndose de él, Jesús acentúa las diferencias y pone de manifiesto el peligro específico que representan los escribas. Lo que a éstos les reprocha no es la estrechez de espíritu de los fariseos, sino su falta de discernimiento. Toda su ciencia no les ha permitido reconocer al Mesías en la persona de Jesús. Además, esa ciencia les confería un prestigio y un poder terrible, el de pesar sobre las conciencias. Pueden, por tanto, impedir la escucha del Espíritu que habla en lo más profundo del corazón del hombre.*

**

Todo el que se interese un poco por la persona de Jesús se ve provocado por ella. Adherirse a Jesús —y eso es la fe, como decíamos ayer— es hacer de El la norma de mi vida.

«Dios te impulsa a la conversión». Que Jesús se convierta en la norma de mi vida es una cuestión absolutamente personal, una decisión que sólo me pertenece a mí. Ninguna Iglesia, ningún dogma, ninguna piadosa aseveración, ninguna profesión de fe, ningún testimonio que venga de otro, pueden imponerme ni arrancarme una respuesta, una decisión. Esta decisión se toma, en último término, con toda libertad, sin instancias intermedias entre El y cada uno de nosotros.

«Dios te impulsa a la conversión». Nosotros somos dueños de la respuesta. Y responder es comprometerse. En un sentido o en otro. ¿Por qué, en última instancia, damos a Jesús nuestra fe, sino porque confiamos en El más allá de todos los testimonios, más allá de todos los ejemplos de vida de los hombres que le han dado su fe y que son dignos de confianza? No nos decidimos ni a ciegas ni instalados en la evidencia, sino razonablemente, en una confianza sin reservas y en una certeza absoluta. Nuestra fe, en su última esencia, se parece al amor y se transforma en amor.

**

**Dios que juzgas los corazones,
llénanos de tu sabiduría
y cólmanos de tu Espíritu.
Impúlsanos a la conversión
y que nuestra fe sea nuestro gozo
desde ahora y para siempre.**

**

**Que tu Iglesia sea el fuego
que prende en los sarmientos secos
y renueve lo que dormía bajo las cenizas.
Te lo pedimos, Señor.**

**Que los bautizados no olvidemos el Espíritu
en que hemos ido creados,
Te lo pedimos, Señor.**

**Que venga una paz sin miedo a la verdad,
a los cuestionamientos y a las reconciliaciones.
Te lo pedimos, Señor.**

**Que los conflictos suscitados por la fe sean comienzo
de descubrimientos enriquecedores para los cristianos.
Te lo pedimos, Señor.**

**Señor, cuando nos dirigimos a Ti
pon en nosotros tu Espíritu:
sólo El puede crear en nosotros un corazón nuevo
y hacernos cosechar la vida sin fin.**

JUSTIFICAR

Romanos 3,21-30. *¿De qué superioridad puede jactarse el judío? (3,1). Perteneció sin duda al pueblo de la Alianza, es depositario de las promesas divinas (3,2); pero Pablo es demasiado consciente de las falsas certezas que ha engendrado esta pertenencia en sus antiguos correligionarios para no empeñarse en mostrar la igualdad de los paganos y de los judíos ante la salvación, después de haber señalado su igualdad ante el pecado y la cólera divina. El v. 28 resume muy bien su pensamiento: «Pensamos que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la ley». No es que esta ley haya sido inútil; al contrario, en el pasado permitió a los judíos tomar conciencia de la realidad del pecado y, con el relato de las intervenciones divinas, acreditó el deseo salvífico de Dios, un testimonio que la ley compartía, por lo demás, con los profetas. Pero «hoy» ha nacido una nueva era, ya que «Dios ha manifestado su justicia para todos los que creen», y lo ha hecho fuera del marco de la Ley.*

Así pues, la salvación es para todo el que crea, judío o pagano. Después de describir la miseria de los paganos y de los judíos, el apóstol se pone a describir la justificación realizada por Cristo. En efecto, la salvación no se basa en las obras de la ley, sino en la fe en Jesús, «a quien Dios exhibió como instrumento de propiciación por su propia sangre, para mostrar mediante la fe su justicia a todos los que creen en él». Con esta expresión, la traducción quiere dar el sentido sacrificial de la Palabra «propiciatorio», que designaba, en el culto antiguo, la plancha de oro colocada por encima del arca de la Alianza, sobre la cual el sumo sacerdote cumplía el rito de la aspersión de la sangre el día del «gran perdón». Este rito, que había que repetir todos los años, se considerará en la carta a los Hebreos como una imagen del sacrificio de Cristo; mediante su sangre, superior a la de los animales, Jesús es definitivamente, de una manera perfecta y para todos los creyentes, lo que el propiciatorio era de forma incompleta para sólo los judíos. Por tanto, éstos no tienen por qué orgullecerse. El Dios único es Dios tanto para los paganos como para los judíos, y esta unicidad exige que Cristo sea considerado por los unos y por los otros como el único Salvador.

El salmo 129 acentúa de nuevo el carácter expiatorio de la obra de Cristo, implorando la liberación de los creyentes.

Lucas 11,47-54. *¡Los escribas, constructores de sepulcros! Recordemos que con el correr del tiempo los judíos habían llegado a considerar como mártires a los profetas perseguidos por sus padres. A partir de Herodes el Grande, llegaron incluso a levantarles sepulturas monumentales.*

Jesús, que ha percibido las intenciones asesinas de sus compatriotas, aprovecha la ocasión para decirles que a los únicos profetas que ellos respetan es a los profetas muertos; ¡al menos éstos no hablan! Al hablar así, se sitúa en la larga lista de los enviados de Dios. Tendrá el mismo destino que ellos. ¡Pero que tenga cuidado Israel: podría estar colmándose ya la medida de sus pecados!

*
**

«¡Dios quería manifestar que es su justicia la que salva!». En la Escritura, salvación y justicia son sinónimos. Es verdad que «justicia» no debe tomarse en el sentido judicial del término. Justificar al pecador no quiere decir disculparle, ni tampoco perdonarle la deuda. Cuando se le perdona a un condenado, tiene que seguir arreglándose él solo, «rehacer su vida» como pueda. Justificar, para Dios, es comunicar su justicia, es decir, su propia santidad, que es Amor. Es recrear, renovar, reconvertir.

El mundo justificado es el mundo santificado, el mundo rectificado. El mundo en el que todos los torcidos de la tierra pueden vivir en la rectitud del Espíritu. Dios nos regala su novedad: eso es la salvación, eso es nuestra justificación. Hemos ido justificados como era menester. No somos libres, sino liberables. Liberables por Aquel que es libertad absoluta, el Salvador.

No tenemos por qué ir buscando circunstancias atenuantes. No tenemos por qué acudir a procesos de desculpabilización. Hemos ido justificados. La fe consiste en acoger este decreto de gracia, esta Buena Nueva. Por eso precisamente es por lo que la fe nos salva.

*
**

Dios de ternura y de piedad,
Tú quieres que se salve la multitud de los hombres.
Abre nuestros ojos a la obediencia de Cristo
y guárdanos de poner obstáculos a tu voluntad.
Haz de nosotros pruebas vivientes
de tu amor todopoderoso,
Dios de misericordia.

*

**

Dios de amor,
Tú nos has creado para un porvenir de alegría y de gloria.
Abre nuestro corazón al asombro:
haznos reconocer en Jesús
al que ha venido a liberarnos
del fracaso y de la muerte.
En la fuerza del Espíritu,
El vive contigo, Padre, para siempre.

*

**

Dios de toda gracia,
¡alabado seas cuando nos regalas tu gracia!
Tu misericordia es nuestra justicia
y tu amor renueva nuestro corazón:
es tu ternura la que nos santifica.
Te rogamos que tu gracia sea nuestra dicha;
colmados de un don tan grande,
podremos bendecirte eternamente.

Viernes de la vigésima octava semana

NUESTRO PADRE ABRAHAM

Romanos 4,1-8. *Los judíos sacaban la certeza de su salvación del hecho de ser descendencia de Abraham. Por eso el apóstol lee de nuevo lo que dice la Escritura de la justificación del ilustre antepasado. Lo que hace la Escritura es confirmar por completo la tesis de la justificación por la fe: Abraham fue declarado justo, no en virtud de sus obras, sino en virtud de su fe.*

Recordemos que el término «justo» define «una actitud que fundamenta y mantiene, entre dos personas, una alianza de comunión» (X. León-Dufour). Es la confianza de Abraham en Dios lo que le sitúa en las condiciones requeridas para gozar de la alianza. Entonces no había sido circuncidado todavía.

La liturgia recoge el salmo 31 para recordar la dicha de los que deben su salvación sólo a Dios.

Lucas 12,1-7. *Una multitud reunida a millares... El número evoca, naturalmente, la asamblea escatológica tantas veces anunciada por los profetas. En efecto, Dios aparece como el juez de los últimos tiempos, «que tiene poder para arrojar a la gehenna».*

Jesús dice a sus discípulos que desconfíen de la levadura de los fariseos, es decir, de su hipocresía (su enseñanza, en Mateo). Las lamentaciones permiten comprender esta hipocresía: muestran que los fariseos y sus escribas han reducido la religión a su medida. Al hacerse propagandistas obstinados de la Ley, se la han apropiado; al ejercer su función judicial, se han situado como competidores directos de Dios.

«Habiéndose reunido miles y miles de personas...» La multitud se ha reunido mientras hablaba Jesús, es decir—según J. Radermakers—, después de la gran revelación que ha empezado a hacer (9,18). Este revelación se refiere al Padre, a quien la misión apostólica tiene precisamente el objetivo de dar a conocer; y al Espíritu, cuyos signos no pueden percibir más que los corazones acogedores. El capítulo 12 considerará luego la vida de los discípulos a la luz de esta doble revelación, a la luz de lo que tienen que proclamar desde las terrazas. Pues bien, lo que tienen que proclamar es el corazón de Aquel para quien un hombre vale más que todas las aves del mundo.

*

**

Abraham tuvo fe en el Señor, y por eso Dios lo declaró justo. ¡Abraham, el padre de los creyentes! Cuando la Biblia usa esta expresión, desea señalar con ella que Abraham se encuentra en el punto de partida de la multitud de hombres que se afirman creyentes. Pero quiere también indicar que el creyente por excelencia, el creyente tipo, es Abraham, y que su actitud, su forma de comportarse, está en la fuente de la actitud y del comportamiento de todos los que se proclamen creyentes.

Crear, para Abraham, consistió constantemente en vivir y obrar entrando en la vida y en la acción que le proponía la palabra de Dios, para llegar a su presencia y unirse a su vida. En los momentos críticos de su existencia, que le exigían una orientación nueva, que requerían que atravesara un umbral, como el abandono de su tierra natal, el anuncio de un hijo que no esperaba, el sacrificio de su unigénito, se adhirió y respondió a lo que se le pedía. Sí, creer, para Abraham, consistió en portarse siempre, en esos momentos fuertes, como un hombre que tomaba su vida en sus manos. Su fe era tomar su vida en sus manos, según lo que él creía descubrir.

Me parece grandioso este sentido de la fe, esta manera de creer en Abraham, que lo comprometía en una existencia que, a nivel de su reflexión y de su experiencia, no le presentaba ninguna promesa, ninguna certeza, que parecía incluso llevarle a un callejón sin salida y encaminarlo hacia la muerte. Creía, a pesar de esta evidencia, que este camino le llevaría a alguna parte, que lo conduciría al éxito y no a la esterilidad. «Abraham creyó», y su fe no fue otra cosa más que comprometerse plenamente en su vida, fueran cuales fueran los fracasos, los temores, las desilusiones y las decepciones que pudieran sobrevivir.

Sé muy bien que la vida me da alegrías, felicidad, y me siento contento de todo ello. Pero también sé que esas dichas y alegrías no me colmarán jamás, ya que no salvan a los que sufren y desean obscuramente salvarse. Y sé igualmente, por mi fe, que esta vida en la que me sumerjo cada mañana hace surgir el reino de Dios. Y para mí esto significa ser hijo de Abraham, el padre de los creyentes.

*
**

**Dios de Abraham, Padre nuestro,
tu llamada nos hace dejar nuestras tierras familiares,
tu palabra suscita nuestra obediencia.
Puesto que, por tu gracia,
apostamos nuestra vida por tu promesa,
concédenos conocer la paz de la fe:
que nuestra confianza sea el gusto anticipado
de lo que viviremos por los siglos sin fin.**

LA VIDA POR LA FE

Romanos 4,13.16-18. Abraham y sus descendientes fueron designados como los herederos del «mundo» en virtud de su fe, y no por haber realizado obra alguna. De hecho, la promesa sólo se refería a una tierra, pero la predicación de los profetas había permitido vislumbrar el nacimiento de un mundo nuevo. También habían repetido éstos que la promesa seguiría en pie hasta que se realizase plenamente. Para gozar de ella, bastaba con encontrarse en las mismas disposiciones que había tenido el que fue su primer beneficiario. El versículo 18 sitúa la fe del antepasado: cuando Yahvé le prometió un hijo, Abraham le creyó, a pesar de su edad y de la esterilidad de su esposa. De este modo permitió que se ejerciera la fuerza creadora de Dios.

El salmo 104, que es un himno, recuerda las promesas divinas y recomienda la confianza en Dios y en su omnipotencia.

Lucas 12,8-12. «Por todo el que se declare por mí ante los hombres, también el Hijo del hombre se declarará ante los ángeles de Dios». El testimonio de los discípulos será el objeto del juicio escatológico. De hecho, éste se realiza ya en la vida presente, cuando los cristianos son llevados a atestiguar ante las autoridades. El Padre es el que juzga (cf. los giros pasivos que designan implícitamente a Dios), mientras que el Hijo y el Espíritu asumen, respectivamente, los papeles de testigo (de descargo) y de defensor.

¿Qué pensar de esta aparente oposición entre el Hijo del hombre y el Espíritu? Según la TOB, Lucas opondría el tiempo de la misión terrena de Jesús al de la misión apostólica, conducida por el Espíritu y que constituye para la humanidad su última oportunidad. Es útil la comparación con Mc 3,22-30, donde el apóstrofe de Jesús sigue a la acusación de que hace milagros en nombre de Beelzebul: «El hombre puede desconocer el misterio del Hijo —escribe también la TOB—, pero no se le puede excusar de interpretar mal el signo que constituye el exorcismo realizado por Jesús en el Espíritu». Así pues, lo que se denuncia, en definitiva, es la mala fe (el endurecimiento del corazón).

*
**

«Abraham creyó en la promesa de Dios, y así se convirtió en el padre de una multitud de pueblos». El relato del Génesis había anunciado ya la promesa de Dios: «Acrecentaré muchísimo tu descendencia, como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa». Y la carta a los Hebreos

afirma por su parte: «Por la fe de uno solo, y ya gastado, nacieron hijos numerosos como las estrellas del cielo, incontables como las arenas de las orillas del mar».

Hemos de reconocer que nos es poco habitual establecer el vínculo entre fe y fecundidad. Los términos que espontáneamente se agrupan en nuestro lenguaje, en torno a la palabra fe, son: luz, verdad, certeza; y se le oponen ignorancia y obscuridad. El ejemplo de Abraham, por el contrario, nos está recordando que no es en un enfrentamiento con la ignorancia y el error como afirmamos nuestra fe, sino, mucho más fundamentalmente, en un cara a cara con la muerte bajo su forma cotidiana, que se llama la esterilidad de la acción, la inutilidad de la vida, todo eso que nos hace formular una confesión desesperada: «¿Para qué todo esto? ¡Ya no hay nada que hacer!»

Con esta experiencia crucial, vivida bajo su forma más elemental, se enfrentó Abraham: no tenía hijos, su cuerpo de anciano estaba ya marcado por la muerte y no llevaba dentro de sí ningún germen de vida. Sin embargo, apoyado en la palabra de Dios y a pesar de tantas experiencias contrarias, creyó que los gestos de vida, afectados hasta entonces de una fuerza mortal, se harían de nuevo fecundos. Isaac le fue dado como un símbolo. Y aquel padre anciano se hizo para nosotros el sacramento de la fecundidad de nuestra fe cuando, a pesar de tantas experiencias contrarias, creemos en la vida y nos arriesgamos a tomarla plenamente en nuestras manos, basados en la palabra de Dios.

*
**

**Dios de nuestra fe,
ayúdanos a arriesgarnos
con la seguridad que nos da tu promesa.
Fecunda con tu gracia
los gestos que tejen nuestra vida
y haz que ésta florezca para siempre
en los siglos sin fin.**

*
**

**En este pan, partido para nosotros,
Dios y Padre nuestro, reconocemos
a Aquel que da la vida al mundo,
a Jesús, tu Pascua para nuestra tierra.
Puesto que El es nuestro salvador,
que siga siendo nuestra fuerza cada día,
y nos mantenga unidos a Ti
ahora y por siempre.**

DEL LUNES AL SABADO DE LA VIGESIMA NOVENA SEMANA

VIDA NUEVA

Antes de conocer la ley de Dios, el hombre puede tener la impresión de «vivir». Pero esta vida no es más que una muerte. Desde su primer contacto con la ley de Dios, el hombre se da cuenta de ello. Se despierta a sí mismo: su existencia tiene un significado para Dios

Ante este deseo de Dios sobre él, el hombre toma conciencia de que no puede responder perfectamente. Está desgarrado. Lutero dirá que el cristiano es a la vez pecador y justificado por Dios en Cristo (*simul peccator et justus*). Y ciertamente, el cristiano no es impecable, ni mucho menos. Pero hay que añadir esto: aunque el cristiano sigue siendo pecador, dice Pablo, ya no está bajo el dominio del pecado. Gracias a Cristo, ha pasado a vivir un modo de existencia muy diferente delante de Dios. Su lucha encarnizada contra el mal se ha convertido ahora en confianza.

De pronto, Dios se nos presenta de un modo totalmente distinto. Dios era el Dios de la ley, en el sentido noble de la palabra: el Dios que tenía una voluntad educativa sobre la humanidad. Pero su vocación moral y religiosa ponía al hombre «carnal» ante la imposible exigencia de la fidelidad. Ahora que se ha asociado a la actitud de abandono del mismo Cristo, el cristiano ha recibido el Espíritu de Cristo.

Es verdad que el cristiano sigue siendo, de algún modo, un hombre carnal: falible, luchando por vivir según los mandamientos de Cristo, nunca enteramente fiel... Pero no por eso se considera simultáneamente justificado y pecador. Pues, aunque caiga en la infidelidad, el pecado ya no le domina: le llena una fuerza superior que le libera.

*
**

¿Cómo darte gracias, Dios y Padre nuestro?
Tú nos has librado del poder de la muerte,
nos has liberado de la esclavitud de nuestro pecado.
En tu Hijo, el nuevo Adán,
nos has consagrado para una vida nueva,
tejida de gracia y de misericordia.
Siguiendo su ley, cosechamos la vida;
velando en la fe,
nos quemamos en un fuego que calienta nuestra esperanza.
Con todos los que comparten esta herencia,
te alabamos, Dios, Vida nuestra.

*

**

Tú no das la paz como la da el mundo,
tu fuego no se puede compaginar con nuestra tibieza.
Señor, húndenos en el ardor de tu pasión;
y nuestra vida, ardiente con el sople del Espíritu,
florece en vida eterna.

Lunes de la vigésima novena semana

LA FUERZA DE LA FE

Romanos 4,20-25. Después de insistir de nuevo en el hecho de que las pruebas, lejos de debilitar la fe de Abraham, la reforzaron más todavía, el apóstol se dirige a los cristianos para decirles que, ante las promesas incluidas en la resurrección de Cristo, ellos están en la misma situación que su antepasado. Tanto si son de origen griego como de origen judío, serán justificados en la medida en que adopten esa misma actitud creyente. Pablo termina recordando una fórmula habitual de las profesiones de fe, cuyo primer miembro se inspira en los cantos del Siervo: «Entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación».

Con ayuda de algunos versículos sacados del Benedictus, la liturgia sitúa la resurrección de Cristo en la obra de la salvación.

Lucas 12,13-21. Un hombre le pide a Jesús que medie en una cuestión de herencia. De suyo, este episodio es banal, ya que con frecuencia se le pedía a los rabinos que hicieran esta clase de servicio. Pero la respuesta de Jesús nos hace vislumbrar que, de hecho, ocurre algo más profundo: «¿Quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros?» De nuevo se nos remite al tema del juicio.

La lectura se propone iluminar esta noción de juicio. ¿Qué será? La respuesta se encuentra en la actitud de Jesús: se niega a ocuparse de cuestiones de dinero, ya que opina que la fuente de la vida no se encuentra en el «tener». Vemos, pues, que asoma un tema que irá creciendo cada vez más: el juicio del que habla Jesús es un juicio de salvación; es fuente de vida.

*

**

Abraham es nuestro Padre: tuvo fe en Dios, y esto se le reputó como justicia; se convirtió en padre de una gran multitud. Encontró su fuerza en la fe, indica san Pablo. La fe es algo distinto un sentimiento piadoso; es operante. Más que una adhesión a unos dogmas o a unas verdades, es adhesión del corazón, es decir, de todas nuestras facultades, que tienden hacia un mismo fin: vivir según la llamada de Dios que está más allá de toda regla y de toda medida. La fe es creer: es un verbo y, por tanto, un movimiento, un obrar.

EN TRAJE DE FAENA

«Encontró su fuerza en su fe». La fe es nuestra razón de vivir, es decir, el resorte de nuestra existencia. Para nosotros, «creer en Dios» no puede separarse de «creer en el hombre». La fe no añade a nuestro devenir una capacidad nueva, una especie de quinta rueda a la carreta; atraviesa todo nuestro devenir. No hay separación entre dos mundos, el de nuestro desarrollo humano y el de nuestra santidad; de un orden al otro hay correspondencias y canales de paso. Nuestra fuerza es nuestra fe: porque somos creyentes, hemos de tener fe en la vida, adherirnos a ella, vincularnos a ella, en sus realizaciones más simples y en las más inmediatas. Tener fe en la vida para que la vida entre y se aventure hacia su planificación y llegue a su dimensión sobrenatural.

Nuestra fuerza es nuestra fe. Si no creo en mí mismo como artífice y creador de mi hoy, ¿cómo podría comprometer mi libertad en el espacio sobrenatural y creador del universo invisible? No hay más camino de acceso a Dios que la humilde cotidianeidad, y no hay otro medio para dar a luz la santidad que la fidelidad al movimiento que nos hace existir: la vida. La fe de mi espíritu, la adhesión de mi corazón y de mi libertad a una llamada que viene de Dios mismo, no pueden actuar en mí si yo no me siento unido a la fuerza creadora de mi persona. Si uno no espera, no puede encontrarse con lo inesperado.

Nuestra fuerza es nuestra fe. Sé muy bien que el amor de Dios no es imaginario, que es positivo, creador y que amándome Dios me hace capaz de amar, ya que El no me amaría si no pusiera en mí algo digno de ser amado. Así pues, en el acto de creer me entrego a esa fuerza. E intento y procuro vivir, sencillamente.

*
**

**Dios creador, fuente de toda vida,
¡bendito sea tu nombre!
tu promesa se cumple para nuestra dicha,
y en la Pascua de tu Hijo
descubrimos nuestro futuro.
Que nuestra fe sea nuestra fuerza,
y nuestra esperanza el gozo de nuestra vida.**

Romanos 5,12.15b.17-19.20b-21. Este pasaje, que encierra una especial dificultad, merece estudiarse de forma sistemática. Recordemos, en primer lugar, lo que ya hemos dicho: todos los hombres son iguales ante Dios, que no ha basado la salvación en privilegios, sino en la fe. En un primer tiempo, el apóstol se complace en describir el estado de la humanidad pecadora, condenada por Dios, pero capaz de ser justificada por la fe en Jesucristo.

Lo que domina ahora es la victoria de Cristo. Pablo intenta demostrar la superioridad de la obra de Jesús sobre la de Adán. La obra del primer hombre fue una obra de muerte; la de Jesús, una obra de vida. ¿Cuáles son sus consecuencias para la humanidad, de la que el uno y el otro eran solidarios? La determinación de las consecuencias de la obra de Adán es base de fuertes dificultades de interpretación. En el v. 12, Pablo esboza una comparación que no lleva a su término: «Por tanto, como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron...» El último miembro de la frase plantea un problema, ya que la evocación de las faltas personales de los hombres parece estar en contradicción con la afirmación según la cual la muerte humana es el resultado de la falta de uno solo.

Después del v. 12 viene una explicación (vv. 13-14, que no recoge la lectura), donde se subraya que las faltas personales no pudieron cargarse en la cuenta de los hombres más que después del establecimiento de la Ley, lo cual significa también que, desde Adán hasta Moisés, el pecado debía ya encerrar en sí mismo una fuerza maléfica que arrastraba a la muerte. En este sentido, algunos (TOB) piensan que Pablo consideraba a Adán más como una realidad colectiva que como un individuo histórico. La fuerza de la muerte sería entonces la fuerza de alienación que se describirá en el cap. 7.

Sea cual sea su interpretación, la comparación esbozada en el v. 12 da lugar, a partir del v. 15, a una exposición para mostrar la superioridad de la obra de Cristo sobre la de Adán. «Pero con el don no sucede como con el delito...», escribe Pablo, introduciendo así una serie de comparaciones para mostrar la diferencia del estatuto de la falta y del de la gracia. En el v. 19 se habla de las causas de esta diferencia, que han de buscarse en las actitudes respectivas de Cristo y de Adán frente a Dios: obediencia del primero, desobediencia del segundo. En conclusión, el apóstol afirma en una fórmula brillante (que es también un zarpazo contra la Ley incapaz de salvar): «Dónde abundó el pecado, sobreabundó la gracia».

El recuerdo de la obediencia de Cristo hace suar algunos versículos de la acción de gracias del salmo 39, empleado frecuentemente en este sentido.

Lucas 12,35-38. *«Tened ceñidos vuestros lomos y las lámparas encendidas»: se evoca así el ambiente pascual, ya que, si la imagen de los lomos ceñidos evoca el traje de faena, sugiere también la ropa de viaje que se ponían los judíos para celebrar la Pascua. Esperaban de esta forma al Mesías, procurando que las lámparas estuvieran siempre encendidas, como sugiere, por ejemplo, la parábola de las diez doncellas en Mt 25.*

¿Qué hará el amo al encontrar a sus servidores en actitud de vigilancia? El mismo se pondrá el traje de faena, les hará sentarse a la mesa y les servirá. Eso es lo que hizo Jesús la víspera de su muerte, cuando se ciñó la toalla para lavar los pies a los suyos. Por tanto, es la nueva Pascua lo que aquí se evoca, la del don total de Jesús, la Pascua de las «bodas» del Cordero. Así, si la lectura de ayer hablaba del carácter específico del juicio, la de hoy precisa su contenido. Se tratará de un don inaudito: el mismo Señor servirá a sus discípulos. ¿No era eso acaso lo que ya había anunciado: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir?» Morir rescatando a la multitud: ése es el servicio de Jesús.

*
**

En nombre de los padres que corren el riesgo de tener hijos...

En nombre de los jóvenes que no hacen como todo el mundo...

En nombre de los marginados por haber emprendido la aventura del inconformismo...

En nombre de todos los que se han comprometido en pro de los rechazados...

En nombre de los hombres y mujeres que viven la noche de la fe...

En nombre del Señor que se hace Siervo y del Maestro que se pone el traje del esclavo para lavar los pies de sus discípulos...

Os conjuro a que mantengáis vuestra lámpara encendida; la fe es activa cuando vela en las tinieblas para hacer que apunte la aurora.

Ya hemos trabajado y hemos velado. En traje de faena, haciendo que rinda nuestro tesoro, aunque sólo sea un poco. Hemos espabilado una y otra vez nuestras llamas vacilantes para hacer saber a la noche que no será ella la que venza sus astucias que huelen a muerte. Sí, hemos «mantenido el tipo» y nos mantendremos de pie, bien despiertos, para ver cómo apuntan en nuestro tiempo los signos precursores del mañana: las vidas entregadas, a pesar de todo, al amor; las fraternidades esbozadas trabajosamente; las solidaridades anudadas sumariamente, las justicias buscadas anhelosamente... Sí, encajaremos los golpes por esta sola razón: ¿qué será la mañana si no es dada a luz por la fe?

Dejad que vuestro corazón se imponga sobre todas las buenas razones que tengáis para descansar, para dormiros, e incluso para morir. Recordadlo bien: también El veló para que vuestro corazón velase. Era al amanecer; cansado también El de haber luchado en las tinieblas, se apareció a los suyos: primogénito de un mundo nuevo, nuevo Adán de un mundo resucitado, se puso el delantal y preparó la mesa. Para patirnos su pan.

*
**

**Podemos expresarte nuestra impaciencia,
Dios que nos prometes venir:
¿no lo hemos apostado todo por Ti?
Sé Tú nuestra seguridad cuando llega la duda,
sé Tú nuestro coraje
cuando nos asalta la tentación de dormir.**

VIGILANCIA

Romanos 6,12-18. *En la primera parte de la carta, Pablo denunciaba la actitud de los judíos que consideraban que la elección divina los ponía al abrigo del juicio. Pero esta actitud no era exclusiva de ellos; también la encontrará Pablo en algunos cristianos, sobre todo en los que miraban el bautismo como un talismán que les aseguraba automáticamente la salvación, independientemente de la vida real. Con gran vivacidad, el apóstol señala que el bautismo no es prenda de vida más que si conlleva una muerte real al pecado.*

A partir del v. 12, la exposición doctrinal da paso a recomendaciones parenéticas que pueden resumirse así: el cristiano ha de vivir según la lógica de su bautismo. Puesto que ha muerto al pecado para vivir una vida nueva con Cristo, debe desechar todo intento de vuelta a la esclavitud, a la que el pecado querría seguir sometiéndolo. Su cuerpo, «lugar de presencia en el mundo» (TOB), ha de favorecer la justicia, es decir, la alianza establecida entre Dios y el hombre en el bautismo. Y esto es posible desde que la gracia sustituyó a la Ley, incapaz de salvar al hombre del pecado.

Aunque redactado al estilo de las acciones de gracias individuales, el salmo 123 está destinado a sostener la oración de una comunidad. Evoca la esclavitud del pecado, del que sólo Yahvé puede liberar al hombre.

Lucas 12,39-48. *La pregunta de Pedro centra el discurso de Jesús al grupo de discípulos. Ellos han recibido mucho; se les exigirá mucho.*

Esta pericopa recoge todos los temas abordados desde que invitaron a Jesús a mediar en una herencia. Se compara a los discípulos con los administradores que han de repartir a los domésticos su parte de grano. Pero hay dos clases de administradores: los «avisados», que cumplen sus funciones según las instrucciones que se les ha dado, y los que pueden compararse con el «necio» de la parábola (v. 20), que amontonaba riquezas en sus graneros. Recordemos el reproche dirigido por Jesús a los legistas, que habían confiscado la clave del conocimiento (11,52): eso es lo que los responsables cristianos tiene que evitar. No son ellos los depositarios de la gracia divina para almacenarla sólo en su propio provecho; en ese caso no harían más que poner trabas a la realización del plan de Dios.

**

¡Vigilad! Estas dos sílabas resuenan como una llamada y una esperanza para nuestra fe.

¡Vigilad! La lenta torpeza que paraliza los reflejos de la atención, que achica las razones de vivir y disimula la seriedad de la existencia, es una amenaza para nuestra vigilancia. Insidioso, el viento ha apagado muchas veces nuestra lámpara. «¡Vigilad!» Incansablemente hemos realimentado la lámpara, enemiga de la noche; hemos velado y trabajado con ahínco. Cuando la noche parece no avanzar, es cuando hay que suscitar el día. La lámpara realimentada una y otra vez, hace saber a la noche que no saldrá vencedora con sus astucias de muerte. ¡Vieja Iglesia, levántate de madrugada! ¡Adelanta la aurora! ¡Trabaja hasta la Mañana en que Dios manifestará su obra! ¡Tú has recibido la esperanza en herencia! ¡Sé la lámpara encendida que guía a los hombres: muestra así, a los que se han dejado llevar por el sueño, qué hermoso es caminar hacia las estrellas!

«¡Vigilad!» Es decir, denunciad a los mercaderes de ilusiones, a todos los que os embotan o adormecen. Sed servidores que aguardan la vuelta tan esperada del Amo. Que os encuentre vigilantes en el trabajo, apasionados por su Palabra. «No el que grita: ¡Señor, Señor!, sino el que cumple la voluntad del Padre, es el que entrará en el reino de los cielos».

«¡Vigilad!» ¡Pero no os dejéis vencer por el miedo! ¡Cuántas vigilancias se han convertido en mecanismos de defensa! Entonces ya no queda sitio para lo inesperado, y el día en que llega el amigo, se le olvida, pensando tan sólo en lo que hay que hacer. Que nadie se acerque a nuestras murallas bien protegidas si no hemos identificado de antemano su mensaje. ¡Dejad vuestras consignas de seguridad y arriesgaos a salir al aire libre y respirar allí a pleno pulmón!

El Dueño de la casa se ha ido. ¡Vigilad y orad! No dejéis que la noche mine vuestra esperanza. El que viene os sorprenderá en plena tarea. Vendrá cuando todavía queden muchas cosas por hacer. ¡Dichoso el que sea encontrado en vela en aquel momento, porque conocerá en la tierra de Dios lo que llevó pacientemente en su corazón! El Maestro llega de nuevo; pero sabedlo: ¡no temáis su regreso! Nos despertará en el país de un nuevo día, ya que El es realmente el vigilante que pasó la noche en vela para renacer al Mañana: El es el vencedor de la Pascua.

**

¡Seremos dichosos si nos encuentras velando!
Señor, reanima nuestra fe
para el día en que vengas.
¿Acaso no vienes cada vez
que la esperanza nos despierta?
¿Qué será de nosotros
si el sueño nos domina?
Reanímanos, Señor,
sin esperar los siglos de los siglos.

EL QUE SIEMBRA FUEGO COSECHA VIDA

Romanos 6,19-23. Después de advertir la inadecuación de su lenguaje —sin duda piensa en el vocabulario de la esclavitud aplicado a la vida nueva inaugurada por Cristo—, el apóstol exhorta por última vez a los Romanos a ponerse totalmente al servicio de esa vida. Así realizarán concretamente la vocación inherente a su pertenencia al pueblo de Dios. Cuando estaban al servicio de la injusticia, no recogieron más que muerte. Ahora, si perseveran en el camino abierto por su bautismo, gozarán de la vida eterna. Esta procede de la misericordia gratuita de Dios, mientras que la muerte no era más que un salario, la conclusión normal del pecado.

Convertirse, cambiar de vida... El salmo 1 prolonga la reflexión sobre los dos caminos que se ofrecen al bautizado.

Lucas 12,49-53. Un fuego en la tierra, un fuego que destruye a los malos y purifica a los buenos, como ocurre con el oro en el crisol... Dios ha venido para un juicio, y los vv. 49-50 expresan el ansia del profeta por llevar a término su misión. Este juicio se realizará, de hecho, en la pasión del Hijo del hombre que evoca la imagen del «bautismo». Y no solamente será imprevisto, como sugiere la imagen del ladrón (v. 39), sino que dividirá a las familias: «tres contra dos y dos contra tres»; esta expresión hace pensar en los dedos de la mano: es evidente que están unidos, como deberían estarlo las familias. Pero, con Jesús, nada es normal.

¿Sigue tratándose de un juicio de salvación? Es verdad que el discurso de Jesús se ha endurecido bruscamente. Además, los vv. 49-53 anuncian el capítulo 13, que se centrará en la muerte irremediable del Justo. Sin embargo, no hemos de olvidar que, en el momento en que Lucas redactaba su evangelio, los viejos símbolos se habían enriquecido con nuevos significados. Así, el bautismo de que hablaba Jesús evocaba el bautismo cristiano para el perdón de los pecados, mientras que el símbolo del fuego sugería el bautismo del Espíritu y el fuego de Pentecostés. Por tanto, Jesús vino ciertamente para un juicio de salvación; pero lo importante es ver si habrá hombres «fieles y avisados» que lo acojan.

**

¿Es Jesús un «incendiario»? No son precisamente imágenes antitéticas las que faltan en el Evangelio. Jesús era manso y humilde de corazón, pero su mansedumbre es la de un corazón apasionado: la violencia de los pacíficos. Luchó hasta la muerte, y tras la resurrección pervive como fuego pentecostal.

El fuego reconforta y es vida. Pero la vida es riesgo y la brasa purifica. Cuando Jesús enciende el fuego del Espíritu, a lo que inicia es a una conversión. «Cuando erais esclavos del pecado, erais libres con respecto a las exigencias de la justicia». Cuando Jesús difunde su aliento, es preciso aceptar sus riesgos.

Y he aquí que el fuego del Evangelio prende en nuestras casas, y la dulce quietud del hogar se transforma en divisiones. «Os doy mi paz —dice Jesús—, pero no como la da el mundo». Creíamos vivir en paz y habíamos domesticado la Palabra de Dios a la medida de nuestros intereses; pero basta con que uno de nosotros se tome en serio a ese Jesús que se encamina hacia su pasión para que surja la división entre nosotros. «El que no está conmigo está contra mí». «Os habéis transformado en esclavos de Dios».

El Evangelio es fuego. La Iglesia no es una pandilla de amigos ni un «club» de caballeros. El abrazo de la paz que nos damos unos a otros no es una simple cortesía, ni el bautismo es ninguna prebenda: «Os habéis transformado en esclavos de Dios». «¡Habéis cosechado la vida!» La morada que no ha sido purificada por el fuego y reconstruida por el ardiente llamamiento de la Pascua, no tiene en sí la promesa de la vida eterna.

«¡Habéis cosechado la vida!» Y es que quien toma sobre sí el yugo de Jesús sabe que es un yugo ligero, porque Jesús fue el primero en ser arrojado al fuego del Espíritu. Y como conoció el bautismo de sangre, él —y sólo él— tiene derecho a exigir lo mismo a los demás. Os ganasteis la vida haciéndoos esclavos de Dios, ya que el bautismo de sangre florece en resurrección, y el fuego en una llama que nadie podrá apagar.

Alguien dirá: ¡No hay que ser tan exigentes! ¡No hay que apagar la mecha humeante...! Desde luego, y por eso hay que reanimarla, hacer que reviva el fuego y asumir los riesgos de una nueva hoguera.

**

Jesucristo, sumergido en la muerte
para renovar todas las cosas,
¡ten piedad de nosotros!

Señor, entregado en manos de los pecadores
para suscitar una paz nueva,
¡ten piedad de nosotros!

Hijo de Dios, transfigurado por el fuego del Espíritu
para dar la vida al mundo,
¡ten piedad de nosotros!

*

**

Dios que amas lo que es recto,
convierte nuestros corazones con tu Palabra de fuego.
Guárdanos de los compromisos fáciles,
de los silencios cómplices,
de una paz que sea mera indiferencia.
Así amaremos la verdad que había en Jesús:
El murió por ella,
y en ella vive ahora junto a Ti.

Viernes de la vigésima novena semana

Y SIN EMBARGO...

Romanos 7,18-25a. *Aislado de su contexto, este pasaje podría dar al lector la impresión de encontrarse frente a un análisis psicológico. De hecho, la problemática de la carta sigue siendo la misma: trata su autor de mostrar la posibilidad de una vida nueva, posibilidad que es obra de Cristo y no de la Ley, incapaz de salvar al hombre, ni siquiera poniendo de manifiesto su pecado. Por lo demás, no hay que cargar a la Ley con la responsabilidad; el único culpable es el «yo», que sometido al pecado, no puede liberarse de su influjo para someterse a la Ley.*

Así pues, Pablo habla en términos de alienación. Para él, el pecado tiene al hombre cautivo; el hombre «quiere el bien, pero el mal está allí, junto a él, dentro mismo de él, obligándole a someterse a su poder» (A. Viard). Prisionero del pecado, el hombre «está comprometido en un destino que va en contra de sus aspiraciones profundas» (TOB); se encuentra profundamente dividido.

Pero, si la ley resulta incapaz de liberar al hombre de esta esclavitud, ¿quién podrá hacerlo? «¿Quién me libraré de este cuerpo que me lleva a la muerte?» La respuesta la dio en el cap. 6: Jesucristo es el único Salvador, que libera y transforma al hombre por medio de su Espíritu.

Como respuesta a la oración del hombre al que no puede salvar la Ley, Dios envía a Jesucristo (Salmo 118).

Lucas 12,54-59. Estos versículos están dominados por el tema de la admonición, haciendo de transición entre los capítulos 12 y 13. Discernir los signos y reconciliarse con los enemigos son tareas urgentes que se imponen a todo el que quiera entrar en el Reino.

Versículos de transición, los vv. 57-59 anuncian también el cap.16, que pondrá el acento en la necesidad del perdón y la remisión de las deudas. En definitiva, podría decirse que el discípulo «avisado» es el que hace la paz; de este modo, no almacena la gracia sólo en beneficio propio, lo cual sería una práctica vana, sino que es transparente a la salvación concedida gratuitamente por Dios a todos los hombres.

*

**

«¡Pobre de mí! ¿Quién me libraré de esta condición terrestre que me lleva a la muerte?» El mundo parece abocado a la destrucción, el hombre parece perdido. Y en el catecismo hemos aprendido que el hombre es un ser caído; la creación entera sufre de alguna manera el traumatismo de su pecado, y el hombre se descubre desgarrado por el pecado de Adán y cargado con la culpa.

Por muy optimistas que queramos ser, ¿no sentimos un día u otro que nos invade el miedo? Los mundos nacen y se disuelven: es la gran ley del cosmos. La encontramos también en la vida de las sociedades y en el orden biológico, y nos persigue hasta en los conflictos y en el dolor de nuestras vidas. La muerte lo invade todo, y nada podrá exorcizar el espectro del mal, de las guerras, de las injusticias insufribles, del hambre; y nada podrá curarnos de la angustia de la muerte inscrita en el corazón de toda vida.

Y esta línea de fracaso, que pasa desde el cosmos hasta nuestras vidas, afecta también a nuestra responsabilidad. «Obro el mal que no quiero». Sé demasiado bien que puedo cerrarme a la llamada a creer y a amar, a ser verdadero y a actuar. Nos engañamos a nosotros mismos por orgullo o por miedo. Algunos días representamos una comedia gigantesca. Cuando pretendo luchar contra una alienación, me dejo agarrar por otra. Mis cobardías y mis cabezonerías son muchas veces más fuertes que yo; sin embargo, sé muy bien que yo no soy solamente la víctima, sino también el actor de mi vida. Lo decía ya un viejo rabino: «Cada uno es Adán para sí mismo». Y el pecado original que nos marca es quizá esa cadena del mal en la que cada uno va tejiendo su propia trama. Las fuerzas de destrucción actúan en nosotros, ¿y quién de nosotros no les deja a veces el campo libre?

Sin embargo, «¡gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor!» Porque mi existencia está inscrita en una doble solidaridad: la del mal y la muerte sin duda, pero también la del amor y la vida. Porque el universo y nuestras vidas están como imantadas y atraídas por Cristo. Su solidaridad nos capta más radical y profundamente que la masa del pecado. Cada uno tiene que valorar esta solidaridad del amor —de Jesús— contra la solidaridad de la muerte —la de Adán—. Esta doble solidaridad está inscrita en nosotros como una llamada. En un mundo en estado de pecado, estamos llamados a actuar para transfigurarlos en país de justicia. En un mundo de desagregación, hemos de renovar incansablemente las fuerzas de comunión. En un mundo de odio, hemos de coser los desgarrones. En un mundo de guerras y de ruinas, hemos de abrir continuamente la cantera de la paz. En un mundo de desconfianza, hemos de dejar que germine la semilla del gozo. «¡Gracias sean dadas a Dios!», ya que nuestra condición de seres desgarrados es un desafío que hemos de aceptar siguiendo a Jesús de Nazaret. No conocemos en definitiva más que el grito pascual: «Muerte, ¿dónde está tu victoria?».

*
**

**Dios de la vida,
bendito seas por el vacío que abre nuestra hambre,
por la hondura de las tinieblas que está pidiendo tu luz.
La muerte y el fracaso no pueden tener la última palabra:
repítenos las palabras que nos levantan,
resucita lo que nuestro pecado ha destruido.
Por tu gracia, que nuestra vida sea un combate
que engendre siempre vida,
esa vida que disfrutaremos por siglos sin fin.**

Sábado de la vigésima novena semana

EL ESPIRITU GIME EN NOSOTROS

Romanos 8,1-11. «¿Quién me librerá de este cuerpo que lleva a la muerte?» La respuesta de la fe explota llena de promesas: «Ninguna condenación pesa ya sobre los que están en Cristo Jesús». ¿Cómo es posible esto? Pablo lo explica con una reflexión sobre las dos alianzas. Por un lado, estaba la alianza antigua basada en la ley de Moisés, ley que había mostrado su incapacidad para liberar a los judíos del dominio del pecado; por otro lado, está la Alianza nueva basada en la promesa. Dios consiguió lo que la ley no había podido cumplir: haciendo compartir la condición humana a su Hijo, «condenó el pecado en la carne», puso fin al dominio del pecado.

El apóstol abre ahora un paréntesis para explicar la forma de actuar de Cristo. Utiliza una expresión técnica que pertenecía al vocabulario sacrificial del Antiguo Testamento: «el sacrificio por el pecado» (para vencer el pecado). Pues bien, recordemos que, en este tipo de sacrificio, la muerte de la víctima manifestaba la condenación divina. La muerte de Cristo permitió que se ejerciera esta condenación. «Acto de obediencia y de amor» (TOB), permitió la realización de las promesas contenidas en los oráculos de Jr 31 y de Ez 36: la Ley antigua dejó su sitio a la Ley del Espíritu. De exterior y restrictiva, la Ley ha pasado a ser interior al hombre. Al no vivir ya bajo el dominio de la carne en rebeldía contra Dios, el hombre se ha hecho capaz de realizar las exigencias de la Ley. Aunque su cuerpo siga estando destinado a la muerte por causa del pecado, el hombre se ha hecho hijo de la vida.

Las respuestas dadas a los fieles durante la liturgia de entrada en el Templo (Salmo 23) contrastan con las afirmaciones de Pablo. Sólo el hombre salvado por la acción de Cristo puede subir a la montaña del Señor.

Lucas 13,1-9. Todos comentan dos sucesos distintos: una matanza ordenada por Pilato y la caída de una torre que dio muerte a dieciocho personas. Los contemporáneos atribuían estos accidentes a la cólera divina: esos hombres eran pecadores. Pero Jesús se apresura a desengañarles: todos los hombres son pecadores y todos podrían haber muerto. La desigualdad aparente ante la muerte anuncia, sin embargo, el juicio definitivo que está en marcha.

Pero la cuestión salta: si todos eran pecadores, ¿por qué se libraron algunos? Se trata de un nuevo signo a interpretar, y una parábola puede ayudar a esta interpretación. He aquí un árbol que no produce y un amo que está enfadado por ello, pues lleva viniendo tres años sin conseguir nada.

Sin embargo, el que lo cuida se opone a que sea cortado el árbol. Es preciso tener paciencia como la tuvo Jesús, que cumple ahora su tercer año de ministerio... también en vano, al parecer. Sin embargo, concede una última tregua a Israel.

*
**

Cada cual es llevado por su propio deseo. Uno es virtuoso y obedece a las leyes durante diez, veinte años...; pero llega un día en que despierta lo más verdadero y profundo que hay en uno: «¡Aún no es suficiente!» Por lo demás, tal vez no haya que lamentar esta reacción, porque nada verdaderamente grande se realiza sin pasión.

Si cada cual es llevado por su propio deseo, ¿por qué el Espíritu de Dios que habita en nosotros no va a tener también los suyos!

«Los que viven según la carne desean lo carnal; los que viven según el Espíritu, lo espiritual». Si el Espíritu de Dios que habita en nosotros no pasa de ser una ley o una moral o, en el mejor de los casos, un gran ideal o un programa, entonces «no dará la talla». El Evangelio como ley, como programa, puede durar cinco o diez años, pero luego se viene abajo. Si no poseemos el «gusto» de Dios, si no encontramos en él nuestro placer, si nuestro ser más verdadero no se pierde en él, entonces es que no hemos sido verdaderamente liberados por el Evangelio, ni éste es realmente para nosotros una Buena Noticia.

«Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu». Hay en nosotros un deseo que teme, que anhela, que enloquece, que delira... «Estábamos bajo la ley de la muerte», éramos presa de toda clase de temores extraños e irracionales cuando estábamos abandonados a nosotros mismos. pero también han sido implantados en nosotros por el Espíritu los mismos deseos de Dios que nos reconfortan, nos transmiten la paz y la dulzura y nos hacen vivir.

*
**

**Ya no pertenecemos al mundo
ni nos hallamos bajo el dominio
de nuestros miedos, incertidumbres y ansias.
Oh Dios que nos liberas,
cólmanos del Espíritu Santo:
que sea él el aliento que nos abra al futuro,
la respiración que nos haga vivir
y el deseo que nos arrastre
hacia los siglos sin fin.**

**DEL LUNES AL JUEVES
DE LA TRIGESIMA SEMANA**

ESPERANDO

¿A dónde va la vida? En la existencia cotidiana, a lo largo de las horas de trabajo, en medio de la multitud anónima, frente a tantos dramas ante los que nos sentimos impotentes, surge en nosotros la pregunta: ¿va la vida tan sólo hacia la muerte? ¿No es la vida más que la vida?

¿A dónde va la vida? No se trata, ante todo, de dar una respuesta, sino de prolongar la pregunta constatando que la primera respuesta no pertenece al orden de las ideas. Todos sabemos que no es posible impedir que alguien se desespere: ningún argumento, ninguna promesa, ninguna luz, ningún amor impedirá que alguien se desespere, ¡si se desespera! Pero también hemos de reconocer que ningún fracaso, ningún horror, ningún sufrimiento, ninguna tiniebla impedirá que alguien espere, ¡si espera!... He aquí los dos hechos ante los que nos sitúa la vida. Y entonces nos atrevemos a decir: ¡Es la esperanza la que tiene la razón!

No se trata de que los cristianos, tengamos un arma secreta para justificar la esperanza. Lo único que podemos hacer es anunciar una sola noticia: ¡la esperanza tiene razón, porque nosotros nos atrevemos a esperar! Es desde dentro mismo del hecho de esperar desde donde yo digo que la angustia no tiene la última palabra. Y no tengo otra manera de decirlo. No podemos decir ante el mundo que la esperanza tiene razón si no es esperando nosotros mismos contra toda esperanza.

En el desierto de nuestra humanidad desgarrada, en la soledad de las luchas que libramos, en la aridez de los amores que empiezan a esbozarse, es donde comienza a oírse la Buena Nueva. Por muy desolada que se encuentre la tierra, nosotros damos fe de que ningún invierno pierde la esperanza de ver renacer la primavera, de que ninguna noche se acuesta sin esperar la llegada del amanecer.

Sí, nos atrevemos a esperar. ¿De dónde nace esta esperanza desmesurada? ¿De una palabra? ¿De una promesa? Pero ¡qué frágiles serían si no hubiéramos visto en nuestra tierra un reflejo del esplendor que anuncian! Nos atrevemos a creer en la vida, porque Dios fue el primero en creer en ella. Nuestra esperanza no es solamente la profundización de nuestras esperas humanas; no brota de aquí abajo, como una especie de ingenio nuclear que lanzásemos para explorar el infinito. Nuestra esperanza nace de la seguridad de que Dios, en Jesucristo, se ha puesto de parte de la vida. Ha abierto los ojos de los que no podían ver, y nosotros podemos contemplar nuestro futuro.

Ha hecho levantarse a los ojos y a los paralíticos, y nosotros podemos ponernos en pie, liberados de los miedos que nos inmovilizaban. Ha quitado a los muertos sus sudarios, y los gestos que se revelaban estériles engendran ahora la paz, la comunión, la justicia.

¡Nos atrevemos a esperar! Pero, si esperamos, no es solamente ni ante todo porque tengamos necesidad de esperanza. No, esta esperanza no depende de nuestros estados de ánimo; nosotros no creamos nuestra esperanza, sino que la recibimos, ¡la vivimos!

Lunes de la trigésima semana

LA ENERGIA DE LA ESPERANZA

Romanos 8,12-17. El apóstol saca ahora las consecuencias de la obra salvífica de Cristo. Primera constatación: salvados por Cristo, los cristianos han contraído una deuda. Sin embargo, se trata de que no nos equivoquemos de acreedor: no hemos contraído deuda alguna con la carne.

Hay que observar que la palabra «carne» designa aquí la «raza» a la que el hombre pertenece. Como Pablo se dirige a los judíos convertidos, se puede deducir que insiste sobre todo en su nuevo estatuto: al hacerse cristianos, no están ya bajo el dominio de la «carne»; no están ya obligados por la Ley. De esclavos, se han convertido en hijos; unidos a Cristo, pueden como Él dirigirse a Dios llamándolo: «Abbá, Papá». Y, como son hijos, son también herederos. Para esto sólo se exige una condición: la unión con Cristo muerto y resucitado.

El salmo 67 se presenta como una colección de poemas reunidos en torno al tema del poder de Dios. Pero la victoria más bella de Dios es haber convertido al hombre en hijo suyo.

Lucas 13,10-17. Después de la curación del hombre con la mano paralizada (6,6ss), Jesús no había vuelto a entrar en una sinagoga. Lo hace ahora por última vez. Este hecho subraya la preocupación constante del evangelista en mostrar la apertura del Evangelio a los paganos; nos invita además a prestar mucha atención a esta última visita. Estamos en pleno territorio judío; en efecto, la sinagoga es una parcela de la Tierra Santa. La enfermedad de la mujer evoca el pecado que tiene atenazado a Israel.

Jesús libera y endereza a la enferma. Su obra es típicamente mesiánica, y es evidente que no hay mejor día que el sábado para cumplirla, ya que el sábado es por excelencia el día del Señor. De esta manera, la curación de la mujer es portadora de un doble signo: poner el dedo en el mal oculto de Israel y descubrir la misión de Jesús. Por otra parte, es ya tiempo de interpretar esos signos. Pero ¿quién lo hará? No ciertamente los espíritus falsos que, ante la matanza ordenada por Herodes y el incidente de la torre de Siloé, se han encerrado al amparo de su buena conciencia. Llega para ellos el tiempo, la hora definitiva, de convertirse.

*
**

SOLO LA ETERNIDAD CURA

¡El Espíritu os convierte en hijos! Lo decimos y lo repetimos, pero ¿cómo comprender todo el alcance de esta afirmación! El Espíritu nos hace decir: «Abbá». Si aceptáramos por una sola vez la aventura del «Padre Nuestro», arriesgando en ello nuestra vida, ésta quedaría transformada. Tal vez no nos atreviéramos ya nunca a repetir tal fórmula...

Llamar a Dios «Abbá - Padre»... ¡Quizá no calculamos la dimensión de nuestra osadía! Llamar a Dios..., hablarle y decirle: «Padre Nuestro...» Así de sencillo, con esa seguridad que sólo podía tener Jesús... Entrar en Dios como en nuestra propia casa... Pero es el Espíritu quien nos hace decir: «Padre...»; el «Padre Nuestro» es una oración de largo alcance, porque presente, anuncia, espera y busca otra orilla.

La humanidad, perpetuamente insatisfecha, no deja de buscar con obstinación lo posible, movida por ese deseo de futuro que constantemente la reanima. Y en esa marcha incesante brilla como un faro en la noche la promesa: vosotros sois los hijos de un Padre que os da a conocer su nombre. Y cuando, en la pobreza de nuestra oración, nos atrevemos a pronunciar las palabras que hemos recibido en herencia, experimentamos ya lo que es propio de la Tierra Prometida: la alegría, la paz, el amor, el perdón, la liberación...

¿Quién podrá medir el alcance de lo que nos ha sido dado a conocer? El «Padre Nuestro» seguirá reanimando siempre a los hombres del futuro, porque es canción de Exodo e himno de Pascua.

El Espíritu nos hace decir: «Abbá», y esto es algo que se nos concede como herencia, es decir, como programa, dado que una herencia no existe si no es para hacer nacer, para hacer fructificar. El «Padre Nuestro» que recitamos es una oración que protesta, que se impacienta, que estimula, que construye... Sólo podrán pretender ser herederos quienes vivan la pasión abierta por esta invocación: escoger y hacer realidad lo posible y hacerlo crecer. Esta oración, suscitada por el Espíritu en nuestros corazones abiertos, es la energía elemental de la esperanza.

*
**

**El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad
y pronuncia las palabras
que jamás nos atreveríamos
a pronunciar por nosotros mismos.
Y como él nos revela tu nombre y el nuestro,
nos arriesgamos a decirte:
«Padre Nuestro», bendito seas.
Que la herencia recibida
sea la prenda de lo que Tú nos prometes.**

Romanos 8,18-25. *Pablo acaba de decir que somos «coherederos de Cristo, ya que sufrimos con El para ser también con El glorificados» (v. 17). En el Antiguo Testamento, la «gloria» designa el esplendor de Dios en cuanto que se manifiesta; aparece en los prodigios divinos, que alcanzan su cima en la resurrección de Cristo. Como escribe X. Léon-Dufour, «la gloria de Dios es Dios manifestado, es Jesucristo, es el hombre vivo».*

¿Cómo anunciar su salvación al hombre que grita su sufrimiento? Cuando estaba dominado por el pecado, el hombre viejo estaba privado de la gloria de Dios (3,23). Ahora está revestido de ella en la medida en que se deja transformar por el Espíritu. Esta transformación no alcanza su perfección aquí abajo, ya que está limitada por el rechazo que el hombre opone a la acción divina. Por eso Pablo designa el don del Espíritu con el término de «primicias»: es un don parcial, otorgado como garantía del don total. Pero, aunque siguen aguardando la adopción definitiva que los transformará en imagen de Cristo, los cristianos saben, sin embargo, que esta adopción está ya adquirida. Por eso los sufrimientos que agobian al hombre pueden compararse con los dolores de parto.

Pero el hombre no es un ser aislado; es un elemento del cosmos, de una creación que está, a su vez, en vías de consumación y que también grita su sufrimiento. En efecto, mientras que el acto creador había consistido en el dominio de las fuerzas cósmicas, el pecado del hombre había introducido la desunión y el desorden en el mundo, de forma que las relaciones entre Dios, el hombre y la creación habían quedado modificadas (cf. Gén 3). Los dolores del mundo ocultan también una promesa, un porvenir. Como repetían los profetas: una tierra nueva, unos cielos nuevos, en donde ya no habrá llano ni sufrimiento.

Mundo antiguo, mundo nuevo: «Los que siembran con lágrimas cosechan entre gritos de júbilo» (Salmo 125).

Lucas 13,18-21. El grano «fue puesto» en el huerto (Mc y Mt dicen: «fue sembrado»), la levadura fue introducida en tres medidas de harina. Lo mismo ocurrirá con el cuerpo perseguido de Jesús: será puesto en el sepulcro.

Pero al cabo de tres días resucitará, ya que de la muerte brota la vida. Estas dos parábolas nos enseñan que el fracaso forma parte del crecimiento del Reino de Dios. Sirvieron de gran aliento a la joven Iglesia, que podía leer en ellas cómo las persecuciones no acabarían con la misión cristiana.

*
**

Anclada en nuestro propio ser, en lo más profundo de nosotros mismos, hay una necesidad de realización, una tendencia fundamental hacia el término, y ese término es la plenitud de la felicidad. Semejante deseo pone en movimiento las fuerzas voluntarias de impulso, de audacia, de obstinación, ya que se trata de una conquista.

Conquista interminable... La creación grita en medio de los dolores de un parto que todavía dura. Deseo insaciable, ya que el hombre está hecho para algo más que para las satisfacciones temporales de su búsqueda continuamente lanzada hacia adelante. «Cuando uno se desengaña del placer que esperaba y que viene, la causa de la decepción está en que lo que se esperaba era el futuro. Cuando el futuro llega, se hace presente. Sería preciso que el futuro estuviera siempre aquí, sin dejar de ser futuro. Se trata de un absurdo —añade la filósofa Simone Weil— del que sólo cura la eternidad». La creación grita entre los dolores de un parto que dura todavía... Necesitamos vernos curados de nuestra sed.

Recordad cómo el catecismo hablaba de la gracia santificante habitual. La carta a los Hebreos declara: «tenemos la esperanza como un ancla de nuestra alma, firme y segura. Para curarnos de nuestras desilusiones o de nuestros realismos estrechos, para resistir la tragedia de nuestras existencias, recibimos la virtud de la esperanza como un ancla para vivir en la tempestad.

La esperanza es hija de la eternidad; es una especie de transfusión de sangre —la sangre del Redentor— a nuestro mundo. La esperanza es algo muy distinto de una espera mantenida a toda costa; es una virtud, esto es, algo que se ha revelado y que tenemos que recibir de Otro. Palabra que se nos ha dicho, transfusión de sangre, es esa certeza que da el Espíritu, certeza de que la Redención lleva a cabo su obra. Escribía Julien Green: «Todos somos unos pobres cristianos. Los más pobres, quizá, que haya visto la tierra; pero, en un mundo que se derrumba, la certeza de la redención es, sin duda, lo que impide a algunos de nosotros morir como perros rabiosos».

«La creación grita el sufrimiento de un parto que dura todavía. Sin embargo, ha mantenido la esperanza». Aunque el mal sea aplastante y aunque en este mismo momento estéis atravesando una tormenta, no condenéis sin apelación lo que Dios vio como bueno en la primavera de la creación. Todo lo que llevamos en el corazón puede, con la ayuda de la esperanza, ir preparando —aproximativamente sin duda, y quizá pobremente, pero con pasión y de verdad— el mundo venidero, haciendo del mundo presente un mundo nuevo.

Sólo la eternidad cura; pero ya, en nuestro mismo hoy, la bienaventurada esperanza surge como ese grano que se convertirá en un árbol inmenso, como esa levadura que levanta ya la masa.

*
**

**Dios, nuestro futuro,
¿quién podrá curar nuestra sed, sino tu promesa?
¿Cómo podría desarrollarse la historia del mundo
si Tú no resucitases nuestra esperanza?
Te suplicamos, Señor: ¡Que pase este tiempo!,
que lo levante la fuerza de tu palabra,
hasta la llegada de los siglos infinitos.**

LA ESPERANZA A SALVO

Romanos 8,26-30. *Un mundo en gestación que grita su sufrimiento; unos bautizados que poseen las arras del Espíritu. Les impregna una certeza: la de su salvación, porque ese Espíritu intercede eficazmente por ellos. En efecto, si el hombre es incapaz de discernir lo que es bueno para él y lo que corresponde a los designios de Dios, el Espíritu viene en ayuda de su debilidad. El sabe lo que Dios quiere, y traduce la oración del hombre de tal manera que lo compromete en el acto creador de Dios. De esta manera, el Dios fiel lleva a buen término lo que ha comenzado: lo que El quiere es la gloria del hombre, elegido con esta finalidad. El lo ha llamado; lo ha justificado; ya lo ha glorificado.*

«Yo en tu amor confío» (Salmo 12). *Las quejas terminan muchas veces con un voto: el de celebrar, mediante la alabanza o el sacrificio, la acogida de la petición. Esta promesa implica evidentemente, la certeza de ser escuchado por Yahvé.*

Lucas 13,22-30. *¡En camino hacia Jerusalén! Lucas no olvida el final del camino de Jesús: la muerte en la cruz lo pondrá en la condición de Hijo obediente. ¿Cuál es esa «puerta estrecha» con la que chocan tantos judíos, a pesar de su pertenencia a la raza de Abraham? ¿No será la de la tumba de Jesús? De esta manera se establece un vínculo con las parábolas anteriores.*

El capítulo 12 había hablado de la vida ofrecida en abundancia; la curación de la mujer encorvada, las imágenes del grano de mostaza y de la levadura iban en este sentido. Ahora Lucas nos advierte que la vida misma puede ser denegada. ¡Los primeros serán los últimos! Sin embargo, la salvación está ya en camino. Los últimos serán los primeros y se sentarán a la mesa con los patriarcas y los profetas. El hundimiento del grano es provisional; seguirá oculto hasta que fermente toda la masa.

*
**

Jesús camina hacia Jerusalén. Presiente que allí se desarrollará el último acto del drama: la ruta que se abre ante El se cierra con dos postes de madera. Las enseñanzas de esta parte del evangelio reciben de ese hecho su grave resonancia, a veces trágica.

«Señor, ¿son pocos los que se salvan?» ¿Cuántos tendrán acceso al Reino de Dios? Una cuestión muy debatida en los círculos rabínicos... ¿Quién se salvará? ¿La humanidad entera? ¿Israel, con exclusión de las demás naciones? ¿Sólo los justos de Israel? Jesús no responde a esta cuestión. En efecto, ¿de qué serviría conocer el número de elegidos? Lo que importa es saber qué hay que hacer para salvarse: «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha». Esforzaos en seguir a Jesús: tal es la primera lección de su respuesta.

Y la segunda enlaza con la anterior: la urgencia de la decisión que hay que tomar. El banquete está preparado. Todos los hombres están invitados, del norte y del sur, del este y del oeste. Pero la puerta de la sala del banquete es estrecha, y el vestíbulo incómodo. La hora que se les ofrece a los hombres es la última; el hacha amenaza ya al árbol; hay que decidirse por el Reino. Hay que invadir la sala del banquete, ya que el Dueño de la casa se va a levantar y a cerrar la puerta. Entonces será demasiado tarde para los que no se hayan aprovechado del tiempo de la salvación. «No el que diga: ¡Señor, Señor!, sino el que cumpla la voluntad del Padre, entrará en el Reino de los cielos». Es verdad que algunos podrán apelar a la familiaridad que tuvieron con el Dueño de la casa, pero a sus pretendidos derechos se les opondrá una franca negativa. Al contrario, el gozo de los patriarcas y de los profetas será compartido por la turba de pobres llegados de todos los rincones del mundo.

Nuestra esperanza no es un pretexto para paliar nuestras capitulaciones. La esperanza, que es revelación, es también vocación. Nuestra esperanza no es fácil: es provocación, compromiso en un dinamismo que tiene su origen en el camino de Jerusalén.

«Esforzaos en entrar por la puerta estrecha». Esa puerta se llama Jesús. Pero vosotros preferís vuestros itinerarios sin obstáculos. ¿Cómo hablar de injusticia en aquel día si se ha tomado un camino sin salida? «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha». La puerta de Jerusalén que Jesús va a franquear, la puerta de la pasión..., que es una salida al infinito para aquel que la ha pasado: es la puerta de la Pascua.

«Esforzaos en entrar por la puerta estrecha». ¡Qué desgraciada sería nuestra esperanza provocada por semejante llamada si estuviéramos abandonados a nosotros mismos para responder a ella! ¡Qué aleatoria sería nuestra esperanza si estuviera entregada a las peripecias de una conversión que sólo fuera fruto de nuestros remordimientos! Pero, gracias a Dios, el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad; El sabe que, interviniendo por los fieles, quiere lo que Dios quiere. Nuestra esperanza será siempre una esperanza a salvo.

*
**

Señor, danos a conocer tus caminos:
que no muramos hundidos en nuestra esclerosis.
Abrenos la puerta de la vida,
y que nuestra esperanza, alimentada por el Espíritu,
nos conceda llegar a los siglos de los siglos.

*
**

Hemos comido en tu presencia,
nos has dado el cuerpo y la sangre de tu Hijo,
Señor, ayúdanos a emprender de nuevo el camino:
es la pasión de nuestro Maestro
la que ha de penetrar en nosotros
para llevarnos a la resurrección,
vida nueva por los siglos de los siglos.

Jueves de la trigésima semana

FRENTE A TODO Y CONTRA TODO

Romanos 8,31b-39. *Lo mismo que no cesa de repetir su seguridad en la salvación del hombre, Pablo está también convencido de la precariedad de la existencia. La creación a la que el hombre pertenece ¿no está en perpetuo cambio?*

Si la adopción de los cristianos por Dios es algo adquirido, no se ha manifestado aún lo que habrán de ser. Entonces, ¿no habrá que temer que en el día del juicio final se impongan las fuerzas hostiles al hombre? Estas reflexiones conducen al apóstol a pesar revista a las prendas dadas por el Espíritu a los creyentes; recogiendo el viejo género literario del proceso, plantea unas cuantas cuestiones. Que Dios está al lado del hombre, es evidente para Pablo: ¿acaso no ha entregado por él a su propio Hijo? Por otra parte, la salvación está asegurada, ya que hasta las dificultades que el hombre encuentra en su camino son signos de la gestación del mundo nuevo. Por tanto, ninguna fuerza puede prevalecer sobre el amor divino, porque Dios quiere la salvación del hombre al que ha justificado. En cuanto a la cuestión de una condenación eventual, se ha hecho observar que en la cruz fue el pecado, y sólo él, el que quedó condenado. Por tanto, nada puede separar al hombre del Amor manifestado en Jesucristo.

Seguro del amor de Dios, el creyente puede dirigirse a El en las horas de agobio. El salmo 108 es una lamentación.

Lucas 13,31-35. *Herodes anda planeando matar a Jesús, pero Jesús no se preocupa por ello. Su muerte, aceptada libremente, tendrá lugar en Jerusalén, la ciudad que mata a los profetas. La misión de Jesús consistía en reunir a los hijos de Jerusalén, pero la mayor parte de ellos han hecho oídos sordos; no han escuchado la llamada a la conversión del último profeta. Han de saber con toda claridad que Dios reaccionará contra este rechazo abandonando el Templo (cf. Ez 11,23).*

¿Será ése el final? ¿Caerá el telón sobre la constatación del fracaso? ¿Ha quedado finalmente reducida al silencio la Palabra de gracia? De hecho, queda aún una esperanza. El templo queda abandonado, pero sólo por un tiempo... Hasta el día en que los oyentes de Jesús, hoy reticentes, se pongan a cantar: «Bendito el que viene en nombre del Señor». Si la muerte de cualquier hombre (cf. vv. 1-9) revela al hombre su pecado y lo invita a la conversión, el pecado no puede hacer fracasar la paciencia infinita de Dios. Su palabra permanece firme para siempre.

*
**

«Es preciso que siga mi camino» Hay en el evangelio una especie de necesidad que va más allá de la sola decisión de Jesús. Es decir, algo que va más allá de la fidelidad de un hombre a un proyecto, cuyo inevitable fracaso El mismo vislumbra; se trata de algo más que de un empecinamiento estúpido o suicida. «Es preciso»: es la lógica misma de la Alianza: Jesús emprende el camino de Jerusalén, la ciudad que mata a los profetas, porque le empuja el Espíritu. «¡He venido para hacer tu voluntad!» «Es preciso que se manifiesten las obras de Dios»: tal es el resorte oculto de esta marcha hacia Jerusalén.

«Es preciso que siga mi camino». Tal es el programa del discípulo. Y continúa marchando frente a todo y contra todo, porque no está solo en el camino. ¡Qué frágil sería su esperanza si fuera sólo un bien individual! Pero este tesoro es de una muchedumbre. Y es en cuanto miembros de lo que, no sin emoción, podemos llamar la «comunidad de la Esperanza» —ya que se extiende a lo largo de los siglos y en todas las naciones— como participamos de la vida eterna ya en este mundo.

Compartimos con nuestros compañeros de ruta, y a veces de miseria, la certeza de una dicha que ya ha comenzado. Además, ¿acaso no formamos un pueblo precisamente para eso? «¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es quien justifica; ¿quién condenará?» El individuo puede fallar; la esperanza de la Iglesia no puede fallar. Los acontecimientos exteriores ocupan el proscenio, pero para la Iglesia la verdadera historia es la historia santa del Cuerpo de Cristo resucitado el tercer día, esa historia cuya última palabra la tendrá el Amor. «¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo?: ésta es la fuente de la seguridad del discípulo. La paciencia de nuestro pueblo tiene como garantía la fidelidad de Dios: «es preciso», dice Dios.

Desde luego, no olvido las impaciencias que conoce la comunidad de la esperanza. Si su paciencia la convence de que la Gloria de Dios brillará algún día, ella desea acelerar la llegada de ese día. Las injusticias, las explotaciones del hombre por el hombre, los atentados contra la vida que constatamos a nuestro alrededor o a millares de kilómetros, todas esas cosas las condenamos con muchos de nuestros hermanos que no tienen el mismo Credo, porque son un mal; pero también porque, a nuestros ojos de cristianos, pertenecen al mundo antiguo, a un mundo ya pasado. Son la negación del mundo re-creado el Viernes Santo y el día de Pascua. No es tan sólo nuestra conciencia de hombres la que se rebela: vemos en todo ello la supervivencia aplastante del mundo que Jesús vino a abolir con su sangre.

«Es preciso que siga mi camino»... Ese «es preciso» resuena para nosotros como la necesidad del Reino que ha llegado ya: en el amor recibido somos nosotros los grandes vencedores. Y resuena también como proyecto nuestro, emplazado por la redención. Por eso es preciso caminar, frente a todo y contra todo.

*
**

Dios, esperanza nuestra,

¿quién podrá separarnos de tu amor?

Ni nuestro pecado ni nuestras vacilaciones

ni nuestro retraso en emprender el camino abierto por tu Hijo

podrá alejarnos de Ti.

Si es ésta nuestra seguridad,

ayúdanos a vivir en la paz

que nos da tu gracia:

es preciso que emprendamos de nuevo el camino

que conduce a los siglos de los siglos.

MISERICORDIA

El evangelio es un anuncio. Es Buena Noticia. Cuando Jesús habla de Dios, narra historias y parábolas. Porque sólo las historias permiten adivinar el comportamiento incomprensible de Dios. Cuando habla de Dios, Jesús realiza gestos y acoge en su mesa a los pecadores y a las gentes insignificantes. Porque sólo los gestos muestran lo que hace vivir a Dios. «Tanto amó Dios al mundo...», comentará Juan en su ancianidad.

«Tanto amó Dios al mundo...»: ésta es la única confesión de fe que estamos obligados a profesar para ser fieles a la herencia que se nos ha dado. Dios ama al mundo con un amor incomprensible e inconmensurable. El Dios que revela Jesús no es un Dios al estilo de los hombres, ni el que garantiza el orden del mundo, ni una superpotencia, ni un super-ingeniero vigilante del escenario y del plan del mundo, ni el guardián del orden social o moral. Dios ama: no se puede pensar en El sin darle ese predicado que impresiona tan profundamente al corazón del hombre hasta en sus fibras más íntimas: Dios es amor. Sólo Jesús, ese Jesús cuya palabra y cuyos gestos conducen a la cruz, sólo Jesús crucificado podía dejar sospechar esto: Dios es amante. El Dios de los filósofos nos diría: «Hay lo que hay: el azar y la necesidad; busca y encuentra». El Dios de los sabios nos diría: «Aguarda y verás: encontrarás la Verdad». El Dios de los moralistas nos diría: «Es preciso, debes hacer esto, ésta es tu obligación». El Dios de los ideólogos nos diría: «¿Qué has construido? ¿Cuál es tu combate?» El Dios de Jesucristo, por ser amor, nos dice solamente: «¿Quieres?»

Un «¿Quieres?» que desarma y está desarmado. Dios está desarmado y es infinitamente pobre; la misericordia es, ante todo, una súplica de Dios: «Déjame amarte». Pero su palabra, «¿quieres?», nos desarma, porque su misericordia es el cuestionamiento más radical que se nos podía hacer.

Desarmante y desarmado; así es Dios: sólo unas historias y unos gestos pueden hacernos atisbar la interpelación que nos toca en lo más íntimo de nosotros mismos y nos permite vislumbrar lo que El quiere decirnos: «Yo os amo; ¿y vosotros?».

Servidores de la gracia (Lc 14,1 — 17,10)

El capítulo 14 forma un contraste estudiado con el capítulo 13. La curación del hidrópico en día de sábado (14,1-6) es la réplica exacta —sin la sinagoga en este caso— de la curación de la mujer encorvada (13,10-17); la necesidad de la renuncia para los discípulos (14,25-35) reproduce la necesidad para Jesús de morir (13,31-33). Pero el centro neurálgico de la sección es la parábola de los invitados al festín (14,15-24). En efecto, hemos visto que el capítulo 13 terminaba constatando un fracaso: Jesús anunciaba claramente su muerte en Jerusalén, así como el abandono del Templo. Sin embargo, la parábola de la higuera estéril, lo mismo que la de la levadura y la del grano de mostaza, dejaba entrever un juicio de gracia: la «muerte de Dios» sólo será temporal, el tiempo necesario para permitir que el hombre se convierta.

Ahora Jesús vuelve a tomar la iniciativa. Convoca de nuevo a los hombres para un festín y dirige su invitación a todos los cojos, los ciegos, los lisiados de todos los caminos del mundo. Deja que se transparente la infinita paciencia de Dios, que no se cansa de las infidelidades humanas.

Entonces vuelven a aparecer los fariseos con su eterna cuestión: ¿con qué derecho actúa así Jesús? ¿Con el derecho que Dios tiene a ser Dios! En la parábola del hijo pródigo, lo mismo que en las de la dracma y de la oveja perdida, Jesús descubre el corazón de su Padre, dispuesto a alegrarse porque el hijo que estaba muerto ha vuelto a la vida.

Pero no sólo el Padre... También el hijo mayor es invitado a alegrarse, ya que la dicha del Padre no es total hasta que la reconciliación sea completa. Paradójicamente, el hijo mayor está invitado a imitar la astucia del administrador (16,1-8). Hemos de prestar una gran atención a esta parábola, ya que los administradores representan un gran papel en el evangelio de Lucas. Son la imagen del discípulo, deseoso de dar a cada uno su porción de pan, y Jesús los contrapone de buen grado a los fariseos, acusados de acaparar la Ley en su propio beneficio. El administrador es el que perdona sus deudas a los demás, es decir, el que ha comprendido que no saldará su propia deuda si no es imitando la gratuidad de Dios. Ese es el verdadero discípulo: un siervo «inútil», es decir, un servidor de la gracia que se siente a sí mismo agraciado por Dios.

**

**Bendito seas, Dios y Padre nuestro,
por Jesús, tu Palabra eterna, tu Verbo de Luz.
En El conocemos el secreto de nuestra vida:
Tú nos amas sin reservas
y tu misericordia está por encima de toda medida.
Ayúdanos a dar testimonio de esta gracia
y a ser artífices
del mundo renovado por tu amor.**

Viernes de la trigésima semana

DIOS DE NUESTROS PADRES

Romanos 9,1-5. La solemnidad con que Pablo comienza este nuevo capítulo y su apelación a los dos testigos (Cristo y el Espíritu) indican la importancia que el tema reviste para él. Es que, al hacerse cristiano, Pablo no reniega ni mucho menos de sus orígenes. Es hijo de Israel y le cuesta trabajo levantar acta de la oposición de muchos de sus compatriotas al mensaje de Cristo. Su reacción supera incluso a la de Moisés. Este se ofrecía a compartir la suerte de sus hermanos (Ex 32,32); Pablo está dispuesto a escoger el aniquilamiento, si ello sirve para la salvación de sus compatriotas.

¡Pero que nadie se engañe! Como en el resto de su carta, la palabra del apóstol sigue llena de esperanza: «No es que haya fallado la palabra de Dios» (v. 6). Lo mismo que había repetido su seguridad acerca de la salvación del hombre, Pablo proclama ahora, para el caso particular de Israel, la confianza que le inspira el porvenir de los hijos de Jacob.

El salmo 147b, de estilo himnico, enumera de nuevo los dones incesantes concedidos a Jacob-Israel.

Lucas 14,1-6. Una nueva curación, pero esta vez Jesús se adelanta a las posibles objeciones del dirigente fariseo. En efecto, no ignora que actúa en sábado... ¡Pero es que hay que ver con otros ojos el sábado! Para los legistas judíos, toda curación era considerada como una actuación médica, prohibida en día de sábado. Pero, para Jesús, el sábado es el día del Señor por excelencia; por consiguiente, no hay ningún día mejor para hacer el bien y anunciar la salvación.

El capítulo 13 había acabado con la notificación a Israel de su pecado y del abandono del Templo. Pero Dios toma de nuevo la iniciativa: va a enviar a sus criados para que inviten a la humanidad a un nuevo banquete.

*
**

«De ellos es la adopción filial, la gloria, las alianzas, la ley, el culto, las promesas de Dios y los patriarcas; de los cuales procede también Cristo según la carne»... ¿Cómo ha podido la Iglesia, durante siglos, leer la Escritura olvidando sus orígenes y renegar del tronco en que había sido injertada? ¿Cómo hemos podido olvidar que, en nuestra alma y en nuestra propia carne, somos semitas?

CON EL DELANTAL

Nunca se insistirá bastante en que la Biblia no revela a Dios mismo, sino su imagen refractada por las turbulencias de un pueblo difícil. ¿Elegido ese pueblo? Sí, pero ¿en qué sentido? ¿No será para que, al resistir a la eficacia divina, pueda servir de testigo ejemplar para una revelación que no se apoye tan sólo en la razón, sino en todo el hombre? Recordemos aquellas palabras maravillosas de Péguy: «Señor, Tú nos has formado de esta tierra; no te extrañe vernos terrenales». Lejos de extrañarse, es así como Dios los ama. En su deseo de salvarlo entero, era menester que Dios tomase al hombre en su raíz, en su zona más oscura, para hacerle nacer en Cristo. ¿Qué pueblo más privilegiado que Israel? Su inadaptación a la vocación extraordinaria de Dios, como la del hijo pródigo, constituye su elección. Infinito cariño de Dios, abrazando a esta tierra que no puede resistir su abrazo, para que al pasar por ella su soplido despierte la vida.

¿Un pueblo elegido, incluso en su alejamiento? Sí, porque Dios puede seguir estando presente ante él lo mismo que el día ante las ventanas cerradas, dispuesto a entrar por el menor resquicio; porque las impacencias acumuladas de Dios son las que forjan su incansable paciencia.

Pueblo elegido para gracia nuestra. Porque, pueblo terreno, seguirá siendo siempre el pueblo cuyo Dios es el Señor. Pueblo elegido para gracia nuestra hasta en su tozudez: para salvarnos de la tentación, ¿qué mejor que otra tentación mayor? ¿Y qué tentación mayor que la del don regalado?

*
**

**Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob,
Dios de Moisés y Dios de los profetas,
Dios de la Palabra y Dios del Libro,
de la Tierra y de la Promesa,
de la Elección y de la Espera,
¡sea tu nombre alabado eternamente!
Misterio insondable de tu amor:
¡escoges a un pueblo para que responda a tu alianza!
Misterio infinito de tu misericordia:
¡serás para siempre el Dios de los hijos de Israel!
Puesto que nosotros somos el retoño nuevo
que brota del tronco de esa revelación,
te pedimos nos concedas ser herederos de esa historia,
y que ella florezca en comunión
por los siglos sin fin.**

Romanos 11,1-2a.11-12.25-29. *Reflexionando en la historia de Israel es como Pablo encuentra razones para creer en la salvación final de la nación judía. En el fondo —razona— la situación actual del pueblo elegido no se diferencia de la del pasado. Algunos ejemplos concretos (como la rivalidad Jacob-Esaú) demuestran que la elección divina ha sido siempre un don gratuito; recayó siempre en una fracción de la descendencia carnal de Abraham. La idea del «resto» se encuentra, por lo demás, en todos los profetas. Hoy ese resto, o sea, Israel según el Espíritu, está formado por todos los que se han adherido a Cristo.*

Pero la elección divina no impide a la otra parte desempeñar su función en la salvación. Así es como la repulsa de Israel ha hecho posible la salvación de las «naciones». En efecto, esa repulsa condujo a los apóstoles a dejar las sinagogas para dirigirse a los paganos. A. Viard llega incluso a decir que una conversión en masa de los judíos «habría tenido como consecuencia el mantenimiento de su particularismo, mientras que su repulsa provocó la explosión de la Iglesia y su apertura a los paganos. Pero, si el endurecimiento de una parte de Israel hizo posible la conversión de los no-judíos, ¿qué no puede esperarse de la realización plena del designio de Dios? ¡Todo es gracia!

El salmo 93 es una lamentación mezclada con un poema sapiencial escrito según el estilo de la refutación. La liturgia ha conservado, sobre todo, los versículos que expresan la confianza en Dios.

Lucas 14,1.7-11. «No te pongas en el primer puesto». ¿Lección de humildad? ¿Consejo para tener éxito en la vida? Algunos cristianos buscan excusas en la palabra de Dios para ocupar los últimos bancos de la iglesia... Pero esta Palabra se refiere al Reino; basta para convencerse de ello con señalar que Jesús habla de una invitación a las bodas. En el lenguaje bíblico, las bodas indican siempre la alianza de Dios con el hombre.

¿Cuáles son las condiciones para ser admitidos a las bodas divinas? De manera general, es preciso adoptar un comportamiento contrario al de los fariseos. Estos están demasiado seguros de sí mismos; cuentan más con sus virtudes y sus méritos que con la gracia divina. Incluso en el Reino exigen los primeros sitios. ¿No se llaman los «puros», los «separados» (en efecto, fariseo se deriva de parûsh, «separado»)? Han de saber que su mentalidad no es la del Reino. Si algún día ocupan los primeros puestos, es porque Dios se los habrá dado gratuitamente. Porque Dios va a tomar la iniciativa de una nueva llamada.

*
**

GRATUITAMENTE

Entonces se levantó de la mesa, tomó un delantal y se puso a lavarles los pies. Y les dijo: «Si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros». ¡Dios en delantal! Un bonito escándalo que resume, por sí solo, el inmenso fracaso del cristianismo cuando pretende sustituir el evangelio por los modales habituales de este mundo! Cuando Dios celebra las bodas de su Hijo, va a buscar a los pobres y a los pecadores, a los humildes y a los tarados, y les lava los pies. El Dios de misericordia es muy distinto del Dios de los fariseos: el Dios de las falsas solemnidades con sitios reservados para «los que tienen derecho» y no quieren codearse con los condenados por derecho común... Un Dios de misericordia que sólo tiene la humildad como ley.

La humildad. Una virtud mal comprendida. Tiene sabor a tierra, a *humus*, un sabor de verdad pacientemente elaborada, de gracia recibida convertida en gracia vivida, de don convertido en ley interior. El hombre humilde es el pobre que espera de Dios toda gracia y todo juicio. ¿Habéis observado la humildad de los sabios auténticos? Hombres de investigación y de paciencia que no juzgan de nada, a diferencia de los hombres de doctrina, religiosa o política, que tienen siempre la última palabra sobre todas las cosas.

Dios es humilde; su Hijo se abaja hasta el suelo del sepulcro y la mesa de los pecadores, sin juzgar. Porque Dios es todopoderoso, ha inventado el perdón y el amor.

Los que se juntan se parecen. Cuando Dios se junta con nosotros para celebrar la bodas de su Hijo, sólo El sabe lo que constituye nuestro parecido profundo con El: todos llevamos en nuestro rostro los rasgos de su Hijo. Y, gracias a este parecido, Dios puede ponernos a todos en el mismo rango.

*
**

**Dios de los pobres y de los pequeños,
Tú pones todo tu poder
en manifestar tu misericordia.
Crea en nosotros un corazón humilde
para que acojamos tu benevolencia
y vivamos de tu gracia.**

*
**

**Señor Dios,
Tú nos desconcertarás siempre:
en la mesa de tu Reino,
los puestos de honor son para los pobres.
Gracias por el cariño que nos revelas en Jesucristo.
Por El podemos esperar
tener parte en tu banquete de la eternidad.**

Romanos 11,29-36. *Situado ante el escándalo de la incredulidad de Israel, Pablo se esfuerza por integrarla en la economía divina de la salvación. Se muestra fiel, de este modo, al pensamiento de los antiguos, para los que nada, ni siquiera el rechazo del hombre, escapaba a la omnipotencia divina. Es lo que manifiesta en concreto el v. 32, cuando de la esclavitud en que la desobediencia ha encerrado al hombre saca la siguiente conclusión: «Dios encerró a todos los hombres en la rebeldía para usar con todos ellos de misericordia».*

Una vez más es la idea del «resto» la que domina, ese resto del que Dios se ha servido sistemáticamente para salvar al conjunto de su pueblo. Lo que les falta, en última instancia, a los judíos es comprender que la salvación es fruto de la gracia y no de unos pretendidos privilegios. Si la desobediencia de los hijos de Israel permitió la floración de la Iglesia y su apertura a los paganos, su conversión sólo será posible cuando su envidia actual haya dejado sitio al reconocimiento de las iniciativas divinas.

Reconocimiento... Pablo expresa su admiración en un himno que incluye dos citas del Antiguo Testamento. La primera, sacada de Is 40, constata que Dios se ha aprovechado del destierro para purificar a su pueblo; la segunda repite con Job que todo viene de Dios.

El salmo 68 es una lamentación; termina con la promesa de celebrar a Yahvé. Que los pobres se alegren: ¡Dios está de su parte!

Lucas 14,12-14. *A pesar del rechazo que se opone a su mensajero, Dios va a lanzar una nueva invitación para el banquete escatológico. De nuevo, la iniciativa será gratuita: sus destinatarios serán los pobres, los cojos, los ciegos, los lisiados, todos aquellos a quienes los hombres atribuyen los últimos lugares. A los ojos de Dios, al contrario, son los más queridos, porque no tienen nada de qué presumir y no tendrán nada con qué pagar.*

*
**

«¿Quién ha puesto la mesa donde nos espera el pan?» De vez en cuando cantamos este himno eucarístico y confesamos: «Eres tú, Jesús, el que nos guías hacia este banquete». El nos conduce a la mesa que nosotros preparamos y, como sabemos muy bien, El se pone el delantal del esclavo para lavar los pies a sus discípulos. El Servidor es nuestro Maestro y Señor. Así, Jesús está en medio de nosotros como el que sirve, como el que se presenta en la fragilidad de una palabra transmitida en la debilidad; como el que se ofrece a nosotros en la aparente insignificancia de lo cotidiano.

Las palabras del evangelio de hoy no son sabiduría humana o cálculo habilidoso. Desvelan el fondo del corazón de Dios y se orientan a convencer a nuestro corazón.

Porque hemos sido invitados a las bodas: las de Jesús, las de Dios con el mundo. «Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos»: las costumbres del Reino no tienen nada que ver con la sabiduría del mundo. En un mundo donde todo se calcula y se mide, donde la rentabilidad es la norma y el éxito es el primer valor; en un mundo donde «todos trepan» y donde los otros sólo cuentan cuando sirven a mis intereses y satisfacen mis deseos y necesidades; en ese mundo en que los primeros son los que saben manejarse, recibimos esta palabra como invitación a nuestra conversión: el orden de valores se ha invertido: grande es el que sirve; vive el que muere a sí mismo; rico es el que se desprende de todo para ser colmado con lo que recibe y acoge. Revolución del evangelio. Dios nos ha llamado gratuitamente; nuestra vida tiene que convertirse en parábola de esta gratuidad.

No calculéis lo que dais, no contabilicéis vuestras virtudes: son gracias de Dios. No encerréis vuestro universo dentro de los límites de vuestras conveniencias: ¿acaso no es universal ese amor de Dios que es vuestro destino? Habéis sido llamados a la gloria, y ésta resplandece en el don supremo del Gólgota. Si escucháis la invitación de Dios, seréis felices, porque el que os acoge a su mesa nos ha dicho: Amigo, sube más arriba; mi gracia no ha sido vana en ti.

*
**

Señor Dios,

Tú no dejas de sorprendernos:

fue menester que tu Hijo ocupase el último lugar
para entrar en tu gloria.

Que tu Espíritu desconcierte nuestras evidencias
y nos inicie en ese mundo nuevo
que Tú instauras por medio de Jesús
desde ahora y para siempre.

*
**

Te bendecimos, Dios y Padre nuestro,
Padre de todos los hombres.

Tú te llamas amor,
y tu cariño despierta nuestro amor.

Tu omnipotencia se convierte en despojo
y nos haces hijos del Rey.

Tu riqueza es gracia
y tu Espíritu nos hace herederos de tu Hijo amado.

Bendito seas Tú, que nos haces sentar
en la mesa de tu misericordia.

Bendito seas por la inmensa multitud de hombres
sedientos de fiesta y de amor,
de renovación y de resurrección.

Con ellos, pobres con su pobreza
y ricos con tu presencia,
te bendecimos, Dios nuestro.

SER PARTICIPES

Romanos 12,5-16a. *Al iniciar la conclusión de la epístola, el cap. 13 invita a los lectores a recordar los diversos temas desarrollados hasta ahora. Temas surgidos de la meditación de la historia de la salvación y que pueden resumirse de este modo: Dios llama a todos los hombres sin excepción. Su salvación, basada en la fe y no en privilegios, se ofrece tanto a los judíos como a los paganos. Por eso, sea cual sea su origen, los cristianos deben manifestar esta unidad fundamental de la naturaleza humana.*

¿Cómo lo harán? Esencialmente, en la vida de todos los días. «Renunciando a toda pretensión, los cristianos buscarán el bien de los demás y procurarán evitar todo cuanto pueda ser una amenaza para la solidaridad entre ellos y con todos los hombres» (TOB). Un solo pueblo, porque no hay más que un solo misterio: la reconciliación de los hombres entre sí, con la creación y con Dios (cf. Ef 3,6). El culto espiritual consiste, pues, en manifestar esta unidad en una vida entregada a Dios, como fue la de Cristo.

Concretamente, el apóstol enumera una serie de carismas que son otros tantos servicios inspirados por el Espíritu. Recoge la célebre comparación del cuerpo y de los miembros utilizada ya en 1 Cor 12; pero, mientras que en la carta a los Corintios su pensamiento iba dirigido a verificar la unidad del cuerpo identificado con Cristo, aquí subraya cómo la actividad de los diversos miembros está toda ella al servicio del cuerpo.

En la línea de la parénesis de Pablo, el salmo 130 invita a la humildad.

Lucas 14,15-24. «Señor, ¿son pocos los que se salvan?» (13,23). *La pregunta supone unas condiciones de acceso al banquete muy estrictas. De hecho, la cuestión no es ésta, porque, a pesar de la negativa de los primeros invitados que habían sido avisados con mucho tiempo, según la costumbre oriental, el dueño de la casa se apresura a enviar a sus criados con nuevas invitaciones. Estos se dirigirán primero a las plazas y calles de la ciudad (= Jerusalén), antes de acudir a los caminos y senderos del mundo, es decir, antes de ir a los paganos.*

Pero la parábola no revela toda su riqueza más que cuando se la opone al conjunto del cap. 13. Esta sección había acabado con el rechazo de los judíos y con la amenaza de la desolación del Templo; la parábola revela la respuesta de Dios. Dios prosigue sin tregua su diálogo con el hombre. ¿Cuál será la respuesta? ¿Seguirá el hombre rechazando esas invitaciones cada vez más urgentes o, como esos ciegos y lisiados que no tienen nada que perder, se aprovechará de ellas para confiarse a Dios?

*
**

¡Recoger a la gente de las plazas para llenar una sala de bodas! La parábola nos saca de lo habitual y de lo ya visto: es escándalo y provocación.

La parábola habla de Dios. Y, por medio de Jesús, Dios «se cuenta a Sí mismo». Dios es como un rey que ha preparado las bodas de su hijo, con la fiebre característica de los días que preceden a esa fiesta. El Rey ha mandado a decir: «Ya está todo preparado para el festín». Pero aunque salga de la cocina un olor apetitoso y esté la mesa bien preparada y las lámparas encendidas y las flores llenando con su aroma la sala del banquete, falta lo esencial al festín: ¡los invitados, que no han venido! ¡Imaginaos la gran mesa del rey sin convidados! Todos lo que él esperaba, los viejos amigos, los conocidos, los parientes, se han mostrado sordos a su invitación. Y Dios se encuentra solo, con la mesa puesta... ¿Va a apagar las lámparas? No. Dios manda a buscar a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos. Nadie está excluido de la fiesta: en la casa de Dios la mesa estará siempre puesta para todo el mundo.

Dios invita a las bodas de su Hijo con la humanidad. No va a casarle con una humanidad de ensueño, santa y pura. La novia ha mancillado su inocencia y se ha ensuciado en las peripecias de la historia. Lleva los estigmas de muchos amores adúlteros... El Hijo del Rey será un «mal casado»: la novia no es digna de El, pensarán los invitados que se excusaron. Pero los pobres, los marginados, se alegraron: Dios no ha retrocedido ante el pecado. No alimenta espejismos acerca de la humanidad, y su cariño tiene una veces los acentos del amor decepcionados; otras, los de los celos, la amenaza, la pasión loca. Pero Dios —y nada ni nadie podrá cambiarlo— mantiene su promesa increíble: «Te desposaré conmigo para siempre». Se sentarán a su mesa los Zaqueos, los Mateos, las Magdalenas, los ciegos de Siloé y los paralíticos de Cafarnaúm, las samaritanas y las adúlteras perdonadas. Dios celebrará las bodas de sangre entre su Hijo y la humanidad.

Hoy Dios sigue recorriendo las plazas. ¿Es verdad, entonces, que estamos invitados a la cena real de Dios, a las bodas del hijo del rey, a la mesa pascual? ¡No penséis en ello! ¡Más vale que busquéis un pretexto aparente para no acudir! ¡Ah, si la humanidad supiera la ambición de Dios

sobre ella! Humanidad coja, lisiada, ciega; es a esa humanidad a la que Dios invita a las bodas, ¡no a una humanidad de ensueño! Y la alegría no será la exuberancia ficticia y sin futuro de las cenas de negocios y sin alma. La alegría será a la medida del asombro de encontrarse ahí en la sala de bodas, a pesar de nuestros defectos y de nuestras miserias.

*
**

Dios, cuyo amor está por encima
de todo lo que podemos medir nosotros,
¡bendito sea tu nombre!
Tú abres de par en par las puertas de tu casa,
y nosotros, tus pobres, nos sentamos a la mesa
en la que tu Hijo se nos da en alimento.
Concédenos cantar tu benevolencia
hasta el día en que nos revistas
del vestido nupcial para siempre.

Miércoles de la trigésima primera semana

SEGUIDORES

Romanos 13,8-10. *Después de haber recordado a los Romanos la obligación de someterse a la autoridad legítima y (en el v. 7) el deber de pagar los impuestos, Pablo les indica la única deuda que jamás podrán pagar por completo: la del amor mutuo. Pero, como se dirige también a los judeo-cristianos deseosos de cumplir con las prescripciones de la Ley, insiste una vez más en el hecho de que esta caridad alcanza el objetivo fijado por dicha Ley. También Jesús había declarado que no hay mandamiento mayor que el del amor a Dios y al prójimo.*

«El hombre de bien se apiada y comparte con los pobres»: el salmo 111 servía para acoger a los peregrinos en el templo y les felicitaba por su fidelidad a la ley divina.

Lucas 14,25-33. *Las invitaciones de Dios se hacen cada vez más urgentes, ya que el hombre ha de enfrentarse a su responsabilidad. La perspectiva del juicio no está ausente de este cap. 14, si es verdad que este juicio, como la muerte, da su seriedad a toda la vida. La paciencia de Dios no es debilidad; Jesús sabe que su llamada es la última que les será dirigida a los hombres.*

Sin embargo, éstos deben saber también a qué se comprometen al seguir a Jesús. Es lo que recuerdan las dos parábolas. El discípulo auténtico es aquel que pone a Jesucristo por encima de todo y está dispuesto a compartir su destino. El v. 33, manifiestamente sobreañadido, desvía el sentido del texto y habla de la renuncia a los bienes de la tierra, que es un tema predilecto de Lucas.

*
**

¿Qué es lo que quiso Jesús? Si nos fijamos en el Evangelio, la respuesta es clara: vino a defender la causa de Dios y a tomar partido por el hombre. Que suceda lo que Dios quiere: tal es el mensaje que anuncia la llegada del Reino. «Hágase tu voluntad». Así lo hará Jesús hasta en su misma pasión. La voluntad de Dios es su única regla. Tendrá que serlo también para sus discípulos. «Quien no lleve su cruz detrás de mí, no puede ser discípulo mío».

«Seguir» a Jesús significa escuchar una Palabra que es gracia. Si el camino exige un determinado comportamiento, es porque está trazado por alguien bien determinado. La «moral» del Evangelio es, ante todo, adhesión a una persona viva. La liberalidad, el don y la gracia preceden a la norma, a la ética, a la exigencia, al precepto. Cada uno es llamado, a cada uno se le ofrece la salvación, sin más exigencia que la de escuchar y seguir. Las exhortaciones mismas son consecuencia del anuncio del Reino de Dios.

«Seguir» es algo que sugiere también un dinamismo. El camino es marcha y promesa. Pensad bien antes de emprender la construcción de vuestra torre, pero no olvidéis que, «si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los constructores».

«Seguir» es, además, lanzarse. Dios no exige solamente un comportamiento exterior, sino el corazón del hombre. No quiere solamente buenos frutos, sino también un buen árbol.

Jesús se dirige a Jerusalén. No es hora de vacilaciones. El hacha ya está puesta a la raíz del árbol. En la óptica de lo último y de lo definitivo, es decir, del Reino de Dios, hemos de escoger la subida ardua del Calvario, la ascensión de una vida entregada que florecerá en resurrección.

*
**

**Mientras dura este hoy
en que caminamos penosamente,
te pedimos, Dios y Padre nuestro,
que no entregas tu Reino
más que al que lo ha vendido todo
para salir al encuentro de Cristo:
que el Espíritu reanime nuestro ardor
cuando llegue la tentación de dar media vuelta.
Te ofrecemos nuestra poca fe,
pero tú no escatimes tu gracia,
que es la que nos permite llegar hasta el final del camino.**

*
**

**¿Quién podría seguir a tu Hijo, Señor y Dios nuestro,
si no vinieras Tú a liberarnos con el don de tu Espíritu?
Despójanos de todas nuestras falsas seguridades:
que la cruz de Jesús
sea el fundamento de nuestra esperanza.
Entonces edificaremos nuestra vida
sobre la única seguridad de tu amor,
que perdura por los siglos sin fin.**

*
**

**Bendito seas, Dios de amor;
Tú nos ofreces el pan para el camino
y nos das así la audacia
de querer ser discípulos de tu Hijo.
Renueva en nosotros la libertad
de renunciar a nosotros mismos
para seguirle hasta el fin,
a él, el Cristo, el Camino, la Verdad y la Vida.**

Jueves de la trigésima primera semana

EXTRAVAGANCIA

Romanos 14,7-12. *Al hablar de la caridad, Pablo tenía que tropezar con las fricciones suscitadas por la diversidad de los miembros de la comunidad romana. En Roma, como en los demás sitios, había «fuertes» y «débiles», cristianos profundamente liberados por el anuncio de la Buena Nueva y otros, más timoratos, que seguían creyéndose obligados a la observancia de las prescripciones, judías en concreto. A los unos y a los otros el apóstol aconseja que obren en conformidad con su conciencia. Todos, sean quienes sean, son de buena fe, y lo que hacen lo hacen «por el Señor», el único jefe y, por tanto, el único capaz de juzgar las intenciones de cada uno.*

El salmo 26 añade una lamentación (vv. 7-14) a un salmo real de confianza (vv. 1-6). La liturgia del día resalta la confianza de quien sabe en quién ha puesto su esperanza.

Lucas 15,1-10. *El contexto del capítulo 14 hace surgir una pregunta: ¿con qué derecho promete Jesús la salvación a los pecadores? El capítulo 15 responde a esta cuestión, sobre todo con la parábola del hijo pródigo. Por lo demás, la respuesta es admirable en su simplicidad: Jesús no reivindica ningún derecho, sino que imita la actitud del Padre.*

Leímos la parábola del hijo prodigo el sábado de la segunda semana de cuaresma. Va precedida por las de la oveja y la dracma perdidas, en donde se expresa el celo de Dios por el pecador y la alegría que siente al recobrarlo. Pero estas dos parábolas no son una simple repetición. En efecto, la de la oveja se inscribe sobre un fondo judío, ya que la imagen del pastor era, entre los profetas, una figura tradicional de la salvación, mientras que la parábola de la dracma pertenece al mundo pagano (la dracma es una moneda griega). Además, conviene recordar que Mt 18 había utilizado la parábola de la oveja perdida para insistir en la responsabilidad de los dirigentes de la Iglesia.

*
**

Hay que constatar que los finales de las parábolas de Jesús son inverosímiles. En la vida de cada día, el pastor preferirá salvar a sus noventa y nueve ovejas antes que correr en busca de la centésima; y la mujer pronto se olvidará de la moneda perdida. La sabiduría popular añade: «Más vale un toma que dos te daré».

Es verdad: Jesús habla de Dios y describe las costumbres del Reino. Para revelarnos al Padre sólo puede contarnos historias, ya que Dios es completamente diferente de lo que nosotros pensamos. Dios es un extravagante. Sólo Jesús podía hablar así de Dios, porque hablaba por experiencia.

La experiencia de Jesús... Veía cómo los pecadores escuchaban su voz; Mateo y Zaqueo compartían su mesa, los publicanos acogían el anuncio del Reino, y muchos rechazados y marginados corrían tras Él. Jesús experimentó el encuentro del pastor con la oveja perdida. Y experimentó la búsqueda febril del ama de casa en el impulso de su propio corazón hacia todos los hijos perdidos de Israel. Jesús vivió la parábola. Al contarla, invita a sus oyentes a reconocer la acción de Dios en los gestos desconcertantes que él realiza.

Dios extravagante... ¡Dios no se porta como Dios! ¡Dios no es serio! lo deja todo para ir en busca de una oveja que no está seguro de encontrar. Dios se lastimará los pies, pero seguirá buscando; Jesús será coronado de espinas, pero seguirá proclamando el amor del Padre. De un hombre se dice que la pasión le ciega cuando se ve arrastrado por un amor que le lleva a hacer gestos inesperados o imprudentes. ¿Quién puede hablar del Dios de Jesús sin decir que el amor le hace cometer locuras? «Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido».

*

**

**Dios de inmensa paciencia,
Tú te pones a buscarnos
y siempre nos acoges en tu gracia.
Haznos encontrar el camino que nos conduce hacia Ti,
y tu cariño colmará nuestro gozo.**

*

**

**En el gozo te damos gracias,
Dios y Padre nuestro,
por Jesús, tu Palabra viva.
El es el pastor que entrega su vida
para que nazca un pueblo nuevo;
su misericordia sale al encuentro de los pecadores,
sus brazos abiertos acogen a los extraviados,
abraza a todos los hombres con un mismo amor.
Así el cariño es más fuerte que el pecado,
el amor ha vencido a la muerte.
Por eso, con todos los que escuchan tu voz
y todos aquellos a quienes sostiene tu presencia,
te cantamos, Dios Salvador nuestro.**

*DEL VIERNES DE LA TRIGESIMA PRIMERA SEMANA
AL SABADO DE LA TRIGESIMA TERCERA*

LA FE NOS SALVA

El Evangelio es una provocación a resucitar que pone ante nuestros ojos dos órdenes de valores, y ante nuestros pasos dos caminos para conducir nuestras vidas. Un camino de esclavitud y de muerte y un camino de liberación y de comunión. La fe es una opción y un riesgo, una lógica y un compromiso.

Pero, si el Evangelio es interpelación y exigencia de vida, si se convierte, por tanto, en una Ley nueva, su provocación no es una llamada que deje el campo libre a todas las respuestas. La provocación del Evangelio es una vocación a hacer presente lo que ya está dado, a dar gracias por la gracia ya manifestada. «¡Auméntanos la fe!»: ésta será nuestra respuesta, porque en alguna parte de nosotros mismos ya hemos experimentado la violencia del Evangelio y saboreado la novedad que introduce la misericordia. Porque, si dejamos que siga resonando en nosotros esa vocación con una obstinación que no pueden impedir ni siquiera nuestros pecados, ¿no será que el poder de convocatoria del Resucitado ha arrastrado ya la parte más profunda de nuestro corazón hacia el Reino del amor? El Reino está ahí, en medio de nosotros. En la acogida incierta de una Palabra llegada de otra parte. En la caridad que lo intenta todo. En la oración que balbucea. Sí, en nuestra vida hay ya suficientes resplandores que anuncian la victoria de Pascua, de forma que podemos atrevernos a decir que el Evangelio «ha prendido» en nuestras vidas. La fe nos salva.

La victoria del Evangelio no es ya una posibilidad aleatoria, sino decisiva. Por eso precisamente podemos mirar todas las cosas, nuestra propia vida y hasta nuestras infidelidades, con una mirada distinta: la llamada ha recibido ya una respuesta en nuestra vida, se nos ha dado el Espíritu del Hijo. Y por eso podemos seguir arriesgándonos a responder a la interpelación de la gracia y a tender hacia esas dos manos que ya están acogiéndonos. Ya somos hijos para siempre.

*

**

Señor, Padre eterno, ¡bendito sea tu nombre!
Tú nos manifiestas tu misericordia
y nos levantas para nuestro gozo.
¿Quién podrá separarnos de tu amor?
¿Quién podrá poner en duda
lo que somos por tu gracia?
Tú estás a nuestro favor,
¿quién estará contra nosotros?
Dios, ayuda nuestra, ¡bendito seas eternamente!
¡Que nuestro Salvador, tu Hijo único,
lleve hasta Ti nuestro himno de acción de gracias!

Viernes de la trigésima primera semana

DECIDIRSE

Romanos 15,14-21. *Al terminar su carta, Pablo se esfuerza, como lo había hecho al empezarla, en justificar su iniciativa, que algunos han considerado quizá como intempestiva. ¿Por qué ha escrito a una comunidad que no ha fundado, por una parte, y cuya fe y sabiduría son bien conocidas, por otra? La justificación del apóstol es la misión que Dios le ha confiado y que él recuerda con unos términos que subrayan su carácter sagrado y su especificidad. Pablo ha sido enviado para anunciar la Buena Nueva a los paganos y hacer de ellos una ofrenda agradable a Dios (12,1). Su orgullo es la seguridad que le da la conciencia de haber actuado en comunión con Cristo Jesús, como lo demuestra la fuerza espiritual que ha acompañado a su ministerio. Durante toda su vida de apóstol, Pablo no ha tenido más que un deseo —llevar la Buena Nueva cada vez más lejos— y una regla de conducta —no ir adonde otros ya habían predicado.*

«¡Aclamad a Yahvé, toda la tierra!» (Salmo 97); *¡el trabajo de hombres como Pablo ha permitido ver la justicia de Dios!*

Lucas 16,1-8. *Es interesante comparar las frases que constituyen el diálogo entre el padre y su hijo mayor en la parábola del hijo pródigo: «Ha venido ese hijo tuyo», había dicho el hermano con tono de desprecio; «este hermano tuyo estaba muerto», replica el padre, enfrentando así a su hijo mayor con su responsabilidad. En efecto, el gozo del padre de familia no es total hasta que queda completa la reconciliación. En otras palabras, el perdón del Padre pasa por el de la Iglesia.*

La parábola del administrador tiene el mismo objetivo. ¿Se inspira en un hecho concreto? Acorralado por su amo, un administrador habría logrado salir de una situación delicada y hasta se habría hecho con algunos amigos. En cualquier caso, los oyentes de Jesús debieron quedarse un tanto sorprendidos al ver cómo Jesús alababa al criado poco escrupuloso.

Pero, de hecho, ¿por qué se elogia al administrador? Para comprenderlo, hay que situar la parábola en un contexto mucho más amplio, para poder ver que se presenta como un resumen de todo el evangelio. En el capítulo 12 se había hablado ya del «administrador fiel y prudente», encargado por el amo de distribuir a cada uno su ración. En 6,38 se había señalado que la ración debía ser abundante: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso». Lucas debió de acordarse de estas palabras cuando pensó en la escena del administrador que perdonaba las «deudas» a los deudores del amo. Comprendió entonces que la revelación de la gracia divina abría una nueva era a la humanidad. Los administradores prudentes son los que imitan con sus hermanos el perdón del Padre.

*
**

Aquel hombre supo mostrarse hábil y tomó las decisiones oportunas. ¡Dichoso él! ¡Quiera Dios que esta bienaventuranza pueda también aplicarse al discípulo de Jesús!

Porque no se salvarán los que gritan: «¡Señor, Señor!», sino los que cumplen la voluntad de Dios. Nuestra fe sería ridícula si no fuera una decisión que cambia el curso de las cosas: la fe no es dejar que las cosas sigan como están, sino una opción para tiempos de crisis.

Dios nos ha dado su gracia sin cálculos y sin desdecirse de sus palabras. Tiempo de crisis que exige una decisión a la altura de la situación. No nos salvamos por el hecho de presentarnos ante Dios con nuestros méritos, sino que nos salvamos porque Dios así lo quiere. Se trata de un riesgo que hay que correr, porque hemos de fiarnos más de Dios que de nuestras buenas obras.

«Dios te ha dado su gracia y te ha amado; ¡devuélvele tú esa gracia!». Decisión a la medida de la inversión que han sufrido las cosas... Creer no es solamente escuchar la Palabra, sino también mantenerse atento al camino que traza esa Palabra. El amor engendra amor. Dejarnos asombrar por la Palabra de gracia nos abre un espacio y un porvenir insospechados. En vez de confinarnos en el hedor de la muerte que engendran unos valores que no pueden dar vida, esta palabra se ve arrastrada por un soplo que es re-creación.

Cristo se vio obligado por las circunstancias a tomar las decisiones que se imponían y a inventar una nueva vida. El Evangelio es en nosotros una provocación a resucitar.

*
**

**Tú nos llamas, Señor y Dios nuestro,
a entrar en tu Reino.**

**Los tiempos se han cumplido:
ha llegado la hora de la fe.**

**Te pedimos, Señor:
por tu Espíritu, libera nuestros corazones
y afianza nuestra decisión;
ha llegado la hora de ponernos
a seguir a tu Hijo.**

*
**

**Señor y Dios nuestro,
al darnos en esta eucaristía la vida de tu Hijo,
nos comprometes a vivir de su mismo amor.
Concédenos administrar fielmente
la parte del Reino que Tú nos confías.
Así podremos un día tomar posesión
de la herencia que nos prometes.**

Sábado de la trigésima primera semana

LOS BIENES DE LA TIERRA

Romanos 16,3-9.16.22-27. *Después de las largas reflexiones de la epístola, es agradable encontrar esta página afectuosa que permite entrar en la intimidad del apóstol y de la Iglesia de Roma. Es una serie de nombres: la lista de los colaboradores de la primera hora, de los parientes... Pablo no era un desconocido en Roma.*

La epístola termina con un doxología que guarda cierta analogía con los temas desarrollados en las epístolas llamadas de la Cautividad. Se observará su belleza y majestad. Es la Iglesia que, volviéndose hacia su pasado, «se alegra de vivir en la época en que el nombre revelado de Jesucristo es ya la clave de la historia universal y del destino de todo ser humano» (TOB).

«Jesucristo manifestado»: ¡que dé gracias por ello toda la obra de Dios! (Salmo 144).

Lucas 16,9-15. *«Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando me echen de la administración, me reciban en sus casas» (v. 4). Apoyándose en la reflexión del administrador, Lucas añade una serie de versículos para interpretar la parábola en el sentido de una lección para usar bien del dinero. Estos versículos se basan en una serie de juegos de palabras que oponen, al estilo semítico, los vocablos mamôn (dinero) y aman (lo que es digno, verdadero). ¿Qué hacer con el Dinero engañoso, con ese Dinero que aparece aquí como un dios falso, como una fuerza capaz de someter al mundo? Hay que imitar al administrador: como él, hacerse amigos que nos acojan en el cielo.*

Lo que está en discusión es la diferencia de comportamiento que opone a los discípulos auténticos y a los fariseos (v. 14). Para ilustrar esta diferencia, Lucas opone, desde el comienzo del capítulo, al administrador, deseoso de darle a cada uno su ración, y al fariseo, que no sólo es amigo del dinero y de los honores, sino que, sobre todo, se hace propietario de la Ley. El capítulo 16 se presenta, pues, como una nueva exposición del tema de la codicia que se desarrolló ya en el capítulo 12. Contra los fariseos que no habían comprendido el sentido de la invitación dirigida a los pobres y a los pecadores, Jesús dice que sólo cabe una actitud en el hombre que ha recibido la revelación de la gratuidad divina: ¡imitar esa gratuidad! ¡Ay de los que almacenan esa gracia para sólo su provecho, como el fariseo o

el hombre rico que llenaba sus graneros! (cf. 12,16ss). Esta actitud no puede menos de conducir a la muerte. El verdadero discípulo es aquel que «administra» esta gracia en provecho de la humanidad entera y, de ese modo, se comporta como un administrador digno de confianza. El que almacena sirve a Mamón; el verdadero discípulo sirve a Dios. Pues bien, estos dos servicios (estos dos cultos, habría que decir) son incompatibles.

**

«Los hijos de las tinieblas son más astutos para sus cosas que los hijos de la luz». Jesús ha tomado partido en un asunto que era objeto de frecuentes discusiones, alabando la astucia del administrador infiel. Una vez más nos vemos obligados, bajo el impacto del Evangelio, a superar nuestra manera espontánea de ver las cosas para adoptar la de Jesús, siempre desconcertante. En efecto, Jesús prosigue: «Ningún criado puede servir a dos señores». Al ponernos como ejemplo a este hábil administrador, Jesús nos lleva a descubrir la finalidad, el sentido de lo que podemos llamar «los bienes de la tierra».

Como si se tratara de algo natural, nos dice: el dinero está hecho para ser compartido, la mesa para encontrarse con los otros, la palabra para intercambiarla, la cultura para comprender a los demás, el calor del corazón para consolar a los que están aislados; es decir, para librar de su soledad a los que están encerrados en ella por la desgracia o la pena. El dinero, la inteligencia, la cultura, el arte, el amor, son fuerzas que, por su dinamismo profundo, tienden a acercar, a reunir, a asociar. Y si en nuestra lengua englobamos todas estas fuerzas en la expresión «bienes de la tierra», es precisamente porque, por sí mismas, esas fuerzas son creadoras de relaciones, porque re-ligan, engendran la comunión, y eso es precisamente el bien, lo bueno.

Los bienes de la tierra son «bienes» porque están destinados a compartirlos. Pero, para desdicha nuestra, los pervertimos muchas veces. Como si no supiésemos que vivir es amar, crear vínculos, utilizamos esos bienes para afirmarnos contra los demás, para aplastar, dominar, escapar de las solidaridades de la vida.

Cuando nuestro orgullo o nuestro corazón las pervierten, esas fuerzas cambian de sentido. Cambian incluso de nombre: si se llamaban «los bienes de la tierra», el Evangelio las designa con un nombre monstruoso: «las riquezas». El Reino de Dios se construye en la acogida, en el perdón, en la fraternidad, en la responsabilidad mutua; el dinero, por su parte, nos encierra ávidamente en nuestros tesoros. No se puede servir a Dios y al Dinero; son antagonistas.

Llamada y provocación de la Palabra de Dios, que pone de nuevo ante nuestros ojos dos órdenes de valores, y ante nuestros pasos dos caminos para dirigir nuestras vidas: un camino de muerte y un camino de comunión.

Llamada y vocación que ya, aquí y ahora, se ven realizados en parte. Estos son nuestros bienes: el pan y el vino de nuestras mesas acogedoras, un gesto de paz que es promesa de vivir en comunión. Dios acoge nuestros dones sencillos; su Espíritu los impregna, los transforma y, de pobres bienes de la tierra que eran, se convierten en los bienes del Reino de Dios.

**

**Dios de generosidad,
en Jesucristo nos lo has dado todo.
Señor, te pedimos:
que El sea el tesoro de nuestras vidas
y nos dé a conocer
el Reino donde todo es gracia.**

LA ORACION DE LA FE

Sabiduría 1,1-7. *Si es innegable que el autor del libro de la Sabiduría, el escrito más reciente del Antiguo Testamento (de mediados del siglo I a.C.), se esforzó por encontrar una audiencia entre eventuales lectores paganos, lo cierto es que se dirige, ante todo, a sus correligionarios. A esos judíos, asombrados del prestigio de la civilización griega tal como podían admirarla en Alejandría, les propone, lo mismo que sus predecesores, una búsqueda de la sabiduría auténtica, la que viene de Dios y sólo puede obtenerse en virtud de una vida ejemplar. Les recomienda, sobre todo, una gran sencillez de corazón, ya que Dios no se complace en los pensamientos retorcidos ni en los corazones hipócritas.*

En lo que se refiere a la definición de esa sabiduría, el autor no parece haber ido más allá que quienes le precedieron; sin embargo, «dio un paso decisivo en el sentido de una divinización mítica y especulativa» (G. von Rad). En efecto, intenta precisar su definición de la sabiduría aprovechándose de la riqueza del vocabulario griego. Aquí dice que es «espíritu»; en el cap. 7 hablará del «soplo» de la omnipotencia divina, de la «irradiación» de la gloria del Omnipotente.

El salmo 138, que recoge la plegaria de un inocente, contiene un amplio desarrollo acerca de la omnisciencia divina, haciéndose eco de la exhortación del libro de la Sabiduría.

Lucas 17,1-6. *El discurso termina con algunas directrices dirigidas a los discípulos que interesan a toda la vida de la comunidad: ocasiones de escándalo, perdón, fe... Hay que recordar, además, que la Biblia no entiende el escándalo como un mal ejemplo, sino como una trampa puesta en el camino o un tropiezo que hace caer. Así, Jesús fue motivo de escándalo para los judíos cuando, con viva sorpresa de todos ellos, invitó a los pecadores a su mesa.*

Pero la insistencia de Lucas recae en el asombro suscitado por la revelación de la gracia divina. Como Dios, el discípulo debe dar en abundancia, perdonar tantas veces como sea necesario. Así deben vivir las comunidades cristianas, animadas por el Espíritu. «Auméntanos la fe», suplican los discípulos. En su última comida con ellos, Jesús les dará su respuesta cuando confirme la fe de Pedro.

*
**

«Señor, auméntanos la fe». En respuesta a las advertencias de Jesús, la Iglesia sigue repitiendo esta humilde plegaria: ¡ayúdanos a descubrir la fe y la novedad del Reino! Auméntanos la fe, porque somos de este mundo y estamos en él. ¿Cómo pasar con Jesús a la otra orilla, al lado de Dios? Auméntanos la fe: hace ya muchos años que con buena voluntad nos esforzamos en orar. Auméntanos la fe, porque no vemos actualizarse la voluntad de Dios, ni calmarse las tentaciones, ni desaparecer el mal, ni convertirse en realidad el Reino de Dios.

«Auméntanos la fe». A las advertencias de Jesús sólo podemos responder con esta humilde oración. ¿Sólo tenemos eso? No, porque, si en nuestros labios surge esta invocación, ¿no será porque en alguna parte de nosotros mismos hemos saboreado ya esa novedad y experimentado la violencia de la fe? ¿No será porque la gracia ha llevado ya la parte más profunda de nuestro ser a la otra orilla? Si no nos resignamos ante la fragilidad de nuestros resultados por cambiar la faz del mundo, si volvemos a emprender la tarea, a pesar de tantos fracasos que nos duelen y de tantos abandonos que nos avergüenzan, si ante tan pobres constataciones seguimos en pie con obstinación y energía, ¿no es porque la fuerza de la fe ha arrastrado ya la parte más profunda de nuestro corazón hacia el reino del amor?

«Auméntanos la fe». Es, sin duda, la llamada que nos viene de otra parte, de ese Reino deseado que, sin cesar, hace renacer en nosotros el deseo irrefrenable de amar, a pesar de nuestros fracasos y de nuestras cobardías.

Por la fe, que es vigilia, se establece, pues, un orden que se basa en la espera del advenimiento de lo que habrá de quedar establecido para siempre: el Reino.

*
**

**Dios, Señor de lo inesperado,
en Ti vivimos,
en Ti descansa nuestro futuro.
No dejes que las vicisitudes de este mundo
lleguen a desesperarnos,
ni que lo imposible nos derribe.
Reaviva cada mañana en nosotros la fe
en un mundo recreado por tu amor.
Acaba lo que comenzaste:
que nuestra fe sea a la medida de tu promesa,
y nuestra vigilancia a la medida de tu voluntad:
tenernos junto a Ti por toda la eternidad.**

POR GRACIA

Sabiduría 2,23—3,9. *La literatura sapiencial se interesó siempre por el destino de los individuos. El libro de la Sabiduría no escapa a esta norma, y en los cinco primeros capítulos el autor se muestra manifiestamente preocupado por la suerte de los justos fallecidos antes de haber recibido su recompensa. Su respuesta es interesante, pues se aprovecha a la vez del progreso en la fe de la resurrección de los muertos y de la filosofía platónica, en concreto, la doctrina de la inmortalidad del alma. Entonces se plantea la cuestión: ¿aplica el libro de la Sabiduría la noción de supervivencia solamente al alma o la extiende también al cuerpo? Se discute mucho esta cuestión; muchos autores admiten que la glorificación de los justos (3,7) y su participación escatológica en el gobierno de las naciones (3,8), de las que se habla en este pasaje, suponen cierta supervivencia corporal. Pero lo más característico es que la noción de inmortalidad parece estar ya incluida, por así decirlo, en la vida presente. En efecto, para el autor la verdadera muerte no es de orden físico, sino espiritual; presente ya en la vida de los impíos, esta muerte se hará manifiesta en el más allá. Al contrario, la vida de los justos se prolongará eternamente en Dios.*

El final del salmo 33, de estilo alfabético, ofrece también una enseñanza sapiencial sobre la suerte de los justos y de los impíos.

Lucas 17,7-10. *Los versículos 7 al 10 cierran la sección del evangelio que había comenzado en el cap. 14 y que está dedicada por entero al tema de la gratuidad. Nos encontramos aquí con el personaje familiar del criado, así como con la escena del banquete celestial. Una vez más, este pasaje subraya la gratuidad del servicio: el único título de gloria de los discípulos consiste en ser los servidores de la gracia. Advertimos también que el servicio a la comunidad se ilustra con las imágenes del labrador y del pastor.*

*
**

«Si tuvierais fe como un grano de mostaza...», les había dicho Jesús. ¡Se trata de una cosa muy pequeña! Casi nada, un grano diminuto, pero ¡qué sabor!

¡Si tuvierais un poco de fe...! Pero la fe no es lo que pensáis. La fidelidad del creyente no es la del buey en la labranza, que sigue derecho hacia adelante sin torcerse y sin inventar nada. La fe es una mirada, una luz, una manera de ver el mundo como Dios lo ve, una forma de vivir fuera de lo común. El creyente es un tipo original que se deja modelar por Dios,

con quien se encuentra, como suele decirse, «a sus anchas». Todo lo que hace, sabe que es gracia de Dios. Está en connivencia con Dios. ¿Quiere decir esto que nos basta con sentarnos a esperar, puesto que somos siervos inútiles? «Cuando hayáis hecho todo lo que os fue mandado, decid: Somos siervos inútiles»... Cuando hayáis hecho todo..., porque el amor sólo llega a manifestarse allí donde ha sido engendrado pacientemente; es, al mismo tiempo, un don y un esfuerzo, una gracia y una gestación. La palabra es a la vez recibida y devuelta, captada e inventada. La oración es a la vez revelación e invocación, iluminación y combate. Cuando hayáis hecho todo... ¿Qué sería el amor sin los gestos que lo encarnan, la palabra sin los términos que la expresan, la oración sin el deseo del corazón, la fe sin la vida?

Cuando os habéis atrevido a inventar la caridad, a balbucear las palabras que os dejan insatisfechos, cuando habéis dejado crecer vuestro deseo de encontrar a Dios y de respirar el aliento del Espíritu, entonces, en medio del asombro y como por añadidura, habéis descubierto que el amor está siempre por delante, que la palabra es un maravilloso encuentro, que la oración es una seducción y la fe una revelación. Lo habéis hecho todo, y todo se os ha dado. Por gracia.

**

**Dios de lo inesperado,
bendito sea tu nombre:
tu gracia es nuestro auxilio
y tu promesa nuestra seguridad.
Y nuestra misma fe
es también un don de tu benevolencia.
Te pedimos:
cólmanos por encima de toda esperanza,
y nuestra fidelidad se asombrará
de lo que Tú nos concedas
en los siglos sin fin.**

**

**Padre del cielo,
Tú nos llamas a colaborar en tu obra,
¡bendito sea tu nombre!
Tú que nos das a compartir
el pan que es la fuerza de nuestra fe,
haz que crezca lo que Tú has alimentado,
para que nuestra fidelidad
responda al don que nos haces
en tu Hijo Jesús, bendito para siempre.**

Ante el Reino que viene (Lc 17,11 — 19,28)

LLAMADOS A LA SALVACION

«Y sucedió que, de camino a Jerusalén...». La suerte está echada: Jerusalén está al final del camino.

¿Cuáles serán las consecuencias para el hombre? ¿Aceptaré éste unir su destino con el del Hijo del hombre? Para ello deberá reconocer en Jesús la única fuente de la salvación. Es lo que hace el Samaritano: curado lo mismo que sus compañeros, es el único que desanda el camino y va a postrarse ante la fuente de la vida.

«¿Cuándo llega el reino de Dios?» Las escuelas rabínicas, que se esforzaban en determinar los signos de su venida, no habían pensado nunca en buscar esos signos en lo cotidiano, que es precisamente donde se manifiesta el Reino. Hay que repasar, pues, la historia de Noé o la de Lot: la gente comía, bebía, se casaba... «Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará fe sobre la tierra?»

¡Orar! Orar para no entrar en tentación, para no carecer de fe, para no dudar del Reino. Hay que orar sin cesar, porque el Reino hay que recibirlo. En la parábola del fariseo y del publicano (18,9-14), Jesús opone la actitud del fariseo, bloqueado en sí mismo, a la del publicano, abierto a lo inesperado. Sean cuales fueren, las riquezas pueden oscurecer el camino que conduce al Reino (18,18-30), un camino que sólo pueden seguir aquellos que tienen un corazón capaz de acoger (18,15-17).

Este camino lleva a Jerusalén. No estamos muy lejos de la ciudad que mata a los profetas. Ya está ahí Jericó, la puerta que abre a la Tierra prometida. Allí hay dos hombres que esperan a Jesús. El primero de ellos, ciego, irá detrás de él glorificándolo; el segundo, publicano, le ofrecerá su hospitalidad. Cada uno a su manera, ambos acogerán la salvación.

**

Tú nos has puesto al frente de tu casa;
¿seremos nosotros, Dios y Padre nuestro,
administradores fieles y audaces?

Tu palabra es vida,
¿qué haremos con tu Buena Nueva?
Tu amor es pasión,
¿viviremos hasta el fondo las exigencias de la Ley?

Danos la audacia de la fe
y la fidelidad de los que saben
que su tesoro está en el futuro
que Tú nos prometes para siempre.

Sabiduría 6,1-11. Los capítulos 6 al 11 ponen un elogio de la Sabiduría en labios del mismo Salomón, el rey sabio por excelencia. Se le representa dirigiéndose a sus colegas en la realeza, especialmente a los reyes paganos. Su exhortación, que recuerda el Salmo 2,10, insiste en las responsabilidades inherentes al ejercicio de la autoridad, una autoridad que tiene su origen en Dios.

El salmo 81 es un salmo de juicio. Contiene un oráculo profético, dirigido probablemente contra los reyes de Israel para recordarles sus deberes sagrados en materia de justicia y de protección de los débiles. Los vv. 6 y 7 son una sentencia de muerte.

Lucas 17,11-19. «Conviene que hoy y mañana y pasado siga adelante, porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén» (13,33). Jesús camina hacia su destino, y a los que desde el principio escucharon la Palabra de gracia se les plantea el problema: ¿seguirán a Jesús hasta el final? ¿Irán con él a Jerusalén? Ciertamente, la invitación a entrar en la salvación de Dios es gratuita, pero exige un compromiso de toda la persona. Es grande la tentación de vacilar y hasta de rechazar, y tiene razón Lucas cuando recomienda a los cristianos que se lo piensen bien (cf. 14,28-32). La Iglesia es un pueblo de voluntarios.

He aquí la historia de diez leprosos, uno de ellos samaritano. Los diez fueron curados y obedecieron la orden de presentarse a los sacerdotes. Pero sólo uno volvió al lado de Jesús para darle gracias; sólo uno comprendió que, en lo sucesivo, no sería ya Jerusalén ni el monte Garizim donde se celebraría el culto agradable a Dios, sino la persona de Cristo. A El es a quien hay que seguir en adelante, en la vida y en la muerte.

**

El pasaje habría podido no ser más que un relato de curación. Un leproso sale al encuentro de Jesús. Según las disposiciones de la ley judía, se mantiene a distancia y grita: «Jesús, Maestro, ten compasión de mí». Jesús lo ve y le dice: «Ve y preséntate a los sacerdotes». Y mientras lo hace, queda curado. Pero el genio de Lucas se apodera del texto para hacer de él un himno a la fe.

NOCHE

«Acuérdate de Jesucristo: ¡viviremos con El!» La confesión de fe cristiana comienza cuando un hombre se echa a los pies de Jesús para glorificar a Dios. ¡No hay ningún otro nombre por el que podamos salvarnos! El pasaje podría haberse quedado en un mero relato de curación: Dios salva, Dios libera, Dios sana... El genio de Lucas lo convierte en un relato de revelación: la palabra que salva es la de ese hombre de Nazaret que encarna el poder creador de Dios. Y la Iglesia aprende que ella es un pueblo de adoradores que glorifican a Dios en Jesucristo: «por El, con El y en El».

El pasaje podría haber sido sencillamente una exhortación a la acción de gracias. El Samaritano es el único que vuelve al lado de Jesús. Se postra ante El y da gracias a Dios. Su gesto contrasta fuertemente con el de sus compañeros. Pero el contraste no está en su agradecimiento; lo más probable es que los otros leprosos fueran al Templo a dar gracias. El escándalo de este pasaje del Evangelio radica precisamente en que Jesús alaba a un samaritano, a una persona excluida del pueblo santo, porque acude a El para bendecir a Dios. «Créeme, mujer, que llega la hora en que ni en Garizín ni en Jerusalén adoraréis al Padre», afirmaba Jesús a la samaritana. El verdadero lugar del encuentro entre Dios y los hombres, el nombre en el que seremos salvados, es Jesús.

Un extranjero es llamado a la salvación y entra en el Reino, a pesar de que todo —su lepra, su pecado, su origen— lo excluía de él. El excomulgado por excelencia —imaginaos: ¡un leproso que era además samaritano!— se convierte en modelo del creyente. Su fe no solamente lo curó, sino que lo salvó. Al relatar esta historia y al abrir así unas perspectivas insospechadas, nadie duda de que Lucas pensaba en las comunidades cristianas nacidas en Samaría, fuera de todo programa de evangelización. Y más allá de estas comunidades, pensaba en todos aquellos «extranjeros» a los que Jesús abría el Reino. Es decir, pensaba en nosotros, en última instancia.

**

**Dios, amigo de los hombres, Padre de los pobres,
Dios a quien nadie jamás ha contemplado,
bendito seas por Jesucristo,
por su mirada fascinante que cura nuestra lepra,
por su soplo que da cuerpo a nuestra carne.
El recorrió el camino de los hombres,
levantando con sus manos a una legión de paralíticos,
para que marchasen hacia la tierra de la libertad.
Bendito seas por las palabras de gracia que El pronunció,
eco de tu misericordia,
secreto revelado, buena noticia proclamada.
Bendito seas por Aquel que es para nosotros
tu rostro y tu compasión,
y para Ti nuestro rostro y nuestro sufrimiento.
Por El, Tú comienzas una fiesta que no tendrá fin,
Tú que nos consagras en El;
pones sobre nosotros su sello,
haciendo que habite su Espíritu en nuestros corazones.**

Sabiduría 7,22—8,1. «Hay en la Sabiduría un espíritu inteligente». El hecho de que el autor se refiriera a la tradición bíblica anterior no le impide integrar en su obra algunas nociones extrañas a la Biblia. Así, por ejemplo, al constatar el escaso relieve dado por sus predecesores al papel de la Sabiduría en el mundo, utiliza el concepto estoico de pneuma para subrayar su presencia en el cosmos. La Sabiduría vino a Salomón bajo la forma de un «espíritu»; gracias a ese pneuma, ella «conoce el universo a fondo, lo rige con poder y con seguridad, renueva sin cesar todas las cosas y pasa a las almas puras» (C. Larcher).

En su elogio de la Sabiduría (cap. 6-11), el autor enumera veintinueve atributos, agrupados en series de dos o tres, que se presentan como cualidades físicas de la Sabiduría. Se notará cómo estas propiedades, al mismo tiempo que subrayan la presencia de la Sabiduría en el mundo, insisten en el hecho de que es distinta de él; el pneuma se distingue de todas las criaturas creadas y trasciende los espíritus más sutiles.

Después de describir la presencia de la Sabiduría en el cosmos, el autor se esfuerza, en los vv. 25-26, en precisar su relación con Dios. El vocabulario sugiere que quiere dar cuenta de una dependencia particularmente estrecha. El término «espejo», por ejemplo, es muy evocador; en efecto, al presentar la actuación de la Sabiduría como un reflejo fiel de la actividad divina, el autor invita a contemplar el obrar de Dios en el obrar de la Sabiduría. Se ha dicho con razón que la misión de la Sabiduría entre los hombres y su gobierno del universo eran un prelude de la doctrina de la gracia del Nuevo Testamento.

Los versículos del salmo 118 celebran la acción divina en el mundo.

Lucas 17,20-25. «¿Cuándo llegará el Reino de Dios?». En la época de Jesús se discutía mucho esta cuestión; los apocalipsis, lo mismo que la reflexión sinagoga, se esforzaban en establecer signos fiables que permitieran fijar la fecha del acontecimiento. Pero para Jesús la cuestión es distinta; para El, el verdadero problema es el de no fallar al Reino, dado que éste ha llegado ya en su persona. El Reino ya está ahí.

El estilo apocalíptico de esta secuencia (hasta el v. 37) intenta traducir, bajo una forma dramática, la importancia de la situación. Por un lado está Jesús, que ha llegado al término de su misión y es consciente del hecho de

que quienes rechazan su mensaje están dejando que se les escape también el Reino; por otro, están los fariseos, los hombres que se niegan, los que siguen buscando el mediodía cuando son ya las dos de la tarde. Pero la palabra de Jesús no vale sólo para ellos; se dirige a los hombres de todos los tiempos para intimarles a que se sitúen ante el acontecimiento-Jesús. Porque este acontecimiento llega siempre en el momento más inesperado; es tan imprevisible como el relámpago.

*
**

«No dirán: Vedlo aquí o allá».

Pero es cierto que nuestra naturaleza religiosa ha vuelto a prevalecer, y hemos creído posible designar la venida de Dios, asignarle un lugar perfectamente determinado e imponerle un «itinerario» a nuestra medida.

Para los creyentes de antaño, el universo era un hervidero de voces divinas. Hicieran lo que hicieran, la Palabra y la Presencia les cercaban a cada instante. Sugestiones, visiones y sueños les hechizaban, y ellos se mantenían en silencio. Los acontecimientos de la naturaleza, de la vida colectiva y de la existencia cotidiana se les antojaban otras tantas expresiones inmediatas de su Voluntad. Por doquier, lo inexplicable daba fe de su Presencia. Nosotros, en cambio, hemos reducido de un modo muy extraño el campo de lo desconocido, y nos resulta intolerable vincular a Dios con lo incomprensible.

¿No podemos, pues, descubrir a Dios en el proceso ascendente de la historia, presente en ella como la figura oculta e ineluctable cuyos hilos, tejidos por nosotros sobre la trama, completan poco a poco el tapiz? ¿Acaso los acontecimientos no le revelan a nuestra fe atenta su lento pero progresivo entrelazamiento, que habrá de culminar mañana en un vuelco total que los deje establecidos para un futuro de plenitud? «Os dirán: '¡Vedlo aquí, vedlo allá!' ¡No acudáis!» Al cabo de mucho tiempo, la Biblia había advertido a los creyentes: a Dios sólo se le ve de espaldas, y nadie puede descubrir su presencia mientras ésta no se haya convertido en ausencia. Acordaos de Moisés, que vio a Dios de espaldas, o de Elías, que lo descubrió en una brisa imperceptible, o de los discípulos de Emaús, que le vieron desaparecer después de que lo hubieran reconocido en la fracción del pan.

¿Habrá muerto Dios con la recesión experimentada por «lo desconocido»? ¿Nos habrá dejado abandonados en el dédalo de la historia? ¿Somos reacios a admitir que la muerte pueda haber afectado al Viviente, y nos negamos a hablar del abandono en que nos habría dejado el Fiel! «¡El Reino de Dios está en medio de vosotros!» Nuestra certeza se apoya exclusivamente en el hecho de que podemos evocar la Palabra de gracia reconocida en las cicatrices que ha dejado en el Libro; que podemos experimentar el poder del Amor en los intentos de compartir fraterno; que podemos saborear lo inefable del Nombre revelado en el silencio de nuestros propios labios cuando nuestro

corazón se abandona a la contemplación. «¡El Reino está en medio de vosotros!» En la acogida incierta de una Palabra venida de otra parte; en una caridad que se intenta una y otra vez; en una plegaria que balbucea palabras que ella misma se sorprende de poder decir. Es nuestra noche, algunas luces anuncian ya la aurora del día.

*
**

**Dios, futuro nuestro,
¡bendito sea tu nombre!**

**Tu palabra nace en nuestros silencios,
tu amor se revela en nuestras humildes fidelidades,
tu promesa se confirma en nuestra frágil fe.
Confortados por los signos de tu presencia,
podemos avanzar hacia el que será tu Día.
Es lo que te pedimos con confianza:
que lleguen los siglos sin fin.**

EL DIA DE DIOS ESTA AHI

Sabiduría 13,1-9. *Más en concreto, la última parte del libro se dedica a describir la acción de la Sabiduría divina en la historia de Israel, oponiendo las suertes respectivas de los israelitas y de los agipcios. Su propósito es polémico, como lo sugiere una larga digresión sobre la idolatría (caps.13-14) con una serie de alusiones al culto de los animales. También aparece aquí el tema, clásico en el pensamiento griego, del obrero reconocido por sus obras, así como la doctrina de la perfección del cosmos, tan grata a los estoicos. De hecho, el autor denuncia la necedad de los paganos. Si la visión de las criaturas les llevó celebrar la belleza del universo o a explicar su unidad fundamental privilegiando tal o cual de sus elementos, no los condujo al descubrimiento de su verdadero autor. Dicho esto, es interesante la tolerancia que demuestra el libro: aunque critica a los paganos, no por eso el autor los condena. En efecto, si se les puede reprochar el haber confundido las apariencias con la realidad, han procurado, sin embargo, encontrar a Dios.*

El salmo 18a repite que la criatura es un reflejo del Creador.

Lucas 17,26-37. *Es continuación de la perícopa anterior. Lucas no hace más que recoger un material apocalíptico común al judaísmo (cf. el tema de la huida, de los vv. 31-32, que se encuentra en muchos profetas) y a los demás evangelistas. El recuerdo de la despreocupación que reinaba en los tiempos de Noé y de Lot subraya que la irrupción del Reino no debe confundirse con un acontecimiento excepcional; llega en la cotidianeidad de la vida.*

Sin embargo, esta irrupción exige por parte del hombre una decisión rápida y personal. Hay que entrar en el arca para librarse del diluvio; hay que dejar precipitadamente la ciudad de Sodoma (cf. la expresión tan concreta «acordaos de la mujer de Lot»). Pero Noé y Lot son también figuras de la salvación. Efectivamente, para Lucas, el juicio es siempre un juicio de gracia.

*

**

Jesús rompe el círculo agobiante de los profetas de calamidades. Estos hacen tomar conciencia de una inminencia que provoca el miedo y arrastra a la conversión. «Nadie sabe el día ni la hora».

«El Reino de Dios ya está entre vosotros». Nos pilla en medio de lo que estamos viviendo: comemos, bebemos, nos casamos, trabajamos... Y es en lo que tenemos de más cotidiano donde se lleva a cabo la llegada de Dios. Preocupados por todo lo exterior que nos rodea, nos olvidamos de tomar la verdadera medida de las cosas: Cristo está vivo. Es posible hablar de El en pasado: vino... Es posible hablar de El en futuro: volverá... Pero, sobre todo, es necesario hablar de El en presente: ¡viene!

El viene, y con El llega el comienzo de un mundo nuevo. Mientras que el miedo puede afectarnos, personalmente o en sociedad, El nos propone más bien entrar en el arca, de donde renacerá el mundo nuevo: sumergirnos en nuestra interioridad y dar vida allí a un corazón que ame. Si El viene, es para abrir un mundo que estaba cerrado. El rompe la muralla de la indiferencia o del miedo. Franquea la barrera de las pruebas y de la muerte.

El viene. Y lo que era repetición, rutina de lo cotidiano, se convierte ya en signo de lo que vendrá. Se comía, se bebía..., los paisanos de Noé no habían tomado la medida de su «hoy» ni habían descubierto su capacidad de engendrar la novedad. Nuestra cotidianeidad es ya un mañana; nuestro hoy, tan vulgar, es ya la eternidad del amor victorioso.

*

**

**¡No nos abandones a nuestras viejas realidades!
Dios de eterna juventud,
pon en nosotros un corazón nuevo.
Por tu Espíritu, conviértenos,
vuelve nuestra mirada hacia el futuro
que nos preparas para los siglos sin fin.**

*

**

**Dios fiel a tus promesas,
Tú nos libras de la inquietud y del miedo
y tu Espíritu es fuente de nuestra esperanza.
Que suba en alabanza nuestra certeza:
Tú cumplirás lo que has anunciado:
nuestra felicidad por los siglos de los siglos.**

*

**

**Dios de eterna ternura,
en medio de los recelos de nuestro tiempo
esta eucaristía es signo de esperanza.
Que ella nos guarde del mal y del miedo
y nos mantenga vigilantes en tu servicio.
Así compartiremos con todos los hombres
la felicidad de tu Reino.**

EL TRABAJO DE LA ORACION

Sabiduría 18,14-16; 19,6-9. *La meditación de los acontecimientos del Exodo permite al autor de la Sabiduría poner en guardia a los eventuales agresores de Israel: tendrán que contar con la protección con que Yahvé ha rodeado siempre a su pueblo. Con ayuda de una serie de comparaciones, el libro muestra que el instrumento que sirvió de castigo a los egipcios se transformó siempre en un beneficio para Israel. Por ejemplo, la carne que perjudicó a Egipto (las ranas) alimentó a Israel en el desierto (las codornices). Progresivamente, el autor llega hasta los grandes castigos: la muerte de los primogénitos de Egipto y el milagro del mar. Por un lado, un decreto de muerte contra los hijos de los hebreos; por otro, la muerte de los primogénitos egipcios, incluido el príncipe heredero. Finalmente, en un estilo que no carece de grandeza, el autor describe la noche pascual, durante la cual la palabra de Dios llevó la muerte a Egipto. Esta palabra, que se confunde con el juicio que ejecuta, es poderosa, y el cosmos la obedece. Pero una vez más se puede observar que el mar, que en un primer momento hizo que fuese precaria la posición de los hebreos, luego acabó salvándolos. Este milagro es interpretado como una nueva creación: la tierra y el cielo han sido como «remodelados» (TOB).*

Meditando igualmente en los acontecimientos del Exodo, el salmo 104 nos invita a alabar al que se ha acordado de sus promesas.

Lucas 18,1-8. *La parábola del juez debe comprenderse a la luz de la llegada de Jesús. De suyo, afirma la certeza de la salvación final, ya que el juez acaba rindiéndose a la insistencia de la viuda.*

La interpretación de la parábola que nos da Lucas coincide con el tema clásico de la aparente falta de acción de Dios. Al anunciar el juicio a breve plazo, el evangelista piensa todavía, sin duda, en el carácter inesperado de la irrupción del Reino. En efecto, es lo que tiende a confirmar el v. 8b al evocar la respuesta de los hombres situados ante el Reino. ¿Qué harán? ¿Lo aceptarán o no?

*
**

Os lo aseguro: ¡Dios acabará dándole la razón! Tal es el poder de la oración. Presentamos al mundo ante Dios y, puesto así bajo la mirada del Padre, es asumido por El. Os lo aseguro: Dios hará justicia. Echar un puente entre el mundo y Dios, entre nuestro hoy laborioso y los cumplimientos inesperados: tal es la grandeza de la oración.

La oración de los cristianos, que es la de Cristo, puesto que su Espíritu ora en nosotros como nosotros mismos no sabemos hacerlo, aparece como la respiración honda que eleva al mundo hasta el destino prometido: Dios justifica el esfuerzo de los hombres.

Consideramos muchas veces la oración como un gesto estético, como una especie de actividad gratuita. Todos conocemos lo que se dice de las religiones: «Rezan; es lo único que tienen que hacer», como si la oración fuera un pasatiempo, algo que se hace cuando no se tiene otra cosa que hacer, o cuando ya nada se puede hacer. «Haznos justicia». La oración no es un sentimentalismo vago, sino una función que hay que ejercer. El cristiano tiene vocación a la oración: tiene que cumplir un oficio. De esta manera quedamos investidos de la carga de hacer vivir al mundo rezando a Dios.

Y esto exige que nos «apeguemos» al mundo. Si por indiferencia, por desprecio o por cobardía, nos apartamos del mundo y nos ponemos al margen de él, ¿cómo podríamos consagrar el esfuerzo de los hombres y cómo iba Dios a hacer justicia? El trabajo de la oración nos remite a nuestro oficio de artífices de la creación en proceso de parto.

*
**

**Tú manifiestas tu gloria salvándonos.
Dios y Padre nuestro,
escucha el deseo ardiente de nuestra plegaria:
nos presentamos ante Ti,
con las manos elevadas en ofrenda,
para presentarte a nuestro mundo, que gime
con los dolores de un parto interminable.
Por tu Espíritu,
concédenos creer cada día en lo imposible.**

*
**

**Dios justo y santo,
no puedes decepcionar a los que gritan hacia Ti.
Por esta comunión
nos haces participar en el Espíritu de Cristo
y Te seguimos pidiendo:
guárdanos fuertes en la fe
hasta el día que venga
tu Hijo Jesús, nuestro Señor.**

EL CORAZON Y LOS OJOS

1 Macabeos 1,10-15.41-43.54-57.62-64. *Al morir Alejandro Magno, su imperio se dividió entre sus generales, quedándose los Láguidas en Egipto y los Seléucidas en el Próximo Oriente, con la capital en Antioquía de Siria. El 175 a.C., el sirio Antíoco IV subió al trono y emprendió una política dirigida a unificar las posesiones reales. Esta política encontró partidarios incluso en Israel; en efecto, muchos judíos, conscientes del aislamiento en que la Ley de Moisés encerraba a su nación, reaccionaron pidiéndole a Antíoco la abolición de sus privilegios. El rey se aprovechó, evidentemente, de este estado de ánimo para imponer a las provincias judías los beneficios de la civilización helenista. La construcción de un gimnasio en Jerusalén y, con él, la introducción del deporte, así como la aparición del interés por la belleza del cuerpo humano, sirvió de pretexto para rechazar la circuncisión, es decir, el signo externo de adhesión a la alianza del Sinaí. Se quemaron los libros del Pentateuco, y en el 167 (el año 145 de la era seléucida) Antíoco saqueó el Templo y levantó en Jerusalén lo que el libro de Daniel llama «la abominación de la desolación», es decir, un altar consagrado a Zeus Olímpico, confundido con Baal-Shamêm, de quien el rey pretendía ser la encarnación viviente. Fue la señal de la sublevación.*

El salmo 118 celebra el amor a la Ley.

Lucas 18,35-43. *Desde los tiempos de la conquista (Jos 6), Jericó fue siempre la puerta de entrada en la Tierra prometida; los evangelistas recogen esta idea mirando a la ciudad como el pórtico del Reino. Pues bien, los discípulos acababan de tomar conciencia de que este acceso sólo es posible gracias al apoyo de Dios mismo (18,27). En efecto, Jesús se ha presentado como «el camino, la verdad y la vida»; El es la salvación que no hay que dejar escapar.*

De nuevo propone Lucas dos relatos que se enriquecen mutuamente. El primero tiene un sabor judío innegable; es el episodio del ciego; el segundo se dirige más bien a sus lectores paganos (19,1-10). Pero ambos reafirman que el Reino es para los pequeños, los marginados por la miseria y la vergüenza. Entre los rasgos «judíos» propios del primer relato se observará la petición explícita al «hijo de David», la insistencia en la fe salvífica y la reacción del agraciado con el milagro, que, al estilo rabínico, se pone a «seguir» a Jesús.

*

**

Se ponía todos los días en el mismo lugar, como un complemento pintoresco entre otros muchos de la calle, sin molestar a nadie. En su mundo cerrado aparece de pronto una presencia: «Es Jesús el Nazareno». El hombre se pone en pie: «¡Señor, que vea!»

Como Dios es Luz, ha inventado los ojos de Jesús para mirar nuestro mundo como nunca lo había podido mirar nadie, con una verdad y una intensidad que son a la vez inexorables para con la mentira y misericordiosas para con la debilidad. «¡Ten compasión de mí!» Y como Jesús es la Luz del mundo, inventa unos ojos para ese mendigo ciego: «Ve. Tu fe te ha salvado».

Un proverbio árabe dice: «Ven a mí con tu corazón y yo te daré mis ojos». Ven a mí con tu corazón, nos dice Jesús. «¡Ten compasión de mí!» Tenemos que ir a Jesús con nuestro corazón, con nuestro coraje de ver, de verlo todo, de no parpadear ante la realidad, la de nosotros mismos, la del mundo. Tenemos que atrevernos a ver nuestras tinieblas: la fe es ante todo una prueba y un grito: «¡Ten compasión de mí!» Porque ¿cómo no hacer aquella constatación dramática de un hombre de teatro: «Por la mañana abría los ojos ciertamente con un verdadero placer por ver la luz del día; me levantaba y, al cabo de pocos minutos, como un manto de plomo, el cansancio aplastaba mis hombros... Es como si en pleno día estuviera viendo la noche, la noche mezclada con el día, el sol negro de la melancolía» (F. Ionesco, *Journal en miettes*)? «Ven a mí con tu corazón...» Sólo un grito puede subir de nuestros labios ante lo que estamos viendo: «¡Ten compasión de nosotros!»

«Yo te daré mis ojos»: sólo los ojos del Resucitado pueden hacernos huir de la desesperación y ver el mundo con una mirada distinta. Sólo la luz puede deslumbrarnos hasta el punto de llegar a irradiar la realidad entera. «Ve...»: la mirada a la que nos abre Jesús no es una mirada cualquiera: si nos atrevemos a mirar la realidad cara a cara, es porque ella nos ha sido revelada como salvada.

*

**

**Luz nacida de la luz,
Jesús, Hijo del Dios vivo,
¡ten compasión de nosotros!
Arráncanos de nuestras tinieblas,
danos a vivir tu salvación.
Deslúmbraanos con tu misericordia
y enséñanos a mirar nuestro mundo
como Tú lo ves por los siglos de los siglos.**

HOY ME QUEDO EN TU CASA

2 Macabeos 6,18-31. «Murieron también muchos israelitas que con entereza y valor se negaron a comer cosa impura» (1 M 1,62). Con los martirios de Eleazar y de los siete hermanos, 2 M nos da algunos ejemplos de la resistencia obstinada que algunos judíos opusieron a las medidas de unificación de Antioco. Pero, en contra de las apariencias, el segundo libro de los Macabeos no es la continuación del primero. Los dos libros abarcan un período casi idéntico; pero, si 1 M, escrito por un judío de Palestina, tiene un valor histórico innegable, el propósito de 2 M, que es un resumen de una obra más extensa, es más bien religioso. Intenta conmover al lector; pertenece a lo que se llama «historia patética», un género literario muy popular en el mundo helenista (W. Harrington).

La muerte de Eleazar tiene un valor ejemplar. Se trata de un eminente doctor de la Ley obligado a participar en un banquete sacrificial; quieren hacerle comer carne de cerdo, apreciada por los griegos, pero prohibida a los judíos por la ley mosaica. Sus compañeros, que saben la influencia que podría tener la conducta del prestigioso anciano, llegan a proponerle una estratagema con la que podría salvar la vida. Pero Eleazar se niega, haciendo observar con nobleza que hay valores superiores a la vida.

El salmo 3 es una lamentación individual. En labios del mártir, expresa simultáneamente su queja ante los manejos de los perseguidores y de los falsos amigos y su confianza inquebrantable en Dios.

Lucas 19,1-10. Aunque el tema es idéntico, el relato de Zaqueo se diferencia claramente del anterior; en efecto, Lucas quiere subrayar esta vez los rasgos paganos del encuentro. Así, se puede notar que Zaqueo no le pide nada a Jesús; al contrario, es Jesús el que interpela al publicano, respondiendo a su interés. La insistencia no se pone en la fe, sino en la iniciativa gratuita de Jesús, que se arriesga a alojarse en casa de un individuo legalmente tachado de impureza. En fin, Zaqueo no se pone a seguir a Jesús, sino que le ofrece su hospitalidad y comparte sus bienes. Como ya había hecho en los caps. 5 y 7, el evangelista acentúa las diferencias entre las respectivas actitudes de ambos, el ciego y Zaqueo.

En esta última perícopa, el gozo lo invade todo: es la alegría mesiánica. En efecto, el Señor ha mantenido su compromiso con Israel: hoy, el tiempo de la promesa ha dejado sitio al de las realizaciones. Mientras que todo el

mundo mira a Zaqueo como un excluido, Jesús le dice que es un hijo de Abraham. Además, en la reconciliación del excomulgado se lee ya la reconciliación universal anunciada por los profetas. Como afirma san Ambrosio de Milán, «Zaqueo en el sicómoro es el fruto nuevo de la nueva estación».

**

Quería ver a Jesús y no sabía que sería precisamente él el «visto». Como cuando se dice que uno es atrapado cuando creía que iba a ser él el atrapador. «Zaqueo, baja pronto, porque hoy me quedo yo en tu casa».

En contra de lo que nos imaginamos, no somos nosotros los que buscamos a Dios; El es el primero en buscarnos. No hemos sido hechos para amar a Dios —aunque hayamos sido hechos también para eso—, sino para que Dios pueda amarnos, es decir, invitarnos a compartir con El en un intercambio gratuito. Somos buscados por alguien: ése es el secreto de nuestra fe y de nuestra felicidad: «Zaqueo, hoy me quedo yo en tu casa».

El Evangelio va más allá de la revelación de la paternidad de Dios. Si el misterio de Dios se nos revelase tan sólo en un infinito del que habría que depender, como una transcendencia insondable, aunque fuera capaz de establecer una comunión, esto no sería demasiado nuevo. Pero Jesús no es una encarnación de Dios, sino la encarnación del corazón de Dios.

«Zaqueo, baja pronto». Dios pide, porque Dios es amor. Jesús es la encarnación de ese Dios «informe», pobre como el amor que es súplica y herida. Y eso es lo que escandalizará a muchos. Que nadie se engañe: cuando Jesús se invita en casa de los pecadores públicos, no es sólo una reprobación moral lo que suscita, sino un cuestionamiento de todas las representaciones religiosas: Dios no es un infinito, ni siquiera un Padre infinito forzosamente opresivo; Dios es un suplicante y, por tanto, un infinito herido. «También Dios tiene su infierno —escribía Nietzsche—: su amor a los hombres». San Pablo había ido más lejos cuando dijo: «Dios se enternece» (Rm 9,16).

«Zaqueo quería ver», y lo que se le reveló fue la herida de Dios. No había pedido nada, y fue Dios mismo el que le suplicó: «Quiero hospedarme en tu casa».

**

**Dios de los pequeños y de los pecadores,
tu misericordia revela tu poder:**

¡tu amor lo puede todo!

Míranos:

**que se nos manifieste tu ternura;
sé nuestro huésped,
y desde hoy conoceremos
la comunión que dura para siempre.**

ARRIESGAR

2 Macabeos 7,1.20-31. *«Después del ejemplo de un anciano, que era al mismo tiempo un sabio versado en la Ley, el autor presenta el de una mujer del pueblo y sus siete hijos jóvenes, para que cada clase y cada edad encuentre un modelo que imitar en tiempos de persecución»* (F.-M. Abel). *De hecho, la liturgia no ha retenido más que la exhortación de la madre y la muerte del hijo más pequeño; de este modo ha prescindido de la insistencia en la crueldad de los suplicios, que, con la mención de la presencia del rey, pertenece al estilo hagiográfico. Junto a la magnanimidad de la madre se advertirán las alusiones a la doctrina de la resurrección, en la línea de Dn 12, puesta en relación con la omnipotencia divina manifestada en la creación.*

Este misterio tiene un fundamento histórico. Dos tradiciones se disputan la localización del suplicio. La primera lo sitúa en Judea; la segunda, en Antioquía. En el siglo IV d.C., san Juan Crisóstomo lo situaba en los alrededores de esta ciudad, donde se elevaba una basílica que conservaba las reliquias de los mártires. Su culto pasó a occidente por aquella misma época.

El salmo 16 es otra lamentación que resalta la inocencia del que sufre el suplicio. Este, que no espera nada de los hombres, ha puesto toda su confianza en la justicia divina.

Lucas 19,11-28. *El esplendor con que el hoy de Dios se manifestó en la reconciliación de Zaqueo, ¿trastornó la cabeza de la gente? Lo cierto es que Jesús pone de nuevo en guardia a sus interlocutores contra una espera escatológica demasiado ingenua. A su manera, la parábola de los talentos insiste también en el hoy de Dios.*

Para su retrato del rey que marcha al extranjero a hacerse coronar, Lucas se inspiró en el viaje que tuvo que hacer a Roma Arquelao, uno de los hijos de Herodes, tras la muerte de su padre, para obtener la confirmación del testamento paterno, encontrándose allí con la oposición de una delegación judía partidaria de la abolición de la realeza. El final de la parábola describe la cólera del rey. Pero, si Lucas apela aquí a un recuerdo personal, es para acentuar el rechazo opuesto por los judíos a las pretensiones mesiánicas de Jesús y las consecuencias de su obcecación. En el fondo, la parábola de los talentos sirve de antítesis al relato de Zaqueo; ya no se trata de la salvación, sino del juicio.

Los hombres serán juzgados sobre lo concreto de su vida. Los talentos confiados a los criados subrayan la actividad que los discípulos deben desplegar mientras esperan la vuelta del Maestro. ¡Dichosos, finalmente, aquellos que, en vez de andar cavilando sobre la fecha de la llegada del Reino, emplean toda su inteligencia en no faltar a la cita! Como demuestra la módica cantidad de las cantidades reclamadas (en comparación con la de la parábola de Mateo), su recompensa no guardará proporción alguna con la tarea confiada.

**

Había recogido su moneda de oro y la había guardado bien envuelta en un pañuelo. Pensaba en el futuro y no quería arriesgarse. El dinero no era suyo; sería mejor tener cuidado y ser prudente.

No reduzáis la parábola a una invitación ordinaria: valorad nuestros talentos (inteligencia, fuerza, coraje, espíritu emprendedor...). La parábola habla siempre de Dios y del Reino.

Así pues, el Maestro se ha ido de viaje: la comunidad de los primeros cristianos se siente huérfana. Cristo ha partido y ha confiado a sus discípulos la suerte de su Reino. ¡Somos nosotros sus responsables!

¿Qué hemos hecho con la Palabra?

Los escribas y los doctores de la Ley sabían muy bien que se les había confiado un depósito precioso. Jesús les reprocha haber protegido una Palabra que era para producir frutos de vida. «¿Qué habéis hecho con la Palabra?» Esta pretunta, dirigida a los escribas, nos golpea hoy a nosotros como eco del Evangelio: «Y vosotros, ¿qué hacéis?» Hay mil maneras de hacer que muera la Palabra preservándola. El dinero improductivo pierde pronto su valor. Enterrad el amor y la gracia ¿y qué será de ellos? Enterrad a Jesús ¿y cómo podrá seguir siendo Cristo vivo?

Transmitir. Entregar... ¡Todo eso es muy distinto de preservar! Nuestra fidelidad no tiene nada que ver con la buena conservación de un patrimonio. Nuestra fidelidad no se reduce a velar a los muertos y alimentar recuerdos. Es algo muy distinto de un mecanismo bien engrasado de la memoria. La fidelidad es un riesgo: ¡es una fidelidad en pie!

¿Qué hacéis con la Palabra? La Iglesia es infiel cuando la esconde bajo el peso de las costumbres, de los hábitos, bajo una minucia exagerada o un control esterilizante. La Iglesia es infiel cuando la Palabra ya no es un grito, un deseo que hace surgir la vida. Cuando los interrogantes quedan yugulados bajo el pretexto de que son inconvenientes o poco fiables. Cuando la búsqueda se ve trabada por la sospecha de que es aleatoria. Cuando el temor nos frena, en vez de movernos a buscar nuevos caminos para el Evangelio. Cuando la justicia y el amor, la verdad, la reconciliación y la paz siguen siendo palabras sin alma, aunque se repita fielmente que son principios de vida.

Hay que arriesgar, porque el Reino está por entero en la semilla, y la semilla tiene siempre sabor a riesgo y a aventura, sabor a vida. La Iglesia no ha recibido más que una moneda de oro, y su herencia lleva por nombre «Jesús» viviente. «Viviente» es, por toda la eternidad, un participio presente: ¡la fe se conjuga siempre en voz activa!

*
**

**Danos la audacia de la fe
y la fidelidad de los que saben
que su tesoro está en el futuro
que Tú prometes para siempre.**

Leer y comprender a Lucas

La venida del Hijo del hombre (Lc 19,29 — 21,38)

Jesús se encuentra ya en Betania (19,29); está a punto de bajar por el monte de los Olivos y entrar en el templo por la puerta oriental. Para captar todo el significado del cortejo en medio de la alegría popular y que celebremos cada año el domingo de Ramos, hay que releer al profeta Ezequiel (11,22-24 y 43,1-4). Sus oráculos nos permiten realmente descubrir en este hombre que avanza, montado en un pollino, a Dios mismo que viene a juzgar a la ciudad que se dispone a matar al último de los profetas.

El discurso escatológico adquiere por ello mayor relieve, pero exige ser correctamente leído. En efecto, cuando Lucas recuerda el anuncio de la destrucción de la ciudad y de la ruina del templo, sabe que estos acontecimientos ya han tenido lugar. Así pues, su propósito no es apartar al lector de las vicisitudes de este mundo para proyectarlo a un futuro indefinido, sino, al contrario, remitirle a aquellos acontecimientos proponiendo una lectura de los mismos guiada por la fe.

Por otra parte, los Sinópticos ponen deliberadamente el relato de la muerte y resurrección de Jesús a continuación del discurso escatológico; en efecto, es entonces cuando la historia del mundo se realiza definitivamente. Con el discurso escatológico, Lucas plantea la siguiente cuestión: ¿qué pasa con la historia de los hombres, ahora que ha desaparecido el templo visible? Al mismo tiempo, da dos respuestas sacadas tanto de la Escritura como de los hechos de que ha sido testigo. Por una parte, toma nota de la devastación de Jerusalén (21,20-24) y, a la manera de los profetas, ve en esa destrucción la consecuencia lógica de los pecados de la Ciudad santa; por otra, si confirma las persecuciones padecidas por los discípulos (21,12-19), sabe también que la Buena Nueva se ha extendido por todo el imperio hasta Roma. Por eso el discurso termina con una nota optimista: la destrucción de Jerusalén no es la última palabra de Dios. Por lo demás, ¿no había advertido ya Jesús a sus adversarios que el Hijo del hombre no vendría hasta que los hombres dijeran: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» (13,35)? Fiel a sí mismo, el evangelista concluye el discurso con una perspectiva de salvación.

*
**

**Dios, Señor de lo imposible,
¿a quién iremos?:
Tú tienes palabras de vida eterna.
Guíanos con tu Espíritu:
despójanos de nuestras falsas riquezas
para que entremos en el mundo nuevo,
nuestro mundo renovado para siempre.**

ADHESION

1 Macabeos 2,15-29. *Por un lado, los enviados del rey Antíoco, encargados de difundir el culto al rey divinizado; por otro, Matatías y su familia, animados por el empeño de defender la fe de sus antepasados. Por un lado, el mal que va creciendo; por otro, una resistencia obstinada. La escena tiene lugar en Modín, una aldea situada a 30 km. al norte de Jerusalén. Como en el caso de Eleazar, los comisarios reales son conscientes de las repercusiones que tendría sobre el pueblo la apostasía de los Macabeos. Por eso su discurso es muy persuasivo: Matatías y sus hijos serán colmados de regalos y admitidos en la corte real si abandonan la fe de sus padres. Además, ¿por qué se empeña Israel en aislarse de las demás naciones?*

Pero el sacerdote de Modín se niega y exhorta a sus hijos a luchar hasta la muerte. En su celo por la Ley, mata a un compañero apóstata, así como a uno de los emisarios del rey. Luego emprende la guerrilla, mientras que otros muchos judíos se retiran al desierto.

El salmo 49 subraya la importancia del incidente de Modín. Se trata de una requisitoria pronunciada por Yahvé personalmente ante toda la tierra.

Lucas 19,41-44. *«Al llegar cerca de Betfagé y Betania, al pie del monte llamado de los Olivos, envió a dos de sus discípulos diciendo...» Con estas palabras comienza Lucas su relato de la entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén. Después de la parábola de los talentos, Jesús aparece así bruscamente en el monte de los Olivos. La localización es significativa; en efecto, esta venida de Jesús recuerda el oráculo del profeta Ezequiel, que anunciaba el retorno de la gloria de Yahvé «por la puerta que mira a oriente» (43,4). Así pues, en la persona de Jesús se esboza la visita escatológica de Dios a la Ciudad santa. Sin embargo, es de advertir que Jesús entra en Jerusalén como mensajero de paz; es acogido como tal por los discípulos, que evocan con sus exclamaciones el canto de los ángeles en Belén (cf. 19,38b).*

Pero Jerusalén va a rechazar la paz. Entonces el rey pacífico se convierte en profeta y en juez. Por tres veces va a hacer oír Lucas el juicio de Dios sobre la ciudad que ha despreciado a su Señor. Lo hace aquí con términos que recuerdan el asedio de Jerusalén por las legiones romanas en el año 70 d.C., lo cual indica que, como sus contemporáneos cristianos, Lucas considera este acontecimiento como el cumplimiento de la sentencia divina.

**

«Sacrificad y os veréis honrados con muchas dádivas»

Es extraño: el mundo en que habitamos está poblado de ídolos. Unos erigen en ídolos a los objetos de sus deseos; engañándose, se olvidan de que los objetos del deseo humano no tienen más que un vínculo simbólico con la felicidad, cuya búsqueda moviliza toda la existencia. El camino se convierte entonces en meta, y las etapas en fin. Otros, para promover un valor aislado de los demás y absolutizado —la verdad, el conocimiento, el arte...—, ejercen sobre ellos mismos y sobre los demás una tiranía que los transforma en propagandistas fanatizados, en inquisidores y hasta en terroristas. Y otros, con pretensiones más modestas, practican en la rutina diaria furtivas genuflexiones ante esos ídolos hechos a su medida que son el dinero, el prestigio, el placer, el poder. «Sacrificad y os veréis honrados con muchas dádivas». ¡Cuántos dioses a imagen de nuestros temores, de nuestras aspiraciones, de nuestras fatalidades...!

«¡El Cielo nos guarde de abandonar la Ley!» En adelante, esta súplica forma parte de nuestra vida, a la vez como una experiencia cuyos frutos podemos juzgar y como una exigencia nunca cumplida. En el seno de este mundo humano sembrado de fetiches, nuestra fe nos encarga una tarea, la de denunciar a cada uno de ellos, diciéndole: «Tú no eres Dios». Sí, tenemos vocación de ateos. De los primeros cristianos no se decía que fueran hombres edificantes y virtuosos; se les acusaba de ser inmorales, porque no sacrificaban a la religión del emperador... ¡porque eran ateos! Nuestra fe es iconoclasta, porque tiene la vocación de denunciar los falsos absolutos, de relativizar los fanatismos, de criticar las componendas alienantes de lo cotidiano.

«Sacrificad y os veréis honrados con muchas dádivas». Nuestra fe denuncia las ilusiones: la felicidad estará en la contemplación y en el silencio. Combate sin tregua por liberarnos. Es preciso que muera el ídolo que fascina y estrecha la mirada, para que viva el verdadero nombre de Dios. Cuando se disipa el ídolo, espejismo de un absoluto sustitutorio, entonces aparece el Verbo, imagen del Invisible, único acceso al Padre. Y nuestro deseo coincide con el de Dios: «¡Cuánto me gustaría reunir a todos mis hijos!».

**

**Dios único y verdadero,
Tú nos llamas hijos tuyos;
desenmascara nuestros apegos engañosos
y denuncia nuestras ilusiones.
Reúnemos mediante tu palabra:
que nos sea dulce
adherirnos a Ti
por los siglos de los siglos.**

SUBAMOS A PURIFICAR EL SANTUARIO

1 Macabeos 4,36-37.52-59. Se puede decir de 1 M que es una «trilogía» (TOB); efectivamente, es el relato de las hazañas de los tres hijos del sacerdote Matatías, especialmente las de Judas Macabeo, que durante seis años peleó contra el representante del rey Antíoco. Tras sus primeras victorias, se decidió a restaurar el culto legítimo y ordenó para ello la purificación del templo, construyó un altar nuevo y, a mediados de diciembre del 164 (año 148 de la era seléucida), en el tercer aniversario del sacrificio ofrecido a Zeus, ofreció allí un sacrificio conforme a la Ley.

De esta manera el calendario judío se enriqueció con una nueva fiesta, la «Dedicación» o Hanukká. Esta fiesta, que duraba ocho días, comprendía, además de los sacrificios, el canto de los salmos (el Hallel) y procesiones con palmas y ramos verdes. Se encendían también lámparas en las ventanas de las casas (una más cada día de las fiestas), lo cual hizo que se la llamara «fiesta de las luces» y que fuera muy popular. Ya 2 M subrayaba su semejanza con la fiesta de las Tiendas, una coincidencia afortunada, ya que los Sukkot recordaban la inauguración del primer templo.

El salmo es sustituido hoy por extractos de una oración de alabanza puesta por el Cronista en labios del rey David (1 Cro 29). Esta oración forma parte de un testamento real y subraya el interés del monarca por el Templo.

Lucas 19,45-48. La Biblia se mostró siempre dubitativa sobre las prerrogativas sacerdotales de los reyes judíos; pero, de hecho —dado que «el rey era el fundador o el bienhechor del santuario, pues era él quien, llegada la ocasión, organizaba la construcción o el mantenimiento de las construcciones y desempeñaba además una función privilegiada en el servicio de la liturgia que se celebraba en aquel santuario» (L. Monloubou)—, se le reconocía un «verdadero derecho de patronato». Incluso el profeta Ezequiel, que en su proyecto de Constitución había modificado radicalmente el estatuto del príncipe, le dejó algunos privilegios, sobre todo el de presidir los sacrificios desde un estrado levantado ante la puerta oriental, por la que podía penetrar en el interior del edificio, con el resto de la población.

«Jesús entró en el Templo». ¿Qué viene a hacer allí? A manifestar el sentido de la realeza, escribe la TOB, restaurando el culto digno de su Padre. Así pues, Jesús no viene para una restauración pura y simple de la liturgia judía; viene a instaurar un culto nuevo, el culto «en espíritu y en verdad», el que inaugurará de hecho en el cenáculo y en el Gólgota. Desde el principio había planeado un equívoco sobre el santuario de Jerusalén: ¿no había sido construido a pesar de la prohibición expresa del profeta Natán? Desde el principio, había sido fruto de una desobediencia, y las generaciones sucesivas habían culminado la obra de los antiguos convirtiéndolo en una «cueva de bandidos». Cuando Jesús, que acaba de ser aclamado como rey, penetra en el templo por su puerta oriental, lleva a cabo un proyecto concreto: inaugurar con su sangre un culto «vivo, santo, agradable a Dios» (Rom 12,1).

**

«Mi casa será Casa de oración».

Jesús habla del Templo para denunciar lo que los hombres han hecho de él: una casa hecha a la medida de los hombres.

Nuestra casa es nuestro hogar, el lugar donde nos encontramos a nosotros mismos, es decir, donde dejamos caer nuestras caretas para ser lo que somos. Nuestra casa es nuestra vida. Y la hemos arreglado a nuestra manera, a nuestra medida.

«Mi Casa será Casa de oración». Esta es la decisión del cristiano. Su vida no le pertenece: ¡ya no es dueño en su propia casa! Su casa se ha convertido en la morada de Dios. «Mi Casa es Casa de oración», y la oración es creación.

Mi vida ha de ser un largo aprendizaje de la libertad, dentro mismo de mis propias torpezas. En vez de ser el refugio en que me repliego sobre mis seguridades, mi vida, en la decisión de mi fe, se abre a lo inesperado. Como hace el alfarero, haciendo surgir una forma inesperada del barro compacto tras un largo aprendizaje de sus manos, después de haber ido madurando lentamente en su interior lo que quiere dar a luz.

Mi casa será casa de oración, y la oración es confianza, abandono a la palabra de gracia. Cuando ha dejado el trapecio y se lanza al vacío de una trayectoria bella y peligrosa, el acróbata se despliega y se ofrece a las dos manos extendidas, abiertas allá abajo, que le van a permitir elevarse con gracia de nuevo hacia la cúspide. Mi vida, en vez de encerrarse en las paredes estrechas de una morada pequeña, se arriesgará a mirar hacia el cielo y hacia esas dos manos extendidas que me llaman.

«Mi Casa será Casa de oración». En vez de estar construida a la medida de nosotros mismos, nuestra vida se abrirá al poder del Padre: «Si el Señor no construye la casa, en vano se esfuerzan los constructores». Nuestra vida, en vez de ser tan sólo una vida humana, se convierte entonces, por gracia, en una vida consagrada, en un templo santo: «¿No sabéis que sois el Templo de Dios?».

*

**

**Tú haces en nosotros tu morada,
construida sobre tu palabra, consolidada por tu gracia.
Dios, nuestra roca, nuestra salvación,
conságranos por la fuerza del Espíritu:
nosotros seremos el templo
elevado en alabanza de tu nombre
en este siglo y por los siglos venideros.**

Sábado de la trigésima tercera semana

VIDA NUEVA

1 Macabeos 6,1-13. *Al rey Antíoco le van mal las cosas: fracasa donde el gran Alejandro había triunfado. Elimaida designa la región montañosa de Elam, al este del Tigris; había allí un santuario dedicado a la diosa Artemisa. Los indígenas defendieron victoriosamente el templo contra los manejos del Selúcida, que quería su tesoro. Despechado, Antíoco se retiró; fue entonces cuando se enteró de la restauración del culto judío. Son interesantes las reflexiones que el autor de 1 M pone en labios del rey: en su lecho de muerte, atribuye sus recientes desdichas a la profanación del templo de Jerusalén. Se advertirá que el historiador Polibio dice lo mismo, pero hablando del templo de Artemisa. De hecho, Antíoco moriría antes de que acabaran los trabajos de restauración emprendidos en la capital judía; vemos así cómo los edificios religiosos fascinaban a los hombres de la antigüedad.*

El salmo 9 es muy heterogéneo; los versículos que aquí se recogen expresan la satisfacción por la derrota de los enemigos.

Lucas 20,27-40. *En el Templo, Jesús se encuentra solo ante sus jueces; están allí los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos. Varias polémicas enfrentarán al profeta galileo con la parte más influyente del sanedrín. La cuestión de la resurrección de los muertos era una de las que, desde hacía dos siglos, dividían a los judíos entre sí. Los fariseos compartían la creencia popular en una resurrección de los cuerpos, considerada de una forma muy materialista e ingenua, mientras que los saduceos, que rechazaban los libros proféticos, prohibían la adhesión a esta doctrina nueva. Le plantean, pues, a Jesús una cuestión académica, intentando probablemente ridiculizarlo.*

La respuesta de Jesús es doble. Por un lado, afirma su fe en la resurrección y, sin querer apoyarse en el profeta Daniel toma el libro del Exodo (reconocido por los saduceos) como testigo de su creencia. Dios se reveló en él a Moisés como «el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob», expresión que indicaba la protección y el favor divinos. De ahí la pregunta acerca de si esta protección cesaba con la muerte. A partir de los mártires de la época macabea, la respuesta negativa a dicha pregunta fue ganando adeptos: Dios se definía como «el Dios de los vivos», y sus promesas iban más allá del umbral de la muerte. Pero, aunque Jesús comparte la creencia popular, también previene contra una representación demasiado ingenua de la condición de los resucitados: «son como ángeles», dice; son los herederos y participantes del mundo nuevo.

*

**

Eran siete hermanos y su desgraciada cuñada... Quieren poner a prueba a Jesús. Pero éste afirma que todos sus criterios han quedado desfasados: sólo sabéis hablar del Reino con imágenes antiguas; pero hay que poner el vino nuevo en odres nuevos.

¿Cómo hablar de este orden nuevo si no experimentamos en nuestro corazón que ya hemos pasado a la otra orilla, con Cristo resucitado? En El somos vencedores de las fuerzas de muerte, aunque éstas nos sigan acosando: ¡lo viejo ha desaparecido! Gracias a nuestra experiencia pascual, el mundo sabe lo que ni siquiera se atrevió realmente a imaginar: la muerte es «contra natura».

En la humildad de nuestra fe y en la debilidad de nuestra esperanza, nosotros afirmamos que pertenecemos a un mundo nuevo, de forma que podemos llamar hermanos a las personas extrañas a nuestra cultura, ajenas a nuestras opiniones y distintas de nosotros por su nacimiento. De forma, también, que podemos decir que somos un solo cuerpo, a pesar de todo lo que aún nos separa. Y de forma que podemos afirmar que somos santos, a pesar de nuestro pecado personal y colectivo. Todavía vemos a la muerte actuando por doquier, pero no dejamos de decir: «El ha resucitado».

En la cuestión planteada a Jesús, todo gira en torno a la muerte. Es ella la que determina las decisiones y fija las reglas. Puesto que creemos en la resurrección de Jesús, todo está ya polarizado por este nuevo giro: ¡es la Vida el motor de nuestra vida! Sí, sentimos pasión por la vida; somos gente viva, ¡muy viva! Y si creemos en la vida, es porque experimentamos que la resurrección de Jesús es el secreto luminoso del mundo: nuestro Dios es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de los vivos. Por eso amamos la vida.

*
**

Te damos gracias,

Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob.

**Tú hiciste alianza con nuestros padres,
y ellos viven eternamente para Ti.**

Te damos gracias,

Dios de Jesucristo.

Tú hiciste alianza con El, y El sigue siendo fiel;

**Tú lo llamaste a la vida en la mañana de Pascua,
y El vive eternamente para Ti.**

Te damos gracias,

Dios de todos los vivos.

**Tú renuevas tu alianza con todos los hombres
para que vivan de tu vida.**

Más allá de la muerte,

Tú nos llamas por nuestro nombre;

por eso podemos unir nuestras voces

a las de todos los vivos que te rodean

para cantar la victoria de la vida que nos ofreces.

DEL LUNES AL SABADO DE LA TRIGESIMA CUARTA SEMANA

LA VIRTUD DE LA ESPERANZA

Cada día hay que reconstruir. Reconstruir el mundo y reconstruir la esperanza. Nuestro tiempo, como todos los siglos, es el tiempo de la resurrección que actúa en esta era. Tal vez haya quienes os hablen de una isla de ensueño en la que todo será mejor que aquí. Pero el Evangelio nos dice: «¡Vivid allí donde estáis!», porque no hay otro lugar adonde pueda llegar la Buena Nueva más que nuestra vida cotidiana, y el Evangelio está escrito en presente. Sí, ¡Dios está en lo cotidiano!

Será vuestra perseverancia la que os permita obtener la vida. La esperanza es una gracia ofrecida que hay que recibir y que se alimenta del cumplimiento de nuestras expectativas y de su reactivación, más que de su fracaso. La esperanza nos enseña que la Iglesia es falsamente espiritual cuando deja de interesarse por los hombres. La esperanza nos atestigua que el Reino de Dios sólo se nos da en nuestra adhesión a la belleza y a la grandeza de este mundo, porque se teje sobre la misma trama que nuestro hoy.

Ha llegado la hora. Es la de todos los días, cuando los hombres y las mujeres se entregan a la vida, a la muerte. Nuestra esperanza estará siempre amasada con los gozos y las penas del mundo, con sus sufrimientos y sus deseos. Será como su trama oculta y secreta, que expresa el sentido de la urdimbre y conduce la historia a su término. Y si los cristianos no son ya «del mundo», es porque ya se les ha dado ver el término de la historia y su finalidad: «Donde yo esté, allí estarán también mis servidores: ésta es la promesa de Jesús en la víspera de su muerte, y tiene toda la fuerza de un testamento.

*
**

Padre santo,

**es tu Hijo el que te pide
por los que Tú le diste.**

Abrásanos con un fuego nuevo

para que conozcamos la gloria que está en nosotros.

Entrégnanos al amor sin reservas

para que conozcamos el gozo perfecto.

Sumérgenos en la muerte de tu Hijo;

que renazcamos a la Vida

participando de su resurrección

El universo apocalíptico

Meditando en los sucesos de su época, el profeta proclamaba generalmente su confianza en un cambio total de la historia. Pero llegó el tiempo en que el profeta no veía ya ninguna posibilidad de renacer, y entonces también desapareció la esperanza. En tiempos del libro de Daniel, ni siquiera había profetas; la historia estaba muda, y Dios mismo parecía haber callado. ¿Qué ocurrió entonces?

Recordemos las circunstancias que rodearon la redacción del libro de Daniel. El 164 a.C., Palestina pertenece a los Seléucidas de Siria, que son, junto con los Láguidas de Egipto, los sucesores de Alejandro. Antíoco IV Epífanes sueña con unificar su vasto imperio imponiendo a todas las provincias la misma lengua, las mismas costumbres y la misma religión. En Palestina choca con una viva oposición que llega hasta la rebeldía y la declaración de independencia. ¿Cómo reacciona el autor de Dn?

De hecho, actúa como los profetas: sigue escudriñando la historia y diciendo cuál es su sentido, pero su horizonte se ha ensanchado notablemente. En efecto, si para él los sucesos contemporáneos siguen formando la cara visible del combate entre el Bien y el Mal, ese combate ha adquirido dimensiones cósmicas. Así es como, en los apocalipsis, ese combate, aunque sigue enraizándose en la historia de los hombres, muchas veces se desarrolla entre el cielo y la tierra, como si sus autores quisieran indicar su voluntad de tomar altura respecto a los acontecimientos, como si no se interesasen más que por su significación más profunda.

En este mismo sentido, vemos que los apocalípticos ensanchan su visión del tiempo. Partiendo del hecho de que los acontecimientos de que son testigos constituyen un episodio más de la lucha entre el Bien y el Mal, sienten la tentación de compararlos con otros períodos de la historia. Así, la sublevación de los judíos contra Antíoco le recuerda al autor de Dn los combates emprendidos contra Babilonia. En ambos casos constata la misma voluntad de salvar, si no la independencia, al menos, la identidad nacional.

En el fondo, los apocalípticos adoptan la función de «centinelas» que habían ejercido los profetas. Encontrándose como en un punto de la historia, miran el pasado y el futuro para intentar descifrar el presente; se interesan por los antecedentes e intentan descubrir los encadenamientos que han llevado a la crisis contemporánea; se interrogan por el «fin» de la historia, «ese eschaton hacia el que se encamina la historia en cuanto cumplimiento de los designios secretos de Dios» (P. Grelot). Se esfuerzan por descubrir, en el trozo de historia que han seleccionado, «el vector que la arrastra en dirección a la meta querida y prevista por Dios» (ibid.). Los apocalipsis se presentan así como una «revelación», como un «desvelamiento».

Esta voluntad de distanciamiento tiene dos consecuencias. En primer lugar, los apocalípticos ya no son hombres de la palabra, sino «visionarios»; su lenguaje ya no es el discurso, sino la imagen. Se simboliza la lucha entre el Bien y el Mal y se pinta el porvenir escatológico con colores brillantes. Los autores recurren con frecuencia al mito, especialmente a las tradiciones del libro del Génesis. Por otra parte, el ensanchamiento del período histórico por el que se interesan les permite anticipar la fecha de sus visiones e incluso situar su obra bajo el patrocinio de alguno de los héroes del Antiguo Testamento (pseudonimia). Así, las aventuras de los personajes del libro de Daniel no se sitúan en el tiempo de los Seléucidas, sino en la época del destierro en Babilonia. Este procedimiento, lo mismo que la utilización de los símbolos, tiene además la ventaja de proteger el carácter confidencial del libro.

Finalmente, ¿qué lección sacan los apocalípticos de su meditación de la historia? También en esto son inseparables de los profetas. Estos subrayaban que la historia humana era una historia santa, polarizada por el cumplimiento de una promesa divina, puesta en tela de juicio, a su vez, por el pecado. La historia quedaba así sembrada de juicios divinos que dejaban vislumbrar constantemente una promesa de salvación. Los autores apocalípticos generalizan la experiencia de los profetas. En ellos, el combate entre el Bien y el Mal desemboca en un último Juicio, anunciador de la Salvación definitiva. Así pues, sustituyen un mundo en donde no se ha alcanzado la finalidad buscada por Dios, por otro mundo en el que esa finalidad ya se ha alcanzado plenamente. De esta manera son mensajeros de esperanza.

*
**

**Dios del futuro,
¿cómo vamos a dudar de tu promesa?
Tu Hijo se levantó de entre los muertos
para hacernos vencer a la muerte.
Primogénito de los vivientes,
camina delante de nosotros.
Aunque nos vemos maltratados por nuestro tiempo,
éste nos conduce ya hacia tu Día.
Te pedimos, Señor:
puesto que creemos en su palabra,
que se quede con nosotros
cada día, hasta el final de los tiempos.**

¡DICHOSO EL POBRE!

Daniel 1,1-6.8-20. *El capítulo 1 sirve de introducción general a todo el libro de Daniel. Pone en escena, en un marco histórico ficticio (las costumbres que se mencionan son más propias de la corte de Persia que de la de Babilonia), a cuatro jóvenes nobles desterrados en Babilonia, con el rey de Judá y destinados a servir al nuevo soberano. Son educados en las escuelas de los escribas, donde aprenden la escritura cuneiforme, y son mantenidas por el rey, lo cual representa un signo de gran honor.*

Sin embargo, se niegan a comer de la comida real por no infringir las normas alimentarias de la ley mosaica. De este capítulo se desprenden dos lecciones: por una parte, la ascesis de los jóvenes; por otra, su respeto a la Torah. Todo esto les proporciona una sabiduría superior a la de los magos y adivinos del reino. Esta sabiduría debe entenderse en un contexto de ciencias ocultas, ya que Dn 2 y 5 muestran la vanidad de este conocimiento frente a la sabiduría dada por Dios. Dn 1 deja entrever así su género literario: se trata —como en todos los seis primeros capítulos del libro— de un relato edificante, destinado a probar que es posible la observancia de la Ley incluso en ambientes paganos. Daniel y sus compañeros son el modelo de los judíos fieles que, en la época de Antíoco, resistieron, a veces hasta la muerte, a los intentos de helenización impuesta a su patria.

Más antiguos que el resto de Daniel, los vv. 52-90 del cap. 3 constituyen un cántico de bendición. En el momento en que el rey Antíoco hace levantar la estatua de Zeus Olímpico en el templo de Jerusalén, ellos recuerdan oportunamente que sólo el Dios único tiene derecho a la adoración de todas sus criaturas.

Lucas 21,1-4. *El pueblo tiene ahora que elegir. En el cenáculo, Jesús lo va a dar todo, su cuerpo y su sangre, como esa pobre viuda que echa en el cepillo «todo cuanto tenía para vivir». Los adversarios de Jesús, esos escribas que buscan los primeros lugares y devoran la fortuna de las viudas, arramblan con todo, incluso con la religión. En el momento en que Jesús, en su último discurso, va a anunciar la destrucción del templo de piedra, ¿por quién nos decidimos nosotros? ¿Por los defensores del antiguo régimen o por el que se declara capaz de levantar el templo en tres días? Es grande la tentación de no llegar hasta el final de la prueba; hay que recordar que Jesús está en Jerusalén y que llegará hasta el final de su destino.*

*
**

¡Dichosos los pobres! No es posible ignorarlo: el Evangelio está en favor del desprendimiento.

La viuda del atrio del templo ha de ser un ejemplo para los discípulos: lo ha dado todo. Sin hacer cálculos. Lo ha dado todo por nada: ¿qué representan dos moneditas en el tesoro del templo? Lo ha dado todo, gratuitamente.

Si Jesús pone a esta mujer como ejemplo, es porque la fe del discípulo debe ser reflejo de su actitud. Tenemos que darlo todo. No simplemente la adhesión de nuestra mente a unas verdades que creer. Ni simplemente la aceptación cordial de unos cuantos valores. Ni solamente la adhesión de nuestra voluntad a un proyecto que nos seduce por su elevación. Tenemos que darlo todo, esto es, desprendernos de nosotros mismos. Desprendernos de todo y, por tanto, darnos al otro. ¡Dichoso el pobre cuando se entrega al otro!

Jesús proclama dichosa a esta mujer porque, habiéndolo dado todo, puede recibirlo todo. La pobreza es otro nombre de la liberación. Ser pobre de definiciones y de dogmas para ser libre de acoger una palabra viva. Ser pobre de sentimiento religioso para ser libre de contemplar un rostro y un misterio. Ser pobre de comportamiento y de moral para ser libre de inventar una respuesta a la medida de la llamada.

Ella lo había dado todo, sin calcular sus necesidades, gratuitamente. Y lo que recibió sobrepasó toda medida: «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino de los cielos».

**

**Tu amor es desmedido, Dios y Padre nuestro,
y tu gracia es profusión.
Crea en nosotros un corazón libre,
pobre de toda seguridad
para reconocer tu Palabra;
pobre de toda certeza
para descubrir tu rostro;
pobre de toda buena conciencia
para vivir de tu misericordia.**

¿ES YA EL FIN?

Daniel 2,31-45. Los antiguos daban mucha importancia a los sueños premonitorios; la Biblia reconoce igualmente que éstos tienen cierto valor, aunque los considera como inferiores a la palabra profética. Al dar un primer ejemplo de esta sabiduría que Daniel había recibido como recompensa de su fidelidad a la Ley, Dn 2 critica de hecho la adivinación pagana. Ninguno de los sabios babilonios había logrado interpretar el sueño del rey. Es verdad que éste les había puesto una prueba de especial dificultad, ya que no solamente tenían que explicar el sueño, sino además contarlos sin conocerlo antes.

El rey había visto una estatua hecha de diversos materiales, cada vez menos nobles. Este sueño era una alegoría que tenía que ver con la historia de los reinos terrenales que se habían sucedido desde el imperio babilónico (oro) hasta la herencia de Alejandro (hierro), dividida entre los Láguidas (hierro) y Seléucidas (barro cocido). Esta composición mixta de los pies del coloso indica la rivalidad que separaba a los Láguidas y a los Seléucidas, al mismo tiempo que subraya la fragilidad del reino seléucida, que pretendía imponer su ley a Israel. Bastará con una piedrecita para derribarlo.

De esta piedra se dice que se desprenderá de una montaña, «sin intervención de mano alguna». Este detalle indica que, sin que intervengan los hombres, el derrumbamiento de los imperios terrenos será obra de Dios, que «hará surgir un reino que jamás será destruido». De esta manera, el libro de Daniel demuestra ser una crítica radical de todos los regímenes totalitarios; sólo el reino de Dios, un reino de justicia y de paz, conseguirá la eternidad.

Lucas 21,5-11. Cuando Lucas pone en labios de Jesús el anuncio de la destrucción del templo, éste ya no es más que una ruina, porque las legiones de Tito lo habían incendiado el 29 de agosto del año 70. Así pues, el evangelista no especula con el anuncio como con el significado del acontecimiento. La alianza de Dios con los hombres se ha roto, y ha desaparecido el lugar de su presencia.

Hay una diferencia notable entre el apocalipsis del cap. 17 y el del cap. 21. El primero se esfuerza en sacar para cada individuo las consecuencias de la venida del Hijo del hombre; el segundo considera esta venida en el plano general de la historia de los pueblos, como tienden a señalar

las repercusiones del acontecimiento en el marco cósmico en que se desarrolla el destino de las sociedades (cf. vv. 10-11.). La cuestión está, finalmente, en saber lo que ocurre con la historia humana después de la desaparición del templo. En otras palabras, ¿cómo se dará a leer ahora Dios a los hombres? La respuesta completa a esta cuestión no podrá darse más que a la luz de la muerte y la resurrección de Jesús; sin embargo, esta reserva no le impide a Lucas sacar algunas conclusiones del discurso escatológico.

Se advertirá, primero, el cuidado con que el evangelista ha adaptado el discurso a la mentalidad de sus lectores. En el v. 9, a propósito de las guerras y de las sublevaciones, escribe que «es necesario que sucedan primero estas cosas, pero el fin no es inmediato». Pues bien, la palabra «fin» no tenía el mismo sentido para el lector judío que para el lector griego. Mientras que el judío comprendía el «fin» en términos de cumplimiento, el pagano, poco sensible al valor escatológico del tiempo, lo consideraba como la conclusión de un ciclo que vuelve a comenzar. Distinguiendo cuidadosamente el fin de lo que lo precedía, Lucas señalaba el fin de los tiempos en el hoy, de manera que ese hoy se convertía en el «tiempo cualificado» por excelencia (X. Léon-Dufour), en el tiempo de la salvación. En adelante, cada acontecimiento tiene que situarse con respecto a la brecha abierta en la historia por la encarnación.

**

«Habrá grandes terremotos, peste y hambre en diversos lugares, habrá cosas espantosas..., pero el fin no es inmediato». El fin del mundo... Es verdad que muchos se aprovechan de esto para sembar el malestar y el miedo, para sacudir la esperanza de los hombres: ¡son unos impostores! Porque lo que importa de veras es levantar la cabeza y vivir.

Ciertamente, nos gustaría poder programar el futuro. Nos gustaría que vinieran días de seguridad y de tranquilidad, más que luchar sin ver el final de la noche. Pero desconfiad de los que sueñan: ¡se niegan a vivir!

Cristianos en medio de un mundo agitado, ¿qué testimonio damos? De qué somos testigos cuando la paz tarda en llegar y la tierra tiembla bajo nuestros pasos? Las guerras y los conflictos no cesan de desgarrar nuestro mundo, y hemos de reconocer que el corazón del hombre está enfermo. Pero queremos que el hombre sea feliz y nuestro testimonio nos lleva a protestar, a tiempo y a destiempo, contra la escalada de la muerte. Y continuamos en nuestra carne la pasión de Jesús por la vida.

«Se eclipsó el sol y la obscuridad cayó sobre toda la tierra hasta la hora nona». En aquella hora murió el Hijo de Dios. ¿Era el fin del mundo? Los discípulos así lo creyeron: todo había terminado; ya no había nada que esperar. Pero sobre el Gólgota brillaba ya la luz de la Pascua.

Cada día hay que ponerse a reconstruir de nuevo. Reconstruir el mundo y reconstruir la esperanza. Nuestro tiempo, como todos los siglos, es el tiempo de la resurrección que actúa en esta era. Tal vez haya quienes os hablen de una isla de ensueño en la que todo será mejor que aquí, pero nuestro sol de Justicia, Jesús, se ha levantado de entre los muertos para decirnos: «¡Vivid, dondequiera que estéis! ¡Yo estoy con vosotros todos los días!» Será con nuestra perseverancia como obtendremos la vida.

*
**

**Dios del futuro,
tu promesa es para siempre.
Que ella sea la seguridad de nuestra fe
y la fuente de nuestra esperanza.
Y que constituya nuestra dicha por toda la eternidad.**

Miércoles de la trigésima cuarta semana

PERSEVERANCIA

Daniel 5,1-6.13-14.16-17.23-28. *Este capítulo empieza dando una nueva idea de la esclavitud de Daniel. Mientras que, con gran pavor del rey Baltasar (se trata de Bel-shar-usur, hijo, no de Nabucodonosor, sino del último rey babilonio Nabónides), los adivinos oficiales se han mostrado incapaces de leer y descifrar la inscripción misteriosa escrita en las paredes del salón de banquetes de palacio, Daniel lo logra sin ninguna dificultad. Como ha profanado los vasos sagrados del templo de Jerusalén, Baltasar será asesinado y su reino repartido entre los medos y los persas.*

Pero Baltasar no es, evidentemente, más que un nombre ficticio. No es a él a quien se refiere Daniel, sino a Antíoco Epífanés, el Seléucida impío que el 169 a.C. había saqueado el templo de Jerusalén, antes de profanarlo, en el 167, con la erección de un altar idólatra. Se observará, por otra parte, que el banquete ofrecido por Baltasar termina en una borrachera general, lo cual podría hacer alusión a las orgías de las Bacanales introducidas en Jerusalén por Antíoco. Por tanto, Dn 5 es un buen ejemplo de ficción histórica que permite atacar a Antíoco veladamente.

Lucas 21,12-19. *Escribir que, como si se tratara de un faro, la venida de Jesús ilumina el desarrollo de la historia, es repetir de otra forma el oráculo de Simeón relativo al signo de contradicción. A la luz de esta venida, Lucas vuelve a leer el destino de la Iglesia y el de Jerusalén.*

Primero el de la Iglesia: esa Iglesia que se enfrenta con una persecución desencadenada contra ella por los judíos que, después de la caída de Jerusalén, han tomado una conciencia más viva de su identidad propia y del peligro que representan los cristianos. El cuadro trazado por Lucas es un resumen del que nos pinta en el libro de los Hechos; por tanto, es preciso mirarlo a la luz de la esperanza que había hecho nacer en el corazón de los cristianos la difusión de la Buena Nueva en la capital misma del imperio. La exhortación termina con una llamada a la perseverancia. Se trata de superar lo que, a los ojos del evangelista, constituye la prueba suprema: desconfiar de la salvación de Dios.

*
**

«Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas». ¿Cómo podríamos dejar de esperar? La esperanza es el resorte de la vida y, cuando ésta no se ve sostenida por una esperanza, se debilita y se viene abajo.

ENCINTA-RECINTO

Pero ¿dónde se nos ofrece esa vida liberada de la que diríamos asombrados: «¡Eso es vivir!»? La buscamos sin cesar, y sin cesar se nos escapa, bien porque las condiciones de vida personales o sociales se hacen opresivas, bien porque nuestro deseo se hace cada día más hondo y resulta más difícil —y hasta imposible— de colmar.

¿Cómo justificar esta esperanza? Soñamos con una vida, no ya soprotada, sino creada; no ya impuesta, sino inventada; no ya codiciada, sino compartida; no ya temida, sino amada; y seguimos sufriendo la experiencia de una vida condicionada. Nuestras manos, llamadas a abrirse, se siguen cerrando, nuestros corazones siguen conociendo el miedo. Y estamos en un camino que conduce, no ya hacia el ideal de la luz, sino hacia el ahogo de la noche.

En esos momentos es cuando corremos el riesgo de que se nos presenten espejismos de esperanza —de una falsa esperanza— que nos harían vislumbrar, más allá del tiempo, lo que hoy se nos niega. Corremos entonces el riesgo de esperar con resignación que otro realice por nosotros, en un universo de ensueño, lo que nosotros renunciamos a intentar en la realidad demasiado dura.

Pero es precisamente entonces cuando hemos de dar testimonio; Jesús nos dice: «Yo vuelvo» —un presente que dura una eternidad—. Y conocemos la gracia de vernos tocados por la esperanza, una esperanza que no ocupa el sitio de nuestras esperas, sino que las rescita y viene a injertarse en ellas para darles un cumplimiento inesperado. La esperanza que vive de la reactivación de las esperas y no de su fracaso. La esperanza que nos dice que la Iglesia es falsamente espiritual cuando deja de interesarse por los hombres. La esperanza que nos atestigua que el Reino de Dios no se nos da más que en nuestra adhesión a la belleza y a la grandeza de este mundo.

«Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas». Habéis recibido la esperanza; ella os llevará a atestiguar hoy que el mañana está actuando ya en esta era.

*
**

**Dios de ayer, de hoy y de mañana,
tu Espíritu atraviesa nuestra historia
para atestiguar la fidelidad de tu promesa.**

**Que El sea el aliento de nuestro testimonio;
nuestro esfuerzo de hoy para dar a luz el mañana.
Y que nuestra perseverancia nos obtenga la vida
por los siglos de los siglos.**

Daniel 6,12-28. El libro de Daniel hace de Darío un rey meda, siendo así que la historia no conoce más que a Darío el persa, sucesor de Ciro y de Cambises. Poco importa esta cuestión, ya que, una vez más, no se trata de un relato histórico, sino de una historia edificante. Los cortesanos, envidiosos de la ascensión de Daniel, que recuerda la de José en Egipto, le tienden una trampa y obtienen del inconsciente Darío un decreto por el que prohíbe a todo el mundo orar, durante un mes, a otro dios que no sea el rey divinizado.

Esta divinización es anacrónica en tiempos de Darío, pero muy de actualidad en la época de Antíoco. En efecto, éste había obligado a todos sus súbditos, incluidos los judíos, a rendir culto a Baal, identificado con Zeus. El soberano seléucida, se consideraba, por otra parte, como la epifanía del dios griego; de ahí la expresión «dios manifestado» que acompañaba a su nombre en las monedas. Estas pretensiones suscitaron la resistencia de ciertos ambientes judíos que Antíoco se esforzó en eliminar mediante la persecución. Dn 6 constituye a la vez un panfleto político y una exhortación a preferir el martirio a la apostasía.

Lucas 21,20-28. Testigo del éxito de la misión cristiana, Lucas presenta una visión optimista del porvenir de la Iglesia. Ahora dirige su mirada hacia Jerusalén. ¿Qué porvenir tendrá la ciudad infiel? De hecho, cuando Lucas escribe, la ciudad ha sido ya destruida; las tropas romanas han acabado con su resistencia. Así, pues, el evangelista no hace un anuncio, sino una lectura en profundidad del acontecimiento. Para ello se sirve de un mosaico de textos del Antiguo Testamento que hablan de la «devastación» a la que Judá y Jerusalén serían entregadas debido a su infidelidad crónica a la alianza. Lo que le ha ocurrido a la ciudad es consecuencia de sus pecados.

¿Se ha perdido toda esperanza? A propósito de la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor, Jr 25 había fijado un límite a la represión babilónica: no pasaría de setenta años. En este sentido es como hemos de comprender el «hasta que se cumpla el tiempo de los gentiles». Jerusalén será castigada, pero durante un lapso de tiempo limitado. Por otra parte, es posible que Lucas comprenda este tiempo de los gentiles como el tiempo de su evangelización; de este modo compartiría la esperanza paulina de la conversión de Israel.

¿Qué ocurrirá después de ese tiempo? «Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas; y en la tierra, angustia de las gentes...» Se trata ahora de la suerte de las «naciones», aquellas mismas a las que Dios confió la misión de castigar a los rebeldes. Les tocará entonces a ellas conocer el miedo y la angustia, estando también este cambio de situación en conformidad con los oráculos proféticos, concretamente con el de Is 13 contra Babilonia. Como las naciones han superado los límites fijados a su intervención, Dios se levanta contra ellas. Así pues, Lucas relee los acontecimientos de su tiempo en una óptica y con un vocabulario totalmente tradicionales.

«Y entonces verán venir al Hijo del hombre en una nube con gran poder y gloria». El Hijo del hombre viene con los atributos de un juez para pronunciar la última palabra sobre la historia de los hombres. Pero aquel día los hombres estarán dispuestos a decir: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» (cf. 13,35). El juicio del Hijo del hombre es siempre una palabra de gracia.

*
**

¿Os habéis fijado en el hecho de que la misma palabra designa a la mujer que va a tener un hijo y a las murallas fortificadas que defienden la ciudad? ¿De las dos se dice que están encintas: encinta-recinto. La misma palabra designa lo que es más frágil y lo que es más fuerte, lo más humilde y lo más orgulloso. La mujer está encinta, portadora de una esperanza. Los recintos de la ciudad, por su parte, son el intento desesperado de los hombres por protegerse de las desgracias y creerse seguros: les gustaría garantizar la vida, pero las brechas que se abren en ellas dejan penetrar las amenazas de la muerte. La ciudad se esfuerza en replegarse; la injusticia se asienta en ella por todas partes, el egoísmo se impone, la intolerancia divide los ánimos. Y si a veces parecen prevalecer la justicia, la solicitud, la bondad, la paz y la reconciliación, ¿verdad que estas victorias suelen durar muy poco? Entonces, las mujeres encintas, portadoras de nuestras esperanzas, de la vida y del porvenir, ¿estarán también condenadas al desaliento?

A los profetas de calamidades, a los fatalistas que sacan —según dicen— lecciones de la historia, a los desanimados que se dejan abatir por los contratiempos y los fracasos, he aquí que se les anuncia esta increíble invitación: «Cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación». Extraordinaria convocatoria que resuena en la Iglesia a través de los siglos y de las vicisitudes de la historia.

Sí, la Iglesia, la Esposa del Hijo amado, está encinta. Ninguna muralla la protege, y no tiene más que su esperanza, basada en la promesa de Dios, para llevar a término la aventura de los hombres. «Cobrad ánimo y levantad la cabeza». La Iglesia no tiene otra forma de resistir a la adversidad y a la desesperación de los hombres, sino la de llevar en su seno una noticia que es germen de vida. Frente a las contradicciones no tiene para resistir sino esta humilde y frágil semilla que algún día dará a luz: «Cobrad ánimo».

¡Habrá signos en el cielo y en la tierra! Los derrotistas y los orgullosos tendrán que bajar la cabeza. Se les dará un signo: un niño en un pesebre, un condenado colgado de un patíbulo, pero también unos ángeles en el cielo que cantan la gloria de Dios y un sepulcro vacío que anuncia la irrupción de una vida nueva. La Justicia y la Paz tendrán la última palabra, ya que los pobres resistirán hasta la llegada de la promesa.

Nuestros recintos se rompen, las incertidumbres de nuestro tiempo los van desmantelando. Pero nosotros no seremos nunca como los que carecen de esperanza. Porque con nuestra madre, la Iglesia encinta, creemos que ya está construyéndose con nuestra vigilancia la Ciudad nueva, la Ciudad de la paz. Paz para los hombres y Gloria a Dios, nuestro Redentor.

*
**

**Que tu Palabra, Dios que diriges nuestra historia,
sea la luz de nuestras vidas.**

**Que el miedo no acabe con nuestra esperanza.
Manténnos en la confianza
y permítenos levantar la cabeza
para ver surgir los siglos sin fin.**

*
**

**Bendito seas, Padre nuestro, Redentor nuestro.
Cuando compartimos el pan de nuestras mesas humanas,
Tú lo consagras por tu Espíritu
y se hace primicia de los tiempos nuevos.
Puesto que alimenta nuestra esperanza,
que nos dé a saborear de antemano
lo que Tú nos preparas para la eternidad.**

*
**

**Señor Jesús,
al dejar a tus discípulos
te comprometiste a no dejarlos huérfanos.
Mira la fe de tu Iglesia
y danos de nuevo la paz
en este tiempo en que esperamos
tu venida gloriosa.**

*
**

Dueño del tiempo y de la historia,
¡bendito sea tu Nombre!
Padre de la vida y Dios de larga paciencia,
enséñanos el secreto del tiempo
y la sabiduría del engendramiento:
que nuestra esperanza no desfallezca,
dado que en este tiempo
el Reino está cerca de nosotros
para llegar a su granazón en los siglos sin fin.

*
**

Nadie remienda un vestido viejo
con paño nuevo.
Señor, despójanos
de nuestras estrecheces y de nuestra mezquindad.
Rejuvenece nuestros corazones para que entremos en la fiesta
del Esposo que viene a buscarnos
al ritmo de su amor.

Viernes de la trigésima cuarta semana

CONVERSION

Daniel 7,2-14. *Con el cap. 7 comienza la segunda parte del libro de Daniel, la de las visiones. El autor indica que estas visiones desfilaron «por su cabeza»; se trata de sueños puramente simbólicos que son narrados primeramente por Daniel (vv. 2-14) y luego explicados por un ángel-intérprete.*

Daniel ve, en primer lugar, cuatro vientos que agitaban el ancho mar.

Esos vientos son, sin duda, los de la cosmogonía babilónica; en cuanto al mar, toda la literatura bíblica lo considera como el refugio de las fuerzas enemigas de Dios (es el «abismo» inquietante del Génesis, la «Tiamat» del poema babilónico de la creación). De este mar surgen cuatro bestias monstruosas, identificadas con los imperios terrenales, representando la última el de Alejandro Magno. Esta cuarta bestia, cuyo aspecto revela el terror que inspiraba el poder macedónico, está dotada de once cuernos que representan una sucesión de reyes, el último de los cuales es Antíoco.

El sueño de Daniel no es sino una alegoría muy parecida, en definitiva, al relato edificante de la estatua de Nabucodonosor (cap. 2). El aspecto terrorífico de los monstruos del mar expresa la violencia del combate que oponen al reino de Dios los imperios terrenos. Por lo demás, el relato da a entender que con Antíoco la lucha ha alcanzado su paroxismo: pronuncia palabras delirantes que están en correspondencia con las reformas blasfemas y con la persecución desencadenada contra los judíos fieles a la fe de sus antepasados.

Es también el último asalto del Mal, ya que el Anciano (Dios) se ha sentado en su trono de fuego y se han abierto los libros. Ha comenzado el juicio y pronto se va a pronunciar la sentencia contra las naciones rebeldes. Ya ha sido muerta la última bestia y las otras han quedado sometidas. Entonces hace su entrada un nuevo actor; su aspecto contrasta fuertemente con el de los monstruos; es «como un Hijo de hombre». Entronizado al lado de Dios, recibe el imperio eterno.

Lucas 21,29-33. *«Mirad la higuera y todos los árboles»... Hay que leer los signos. Pero ¿qué signos? El evangelista acaba de comentar los que conoce él y su comunidad: por una parte, la caída de Jerusalén; por otra, el éxito de la misión cristiana. Para los contemporáneos de Lucas, estos acontecimientos son signos de la llegada del Reino.*

Así pues, la historia revela la presencia de Dios entre los hombres. Jerusalén y el templo han sido momentos de esa historia, pero ya han pasado, puesto que «de una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas, pero en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo, a quien instituyó heredero de todo» (Hb 1,1-2). En efecto, con la encarnación ha comenzado la etapa definitiva de la historia, y el quebrantamiento del cosmos atestigua a su modo la brecha abierta por Jesucristo. La creación se deshace literalmente para volver al caos original y hacer posible la génesis de un mundo nuevo. Con Jesús, el tiempo ha sido transformado y ya no tiene densidad más que en El, hasta el punto de que todo él se define en términos de «antes y después de Cristo».

*
**

Los que pretenden que nuestra fe es el opio del pueblo no han comprendido absolutamente nada. Y tampoco han comprendido nada de ella los que quieren que miremos al cielo y nos desintersemos de la tierra, que no es más que un «valle de lágrimas».

Porque nuestra fe nos provoca a un lento y paciente trabajo de gestación. Porque no hay ningún otro lugar de llegada de la Buena Nueva más que esa profunda inmersión en la tierra de los hombres.

Recuerdo la bodega que había en casa de mis padres y en las que conservaban los frutos para el invierno. Olía allí a manzanas y a peras; había que esperar la época oportuna para que se convirtieran en los postres perfumados del invierno.

Nuestra tierra tiene que conocer el tiempo oportuno para florecer en tierra nueva. Lenta maduración del tiempo para que dé a luz la eternidad. Pero ya, en la caridad que se enfrenta con las fuerzas que separan y dividen a los hombres, en la esperanza que se mantiene en pie a pesar de todos los desaguisados y las contradicciones de nuestra historia personal y colectiva, en la fe que ve ya lo invisible, más allá de las incertidumbres y de los cuestionamientos, en todo eso se nos dan a contemplar los brotes del mañana. Cuando la savia corre por las ramas de la higuera, la primavera está cerca.

«El Reino de Dios está cerca». Nuestra fe, en vez de arrancarnos de nuestra condición de hombres, nos remite a ella. Porque es allí, en esa condición debidamente aceptada, donde pueden descubrirse los gérmenes del mundo nuevo. No hay otro medio para nosotros de alcanzar a Jesús más que sumergiéndonos en nuestra vida de hombres. No hay otro lugar donde encontrar a Dios que nuestra existencia fielmente aceptada, con todas sus aristas y sus fracasos, con sus esperanzas y sus éxitos, porque Dios se ha desposado con nuestra historia para toda la eternidad: es el Emmanuel, el Dios-con-nosotros y para-nosotros.

«Mirad la higuera». Secretamente, la savia va trabajando al árbol que parece muerto y sin vida. Lentamente va subiendo hacia las ramas, que parecían no tener más porvenir que la muerte y la esterilidad, y —maravillas de la vida— vuelven a ponerse verdes, promesas de un nuevo nacimiento. Nuestra fe y nuestra esperanza impulsan a la historia hacia su cumplimiento. Convierten nuestro tiempo, es decir, le dan su plena dimensión, su medida verdadera, su densidad real. «El Reino de Dios está cerca», y no hay otro lugar adonde pueda venir, sino a nuestras vidas pobremente humanas. Ahí está la verdadera grandeza de nuestra historia: ella es el único lugar que puede convertirse en historia con Dios, en historia sagrada. Mirad, pues, la higuera: ella os enseñará que nuestro tiempo tiene que conocer todavía el tiempo de maduración para convertirse en tiempo de Dios.

*
**

**Señor del tiempo y de la historia,
Padre de la vida y Dios de larga paciencia,
enséñanos el secreto del tiempo y de cada día.**

¡EN GUARDIA!

Daniel 7,15-27. Así pues, la persecución selúcida es el episodio final de la lucha entablada contra Dios por las potencias hostiles. Solemnemente, el autor del libro de Daniel afirma que la victoria suprema le corresponderá a Dios.

¿Quién es el Hijo del hombre? Su identificación ha ido evolucionando a lo largo de los tiempos, ya que Dn está hecho de la reunión de tradiciones anteriores a su redacción definitiva. En una primera acepción, el Hijo del hombre era el símbolo del señorío divino al final de los tiempos. Se le confiaba la dominación eterna, mientras que los imperios terrenos perdían su poder. El ángel-intérprete, por su parte, lo identifica con los «santos del Altísimo», es decir, con los judíos que habían permanecido fieles a Yahvé; el Hijo del hombre se convierte, de este modo, en el representante del Israel auténtico, del que Dn afirma que ocupará el puesto de los imperios caídos.

La historia no se detiene allí. En efecto, la figura del Hijo del hombre se irá individualizando cada vez más, hasta llegar a confundirse con la del Mesías, y los evangelistas dan a entender que Jesús asumió personalmente este título. Lo cierto es que El anunció su pasión con los términos mismos de Dn: lo mismo que los «santos del Altísimo», El «será entregado en manos de los hombres» antes de ser exaltado a la diestra de Dios.

Lucas 21,34-36. Si «el fin del mundo» es para hoy, si el Hijo del hombre ejerce su juicio en la historia, la exhortación a la vigilancia adquiere aún mayor peso. «Estad en vela, pues, orando en todo tiempo para que tengáis fuerza y escapéis de todo lo que está por venir». En el contexto del discurso, colocado inmediatamente antes de los relatos de la pasión y de la resurrección, esta fórmula designa con claridad la pasión del Hijo del hombre, en la que se verán complicados también los discípulos, lo quieran o no. Por tanto, esta exhortación va dirigida a animarlos en unos momentos en que se ven brutalmente situados ante el misterio de la cruz.

Pero Lucas piensa también en sus lectores, en los de hoy y en los de mañana. Situados ante los misterios de la existencia, ¿no sentirán la tentación de abandonarlo todo? Será entonces cuando habrán de recordar que los tiempos del Reino se han cumplido ya, que «nuestras historias son un signo y un testimonio de una venida que los ilumina desde dentro, y que lo que a una mirada poco atenta puede parecer un otoño triste y siniestro, para el creyente está enraizado en la oración, como una primavera totalmente llena de la venida del Hijo del hombre» (Ph. Bossuyt).

*
**

«Estad despiertos». Esta orden cierra el año litúrgico. Y el año nuevo, durante el Adviento, recogerá esta misma invitación: «Velad». Una vez llegados al fin del camino, volvemos a encontrarnos al borde de la tierra esperada. ¿Habremos vuelto al punto de partida? Quizás haya que rehacer continuamente el mismo itinerario, siempre parecido y siempre rehecho de una forma nueva.

«Estad despiertos». Aunque nos hayamos refrescado por el camino, ha sido con un agua que no consigue aún apagar nuestra sed. Aunque hayamos reparado nuestras fuerzas al borde del camino, ha sido con un pan que no ha logrado calmar aún nuestra hambre. «¡Estad despiertos!»: esta orden se apoya indudablemente en nuestra memoria, pero nos relanza hacia el mañana y al camino, y no puede hacernos confundir el final de la etapa con el horizonte, y menos aún el horizonte con el término de la esperanza. «¡Estad despiertos!», es decir, «avanzad valientemente». Nuestro recorrido no ha sido trazado de antemano. Es preciso preparar de muchas maneras la ruta, pero habrá que permitir que el camino se abra cuando menos lo esperemos. «¡Estad despiertos!»: para no sucumbir al sueño ni a la ensoñación, debemos tratar de preparar activamente la ruta.

Sin desfallecer, pero también sin temor. Porque ese «¡en guardia!» no es una advertencia ni una amenaza, sino una invitación a librar un combate: era el grito que proferían los «mosqueteros» cuando entablaban un combate a muerte.

«¡En guardia!» Sólo con esta palabra puede concluir un año litúrgico y comenzar otro nuevo, porque esa palabra resume y condensa por sí sola nuestra experiencia de fe. El resultado del combate no depende de nosotros. Tal vez sigamos despiertos para responder al Esposo cuando éste llame a la puerta, o tal vez nos encuentre dormidos como el niño que, agotado, ha dejado sus juguetes como quien entrega las armas. Entonces nos dirá con una infinita ternura: «En guardia!», y nos tomará en sus brazos para despertarnos en el país del Día.

*
**

Dios de paciencia infinita
que sales a nuestro encuentro incansablemente
para introducirnos en tu alianza,
permítenos velar en la fe
y resistir en la esperanza:
así cumplirás nuestro deseo
y satisfacerás nuestra súplica:
pertenecerte a ti por los siglos sin fin.

*

**

Alabado seas, Dios y Padre nuestro,
por darnos la vida de Cristo
con el pan que sostiene nuestro caminar.
Manténnos vigilantes en la esperanza
para que la venida del Señor Jesús
no nos pille desprevenidos,
y haz que sepamos sorprendernos siempre
por tu infinito amor,
Dios bendito por los siglos de los siglos.

AÑOS PARES

Tiempo ordinario

Semanas 22-34

Evangelio según san Lucas

1.ª Carta a los Corintios

Proverbios

Eclesiastés

Job

Carta a los Gálatas

Carta a los Efesios

Carta a los Filipenses

Carta a Tito

Carta a Filemón

Cartas de san Juan

Libro del Apocalipsis

IGLESIA Y EVANGELIO

Sabemos perfectamente que la obra de Lucas se compone de dos volúmenes: los Hechos de los Apóstoles y el Evangelio. Dos cuadros de un mismo díptico. Porque son las mismas intuiciones las que orientan a los dos. Se ha llamado al tercer evangelio el evangelio del Espíritu. En efecto, es el Soplo de Dios el que atraviesa la historia de los hombres, y es él el que da el alma a la Iglesia. No existe hiato alguno entre el tiempo de Jesús y el de los creyentes. La Iglesia ha nacido del evangelio y lleva el evangelio. Es falsa la oposición que algunos han establecido entre la Buena Nueva y la Tradición. El evangelio ha nacido en una comunidad de creyentes para una comunidad de creyentes. Y la Iglesia ha nacido de una proclamación que ella misma tiene la misión de vivir y de amplificar.

La palabra de Dios anunciada por Jesucristo es la palabra de los apóstoles. Ellos dan testimonio de lo que han visto y oído. La palabra de Dios no tiene otro lugar para hacerse oír más que las torpes palabras de los creyentes, que intentan decir lo indecible dando el testimonio de lo que ellos mismos contemplaron. La Palabra de Dios se ha moldeado en palabras de hombres, y desde entonces corre a través de la palabra poco hábil, pero indispensable, de la Iglesia. Según los Hechos, la palabra de Dios es una palabra de salvación (13,26), de vida (14,3; 20,32). La confrontación con la Buena Nueva se hace mediante la provocación de la predicación eclesial. El Evangelio que narra el poder y la fuerza salvadora de la palabra de Jesús es la prehistoria y el fundamento de la acción de la palabra en la predicación misionera de los Hechos de los Apóstoles.

El vínculo entre la Tradición y el Evangelio es el fundamento de nuestra fe. Porque el Dios de los cristianos ha ligado su revelación al testimonio de los creyentes. ¿Hemos captado suficientemente el hecho de que El se designe como «el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob», y que luego se defina, como el «Dios de Jesús»? Dios lleva el nombre de los que creen en El, porque nunca ha mostrado de Sí mismo nada más que el rostro de los hombres y de las mujeres que creen en El. E incluso cuando Jesús se transfiguró en el monte, manifestando que El es el Icono del Dios invisible, no mostraba otra cosa sino el rostro resplandeciente de un hombre transfigurado por su fe y su obediencia total. Vínculo inherente a la revelación de un Dios que se encarna, la relación fundante entre Dios y su Iglesia está en la base de nuestra fe y de la originalidad del Dios de los cristianos: Dios se vincula a un pueblo de creyentes. Esto es para la Iglesia un honor, pero también una responsabilidad: Dios será lo que hagan de El los hombres.

El vínculo entre la Tradición y el Evangelio es, por consiguiente, el fundamento de nuestra fe. Por eso nos conviene leer el testimonio de las primeras comunidades de forma paralela al evangelio que mejor subraya este vínculo fundacional. Una historia que está tejida, como todas las historias, de baluceos, de vacilaciones, de interrogantes, de búsquedas y hasta de errores. La Iglesia se inventa, la Iglesia se busca, la Iglesia vive. Es en esos lentos «ajustes» donde toma forma la Palabra de Dios. Se trata siempre de una trama imposible de desenredar: palabras de hombres y Palabra de Dios. Y si todavía hoy nos interesamos por los problemas tan particulares de las jóvenes comunidades de Galacia, de Efeso o de Filipos, si concedemos tanta importancia a las cuestiones de Tito o de Filemón y si nos ponemos a escuchar a las comunidades de finales del siglo I, no es ni por nostalgia ni por una fidelidad al pasado que tenga que ver con una esclavitud al mismo, sino simplemente porque no tenemos ningún otro medio para llegar a la palabra viva de Dios. El Espíritu sopla en la vida de la Iglesia.

DEL LUNES AL MIERCOLES DE LA VIGESIMA SEGUNDA SEMANA

CONVERTIDOS

¡Todo esto se ha escrito para que creáis que Jesús es Hijo de Dios! Este es precisamente el objeto del Evangelio: es iniciación y aceptación; nos lleva al acto de fe. Un hombre ha aparecido en la historia de los hombres. Ha plantado su tienda entre nosotros, vida, luz, sal y fermento de la masa humana. Con El ha cambiado el gusto de ser hombre. Después de haber visto su cuerpo colgando del patíbulo, después de haber experimentado que su vida puede vencer a la muerte, después de haber recibido de El palabras de gracia, los hombres se han dicho: «¡Hoy se cumple la promesa!» Asombro eterno de la Iglesia de todos los tiempos, que descubre con qué amor ha amado Dios a los hombres y no puede guardar sólo para ella esta alegre noticia.

Y si esta noticia da a veces la impresión de haber sufrido el desgaste de los siglos, si a veces hemos de reconocer que hemos neutralizado su fuerza explosiva, también hemos de repetir y atestiguar que hoy sigue siendo capaz de transformar una vida, de ser un vendaval del Espíritu que barre nuestras estrecheces personales y colectivas. A pesar de nuestros fracasos, que son nuestro sufrimiento, y de nuestras defecciones, que son nuestra vergüenza, nos atrevemos a decir y proclamar: ¡el Evangelio nos ha convertido!

*
**

**¿Quién podría encerrar tu Palabra
en los límites de un libro?
Señor Jesús, haz de tu Iglesia
el libro abierto hasta el fin de los tiempos,
en donde los hombres lean la historia inaudita
de tu amor infinito,
Buena nueva y esperanza incansable
por los siglos de los siglos.**

*
**

**Señor Jesús,
que tu voz no se apague en nuestro corazón,
que tu amor
no se borre en nuestro recuerdo.**

**Quédate con nosotros,
Palabra surgida de nuestros silencios,
Caridad que llena nuestros deseos;
¡que llegue tu Reino y tu Gloria!**

HOY

1 Corintios 2,1-5. *Cuando Pablo escribe a la Iglesia de Corinto, la división cunde en la comunidad. La influencia del paganismo ambiental, las discusiones estériles, el amor inmoderado a la filosofía, todo concurre a crear un ambiente borrascoso. Sin embargo, los cristianos de Corinto se reclutaron, sobre todo, entre la gente humilde, y Pablo no deja de subrayar la paradoja de la elección divina: «Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir lo fuerte» (1,27).*

Por otra parte, el apóstol atestigua también, a su manera, el cambio de situación. Como conocía bien la afición de los griegos por el arte oratoria y las discusiones filosóficas, no quiso apoyarse en el prestigio de la palabra o de la sabiduría para forzar la adhesión de sus oyentes. Prefirió el camino del Espíritu que habla al corazón y que deja al hombre su libertad. En efecto, cuando habla del «poder del Espíritu», Pablo no alude a los milagros que podrían haber garantizado la verdad de su predicación, sino a los «frutos» que maduran en toda comunidad animada por el Espíritu Santo: el fervor, la caridad fraterna, el gozo. Hay que decir que, en un mundo tan cínico y desilusionado como el imperio greco-romano, semejantes manifestaciones debían resultar extrañas; a su manera, daban testimonio de Jesucristo crucificado.

«Más sabio me haces que mis enemigos», escribe el autor del salmo 118, pensando en los beneficios de la Ley. El cristiano conoce otra ley: la del amor compartido.

Lucas 4,16-30: véase p. 18.

*
**

«¡Hoy!» En el discurso programático de Jesús, todo gira en torno a esta palabra. Una buena nueva para hoy: éste es el mensaje de Lucas a su Iglesia. En el momento en que escribe, los cristianos están aguardando el retorno del Señor. Piensan que volverá dentro de poco: no pasará su generación sin que El haya venido. Y muchos de ellos, con los ojos fijos en el tiempo que ha de venir, no se preocupan para nada del mundo en que viven. Lucas se propone anunciarles la «actualidad de Dios». No estéis inactivos, no os evadáis. La palabra se cumple hoy. La salvación ha comenzado hoy: «Esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy».

El cristianismo es una fe en la realidad: es vivir de Dios hoy.

No somos notálgicos de un pasado más o menos remoto. «¿Qué hacéis mirando al cielo?», decían los ángeles en la Ascensión. Nuestra fe no es un recuerdo, conservado en la memoria, de un tiempo añorado. La Iglesia no es la comunidad del pasado. Tampoco somos unos utópicos enfermos de futuro. No cabe duda de que es preciso vigilar, pero a los cristianos que aguardaban expectantes la parusía del Señor, Pablo les decía: «¡Que el que no trabaje, no coma!» Nuestra fe no es la esperanza a ultranza en un tiempo en el que finalmente todo será hermoso, en un paraíso caído del cielo.

Somos hombres del presente. Del presente eterno de Dios. Si la Palabra no cambiase ya a los hombres y al mundo desde ahora, no tendría ningún valor, sería irrisoria. Pero la Palabra es vida, salud para la humanidad. La Buena Nueva no es buena más que cuando germina en una vida de hombre. Y si nos volvemos hacia nuestro pasado, es para poder descifrar en el hoy la esperanza que hemos recibido en herencia: a pesar de las apariencias contrarias, la vida tiene la última palabra por el hecho de que una mañana un hombre se levantó del sepulcro. Si nos volvemos hacia el futuro, es porque deseamos ver claro lo que no entrevemos ahora más que en el claroscuro de la fe.

El misterio de Dios no tiene nada que ver con las demostraciones de los hombres; es una vida nueva según el Espíritu. Y es en las peripecias de cada día, que conocemos tan bien, donde se engendra esta resurrección. Es ahí, en la vulgaridad o en la insignificancia de todos los días, donde el cristiano se encuentra con Dios. Y si a veces hablamos de la eternidad, no es, ante todo, para subrayar la pequeñez del tiempo, sino para intentar decir lo infinito de Dios, fuente inagotable de vida y profundidad del misterio que nada puede agotar. Hoy, dice Jesús... Para hablar en nombre de Dios, ¿no es necesario que vivamos cada día como el hoy de Dios, siempre nuevo? ¡Redescubrir una Palabra que nos hace nacer cada día a Dios!

*
**

**Buena Nueva en el corazón de los pobres.
Señor, ten piedad.**

**Libertad sin tregua en el corazón de nuestras prisiones,
Cristo, ten piedad.**

**Palabra que da fruto en todo tiempo,
Señor, ten piedad.**

*
**

**Hoy se cumple tu Palabra, Señor Dios nuestro:
tu Espíritu nos ha consagrado.
Que nuestra vida proclame tu paz, nuestro gozo,
buena nueva recibida de tus manos y que venga a nosotros
lo que Tú nos prometes para la eternidad.**

ESPIRITUALES

1 Corintios 2,10b-16. *La sabiduría divina es un don del Espíritu, ya que sólo el Espíritu, es capaz de penetrar en los secretos de Dios. Don del Espíritu, además, porque no puede ser comunicada más que por unos hombres que hayan recibido el Espíritu que les permita comprenderla. Frente a la elocuencia totalmente humana de Apolo y los filósofos que intentan decir la verdad, Pablo pretende hablar el lenguaje del Espíritu de Verdad.*

Los términos que emplea son importantes. Por un lado está el hombre, «que sólo tiene sus fuerzas de hombre», el «ser psíquico», aquel a quien las religiones de los misterios llaman, sin embargo, «perfecto», que participa de los ritos de iniciación y ha sido puesto al corriente de los conocimientos de la secta. A esta ciencia «misteriosa», enigmática, Pablo opone (v. 7) una sabiduría «misteriosa, escondida», una sabiduría que revela el secreto del designio de Dios realizado en Jesucristo. Pablo se desmarca de los Corintios y emprende una polémica contra la gnosis y las religiones místicas, esos esfuerzos tan discutibles del espíritu humano. La carta a los Corintios, como vemos, refleja muy bien el mundo, no sólo que le vio nacer, sino que le hizo nacer.

He aquí, de nuevo, un himno de un estilo particular, el estilo alfabético, muy usado en las escuelas de los sabios. El salmo 144 repite la verdad del mensaje divino y exalta la misión de los fieles que tienen que hacer oír en el mundo el mensaje de un Dios de ternura y de piedad.

Lucas 4,31-37: véase p. 21.

**

¿Quién conoce el pensamiento de Dios? ¿Quién le dará consejos? Pues bien, ¡lo que nosotros tenemos es el pensamiento de Cristo! ¡Esta es la reivindicación cristiana! ¿Excesiva pretensión? No; testimonio de la diferencia que separa a los cristianos de los demás hombres.

Lo que nos caracteriza no es una moral; no se puede calificar de cristiano todo lo que es verdadero, bueno, bello y humano. No es la honestidad de una búsqueda: no se puede calificar de cristiano a cualquier hombre animado de una convicción auténtica, de una fe verdadera, de una voluntad recta. Lo que nos diferencia de los demás no es tampoco una pregunta profunda sobre el sentido de la vida y de la historia: no se puede reconocer a la Iglesia cristiana en cualquier grupo de meditación o de acción, en cualquier comunidad de hombres comprometidos. No se puede reconocer el cristianismo en todos los lugares en que se combate contra la falta de humanidad.

La originalidad de nuestra fe se basa en esto: hemos reconocido el rostro de Dios y el del hombre en un hombre que es Verbo de Dios. El cristianismo es la activación de un «recuerdo peligroso y liberador» (J.-B.Metz). La diferencia que se establece entre nosotros y los demás estriba en el nombre de una persona: Jesús, confesado como Cristo. Lo que hay de específico, de absolutamente original en el cristianismo, es que considera a Jesús como un personaje capital, determinante y normativo en las diferentes dimensiones de la existencia humana: el cristianismo significa la confesión de un nombre único.

«Nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios». ¿Habrá que extrañarse de que las primeras comunidades cristianas, después de haber reconocido en Jesús al depositario por excelencia del Espíritu («Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva», decía el evangelio de ayer), hayan considerado que a través de su misma existencia se cumplía la espera profética de Joel? El Espíritu, que se había «apagado» con los últimos profetas, se derramará al final de los tiempos sobre todo el pueblo. «El Espíritu nos ha hecho conocer»: he aquí nuestra originalidad. El cristiano es un ser espiritual: está colmado del Espíritu, que no es otro sino Dios mismo, cercano a los hombres y al mundo, poder y fuerza que capta, pero que no puede ser captado; que colma de dones, pero del que no se puede disponer; que crea la vida y la juzga.

No sé si os dais cuenta de la extraordinaria fuerza liberadora que contiene esta afirmación: «El hombre espiritual lo juzga todo». Llenos del Espíritu, hemos sido hechos libres. Libres del juicio de Dios, libres del juicio de los demás, libres de nuestro propio juicio. Gracias a esta libertad, una muchedumbre de personas desconocidas no han cesado, desde la época apostólica hasta nuestros días, de encontrar coraje, apoyo, fuerza y consuelo en sus decisiones, sus angustias, sus peligros, sus aspiraciones y sus esperanzas. Poseídos por el Espíritu, volvemos a levantarnos para volver a la vida.

**

**Es bueno, Señor, darte gracias
por el don de tu Espíritu,
promesa mantenida de Jesucristo.
¡Que El nos inspire palabras de hombre
para dar voz a nuestra alabanza!
Espíritu del gozo completo;
que El sea la fuente de nuestra fe
y la prenda de nuestra libertad.**

**Espíritu de verdad,
que El confirme tu presencia
suscitando nuestra esperanza.**

SER DE LA IGLESIA

1 Corintios 3,1-9a. *Las divisiones en la Iglesia son un escándalo; manifiestan con claridad que los que las favorecen o simplemente las toleran no tienen la madurez de los hombres animados por el Espíritu de Dios. Pablo afirma la necesidad de una catequesis adaptada a las posibilidades de comprensión de los oyentes.*

«Dios tiene necesidad de los hombres». Pablo y Apolo trabajan los dos por la edificación del Cuerpo de Cristo, cada uno a la medida de los talentos que Dios les ha dado. Pablo planta, Apolo riega, pero sólo Dios da el crecimiento. Tanto el conocimiento de los secretos de Dios como el crecimiento de la Iglesia proceden del Espíritu.

«¡Feliz la nación cuyo Dios es Yahvé!» (Salmo 32). Parafraseando la Escritura, se podría decir: ¡Dichosa la Iglesia que no se edifica fuera del Espíritu!

Lucas 4,38-44: véase p. 23.

*
**

La Iglesia ha nacido del Espíritu; es la comunidad de los que creen en Cristo, comunidad de los que se han comprometido por la causa de Jesucristo y dan testimonio de que ella es esperanza para todos los hombres. La tarea de la Iglesia es servir a esta causa, defenderla en el Espíritu de Jesús, hacer que prevalezca.

No podemos pretender vivir en Iglesia, vivir juntos, si no tenemos este origen común: hemos nacido del Espíritu. Sea cual fuere nuestra edad, nuestra mentalidad o nuestra cultura, nuestro nacimiento ha sido inscrito en el mismo libro de la vida. Se trata de algo muy superior a un carnet de identidad: es cuestión de sangre, de aliento vital. Hemos sido engendrados por una palabra única, por la gracia que nadie puede acaparar. La unidad, en la Iglesia, no es un sabio equilibrio de compromiso sin sabor: encuentra su origen en un don compartido. En la Iglesia, sólo el Evangelio constituye la regla: todos están a su servicio.

Así pues, pertenecer a la Iglesia será dejar que crezca en nosotros el don del Espíritu, dejar que su gracia despliegue todo su poder. La pertenencia a la Iglesia no estará nunca ligada a la adhesión a una u otra doctrina, ni estará definida por tal o cual modo de vida. Pertenecer a la Iglesia es dejarnos vincular a la persona de Jesucristo, dejar que se establezca un vínculo de amor y de fe que, situándonos en mutua comunión, nos arraigue en comunión viva con Jesús.

«Vosotros sois el campo de Dios: la Palabra se hace semilla. Mediante el don del Espíritu, Dios hace surgir en nuestro corazón, esto es, en el punto más personal de nuestra persona, la ola rítmica de su amor. De esta forma nos arrastra a una vida de acuerdo con sus designios, a la manera como una melodía suavemente acogida sosiega el alma e irradia progresivamente su ritmo hasta el cuerpo, arrastrándolo a la danza.

Hermanos, no pertenecéis a éste o a aquel dueño; habéis nacido de Dios. Pertenecer a la Iglesia es hacerse Iglesia, marchar detrás de Jesús, verse trabajado por el Espíritu, ser «el campo de Dios».

*
**

**Tu Espíritu, Dios y Padre nuestro, nos va forjando:
tu gracia suscita nuestra fe,
tu amor nos provoca al amor.**

**Puesto que pertenecemos a tu Cristo,
que su palabra dé fruto en nosotros,
para que pueda sentirte orgulloso
de lo que ella realizará por toda la eternidad.**

*
**

**Por tu Verbo hecho carne
y por su cuerpo convertido en pan,
¡bendito sea tu Nombre, Dios nuestro!**

**Por la vida de tu Hijo entre los hombres
y por su sangre dada por amor,
¡bendito seas!**

**Que el Espíritu que El derramó en nuestros corazones
consagre toda nuestra vida de hombres;
así nuestro tiempo será santificado
como lo son ya los siglos infinitos.**

NOVEDAD

¿Para qué la liturgia? ¿Por qué celebramos? No conseguiremos comprender la originalidad del culto en este «tiempo de la Iglesia» en que transcurre nuestra existencia y que constituye la gran preocupación del evangelista Lucas, mientras no consigamos comprender todo el giro que supone la llegada de la Palabra y la manifestación de Pentecostés. «El culto es el resultado de una liberación. Sólo es posible más allá de un acontecimiento que supera al hombre; y ese acontecimiento es el don del Espíritu. El Espíritu ofrece las arras del mundo venidero; en El y por El irrumpe el reino de Dios, el siglo futuro, en nuestro mundo, para establecer en él una especie de colonia, una cabeza de puente de aquel mundo en el que, según el Apocalipsis, ya no habrá grito, ni llanto, ni sufrimiento. El Espíritu Santo, por su presencia, provoca una situación escatológica, y esa situación exige el culto, se expresa en el culto. No solamente porque los hombres, confiados en estas arras del porvenir, no pueden menos de dar gracias por él, sino también, y quizá sobre todo, porque entonces encuentran su verdadero papel, aquel por el que fueron creados, y que es un papel litúrgico. El culto tiene un alcance esencialmente escatológico, y Guardini tiene toda la razón cuando en algún sitio lo llama 'juego escatológico'»¹.

¿Por qué la liturgia? Para que llegue hasta nosotros la revelación de nuestra elección y de nuestra santificación. Para que hoy se pronuncie de nuevo la palabra que revoluciona el mundo. Para que hoy pueda presentarse de nuevo ante nosotros nuestra vocación. ¿Por qué la liturgia? Para que el Evangelio se haga Pan nuestro.

*
**

Te damos gracias,
Padre de ternura, Dios fuente de todo amor,
por Jesucristo, tu Hijo amado.
En El nos has escogido para celebrar tu Nombre
y la novedad de tu Palabra.
Por El has consagrado todas las cosas
derramando tu Espíritu
para que anime nuestra vida.

Tú, el Santísimo, el Altísimo,
derribas nuestras evidencias
y te haces Dios-cercano en medio de nosotros.

Sorprendidos por semejante misericordia,
mientras aguardamos la vuelta de tu Cristo,
te bendecimos, Padre.

1. Von Allmen, *Prophétisme sacramentel*, p. 289.

ATRAPADO PARA QUEDAR PRENDADO

1 Corintios 3,18-23. *Este párrafo de conclusión permite comprobar la estructura quiástica que emplea con frecuencia Pablo en sus cartas. Primero denuncia los desórdenes propios de la Iglesia de Corinto: las divisiones (A:1,10-16) y la sabiduría humana (B:1,17-25). Luego menciona el principio en cuyo nombre condena esas desviaciones: la existencia cristiana es una existencia en Cristo, hecho por nosotros sabiduría que viene de Dios, justicia, santificación y redención (C:1,30). A partir de este principio, el apóstol puede enumerar las características de la verdadera sabiduría (B':2,6-16) y lamentar el escándalo de las divisiones (A':3,1-16).*

La conclusión está escrita según este mismo procedimiento. Recoge, pero invirtiéndolos, los dos temas del comienzo (divisiones y falsa sabiduría). Primero el tema de la sabiduría: el que es sabio según el estilo del mundo tiene que convertirse al estilo de Dios, lo cual le hará pasar por loco a los ojos de los hombres. En cuanto a las divisiones, los cristianos son los primeros interesados en que desaparezcan, ya que hacen al hombre esclavo de un partido, siendo así que Cristo ha venido a liberar a la humanidad, y los predicadores del Evangelio no tienen más ambición que la de ser servidores de la comunidad.

El salmo 23 desarrolla una liturgia de entrada. Se le recoge aquí por sus dos primeros versículos: la tierra pertenece a Dios lo mismo que los corintios a Cristo, y Cristo a Dios.

Lucas 5,1-11: véase p. 26.

*
**

Los amigos de Jesús habían pasado toda la noche pescando y habían vuelto con las redes vacías. Pero Jesús les invita de nuevo a remar mar adentro y a echar otra vez las redes. La pesca supera todas las expectativas: su peso hace que se rompan las redes. A lo largo de los siglos se hablará de aquella «pesca milagrosa». La cosa podría haber quedado ahí, y lo que ocurrió aquella mañana no habría pasado de ser una anécdota. Pero Jesús prosigue: «En adelante serás pescador de hombres». La imagen resulta sorprendente, y la anécdota se hace parábola. Aquella mañana desveló Jesús la misión de la Iglesia.

¡Pescar hombres...! Hay una enorme competencia en todos los bancos de pesca. Sectas, gurus e ideologías tratan de seducir a los hombres que

nadan entre dos aguas, abandonados a las corrientes que les llevan de acá para allá sin que ellos puedan dar con el sentido de su vida. ¿Será la Iglesia una «empresa de pesca» más, en competencia con otras muchas?

«En adelante serán hombres lo que captures». Ahora bien, uno puede ser capturado en el sentido en que se afirma de un prisionero, y puede también ser capturado en el sentido que se emplea para referirse a un enamorado que ha quedado atrapado en las redes del amor. «En adelante serán hombres lo que captures». La Iglesia sólo podrá lanzar sus redes a la manera de su Señor: aquellos a los que éste ha «capturado» han sido llamados por él sin ser engañados. Lo que ha hecho ha sido iluminarlos con su verdad, pero sin manipularlos; reconfortarlos con su Espíritu, pero sin violentarlos. Y es que Jesús «captura» a los hombres para gozo y alegría de éstos: los hace libres. Jesús «captura» al hombre para que éste quede prendado de él.

En adelante, la misión de la Iglesia consiste en lanzar a todos los vientos la Palabra para que los hombres queden seducidos por ese rostro que les despierta a la vida y a la libertad. «En adelante»...: esta expresión no significa sólo «a partir de este momento en que te lo digo», sino también: «a causa de la experiencia que acabas de realizar». Aun habiendo sido seducida, la Iglesia no ha de ser seductora: las presiones, los eslóganes y los chantajes no tienen nada que ver con la misión. La vocación de la Iglesia no consiste en atrapar a nadie en su redes; no se trata de «tener» a los hombres, de poseerlos. Tan sólo resultan «tocados» los que han visto cómo su libertad era despertada, suscitada, re-suscitada. El «¡Tú sabes que te amo!» brota únicamente en la libertad de un corazón convertido y que se abandona. Sólo los enamorados son atrapados en las redes que les sumergen en la libertad de la vida.

*
**

**Dios y Padre nuestro,
tu Hijo nos ha seducido:
poseídos por tu Espíritu,
hemos quedado prendados por su palabra.
Te pedimos
que, a invitación suya, nos arriesguemos
a caminar por donde Tú nos llamas.**

*
**

**Dios y Padre nuestro,
nos esforzamos por construir un mundo de paz,
sin que nuestro esfuerzo dé fruto duradero.
Pero, por la palabra de tu Hijo,
seguimos echando las redes.
Colma nuestra esperanza
y sostén nuestro coraje:
que tu promesa sea nuestra vida.**

Viernes de la vigésima segunda semana

EL AYUNO DE LAS BODAS

1 Corintios 4,1-5. «¿Quién es, pues, el administrador fiel y prudente a quien el señor pondrá al frente de su servidumbre para darles a su tiempo la ración conveniente? Dichoso aquel siervo a quien su señor, cuando llegue, encuentre haciéndolo así» (Lc 12,42-43). Con esta frase ponía Jesús a sus discípulos ante su responsabilidad; ellos son los primeros servidores del pueblo cristiano. Por eso Pablo confía su causa al Señor; sólo El puede pronunciar un juicio sereno sobre su actividad apostólica.

El salmo 36 está construido según una estructura alfabética que expresa su contenido. Al estilo de los escritos sapienciales, va detallando, «de la a la zeta», las normas que el justo ha de seguir para obtener una salvación que sólo puede venirle de Dios.

Lucas 5,33-39: véase p. 29.

*
**

¿Por qué ayunar si el Esposo ya está aquí? Se han invertido los hábitos que habían adoptado los hombres que buscaban a Dios, los criterios antiguos. ¿Se puede hacer ayunar a los invitados cuando ha llegado el tiempo de la boda? Jesús, al entrar en nuestra historia, trae una novedad absolutamente radical. En las relaciones de Dios con los hombres, de los hombres con Dios, de los hombres entre sí, del hombre con su propia vida y su propia muerte, nada puede ser ya como era antes, después de la encarnación, después de la pasión, después de la resurrección. Se ha puesto ya a fermentar el vino nuevo, y ese vino nuevo está pidiendo unos odres nuevos. Cuando se le recuerdan a Jesús las disposiciones de una religión más austera, El responde hablando de amor y de bodas.

Pobres hombres que dejáis asomar el aburrimiento de vuestras religiones mortales y la insulsa tibieza de vuestras virtudes insípidas, ¿comprenderéis algún día que, si Dios viene a nosotros, es para traer algo nuevo y hablar de amor y de fiesta? Jesús está ahí, invitando a entrar en el ritmo de su palabra, que es anuncio de renovación, para compartir su pasión, para que recibamos de sus manos el vino nuevo y la sangre que va a dar para que viva la Amada. Está desbordando la copa de la alianza: nos está invitando a nuestras propias bodas. Hay que beber el vino nuevo, no mirar ya hacia atrás, olvidarse de tantas infidelidades. Conocemos ya la fiesta del amor y,

sin embargo, es en ella donde se nos invita a ayunar, con un ayuno que llega hasta lo más profundo de nuestra alma. Sí, el Esposo nos ha dejado el encargo de la casa y nuestra esperanza se hace oración: «Marana tha!». Cuanto más avanza la fiesta, tanto más aspiramos a la fiesta sin fin. En la espera no somos más que los servidores extrañados de haber recibido semejante misión: hacer vivir una palabra, reinventar una noticia. Intendentes del Reino, se nos invita a sacar algo nuevo de lo antiguo y a encarnar, a través de las vacilaciones, de los titubeos y hasta de los errores inherentes a toda búsqueda, las bodas de Dios y de nuestra pobre humanidad.

Sábado de la vigésima segunda semana

CONSAGRACION

1 Corintios 4,6-15. *«No os escribo estas cosas para avergonzaros, sino más bien para amonestaros como a hijos míos queridos». Es ésta una buena forma de urgir a los Corintios a la reflexión. Ellos buscan demasiado la mera seguridad de la inteligencia. Quieren parecer sensatos, fuertes, honorables,; que se hagan necios, débiles y despreciables. Que imiten a Cristo tal como se lo ha presentado Pablo: como la única fuente de salvación.*

De estructura alfabética, el salmo 144 canta las cualidades de Yahvé, atento a los que ponen en El su confianza.

Lucas 6,1-5: véase p. 32.

*

**

«El Hijo del hombre es Señor del sábado». Como el Esposo está ahí, ha llegado el tiempo de la boda y ha pasado la época de las referencias antiguas. Al atardecer del día sexto, Dios había descansado para consagrar la creación, y los hombres habían consagrado el sábado para alabar a Dios por sus maravillas. Un día para santificar el tiempo... Como Jesús está ahí, toda la vida del hombre se define como «santa»: es tiempo del hombre y tiempo de Dios. En adelante, nada de cuanto es humano es ajeno a Dios.

Escándalo de nuestra fe: ya no hay separación entre lo profano y lo sagrado. Los contemporáneos de los primeros cristianos tenían razón al acusarles de ateísmo. El Evangelio no es una religión ordinaria ni administra sentimientos religiosos. La religión que emana del sentimiento religioso acapara a Dios; se le adora, se le teme, se le invoca, se le desea; pero El está lejos, fuera de nuestros asuntos de hombres. Siguiendo a los profetas, Jesús trastoca esta imagen: la religión procede de la fe, de la acogida de una palabra. Entrar en contacto con Dios no exige ya que salgamos de nuestra condición de hombres, ya que Dios ha entrado en la historia haciéndose palabra de hombre, de un hombre pequeño. Inversión increíble de la fe, que en vez de levantar una barrera entre el mundo de la tierra y el de Dios, santifica la condición mundana del hombre. ¿Cómo hemos podido, entonces, hacer de Dios un enemigo o un rival del hombre? ¡Qué mal hemos sabido interpretar el significado de todo el trabajo de los hombres y de las mujeres que se esfuerzan por hacer la tierra habitable y humana! Ahí, en esa laboriosa gestación, está el lugar en donde viene la Palabra y en donde surge el Espíritu.

«El Hijo del hombre es Señor del sábado». Con ese gesto, Jesús hacía de la encarnación algo distinto de una teoría de teólogos: la vida de los hombres es el único lugar en donde habla Dios.

MOLDEADOS POR EL ESPIRITU

1 Corintios 5,1-8. *Tras el escándalo de las divisiones, llegan los problemas éticos. No sin cierta ironía, Pablo toca el caso del cristiano que vive maritalmente con su madrastra. ¿Cómo unas personas tan sabias como los Corintios pueden tolerar esta situación? ¿Deberían haber excluido al pecador de la comunidad!*

Esta situación es un índice de los problemas suscitados por la difusión del cristianismo en los ambientes paganos. En el caso de Corinto, la actividad portuaria de la ciudad la había convertido en lugar de placeres; la atmósfera del ambiente inclinaba a una enorme relajación de costumbres, cuando no al menosprecio de la carne propugnado por algunas filosofías. Enfrentándose a estas cuestiones, Pablo se esfuerza en promover un justo equilibrio inspirado en su visión cristiana del hombre. «Todo me es lícito, pero no todo me conviene» (6,12). Si el cristiano, liberado por la muerte de Cristo, no debe ya nada a la moral de lo permitido y de lo prohibido, debe, sin embargo, intentar llevar una vida en conformidad con lo que le inspira el Espíritu de amor. En otras palabras, la vida del cristiano debe ser una concreción de su identificación con el Cristo inmolado, lo mismo que la vida de la Iglesia debe reflejar la santidad que le donó Cristo en la cruz. Por consiguiente, si el pecado llega a amenazar a la comunidad, hay que eliminarlo radicalmente. En efecto, la inmolación de Cristo, verdadero Cordero pascual, ha destruido definitivamente la vieja levadura del pecado; hace posible una vida «pascual» de pureza, simbolizada por el pan sin levadura.

El salmo 5 es una lamentación. En ella el salmista protesta su inocencia y reafirma la incompatibilidad que existe entre Dios y el mal.

Lucas 6,6-11: véase p. 35.

**

Una nueva curación en día de sábado demuestra, una vez más, su autoridad mesiánica. Mediante el gesto profético de su Enviado, Dios, Señor del tiempo y de la historia, consagra toda la vida de los hombres. Dios salva: ése es su nombre, y no habrá nada que ponga trabas a esta buena nueva. El Evangelio es salud, y la curación del hombre con la mano paralizada es un signo de ello.

Vida consagrada, santificada, nuestra vida es «religiosa» toda ella. Ya no hay vida «profana»: la vida de cada día es el lugar del advenimiento de la Palabra de salvación y de su encarnación. Si el cristiano, liberado por la muerte de Cristo, no tiene ya nada que ver con la moral de lo permitido y lo prohibido, debe, sin embargo, llevar una vida en conformidad con lo que le exige el Espíritu. «Purificaos de la levadura vieja, para ser masa nueva... Porque vuestro Cordero pascual, Cristo, ha sido inmolado». La vida según el Espíritu no será ya, ante todo, observancia de unas reglas o de unas normas, sino que será más bien un aliento y una respiración. Liberados por la Pascua del Señor, hemos sido transformados en seres libres. Libres respecto al pecado, a la ley, a la muerte. El Espíritu recibido es libertad y coraje de obrar, de amar, de vivir en la paz, en la justicia, en el gozo, en la esperanza y en la acción de gracias. A pesar de todos los fallos y de todas las carencias de la Iglesia, desde la época apostólica hasta nuestros días, innumerables creyentes no han cesado de encontrar fuerza y consuelo en sus decisiones, sus angustias, sus peligros, sus aspiraciones y sus esperanzas. El Espíritu es fermento, y nada de nuestra vida queda al margen de su impronta. La vida cristiana es, ante todo, una existencia vivida bajo el nombre de Jesús, y no unas cuantas observancias que dejarían sin consagrar todo lo demás. La masa fermenta toda entera o se queda pesada y sin sabor. Sois una masa nueva: vivid, por tanto, en la verdad del Evangelio.

**

«Vosotros sois como el pan de la Pascua, purificaos de la levadura vieja».
¡No hay que profanar el amor!
¡Señor, ten piedad!

«Vosotros sois como el pan de la Pascua, purificaos de la levadura vieja».
¡No hay que fomentar la tristeza!
¡Cristo, ten piedad!

Vosotros sois como el pan de la Pascua, purificaos de la levadura vieja».
¡No hay que caer en la mediocridad!
¡Señor, ten piedad!

**

Tu Hijo, Dios y Padre nuestro, es el primogénito de un mundo nuevo: grano echado en tierra para nuestra salvación, ha dado cosecha abundante. Su resurrección es el fermento que levanta nuestra tierra y la lleva hacia el tiempo de su cumplimiento. Derrama sobre nosotros tu Espíritu: que El sea el germen del renacimiento que necesitamos y el aliento que dirija nuestra historia.

ELEGIDOS

1 Corintios 6,1-11. *«La muchedumbre de los creyentes no tenía más que un solo corazón y una sola alma». No podía decirse lo mismo de la comunidad corintia, donde, además de sus divisiones, los cristianos se enredaban en pleitos entre sí. Pablo les echa en cara que no son capaces (¡ellos, tan sabios!) de arreglar sus diferencias y que tienen que recurrir al arbitraje de los tribunales civiles. Sin embargo, 1 Cor no deja vislumbrar ningún desprecio a los tribunales; Rom 13 llega incluso a recomendar a los cristianos que se sometan a las autoridades legítimas. Para el apóstol, la unidad, la paz y la caridad fraterna tienen que ser lo primero en la comunidad; son ellas las que la fundamentan y caracterizan.*

El salmo 149 es un himno de carácter festivo muy marcado; expresa el amor del Señor a su pueblo, un pueblo unido por encima de sus divisiones.

Lucas 6,12-19: véase p. 37.

*
**

Jesús escogió a doce. Conocían los vientos del lago y el arte de izar las velas; habían aprendido desde jóvenes a perseverar, esperando hasta la mañana, cuando la noche había sido desfavorable. Los llamó. Sin más aprendizaje, les confió la palabra. Para ellos la Palabra se hizo carne e historia, una Palabra que lleva un nombre y un rostro, una Palabra que es salud para los hombres. («Toda la gente procuraba tocarle, porque salía de él una fuerza que sanaba a todos»), porque tiene un nombre: Jesús, Dios-con-los-hombres. Partieron fiándose de aquella llamada. Sin llevarse consigo a sus padres ni su fortuna. Descifrarán la palabra y su misterio. En su camino, los ciegos suspirarán por la luz del día y los esclavos suplicarán que se les libre de sus cadenas; la Palabra limpiará los ojos y pondrá a todos en pie, buena nueva para la tierra de los hombres.

«Los llamó». Toda la fe y la vida de la Iglesia se basan en esta frase. Porque la cuestión no es saber si nosotros somos capaces de responder a esta llamada, o escudriñar si somos dignos de ella. No tenemos por qué preguntarnos por la fragilidad de nuestra libertad o por nuestra capacidad de comprometer toda nuestra vida. La Iglesia nace de una vocación, porque una cosa es tomar una decisión basándose en la propia libertad y otra muy distinta apoyar la decisión en la libertad de Cristo. Si Dios llama, le toca a El saber a quién llama y cómo llama. Cuando Dios asume este riesgo con nosotros, a nosotros no nos cabe más que asumir ese riesgo con El. Porque es Dios

el que asume los riesgos de la incompreensión: («¿También queréis dejarme vosotros?»), de la traición de Judas y de las negaciones de Pedro. Dios es el primero que apuesta por la fe. «Los llamó». Hermanos, si dudáis de Dios, no os dejéis embarcar en esta aventura. Porque, si buscáis en vosotros mismos los apoyos de vuestra fe, sois realmente desgraciados.

«Los llamó». ¡Y ellos se dejaron embarcar! La fe es ciertamente una aventura hacia la que unos hombres y unas mujeres parten sin seguridad alguna, y es en el camino donde pueden profundizar en las razones del paso que han dado. De siglo en siglo, de edad en edad, habrá hombres que lleven la Palabra llevando las preguntas del hombre. Desde Galilea hasta la Parusía, desde la creación hasta la resurrección del último día, habrá hombres que den testimonio de que la Palabra de Dios derriba a la muerte. Ellos experimentan la misma fragilidad que sus hermanos, han de padecer los mismos sufrimientos y vivir de los mismos afanes; pero la esperanza que los distingue es la de saber que Dios, desde la mañana del universo, llamó al hombre. Esto es gracia.

*
**

**Dios que nos invitas a la aventura,
concédenos reconocer tu llamada
y partir alegres y libres
por el camino de tu Reino,
siguiendo a Jesús, el Cristo, nuestro Señor.**

*
**

**Es bueno cantar tu ternura,
Dios que nos concedes la gracia sin cesar.
Es bueno bendecir tu fidelidad,
pues cada día suscitas apóstoles
para dar testimonio del Evangelio.
Todavía hoy,
tu Iglesia es la luz
en la que todo hombre puede encontrar la esperanza
y la fuerza para avanzar por los caminos de la vida.**

**Bendito seas por tu enviado, Jesús,
en quien el mundo ha visto
el amanecer del día prometido.
Basándonos en esta alegre nueva,
Dios de los apóstoles y de los profetas,
celebramos tu nombre.**

LA SITUACION INVERTIDA

1 Corintios 7,25-31. *En el capítulo 7, Pablo trata sucesivamente de las personas casadas, de las solteras y de las viudas. Habría que hacer varias observaciones, si no se quiere ir más allá del pensamiento del apóstol. En primer lugar, conviene darse cuenta de que Pablo no albergó nunca la ambición de escribir un tratado exhaustivo sobre los problemas suscitados por el matrimonio y el celibato; se contentó con responder a las cuestiones concretas que se le plantearon. Además, hay que subrayar el hecho de que, excepto en lo que concierne al divorcio (vv. 10-11), Pablo repite varias veces que sus consejos sólo le comprometen a él. Por consiguiente, no sería honrado absolutizar lo que el mismo apóstol se cuidó de relativizar.*

Por otra parte, hay que advertir el clima en que se mueve el pensamiento paulino. En el centro de sus directrices, el apóstol enuncia un principio general: que cada cual permanezca en la situación en que lo encontró la llamada de Dios (vv. 17-24). ¿Se trata de una alusión a las discusiones que dividían a la Iglesia de Corinto? Probablemente hay que tener en cuenta ciertas corrientes filosóficas que despreciaban el cuerpo y convertían el celibato en un ideal absoluto. En todo caso, Pablo insiste en el hecho de que el matrimonio, como la virginidad, es un don de Dios (v. 7).

Por tanto, los cristianos no tienen que cambiar nada de la situación que tenían antes de su conversión. Sentimos planear sobre estas consideraciones la perspectiva del retorno de Cristo, que relativiza lo cotidiano. Pero Pablo no aconseja la indiferencia; al contrario, lanza una llamada a la vigilancia: descubrir los valores esenciales para situar debidamente los demás.

El salmo 44 es un poema compuesto con ocasión de un matrimonio real. Los vv. 11-13 se dirigen a la novia (una princesa extranjera) para invitarla a entrar sin vacilaciones en los vínculos del matrimonio, mientras que los vv. 14-16 describen el cortejo. Los vv. 17-18, se refieren al rey, prometiéndole que tendrá descendencia.

Lucas 6,20-26: véase p. 42.

*
**

«¡Bienaventurados!... ¡Desgraciados!...» La antítesis propia de las bienaventuranzas de Lucas no debe engañarnos. Cuando Dios se dirige al hombre, poniendo ante él la bendición o la maldición, se trata siempre de su felicidad. La palabra de Dios es siempre palabra de gracia. La gente se reúne para escuchar al que habla en nombre de Dios. Llegan de todo el país de Judea y de la capital, Jerusalén, y hasta de la región costera de Tiro y de Sidón, personas extranjeras. Se presiente ya la Iglesia de las primeras comunidades, la de Jerusalén y la del mundo griego. Escucha a su Señor, atenta al camino que va a manifestarse.

«¡Bienaventurados los pobres!» ¡La pobreza! ¿Cómo es posible que Jesús ponga la felicidad en algo que todo el mundo teme? ¡Por no hablar de las lágrimas y de las persecuciones...! «¡Bienaventurados!» En ese momento, el hombre responde: «¡Imposible! Si la felicidad es eso, es mentira; si se consigue a ese precio, no está a nuestro alcance. ¡Que siga su camino!».

«¡Bienaventurados!»... Creemos que Jesús fue el Pobre, el Abandonado, el Condenado. Recorrió el camino real y trazó el camino de la felicidad subiendo hasta el Calvario. Locura para los hombres, escándalo para los sabios; sin embargo, ése es el camino de la Pascua.

Los pobres, los hambrientos, los que lloran, los perseguidos: son todos ellos los mismos. No tienen nada; son objeto de burla para los hombres sabios y realistas. Jesús les dirige una palabra de consuelo. «Yahvé ha consolado a su pueblo, y de sus pobres se ha compadecido» (Is 49,13). Jesús, en nombre de Dios, abre el camino de la salvación y grita a los pobres: «¡Es para vosotros!»

Los hombres creían que iban a poder construir su felicidad a base de recetas. Dios viene a revolver las cartas. El Reino es una gracia, una gran recompensa. Lo que se llamaba «muerte» se convierte en «vida» El pecado se transfigura en perdón y en gracia. El mundo de los hombres se ha venido abajo; nace el mundo de Dios: la tierra ha sufrido un revolcón. ¡Porque no hay ninguna felicidad en ser pobres, y jamás los que lloran han pedido seguir llorando! Todo está en contra nuestra, pero son bienaventurados aquellos que emprenden el camino del Resucitado. Ellos se mantienen en pie solamente por su fe en la Palabra que trastorna el mundo: como unos acróbatas, cruzan el abismo, y la Palabra, que es frágil como un hilo a los ojos de los hombres, les permite llegar a la otra orilla.

¡Bienaventurados los pobres! «La pobreza no terminará nunca con el hombre rico que somos todos nosotros; podemos esbozarla en nosotros, como los dibujos de los niños, pero sólo puede dársela Dios» (M. Delbrel). La bienaventuranza y la salvación son gracia.

*
**

¡Bendito sea el hombre!
Tal es la promesa del Dios amigo de la vida.
Yo creo en Aquel que hace lo que dice.

¡Bendito sea el hombre!
¡Bendito sea Jesucristo, el nuevo Adán!
El es el hombre tal como lo soñó siempre Dios,
pobre colmado de gracia,
glorificado porque llegó al colmo del amor.

¡Bendito sea el hombre!
Yo creo en el Espíritu:
El nos regenera, y por medio de El
llegamos a las fuentes de la vida.

Jueves de la vigésima tercera semana

AMAR HASTA LA LOCURA

1 Corintios 8,1b-7.10-13. *En la antigüedad, la carne de consumo procedía de los santuarios: todo lo que no se utilizaba en el templo con fines culturales se vendía en el mercado. Por eso se planteó la cuestión de si, al comer de aquella carne, no pactaría el cristiano con la idolatría. En su respuesta, Pablo distingue cuidadosamente el plano doctrinal del plano de la praxis. En teoría, es evidentemente imposible comprometerse con los dioses falsos, puesto que no existen. Por eso, lo mismo que Jesús había afirmado que lo que entra en el hombre no puede ensuciarlo, Pablo responde ahora que el cristiano es libre: «Todo me está permitido».*

«Pero no todo me conviene», añade. En efecto, hay cristianos escrupulosos, convencidos de que obran mal cuando consumen carnes consagradas y que, si ven que otros las consumen, creerán que la idolatría es una cosa sin importancia. Por tanto, hay que tener en cuenta su situación. En último término, es la caridad la que debe imponerse y, para mantener buenas relaciones en la comunidad, hay que hacer callar a veces ciertos derechos legítimos.

El salmo 138 se presenta como una larga lamentación individual. El salmista reconoce en él la omnisciencia de Dios y sugiere implícitamente su propia inocencia, que Dios no puede ignorar.

Lucas 6,27-38: véase p. 45.

*
**

El mundo de Dios es un mundo al revés: cuando el Enviado muere en un patíbulo infame, vence a la muerte; cuando el pecado parece alcanzar la victoria, es entonces cuando se realiza la salvación y se manifiesta la gracia. («Feliz culpa», cantamos durante la vigilia pascual). Y cuando Lucas mira a las comunidades que han nacido en tierras paganas, no se encuentra con un panorama feliz: gente pobre, de escasa virtud, marginales; tal es el ambiente en que ha florecido la fe. El Evangelio es una sinrazón: «Portaos bien con los que os odian... No le exijáis nada al que os ha robado...» El evangelio no está hecho a medida del hombre, sino a medida de Dios. Jesús puede exigir amar hasta la locura, porque El ha sido el único que ha recorrido ese camino hasta el final.

SEMEJANZA

Podemos, pues, captar toda la inmensidad del amor contemplando el amor del Padre revelado en Jesús. El perdona a quienes lo matan, hace del traidor su confidente, confía su rebaño al pastor más cobarde. Le golpean y se calla. Le acusan y deja hacer. ¡Tanto amó Dios al mundo...! Apasionadamente. Hasta la locura.

El cristiano no es un héroe, un prodigio de virtudes. Es un convertido. Ardió bajo el fuego del Espíritu. ¡Bienaventurados los mansos! No los flojos, los que no tienen carácter. Ni los incondicionalmente resignados, ni los que todo lo toleran. Sino los pacientes y los tenaces. Los que rompen el círculo infernal de la violencia y luchan contra ellos mismos, atreviéndose a creer en la fuerza del amor. Bienaventurados, no los que temen los conflictos, sino los que están, en medio de la lucha, sin odio y sin rencor. ¡Bienaventurados los misericordiosos! No los que «olvidan» sin perdonar, sino los que perdonan acordándose. ¡Bienaventurados los «locos» de Dios! Bienaventurados los que se atreven a romper las amarras de la razón y de las buenas razones que los retienen en tierra firme. Bienaventurados los que se fían de la Palabra de vida y ponen su esperanza en el océano que puede arrastrarlos. El que no se arriesgue a meterse en alta mar, jamás conocerá la embriaguez de las olas y del vendaval ni la seducción del cielo que roza con la mar. «La medida del amor es amar sin medida» (San Bernardo). El que se queda en la orilla no perderá jamás el gusto por la tierra firme, la tierra de la gente razonable, segura de sí misma, prudente y sensata. Esas gentes se imaginan que han construido, y no han hecho más que amontonar ruinas. El amor es como el soñar: ¡no tiene medida! Más vale saberlo bien antes de arriesgarse en la sinrazón del Evangelio.

*
**

**¿Cómo podríamos, Dios y Padre nuestro,
hacer el bien al que nos golpea,
perdonar al que nos ha ofendido,
amar sin recompensa?**
**¿Quién eres Tú, que das tu sol
a buenos y malos,
que perdonas setenta veces siete,
que buscas a la oveja extraviada y al hijo perdido?**
**Haznos semejantes a Ti,
para que seamos el reflejo de tu amor sin igual.**

*
**

**Dios y Padre nuestro,
no podemos pretender tu amor.
pero Tú nos has invitado
a la mesa de la misericordia,
y hemos comulgado en la pasión de tu Hijo.**
**Haz de nosotros artifices de paz,
para que así se establezca tu Reino de amor.**

1 Corintios 9,16-19.22-27. *La fuerza de las expresiones paulinas trasciende el contexto de las carnes sacrificadas a los ídolos. Pablo desea hacer comprender que, por caridad para con los débiles, los fuertes deben a veces renunciar a sus derechos más legítimos, lo mismo que lo había hecho él por la causa del Evangelio. Por otra parte, también los deportistas (Corinto tiene sus juegos ístmicos) se imponen duros sacrificios para obtener un premio.*

Pablo dedicó toda su vida a la causa del Evangelio. De ese Evangelio que se le impuso. El es su administrador y no desea ningún salario por ello. En conformidad con la gracia que anuncia, lo ofrece gratuitamente.

El salmo 83 canta admirablemente el gozo del peregrino que ha llegado a los atrios del templo; pero, de hecho, este salmo sólo parcialmente es un canto de peregrinación. En efecto, comprende también algunas bienaventuranzas que proceden de un cántico de bienvenida que los sacerdotes dirigían a los peregrinos (v. 6), así como una oración por el rey.

Lucas 6,39-42: véase p. 47.

*
**

«Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria». Hemos sido testigos de la misericordia, y esta gracia, que no viene de nosotros, es la fuente de nuestra humildad. El portavoz del Evangelio vive de la acción de gracias.

Testigos de la misericordia... ¡La misericordia! Es verdad que siempre buscamos el provecho de lo que hacemos. Siempre estamos de acuerdo con lo que puede reportarnos alguna ventaja. Pero estar en favor de la misericordia porque nos va bien con ella, porque podemos hacerla entrar en nuestro juego, para aprovecharnos de ella, es perderla por completo. Para recibir sus frutos hay que actuar de otro modo: la misericordia pide ser adoptada, ser amada como se ama un rostro, como el verdadero rostro de Dios que es.

«El que está bien formado será como su maestro». Nosotros sabemos que hemos entrado en la vida de Dios, en la vida nueva, en la existencia pascual, si aceptamos que se establezca en nosotros una connivencia con la gratuidad de Dios. ¿Cómo podremos ser testigos de la misericordia si la manera de actuar de Dios no es nuestra reacción espontánea, el reflejo de nuestra vida? ¿Cómo podremos ser los portadores del Evangelio de liberación

si obramos como los hombres, encerrando a los demás en sus torpezas o en sus faltas, erigiendo en juicio sin apelación nuestras valoraciones partidistas, convirtiéndonos en censores del bien y del mal? ¡Bienaventurados los misericordiosos, es decir, los que se van forjando un corazón a la imagen de Dios! Si vuestra pretendida justicia os ciega, si vuestros méritos os dan la ilusión de tener ciertos derechos y de que la gracia de que sois beneficiarios no os impone más que deberes, si el perdón justifica vuestro orgullo, entonces todavía estáis en tinieblas y vuestras pretensiones os conducen a la ruina.

«El que está bien formado será como su maestro». ¡Bienaventurado el discípulo que es artífice de la paz! ¡Bienaventurado el que no ve más que los signos de esperanza y de renovación! ¡Bienaventurado el que se atrece a creer en la parte mejor de cada ser humano! ¡Bienaventurada la Iglesia cuyo criterio de conducta es el bien de los más pobres en virtud, saliendo al encuentro de los que el mundo rechaza! El Evangelio es su orgullo, y la liberación que ellos anuncian, convertida en realidad por su manera de vivir, constituye su gozo. La corona de los salvados será la única razón que inwoquen.

*
**

**Dios, Padre de Jesús y Padre nuestro,
condúcenos a la luz de tu gracia.**

**Haz que escuchemos a tu Hijo,
para que su palabra sea nuestro evangelio
y su misericordia nuestra norma de vida.**

**Que tu Espíritu nos arrastre cada vez más lejos
en la fidelidad a tu llamada:
al final de nuestra carrera
podrás darnos la corona de gloria,
la recompensa de los salvados.**

*
**

**¡Bendito seas, Padre de las misericordias!
Tú no miras la hipocresía de nuestros corazones,
sino que nos pruebas con tu Palabra.
Que la mesa puesta para los que siguen la llamada de tu Hijo
sea la fuente de nuestra caridad:
que el Espíritu haga madurar en nosotros frutos de verdad,
según la promesa de Jesucristo.**

DEL SABADO DE LA VIGESIMA TERCERA SEMANA AL MIERCOLES DE LA VIGESIMA CUARTA

CARIDAD

La Iglesia ha nacido de la Pascua del Señor; tiene su origen en el costado abierto de Jesús. De esta manera, la Iglesia se ve remitida a la Pascua de su Esposo: también ella tiene que «pasar» a Dios. Este ir y venir entre la elección y la vocación pascual de la Iglesia está simbolizado en su Eucaristía: «La Iglesia hace la Eucaristía, y la Eucaristía hace la Iglesia», dice un antiguo proverbio de los Padres. La Iglesia vive y acoge la Pascua del Señor para, en ella, convertirse en Cuerpo de Cristo.

«Es vuestro propio misterio el que está puesto en la mesa del Señor; es vuestro propio misterio el que recibís. A la afirmación de lo que sois vosotros mismos, respondéis: Amén. Y vuestra respuesta es como vuestra firma. Se os dice: el Cuerpo de Cristo, para que sea verdadero vuestro Amén». Así predicaba Agustín dirigiéndose a los nuevos bautizados. El misterio de la Iglesia se inscribe en esa profundidad: no puede compararse su unidad con la de un cuerpo social, sino que tiene su origen en la Eucaristía. Dejemos que siga hablándonos el viejo obispo de Hipona: «¿Por qué este misterio está hecho con pan? No decimos nada por nuestra propia cuenta; escuchemos al Apóstol mismo, que nos dice al hablar de este sacramento: Nosotros, siendo muchos, somos un solo Cuerpo, un solo Pan (1 Cor 10,17). Comprendedlo y alegraos. Unidad, caridad, piedad, un solo Pan. ¿Y qué es ese Pan único? Un solo cuerpo hecho de muchos. Pensad que el pan no se ha hecho con un solo grano, sino con muchos. Durante los exorcismos, estabais de alguna manera bajo la muela del molino. En el bautismo fuisteis empapados en el agua. El Espíritu Santo vino a vosotros como el fuego que cuece la masa. Sed lo que veis y recibid lo que sois». Estamos en el corazón del dinamismo eucarístico de la Iglesia. Si recibimos el Cuerpo de Cristo, es para hacernos su Cuerpo, para ser capaces de amar. La caridad, fundamento de la unidad eclesial, no es resultado de sabios compromisos o de decisiones arbitrarias. Es una virtud teologal, es decir, un don de Dios que remite a la vida de Dios.

*
**

**Dios y Padre nuestro, conságranos por tu Espíritu:
que seamos tu Iglesia en este nuestro tiempo.
Que cada cual consagre sus fuerzas
a la edificación del Cuerpo de tu Hijo
para que sea santificado nuestro mundo.**

COMUNION

1 Corintios 10,14-22a. *Para Pablo, comer (en la propia casa o en la de otros) carne ofrecida a los ídolos es totalmente indiferente. La única exigencia que hay que tener en cuenta es la de la caridad.*

En el v. 14, el apóstol deja la cuestión del consumo en privado para tocar los problemas planteados por la participación en los banquetes sagrados de los paganos. Esta participación está evidentemente prohibida a los cristianos, ya que compromete a todo el individuo. En efecto, ¿qué significa la ofrenda de un sacrificio? Tanto en Israel como en las religiones paganas, supone un deseo de comunión con la divinidad, tal como indica el gesto de la imposición de manos sobre la cabeza de la víctima. Todo ocurre como si, por medio de esa víctima, el oferente se consagrara a Dios.

Es una cuestión de fe. En efecto, la participación en un sacrificio implica la fe en la divinidad respectiva y en la eficacia del sacrificio. Esto puede afirmarse también del sacrificio cristiano, que es comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo, es decir, supone la fe en el valor salvífico de la cruz. Por consiguiente, no se puede al mismo tiempo proclamar la fe en Cristo y en los ídolos paganos. Por otra parte, hemos de caer en la cuenta de que la comunión con Cristo es tan profunda que simboliza la unión de los cristianos, especialmente en el gesto de la fracción del pan.

El salmo 115 pertenece a un salmo de acción de gracias que, de hecho, comienza con el salmo 114. El salmista expresa en él su deseo de ofrecer el sacrificio que había prometido si era escuchada su petición.

Lucas 6,43-49: véase p. 49.

*
**

Los sacrificios forman parte del «alma religiosa» de los hombres. Ofrecer un sacrificio es expresar el deseo de estar unido con aquel a quien se ofrece. Alimentarse de la víctima ofrecida en sacrificio es realizar ya, de manera simbólica, esta unión; es unirse al mismo tiempo con los que han ofrecido la misma víctima y se alimentan de ella. Así pues, para Pablo, la cuestión de las carnes inmoladas es mucho más que una mera cuestión secundaria. ¿Con quién comulgáis? Ese es el interrogante, esencial para la vida de los cristianos, que Pablo lanza a las jóvenes comunidades nacidas en un mundo pagano. ¿Con quién comulgáis? Todos los discursos, todas las declaraciones, todos los programas cristianos con vistas a hacer un «hombre nuevo», una «nueva creación», no tendrán ningún efecto, y servirán incluso para mantener la reproducción pura y simple de unas relaciones sociales

inhumanas, si los cristianos no hacen hoy que ese «hombre nuevo» y esa «creación nueva» sean visibles a las miradas del mundo mediante su lucha contra la injusticia en todas sus formas. El Evangelio designa con claridad con quiénes se mostró solidario Jesús; Cristo estuvo siempre donde el hombre era abofeteado, disminuido, donde había que salvar el honor del hombre, ya que era allí donde estaba también la gloria de Dios. «¿Por qué me llamáis: Señor, Señor, y no hacéis lo que digo?» El cristianismo no es una teoría o un discurso piadoso; es, ante todo, una vida. ¡Al árbol se le juzga por sus frutos! ¿Cómo es nuestra vida personal y colectiva? ¿Cómo es la imagen que la Iglesia da de sí misma en lo referente a su identificación con los débiles, con los enfermos, los pobres, los humildes, los oprimidos y hasta con los que se desvían? ¿Cómo es nuestra supresión de barreras entre extraños y cercanos, entre buenos y malos, con un amor que no excluya de su benevolencia ni siquiera al adversario y al enemigo? El Dios que vivimos ¿está hecho a imagen del Evangelio? ¿Es un Dios que se solidariza con la miseria y con la esperanza de los hombres, que no exige sino da, que no aplasta sino alienta, que no condena sino libera, que hace que reine sin reservas la gracia, en vez del derecho?

¿Dónde están nuestras comuniones? No podemos, al mismo tiempo, beber del cáliz del Señor y del de los espíritus del mal; no podemos beber del cáliz de la vida consagrada al amor hasta la pasión, del testamento del Maestro arrodillado a los pies de los discípulos, del gesto del Siervo que entrega como herencia el testimonio del pan compartido, y comulgar al mismo tiempo con el espíritu del mundo que aplasta a los débiles, que abandona a los desesperados, que somete a los que dudan y que destruye a los que se desvían. Hermanos, sumergíos hasta el fondo, construid sobre el amor que llega hasta el límite. La casa resistirá entonces las tempestades, y vuestra vida se desarrollará en comunión eterna con Dios.

*
**

**Tú no quieres, Señor,
ni sacrificios ni piadosos discursos:
sólo en un corazón entregado al amor
se establece tu Alianza.**

**Cuando partimos el pan,
haznos fieles al testamento del Salvador:
que su vida entregada por nuestra felicidad
sea la roca sobre la que se edifique nuestra propia vida.**

*
**

**Señor y Dios nuestro,
sin el amor, nada pueden la fe y la esperanza.
Que esta comunión nos dé la fuerza
de compartir las aspiraciones de nuestros hermanos;
de este modo atestigüaremos
que Tú eres la fuente de todo amor.**

FRACCION DEL PAN

1 Corintios 11,17-26. *El discurso de Pablo sobre los sacrificios paganos le lleva a hablar del proceder de los Corintios en las asambleas litúrgicas. El apóstol empieza por denunciar la hipocresía del banquete eucarístico tal como lo viven las gentes de Corinto. Para Pablo, la comida eucarística debe ser una proclamación «de la muerte del Señor, hasta que venga». En otras palabras, tal como se señalaba en el capítulo 10, la participación de los Corintios en la eucaristía debería realizar su comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo y contribuir así a la edificación de la Iglesia; en efecto, esta comida sólo tiene sentido si expresa la unidad vivida por los que participan en ella.*

Pero ¿qué es lo que ocurre? En primer lugar, la división de los que se reúnen en varios grupos: Pablo habló ya de este tema al comienzo de su carta. Ahora aparecen, además, divisiones sociales, incluso en las asambleas litúrgicas. Durante la comida que precede a la eucaristía, los Corintios se agrupaban por afinidades de clase. Esta actitud iba, evidentemente, en contra de lo que el rito significaba.

Después de la diatriba de Pablo, conviene recordar el sentido de la muerte de Jesús. Es lo que se hace en un versículo del salmo 39: «Tú no pides sacrificio expiatorio, entonces yo digo: 'Aquí estoy'».

Lucas 7,1-10: véase p. 51.

*
**

Habían convertido la cena del Señor en comilonas indecentes. Habían transformado la comunión fraterna en camarillas. ¿Qué quedaba de la eucaristía? «Os resulta imposible comer la cena del Señor».

Un viejo proverbio dice: «La Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia». Pero ¿en qué se basaría la comunidad de los cristianos si la comida, símbolo de comunión, se convirtiera en el lugar donde explotan las divisiones? Hemos olvidado la verdad de los signos: hay un límite más allá del cual se convierten en un antitestimonio. Quizá fuera oportuno dejar, de vez en cuando de celebrar la Eucaristía, cuando surgen disputas intestinas... La Eucaristía, mesa fraterna, está grávida de vida de Iglesia cuando, poniendo en común sus deseos, su hambre, sus esperanzas y sus torpes esfuerzos por concretar el amor, los hermanos construyen día tras día la comunidad de los que viven la misma herencia. La Eucaristía es el lugar en

el que se desarrolla la comunión de los hermanos, el signo en donde ésta encuentra su sentido, su origen y su culminación. ¡La Iglesia hace la Eucaristía! Hermanos, no hagamos mentir al sacramento. ¡No menospreciemos a la Iglesia! La Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia. Si nos reunimos en la mesa común, no es porque esta fraternidad sea mero resultado de nuestro perdón mutuo, de nuestros compromisos recíprocos, de nuestra solidaridad pacientemente conquistada con los demás. «Cada vez que coméis este pan y bebéis este vino, anunciáis la muerte del Señor». En la mesa del pan compartido, proclamamos que el verdadero nombre de la vida es el amor paciente, el amor que acoge y perdona, el amor que descubre e inventa. El pan que comemos es comunión en la vida entregada del Señor. El pan que se nos ofrece nos lo dio Jesús en el momento en que consagraba su vida hasta el fondo, cuando decía: «El pan que os doy es mi carne para la vida del mundo». El mundo nuevo es gracia recibida, al mismo tiempo fruto de una vida marcada por el trabajo del Espíritu.

Ellos habían convertido la cena del Señor en comilonas y la comunión fraterna en capillitas de amigos... Devaluaban a la Iglesia y malgastaban la herencia del Señor. El pan no existe más que para partirlo y compartirlo con los demás; la Iglesia no vive más que en la comunión recibida, basándose en la gracia acogida y vivida. Desde la Cena del Señor, la Iglesia y la eucaristía son dos realidades inseparables: el que destruye una de ellas hace mentir a la otra.

*
**

**Señor y Dios nuestro,
tu Espíritu nos reúne
y la mesa fraterna se convierte en el lugar
donde se restaura tu Iglesia.
Renueva nuestra comunión;
nuestro compartir el pan y el cáliz
será el signo de la Alianza ofrecida.**

*
**

**Cada vez que comemos la carne de tu Hijo,
Tú vienes, Señor, a renovar tu promesa.
Cada vez que bebemos el cáliz de la redención,
Tú nos has dado a saborear los gozos del Reino.**

**No permitas
que nuestra vida desmienta tu palabra:
comulgando en tu amor
es como pasamos al mundo nuevo.**

CUERPO

1 Corintios 12,12-14.27-31a. *«Mientras uno pasa hambre, otro se embriaga», escribe Pablo a propósito de la cena eucarística. Esta pequeña frase dice mucho del ambiente que reinaba en Corinto durante las reuniones litúrgicas. Nos revela igualmente cuál era el mundo en el que penetraba el cristianismo. En efecto, no hemos de olvidar que algunos cristianos de Corinto habían conocido antes de su conversión la exaltación propia de las religiones místicas; por tanto, no es improbable que algo de aquel ambiente sospechoso se infiltrase en las asambleas cristianas, lo cual explicaría la presencia en esta epístola de la exposición sobre el buen uso de los bienes espirituales.*

La perícopa litúrgica no ha conservado más que el principio normativo que debe guiar a los Corintios: no hay carisma particular que no esté ordenado al bien de toda la comunidad. Pablo ilustra esta afirmación mostrando la solidaridad que une a los miembros de un mismo cuerpo.

El salmo 100 invita a la alabanza. Al morir en la cruz, Jesucristo quiso reunir a todos los hombres para hacer de ellos un solo pueblo.

Lucas 7,11-17: véase p. 53.

*
**

Un cuerpo compuesto de muchos miembros... Ya hace mucho tiempo que se impuso como evidente la comparación entre el cuerpo humano y el cuerpo social. La unidad de la Iglesia ¿estará entonces hecha a imagen de lo que puede mantener juntos a los hombres? ¿Encontrará nuestra unidad su fundamento en un consenso sabiamente construido, en una ortodoxia reconocida o impuesta, en un comportamiento consentido u obligado? ¿Se deberá nuestra unidad a una buena organización, a unos compromisos pacientemente elaborados? ¿Se identificará la comunidad cristiana con una distribución juiciosa de tareas?

«Vosotros sois el cuerpo de Cristo». San Pablo sale de la comparación sociológica para pasar a la evocación cristológica de la Iglesia. Nosotros somos de un cuerpo que pertenece a Cristo, que es «de Cristo» (cf. Rm 12,5: «Nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno, por su parte, los unos miembros de los otros»). La unidad, que Pablo exhorta a los Corintios a perseguir como una meta, se revela en Jesucristo como una unidad que hay que completar y recibir.

Nuestra unidad es una persona, una respiración común, una palabra intercambiada, una vida compartida porque es única. Nuestra unidad es cuestión de sangre, de aliento vital. La unidad del cuerpo que constituimos es mucho más que una sana colaboración entre miembros diferentes, ya que Jesús es el cuerpo entero, y cada uno de los miembros no vive más que del Espíritu. Es el Espíritu el que nos permite ser discípulos, imitadores y testigos del Hijo único.

La unidad de la Iglesia viene de mucho más arriba y, al mismo tiempo, exige demasiado en serio la conversión de cada uno para que sea posible forzarla por la constricción o renunciar a ella en virtud de un liberalismo nacido de un dejar-hacer, dejar-pensar... Nuestra unidad se realiza en la formación de un «nosotros» en el que no se disuelve cada uno de los «yo», sino que se afirma abriéndose y dilatándose en un «yo» de Iglesia, haciéndose eclesial. Cada uno encuentra su verdadera dimensión viviendo para el Cuerpo único del Señor.

La verdad es que este misterio no puede revelarse en la Iglesia, modestamente, sino porque antes se revela entre Cristo y la Iglesia. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo, porque es la Esposa a la que El amó y sigue amando como a su propio cuerpo, como a otro yo. Y si, por medio de nuestra vida fraternal, nosotros podemos transformarnos en Iglesia construida sobre el amor, es porque nuestra caridad se fundamenta en esas profundas raíces. La diversidad de los dones del Espíritu no sólo se ordena al bien común, sino que es además manifestación diversificada de una gracia única.

*
**

**Dios y Padre nuestro, conságranos por tu Espíritu;
lo mismo que El ha venido sobre el pan y el vino
que Tú pusiste en nuestras manos,
que también descienda sobre nosotros.**

**Que se convierta en el aliento que da la vida
al Cuerpo visible de tu Hijo;
que sea fuerza, prudencia y coraje
para los que cuidan de tu Iglesia:
para el papa que preside en la Caridad,
para nuestro obispo;
que sea sabiduría que viene de la fe
para los que dan testimonio de tu palabra;
caridad para los que encarnan
los gestos de tu solicitud;
asombro para los que guían la oración de tu pueblo;
germen de unidad para los encargados de fomentar la comunión.**

**Envía sobre nosotros tu Espíritu,
para que seamos tu Iglesia.**

AMOR

1 Corintios 12,31—13,13. *Siempre en el contexto del buen orden que hay que hacer que reine en las asambleas litúrgicas, Pablo hace una crítica severa de los carismas. Todos ellos están subordinados a ese otro don del Espíritu que es la caridad fraterna. La argumentación sigue el esquema indicado anteriormente a propósito de las divisiones en la Iglesia de Corinto, a saber:*

a) los carismas más eminentes son inútiles si no están arraigados en el amor (vv. 1-3);

b) los vv. 4 a 7 describen las obras producidas por el amor. Notemos la acumulación de verbos que indican las múltiples acciones suscitadas por la caridad; ello permite al apóstol evitar el escollo de una definición demasiado abstracta;

a') los vv.8-13 vuelven sobre el tema de la superioridad del amor, profundizándolo en el sentido de la perennidad: el amor no pasará mientras que todo lo demás está destinado a la desaparición.

Como respuesta al himno a la caridad, el salmo 32 remite a Dios, fuente de todo amor.

Lucas 7,31-35: véase p. 56.

*
**

El misterio de la comunión que se ha establecido entre los cristianos no puede revelarse en la Iglesia, modestamente, sino porque se revela previamente entre Cristo y su Iglesia, como decíamos ayer. La Iglesia es el cuerpo de Cristo, porque es la Esposa que El amó como a su propio cuerpo, como a otro yo. ¿Cómo extrañarse entonces de la vida superior que propone Pablo para la edificación de la Iglesia? ¡Sólo el amor construye el cuerpo del Señor en este mundo! La caridad es hija de Dios. «Contemplad —dirá Clemente de Alejandría— el misterio de la caridad; entonces veréis el seno del Padre, que el Hijo único nos ha dado a conocer». El único carisma indispensable para la vida de la Iglesia es el amor, nacido de Dios y que vuelve a Dios. La Iglesia ha nacido del costado abierto de Jesús al morir. En términos más sencillos: la muerte del Señor, su amor radical, que llegó hasta el don de sí mismo, es el fundamento de la fecundidad de la Iglesia.

El amor, que es la vocación del cristiano, encuentra su origen en esta profundidad. La caridad es una virtud teologal, es decir, viene de Dios, participa del ser mismo de Dios. Jesús se dejó «abrir», se «vació» de sí mismo, y en el agua y la sangre que brotan de su costado abierto por la lanza está la fuente de nuestra caridad. La caridad es hija de Dios. La Iglesia ha salido del costado de su Salvador, nueva Eva sacada de la costilla de Adán. Cuando intentamos imitar el amor que fue la razón de ser de Jesús, podemos decir que estamos como «casados» con el Verbo: el que ama ha nacido ya de Dios.

AMASADOS DE VIDA

Todos sentimos en nosotros mismos un profundo deseo de vivir, libres de todas las alienaciones, tanto de las que descubrimos en nosotros como de las que nos vienen de fuera; una aspiración a ser nosotros mismos en la transparencia de nuestro ser, realizados, libres de todas las limitaciones que nos vienen del sufrimiento, del mal.

Y descubrimos que todo ello está continuamente abocado al fracaso por culpa de nuestras limitaciones, las de nuestro cuerpo, las de nuestro pecado, y finalmente por obra de la muerte.

Lo que trastornó a los primeros cristianos fue la certeza de que un hombre, aquel hombre Jesús, que había vivido como ellos todas estas esperanzas y contradicciones, era ya el Viviente: Dios lo había introducido en una vida definitiva. No fue una muerte cualquiera la que desembocó en la resurrección. Fue precisamente aquel hombre muerte en la cruz el que entró en la vida; y es su muerte, la muerte de su amor obediente, la que se convirtió en la muerte de la muerte.

Lo que ocurrió en Jesús es un signo para nosotros. En el Resucitado podemos ya contemplar el término hacia el que caminamos. Por tanto, es todo el sentido de nuestra existencia de hombres, personal y colectiva, la que se nos revela. Contemplamos en El una vida de hombre lograda, tal como la soñaba Dios para nosotros en la mañana del Génesis. Más que un signo, la resurrección de Jesús es ya para nosotros un cumplimiento. En Jesús resucitado, Dios ha cumplido con todo el universo el «sacramento», el signo eficaz de nuestro paso a la vida. Todas las realidades humanas y cósmicas han quedado transfiguradas. El mundo entero se ha convertido en el cuerpo de Cristo. Amasado de nuestra carne, de nuestra existencia más concreta, de toda la carne de la tierra.

*
**

**Cantamos tu gloria,
Dios y Padre nuestro,
Padre de Jesucristo, nuestro Señor.
Tú lo resucitaste de entre los muertos
y nos haces revivir en El.**

**Tú pones en el corazón de tu Iglesia
la fuerza de la esperanza,
para que a través de las pruebas de este tiempo
nos haga saltar ya de gozo
la promesa de una herencia incorruptible.
Renovados por el poder de tu Espíritu,
Dios, vida nuestra, bendecimos tu Nombre.**

EL EVANGELIO DE LA RESURRECCION

1 Corintios 15,1-11. *La última cuestión que trata Pablo es la de la resurrección de los muertos. La lectura de mañana mostrará mejor el origen del malestar que ocasionaba a los Corintios el dogma cristiano. Contéñmonos hoy con insistir en la solemnidad que rodea a la respuesta del apóstol.*

Esta solemnidad la vemos, sobre todo, en las expresiones rabínicas empleadas por Pablo para introducir el enunciado tradicional de la fe: «Os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí». Por tanto, Pablo no tiene, ni mucho menos, la intención de hacer una proclamación inédita; les recuerda simplemente a los Corintios el contenido de la fe que tienen en común. La fórmula estereotipada sirve para señalar un dato de fe anterior a Pablo y que atestigua ya una relectura del hecho pascual a la luz de las Escrituras, así como una toma de conciencia del valor redentor de la cruz.

Como acción de gracias se recogen algunos versículos del salmo 117, utilizado frecuentemente por la Iglesia primitiva para iluminar el hecho de la resurrección y de la exaltación de Cristo.

Lucas 7,36-50: véase p. 58.

*
**

«¡Ha resucitado!... ¡Esa es nuestra fe!» Grito de entusiasmo de los primeros cristianos, profesión de fe de todos aquellos que, a lo largo de los siglos, acogerán el Evangelio. La Iglesia es la comunidad de los que creen que el hombre-Jesús entró en la comunión divina, que El es Dios y Señor, que puede hacer acceder a la vida divina a los que creen en El, que es el jefe de fila de todos los que quieren entrar como El en la comunión con Dios. La Iglesia es la Iglesia de la resurrección, porque es llevada por esta confesión. Y lo es también porque no vive más que para esta proclamación: «Os transmito lo que a mi vez recibí». Ahí está toda la tradición de la Iglesia: «¡Jesús ha resucitado!»

«Os transmito lo que a mi vez recibí». Se nos ofrece el sentido de la vida. Para el cristiano que tiene los ojos fijos en Jesús, ese hombre que sufre tanto y es resucitado a la vida, la resurrección no está detrás de él, sino delante. Con la mirada fija en ese Jesús a quien sus padres en la fe anuncian como vivo, el creyente da testimonio de que Dios está al lado de los hombres hasta en el absurdo, la vacuidad, el desamparo, la soledad y la nada de una

vida condenada a la muerte. Confesar la resurrección es atestiguar que, en la vida y en la acción de Jesús, en su pasión y su muerte, Dios tomó partido por nosotros sin restricción alguna. Confesar la resurrección frente a todo y contra todo es manifestar que Dios es compasivo: está con nosotros, por nosotros y nos levanta a nosotros.

Transmitir lo que hemos recibido es, pues, algo muy distinto de repetir unas palabras sin alma: la resurrección es vida antes de ser dogma, y la tradición es una vocación. «Transmito lo que recibí». La Iglesia no tiene que hacer más que repetir y vivir esto. Su testimonio es una palabra que rehabilita; su vida es un gesto que libera; si no fuera así, la Iglesia sería infiel a la resurrección, que es su acta de nacimiento. El Evangelio es Buena Nueva, y el anuncio de la resurrección despierta a la vida. La vocación de una Iglesia fiel a la tradición que es su herencia, la orienta de antemano hacia los débiles, los enfermos, los desheredados, los oprimidos, y hasta los impíos, la gente sin moral y sin Dios. «Un acreedor tenía dos deudores... Tus pecados quedan perdonados». La Iglesia no tiene otra cosa que decir más que la palabra de esperanza y de resurrección recibida de su Señor. Anunciar la resurrección y vivir el amor, que rehabilita, son la misma cosa: la resurrección de Jesús revela que el amor es el «estilo» de Dios. La resurrección se convierte en un estilo de vida para la Iglesia, que desea transmitir lo que ha recibido: tiene la misión de decir a todos los desheredados, a todos los condenados, las palabras que resucitan: «Tu fe te ha salvado. Vete en paz».

*
**

**Dios de infinita misericordia,
Dios de paz,
danos la gracia de una fidelidad llena de audacia.**

**Que nuestras palabras digan tu paz,
que nuestras vidas liberen otras vidas;
así atestiguaremos lo que hemos recibido.**

*
**

**Dios, fuente de vida,
enséñanos los gestos que suscitan la vida.**

**Que cada día tu Espíritu
despierte en nosotros el don que nos has hecho:
la paz nacida de tu perdón;
entonces seremos los testigos asombrados
de la felicidad que ofreces a todos los hombres.**

¡ESTA VIVO!

1 Corintios 15,12-20. *Los judíos y los paganos tenían una concepción diferente del problema de la supervivencia. Para el hombre de la Biblia, que se había percibido siempre como profundamente uno, era imposible que el alma se separara del cuerpo. Por otra parte, durante muchos siglos había pensado que la muerte alcanzaba tanto al cuerpo como al alma; pero cuando, después del destierro, se fue imponiendo progresivamente a su espíritu el pensamiento de la supervivencia, la había comprendido como una resurrección del hombre entero.*

El pensamiento griego era muy distinto. Marcado por las filosofías dualistas, distinguía el alma del cuerpo y, por tanto, nunca tuvo dificultad en considerar al alma como inmortal; al contrario, estaba convencido de que el cuerpo estaba destinado a la destrucción.

Algunos filósofos judíos, como Filón, tuvieron en cuenta las reticencias del pensamiento pagano y se limitaron en sus obras a poner de relieve la inmortalidad del alma. Pablo, en cambio, negó este compromiso y expuso el pensamiento cristiano en todas sus dimensiones. Argumenta aquí a partir de la fe que comparte con los Corintios. Nadie —afirma— niega la resurrección de Cristo; entonces hay que admitir también la resurrección de todos los hombres, ya que la resurrección de Cristo no tiene sentido más que como primicia de la de éstos. Negar la resurrección de los muertos sería negar la encarnación y la solidaridad que existe entre el Hijo de Dios y la humanidad.

El salmo 16 es una lamentación. Su petición de ayuda expresa la fragilidad humana; sólo en Dios hay esperanza.

Lucas 8,1-3: véase p. 60.

*
**

«Nosotros proclamamos que Cristo ha resucitado de entre los muertos». La resurrección es objeto de un anuncio, no de una demostración; es el centro de la fe, no la conclusión de un razonamiento. Por eso me parece que el creyente no tiene por qué preocuparse tanto de las «pruebas» de la resurrección como del significado y la importancia que le concede en su propia vida. Este acontecimiento único cambia el destino del mundo y de los hombres y, por consiguiente, la mirada con que los vemos. «Si no resucitó Cristo,

vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe». Porque, en definitiva, no se trata tanto de mostrar la veracidad de un acontecimiento cuanto de creer en un Viviente, cuyo paso de la muerte a la resurrección tiene una importancia capital para todos nosotros. «Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; estáis todavía en vuestros pecados».

No somos testigos de un milagro más prodigioso que todos los demás; ese acontecimiento, ciertamente extraordinario, aunque está vinculado a una persona, afecta a todos los hombres. En toda su humanidad. Mientras que los griegos podían admitir la inmortalidad del alma, Pablo les anuncia la realización de todo el hombre. La Pascua no nos libera ni de la materia ni del cuerpo ni del mundo ni de la historia. La victoria de Jesús sobre la muerte no inaugura un proceso de evasión. Libera al hombre para que tenga otra relación consigo mismo, con los demás y con Dios. Se nos da situarnos ante nosotros mismos, ante el mundo, ante los demás y ante Dios de la misma manera que se sitúa Dios ante Sí mismo y ante la creación. Por eso precisamente la Pascua se convierte en nuestra misión. «Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron»: creer en la resurrección es entrar en ese dinamismo de una Pascua que no se acabará más que cuando todo haya sido reasumido en Cristo. Entretanto, nos corresponde emprender el combate de la vida, conducir a los hombres para que se hagan seres vivos, de tal forma que vaya desapareciendo en nuestro mundo todo lo que mantiene una connivencia con la muerte. Jesús está ahora vivo en virtud de lo que fue y de lo que hizo. De esta manera inaugura un movimiento que sólo su retorno conducirá a término.

«Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron». La Iglesia proclama que Jesús está vivo. Venció a la muerte, y desde entonces ya no nos encadena ningún destino irremediable. Dios ha querido para nosotros lo inesperado: que gozásemos de su vida. Y nosotros hemos recibido el encargo, en medio de la contradicción y del conflicto, de hacer nacer lo que Dios, en la gratuidad de su amor, ha exaltado hasta la locura: romper lo que sigue siendo nuestro horizonte cotidiano, la muerte. El realismo del acontecimiento de la resurrección de Jesús —«Si no resucitó Cristo, vana es vuestra fe»— garantiza que las luchas de liberación de nuestra historia, si no son vanas para nosotros, lo son todavía menos para el Reino que ha de venir.

*
**

¡Para los que creen en Ti, Señor,
ya no hay muerte!
¡Para los que esperan en Ti
la noche termina en una aurora pascual!

¡Bendito seas por la vida
resucitada al amanecer del nuevo día!
Ya que hemos puesto nuestra esperanza en Cristo,
haznos compartir su victoria
y dar testimonio de la paz que El ofrece.

*
**

¡Tú resucitaste a tu Hijo amado!
Dios y Padre nuestro, del que viene toda vida,
vuelve nuestros corazones al futuro:
que tu aliento nos anime
para llevar la vida y hacerla renacer
hasta el día en que nazca la vida eterna.

Sábado de la vigésima cuarta semana

A IMAGEN DEL RESUCITADO

1 Corintios 15,35-37.42-49. *¿Cómo resucitarán los cuerpos? En su respuesta, Pablo se muestra interesado en respetar, por un lado, la exigencia de continuidad que le impone su visión unitaria del hombre; por otro, la conciencia de una ruptura necesaria entre la vida y la muerte. Y lo hace sirviéndose de la imagen de la planta que muere para renacer; y, para marcar la diferencia entre lo que es terreno y lo que pertenece al mundo «celestial», acuña la expresión «cuerpo espiritual», una fórmula que se arraiga en la oposición entre los dos Adanes. El primero había recibido la vida; el segundo, Cristo, la da.*

El salmo 55, una oración de súplica, desborda confianza: «¿Qué me importan los hombres, si cuento con Dios?»

Lucas 8,4-15: véase p. 64.

*
**

Salió el sembrador a sembrar. Jesús salió de Dios para lanzar a todos los vientos la Buena Nueva. Y lo mismo que la lluvia no vuelve al cielo sin haber fecundado la tierra, la palabra germinó y produjo abundante cosecha. El Grano sembrado en el surco del Gólgota surgió de la tierra y, detrás del Resucitado, se levantó un pueblo de salvados. Los que pertenecían a la tierra saben ahora que han nacido de Dios. Nuevo Adán, Jesús resucitado es el primogénito de una multitud de hermanos. «Seréis como dioses», había susurrado la serpiente en el jardín de la creación. Hoy es Dios el que realiza los deseos del hombre.

¡Que no se nos ocurra hacer de la resurrección una teoría! La resurrección nos afecta en lo que somos. No afecta a un hombre idealizado, sino al hombre con todo el peso de su vida. Esa es la verdad escandalosa que no eran capaces de soportar aquellos griegos a los que se dirigía Pablo. Esa es la fe de la Iglesia cuando confiesa la resurrección de los cuerpos.

En efecto, ¿no es acaso nuestro cuerpo nuestra misma realidad? Nuestro cuerpo no es otra cosa más que nosotros mismos: lo que expresamos, lo que amamos, lo que hacemos. Nuestro cuerpo es nuestra capacidad de entrar en relación con los demás, nuestra facultad de actuar sobre el mundo y transformarlo. Es nuestro «aparecer», la posibilidad de vivir nuestros sentimientos, de comportarnos, de presentarnos. La resurrección nos alcanza hasta

allí, hasta las fibras más carnales de nuestro ser; no es un «yo ideal» el que vivirá, sino el yo en todas las dimensiones de su ser. Más aún: la victoria del Resucitado nos afecta en lo más «gravoso» de nuestra vida. Mi cuerpo soy yo, sin duda; pero yo sé que este cuerpo que yo soy es también para mí pesadez, limitación, opacidad: me oculta y a la vez me revela, porque es la materia de la que estoy hecho y, al mismo tiempo, el pecado que cometo. El que habrá de vivir no será un «yo» desencarnado, sino yo mismo, con las limitaciones de mis relaciones, con las torpezas de mi acción en el mundo, con las traiciones de mi cuerpo a mi ser secreto, con la pesadez de mis comportamientos... Más aún: es el propio mundo material el que se ve transfigurado. Y es que mi cuerpo es centro de relaciones con el universo entero, mundo físico y mundo humano; cuando el cuerpo de Jesús resucita —es decir, cuando queda transformado y penetrado por la vida divina—, entonces es toda la red de relaciones del universo la que resulta transformada en Dios. «Nosotros, que somos imagen del hombre terreno, seremos también imagen del hombre celestial». La resurrección de Cristo es una renovación del universo entero.

El sembrador arroja la semilla, grávida de la cosecha futura. Nuestra fe nos hace mirar hacia la consumación de las realidades. La resurrección es revelación, y el mundo nuevo inaugurado por la victoria de Jesús no hemos de imaginarlo a partir de lo que somos, sino que, por el contrario, es el cuerpo resucitado de Jesús el que nos dice de antemano lo que somos o, mejor, lo que estamos haciéndonos. «Nosotros, que somos imagen del hombre terreno, seremos también imagen del hombre celestial».

*
**

**Como un grano de trigo henchido de esperanza,
así nos lleva en sí
tu Hijo, Dios y Padre nuestro,
que derramó sobre nosotros tu Espíritu
para la cosecha y el fruto de mañana.**

**Haz que madure su promesa
y nos haremos semejantes a El,
transfigurados por los siglos eternos.**

*
**

**Hemos reconocido la fuerza de tu promesa:
¡bendito seas, Dios de los vivos!
Que el pan de vida, el cuerpo entregado de tu Hijo,
triunfe sobre nuestra muerte,
y así nada ni nadie podrá arrebatarnos
el futuro que Tú preparas para nosotros:
la alegría de los siglos sin fin.**

DEL LUNES AL SABADO DE LA VIGESIMA QUINTA SEMANA

VOCACION

El Evangelio es vocación, llamada. La luz ha brillado en las tinieblas, y las tinieblas no la han podido apagar. «Yo soy la luz del mundo», dice Jesús. Y Pablo dirá a los primeros cristianos, demasiado marcados todavía por la debilidad del mundo: «¡Vosotros sois hijos de la luz! ¡Hacedos hijos de la luz!» Hacerse discípulo es cuestión de opción y de obediencia.

Es una opción. Será discípulo el hombre que ha sido tocado en el corazón por una palabra que le supera. La vocación es una prueba, ya que la llamada es acuciante como una urgencia, radical como un juicio. Ser discípulo es abrirse a una cuestión, dejarse cuestionar. Sin más seguridad que la gracia para salir vencedor de la prueba.

Y es una obediencia. Será discípulo aquel que reciba íntimamente el don que se le hace. Será de la familia de Jesús aquel que ponga en práctica la Palabra. El Evangelio no es un montón de frases, y mucho menos un ensayo. El discípulo vive un tiempo de urgencia y se lanza a la aventura llevando por todo bagaje la palabra de gracia. Obediencia a nuestra vocación de hombres, ya que desde la mañana del Génesis el hombre está llamado a conocer a Dios, a vivir en comunión con El.

*
**

**«¿Quién decís que soy yo?»
Tú eres el Hijo de Dios,
consagrado por el Espíritu para guiar al hombre
a la tierra de gracia y de libertad.**

**«¿Quién decís que soy yo?»
Tú eres el Hoy de Dios,
traído por el Soplo del Espíritu
para hacer venir a nuestro mundo
un Reino de paz y de felicidad.
«¿Quién decís que soy yo?»
Tú eres el Mesías, el Enviado del Padre,
venido a servir y a darte,
entregado a la cruz en la colina,
transfigurado en gloria en la montaña.**

LUZ

La lectura del libro de los Proverbios es desconcertante. ¿Qué relación tienen esas máximas con la palabra de Dios? ¿No son simplemente el resultado de la reflexión del hombre? De hecho, esta pregunta está mal planteada, porque, aunque es evidente que el libro de los Proverbios es una obra humana, ello no le impide ser también obra de Dios. Dios se ha «encarnado» en todas las épocas de la historia.

Pero ¿qué clase de hombres son los sabios? La Biblia llama de este modo a toda persona competente, desde el ebanista hasta el marinero. Llama también así a los consejeros políticos de los reyes y, de una forma general, a todos los eruditos. La literatura sapiencial refleja un momento importante de la evolución del pensamiento. En efecto, un mejor conocimiento de la literatura del Medio Oriente muestra no sólo la enorme deuda de la sabiduría judía respecto de las civilizaciones circundantes, sino también la importancia de la época monárquica como período de recopilación sistemática. Puede decirse que la sabiduría, que es una mezcla de experiencias y de tradiciones, nació en los bancos de la escuela; surgió del deseo de los maestros de transmitir su saber a sus jóvenes discípulos, educarlos y convertirlos también a ellos en sabios.

Además, la literatura sapiencial traduce una aspiración del espíritu humano que revelan igualmente los libros históricos contemporáneos: la de liberarse del sacralismo ambiental y asentar la autonomía del pensamiento. Es interesante comparar la historia de Saúl con la de la sucesión de David: la primera está totalmente impregnada de lo sagrado, mientras que la segunda se esfuerza por encontrar en las vicisitudes del corazón humano la explicación de las desventuras del reino. Los sabios tuvieron este mismo anhelo de emancipación, lo cual explica, entre otras cosas, el carácter tan poco religioso de las sentencias más antiguas del libro de los Proverbios.

Sin embargo, este esfuerzo de independencia no entró en competencia con la fe en Dios. La aparente contradicción se explica por el objeto mismo de la investigación sapiencial. En efecto, cuando el sabio pregunta a la realidad, sabe que interroga a un mundo creado por Dios. El intento de desacralización no se saldó con un rechazo de lo divino, porque el sabio se preocupó de poner a Dios en la realidad. Intento de emancipación del espíritu humano, voluntad de captar todo lo real, la literatura sapiencial encontró su propio sitio en los libros santos del pueblo elegido. ¿Hay acaso un reconocimiento más claro de los derechos de la razón, una afirmación más palpable de que Dios y el hombre no se oponen?

Proverbios 3,27-34. Los versículos 27-29 tratan del comportamiento con los amigos y, por extensión, con todos los que nos rodean. No debemos traicionarles ni negarles nuestra ayuda. El versículo 30 denuncia el peligro de las rencillas, sobre todo cuando falsean las relaciones humanas.

Los versículos 31-34 oponen a dos grupos de hombres: los malvados y los justos. Mientras que «Yahvé abomina de los perversos», acoge con favor a los rectos. Pero ¿qué es un hombre justo (y qué es, por tanto, un hombre malvado)? El hebreo designa con esta palabra al que actúa en conformidad con lo que exige de él la ley natural.

Es éste un rasgo propio de la literatura sapiencial: el conocimiento de estas exigencias no se deduce nunca de unas normas teóricas ni de un derecho escrito (habrá que aguardar al Sirácida para que los sabios se interesen por la Ley), sino que se deriva de la atención que se presta a la realidad. El sabio cree en un orden revelado por Dios en la creación; por tanto, el justo es aquel que, en una situación determinada, se esfuerza por encontrar la conducta a seguir, ayudándose de su experiencia personal y de la tradición de los antiguos. Esta concepción explica por qué Israel confundió durante mucho tiempo el esfuerzo de «justicia» con la prosperidad; en efecto, pensaba que una existencia agradable era la sanción natural del esfuerzo por encontrar la verdad. El que actuaba de ese modo se colocaba, por así decirlo, en un «aura de bendición» (von Rad).

«Yahvé, ¿quién morará en tu tienda?». El salmo 14 enumera las exigencias impuestas a los que desean presentarse ante Yahvé.

Lucas 8,16-18: véase p. 66.

*
**

Dios es un Padre que ciega al que lo mira. Es demasiado fulgurante para que se le pueda ver de cara; por eso sólo se deja ver de espaldas. Desde toda la eternidad, el Verbo ha nacido de esa luz. Luz nacida de la luz, apareció en medio de las tinieblas, y la noche de los hombres se iluminó con esa claridad venida de arriba. La lámpara fue colocada sobre el lampadario, y desde entonces la cruz da un sentido nuevo a la morada de los hombres, a su historia personal y colectiva.

Se encendió la lámpara, y los rincones oscuros quedaron limpios de sus tinieblas. Apareció Jesús, y quedaron liberados los más secretos deseos. Nada hay oculto que no se ponga de manifiesto, nada débil que no quede renovado. La luz es vida y resurrección. En las tinieblas del corazón, de la desesperación, del hastío, de la vergüenza, de la envidia, de la sospecha que nadie aclara, de la necesidad que nadie adivina, de la tristeza que nadie sondea: en todos esos repliegues sin número brilla sin cesar la luz pura y divina. ¡La lámpara no existe más que para iluminar la habitación! Jesús ha venido para que aparezca la vida, la esperanza, la renovación.

➤ «Vosotros sois la luz del mundo. Que vuestra luz brille ante los ojos de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen al Padre». Habéis sido iluminados por vuestro bautismo; ¿cómo podríais escapar al Espíritu que os llama? La luz enciende el amor, y sin ella se extendería por doquier el frío del vacío y la inmensa obscuridad de la noche absoluta. La luz se convierte en alegría que cunde y se contagia. Sin ella, la vida perdería su sabor y su sentido. La luz se hace día, y sin ella la vigilia carecería de esperanza. «Vosotros sois la luz del mundo», su porvenir y su gozo; ¡sed testimonio para los hombres!

*
**

Tu palabra, Señor, es lámpara para nuestros pasos...

**Bendito seas, Padre nuestro,
por la claridad de tu Rostro,
Jesús, en quien haces brillar
el esplendor de tu faz.**

**Haz que sepamos velar en la fe
hasta la mañana nueva
en que tu luz deslumbre al hombre por toda la eternidad.**

*
**

Dios y Padre nuestro,

**Tú ofreces a los hombres
la luz que necesitan para dirigir sus pasos.
Haz penetrar en lo más hondo de nuestro ser
esa otra luz, tu Hijo Jesús.**

**Con El marcharemos hacia Ti
y descubriremos tu rostro.**

*
**

**Gloria a ti, Padre nuestro, por esta eucaristía:
en ella Cristo nos ilumina con su amor.**

**Te pedimos, Padre,
que nuestros ojos se abran a lo infinito de ese don,
y que nuestra vida irradie tu luz
ahora y por siempre.**

Martes de la vigésima quinta semana

ASUNTO DE FAMILIA

Proverbios 21,1-6.10-13. Estos proverbios forman parte de una colección de 376 sentencias atribuidas a Salomón. Esta atribución es falsa: guarda relación, no tanto con los dones —quizá reales— que se le reconocían al sucesor de David, cuanto con una verdad comúnmente admitida en todo el Oriente: el rey es la fuente de todos los bienes. De hecho, los materiales de esta colección son muy antiguos.

Aunque la muestra que aquí se recoge no permite descubrir verdaderos vínculos entre las diversas máximas, impresiona, sin embargo, su llamada a la experiencia de cada día, que, junto con la meditación de la tradición, constituyó la fuente principal del saber de los sabios.

Un nuevo trozo del salmo 118: celebra la adhesión del salmista a la ley divina.

Lucas 8,19-21: véase p. 68.

*
**

Dirigió su mirada a los que estaban a su alrededor y dijo: «Estos son mi madre y mis hermanos». Ser de la familia de Jesús, de sus parientes, exige reunirse en torno a El para escucharle, para vivir con El. «Dichosos los que oyen la Palabra de Dios y la guardan» (Lc 11,27). La familia es siempre asunto del corazón, adopción, una comunión que se establece, que se comparte. Hacerse familiar de alguien exige compartir su suerte y su reputación; ser de la familia de alguien exige ligarse a su nombre.

«Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen». Llevarán el nombre de Jesús los que vivan en su corazón todo lo que fue su razón de vivir: «En esto conocerán que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros. Amaos como yo os he amado».

La Iglesia es un asunto «de familia». Pertenecen a ella los que se reúnen en torno a la Palabra para hacerla suya, los que escuchan la Buena Nueva para conformar con ella su vida, los que toman como referencia de su vida lo que dijo e hizo Jesús, los que llevan el nombre de Jesús como distintivo. La Iglesia es un asunto del corazón: un asunto sólo es verdaderamente «de familia» cuando se le toma a pecho, como si fuera «nuestro».

*
**

**Somos de tu familia, Señor y Dios nuestro,
pues llevamos el nombre de tu Hijo.**

**Infunde en nosotros tu Espíritu:
que El nos haga conocer la gracia de nuestra adopción
para que seamos tuyos por toda la eternidad.**

SIN SEGURIDADES

Proverbios 30,5-9. *Este pasaje es atribuido a un tal Agur. Podría tratarse de unos proverbios recogidos de otra sabiduría oriental; no tiene que engañarnos el término «Dios», ya que atestigua, todo lo más, la acomodación de proverbios ajenos a la mentalidad israelita.*

El conjunto, sin embargo, es interesante, ya que demuestra que los sabios fueron capaces de criticar su propio saber. En efecto, en los versículos precedentes Agur confiesa su ignorancia y reconoce la solidez de la sabiduría divina. La oración de los vv. 6-9 recuerda la de Salomón (1 R 3); en ella el sabio pide lealtad y un bienestar razonable: ni la abundancia, ni la miseria que conduce al vicio.

El salmo 118 prolonga la oración del sabio. En ella se proclama el horror a la mentira, al mismo tiempo que se ensalza a la Ley, reflejo de la palabra divina.

Lucas 9,1-6: véase p. 70.

**

A nadie se le ocurre emprender un viaje sin las debidas precauciones. Fijémonos en la publicidad: «Su seguridad en nuestras manos», «Somos de confianza»... El exotismo no tiene por qué daros miedo: si, por desgracia, tenéis que acortar vuestras vacaciones, os repatriarán; si tenéis que ser hospitalizados en el extranjero, os atenderán. La aventura sin riesgos; ¡todo está previsto! Para vuestra tranquilidad y vuestro placer, hay alguien que programa y organiza vuestras vacaciones...

«Los envié a curar enfermedades y a proclamar el Reino de Dios». Y les dijo: No toméis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero. Como calzado, unas simples sandalias. ¡Ni siquiera dos túnicas! Nada más que el traje del peregrino. Nada más; sólo la Palabra, el mensaje, la Buena Nueva. Tan sólo el aliento del Espíritu, que es el que hace avanzar al mensajero.

Nosotros suscribimos pólizas de seguros. ¡Hay que preservar el mensaje! Y para eso lo codificamos en definiciones ortodoxas. Hay que dominar la Palabra; y para eso la hemos yugulado en discursos sabiamente medidos. Hay que aceptar la Buena Nueva; y para eso suavizamos todo lo que tiene de provocativo, circunscribiendo los riesgos de la vida cristiana. Por el propio futuro de la misión, hemos refinado con esmero nuestras estrategias y nuestras pedagogías. Para construir mejor, hemos puesto el mayor cuidado en montar los andamiajes.

El discípulo no es mayor que el Maestro. Jesús, para estar entre los hombres como en su casa, dejó la casa del Padre. Se hizo Palabra, aceptando el riesgo de las palabras humanas. Se hizo Evangelio encarnado en gestos humanos. Seguro tan sólo de que la semilla lanzada a todos los vientos no podría dejar de dar fruto. Seguro tan sólo de que habría hombres y mujeres que, al escuchar la palabra de Dios, la obedecerían y se harían miembros «de su familia». El mismo se hizo camino.

Ellos partieron sin más seguridad que la fidelidad de Dios, sin más equipaje que la promesa de quien los había enviado. ¡Dichosa la Iglesia que deja que sea el Espíritu quien organice su misión y programe su historia! ¡Dichosa la Iglesia que no tiene más morada que el camino: no hay «Europe Assistance» para el discípulo!

**

Señor y Dios nuestro,
tu Palabra se cumplió con la **venida de tu Hijo**
y hoy se ofrece a nosotros
en su eterna novedad.

Abre nuestros oídos a tu voz
y nuestros corazones a tu amor,
capaz de transformarlos.

Entonces acogeremos como alegre noticia
el mensaje de Jesús
y daremos testimonio de tu salvación,
que es para siempre.

**

Dios de la Palabra y de los profetas:
tu buena nueva resonó en la **venida de tu Hijo**
y sigue resonando sin cesar en tu Iglesia.
Ven a renovar la fe de tus hijos:
que tu Palabra arraigue en nosotros y dé fruto.

**

Dios que eres fiel a tus promesas,
Tú has puesto tu tesoro en nuestras manos:
nos has confiado tu palabra
y nos llamas a renovar la esperanza de los hombres.
Te pedimos
que tu Pan sea nuestra única seguridad
a la hora de arriesgarnos
a seguir los caminos de la historia.

NO SE EMIGRA DE LO HUMANO

Eclesiastés 1,2-11. Una vez más, la atribución a Salomón del libro del Eclesiastés (o del Qohélet) no tiene que movernos a engaño; este escrito es posterior a la época del destierro. Por su forma, puede compararse con el género de «testamento real», muy usado sobre todo en el Egipto de los faraones.

Qohélet se presenta como una persona aislada. Detrás de la toma de conciencia del movimiento cíclico de la naturaleza, que engendra el aburrimiento, se oculta una profunda angustia. «¿Qué saca el hombre de todo su fatigoso afán bajo el sol?» La lección es dura, porque no sólo queda relativizada la noción de progreso, sino incluso el valor de la propia sabiduría. En efecto, mientras que la sabiduría misma se caracteriza por una voluntad de captar toda la realidad y de dominar la vida, Qohélet afirma que el mundo es impenetrable. Lo que hoy parece evidente, mañana puede ser puesto en cuestión. ¡Todo es vanidad!

¿Por qué este pesimismo? Podría explicarse por la ambición y la lucidez de Qohélet. En efecto, su proyecto era ambicioso: si la sabiduría antigua se contentaba con experiencias limitadas, él quería plantear la última cuestión sobre el universo y construir un sistema coherente, pero tenía conciencia de que no conocía los secretos de Dios. La grandeza y el drama de Qohélet era el saberse criatura.

Salmo de súplica nacional, el salmo 89 reconoce la fragilidad humana. ¿Qué es el hombre, más que «una hierba que por la mañana brota y florece, y por la tarde se amustia y se seca»? Sin embargo, termina con una oración confiada.

Lucas 9,7-9: véase p. 72.

*
**

Los mercaderes de felicidad ya hace mucho que circulan entre los hombres. Sus cantinelas apelan sin cesar a unos cuantos instintos, poco numerosos, pero profundos. Generación tras generación, cada persona va inventando nuevos estribillos, se las ingenia por modularlos, intenta reanimar un encanto que es de suyo evanescente. Y también en todo tiempo hay hombres clarividentes, y a menudo inspirados, que reaccionan y critican el

valor de esas promesas de felicidad. La Biblia nos ha conservado el testimonio de un judío extraordinariamente lúcido. Tres siglos antes de nuestra era, en un período de transición entre el retorno del destierro y el sobresalto de la sublevación de los Macabeos, este sabio reflexionó sobre el sentido de nuestra vida en un tiempo en que las seguridades tradicionales se venían abajo, sin que hubiera por entonces nada que las sustituyera. ¡Extraña actualidad de una situación y de un testimonio de hace más de dos mil años!

En todo lo que la vida puede ofrecer de felicidad al ser humano, Qohélet no encuentra nada que valga la pena en definitiva. Sería inútil cerrar los ojos ante la realidad: las penas y las alegrías, la salud y la enfermedad, todo conduce a la muerte. Pero su mirada no se detiene ahí; apunta ya la aurora de la salvación. Si la muerte ha de venir, si «todo es vanidad», el instante presente tiene, por eso mismo, un gran valor. Y si el tiempo huye y se suceden los momentos, la vida existe, sin embargo, al ritmo de Dios. «El tiempo de Dios es el mejor tiempo», canta J. S. Bach (*Actus Tragicus*, BWV 106). La solicitud de Dios no se revela más que en el humilde minuto que transcurre. Es vanidad distraerse del instante que nos pertenece, para perdernos en las brumas de un porvenir incierto. ¡Bienaventurado el «hoy de Dios»! Es en lo cotidiano donde la vida se inventa y se recibe el don eterno del Padre.

No busquéis vuestra felicidad donde no está. No dejéis que unos valores ilusorios devoren vuestra vida, ese bien tan frágil y tan único. No huyáis del único lugar donde se hace la vida: el día de hoy. Sentís la tentación de decir: «¿Para qué todo esto?», pero la muerte misma denuncia lo absurdo de vuestros falsos valores y hace aparecer su engaño: esos valores os roban vuestra vida. Paradójicamente, la muerte real y esa otra muerte a escala reducida que llamamos «fatalidad» o «decepción» nos proporcionan la prueba de que la vida es algo serio, por detrás de cada «no es posible cambiar nada», se deja oír un «podemos volver a empezar»; por detrás de la triste evidencia de que «la muerte es inevitable», se deja oír la gozosa llamada: «¡hay que vivir!» Obedezcamos, pues, a nuestra vocación de hombres, a la llamada del presente: terreno y carnal es el hombre, y es en la tierra y en la carne donde se realizan sus más altas ambiciones. ¡No es posible emigrar de lo humano!

*
**

Tras de la lluvia viene el buen tiempo...
¿Será la vida un eterno volver a empezar?

Oh Dios, Señor del tiempo y de la historia,
para quien mil años son como un día,
haz que vivamos este día
como si fuera el único,
permítenos recibirlo
como signo de tu eterna ternura.

*

**

Gracias a Ti, Dios y Padre nuestro,
no tenemos que afrontar a solas nuestra vida,
con sus miserias y sus esperanzas,
con sus penas y sus alegrías.
Para salvarnos, nos enviaste a tu Hijo,
hombre entre los hombres,
tu Verbo de luz.
Haz que este pan, fruto de nuestra tierra,
sea el sacramento de tu alianza,
porque Tú asumes nuestro tiempo,
lo conduces a su plenitud
y haces que se dilate por los siglos sin fin.

Viernes de la vigésima quinta semana

HERIDA

Eclesiastés 3,1-11. Toda realidad tiene su aspecto negativo. Lo mismo ocurre con la actividad humana; si una mitad de la existencia está orientada hacia la vida, la otra lo está hacia la muerte. Esta constatación es más bien siniestra, pero en definitiva bastante banal.

Una vez más, le sirve de trampolín al Eclesiastés para criticar las ideas recibidas de la sabiduría tradicional. En efecto, si dos cosas se oponen, sólo se puede hacer una de ellas en cada momento. En otras palabras, hay un tiempo propicio para cada actividad. Pero ¿le pertenece al hombre conocer ese momento? Los sabios han respondido siempre que sí y han estimulado a sus discípulos a examinar con cuidado cada situación determinada para apreciar sus circunstancias. Qohélet, por el contrario, piensa que el tiempo sólo le pertenece a Dios. El v. 11, en concreto, muestra que, si Yahvé le dio al hombre la facultad de percibir el sentido de la historia, esa facultad es limitada.

¿Pesimismo? De hecho, Qohélet no es pesimista ni optimista. Quiere ser frío y lúcido; abomina de las posturas extremas y tiene un profundo sentido de la relatividad de las cosas. Pero ¿qué puede hacer el hombre, si no es capaz de apreciar los momentos favorables? Puede acoger la vida como un don de Dios, aceptar con serenidad tanto la felicidad como la desgracia. En este hombre hay algo de epicureísmo, pero también de estoicismo.

El salmo 143 es una obra muy elaborada. Ya los primeros versículos mezclan una acción de gracias con una reflexión sobre la condición humana. Lucidez y mesura, según el estilo del Eclesiastés.

Lucas 9,18-22: véase p. 76.

*

**

«¿Quién soy yo para ti?» Para ti, no para la gente. Para ti, personalmente, más allá de las respuestas hechas. Cuestión frágil y delicada. Nos gustaría plantearla, pero vacilamos: ¿no querrás encerrarme en una definición demasiado rápida, darme un nombre que no comprendes como es debido, reducir el misterio de mi riqueza que yo mismo no puedo abarcar? Me responderás: «mi hijo», «mi amigo», «mi dueño», «mi amor». Y lo soy. Pero también soy algo más... ¡Qué difícil es conocer al otro sin herirlo!

«¿Quién soy yo para vosotros?»: Jesús acepta el riesgo de interrogarnos. Abundan las respuestas y hay libros sobre ellas. ¿Jesús?: Un profeta asesinado, el Sagrado Corazón, verdadero Dios y verdadero hombre, Super-star... Jesús impone silencio: ¡es difícil conocer a Dios sin herirlo!

Jesús estaba en oración cuando planteó esta cuestión. El puede decir, en la verdad de su ser y de su existencia, que conoce a Dios: «¡Padre, Abbá!» Puede decir ese nombre sin herir a Dios, ya que El mismo se dejará herir por ese nombre: «Padre, ¡hágase tu voluntad!». En el calvario, Jesús mostrará hasta dónde le ha llevado su respuesta, y en la hora de la pasión podrá decir de verdad: «Les he dado a conocer tu nombre».

Conocer a Dios es una pasión; es a la vez un amor inmenso y un profundo sufrimiento. Conocer a Dios es un nuevo nacimiento: ¡révelame tu rostro! Pedro no podrá decir de verdad el nombre de Jesús más que después de la negación y de la Pascua: «Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo». Aquel día, en vez de imponerle silencio, Jesús le confirmará en su vocación de afianzar a sus hermanos.

«¿Quién soy yo?»... ¿Quién nos dirá el nombre de Dios, a no ser la herida que El mismo ha abierto en nuestro corazón con el deseo de conocerlo?

*
**

Señor y Padre nuestro,
¿quién podría conocer tu nombre
si tu Hijo no viniera a revelarlo?
Su palabra despierta nuestro corazón
y el deseo de amarte:
no permitas que se cierre esta herida.
Acoge nuestra plegaria:
«¿Quién eres Tú, Señor, a quien damos nuestra fe?»

*
**

Dios y Padre nuestro,
aumenta nuestra fe en Jesús, tu Enviado:
que nuestros ojos se abran a su misterio,
que nuestros oídos escuchen su palabra.
Entonces, en el gozo del Espíritu Santo,
veremos realizarse tu obra
en tu Hijo, nuestro Señor.

*
**

En este pan que partimos,
Dios y Padre nuestro,
reconocemos a Aquel que da la vida al mundo.
Que El sea nuestra fuerza cada día
y nos guarde unidos a Ti,
pues El es el Camino que conduce
a la comunión en los siglos sin fin.

DESENCANTO

Eclesiastés 11,9-12. *He aquí un curioso poema que constituye un inventario de las decepciones humanas. ¿Para qué una vida larga, si conduce a la decrepitud? El estilo es muy alegórico. Se compara la ancianidad con una casa todavía habitada, pero que se degrada lentamente. El vigor de los hombres va disminuyendo y la belleza de las mujeres se marchita. La rueda de moler se detiene, porque hay pocos para hacerla girar, mientras que las puertas de la casa siguen cerradas, ya que no hay guardianes lo bastante aguerridos.*

Pero una lectura rabínica lleva la alegoría todavía más lejos y relaciona cada una de las imágenes con una parte del cuerpo humano. Los guardias que tiemblan son los brazos, y los hombres vigorosos que se doblan son las piernas; las mujeres que dejan de cerrarse son los ojos. La voz del molino es la voz humana, y las flores del almendro los cabellos blancos. Finalmente, la langosta desfalleciente y el fruto de la alcaparra representarían el sexo (cf. A. Chouraqui).

Canto de la fragilidad humana, el salmo 89 prolonga la meditación del Eclesiastés.

Lucas 9,43b-45: véase p. 79.

*
**

¡Exagera! Se comprende que, en privado, calme los entusiasmos excesivamente dados a exacerbarse. El conocía perfectamente el ardor de Pedro; más valía prevenir sus arrebatos: ¿qué sabía ese pecador de la misión del Mesías? Pero aplastar la esperanza que suscitaba en sus discípulos el fervor popular era algo inconcebible. Como todo el mundo se asombraba de lo que hacía Jesús, éste dijo a sus discípulos: «¡El Hijo del hombre va a ser entregado!».

«¿Quién decís que soy yo?» La fe es un juicio, pero la respuesta sólo podrá darse al final del proceso. «El Hijo del hombre va a ser entregado». Se puede leer el evangelio como el relato de este proceso. El que los hombres entablan contra Dios hasta condenarlo a muerte, después de haberlo reconocido o por no haberlo reconocido.

Jesús se dejará juzgar. Es su manera de dar un juicio sobre los hombres. El declara que ha venido para eso. Al final de los tiempos, El, el pobre al que se le negó el pan, el prisionero de Caifás al que no visitaron sus discípulos, el que murió en la cruz, será reconocido como el Juez supremo.

El proceso gira, en último término, en torno a su identidad: ¿quién eres?, ¿por quién te tienes? Pregunta de Caifás y de Pilato. Pregunta latente en todo el evangelio y que fue explícitamente formulada por Jesús a Pedro y a los discípulos: «¿Quién decís que soy yo?». La pregunta sigue abierta, y la respuesta que se le dé compromete al que responde y al que no responde. Nadie puede saber ni decir quién es Jesús sin tomar postura sobre su propia relación con El. Hablar de Jesús es dar testimonio en un proceso siempre inacabado.

¿Enfriaba el entusiasmo de la gente y desconcertaba a los discípulos? La fe no es una seducción sin más consecuencias; es un debate, un proceso. En ella está todo en juego.

*
**

**¿Quién podrá seguir a tu Hijo, Señor,
cuando El llega hasta las últimas consecuencias?
¿Y quién podría amarte
si no hicieras Tú lo mismo?**

**Tu amor nos llena de asombro:
que él sea nuestra fuerza
cuando nos decidimos a seguir a Jesús.**

*
**

**Dios libre y fuerte,
por el Evangelio nos llevas a lo esencial.
Líbranos de todo lo que nos estorba.
Que la fuerza de tu Palabra
y el aliento de tu Espíritu
nos dispongan
a seguir a Jesús, nuestro Señor.**

*
**

**Dios de nuestra alabanza,
¿a quién podríamos acudir,
sino a tu Hijo Jesucristo?
Sus palabras son espíritu y vida
para los que comulgan en su cuerpo entregado.
Que el pan partido para nuestra felicidad
nos haga morar en El;
que sea el alimento de nuestra poca fe:
unidos a la pasión de tu Hijo
participaremos de su resurrección.**

DEL LUNES AL SABADO DE LA VIGESIMA SEXTA SEMANA

NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACION

Job: un libro que responde a algunas de nuestras preguntas más fundamentales, más existenciales; Job es la rebeldía contra la injusticia del sufrimiento y del silencio de Dios.

Sí, Job es el hombre que se rebela contra Dios. No puede ni resignarse a la injusticia que se comete con él ni hacerse ateo. Job es el que protesta contra Dios. Durante una semana vamos a sumergirnos en la prueba de la fe. Porque el libro de Job no es más que una parábola que llega directamente al corazón; nos habla de un hombre a vueltas con su Dios. Desconcertado en su vida, hundido por tantos sufrimientos, Job emprende el combate de la fe. Como su antepasado Jacob; como Jesús, a que prefigura. Es la prueba del hombre, tratado por Dios como un enemigo, que apela a Dios contra Dios.

Ser discípulo es una prueba. El que ha escuchado la llamada del Señor se ve marcado por una herida que nada podrá hacer olvidar. Como Jacob, el creyente se ha quedado cojo para toda la vida. El Evangelio toma cuerpo cuando Jesús sube a Jerusalén. Así lo ha querido especialmente el evangelista Lucas. La fe nace a lo largo de ese camino de la cruz, en ese largo debate entre el poder de las tinieblas, que se despliega con toda su fuerza, y la humilde plegaria del servidor: «¿A quién iremos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna» ¿Quién despertará a la fe sino aquel que se pone a seguir a Jesús y le dice: «Yo sé que está vivo mi Vengador y que al final se alzaré sobre el polvo. Después que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios» (Jb 19,25)? Misterio oculto a los sabios, pero revelado a los pequeños que sólo saben invocar con estas torpes palabras: «Oh Dios, no nos dejes caer en la tentación». Misterio cumplido en la sangre derramada del Siervo del Señor: «Dios colmará de bienes a los hambrientos».

*
**

**Tú estás presente en nuestra vida, Dios bueno,
y conoces los sufrimientos
y las preocupaciones de los hombres.
Muéstranos tu rostro:
que resuene hoy la Buena Nueva de la salvación,
y te conoceremos como Padre nuestro.**

*
**

Dios, señor de la vida,
sólo Tú puedes darnos la vida.
Líbranos del miedo que nos reduce al silencio
y podremos darte gracias,
atestiguando la gracia que nos otorgas
en Jesús Resucitado.

Sobre el salmo 31

*
**

Señor, ten piedad de mí,
que estoy en la miseria.
En torno a mí sólo veo rebeldía y acusación.
Sufrimientos, injusticias y desesperación
son el pan cotidiano de los hombres:
¿tendrá razón el Maligno?
¿Seremos separados de Ti?
¿Será pisoteado tu Nombre
y el recuerdo de tu misericordia?

*
**

En Ti, Señor, nuestra esperanza;
contigo nuestra salvación.
Puse en Ti mi confianza,
y en mi soledad
proclamo que Tú eres mi Dios.
Mi destino está en tus manos;
sálvame por tu amor,
ilumina a tu siervo con el esplendor de tu Rostro.

*
**

En Ti, Señor, encontré mi refugio:
haz que no me vea decepcionado.
Protégeme con tu amor;
no te olvides de tu promesa
ni de la obediencia de tu Hijo.
No nos dejes caer en la tentación,
sino líbranos del mal
que podría hacernos caer.
Sé la roca en que se apoye nuestra esperanza,
el bastión que proteja nuestra fe.

*
**

Bendito seas, Dios y Padre nuestro:
a quienes se vuelven hacia Ti,
Tú los guardas en tu secreto.
Sí, puedo decirlo:
¡Hoy mis ojos han visto
la salvación que preparas para la tierra,
la victoria que concedes a tus servidores!

Amad al Señor, vosotros, sus amantes.
Amad al Señor, porque El vela por sus fieles.
Sed fuertes, tened el corazón firme
los que podéis esperar en el Señor.

PRUEBA

Job 1,6-22. *El libro de Job es, en principio, un cuento folklórico fechado en el segundo milenio a.C. Pone en escena a un rico propietario del sudeste del mar Muerto, un hombre íntegro, atacado en su persona y en sus bienes más queridos y que, en esa situación, muestra una paciencia ejemplar.*

El cuento plantea varias cuestiones. Por ejemplo: ¿existe una piedad desinteresada? La respuesta es afirmativa; en efecto, en medio de las calamidades que se abaten sobre él, Job mantiene una serenidad total:

«El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; ¡sea bendito el nombre del Señor». Job es el prototipo del justo. Otra cuestión es la de la retribución personal; el epílogo describe la reintegración del fiel en sus bienes anteriores.

Un poeta tomó la obra antigua para adaptarla a las cuestiones planteadas por su época. Judío de la segunda generación del destierro, atento al profundo malestar de sus compatriotas, se sirvió del cuento como de un trampolín para intentar dar una respuesta. Con él vuelve a ponerse sobre el tapete el problema que el cuento planteaba: «¿Es desinteresado el temor de Dios?» La pregunta era muy actual para los deportados, que habían visto la victoria de los enemigos de Yahvé. No es que ellos mismos no fueran merecedores de ningún reproche, pero... ¿de qué les había servido su fidelidad a la Alianza, si aquello había terminado en un abandono tan terrible por parte del Señor Dios?

Una palabra sobre «el Adversario». «Al poner entre Dios y el hombre a un personaje misterioso, Job obligó a pensar en el mal y en la muerte antes que en el individuo y que en la propia comunidad; hay un 'exceso de mal', a la vez anterior y posterior a cada uno de los hombres, cuyas consecuencias repercuten sobre cada uno de ellos». En todo caso, fue en el exceso de sufrimientos que representó el destierro para el pueblo elegido donde Job planteó la cuestión de la justicia divina.

En sus protestas de inocencia, Job imita con frecuencia el género literario del salmo 16. Se trata de una lamentación que pone en escena a un acusado que acude al templo a pedir a Dios que le haga justicia.

Lucas 9,46-50: véase p. 82.

**

Surgió una discusión entre los discípulos. Jesús acaba de anunciar que su misión sería un camino hacia la cruz, y al día siguiente emprende con valentía el camino de Jerusalén. Los discípulos, sin embargo, no han comprendido nada y se ponen a discutir sobre la precedencia en el reino venidero. Tendrán que recorrer aún la lenta subida al Gólgota para descubrir el verdadero rostro de «la familia de Jesús». Al final de aquel camino será cuando nazcan a la fe. Al final de la prueba y del combate.

Un combate... Durante esta semana seremos testigos de una parábola cuyos acentos dramáticos seguramente nos conmoverán. Job, delante de nosotros, se alzaría frente a Dios, contra Dios, por Dios. Su prueba es la del creyente que tiene que enfrentarse al drama de la vida y a su propio Dios.

Satanás acusa a Dios: si los hombres te aman, es por los beneficios que les concedes. La fe no sería, pues, más que un amor interesado. El libro que vamos a recorrer es, por tanto, un debate, un proceso con tres personajes: Dios; «Satanás», el Acusador, el que siembra la división entre Dios y el hombre diciéndole a Dios: «¡Los hombres te olvidarán!», y al hombre: «¡Dios te ha olvidado!», y Job, que, sin sospecharlo, va a ser árbitro en el debate.

Debate de todos los tiempos. El Divisor, Satanás, tiene la parte más fácil: todo habla contra Dios; ¿quién podrá escoger la vía estrecha del Evangelio y el camino de la cruz? La situación del creyente, en un mundo en el que existe el mal y la injusticia, es una situación de prueba. ¿Cómo se comportará? ¿Se va a hacer ateo? ¿Se va a resignar? Ni lo uno ni lo otro, responde el libro de Job. El creyente es el contestatario que no desiste de recurrir a Dios.

Los discípulos discutían sobre la precedencia en el reino, olvidando que el ser discípulo supone un desafío. Satanás y Dios luchan por la posesión del corazón del hombre. Job es aquel que, sin saberlo, acepta el desafío. El verdadero discípulo conocerá la Pascua, pero será al final de la prueba.

**

**Señor y Dios nuestro,
sé Tú nuestro refugio y nuestra fuerza
cuando llegue el tiempo de la duda.**

**No olvides la promesa de tu Hijo;
para nuestra paz, envía al Espíritu, nuestro defensor.
En el proceso de la vida,
que El sostenga nuestra fe
y sea la luz
que ilumine la prueba de este nuestro tiempo.**

¿POR QUÉ?

Job 3,1-3.11-17.20-23. *Job maldijo el día de su nacimiento, y todos presentimos en aquel grito de indignación la expresión de un sufrimiento indecible. Job mira a Dios como su enemigo, y su queja toma a veces el aspecto de una requisitoria sin concesiones que pone en tela de juicio la justicia de Yahvé.*

Hemos de darnos cuenta de que hay aquí algo más que el grito de un individuo. El sufrimiento de Job es el de todo un pueblo que ha tocado el fondo del abismo. Cuando el poeta de la generación del destierro insertó su obra en el cuento primitivo, quería ofrecer un elemento de respuesta a la enorme cuestión planteada por la deportación de Israel. ¿Por qué había abandonado Yahvé a los suyos? ¿Era posible que hubiera llegado a odiar a su pueblo?

En torno a Job vemos a tres amigos (el cuarto, Elihú, es más tardío). Todos están de acuerdo en un punto: el sufrimiento de Job tiene un sentido. Pero nadie sabe cuál es. Para los amigos, portavoces de las ideas tradicionales, el sufrimiento es medicinal: está orientado a la conversión del pecador. Pero Job no está dispuesto a aceptar esa respuesta y hace protesta de su inocencia. En el fondo, si se han roto sus relaciones con Dios, no ha sido culpa suya, sino de Dios.

El salmo 87 describe la situación de un enfermo que pasa la noche en una de las habitaciones del templo, esperando para el día siguiente una respuesta favorable de parte de Yahvé.

Lucas 9,51-56: véase p. 85.

*
**

«¡Mueran el día en que nací y la noche en que se dijo: ‘Se ha concebido un varón’!» Cuando la desgracia cae sobre él, Job ve derrumbarse la sabiduría en la que había basado su piedad. Dios ha emprendido contra él un asedio en toda regla. ¡Basta ya! ¡Hasta en el mundo de los hombres la corrección paterna tiene sus límites!

Más que el derrumbamiento de una sabiduría, es el derrumbamiento de su relación religiosa con Dios lo que desconcierta a Job. Se cree abandonado por Dios; el Dios justo y bueno de su fe le parece que ya no existe. Ni siquiera se atreve a esperar que se borre la imagen hostil y aterradora que se le impone junto con su sufrimiento. El grito todavía deja entrever una esperanza de cambio. Pero el interrogante de Job se convierte en desesperación. ¿Por qué dar la vida al hombre que no encuentra ya ninguna salida y al que Dios cierra todas las puertas?

«¿Por qué?» ¿Podremos dejar que resuene esta pregunta en nosotros mismos? Aunque no es pregunta, sino acusación. En el proceso de la vida, tenemos derecho a lanzar a Dios este «¿por qué?»; de lo contrario, habremos dejado de ser verdaderamente hombres. «Comprendo muy bien que habrá de saltar de gozo el universo cuando el cielo y la tierra se unan en un mismo grito de alegría», hace decir Dostoyevski a uno de los hermanos Karamazov cuando el verdugo, la madre y su hijo se abrazan. «Lo malo es que no puedo aceptar esa armonía superior, que para mí no vale lo que una sola lágrima de un niño, ya que esas lágrimas no han sido redimidas. Yo quiero el perdón, el abrazo universal, la supresión del sufrimiento. Pero, si el sufrimiento de los niños sirve para completar la suma de dolores necesarios para la adquisición de la verdad, yo afirmo que esa verdad no vale tal precio. Por amor a la humanidad, yo no quiero esa armonía: la entrada nos cuesta demasiado cara y prefiero devolver mi boleto». «¿Por qué?: ¿no es ésta la acusación dolorida que hemos de lanzar al rostro de Dios cuando dejamos que se refleje en nosotros el lodazal que es la vida de los hombres? ¿Tendremos que devolverle a Dios, «con todo respeto», nuestro boleto?

«Como se iba cumpliendo el tiempo de ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén». A nuestros «¿por qué?», Dios no puede oponer más que un camino recorrido hasta el fin, un camino de cruz. Jesús tomará el lugar de Job y conocerá el fondo de la desgracia, hasta gritar de angustia: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Esta connivencia de Dios, que hace tuyas las quejas de este mundo, no explica ni justifica nada. Pero ello me hace ver, incluso cuando me erijo en acusador, que Dios acusa conmigo: en el debate con el Acusador, somos dos los que tomamos la palabra.

*
**

**Dios, Padre de Jesucristo y Padre nuestro,
escucha la queja de tu pueblo.
Que suban hasta Ti
los gemidos de un mundo
que sufre bajo el peso del dolor.
Recibe la oración de tu Hijo:
no nos abandones,
levántate en favor nuestro.**

*
**

**Tú nos llamas, Señor y Dios nuestro,
para que sigamos a tu Hijo en el camino de la cruz.
Que su abajamiento voluntario se haga nuestra fuerza,
su muerte nuestra vida.
Que su cuerpo entregado en el calvario
y su sangre derramada
sean el fundamento de nuestra esperanza
y la fuente de nuestra felicidad
por los siglos sin fin.**

DESPOJO

Job 9,1-12.14-16. La réplica de Job no debe engañarnos. Durante la discusión con sus amigos, buscó el diálogo con Dios. Su fe se lo exigía, porque, por una parte él se sentía justo y, por otra, creía que Dios se había presentado siempre como el defensor de los inocentes. Por tanto, Job no podía detenerse en la constatación de la Alianza rota; por eso le pide cuentas a Dios. En el fondo, se sirve del misterio del sufrimiento para sondear el misterio de Dios. Pero ¿tiene el hombre autoridad para citar a Dios ante el tribunal?

Como suele ocurrir en las lamentaciones, el salmo 87 hace valer un motivo irrefutable en favor de una intervención divina. Si Yahvé deja morir al enfermo, se acabó la alabanza, ya que en la morada de los muertos no resuena ninguna acción de gracias. Tocamos aquí una idea que fue constante en Israel hasta la época de los Macabeos: la muerte no deja en pie nada del hombre.

Lucas 9,57-62: véase p. 87.

*

**

Es preciso avanzar, emprender con decisión la subida, libres de todo peso que pueda retrasar la marcha. Jesús tomó valientemente el camino de Jerusalén: llegaron los días del Exodo, de la gran marcha. «Si alguien quiere venir en pos de mí...» Se presenta uno, candidato al discipulado, dispuesto a seguirle adondequiera que vaya. ¿Sabe a qué clase de vida se compromete? Y llega otro al que llama el Señor sin dejarle siquiera la posibilidad de ir a enterrar a su padre. La urgencia del Reino no tolera ningún retraso. Seguir a Cristo es un perpetuo pasar, una subida, una pascua. Hay que dar la cara, hay que partir y dejarse arrancar. Despojo: quien oyó la llamada tiene que purificarse antes a fondo: «El que quiera venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que tome su cruz y me siga».

«Aunque tenga razón, ¿por qué voy a defenderme?» Ayer Job acusaba; hoy se calla. Despojo del hombre que ha sufrido demasiado para seguir levantándose como testigo de cargo. Después de haber pasado por la prueba de la fe, quizá podamos hoy plantear las verdaderas cuestiones.

«¿Por qué voy a defenderme?» Está el que sufre y los que hacen discursos, Job y los amigos que han venido a consolarle, pero que, de hecho, le acusan. «¿Por qué voy a defenderme?» El sufrimiento no es una cuestión, ni un problema, ni un tema de disertación. El libro de Job, en contra de lo que se cree, no plantea el problema del sufrimiento, sino que lo rechaza, atestigua que «no tiene solución». «¿Por qué voy a defenderme?» Ante el sufrimiento, todos estamos despojados, desnudos, sin salida de emergencia. Y precisamente por eso, cuando Dios se presente a Job, no habrá respuesta alguna, porque, en definitiva, todo no había sido más que una falsa pregunta.

«¿Por qué voy a defenderme?» En la ciudadela de la desesperación que nos aprisiona, un solo destello de luz: una palabra que no es una respuesta, sino una llamada: «El que quiera venir en pos de mí, que tome su cruz y me siga». Jesús se extenderá desnudo sobre la cruz; su «¿por qué me has abandonado?» se convertirá en silencio. El discípulo tendrá que llegar hasta este despojo extremo. Para conocer la Pascua.

**

**Por la Palabra exigente de tu Hijo
que nos lleva cada vez más lejos,
¡bendito seas, Señor!
Permítenos caminar tras El
en el silencio y en la fe.**

**

**Dios y Padre nuestro,
Tú creaste todas las cosas
y sólo Tú conoces el secreto de nuestra vida.
¿Cómo podríamos estar ante Ti
si no salieras Tú mismo a nuestro encuentro?
Tú nos has invitado a la mesa de tu alianza,
concédenos ser fieles a tu voluntad
y vivir en el reconocimiento de tu gracia.**

CONTRA TODA ESPERANZA

Job 19,21-27. *Las tinieblas de Job se ven atravesadas por algunos relámpagos. En el capítulo 9 formulaba la esperanza de ver cómo un árbitro habría de mediar entre Dios y el hombre; en el capítulo 16 le pedía a la tierra que no cubriera su sangre hasta que su grito de dolor hubiera atravesado los cielos y encontrado eco ante un testigo misterioso, capaz de defender al hombre contra Dios. Aquí, finalmente, Job expresa su deseo de que sus palabras queden grabadas en la piedra para siempre, puesto que sabe que no es un ser indefenso y que su «libertador» vive.*

La traducción de este pasaje es difícil; por otra parte, no puede decirse que el v. 26 contenga una profesión de fe explícita en la resurrección. ¿Quién es ese «redentor» que permitirá a Job ver a su Dios? En el lenguaje bíblico, el goel es el pariente de un difunto, encargado de vengar la sangre derramada. Todo lo que se puede decir es que, en medio de la calamidad de Job, ha surgido un grito de esperanza, rápidamente ahogado, por lo demás, por la visión de la realidad cotidiana. Como si Job estuviera profundamente convencido de que Dios no puede empeñarse en aplastar al hombre.

Hay muchos salmos que cantan la fe de Israel en un Dios protector de los pobres y de los inocentes. Así ocurre con la segunda parte del salmo 26 (vv. 7-14). Para todos los que hayan mantenido su confianza a través de la muerte, la mañana de Pascua explotará como la respuesta de Dios.

Lucas 10,1-12: véase p. 89.

*

**

Subiendo a Jerusalén, Jesús suelta la gran noticia: declara abierto el Reino de Dios. Le toca decidirse a cada uno de los hombres, a cada una de las aldeas. Escoge a 72 discípulos y los envía de dos en dos. Y helos ahí, delegados para realizar la gran campaña de reclutamiento, formando equipos de dos hermanos que comparten la misma pasión. Los mensajeros de pies descalzos tienen prisa: la cosecha está próxima.

Era el camino de Jerusalén. Al final del camino se perfilaba la cruz. No ha habido cosecha: los lobos siguen devorando a los corderos. La paz no ha sido acogida. «En la ciudad en que entréis y no os reciban, salid a sus plazas y decid: Hasta el polvo de vuestra ciudad que se nos ha pegado a los pies, os lo dejamos. Pero sabed, con todo, que el reino de Dios está cerca».

«Sabed, con todo...» He aquí la humilde confesión de fe. Todo está en contra de ellos: la Pascua será sangrienta, y los discípulos se dispersarán; el sufrimiento hará callar incluso el grito de rebeldía; la acusación se transformará en prueba silenciosa; pero la esperanza se pone en pie contra toda esperanza para afirmar: «Bien sé yo que mi Defensor está vivo y que él, al final, me levantará de la tierra». El Reino de Dios está cerca, aunque las puertas se cierren; los obreros llamados a la siega pueden alegrarse: el libertador se levantará del polvo de los muertos la mañana de Pascua. La pasión de Jesús será el testimonio de que Dios prefiere dejar que muera su propio Hijo, es decir, morir en lo más íntimo de sí mismo, antes de dejarnos morir desentendiéndose de este embrollo humano. La cruz no es, fundamentalmente, una inmersión de Dios en la impotencia de los hombres y en la desgracia del mundo. Es, ante todo, el signo de que Dios, históricamente, de manera decisiva, decide preferir al hombre antes que a sí mismo, respondiendo así a uno de los versículos más extraordinarios del Antiguo Testamento, cuando Job, desde el fondo de su desgracia, lanza este grito, presenta esta exigencia, afirma esta seguridad: «Las lágrimas de mis ojos fluyen ante El. ¡Ah, si hubiera árbitro ente Dios y el hombre...!» (Jb 16,21). La pasión de Jesús será una vivencia de amor obstinado y no de sufrimientos impotentes; el Reino de Dios está muy cerca de la hora en que comienza la subida hacia Jerusalén.

El hombre despojado, desnudado por un exceso de sufrimientos y de preguntas, se encuentra con Dios que se despoja. Encuentro crucificante de un hombre que espera contra toda esperanza y un Dios que abandona lo mejor de sí mismo: a su propio Hijo; un Dios vulnerable. Le cuesta al hombre encontrar a Dios; y le cuesta a Dios encontrar al hombre. De esta herida, abierta en el costado de Jesús, renacerá la vida. Contra toda esperanza.

*

**

**Dios y Padre de los creyentes,
en las pruebas de nuestras vidas sabemos de tu fidelidad:
para que se cumpliera tu promesa,
no rehusaste entregar a tu propio Hijo.**

**Concede a quienes le siguen en la fe
caminar con El hasta el fin,
para resucitar con El en la gloria.**

DEUDA SAGRADA: LA GRACIA OTORGADA

Job 38,1-3.12-21; 40,3-5. *Ahora habla Dios; y, como en el Sinaí, lo hace en medio de la tempestad. Se advertirá que Yahvé no responde a ninguna de las preguntas de Job. Pero la actitud divina no significa que Dios desestime la demanda del hombre. Lo que se le reprocha a Job es haber querido imponer a Dios su propia noción de justicia. A lo largo de toda la discusión con sus amigos, no ha dejado de insistir en su integridad moral, como si ésta le eximiese de su condición humana. Por eso resulta ser Job tan tradicional como sus amigos: también él vincula la felicidad a la perfección moral.*

El salmo 138 es un salmo de súplica. El largo desarrollo sobre la omnisciencia divina tiene como contrapartida la afirmación de la inocencia del orante: Dios, que sondea las entrañas y el corazón, sabe que él es justo.

Lucas 10,13-16: véase p. 91.

*

**

Desde el fondo de su sufrimiento, Job ha sostenido valientemente su combate contra Dios. No ha dejado que se entibie su resistencia con la palabrería ociosa de sus amigos. Job se queda solo delante de Dios. Solo para escuchar la respuesta desconcertante de Dios. Esta comienza con una lección de historia natural. ¡Y Dios no dice ni una palabra sobre el caso personal de Job! Lejos de recoger sus recriminaciones y de ir contestando a ellas una por una, Dios parece ignorar por completo lo que hace sufrir a su interlocutor. Asistimos así a un despliegue de poder y de invención creadora: se pone al hombre en su lugar, y a Dios en el suyo. Job tiene que seguir «soltando presa» y abandonándose en manos de Aquel que se preocupa del hombre. Prescindiendo de la retribución de Dios, Job se aferra ahora al Dios de la retribución.

Al final del combate, descubrimos que la fe está más allá de las justificaciones, de las requisitorias, de los argumentos de la acusación y de las respuestas de la defensa. Si la fe está íntimamente ligada a la seriedad de la existencia, está más ligada aún a la gratuidad. Job pasa por la experiencia del don de la profusión, de la generosidad sin recompensa. El amor tiene, sin duda, sus propias razones, pero sólo revela su verdadera forma cuando,

por encima de todo motivo, continúa dándose, sin condiciones, inalterable. ¿Cómo puede el amor ser ahorrativo, cicatero, razonable? El proceso terminará en el silencio y en la entrega total al otro.

*

**

**Dios y Padre nuestro, creador de todas las cosas,
¿cómo podríamos mantenernos en pie ante Ti?
Descúbrenos nuestra pobreza
y nos veremos colmados de tu gracia.**

TE HAN VISTO MIS OJOS

Job 42,1-3.5-6.12-17. *«Yo te conocía sólo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos». De las relaciones entre el hombre y Dios, Job no sabía más que lo que decía la sabiduría tradicional. Como el resto de Israel, pensaba que su integridad moral le había concedido ciertos derechos sobre Dios. Pero la mirada que ha dirigido a la creación le ha desengañado; ha experimentado la grandeza y la libertad de Dios. Ahora que se ha dejado instruir, puede decir otra palabra. Humilde, pero gozosamente, reconoce que la relación hombre-Dios sólo puede construirse sobre la confianza.*

Y Yahvé bendice los años de Job; el justo, reconciliado finalmente consigo mismo y con Dios, muere saciado de días.

Job se ha aprovechado de la experiencia que ha vivido; como canta el salmo 118, fue «un bien para mí verme humillado».

Lucas 10,17-24: véase p. 93.

*

**

Sobre el salmo 92

**Es bueno alabarte, Señor,
cantar tu nombre en todo tiempo,
anunciar tu amor y tu fidelidad.**

**Tú llenas de beneficios a los hambrientos
y despides a los ricos con las manos vacías;
Tú pisoteas la acusación
que pesa sobre nosotros
y levantas a los que tu amor justifica.**

**¡Qué grandes son tus obras, Señor,
e infinitamente profundos tus pensamientos!
El hombre, carente de sentido, no puede saber;
¡sólo el niño, con sus manos vacías, puede recibir!
¡Bendito seas por los siglos sin fin!**

*

**

Para Job, las viejas soluciones son un fracaso. Más allá de la retribución de Dios, el que sufre se aferra ahora al Dios de la retribución. Y entonces es cuando encuentra a Dios, no ya sólo valiéndose de una tradición recibida, sino en el abrazo de una experiencia vivida: «Yo te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos». Creía que conocía a Dios; ahora comprueba que, en relación con su conocimiento anterior, su conocimiento presente es como el gozo de ver respecto al simple conocer de oídas. El libro de Job no nos da una respuesta a las cuestiones dramáticas que planteamos, no justifica al Dios acusado por el escándalo de nuestra desgracia; nos muestra a un hombre liberado y pacificado, porque ha realizado la experiencia de Dios en el despojo y en la gratuidad. Ayer hablábamos de un encuentro crucificante; cuando estamos ante la cruz, ante un Señor despojado como Job, y nosotros mismos despojados como El, no puede menos de renacer entre El y nosotros esa relación que es el amor. «Ahora te han visto mis ojos».

Los discípulos pueden volver bien alegres de su misión: ¡la victoria de la Pascua ya está en acción! «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo»... Job puede saciarse de días: la prueba de Jesús nos da la victoria. En El ya lo hemos perdido todo y lo hemos ganado todo. Y el *Apocalipsis* podrá proclamar, aludiendo al libro que hemos meditado esta semana: «Ha sido arrojado el Acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche delante de nuestro Dios. Ellos le vencieron gracias a la sangre del Cordero y a la palabra de testimonio que dieron» (Ap 12,10-11). Por la sangre del Cordero y no por su propia sangre, por la prueba del Hijo único y no por su propia prueba, el creyente entra en el Reino del amor. La sangre del Justo doliente, de Jesús, grita en toda la tierra la derrota de Satanás y el triunfo del Siervo de Dios. Pero esta victoria se les da a los que se presentan con las manos vacías: «Yo te bendigo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y se las has revelado a los pequeños». Y, volviéndose a sus discípulos, Jesús añade: «¡Dichosos los ojos que ven lo que veis!» Al consentir en ser salvados solamente por el Amor, nos vemos arrancados definitivamente de nuestra fragilidad. La esperanza es posible: «Dios colma de bienes a los hambrientos».

*

**

**Tú puedes, Señor,
dejar que tu siervo se vaya en paz.
Nuestros ojos han visto la salvación
que preparas para la tierra:
un trozo de pan partido expresa ya la victoria de la Pascua,
y la sangre derramada anuncia el triunfo
de los que han sido salvados por tu Siervo.
¡Gloria a Ti por toda la eternidad!**

INVERSION

El Evangelio es la vida al revés. Podríamos vivir muy cómodamente si no fuera necesario invertir continuamente nuestras perspectivas. Cristo está en camino. Y los que le siguen aprenden a reorientar su vida.

«¿Quién es mi prójimo?». La ley delimita, organiza, codifica; el amor se hace razonable. «Marta, te afanas y preocupas por muchas cosas». Es la inquietud por quedar bien, por acoger bien a Dios, sus exigencias, su ley. Una religión activa, pero sin corazón y que querría que la fe fuera un deber para todo creyente. «Enseñanos a orar»: la oración funciona como un ejercicio religioso, un tiempo aparte consagrado a la religión. Oración, fruto del esfuerzo del hombre por alcanzar a un Dios utilizable. «¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!»: la fe es algo que se tiene o no se tiene, es una cuestión de nacimiento y de herencia. Se piden signos que sean pruebas: se codifica la llamada de Dios a modo de normas que respetar y ritos que practicar... Así piensan los hombres cuando se imaginan la religión.

«El prójimo es el que tuvo misericordia del otro»... Por tanto, la caridad es activa, parte del corazón, y no conoce límites. «María ha elegido la mejor parte...» La acogida de Dios está hecha de seducción, del convencimiento de que sólo una cosa es necesaria: escuchar la palabra en la oración y en el servicio. «El Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan»...; pero el Espíritu es vida, renovación, fuego y paz; la respuesta supera a la petición, y la oración se convierte en un arte de vivir «al aire» de Dios. «Dichosos los que oyen la palabra de Dios y la cumplen»... la fe es acogida de una promesa y fecundidad de una respuesta; el creyente es hijo de Abraham, y su acta de nacimiento es una palabra de adopción. Sólo hay un signo que podamos recibir: el mismo Jesús y la consagración del Espíritu Santo que hace libres... Así se construye la verdadera vida y se expresa el Evangelio.

*
**

**Dios, Padre de Jesús y Padre nuestro,
Tú nos llamas a ser libres,
a hacernos hombres
que reflejen la imagen y el espíritu de Jesús.**

**Te pedimos:
danos la fuerza que a El le hizo vivir,
cólmanos del Espíritu que renueva todas las cosas.**

CUANDO NO SE TIENE MAS QUE OFRECER PARA SER COMPARTIDO QUE EL AMOR

Gálatas 1,6-12. En contra de lo que acostumbra, el leccionario ha omitido el comienzo de la epístola y, por tanto, el saludo de Pablo. Pero logra, de todos modos, recoger la vehemencia del tono con que Pablo se dirige a los Gálatas, una comunidad establecida en torno a Ancira (la actual Ankara), en el Asia menor.

¿Por qué esta vehemencia? «Me sorprende, escribe Pablo (la TOB traduce bien la ironía del pasaje al decir: «Me asombra»), que tan pronto hayáis abandonado al que os llamó por amor a Cristo y os hayáis pasado a otro Evangelio». Esta sola frase basta para medir la gravedad de la situación que denuncia el apóstol: es el mismo Evangelio el que está comprometido.

Pero, ¿qué significa el término «Evangelio» que Pablo y Marcos utilizan de una forma tan absoluta? La Buena Nueva, se responderá; pero eso es decir demasiado poco, y las circunstancias que rodearon a la redacción de Gálatas nos ayudarán a delimitar mejor la realidad que define esta palabra. De hecho, en la epístola a los Gálatas, Pablo reacciona contra los ataques procedentes del clan de los judaizantes, es decir, de los judíos convertidos al cristianismo sin haber medido suficientemente la importancia de la ruptura que imponía semejante conversión. Para esos cristianos, Cristo no había abolido nada de la antigua Alianza, sino que había confirmado, por el contrario, la ley y las prácticas judías, sobre todo la circuncisión. Estos cristianos representaron un peligro real para la Iglesia; las reglas, que ellos habrían querido ver generalizadas, no sólo habrían frenado la admisión de los paganos, sino que habrían reducido a la nada la cruz de Cristo. En efecto, volver a las prácticas judías habría llevado finalmente a devaluar el valor salvífico de la cruz y, por tanto, del bautismo cristiano. La cuestión quedaba claramente planteada: ¿cuál es la verdadera fuente de la salvación: la ley o la fe?

Clasificado generalmente como himno, el salmo 110 tiene una estructura alfabética. Como muchos de sus semejantes, formula algunos principios sapienciales e invita a dar gracias al Señor por sus obras. Los cristianos lo cantarán haciendo referencia a la obra por excelencia, la de la cruz.

Lucas 10,25-37: véase p. 95.

«El Evangelio anunciado por mí no es de origen humano; yo no lo he recibido ni aprendido de ningún hombre, sino por revelación de Jesucristo». En efecto, ¿quién podría, sin desfigurar las preguntas y las acusaciones de los hombres, afirmar que es posible el porvenir y que puede mantenerse la esperanza contra toda esperanza, si esa esperanza no hubiera sido revelada —es decir, atestiguada por alguien— y si ese porvenir no hubiera sido vivido ya por un hombre que vivió entre nosotros? Mi Evangelio viene de Jesucristo, es su palabra, es su persona.

Es su palabra. «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó». Deja tras de sí a Jerusalén, orgullosamente asentada en las alturas, detrás de sus murallas, y a Betania, discreta y tierna. Camina hacia Jericó, que despliega el encanto de sus casitas rojas y violetas. Cae en medio de unos bandidos; se encuentra indefenso en un camino desierto.

Pasa un sacerdote. Para evitar a aquel medio muerto, quizá muerto del todo, da un rodeo. El sacerdote tiene sus excusas; la ley sacerdotal le prohíbe ensuciarse con el contacto de la muerte. Además..., durante algunos días ha estado en contacto con el altar, ha ofrecido sacrificios, ha cantado salmos, ha recitado la ley... Tiene el corazón lleno de ella. ¿Será esto lo que le impide dejar que entre en él la compasión? Pasa un levita. También él se apresura a ir a servir en el templo, que le está llamando. Pasa un Samaritano, un renegado, un falso hermano, un cismático. Y es este excluido, este ser despreciable, el que se inclina ante el herido. El excomulgado se hace hombre de comunión. El hereje se hace hombre según Dios. Porque se inclina ante otro hombre: Dios ama al que tiene corazón.

Jesús dedicó el relato de esta parábola a un doctor de la ley. «¿Quién es mi prójimo? ¿Hasta dónde se extiende la ley?» Jesús responde: «¿Hasta dónde te llevará a ti el amor para hacerte prójimo de los hombres?» La respuesta constituye un auténtico retruque de la pregunta.

Tiempo de cambios radicales para aprender a reorientar nuestra vida. El levita y el sacerdote, más que hombres malvados, son hombres religiosos que aplican las reglas. Nos muestran nuestra propia manera de ser todavía no evangelizada. «¿Quién es mi prójimo?» La ley delimita, organiza un amor razonable. El Evangelio invierte la lógica estrecha: ¡el amor no tiene límites, si no quiere dejar de ser amor! Porque Dios es Amor y no tiene más que ofrecer para ser compartido que el amor.

«Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó». Mi Evangelio viene de Jesucristo, es su palabra. Y es también su persona. Muy pronto, Jesús va a subir por allí en sentido inverso. Irá a Jerusalén. Y será él el rechazado, abofeteado, cubierto de sangre, colgado al borde del camino y dejado por muerto. Al fin quedarán restablecidos el orden y la ley, el sentido común y la buena conciencia. Será Dios quien tenga que callarse. Porque Dios no tiene más que ofrecer para ser compartido que el amor. A Dios no lo ha visto más que el que ama, porque el que ama ha nacido de Dios».

Si tuviera aún que acomodar mis palabras a los discursos razonables de los hombres, no sería servidor de Jesucristo. Hermanos, ¡tenéis que saberlo!: el Evangelio que yo proclamo no es invención humana.

**

**Dios y Padre de ternura,
Tú estás cerca de los que te invocan:
derrama tu amor en nuestros corazones,
para que seamos prójimos
de todos los que pones en nuestro camino.**

SERVICIO DE DIOS

Gálatas 1,13-24. Los judaizantes no dejaban de insistir en el hecho de que Pablo no había conocido al Jesús de la historia. Por eso se preguntaban cuál era la fuente de su autoridad apostólica. Para Pablo no hay más que una respuesta posible: él ha recibido su Evangelio del propio Cristo Jesús.

La defensa del apóstol es interesante en todos los aspectos. Subraya, en primer lugar, que su educación no lo había preparado ni mucho menos a ser el campeón de una doctrina destinada a sustituir a la ley judía; la elección que Dios había hecho de su persona fue, por eso mismo, más libre. Lo puso aparte desde el seno de su madre, lo mismo que a los profetas, que también fueron objeto del odio de sus compatriotas y no tuvieron más protector que a Aquel que los había enviado. «Dios tuvo a bien revelar en mí a su Hijo para que le anunciase entre los gentiles». Esta revelación es el Evangelio de Pablo, el Evangelio de la gracia universal.

Al añadir que su actividad misionera siguió inmediatamente a su conversión, Pablo insiste en el hecho de que no solicitó su investidura en Jerusalén ni recibió su misión de la Iglesia-madre. Actuó por su propia cuenta, basado en su convicción de haber sido elegido por Dios. No subió a Jerusalén hasta tres años más tarde, para poder conocer a Pedro.

Ya nos hemos visto cómo el salmo 138 hacía eco a las palabras de Job. Se trata de una súplica cuyo desarrollo sobre la omnisciencia divina sirve de garantía a la inocencia del salmista.

Lucas 10,38-42: véase p. 98.

*
**

De camino, Jesús hace un alto en su itinerario hacia Jerusalén, término de su misión. Betania es la hora de la paz en casa del amigo, Lo acogen Marta y María, las dos hermanas.

María está sentada a los pies del Señor, en la actitud del discípulo atento a captar las palabras del Maestro. Escucha su palabra, la saborea, la medita, se deja seducir por ella. Lo mismo que el pueblo de Dios en su juventud.

Marta, por su parte, se afana y se deja arrastrar por las muchas ocupaciones del servicio. Una mujer generosa y abnegada, como el Samaritano cuya caridad acaba de alabar Jesús.

Marta y María, dos figuras de la Iglesia. El celo de Marta simboliza los muchos servicios que requiere la vida de la comunidad; la Iglesia tiene que dirigir su atención a los demás y ejercer el ministerio de la caridad. Esa era la exigencia de la parábola que leíamos ayer. Formarán parte de la familia de Jesús aquellos que pongan en práctica el Evangelio, aquellos que hagan la voluntad del Padre. Pero escuchar la Palabra del Señor de la comunidad es una tarea esencial y primordial. Es la parte que escogió María, la de la adoración que es servicio de Dios, como fue la preocupación secular de Israel.

Dos figuras de la Iglesia. Pero entonces, ¿qué es lo que se le reprocha a Marta si, a imagen del centurión que se preocupa de su esclavo y del Samaritano que se detiene en el camino de Jericó, ella simboliza la misión de la Iglesia: desvelar en su predicación a los paganos en el sentido profundo de lo que ellos estaban viviendo? ¿No se reprochará a Marta el que quiera apartar a María de su función, imponerle su propia manera de escuchar la Palabra? Marta y María son dos formas complementarias de escuchar la Palabra. Por tanto, Marta, ¡deja de lamentarte! Sólo hay una cosa necesaria: ponerse al servicio de Dios en el silencio del corazón y en la disponibilidad de una caridad consciente de su origen.

*
**

**Te pedimos, Señor,
por los que se consagran a tu alabanza:
concédeles el gozo de lo único necesario.**
**Te pedimos por los que te dan gloria
con su amor fraterno:
que te descubran en su servicio.**
**Y te pedimos por tu Iglesia:
que en ella los caminos diferentes de los hombres
converjan hacia un mismo amor.
Dios eterno, Padre nuestro,
dígnate volverte hacia nuestro corazón
para que nos pongamos por entero a tu servicio
en la búsqueda de lo único necesario.**

*
**

**Dios bueno y amigo de los hombres,
Tú nos das la Palabra de vida y el pan del Reino,
y ello es para nosotros la mejor parte.**
**Permítenos buscar cada día
lo único necesario: Jesucristo,
que vive por toda la eternidad.**

COMO EL HERMANO MAYOR

Gálatas 2,1-2.7-14. *La conciencia que tenía Pablo de haber recibido su mandato de Cristo no le llevó nunca a romper la unidad de la Iglesia. Al contrario, después de 14 años de apostolado autónomo, subió a Jerusalén para encontrarse con la comunidad local y con los que él llama «las columnas» de la Iglesia, es decir, Santiago, Pedro y Juan. Y no sólo el apóstol se vio tratado de igual a igual, sino que le reconocieron entre los paganos el mismo papel que tenía Pedro con los judíos. Se elaboró un acuerdo que consagraba provisionalmente dos campos de apostolado distintos, y Pablo se empeñó en concretar esta comunión defendiendo entre las Iglesias pagano-cristianas el principio de una ayuda económica en favor de la Iglesia-madre.*

Pero este acuerdo no ponía en discusión el papel universal de Pedro, ya que inmediatamente después lo encontramos en Antioquía. Más aún, su prestigio es ya tan grande que su comportamiento tiene valor de ejemplo. Por eso reacciona Pablo violentamente cuando Pedro, urgido por los cristianos de origen judío, quiere abandonar la comunión de vida y de mesa con los paganos-cristianos. Semejante actitud pone en peligro la verdad del Evangelio, porque cuestiona el principio de la universalidad de la salvación y el valor salvífico de la cruz.

A pesar de su brevedad, el salmo 116 tiene todas las características de un himno: la invitación a la alabanza universal y el motivo de esta alabanza.

Lucas 11,1-4: véase p. 100.

*
**

«Señor, enséñanos a orar». Una humilde petición, acorde con el corazón del hombre cuando éste se mantiene en la verdad de su ser. Oración de unos pobres que se saben pecadores. Oración de los que no saben hablar y oración de aquel a quien la duda no le deja descansar. Oración de la gente con demasiadas prisas y oración murmurada en el silencio de la noche. Oración de la gente feliz y oración del que sufre. «Señor, enséñanos a orar».

«Padre nuestro»: Señor, enséñanos a ser hijos. Ese es el secreto de los hombres de Dios. No ya un montón de frases hechas, sino sólo esto: ser hijo. Si es escuela de oración, el Padrenuestro es, sobre todo, escuela de vida. «Santificado sea tu nombre»: el Padrenuestro nos invita a salir de nosotros mismos. Saturados por nuestros deseos, desbordados por nuestras preocupaciones, sacudidos por nuestros interrogantes, nos vemos llamados a interesarnos por Dios. «Venga tu Reino»: el amor es nuestra vocación, y la llamada nos lleva hacia adelante.

«Padre nuestro»: ¿quién puede decirlo con toda verdad? ¿quién puede manifestar tanta unión, tanta intimidad, tanta familiaridad? «Nos atrevemos a decir». Sí, rezar el Padrenuestro es un riesgo. Rezar así es aceptar el riesgo de Dios. El riesgo de la presencia del fuego, el riesgo del amor universal. ¿Qué podemos hacer, sino balbucear, arriesgarnos a decir las palabras de otro, lo mismo que el niño repite lo que dijo el hermano mayor, sin saber muy bien lo que significa? Jesús rezaba así: «¡Abba! ¡Papá!» No era la palabra segura del adulto, «Padre», sino las sílabas vacilantes del pequeño, «Papá». Nadie puede decir estas palabras sino en el Espíritu; es El el que reza en nosotros: «Padre nuestro».

*
**

**Dios y Padre nuestro,
puesto que Jesús nos abre el camino de la oración,
acógenos como hijos tuyos.**

**Enséñanos a hacer tu voluntad:
que nuestra petición sea la escuela
en la que aprendamos la vida que viene de Ti.**

*
**

**Dios altísimo y tan cercano a los hombres,
Tú nos invitas a orar con toda confianza
en nombre de tu Hijo
y en la libertad del Espíritu.**

**Danos la audacia
de pedir para recibir,
de buscar para encontrar,
y transforma todos nuestros deseos en uno solo:
que venga tu Reino
ahora y para siempre.**

*
**

**Dios y Padre nuestro,
Tú nos has dado el pan que necesitamos.
Que esta comunión en el cuerpo de Cristo
nos transmita también su aliento de vida,
el Espíritu Santo, el único que puede
hacer brotar en nuestros corazones la oración que Tú escuchas.**

TIENE QUE ABRIRSE O CERRARSE UNA PUERTA...

Gálatas 3,1-5. Después de haber mostrado que su Evangelio había recibido la aprobación de los demás apóstoles, Pablo subraya que está también en conformidad con las promesas de la antigua Alianza. Pero primero tiene que denunciar la estupidez de los Gálatas. Su propia experiencia de la vida cristiana no ha acabado de abrirles los ojos; ha bastado con el discurso de unos cuantos judaizantes para sembrar la duda en su ánimo. ¿Cuál es el Evangelio que Pablo les ha predicado: la cruz de Cristo o la ley judía? ¿Por quién han sido salvados los Gálatas? Ciertamente, no por la Ley, de la que nunca habían oído hablar. En el fondo, la actitud de los Gálatas es profundamente ilógica: primero recibieron el Espíritu, y ahora les gustaría regular su vida por las prácticas judías. Pablo se lo tiene que decir severamente: Obrar de este modo equivale a negar su profesión de fe bautismal.

El cántico del Benedictus reafirma que la salvación está en Jesucristo, el heredero de David según la carne. Por El hemos sido liberados de las imposiciones de la Ley para vivir del Espíritu.

Lucas 11,5-13: véase p. 102.

*
**

La puerta está cerrada... La puerta cerrada de las desdichas: da la impresión de que no hay salida. La puerta cerrada de la muerte: nadie vuelve de ella. La puerta cerrada de las oraciones no escuchadas, que dejan al creyente en la prueba y en la duda.

La puerta está cerrada desde la tarde del viernes: el sepulcro sellado aprisiona el cuerpo del Hijo amado. Muchas esperanzas y muchas locas ilusiones chocaban así con esta puerta cerrada, tan fría como un muro. Pero, durante tres días, los fieles velaron, a pesar de la impotencia, de la duda, quizá de la desesperación. Obstinados como la llama vacilante de un cirio que se resiste a morir. Pues bien, «os aseguro que, si no se levanta por ser su amigo, al menos se levantará por su importunidad». Dios ha escuchado el grito cargado de tantas esperanzas: la piedra saltó en pedazos la mañana de Pascua.

Aquella mañana, las mujeres y los discípulos comprendieron que la muerte no tendría jamás la última palabra. A través de sus preocupaciones y de sus inquietudes, comprendieron la victoria del amor. La puerta se abrió para dar paso a Cristo resucitado: en El los sufrimientos encuentran una salida. Una puerta abierta a la vida: ¿es posible la esperanza! Una puerta abierta a la oración del Hijo: en adelante, nuestras peticiones encuentran en El las verdaderas palabras traídas por el Espíritu.

Por eso precisamente es bueno que pidamos, ahora y siempre. No se trata de descargarnos de una necesidad ni de provocar ingenuamente milagros. Las palabras de nuestra intercesión se convierten en gestos de vida y en compromiso de amor. Si pedimos, es para seguir el camino de Jesús, para vivir bajo el aliento del Espíritu. Con todos los creyentes de todos los tiempos, seguimos en pie ante la puerta: intercedemos con tenacidad para que no se pierda el alma del mundo. Con Cristo, oramos con las palabras de su amor, que nos hacen decir: Padre.

*
**

**Padre de toda bondad,
estamos en pie ante Ti
y te invocamos con tenacidad.
Escucha nuestra oración,
según nos lo enseñó el mismo Jesús.
Que tu Reino venga
hoy y para siempre.**

*
**

**Dios y Padre nuestro,
tu Palabra trabaja el corazón de los que la acogen.
En la libertad de tu Espíritu,
haznos desear lo que Tú deseas
y querer lo que Tú pides.
Nuestra petición será entonces hacer tu voluntad,
y así tu esperanza será nuestro gozo para siempre.**

*
**

**Dios, fuente de todo bien,
Te bendecimos por lo que Tú nos das:
el pan que es nuestra vida,
el vino que nos llena de alegría.
Que el Espíritu Santo despliegue en nosotros este don,
y nuestra petición coincidirá con lo que Tú preparas
para los siglos infinitos.**

NUESTRO PADRE ABRAHAM

Gálatas 3,7-14. Puesto que los Gálatas apelan a la práctica de la Ley, Pablo les invita a escuchar las lecciones de la Ley. En efecto, la historia de la salvación pone de relieve dos regímenes contradictorios: el de la Ley y el de la gracia. El primero encierra al hombre en una maldición, ya que la Ley exige la práctica de todos los mandamientos, algo que la experiencia demuestra que es totalmente imposible. Por tanto, la Ley se muestra incapaz de salvar al hombre.

El otro régimen es el de la gracia. En él el hombre se salva, no en virtud de unos méritos siempre insuficientes, sino por el favor de Dios. Es el régimen de la promesa, anterior, por lo demás, al de la Ley, ya que Dios se comprometió con Abraham antes de que éste fuera circuncidado.

Cristo liberó al hombre de la maldición que pesaba sobre él, haciéndose El mismo objeto de maldición. Pablo usa aquí términos muy fuertes para poner de relieve las consecuencias de la crucifixión. En efecto, por una parte, Dt 21,23 afirma que el que ha sido colgado de un madero está maldecido por Dios. Por tanto, el suplicio que padeció Jesús no podía menos de hacerlo odioso a los ojos de los judíos, pero también a los de los discípulos desorientados. Por otra parte, el término «rescate» evoca el precio pagado por Jesús por liberar al hombre de la esclavitud del pecado. Lo mismo que el pueblo judío había sido liberado de la esclavitud de Egipto para pasar al servicio de Yahvé, también el hombre ha sido liberado del pecado para ponerse al servicio del bien.

El salmo 110 evoca la ternura y la fidelidad del Señor con la humanidad.

Lucas 11,15-26: véase p. 106.

**

Con toda la violencia de un amor decepcionado y angustiado, Pablo se dirige a los Gálatas, sacudidos por la tempestad que se abate sobre ellos. Han saboreado ya la libertad sin igual que les había traído el Evangelio, pero han vuelto a caer en las observancias y en los ritos. Tuvieron el testimonio del abajamiento de Cristo, de su amor sin límite; creyeron en la Palabra que les había anunciado esta desconcertante novedad. ¿Cómo pueden entonces volver a la observancia escrupulosa y pretendidamente meritosa de la Ley? «¿Quién os fascinó?», preguntaba ayer el apóstol; «¿tan insensatos sois?»

Así pues, ¿habían olvidado los Gálatas la lógica de la Alianza y de la pedagogía que Dios había empleado durante siglos con Israel? ¿Acaso Abraham fue hecho «padre de los creyentes» por haber observado la Ley? «Abraham creyó en Dios y le fue reputado como justicia». Fue su fe y su fidelidad a pesar de todas las evidencias contrarias lo que le valió la bendición de Dios. «Justo» delante de Dios es el que confía en El, el que cree en la Palabra de gracia y la reconoce, la descubre en la acción de gracias. Abraham será bendecido con una multitud de hijos tan numerosos como las estrellas del cielo, porque aceptó, contra toda razón y experiencia, que la Palabra creadora del mundo y de su historia ponía también en marcha toda su existencia. Portador de la promesa, se convirtió en el testigo de la bendición, esto es, de aquel amor indefectible, de aquel gran «sí» que sólo se puede recibir diciendo «Amén».

«Vosotros sois hijos de Abraham, porque sois justos por la fe»; habéis sido liberados del miedo que engendra la ley, de vuestra culpabilidad que manipula la religión. Pero, si prestáis a los signos que Jesús da de su misericordia un significado contrario al amor que revelan, si pretendéis que son obra de Belzebú, estáis rechazando la luz, y vuestra justificación no sirve para nada, puesto que os abandonáis a la maldición de las fuerzas que quieren perderos; vuestra situación es peor que la de antes y vuestra nueva prisión no tiene ya ninguna salida. Gálatas insensatos, volved al Evangelio; Cristo os rescató de la maldición haciéndose El mismo impío a los ojos de la Ley; para vosotros, los creyentes, El es el Justo de Dios, la causa de vuestra bendición. ¡Es realmente la hora de vuestro arrepentimiento!

**

**Dios de Abraham y Dios de Jesucristo,
Dios de la promesa y Dios de la gracia,
Te pedimos suplicantes:
líbranos de lo que todavía impide
que nos abandonemos a tu misericordia,
confirmanos en la fe:
que tu amor nos bendiga por toda la eternidad.**

**

**Dios y Padre de nuestros padres en la fe,
¡bendito sea tu nombre!
Tu gracia nos hace justos
y tu misericordia es nuestro socorro.
No permitas que volvamos a nuestras falsas certezas,
que sigamos abandonándonos
a nuestras seguridades ilusorias;
que nuestros méritos no nos cieguen,
sino que tu ternura sea nuestra única fuerza
y la prenda de nuestra esperanza.**

ADOPCION

Gálatas 3,22-29. *El «pedagogo» era el esclavo encargado de la educación de los hijos de las familias pudientes. Eso es exactamente lo que fue la Ley para los judíos bajo la antigua Alianza. La existencia de una ley permite al hombre situarse con respecto a ella, saber si la ha cumplido o si, por el contrario, la ha infringido. Pero, una vez que el judío había tomado conciencia de su pecado y, por tanto, de su culpabilidad, la Ley no podía ya darle nada, porque por sí misma no era fuente de salvación. Encerraba al hombre, por tanto, en su maldición; por eso su régimen tenía que ser necesariamente transitorio.*

Salmo 104: *Vosotros, raza de Abraham, vosotros, los creyentes salvados por gracia, habéis de saber dar gracias.*

Lucas 11,27-28: *véase p. 109.*

**

Hay algunos hijos que se imaginan que tienen todos los derechos, porque dicen que están «en su casa». Su nacimiento les permite portarse como amos: ¿acaso no les corresponde la herencia? ¡Todo les es debido, porque no tienen nada que dar! Su orgullosa pretensión constituye su seguridad. «¡Dichoso el seno que te llevó!»: los derechos están adquiridos, y nadie puede nada contra ellos.

«¡Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la cumplen!» El nacimiento nunca es obra de la carne, sino un don que acoger, que reconocer, que confirmar. El verdadero nacimiento ¿no es acaso una adopción en la que el padre dice: «tú eres mi hijo», y el hijo responde: «¡papá!»? La pertenencia a una familia está tejida de vínculos de adopción mutua.

«¡Todos sois hijos de Dios por la fe!». La de es adopción: en Jesús, Dios nos ha reconocido como hijos. Y en Jesús conocemos, por nuestra parte, la imagen del Dios invisible y, haciendo nuestra la palabra del Hijo, podemos decir: ¡Padre nuestro!»

El hijo que piensa que la casa es suya habita en una casa que le es extraña; no la habita de verdad, sino que la convierte en un patrimonio y un museo. La casa de familia es una casa adaptada, remodelada según las necesidades de hoy, acabada, viva: «¡Dichosos los que oyen la Palabra de Dios y la cumplen!»: Jesús «no nos dio palabras en conserva, sino palabras vivas que es preciso alimentar» (Ch. Péguy). «Si sois de Cristo, ya sois descendencia de Abraham». Abraham... partió fiándose de una promesa.

LIBERTAD

Gálatas 4,22-24.26-27.31.5,1. *Agar representa la Ley. Su vida estuvo marcada por la incredulidad y el activismo. En efecto, cuando la esterilidad de Sara se presentó como un obstáculo para la realización de la promesa divina, su marido empleó todos sus recursos.*

Sin embargo, el niño concebido en la incredulidad no podía ser el heredero de la promesa. Abraham y Agar engendraron sólo para la esclavitud (Gn 16 y 21,8-21). Isaac, por el contrario, era hijo de la gratuidad. Sólo él era libre, y por eso heredó la promesa de Dios.

A los ojos de Pablo, los judíos y los paganos fueron esclavos; éstos, de sus costumbres disolutas; aquellos, de la Ley (cf. Rm 1-3). Pero Cristo, el hijo de la promesa, los liberó gratuitamente. Por consiguiente, no deben volver a una nueva esclavitud, como ocurriría con los Gálatas si adoptaban las prácticas de la Ley. Ellos no han nacido de Agar, sino de Sara.

El salmo 112 invita a alabar al Dios de la promesa y de la fidelidad.

Lucas 11,29-32: *véase p. 111.*

**

¡No se dará ningún otro signo más que Jesús! A los que exigen pruebas y demostraciones no se les concederá más que la palabra viva de un hombre semejante a sus hermanos y el poder del Espíritu que invita a ir más allá de las evidencias. La fe se vive en régimen de libertad. La demostración encierra y aprisiona, la evidencia somete y no se discute. La fe, como el amor, vive del encuentro y del compromiso, de la participación y de la comunión. Lo cual significa que la fe es una conquista sobre la indiferencia, el egoísmo y las falsas certezas. Sólo se nos dará como signo a un hombre que encontrar: la fe está ligada a las vicisitudes de un encuentro.

«Vosotros sois hijos por la fe», afirmaba ayer san Pablo. Ser hijos es, en contra de tantos eslóganes contemporáneos, ser libres. La ley y la religión encierran en el corsé de sus evidencias, de sus dogmas y de sus reglas. El amor, por su parte, despierta a la libertad. La nueva relación con Dios que ha establecido Jesús culmina en la oración de los hijos que adoptan a su Padre: «Abbá». Este «Abbá», dado por Jesús a sus discípulos como la primera palabra de su oración y de su fe, hace entrar directamente a los cristianos en el diálogo, que es el secreto de la obediencia de los hijos de Dios. Se comprende la afirmación triunfal de Lutero: «El cristiano es un ser libre,

señor de todas las cosas, y no está sometido a nadie». «No sois hijos de la esclava». Se comprende, pues, la angustia y, en cierto modo, el furor que padece Pablo cuando constata que los que él había despertado a esta libertad querían caer de nuevo bajo el yugo de pseudo-disciplinas de prácticas legalistas. ¿Iban a olvidar tan pronto que eran los miembros de una comunidad que, según la frase de Calvino, es «una madre de la que Dios es el Padre» y que merece el nombre más hermoso: «la mujer libre»?

«Para ser libres nos libertó Cristo». El Evangelio, basado solamente en el signo de Jesús, está más allá de todas las esperanzas del hombre religioso. ¿Cómo extrañarse entonces de que incluso en quienes lo acogen en la fe, reaparezca insensiblemente la tentación de añadir un «segundo Evangelio» al lado del primero, un Evangelio a la medida humana? ¡Filtrar la luz, hacerse con un cristianismo razonable, practicable, políticamente viable! Buscar la seguridad personal tras el escudo protector de las prácticas, de cumplir con lo mandado, de remitirse a definiciones y conceptos... La Iglesia tiene que ser el lugar en donde se encarna el Evangelio único, el de la libertad. Es evidente que tomará cuerpo a través de una tradición, de una doctrina, de una liturgia, de una forma institucional. Para garantizar la Tradición, la Iglesia forma sus tradiciones; para proteger la Doctrina, establece sus fórmulas; para preservar el orden en la comunidad, afianza la autoridad. Pero el peligro de un «segundo Evangelio» es permanente: las tradiciones pueden tapar la Tradición, la institución encadenar al Espíritu, el honor suplantar al servicio. ¡Dichosa la Iglesia que, en la realidad vivida de su fe, de su organización, de su misión, llegue a hacer manifiesto que ella es servidora de un solo Evangelio, entramado de gracia y de invitación, de liberación y de vocación! Esa Iglesia podrá ser llamada «madre de los vivientes», nueva Eva. Nacida del costado del nuevo Adán, habrá dado a luz la libertad, que es el don más hermoso de la vida.

*

**

**A Ti, Dios Salvador nuestro y Padre nuestro,
a Ti nuestra acción de gracias por Jesucristo.
Por El, Tú nos haces salir
de la casa de la esclavitud
para acogernos en tu propia casa.**

**Tu amor por nosotros ha sido locura,
pues tu Hijo vivió en su cuerpo
la muerte del esclavo
para que nosotros viviéramos como hijos.**

**Y a nosotros, que creemos en este signo de la Pascua,
nos has alumbrado a la libertad de los hijos
para ofrecerte junto con tu Cristo
la alabanza de la creación redimida.**

Martes de la vigésima octava semana

DE LA SERVIDUMBRE AL SERVICIO

Gálatas 5,1-6. Antes de concluir, Pablo intenta sacar todas las consecuencias de la manera de obrar de los Gálatas. De hecho, sabe que su conducta ha buscado sobre todo la utilidad. En efecto, si se interesaron por la circuncisión, fue porque vieron en ella un medio suplementario para la salvación.

Pero entonces tienen que saber dos cosas. En primer lugar, si reciben la circuncisión, tienen que adoptar la ley mosaica en su integridad (¿habían dejado los judaizantes este punto en la sombra?). Además, el hecho de poner su confianza en la ley los apartará de Cristo. Efectivamente, si Cristo es la única fuente de la salvación, esperar esta salvación de otra parte equivale a menospreciar la muerte y la resurrección de Jesús. El cristiano es aquel que pone su esperanza en Cristo y recibe el Espíritu; puede aguardar firmemente los bienes del Reino. Su fe es activa y se expresa mediante el amor, que es la verdadera vida del Espíritu.

Paradójicamente, se ha escogido el himno a la Ley (salmo 118) para hacer eco a la advertencia de Pablo, como para prevenir al hombre de buena voluntad que, al final de su búsqueda, encontrará a Dios.

Lucas 11,37-41: véase p. 113.

*

**

«No os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud». ¿De qué serviría la libertad alcanzada en Cristo y no merecida por el creyente? De la esclavitud a la libertad, de la servidumbre al servicio: ése es el éxodo del cristiano. A imitación de Cristo, para el cristiano el mandamiento del amor es la forma, la respiración, la encarnación de la libertad recobrada. Es el amor el que hace el corazón puro, no las prácticas de la vieja esclavitud. El deseo ambicioso, la ambición conquistadora y seductora del hombre han sido crucificados con Cristo. Aparece una nueva ley, pero no es una ley de constricciones y de conciencia desgraciada, sino el régimen y la pulsación misma de la libertad.

La libertad es un paso, una pascua, una conquista. Conquista de cada día, puesto que es en el tiempo, en el dolor de la continua recuperación y del continuo levantarse, donde se afianza la libertad. Conquista difícil, porque el cristiano sigue siendo un ser tentado por la servidumbre; lo mismo que los hebreos después de pasar el mar Rojo, él se vuelve de mejor gana a las

cebollas de Egipto que al desierto, que es el camino de su liberación. Y ahí está, obligado a domeñar sin cesar una razón y una voluntad «carnales» que militan en contra de su naciente libertad. Conquista que es, cada vez más, acogida del otro en el centro mismo de su impulso. Con tal de que permitamos actuar en nosotros al Espíritu y nos dejemos conducir por él, podremos acceder a un mundo nuevo, a la resurrección, al renacimiento. He ahí la paradoja de la libertad cristiana: que su posesión plena coincida con el abandono total, porque es únicamente ahí donde se realiza la comunión plena. Cuando Jesús declara: «Padre, no lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú», entonces accede a la libertad total de su ser. La hora del Hijo y de su glorificación es la de su pasión y su despojo.

«No os sometáis de nuevo al yugo de la esclavitud», no regreséis a Egipto, sino lanzaos al desierto, al despojo de vosotros mismos, abandonaos a la palabra que os resucita: la libertad es la otra cara del amor; «lo único que cuenta es una fe activa en la práctica del amor». Ahí está nuestra Pascua.

*
**

«No os sometáis de nuevo al yugo de la esclavitud»...

Libranos de nuestras falsas certezas,
¡Señor, ten piedad!

«No os sometáis de nuevo al yugo de la esclavitud»...

Libranos de nuestro estéril moralismo,
muéstranos tu gracia y ten piedad de nosotros.

«No os sometáis de nuevo al yugo de la esclavitud»...

Libranos de nuestras santidades ilusorias,
que tu misericordia sea nuestra salvación,
ten piedad de nosotros.

*
**

Dios que liberas y salvas,
por el poder de tu Espíritu,
haznos acceder al mundo nuevo.

Y si aún queremos volver a nuestras cadenas,
concédenos la sabiduría de fiarnos

de la palabra de tu Hijo:
El nos guiará a la comunión eterna.

*
**

Tú nos has escogido, Dios y Padre nuestro,
para hacernos hijos tuyos
y herederos de tu Cristo.

Danos tu Espíritu con sobreabundancia:
que tu Iglesia, arrebatada por el amor de tu Amado,
viva tensa con todo su ser en tensión
para conocer la gracia de su liberación.

Miércoles de la vigésima octava semana

ESPIRITUALIZACION

Gálatas 5,18-25. Aunque Cristo haya liberado al hombre del peso de la Ley, ¿no es libre el hombre para hacer lo que la Ley prohíbe? Esta cuestión se suscitará con frecuencia, y Pablo responde pidiendo que no se confunda libertad con libertinaje. En efecto, una mala comprensión de la noción de libertad podría conducir a otra esclavitud: la de la carne.

En Pablo, la palabra «carne» designa la naturaleza frágil del hombre, especialmente los deseos egoístas que se oponen a su verdadera vocación. De hecho, la cuestión principal es saber para qué, con qué finalidad, ha sido liberado el hombre. A esta pregunta no hay más que una respuesta: el hombre ha sido liberado para amar más. La Ley entera encuentra su cumplimiento en esta única palabra: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (v. 14). Pero sólo el hombre que vive del Espíritu de Jesús puede realizar esto: «Si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne» (v. 16). En efecto, la carne se opone al amor auténtico, como demuestra la lista de sus obras, una lista que aparecerá también en otras epístolas. Comprender los desórdenes del amor humano, que son otros tantos aspectos de la lujuria, tan extendida en el mundo pagano. Las perversiones del culto, las faltas de amor y los excesos de la mesa traducen la degradación de la persona humana.

En cambio, el fruto del Espíritu es único: el amor, considerado sucesivamente en sus signos (el gozo y la paz), en sus manifestaciones (la paciencia, la bondad, la benevolencia) y en sus condiciones de existencia (la fe y la humildad, que permiten la acogida de la gracia y el autodomínio).

El salmo 1 opone, de una forma lírica, la condición del justo que vive según el Espíritu a la del impío, esclavo de la carne.

Lucas 11,42-46: véase p. 116.

*
**

«Si os guía el Espíritu, no estáis bajo el dominio de la Ley». Ahí radica el misterio de nuestra libertad en la fe: se basa en una liberación, es decir, en una gracia, y en una vida liberada, guiada por el Espíritu.

Misterio de liberación: ser libre en el Espíritu es descubrirse amado por Dios, amado con amor loco, y poder entonces desarmarse, rendirse, desposeerse. Seremos en la historia de los hombres un fermento de comunión y de transfiguración, artífices de liberación, si sabemos ser los testigos del Misterio, del Viviente, de ese Dios que da sentido y perspectiva adecuada a todas las cosas. Tenemos que saber discernir el suspiro misterioso de la creación, que gime con dolores de parto, y atestiguar y preparar ya desde ahora la participación del universo y de la historia en la libertad gloriosa de los que Dios ha rescatado de la esclavitud para la Pascua eterna.

Misterio de una vida liberada. San Pablo abría Rm 8 con un grito de triunfo: «Ninguna condenación pesa ya sobre los que están en Cristo Jesús. Porque la ley del Espíritu que da la vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte». El Espíritu trabaja ya nuestro mundo, y la ley nueva, la de Pascua, se identifica con su misma persona o con la actividad de ese Espíritu en nosotros. La ley bajo la que ahora estamos ya no es un código, aunque haya sido dado por el Espíritu Santo, sino una ley hecha realidad en nosotros por el Espíritu; no ya una simple norma de acción, exterior, sino, algo que, evidentemente, no puede ser ninguna legislación en cuanto tal: un principio de acción, un dinamismo nuevo, interior.

Misterio de liberación, vocación de una vida liberada... «Pondré mi ley en lo más profundo de ellos mismos y la inscribiré en su corazón». Santo Tomás tenía razón al afirmar: «El propio Espíritu Santo es el Nuevo Testamento operando en nosotros el amor, la plenitud de la ley». No pertenecemos ya al mundo de la carne, sino que hemos sido alumbrados por el Espíritu.

*

**

**Tú nos consagras, Señor, por medio de tu Espíritu,
que realiza en nosotros la obra de la Pascua.**

Líbranos

de todo lo que no seamos nosotros,

de todo lo que no seas Tú,

y acabaremos entonces descubriendo

**que el fruto dado en la libertad, infatigablemente,
permanece para siempre.**

*

**

Señor y Padre nuestro,

nuestra paz y nuestra fidelidad son dones de tu Espíritu.

Invitados a la mesa de la misericordia,

los hemos saboreado.

Permítenos vivir de ellos día tras día.

DEL JUEVES DE LA VIGESIMA OCTAVA SEMANA AL JUEVES DE LA TRIGESIMA

UN LARGO CAMINO

La maduración de Pablo estuvo muy marcada, a partir de su vocación, por la dimensión comunitaria y universal de Cristo, que él había experimentado en su vida interior y a través de su actividad misionera. La respuesta que tiene que dar a las cuestiones planteadas por las gentes de la provincia de Asia, le llevó a contemplar el lugar de la Iglesia en el proyecto de Dios, que engloba toda la historia y todos los tiempos.

¿Hacia dónde vamos? Lo profetas nos hacen esperar esto o temer aquello otro. Los futurólogos esbozan, apoyándose en cifras y argumentos, el perfil de la nueva sociedad. Los militantes dan su vida para que los viejos sueños de justicia y de fraternidad tomen cuerpo. Un parto lento, doloroso y marcado por diversas crisis.

En esta paciente maduración, la Iglesia es portadora de una promesa increíble: hemos sido hechos para Dios, que «nos ha destinado de antemano a ser hijos suyos»; hemos sido hechos para algo más que para poblar los cementerios de la historia o transitar los vanos caminos de una civilización claudicante a otra. En el banquillo del tribunal de la historia, la Iglesia aporta su testimonio: se le ha confiado la misión de designar y hacer valer ante los ojos de todos los signos del Reino.

Los hombres han sido hechos para otra cosa... Aunque quizá no sea esa la expresión adecuada, porque la historia de la salvación no es sino la historia de los hombres iluminada por una luz que viene de otra parte. El advenimiento de los tiempos nuevos pasa por la paciente búsqueda de una «otredad» por parte de los hombres. La historia de la salvación y de la redención se identifica con la historia sin más. «Cuando Dios, por amor, toma la iniciativa de proponer al hombre participar en su vida, ya en el propio acto creador, entre en el juego de las leyes del amor, que exige que el 'otro' condicione mi propio amor; para realizar esta comunión con el hombre, Dios se hace hombre. Es decir, que esta vida en común se organiza de acuerdo con las estructuras físicas y mentales, individuales y colectivas, históricas y prospectivas del hombre»¹. A pesar de las contradicciones de su historia y de las opacidades y lamentables insuficiencias que gravan el testimonio de la Iglesia, ésta no deja de ser el pueblo rescatado y el signo del

1. M.-D. CHENU, «Anthropologie de la liturgie», en *La Liturgie après Vatican II* (Unam Sanctam, 66), Cerf, Paris, pp. 162-163.

mundo salvado. La Jerusalén celeste no es un sueño del futuro, que siempre será mítico, sino que ya ha comenzado en medio del ajeteo de la historia. Y toda la sucesión de creyentes, desde Abraham hasta nuestros días, es un largo camino que indica la dirección del Puerto. Más aún: el jefe de filas, la Cabeza de Cuerpo, el Pastor, ha llegado ya a dicho Puerto en su Pascua, y en él se ha logrado la historia para alegría de los hombres.

*
**

**Dios, Salvador del mundo
y Señor de la historia,
que te tomas a pecho nuestra causa:
¡bendito sea tu nombre!**

**Vence, oh Dios, a los poderes
que amenazan nuestra vida
y danos la esperanza
por amor a Aquel que venció a la muerte,
tu Hijo Jesucristo:
que El nos guíe hacia el mundo nuevo.**

*
**

**¡Bendito seas, Padre de Jesús y Padre nuestro,
que nos destinás a recibir la herencia de tu Amado!
Tú nos has llamado,
tu palabra nos ha creado
y tú nos reúnes en el Cuerpo de tu Hijo.**

**Que tu Espíritu venga en nuestra ayuda,
y juntos seremos un nuevo comienzo
de esperanza y de paz,
testigos que alcancen los siglos sin fin.**

*
**

**¡Bendito seas, Padre santísimo,
Dios eterno y lleno de bondad!**

**En Jesucristo, tu Hijo amado,
nos revelas el misterio
de tu presencia y de nuestra gloria.**

**Bendito seas por lo único necesario
que colma de gozo los corazones pobres;
y alabado seas también por la esperanza
que se enciende en nosotros
al escuchar tu Palabra.**

**Por eso, anticipando la alegría eterna,
te cantamos por la fidelidad a tu promesa
y por la gracia de nuestra común historia.**

Jueves de la vigésima octava semana

ANTE EL TRIBUNAL DE LA HISTORIA

Efesios 1,1-10. Para celebrar el cumplimiento de la salvación de Dios, la epístola a los Efesios empieza con una larga bendición al estilo de la tradición judía (algunos autores pretenden que dicha bendición abarca los tres primeros capítulos). La Iglesia está en el centro de esta bendición, ya que es la única realidad en la que el universo entero puede contemplar el «misterio de la voluntad» divina, es decir, el designio salvífico de Dios respecto a su creación.

Este despliegue de la gracia divina, que ha encontrado su culminación en la Iglesia, toma una expresión rítmica, como las fases de una obra cuyo término hubiera sido fijado en el punto de partida. En efecto, lo que Dios ha proyectado es colmar a los hombres de su bendición espiritual, es decir, asociarlos al triunfo de Cristo sobre las fuerzas de la muerte. Si hay elección y predestinación, es con vistas a la adopción: reunirlo todo bajo una sola cabeza, Cristo.

La carta a los Efesios plantea muchas cuestiones. Se discute su autenticidad paulina, y parece ser que los efesios no eran los destinatarios de la carta. Muchos eruditos piensan que la epístola pertenece a la generación post-apostólica; procedería de un ambiente profundamente marcado por el apóstol y habría que considerarla próxima a las cartas «pastorales».

¡A creación nueva, cántico nuevo! El salmo 97 prolonga la alabanza de Dios, que «a los ojos de las naciones ha revelado su justicia».

Lucas 11,47-54: véase p. 118.

*
**

Crisis, manipulaciones, incertidumbres, vacilaciones... Es una imagen demasiado cotidiana para seguir extrañándonos: ¡nuestro mundo no va bien! Los medios discuten incansablemente sobre los remedios que ofrecer, pero entretanto el mal empeora, de forma que los grandes temores milenaristas no sólo son objeto de libros de éxito, sino que tocan las fibras más secretas de los corazones: ¿tiene nuestra tierra un futuro?

La historia de los hombres, tejida a costa de dolorosos partos, encarnada en tantas búsquedas y en tantos cuestionamientos, ¿conduce a algún sitio? «¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna»... La Iglesia, siguiendo a Pablo y la tradición secular de Israel, se atreve a atestiguar ante el tribunal de la historia: «Dios nos ha elegido de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo». La historia no es un ciclo infernal, sino que tiene un fin: un término y una finalidad. La historia de los hombres, con sus pacientes evoluciones y sus dolorosos fracasos, es la trama en la que se va

tejiendo la historia de la salvación. Dios no tiene ningún otro sitio para lograr su proyecto más que la lenta maduración del mundo. La Iglesia presenta en la historia humana, y de una forma visible, un secreto invisible que da la clave de la marcha de los siglos.

Es como una melodía que un músico genial esboza y repite diez veces a lo largo de una sinfonía, para hacerla explotar al final en acordes triunfales, haciendo que vibre la unidad esbozada hasta entonces como inspiración primera de toda la pieza. Este ritmo fundamental de la historia es la elección a la gracia: «Dios nos ha elegido para ser sus hijos». Hoy vislumbramos en la incertidumbre de nuestras vidas lo que mañana, en un estremecedor cara a cara, resplandecerá a plena luz. Esta inspiración primera, que atraviesa toda la aventura humana, esta «elección» divina, se transparenta continuamente a lo largo de los siglos: Dios da su preferencia a lo que es pequeño, a lo que no es nada, al amor que es siempre secreto. Melodía divina de la historia, que encontrará una voz para expresarse en los labios de María: «Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada». Dios nos ha destinado desde toda la eternidad a ser hijos suyos, es decir, engendrados y adoptados. De esta inspiración primera ha surgido una serie de misteriosos reveses, de suplantaciones paradójicas de los mayores por los más pequeños, de los grandes por los humildes, de los fecundos por los estériles. Jacob es preferido a Esaú, José prevalece sobre sus hermanos mayores, David es elegido para reinar, la estéril Sara es llamada a ser la madre del hijo prometido. María, la esclava, es colmada de gracia. La Iglesia finalmente, pobre y sin más riqueza que una palabra que anunciar, es llamada a ser la madre de la humanidad futura.

«Dios se propuso de antemano realizar su designio en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza». ¡La Iglesia no tiene otra cosa que decir en el tribunal de la historia!

*
**

**Dios, Señor del tiempo y de la historia,
mientras aguardamos la hora
en que tu proyecto se manifieste
como alianza eterna,
suscita entre nosotros testigos
de los tiempos nuevos.**

*
**

**En esta eucaristía, Dios y Padre nuestro,
Tú renuevas tu alianza
y confirmas nuestra esperanza.
Ya que nos has escogido
para manifestar tu benevolencia,
permítenos ser los testigos de tan gran misterio.
¡Bendito sea tu nombre, ahora y por siempre!**

Viernes de la vigésima octava semana

HIJOS DE LA LUZ

Efesios 1,11-14. *Es una pena que el leccionario no deje adivinar que estos versículos pertenecen todavía a la bendición solemne con que se abre la epístola. Por otra parte, su interpretación es delicada. La traducción del leccionario (al igual que la de la Biblia de Jerusalén) distingue las etapas de la salvación. Están, por una parte, aquellos a los que Dios «destinó de antemano a ser pueblo suyo» (su parte, su lote), es decir, el Israel histórico; luego están los destinatarios de la carta a los Efesios (cf. el «también vosotros» del v. 13) y, a través de ellos, los paganos convertidos, de los que se dice que, después de haber escuchado la palabra de Dios y haberse hecho creyentes, han recibido el sello del Espíritu, que constituye una prenda de la herencia del final de los tiempos.*

Pero la traducción de la TOB no conserva esta distinción y, ya desde el principio, une a los judíos y a los paganos. No se habla ya del pueblo elegido como de la porción de Dios, sino de un pueblo que espera su parte, a saber, la herencia celestial (nueva Tierra prometida), de la que el Espíritu constituye un primer anticipo. Sea como fuere, se alude a la Iglesia considerándola como el cumplimiento de la obra divina.

El salmo 32, de estructura himnica, invita a alabar a Dios por la constancia con que lleva a cabo su obra de salvación. El versículo 12 designa a la comunidad santa de Israel.

Lucas 12,1-7: véase p. 121.

*
**

«Nada hay cubierto que no llegue a descubrirse»: la vocación de la Iglesia es revelación. Dios ha querido que nosotros fuéramos «los que ya antes esperábamos en Cristo». Es verdad que puede afectarnos la duda. Hay tanto sinsentido, tantas cosas absurdas, tantas deficiencias en los esfuerzos en que participamos para dar una significación a nuestra historia personal y colectiva, que podemos preguntarnos: ¿cómo seguir creyendo en la promesa de que algún día saldrá a la luz la cara oculta de todas las cosas? Sin embargo, el hecho es que se le ha confiado a la Iglesia la misión de designar y hacer valer los signos del Reino: «Dios nos ha destinado a ser su pueblo».

«Vosotros habéis oído la Palabra de la verdad». Ocasión de gozo: ¿no es acaso la Iglesia una especie de prototipo en la tierra de la ciudad venidera? Los primeros cristianos se consideraban con razón como portadores de una inmensa bendición para la humanidad entera. Ocasión de gozo: «El Espíritu

EXITO

Santo prometido es prenda de nuestra herencia». El fuego no necesita dar más prueba de su presencia y de su vitalidad que el calor que irradia. Aquellos a quienes se ha manifestado la gracia ¿podrán ser para los demás otra cosa que gracia y benevolencia? Los que han recibido el perdón ¿podrán tener otra regla de conducta que no sea la misericordia? Los que se han visto libres gracias a la verdad ¿podrán tener otra ambición que no sea la de extender esa liberación a los demás? «Nada hay cubierto que no llegue a descubrirse»: Dios no tiene otro lugar para manifestar el misterio de su alianza más que el pueblo de los creyentes, a los que El llama a su luz. ¡La Iglesia, ocasión de gozo!

Pero faltaríamos a la verdad si no dijéramos que es también ocasión de lágrimas. No siempre la Iglesia ha sabido librarse de la levadura de los fariseos. En vez de ser los aprendices de un nuevo tipo de humanidad, los creyentes manifiestan, a veces hasta la caricatura, los defectos de la humanidad más sórdida. Envidia y rencillas, vanidad e imbecilidad, arrogancia y pretensión, desesperanza y abandono: la Iglesia sigue siendo «mundana», inmersa en este mundo del que, sin embargo, es, por vocación, luz, sal y levadura.

Un punto a favor y otro en contra: ¿será el balance un «sano» equilibrio? No, porque la promesa sigue siendo la de Dios: «No temáis; valéis más que muchos pajarillos». Puesto que Cristo resucitado ha hecho fermentar una humanidad nueva, el fermento de los fariseos no tendrá ya ninguna fuerza: Dios ha querido que fuésemos «nosotros alabanza de su gloria, los que ya antes esperábamos en Cristo».

*
**

**Te pedimos, Padre bueno,
que nos guardes fieles
a la palabra de tu Hijo.
Envíanos tu Espíritu:
que El sea en nosotros el recuerdo vivo
de todo lo que nos dijo Jesús,
que es tu Palabra
desde el comienzo y para siempre.**

*
**

**Por el cuerpo entregado de tu Hijo,
Señor Dios nuestro,
has hecho de nosotros el pueblo
que tu amor santifica.
Te pedimos por la Iglesia que Tú escogiste:
que tu Espíritu anime
a los que han acogido tu palabra.**

**Enseñanos a reconocer en la que Tú amas
a la compañera eterna de tu Hijo,
la vanguardia de los tiempos nuevos.**

Efesios 1,15-23. «No ceso de dar gracias por vosotros, recordándoos en mi oración». Esta oración no traduce solamente la consecuencia de la admiración que sentía Pablo por los Efesios; es, sobre todo, el resultado de su contemplación de la Iglesia, esa Iglesia de la que él proclama que «es su Cuerpo, la Plenitud del que lo llena todo en todos». Así, la Iglesia aparece como la obra más perfecta de Dios y su reflejo en la creación. Estamos muy cerca de las ideas de Juan, según el cual el Padre está en el Hijo, el Hijo en los discípulos y los discípulos en el mundo.

La obra divina ocupa el corazón de la plegaria del apóstol. Le pide con insistencia al Padre que ilumine a los cristianos para que puedan percibir en profundidad lo que Dios ha realizado. Pues bien, esta obra explota, como en ningún otro sitio, en la resurrección y exaltación de Cristo, cuando fue constituido rey del universo y cabeza de la Iglesia. La plegaria de Pablo se hace cristología; en efecto, las «potestades» de las que habla designaban en el mundo pre-cristiano a unos seres intermedios (ángeles o astros) que se creía que gobernaban el mundo en lugar de Dios.

El salmo 8 ha sido escogido en función de la persona de Cristo, cabeza del universo; pero no se puede disociar a Cristo de la Iglesia.

Lucas 12,8-12: véase p. 123.

*
**

Hemos reducido el cristianismo a un asunto individual, a una empresa de salvación personal. Hemos reducido el cristianismo a un asunto de sentimientos, de devociones y de buena conciencia.

Es verdad que nuestra fe nos concierne a cada uno, y sabemos desde el tiempo de los profetas que Dios toca el corazón del individuo. Es precisamente ahí donde se inscribe su alianza con letras de sangre. Nuestra salvación sería vana si no concerniera a nuestro ser más profundo.

Pero el cristianismo sería igualmente vano si no significara algo para la historia de los hombres en general, para la humanidad en su globalidad. Jesús resucitado ha sido establecido Señor, puesto por encima de todo: su victoria pascual concierne a la historia de todos los tiempos. La historia ha tenido éxito porque ha encontrado en Jesús su plena realización. La Historia no es un eterno volver a empezar. El hombre no está encerrado en un ciclo infernal en el que el mañana será semejante al hoy. Jesús, establecido Señor de todas las cosas, hace saltar el círculo cerrado de nuestro aprisionamiento: la historia cristiana es un dinamismo, un movimiento que abre a Otro lugar, a Otra forma de ser, al Futuro. Se ha abierto una brecha en el desarrollo de los siglos por la que podemos contemplar el final prometido a nuestra tierra. Jesús, el Señor, es el Pastor que conduce a su pueblo hacia la Casa de Dios.

En la victoria de su Cabeza, la Iglesia, hecha Cuerpo de Cristo, ve dónde desemboca su marcha. La historia de este pueblo, hecha de las vicisitudes de la historia, de las idas y venidas de la humanidad en busca de sí misma, ha encontrado en la victoria de su pastor el término de su ruta y la seguridad de que llegará a buen puerto. Los tiempos nuevos se alumbran allí donde el hombre, sabiéndolo o no, se hace Evangelio, es decir, toma la defensa del hombre. «La Iglesia es la plenitud de Cristo». Tenemos la garantía de que la historia acabará bien, sean cuales fueren nuestros temores y nuestras aprensiones: con la resurrección ha nacido ya un mundo nuevo. Nosotros somos sus testigos y su garantía para el mundo.

*

**

**Dios y Padre nuestro,
en nombre de todos los habitantes de la tierra,
unidos a Jesucristo, nuestro Señor,
te encomendamos nuestro mundo,
a los hombres y mujeres que buscan el sentido de su vida
y a los que no lo buscan,
a los que quieren dar cuerpo
al gran cuerpo de la humanidad
y a los que lo desgarran.**

**En nuestra oración recordamos
a todos los que vivieron antes de nosotros,
a todos los que nos dejaron
tantos tesoros y tantas ruinas,
tanto amor y tantas penas.**

**Te damos gracias
por los que nos han hecho y nos han forjado,
por los que nos han dado un mundo habitable,
humano y fraterno.**

**Te pedimos por los hombres de hoy,
por los que conocemos
y por los que nos son extraños,
por los que reconocemos como hermanos
y por los que querríamos ver
desaparecer de la faz de la tierra.**

**Te pedimos por los hombres que han de venir:
que les dejemos un mundo
más parecido al que Tú deseas.**

**Dios y Padre nuestro,
por la resurrección de tu Hijo
has asegurado nuestra esperanza contra todo fracaso.**

**Concede a tu Iglesia, Cuerpo vivo del Señor,
que sea el signo de la promesa
que se cumplirá en la eternidad.**

VIVIR

Efesios 2,1-10. *Vale la pena detenerse en este pasaje bastante difícil, ya que es capital para comprender todas las dimensiones del acto de la salvación. En primer lugar, no hay que separarlo de lo que le antecede, a saber, del imponente «fresco» de la bendición «a la alabanza de la gloria de Dios». Y esto lo conseguiremos si relacionamos entre sí las dos proposiciones siguientes: por una parte, Dios ha empleado su fuerza, su poder y su vigor en Cristo, «resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su diestra en los cielos» (1,20); por otra parte, «con El nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús» (2,6). Esta relación hace ver que Dios ha hecho por nosotros, sus hijos adoptivos, todo lo que había hecho por su Hijo. En efecto, habiendo sometido todo a Cristo y habiéndolo puesto por encima de todo, Dios le «constituyó Cabeza suprema de la Iglesia, que es su Cuerpo, la Plenitud del que lo llena todo en todo» (1,22-23).*

Los contrastes que jalonan esta perícopa son otros tantos puntos de orientación. Por ejemplo, hay un contraste entre el «vosotros que estabais muertos por vuestras culpas y pecados» y el «él nos ha hecho vivir con Cristo»; y existe otro contraste entre «destinados (por naturaleza), a la reprobación, como los demás» y «por pura gracia estáis salvados». Esta doble oposición resalta, por un lado, los pecados personales del hombre, que lo conducen a la muerte, y, por otro, la salvación que no viene de él, sino de la benevolencia divina.

El v. 10 no es más que la consecuencia de esta afirmación, aplicada al obrar humano. El leccionario traduce: «Dios nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras, que él determinó practicásemos» (la traducción habitual «las buenas obras que Dios preparó de antemano» subraya más la idea de predestinación); pero, de hecho, el punto de partida de esta afirmación se encuentra ya en el v. 5: «estando nosotros muertos por los pecados». Mientras que este versículo afirma que el pecado mató a la naturaleza humana de raíz, el v. 10 explica que también la actividad humana ha sido purificada por el acto salvífico de Dios. Así pues, hay por parte de Dios una «predestinación» real: el hombre ha sido creado para vivir según el ritmo divino. Puede hacerlo incorporando su obrar al de Cristo, el Hombre perfecto, y el lugar de esta «sinergia» es la Iglesia.

El salmo 99 nos vuelve a invitar a la alabanza.

Lucas 12,13-21: véase p. 127.

*
**

No me gusta nada ir a dar un pésame ni las cámaras mortuorias con su olor a flores marchitas. Sin embargo, hoy me toca detenerme ante el catafalco del rico de la parábola. Está gordo y bien lleno, diría el salmo. ¡Y ayer mismo estaba soñando con agrandar sus graneros! ¡Pobre necio!... Pero permitid que me retire ya, pues se acercan los herederos, igualmente gordos y lustrosos...

La verdad es que todos ellos son más necios que malos. Es su necesidad y la vaciedad de su vida lo que tenemos que denunciar. El dinero... se necesita para vivir. Pero nuestro héroe, en vez de hacer fructificar sus bienes para el bien de todos, los ha enterrado; sí, es un hombre estúpido que encierra su cosecha en sus graneros, como si el grano no estuviera hecho para el pan y para la siembra, que volverá a lanzar un himno a la vida. En definitiva, ese hombre no merecía vivir: con su conducta, frenaba la vida.

Bloquear la vida: ¡ése es el gran pecado! Y el dinero no es aquí más que un símbolo: ese hombre creía que podía comprar la vida, encerrarla, dominarla; pensaba «agarrar» la vida, y la vida se le escapa. Fue la conducta de los fariseos la que obligó a Jesús a contar esta parábola: ellos encerraban a la gente en unas reglas tan estrechas que les impedían respirar. «Estábais muertos... en medio de las concupiscencias de vuestra carne, siguiendo las apetencias de la carne y de los malos pensamientos»: Pablo denuncia ese mismo mal que roe el corazón del hombre. Círculo infernal del tener, embriaguez del poder, desmesura del saber...; el resultado es idéntico: la vida queda encadenada. «¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma». El grano está hecho para el pan y para la siembra, la religión para el hombre; el don de la vida está hecho para vivir de él.

«Buscad las cosas de arriba». Lo que nos propone el Evangelio es una cura de alta montaña. En el fondo, ni el trabajo ni el capital son la última palabra sobre el hombre; tanto el uno como el otro se quedan sin respuesta ante la muerte, y la muerte es la mayor cuestión que persigue al hombre. «Estabais muertos... pero Dios, rico en misericordia... nos vivificó juntamente con Cristo». Habéis resucitado; lo que ahora se necesita es vivir. «Esto no viene de nosotros, sino que es don de Dios». «¿Por qué te afanas y preocupas?», le preguntaba Jesús a Marta al verla tan atareada; «sólo hay necesidad de una cosa». «Buscad el Reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura». En cuanto a vuestro dinero, miradlo con humor; está hecho para la vida; gastadlo a tiempo, compartidlo, hacedlo fructificar para la felicidad de todos. «Estábais muertos y ahora estáis vivos»; entonces,

hermanos, haced una cura de alta montaña, respirad bien hondo el aire puro de Dios que es su Espíritu..., el Espíritu de un mundo nuevo, un mundo al revés, ¡el mundo de arriba!

*
**

**No permitas, Dios de la vida,
que vivamos pegados a la tierra:
eso sería nuestra perdición...
Harnos revivir con Cristo
y conoceremos la dicha por toda la eternidad.**

Martes de la vigésima novena semana

CON LA LAMPARA ENCENDIDA

Efesios 2,12-22. «*Mi Casa será llamada Casa de oración para todos los pueblos*» (Is 56,7): así comienza la obra del tercer Isaías. A la cuestión de la admisión de los extranjeros y de los eunucos en el seno de la comunidad israelita, el profeta habría contestado diciendo que «*cualquier miembro del género humano puede acceder a la fe en el verdadero Dios y entrar en su alianza, si observa las prescripciones religiosas y morales*» (TOB).

Para Pablo, la Iglesia es el lugar donde se opera la reconciliación entre los judíos y los paganos; por eso la mira con admiración, después de insistir en la iniciativa gratuita de Dios en el orden de la salvación. Parece ser que le guiaba una imagen, la de la barrera que, bajo pena de muerte, prohibía a los paganos acceder al templo de Jerusalén. El apóstol ve en ello el símbolo del aislamiento en el que las prescripciones de la ley mosaica (concretamente sobre lo puro y lo impuro) habían mantenido a Israel. Pero, con su «carne crucificada», Jesús ha destruido esa barrera que era fuente de odio. En adelante, tanto los paganos como los judíos viven una vida nueva y tienen acceso a Dios.

Las imágenes para describir a la Iglesia se agolpan en la pluma del apóstol. La ha identificado ya con el cuerpo de Cristo, su plenitud total. Ahora habla de ella como del «hombre nuevo» y el «templo santo» de Dios; ambas imágenes unen indistintamente a todos los hombres que viven bajo el amparo del Espíritu. En efecto, si la profecía del viejo Isaías se ha cumplido, la ley que rige ahora las relaciones entre los hombres es la ley del Espíritu.

Haciendo eco a la contemplación de Pablo, el salmo 84 evoca la reconciliación del universo, de la que es figura la unificación de los judíos y los paganos.

Lucas 12,35-38: véase p. 130.

*
**

En la «Electra» de Jean Giraudoux, una mujer pregunta: «¿Cómo se dice cuando el día amanece muy frío y todo parece desolado y arruinado, pero se respira bien el aire?» Electra le aconseja que pregunte al mendigo, porque son los pobres los que entienden de esas cosas, y el mendigo le responde: «Eso tiene un hermoso nombre de mujer: se llama la aurora».

«Recordad cómo en otro tiempo, vosotros, los gentiles, no teníais un Mesías y estabais sin esperanza». En la fría mañana que sucede a una noche interminable, la invitación resuena como un grito de esperanza: «¡Tened ceñida la cintura!» El aire se respira, la opresión en el pecho desaparece. De nuevo da gusto creer en la vida y volver a sonreír a quien despierta también de su noche a nuestro lado. «El es nuestra paz. El ha hecho de los dos pueblos una sola cosa... Vino y trajo la noticia de la paz; paz a vosotros los de lejos, paz también a los de cerca». Se nos han hecho unas promesas: procuremos no desperdiciarlas. Ayudémonos unos a otros a librarnos de todo lo que impide que circulen el amor y la luz. Estábamos cansados, resignados, pero con este aire nuevo que anuncia la aurora, ¿por qué no íbamos a intentar escapar juntos de nuestros malos sueños, prestarnos al servicio mutuo de amar la vida y optar por mejorarla? Unos y otros, «reunidos en un solo cuerpo», hemos sido integrados en la morada que Dios construye en este mundo.

«¡Se llama la aurora!» La Iglesia sería el castillo encantado de los cuentos de Perrault y no tendría nada que decir al mundo de hoy si no viviera la invitación a escudriñar en la noche. Insidioso, el viento ha podido apagar varias veces nuestra lámpara. Incansablemente, hemos vuelto a encender la luz que vence a la noche. Velamos y trabajamos mal que bien: precisamente cuando la noche se prolonga y parece no avanzar, entonces es cuando hay que suscitar el día. «Con la cintura ceñida», atentos a los menores signos de esperanza, con las lámparas siempre encendidas para hacer saber a la noche que no logrará nada con sus astucias de muerte, vamos preparando la aurora: Cristo se ha levantado de entre los muertos, creando en sí un solo Hombre nuevo. El Amo, después de haber luchado también él contra las tinieblas que lo retenían prisionero en la noche del sepulcro, se ha puesto para nosotros el delantal, ha preparado la mesa y ha partido el pan para darnos acceso a Dios. Hermano, ponte el traje de faena, sé para los que todavía están lejos la lámpara que haga retroceder a la noche.

*
**

**Tú eres siempre luz,
pacientemente engendrada por la noche:
Señor, ten piedad de nosotros.**

**Tú vienes a instaurar tu paz
y a reunirnos en una misma acción de gracias:
Cristo, ten piedad de nosotros.**

**Tú nos invitas a velar
y a mantener viva tu esperanza:
Señor, ten piedad de nosotros.**

*
**

**¡Dichosos de nosotros si nos encontras velando!
Reanima, Señor, nuestra fe
para el día en que Tú vuelvas.**

**¿Qué sería de nosotros
si el sueño nos venciera?
Ayúdanos a ser fieles en tu servicio
por la salvación de nuestros hermanos
y para tu gozo por los siglos sin fin.**

ESTAR PREPARADOS

Efesios 3,2-12. *Los dos primeros capítulos de la carta a los Efesios celebran sucesivamente la obra salvífica de Dios (cap. 1) y el papel que desempeña Cristo en esta salvación (cap. 2). Centrando más aún su visión, Pablo precisa ahora su propio papel, el que tiene que representar él como «el menor de todos los santos». El fue el obrero de la unificación de los judíos y de los paganos, al permitir a éstos acceder directamente a Dios.*

De hecho, la Iglesia sigue estando en el centro de la reflexión paulina, porque ella representa la culminación de lo que el apóstol llama el «misterio» de Dios, es decir, su designio eterno de salvación, que se ha manifestado hoy. La Iglesia es, por tanto, revelación de Dios; es su sacramento. «La multiforme sabiduría de Dios será ahora manifestada a los Principados y a las Potestades en los cielos (es decir, a las potencias responsables del mundo religioso pre-cristiano que veíamos en 1,21) mediante la Iglesia». Es conocido el viejo tema de la literatura sapiencial (por ejemplo, Pr 8): la Sabiduría asociada a la obra creadora de Yahvé. Pues bien, lo que le permite a Pablo considerar a la Iglesia como una personificación de la Sabiduría es que ve en ella precisamente el lugar donde se lleva a cabo la reconciliación universal. Por medio de los sacramentos, la Iglesia es el lugar y la fuente del mundo nuevo.

«Sacaréis agua con gozo de las fuentes de la salvación». Este estribillo, propuesto para acompañar al gradual, expresa perfectamente el papel de la Iglesia. El canto de meditación proviene de un salmo que se lee en Isaías 2 y que suele considerarse como la conclusión de una colección consagrada al Emmanuel, al Dios-con-nosotros, que la Iglesia tiene el deber de manifestar hoy.

Lucas 12,39-48: véase p. 132.

**

«A la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre». Algunos eclesiásticos se hicieron famosos por la escenografía que montaban al hablar de esta «visita» del Señor. Presentaban a Jesús como un espantapájaros y lo disfrazaban de juez fustigador. Decían que el temor es el principio de la sabiduría. Contradicción: ¡el retorno tan esperado —acordaos de la plegaria tan insistente de los primeros cristianos y del grito del Apocalipsis: «¡Ven, Señor Jesús!»— se ha convertido en objeto de miedo! ¿Se habrá ausentado adrede el Amo para volver de improviso y encontrar al administrador mano sobre mano? ¿Estará acechando en busca de la ocasión para juzgarlo y castigarlo?

El amor expulsa el miedo; ¿cómo ha podido leerse tan mal el Evangelio? «Sois coherederos, miembros del mismo Cuerpo y partícipes de la misma promesa en Cristo Jesús». El Evangelio es buena noticia, porque es gracia. Es invitación a entrar en la acción de gracias por la libertad recibida, concedida como un don. «Es nuestra fe en Cristo la que nos da la audacia de llegarnos confiadamente a Dios». La advertencia del Evangelio es un requerimiento, una intimación a la presencia activa. La llamada a la vigilancia caracteriza la responsabilidad del discípulo, que ha descubierto con asombro la gracia de la luz: ¿es posible quedarse en la noche cuando ya despunta la aurora? ¿Es posible despreocuparse de la casa, cuando se es miembro de la familia?

«¡Velad!»... El que viene os sorprenderá en plena faena. Vendrá cuando todavía quede mucho por hacer. Vendrá, y quizás aquel día estéis dormidos, como el niño cansado de haber inventado muchas cosas y que se ha quedado dormido, dejando sus juguetes como se dejan las armas. Vendrá, pero no temáis su regreso: El os despertará en el país del Día nuevo; El es el Vigilante que ha pasado la noche para renacer a la Mañana; El es el vencedor de la Pascua.

**

**Dios, Señor lleno de ternura,
Tú nos has llamado a compartir tu promesa:
Tú nos entregas en herencia
tu gracia y tu palabra de amistad.**

**No dejes que la noche nos extravíe;
que tu Espíritu nos conduzca
al encuentro de Aquel que viene,
Jesucristo, nuestro Señor.**

**

**Nosotros nos llamamos tu Iglesia,
un pueblo en marcha.
Abre, Señor, ante nosotros un nuevo futuro.**

**Que tu llamada nos haga salir
de nuestro pasado y de las certezas
que nos mantienen seguros y cautivos.
Ligeros de equipaje,
partiremos hacia la tierra nueva;
seguros de tu fidelidad,
trabajaremos con fe
por el advenimiento de lo que Tú has de crear
para siempre jamás.**

INCENDIO

Efesios 3,14-21. «A El la gloria de la Iglesia». Hasta en su oración, el tema de la Iglesia sigue estando presente en el pensamiento de Pablo; ella es, en efecto, la que manifiesta la obra de Dios.

¿Qué pide Pablo para los cristianos? Que Dios Padre les dé la fuerza del Espíritu que robustece al «hombre interior». El tema del «hombre interior» (el corazón del hombre) pertenece a la filosofía griega popular; por eso no hay que confundirlo (al menos habitualmente con la oposición «hombre viejo/hombre nuevo», que es propia del pensamiento judío.

Pablo desea que Cristo habite en el corazón de los cristianos por la fe. Entonces «llegarán a su plenitud, según la Plenitud total de Dios». Volvemos a encontrar algunas expresiones del primer capítulo que recuerdan el evangelio de Juan: los creyentes participan de la plenitud que Cristo recibe del Padre y que comunica a su cuerpo.

El final de la primera parte de Efesios encuentra un eco en el salmo 32, que canta la constancia de Dios en llevar a cabo su obra de salvación.

Lucas 12,49-53: véase p. 134.

**

¿Jesús un incendiario? «He venido a prender fuego en el mundo, y ¡ojalá estuviera ya ardiendo!» El fuego seduce... Sí, pero no hay que jugar con él: cuando el fuego prende en la maleza, no tarda en consumirse todo el monte. Y, sin embargo, los campesinos suelen quemar el suelo para renovarlo...

«He venido a prender fuego en el mundo». El amor encendido en nuestros corazones se hace devorador ¿quién podrá expresar la altura, la anchura, la profundidad de la ternura que nos ha abrasado? El fuego ha prendido en nosotros: el amor es una pasión; nos hemos encendido: el amor no conoce reservas. La Iglesia es una esposa apasionada: ¡el amor absorbe sus pensamientos!

«¡Ojalá estuviera ya ardiendo!» Jesús se dirige a Jerusalén, a pasar la prueba del fuego. El amor es pasión. La Iglesia, encendida en el fuego del amor, será bautizada en la muerte para acceder a la resurrección. No hay lugar en el Evangelio para las medias tintas. Cuando prende el fuego, es preciso correr el riesgo de que resulte incontrolable si le da por soplar el

viento. La Iglesia, que ha conocido con su Señor el bautismo del fuego, no podrá poner trabas al soplo incandescente del Espíritu. La Iglesia está poseída por la palabra, que es revelación de la desmesura del amor. «¡Entonces conoceréis el amor de Cristo, que excede todo lo imaginable!»

El fuego purifica y separa el oro de su ganga. «¿Pensáis que he venido a traer al mundo paz?» El amor divide cuando es tomado en serio. La Iglesia está en el mundo sin ser del mundo. Purificada por el fuego, vive el tiempo del testimonio y de la contradicción: desde los días incandescentes en que la palabra de fuego encendía una hoguera imposible de apagar, desde aquellos días que inauguraron una nueva era de la historia, la fisura cristiana no ha dejado de incidir en la tierra de los hombres. Y la Iglesia, ardiente de deseo, dirige al Padre su plegaria en nombre de todas las edades: «¡Ojalá estuviera ya ardiendo!»

**

**Por tu Iglesia, para que sea el fuego
que prende en todo sarmiento seco
y reaviva la brasa oculta bajo la ceniza:
te rogamos, Señor, óyenos.**

**Por los bautizados, para que no olviden
el Espíritu en el que han sido creados:
te rogamos, Señor, óyenos.**

**Por nuestra asamblea, para que,
purificada con el fuego de tu palabra,
reconozca el ardor que la hace vivir:
te rogamos, Señor, óyenos.**

**

**Tú que nos enriqueces con tu propia vida,
no permitas, Dios y Padre nuestro,
que las preocupaciones de esta tierra
nos impidan vivir.**

**Haz que nuestro corazón y nuestra mente
aspiren a las realidades de lo alto,
y que tu Espíritu nos conceda
afrontar con esperanza la vida de cada día.**

EL VINCULO DE LA MISION

Efesios 4,1-6. *Tras la primera parte de la epístola, encuadrada en una bendición, viene una exhortación urgente del apóstol: «Os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados».*

Pero ¿a qué exhorta Pablo a los cristianos de Efeso y de otros lugares? Sencillamente, a concretar, cada uno a su nivel, el «misterio de Dios», a vivir en la concordia y en la paz. En efecto, cuando el apóstol invita a sus lectores a «mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz», no se trata, ni mucho menos, de palabras platónicas, sino de una mirada realista de la Iglesia. Como en cualquier cuerpo social, descubre en ella divisiones que urge superar, ya que la única razón de ser de la Iglesia es manifestar el designio divino de reconciliación universal, esbozado ya por la incorporación de los judíos y de los paganos al único pueblo de Dios, incorporación de la que Pablo ha sido instrumento privilegiado.

El salmo 23 se utilizaba para la acogida de los peregrinos en el templo. La liturgia de hoy sólo conserva la exposición de las exigencias que hay que cumplir para acceder al santuario; la continuación, que provenía de un procesional del arca, evocaba la marcha del pueblo entero hacia su Dios.

Lucas 12,54-59: véase p. 137.

**

«Esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz». En la víspera de su muerte, Jesús oraba así: «Que sean uno, para que el mundo crea que tú me has enviado». Jesús deja un testamento de fuego en la conciencia de la Iglesia. «Cuando veis subir una nube por el poniente, decís en seguida: ‘Chaparrón tenemos’, y así sucede... Si sabéis interpretar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo no sabéis interpretar el tiempo presente?» La paz será establecida por medio de la muerte del Pastor, y el signo de la unidad serán dos brazos en cruz extendidos sobre el mundo. ¿Sabréis interpretar el gesto de Dios? La unidad es una pasión, y la paz un juicio. La unidad es un testamento, y la paz una vocación. «Esforzaos en mantener la unidad».

«Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la meta de la esperanza en la vocación a la que habéis sido convocados»: la unidad no es un fin en sí misma; no es para estar más unidos ni para ser más fuertes, sino para hacer creíble el anuncio del Evangelio: tiene que haber un solo cuerpo, porque hemos sido llamados a una esperanza común. La unidad, que es la vocación de la Iglesia, nace de su misión.

¿Y en qué consiste esta misión, sino en desvelar en cada época el signo único, Jesucristo? Con nuestros contemporáneos, nos preguntamos por el sentido del mundo que estamos haciendo. Vivimos los mismos temores y las mismas incertidumbres, las mismas aspiraciones y las mismas esperanzas con respecto al rostro que habrá de adoptar la humanidad de mañana. Pero pretendemos, en la juventud ardiente de nuestra fe, que allí donde el hombre es maltratado, pisoteado, disminuido, no reconocido, crucificado... allí donde la paz es escarnecida, allí se está atentando contra la única imagen que el propio Dios ha dado de sí mismo. Es preciso tener una gran lucidez crítica para esforzarse en contemplar el mundo en el misterio de Cristo, mal que les pese a aquellos de nosotros que sienten la tentación de sucumbir al miedo y de replegarse en el «ghetto» del pequeño y fiel rebaño, condenando a aquellos otros cristianos que se esfuerzan por encarnar el Evangelio en la realidad concreta de nuestra cultura. En eso consiste la vocación de la Iglesia: en escrutar nuestros tiempos para ver en ellos el advenimiento de la Esperanza.

*

**Dios y Padre nuestro y de todos los hombres,
que nos has llamado a una única esperanza,
derrama sobre nosotros tu Espíritu
para que ilumine nuestra inteligencia
y poder discernir los signos de tu Reino;
que El encienda nuestro corazón
para que construyamos hoy la paz
ofrecida en Jesucristo para siempre.**

**

**Padre santo,
¡santificado sea tu Nombre!
Bendito seas por la fidelidad de tu Iglesia,
a la que diste a tu Hijo
y a la que tu Espíritu conserva en nuestros días.**

**¡Bendito seas por habernos iniciado
en la revelación de tu nombre!
Y ya que nos haces esforzarnos
en mantener la unidad en el Espíritu
con el vínculo de la paz,
haz que nuestra unánime alabanza
se eleve hacia Ti, Padre,
que nos llamas a formar un solo cuerpo.
Que, unida a la de cuantos nos han precedido en la fe,
sea dicha alabanza el himno del universo
que te bendiga por tanto amor,
himno de aclamación
y de acción de gracias.**

LA IGLESIA DE LA PACIENCIA

Efesios 4,7-16. Pablo prosigue su discurso sobre la edificación del cuerpo de Cristo con dos afirmaciones importantes: por una parte, insiste en la iniciativa de Cristo; por otra, subraya la responsabilidad de los fieles.

La iniciativa de Cristo se pone de relieve por medio de una exégesis del salmo 67,19. Algunos «targums» aplican este versículo a Moisés en su subida al Sinaí. El apóstol lo aplica a la exaltación pascual de Cristo: entronizado a la diestra del Padre, el Resucitado da el Espíritu (el Pentecostés judío celebraba el don de la Ley). De hecho, en vez de mencionar el don del Espíritu, Pablo enumera los diferentes ministerios dados por Cristo a la Iglesia con vistas a su edificación. Con vistas al Hombre perfecto.

En segundo lugar, el apóstol subraya la responsabilidad de los cristianos en este crecimiento. Cristo dio los diversos carismas «para el perfeccionamiento de los fieles, en función de su ministerio, y para la edificación del Cuerpo de Cristo». Y más adelante: «...bien ajustado y unido a través de todo el complejo de junturas que lo nutren, actuando a la medida de cada parte, se procura el crecimiento del cuerpo». Así pues, cada uno en su lugar, los cristianos han de ofrecer su aportación a la construcción de la Iglesia. En relación con las epístolas anteriores, se ha producido una verdadera revolución en el pensamiento del apóstol; en efecto, el tema de la espera del retorno de Cristo ha dado paso al de la construcción de su cuerpo, que es la Iglesia.

El salmo 121 pertenece a los cánticos de subida a Jerusalén y sirve para expresar la marcha de los pueblos hacia la nueva Jerusalén.

Lucas 13,1-9: véase p. 139.

**

«Aquellos dieciocho que murieron aplastados por la torre de Siloé, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? ¿Pensáis que esos galileos (matados por los soldados de Pilato en el templo) eran más pecadores que los demás galileos porque acabaron así?» Las lenguas no se callan, la gente pregunta, algunos se las dan de enterados. Casi se diría que ha sido el cielo el que cayó sobre sus cabezas, porque no hay humo sin fuego; y si esas gentes quedaron descalabradas o si aquellos galileos sufrieron aquella matanza, es porque en su vida debía haber algo turbio. Las personas virtuosas os dirán incluso que Dios ha hecho bien en castigarlos.

Es más sano para la religión venerar a un Dios-policía o a un Dios-juez que constatar el carácter terroríficamente absurdo de la desgracia que hiere ciegamente.

Creéis que esas víctimas de los incidentes de Galilea y de Jerusalén eran más culpables que vosotros? «Os digo que no. Y, si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera». ¿Creéis que podéis dormir tranquilos pensando que, si os habéis salvado vosotros, es que estáis sin pecado? Os aseguro que no: ¡los amenazados y los pecadores sois todos vosotros! Creáis que Dios juzgaba a los otros, y ahora ¡sois vosotros mismos los juzgados!

¿Estaremos, pues, abandonados a la verdad de nuestro ser, condenados y privados de nuestra tranquila y buena conciencia? «Jesús les dijo esta parábola...» El juicio que Dios pronuncia es un juicio de gracia, una sentencia favorable al hombre. Entonces, ¿quién es Dios? ¡Un hortelano que intercede en favor de una higuera estéril! ¡Quizá dé fruto el año que viene! Al pueblo de Israel, viña amada de Dios, pero que sólo da abrojos, a cualquier hombre que no dé frutos, Jesús le anuncia la paciencia de Dios. ¿Quién es Dios? No un juez ni un policía, sino el Dios santo que revela al hombre su miseria profunda, sin aplastarlo por ello; un Dios de ternura y de perdón, de misericordia y de amor infinito.

«A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo... realizando así el crecimiento del Cuerpo (de Cristo) para su edificación en el amor». La Iglesia no tendrá jamás otra misión más que la de dar testimonio de la paciencia de Dios: frente a la esclerosis de los hombres, Dios no tiene más actitud que el amor perseverante, que es el único antídoto contra el escándalo del sufrimiento y del carácter absurdo del mal, el único medio contra la desesperación.

**

¿Qué sería de nosotros si no fuéramos obra tuya?
¿Cómo viviríamos
si Tú nos abandonases
a nuestro pecado y a nuestra desesperación?
Dios de paciencia infinita,
no te canses de repetirnos
tu amor y tu misericordia:
por tu gracia, llegaré sin duda el día
en que confesemos tu nombre en la fe:
llegaré sin duda el tiempo
en que vivamos para Ti por los siglos sin fin.

LA CREACION DEL DIA SEPTIMO

Efesios 4,32 — 5,8. *La exhortación de la segunda parte de la carta a los Efesios hace alusión a algunos temas tradicionales de la catequesis bautismal primitiva. Se habla, por ejemplo, del vestido que uno se quita o se pone (vv. 22-25), así como del tema de la imitación de Dios o del contraste entre las tinieblas y la luz.*

Este contraste es característico de la teología de Qumrán; en cambio, la importancia que se le da al bautismo es típicamente paulina. La meditación de Efesios sobre la Iglesia tenía que llevar necesariamente a insistir en el bautismo como momento decisivo de la participación de los cristianos en la edificación del Reino.

Por otra parte, algunos datos, como estas ideas qumránianas, llevan a los eruditos a proponer para la epístola una fecha más tardía que la que se atribuye generalmente al conjunto de las cartas paulinas. Sin embargo, no cabe dudar de que, aunque sea típica de la generación post-apostólica, la carta a los Efesios procede de un ambiente fuertemente impregnado del pensamiento del apóstol.

El contraste entre la suerte de los justos y la de los impíos, característico del salmo 1, responde perfectamente a los temas de la catequesis primitiva.

Lucas 13,10-17: véase p. 143.

*
**

«Seis días tenéis para trabajar; venid esos días a que os curen, y no los sábados». Al final de la primera semana del mundo, Dios descansó y, tras seis días de trabajo, exclamó: «¡Todo esto es bueno!». Dios había admirado la obra de sus manos: un hombre formado de barro y de espíritu, libre y colmado, obra maestra de la creación. Israel no dejará de recordarlo y consagrará el día séptimo a la acción de gracias por tantas maravillas.

Jesús curaba a los enfermos en sábado: ¿cómo no iba a ser el día consagrado a Dios un día de liberación? ¿Cómo cantar las maravillas de Dios sin inclinarse hacia aquella mujer, hacia la humanidad doliente? Y Jesús repite los gestos de la creación, se inclina sobre la pobre mujer y le impone sus manos, lo mismo que Dios se había inclinado sobre Adán sin vida para infundirle su espíritu. Jesús rehabilita a la mujer, y el ser humano resucita en su belleza primigenia. «Toda la gente se alegraba de los milagros que hacía»: un sábado nuevo que estalla en acción de gracias.

«Antes sí erais tinieblas»: en los primeros días del universo, Dios había separado la luz de las tinieblas; en el primer día de la semana nueva, la Luz estallará en la fiesta pascual: las tinieblas no pudieron retenerla en la noche del sepulcro. «Pero ahora sois luz en el Señor»: hemos vuelto a los orígenes, y Jesús resucitado inaugura una creación nueva. «Vivid como hijos de la luz»: los cristianos no tendrán más tarea que la de manifestar lo que ya son. Tienen que hacerse, por gracia, lo que ya son por carácter. La Iglesia no tendrá nada que hacer en este mundo más que vivir lo que le ha sido dado. La historia del mundo será la paciente encarnación de la creación anunciada aquel sábado en que una mujer se puso en pie, libre y satisfecha.

*
**

**En el alba del mundo, Dios y creador nuestro,
hiciste aparecer la luz
y el sol para calentar la tierra:
¡bendito seas por la obra salida de tus manos,
amasada de amor y de cariño!**

**El primer día de la semana
resucitaste a tu Hijo,
luz nacido de la luz,
sol que se levanta sobre los que yacen
en la sombra de la muerte:
¡bendito seas por el mundo nuevo
liberado de toda esclavitud!**

**Cada día, Padre de bondad,
haces brillar sobre nosotros la victoria del Resucitado
y nos hacemos hijos de la luz.
Permítenos ser fieles a esta vocación:
haznos vivir como hijos del día
hasta el día en que seamos trasfigurados
por la eternidad de los siglos.**

*
**

**Por esta eucaristía,
pan de nuestra tierra, trasfigurado por tu gracia,
la resurrección de tu Hijo,
Dios de luz y de vida,
germina ya en nosotros.
Que nada impida su crecimiento hasta el día
en que nos veamos bañados de tu luz
por toda la eternidad.**

LA PARABOLA DEL AMOR

Efesios 5,21-33. *Este pasaje, hoy bastante denigrado (muchos prefieren leer en las ceremonias litúrgicas del matrimonio «El Profeta» de K. Gibran), es, sin embargo, uno de los mejores textos sobre la Iglesia y el matrimonio cristiano. Partiendo de una situación concreta, común en aquella época —la autoridad incondicional del padre de familia—, Pablo renueva profundamente la visión de la pareja humana. Para él, esta autoridad es, ante todo, una autoridad de servicio: el marido tiene que amar a su mujer como a su propio cuerpo, un cuerpo al que da alimento y presta atención, como lo hace Cristo con la Iglesia.*

La unión del hombre y la mujer, unión hecha de ternura y de amor, es el sacramento de la unión de Cristo y la Iglesia. Ya el profeta Oseas había visto en el sentimiento tan profundo que tenía por su mujer, a pesar de su infidelidad, un reflejo del amor de Dios a la humanidad; así el matrimonio, con sus alegrías y sus penas, con su parte de traiciones y de perdones, estaba destinado a convertirse en el símbolo más puro de la alianza eterna que Dios había establecido con los hombres.

Vuelto por completo hacia el misterio de la cruz, Pablo medita en la Iglesia. La Iglesia ha nacido del sacrificio supremo de Cristo, de su exceso de amor. En efecto, no han sido los amigos los que han conducido hasta Cristo a la Iglesia bañada y engalanada, según la costumbre oriental, sino que ha sido el propio Cristo quien ha lavado a su esposa en el baño del bautismo para presentársela a sí mismo «sin arruga ni nada semejante». La esposa de la juventud...

La imagen del creyente en el seno de su familia ha llevado a elegir el salmo 127; pero ¿era éste el más apto para prolongar la meditación de la carta a los Efesios? De suyo, es un salmo de felicitación, que servía de prontuario a los sacerdotes encargados de acoger a los peregrinos.

Lucas 13,18-21: véase p. 145.

*
**

No me gustan ciertas maneras de poner en paralelismo el amor humano y el amor que tenemos a Dios. Para lograr tan atrevida operación, se deforma a la vez el amor humano y el amor a Dios.

En efecto, muchas veces se habla de los amores humanos de un modo idílico y excelso que tiene muy poco que ver con las vicisitudes de la vida amorosa y conyugal de cada día. No se dice ni una sola palabra de las

frustraciones, las limitaciones, las decepciones y la ausencia radical del prójimo en el seno mismo del amor. También se nos dice que el amor remite a Dios, pero ¿no es verdad que la experiencia y los avatares de cada día nos muestran una realidad bastante más ambigua, a saber, que el amor, bueno o malo, subsiste por sí mismo?

Hemos de tomar otro camino: «Mujeres, amad a vuestros maridos; maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia». El amor de Dios ilumina el amor de los hombres; no vamos del amor humano a Dios, sino de Dios al amor humano. La parábola de los amores humanos es el amor de Dios. «Amaos como yo os he amado». Poder extraordinario el de ese «como», que pone al hombre en sintonía con lo que hace vivir a Dios: el hombre es capaz de Dios. Si el matrimonio es sacramento de Dios, se debe, sin duda, a que, grávido de la ternura y del compromiso social que evoca, expresa de algún modo la ternura y la fidelidad de Dios. Y quizá, sobre todo, porque establece el amor de Dios como el proyecto que llevará toda una vida realizar. «Amad como»: la regla del amor es Dios mismo.

«¿A qué compararé el reino de Dios?»... El grano de mostaza es el más pequeño de todos, pero se convertirá en un árbol en el que las aves podrán hacer sus nidos. Dios ha sembrado suficiente amor para que seamos capaces de El. El matrimonio es sacramento de la Iglesia: expresa de algún modo los desposorios de Cristo con aquella que Dios le ha dado como Cuerpo suyo. Amor indefectible que perdona y que salva; nuestros pobres amores humanos no son más que su imagen lejana, pero en medio de la ambigüedad de nuestro mundo permiten ya vislumbrar la fecundidad de la promesa. «El Reino es semejante a la levadura...»

*
**

**Dios, fuente de todo amor,
te damos gracias**

**por tu Iglesia, bella y santa,
por tu alianza con ella
en Jesús, su Esposo, su Salvador.**

El se lo dio todo:

**su corazón abierto en la cruz,
su sangre y su amor,
el pan, fermento del Reino,
y el vino nuevo de las bodas.**

**Padre que nos llamas a crecer en el amor,
pon en nosotros el Espíritu de tu Amado
y seremos su Cuerpo en este mundo;
derrama sobre nosotros tu misericordia
y tu Cristo te presentará a su Esposa
resplandeciente, sin mancha ni arruga.**

**Dios y Padre nuestro,
bendice a tus hijos, y ellos te bendecirán sin fin.**

NO HAY PRIVILEGIO QUE VALGA

Efesios 6,1-9. *Los preceptos que aquí se enumeran eran corrientes en la moral popular de la época, pero, al hacer continuamente referencia a Cristo, Pablo los modifica profundamente, llamando la atención sobre el hecho de que la pertenencia a la Iglesia debe transformar las relaciones entre los hombres. Lo más interesante (como en Col 3) es la noción de reciprocidad de las obligaciones entre los miembros más fuertes de la comunidad (los padres, los amos, como anteriormente los esposos) y los más débiles (los hijos, los esclavos, las esposas). Pablo no se contenta con predicar la obediencia a los hijos y a los esclavos, sino que exige de los padres y de los amos la paciencia, así como el abandono de la amenaza y de la fuerza.*

El salmo 144 canta una humanidad nueva en Cristo para gloria de Dios Padre.

Lucas 13,22-30: véase p. 148.

*
**

«Señor, ¿serán pocos los que se salven?» ¡Hipócritas! Desde el momento en que vosotros y los vuestros estáis a salvo, ¿qué os importan los demás? Recurrís de buena gana a la contabilidad espiritual, a la tradición que tranquiliza, a la educación recibida, a la pertenencia que salva... Evidentemente, os escandalizaréis cuando los no creyentes, los pecadores y los extraños entren en el Reino. «Señor, ¿serán pocos los que se salven?». Vosotros creéis estar salvados, porque podéis decirme: «Hemos comido y bebido contigo; hemos comulgado tantas veces...» Pues bien, yo os digo: «No sé quiénes sois».

«Esforzaos en entrar por la puerta estrecha». No se trata de presentarse con certificados de buena conducta. Para entrar en el Reino no hay privilegio que valga. No hay más que una condición: pasar por la puerta. Y esa puerta se llama Jesús. Ese es el verdadero salvoconducto: un hombre, no una teoría; un amor, no un sistema.

«Yo soy la puerta». Y la puerta no da a un recinto reservado a unos pocos, a la propiedad privada de unos cuantos privilegiados, al coto cerrado de algunos justos. Jesús abre al mundo de Dios y al mundo del hombre. La puerta abre a los campos que verdean y al aire libre. Del horizonte llegan caravanas extranjeras, y cada uno oye proclamar en su lengua la Buena

Nueva de su liberación. «Yo soy la puerta», dice Jesús, y hago saltar las murallas del miedo, de la culpabilidad y de la estrechez. Dios está fuera de las murallas: lo demostrará el día en que sea crucificado a las puertas de la ciudad, fuera de las murallas.

«Yo soy la puerta». La palabra de Jesús derriba los muros. La puerta es el lugar por donde se pasa y en donde se reúne la gente. El que pasa por ella se une a una comunidad en la que los lazos internos de conocimiento, de amor y de generosidad son más fuertes que las constricciones y los preceptos. Todo un pueblo se agolpa en la sala del festín. Innumerables, inesperados, los hombres pasan por la puerta. Pobres, desvalidos, desnudos. Pero el Amo los viste con la ropa de misericordia y, detrás de la puerta cerrada, se lamentan todos los que se habían parapetado en sus derechos, envueltos en el manto ridículo de su cicatera justicia.

«Yo soy la puerta». Y la puerta es un filtro para el camello y para el rico autosuficiente. Puerta exigente que conduce al camino escarpado de la cruz. Jesús camina hacia Jerusalén. La ciudad está en el horizonte; será para El la ciudad de la prisión, de la tortura, de la muerte. ¡Ay de los que no lo hayan dejado todo por el Evangelio! Cuando el amor es reconocido, es cada vez más exigente. La puerta abre hacia un camino de cruz.

Jerusalén está en el horizonte. Los hombres, basándose en su ley, creerán conservar la llave del Reino silenciando a quien viene a abrir la ciudad a todos los desamparados. Pero Dios mismo ha abierto la tumba sellada. El día del pecado, Dios puso a dos ángeles para que guardasen el paraíso perdido. Ahora, Dios mismo se convierte en la puerta y en el camino de paso: para los que siguen los pasos de Cristo, la puerta estrecha se ha convertido en umbral del Reino.

*
**

**Dios y Padre nuestro,
ven a abrir nuestras puertas selladas.
Haz saltar nuestras certezas
y denuncia nuestras falsas justicias.
Penétranos con el sople de tu Espíritu,
y que tu Hijo sea la brecha
que nos saque de nuestros atoladeros,
la puerta que abra a la libertad y a la vida.**

*
**

**¡Bendito seas, Jesucristo, puerta del cielo!
¡Dichoso el que camina hacia Ti
y persevera en tu amor!
Ya que hemos comulgado en tu Cuerpo entregado,
concédenos seguirte
adonde Tú nos llevas.**

¡EL AÑO QUE VIENE EN JERUSALEN!

Efesios 6,10-20. *Conviene que volvamos sobre el significado de esas «fuerzas invisibles», los poderes de las tinieblas y los espíritus del mal que dominan en el mundo. La realidad representada por esas fuerzas descansa en una visión del mundo inspirada por la gnosis. La gnosis designa un movimiento especulativo que alcanzó su apogeo hacia el siglo II antes de Jesucristo y que estaba extendido tanto por el mundo pagano como por el judío (por ejemplo, en Qumrân). Lo que caracteriza a este pensamiento es la idea de un gobierno dualista del mundo creado, que está dividido por el antagonismo que enfrenta al Dios bueno con los espíritus malos. En efecto, los gnósticos decían que la materia, esencialmente mala, no podía haber sido creada por Dios; había sido creada (y seguía siendo gobernada) por algunas potencias intermedias que, por lo general, se localizaban en los astros. Las epístolas paulinas aluden también con frecuencia a los ángeles, cuyo papel habría sido determinante, sobre todo en la conclusión de la antigua Alianza y, por tanto, en el don de la ley divina a los hombres. Según el pensamiento gnóstico, estas potencias eran consideradas generalmente como hostiles al hombre.*

Por eso Pablo se empeña sistemáticamente en hacer valer la supremacía de Cristo sobre estas fuerzas invisibles (cf. Ef 1,20-23). Vista en esta perspectiva, la redención aparece como la liberación de lo creado respecto de la esclavitud en que lo mantenían esas fuerzas. En la carta a los Efesios, la exhortación termina con una llamada a la lucha que recuerda el tema —tan familiar en Qumrân— del combate entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas. Pero, de hecho, esta llamada a la lucha armada es muy amplia; designa tanto a la resistencia contra los judaizantes, que querían someter a los paganos a las normas de la ley mosaica (cf. Gálatas), como a la resistencia contra el desenfreno moral, muy extendido en el mundo pagano.

El samo 143 combina varios versículos de origen diferente. Los que aquí se recogen, inspirados en una acción de gracias del rey, invitan a reconocer la seguridad y la fuerza que Yahvé representa para sus fieles.

Lucas 13,31-35: véase p. 151.

*

**

«Márchate de aquí». Y Jesús se marchará..., pero a Jerusalén.

«El año que viene en Jerusalén». El pueblo ponía su esperanza en la ciudad santa. «Que se seque mi diestra, que mi lengua se me pegue al paladar, si me olvido de ti, Jerusalén». El Templo, al sur de la ciudad, manifestaba

la presencia de Dios y la fidelidad de su alianza. Los profetas, para autentificar su mensaje, tenían que pronunciarlo en Jerusalén.

«El año que viene en Jerusalén». Jesús había cantado los salmos de subida que entonaba un pueblo impaciente en las grandes fiestas de peregrinación. Habría vuelto sus ojos hacia la «novia de Dios»; ¡cuántas veces había dicho: «Es menester que subamos a Jerusalén»...! Es menester... Era una necesidad de obediencia. Tenía que subir a Jerusalén para que se manifestase de veras la gloria de Dios que habitaba en el templo. Había tomado su decisión ya en los primeros días de su misión en Galilea. «¡Nadie es profeta en su tierra!»

«¡A Jerusalén!» Jesús comprendía que allí quedaría sellado su destino. Al final del camino se perfilaba ya la muerte. No sólo porque él ponía en tela de juicio los conformismos, las autoridades y los falsos absolutos, sino también porque el destino de los profetas siempre había desembocado en la sangre. Se elevaban tumbas a los profetas para expiar su eliminación homicida: era la mejor manera de preservarse de su palabra de fuego. Jesús se había presentado varias veces como el último de esos hombres de Dios, cuyo martirio parecía ir jalando, siglo tras siglo, la historia sagrada: después de Juan Bautista, también él se sabía destinado a una muerte sangrienta en la ciudad de Dios.

«¡A Jerusalén!» Jesús se irá, proseguirá su marcha y continuará abriendo un camino nuevo para los que tomen su cruz y le sigan. En Jerusalén será asesinado el profeta, pero Dios lo rehabilitará. El templo destruido será reedificado en tres días. Y Jerusalén, donde los Ancianos situaban el punto de unión entre el cielo y la tierra, se convertirá en símbolo de resurrección. «Vi la Ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo» (Ap 21,2).

«¡A Jerusalén!» La Iglesia volverá su corazón hacia el lugar de su nacimiento. Ciudad del misterio pascual, pues hay que pasar por la muerte para llegar al mundo nuevo. El tiempo de la Iglesia será el tiempo de la prueba y del combate: tendrá que «ponerse» las armas de Dios para poder resistir. Pero será también el tiempo del alumbramiento en la fe de la resurrección: en el horizonte, Jerusalén, nimbada por el sol, ciudad eterna, no deja de llamar.

«¡A Jerusalén!» Hay que emprender de nuevo el camino. «No podemos construir si no es adosados a la muerte; no podemos construir si no es apoyados en el mañana» (André Chédid).

*

**

**Padre, llega la hora de glorificar a tu Hijo:
El camina hacia la cruz y hacia la mañana de Pascua.
Llámanos a seguir al Profeta de tu Reino,
revístenos con su fuerza
y volveremos a emprender el camino
que conduce al mundo nuevo.**

SERVIDORES DE LA GRACIA

¿Qué es lo que quiso Jesús? Para quien lee el Evangelio, la respuesta es clara: Jesús vino a defender la causa del hombre y a tomar partido por Dios. Que suceda lo que Dios quiere: ése es el mensaje que anuncia la llegada del Reino. «¡Hágase tu voluntad!»

Hacer la voluntad de Dios es connaturalizarse con esta palabra que es gracia. Es ponerse a seguir a aquel que se humilla para ser ensalzado en la gloria de la cruz. Y si el camino exige un determinado comportamiento, es porque ha sido trazado por alguien. La liberalidad, el don y la gracia preceden a la norma, a la ética, a la exigencia, al precepto. Todos han sido llamados, a todos se les ha ofrecido la salvación, sin ninguna exigencia previa. Las mismas exhortaciones son consecuencia del amor al Reino de Dios.

Ser servidor de semejante Reino significa aceptar su dinámica. El camino se hace marcha y promesa. Pensadlo bien, antes de poneros a construir una torre, pero no olvidéis que, «si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los albañiles».

Entrar en este Reino de gracia es, en definitiva, dejarse llevar por la Palabra que lo instaura. Dios lo exige todo: porque es amor, quiere el corazón del hombre. No quiere solamente buenos frutos, sino también un árbol bueno.

¡Quiera Dios que la gracia sea lo suficientemente poderosa en nosotros para que ocurra lo imposible: que surjan árboles en el mar, que haya administradores tan audaces que se arriesguen a tomar las debidas decisiones, que haya hombres y mujeres que se atrevan a creer en la misericordia gratuita de Dios!

**

Es bueno bendecirte, Señor,
en todo tiempo;
pero más aún en este día
en que tu Hijo viene a reanimar nuestro ardor
para emprender su seguimiento.
En su pasión por hacer tu voluntad,
manifestará tu gracia y tu amor,
hasta dar su vida como rescate por muchos.

Elevado junto a Ti en la gloria,
él da a la Iglesia el Espíritu de fuerza y libertad
que nos envía a anunciar la llegada de tu Reino.
Por eso, Dios, esperanza nuestra, te alabamos
con todos los que han sido engendrados por tu misericordia.

EN SEGUIDA

Filipenses 1,1-11. *Junto con la carta a Filemón, la carta a los Filipenses es una de las más cordiales que Pablo haya escrito a una comunidad. Aunque todavía quedan algunos puntos oscuros al respecto, la mayor parte de los comentaristas no la ponen entre las epístolas de la cautividad. En efecto, si Pablo está realmente en prisión en el momento de dictar la carta, no se trata de la cautividad romana, sino probablemente de su encarcelamiento en Efeso. La carta sería, pues, del año 57 d.C.*

Se ha reprochado a esta carta su falta de cohesión. Es verdad que en ella la reflexión no sigue una línea tan continua como en las otras cartas, tal vez por haber sido redactada en varias etapas o por estar formada por perícopas independientes entre sí; pero, de hecho, la cohesión está asegurada por el retorno continuo de ciertos temas privilegiados, como el de la alegría, presente a lo largo de todo este escrito.

Ya desde el comienzo de la carta comprendemos que los cristianos de Filipos eran especialmente queridos por Pablo. Desde su conversión, escribe, no han dejado de ayudar a Pablo (es incluso la única comunidad de la que el apóstol acepta alguna ayuda).

Pablo comienza dando gracias por la fidelidad divina: Dios llevará a su culminación la obra tan bien comenzada en Filipos. Del modo más natural, la acción de gracias forma parte del designio de Dios: que el amor que demuestran los Filipenses aumente su clarividencia y su sensibilidad, para que puedan cumplir siempre lo que agrada a Dios y, de este modo, ser justificados por Jesucristo en el día del juicio.

El salmo 110, es un salmo alfabético, prolonga la acción de gracias de Pablo.

Lucas 14,1-6: véase p. 157.

**

Es sábado. Jesús está invitado en casa de un dirigente fariseo y, como de costumbre, va a denunciar una vez más las prácticas de esos hombres que parecen tan religiosos. Porque, más que quejarse de algunos detalles, se trata de denunciar lo que se oculta detrás de ellos. ¿Es lo central de la religión el determinar exactamente lo que está permitido y lo que está prohibido, el realizar una sutil mezcla de derechos y deberes? «Si a uno de vosotros se le cae al pozo el burro o el buey, ¿no lo saca en seguida aunque

sea sábado?» Jesús vuelve a centrar la relación con Dios en su verdadera naturaleza: el amor.

Ya al comienzo del cristianismo Orígenes había escrito: «¡Es peligroso hablar de Dios!» Jesús vivió este peligro en su carne: se dirige a Jerusalén, donde mañana morirá por haber hablado de Dios de un modo distinto. «¡Es peligroso hablar de Dios!» Sí, porque Dios no es la austeridad pura pero vacía de la idea, ni el prestigio ilusorio del ídolo; es una presencia desarmante, porque es una presencia desarmada: la del amor. «Si a uno de vosotros se le cae al pozo el burro o el buey, ¿no lo saca en seguida?» Jesús se inclina ante el hombre enfermo de hidropesía. Hay en el profeta de Nazaret una especie de fuerza irrefrenable que, en contacto con el sufrimiento, provoca su gesto salvador. Ante él está la miseria, y él no puede permitir que siga estándolo por más tiempo. Jesús sana y lleva consigo una revelación: él es el testigo de un secreto que sólo él conoce: el Reino que viene es la misericordia de Dios.

*
**

**Un pobre ha gritado,
y en seguida se levanta Jesús a curarlo:
el Reino es gracia,
porque Dios tiene corazón.**

**Por los enfermos, los débiles y los que están solos,
por los que viven duramente cada día,
pidamos al Señor de los pobres.**

**Por los humillados sin voz,
por los que están aplastados
por una ley que debería defenderlos,
por los que son víctimas del orden establecido,
pidamos al Dios de las misericordias.**

**Por todos los hijos perdidos, por los pobres en virtud,
por aquellos a los que nadie tiende
una mano compasiva y fraterna,
pidamos al Señor de la ternura.**

**Dios y Padre nuestro,
sálvanos de la estrechez de nuestros razonamientos
y haz que nuestra fe se torne amor solícito.**

Sábado de la trigésima semana

EL ULTIMO PUESTO

Filipenses 1,18b-26. *Este texto es un testimonio del absoluto desinterés de Pablo. El apóstol recuerda las preocupaciones que le causa la envidia de algunos predicadores: «Aumentan la tribulación de mis cadenas», escribe.*

Pero ¿qué importan todas esas rivalidades si, a pesar de todo, se anuncia el Evangelio? Esa es la misión a la que Pablo ha consagrado su vida. La tarea es urgente, y el apóstol indica que la antepone a todas las demás. Incluso sus deseos más personales y más vivos (el texto griego habla de «ambición») tienen que callarse ante ella. Como Cristo, el apóstol lo da todo; por eso se sabe asociado al misterio de su Maestro para lo mejor y para lo peor. En el sufrimiento y en el gozo, en la muerte y en la vida.

La lamentación del salmo 41 traduce el deseo profundo de Pablo. Lo mismo que busca la fuente la cierva sedienta, también el salmista está ávido de encontrar a su Señor.

Lucas 14,1.7-11: véase p. 159.

*
**

Era sábado, día de fiesta. A los judíos les gustaba solemnizar ese día de Dios con un banquete al que invitaban a parientes, amigos y conocidos. Aquel sábado, en casa del jefe de los fariseos, había una atracción excepcional: el joven profeta de Nazaret del que todos hablaban. Antes de que terminara la comida, contaría seguramente una de las parábolas que brotaban con frecuencia de sus labios.

«Cuando te conviden a una boda...» Que nadie se llame a engaño: Jesús habla del mundo de Dios y del género de vida que implica su irrupción. «No te sientes en el puesto principal...» No se trata solamente de criticar el orgullo de los fariseos en nombre de las reglas de urbanidad; no se trata de predicar la modestia. Jesús interviene porque Dios «derriba a los poderosos y levanta a los humildes». El anfitrión le dirá al que se sentó en el último puesto de la mesa: «Amigo, sube más arriba».

Muy pronto, Jesús se pondrá en el último puesto de la mesa y se arrodillará a los pies de sus discípulos. Inversión del orden de las cosas, revolución del Reino. Dios revela lo que es por medio de lo que hace. Viendo a Jesús a los pies de sus discípulos, veo a Dios mismo, eternamente, misteriosamente «Servidor». ¡Desconcertante revelación: Dios, nuestro Dios, el

EL REINADO DE LA HUMILDAD

Dios de Jesús, es un Dios en delantal! Zaqueo, María Magdalena y el ladrón se sentarán en la mesa de Bodas; el pecador y los marginados celebrarán la fiesta. Pedro, que negará al Maestro, y los discípulos, que lo abandonarán, podrán sentarse de nuevo a la mesa en que el Resucitado partirá su pan... Todos proclamarán la noticia insensata: Dios ha ocupado el último lugar.

Dios en delantal... Jesús no finge privilegiar a los pequeños y a los pobres en virtud. Dios no ama por condescendencia. Dios es infinitamente rico. Pero rico en amor, no en tener ni en ser poseído como un tener. En amor, la riqueza y la pobreza son sinónimos. Dios es soberanamente libre. Pero libre para amar y para llegar hasta el fondo del amor. El amor llevado hasta el fin es la renuncia a la independencia. Dios es inmensamente poderoso. Pero su grandeza consiste en poder todo lo que puede el amor, hasta llegar a vincularse a una mirada.

Dios en delantal... Si no fuera así, ¿cómo podríamos decir con Pablo: «Para mí vivir es Cristo»? No basta con decir que Dios es padre, porque, de hecho hemos aprendido que puede resultar insoportable ser hijos. Hay que decir además que Dios es Padre de este Hijo, que, para manifestar la paternidad de quien lo había engendrado, se arrodilla ante sus discípulos. Jesús revela a un Dios «en delantal», y vivir, para nosotros, es aceptar ser hijos, esto es, aceptar recibir, depender y sentirnos dichosos con esta gracia.

«El que se humille será ensalzado». Muy pronto habrá de vivir Jesús esta parábola, y la promesa se hará realidad: habiéndose rebajado hasta la muerte, el Servidor se verá elevado a la derecha de Dios. Por tanto, Dios es «al revés». Y el Reino pertenece a los que vivan de esta «locura».

*
**

**Señor, Dios nuestro,
Tú no cesas de sorprendernos:
fue preciso que tu Hijo ocupara el último lugar
para entrar en tu gloria.
Que tu Espíritu nos inicie en ese mundo nuevo
que Tú comienzas por medio de Jesús
en nuestro tiempo y para siempre.**

**No teníamos ningún derecho
a sentarnos en la mesa de la boda,
pero Tú nos has introducido, Dios Padre nuestro,
en tu propia casa.**

**Bendito seas por tu amor
que recrea la faz de la tierra:
no éramos nada y Tú haces de nosotros un Pueblo santo.
¡Que la fiesta a la que nos invitas no tenga nunca fin!**

Filipenses 2,1-4. *En Filipos, como en otros lugares, hay clanes y divisiones; por eso exhorta Pablo a sus lectores a mantener la unidad, una unidad profunda hecha de desinterés, de humildad y de preocupación por los demás. Evidentemente, hay que leer este pasaje en la perspectiva de los versículos siguientes, que ponen a los cristianos ante su modelo vivo, Cristo Jesús.*

El salmo 130, destinado al uso privado, pertenece al género de las lamentaciones. Adelantándose a los reproches de Yahvé, el salmista protesta de la pureza de su vida.

Lucas 14,12-14: véase p. 161.

*
**

«El que se ensalce será humillado, y el que se humille será enaltecido»... Podemos imaginar el pesado silencio en torno a la mesa que se había convertido en pretexto para semejante revelación. Jesús prosigue: «Cuando des una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos...», es decir, a todos los que estaban allí invitados por el jefe de los fariseos. Así ocurre en el mundo: las invitaciones mutuas son la garantía de una sociedad en la que nadie le debe nada a nadie. «Cuando des un banquete, llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos», a los marginados de Israel. Una vez más, todo se vuelve del revés. La forma de actuar del Reino es todo lo contrario a la de nuestro mundo. Muy pronto, Jesús, el excluido, el condenado, se arrodillará a los pies de sus discípulos. Jesús había sido invitado un sábado. El, que sabe el sentido de las cosas, piensa en el Gran Sábado mesiánico, en el banquete del Reino.

«Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros». Jesús dará su testamento después de haberse vestido el delantal de servidor. ¡Dios en delantal! Un escándalo que resume por sí solo el inmenso fracaso del cristianismo cuando pretende sustituir el Evangelio por las buenas maneras de este mundo. Apenas hemos dicho nada sobre nuestro Dios cuando repetimos la eterna canción de cómo premia a los buenos y castiga a los malos: ¡eso también lo hacen los dioses de la moral! La resurrección, en la mañana del sábado nuevo, pondrá al mundo al revés y establecerá el reino de la humildad.

La humildad. Una virtud mal comprendida, con sabor a tierra, a *humus*, con sabor a verdad pacientemente elaborada. Sólo Dios puede practicarla

perfectamente: como es todopoderoso, inventa el perdón y el amor. Sólo el hombre que tiene corazón puede acceder al Reino. Cuando Dios nos reúne para el banquete de bodas de su Hijo, sólo El sabe lo que constituye nuestro parecido más profundo: todos nosotros llevamos en el rostro los rasgos de su Hijo. Y, gracias a este parecido, Dios puede ponernos a todos en el mismo rango y ponerse a lavarnos los pies. Decididamente, la Iglesia de Dios no tiene absolutamente nada que ver con el mundo.

*
**

**Nos hemos revestido del hombre nuevo:
en Jesucristo hemos sido hechos hijos de la luz;
que nuestra oración sea la invocación humilde
que nos convierta al modo de vivir del Reino.**

**Que los hombres ocupados en los asuntos del mundo
los manejen, como buenos administradores,
al servicio del hombre y de la vida.**

**Que los pobres encuentren a nuestro lado
lo necesario para vivir sin inquietud
en la dignidad a la que tienen derecho.**

**Que los problemas mundiales del desarrollo
no nos encuentren nunca indiferentes o resignados.**

**Que nuestra fe en Jesús,
que se entregó para manifestar el amor del Padre,
sea el apoyo de nuestra caridad:
que la felicidad de todos sea nuestra razón de vivir.**

**No permitas, Dios de amor,
que la palabra de tu Hijo sea estéril en nosotros;
que su llamada nos provoque a seguirle:
el camino por el que El nos lleva
conduce a la pasión,
pero también a la mañana de Pascua.**

*
**

**Cuando Tú nos invitas, Señor Dios nuestro,
lo haces tan delicadamente
que acabamos creyendo
que somos dignos de ello.**

**Ya que nos haces compartir
la mesa común que nos preparas,
danos la humildad
de los que se saben salvados por gracia,
y nuestra vida será el reflejo gozoso
en el que los hombres conocerán
con cuánto amor son eternamente amados.**

Martes de la trigésima primera semana

«NATURALIZACION»

Filipenses 2,5-11. *Para confirmar a los cristianos en la actitud altruista que acaba de recomendarles, Pablo recuerda el ejemplo del propio Cristo. Es sobre este trasfondo de exhortación moral como hay que leer el himno prepaolino que nos ofrece el apóstol, no sin antes haberlo modificado.*

El himno está construido sobre la antítesis fundamental del abajamiento voluntario de Cristo y de su exaltación por Dios. Pero —y esto refuerza la exhortación— hay que saber percibir que Cristo hizo manifiesto el ser de Dios a través de su comportamiento terreno. De hecho, El se despojó, no de su naturaleza divina, sino de la gloria que le correspondía naturalmente y que debería haberse reflejado en su humanidad. Es probable que Pablo pensase en la comparación, tantas veces repetida, entre Cristo, el nuevo Adán, y el primer hombre. Si éste se había presentado como un modelo de orgullo y rebeldía, a Jesús sólo le interesaba cumplir la voluntad de su Padre. Esta comparación tiene su punto de partida en la repetición de un término de Gn 1,27: el hombre es «la imagen» de Dios. Cristo, imagen de Dios, es «la figura visible que manifiesta su ser más profundo» (TOB).

Antes de seguir adelante, hemos de volver a la obediencia de Cristo, que pone directamente en tela de juicio la voluntad del Padre. Hay que repetir que el Padre no deseó, ni mucho menos, la muerte de su Hijo; fueron únicamente los acontecimientos los que condujeron a Jesús a la muerte infame en la cruz. Lo que quería el Padre era la salvación de la humanidad, y para asegurarla asumió Jesús todos los riesgos que suponía su predicación profética. De hecho, todos los riesgos de la encarnación.

El himno se presenta, además, como la relectura, aplicada al destino de Jesús, del cuarto canto del Siervo doliente (Is 52-53). Por haberse humillado, en lugar de reivindicar el derecho a ser tratado igual que Dios, Jesús fue elevado por encima de todo. Así pues, el himno de Filipenses aparece como la culminación de una reflexión que atraviesa la Biblia de parte a parte. Y refleja también el pensamiento de la Iglesia primitiva, que vio en el abajamiento del Hijo la condición de su glorificación.

Como si fuera una respuesta al himno, la liturgia cita el final del salmo 21, que a través de una lamentación (vv. 2-7) y de un himno (vv. 28-32) expresa la certeza que tienen los perseguidos de todos los tiempos de poder cantar algún día la alabanza del Dios fiel que los liberará de sus enemigos.

Lucas 14,15-24: véase p. 164.

Una página dictada por el corazón... No se trata de una discusión teológica ni de una recomendación moral: el Apóstol adopta un tono suplicante: «Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo». Hacedos de la raza de Cristo. ¡«Naturalizaos» en el Evangelio!

«El, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios». Adán había sido creado a imagen de Dios, pero había intentado hacerse igual a Dios, y ello había ocasionado su caída. Reflejo, también El, del ser de Dios, Cristo escogió en su vida terrena la humildad y la obediencia. Por eso recibió el nombre de Señor, que el Antiguo Testamento reservaba sólo para Dios. Lo que había querido arrebatar el primer Adán, Cristo lo recibió. Jesús cambió su condición divina por el estado de esclavo. Pero Dios consagró a su Siervo: hizo habitar en Cristo toda la plenitud y le atribuyó el Nombre que le corresponde a Dios.

«Naturalizaos» en el Evangelio... El cristiano tiene por regla el comportamiento de Jesús. El amor se hace servicio. Y la Iglesia, amasijo de cojos, de lisiados, de miserables y de mediocres, participa del abajamiento de su Maestro. Pero también sabe que debe su ser a la gracia y que ha sido hecha para la comunión con Dios. Cuando, en la humildad de la obediencia, intenta, cueste lo que cueste, tener las disposiciones del Hijo único, sabe que participa ya de la victoria pascual: conoce a Dios y sabe su Nombre, porque vive del Amor.

«Naturalizaos» en el Evangelio... Hemos de entrar en un país que no nos resulta familiar. Nuestro lugar de vivir eran las plazas y las calles de la ciudad, los senderos y los callejones sin salida. Cojos y ciegos, nos vemos ahora convidados a la mesa de bodas. Bodas de sangre, ya que el banquete que compartimos es el de la Cena de despedida del Siervo. El sacramento que celebramos es el de la hora en que, bajo la figura de un banquete, el Maestro se dio a sus discípulos en actitud de abandono confiado. Es la hora en que, con su muerte, Jesús acepta todo lo demás, todo lo que forma parte de la debilidad humana. «El, a pesar de su condición divina», y cuyo ser, a diferencia del nuestro, ignoraba esa complicidad congénita y misteriosa que nos impulsa hacia nuestra propia ruina, tomó a manos llenas la copa de su vida. Públicamente se entregó a Dios: la muerte fue vencida, y la copa compartida se convirtió en copa de la Alianza nueva, en sangre derramada para la redención de todos. La mesa que compartimos es ya la mesa del Reino, comunión con Aquel a quien toda lengua proclama Señor. «Naturalizaos» en el Evangelio... Invitados a la mesa eucarística, nos vemos introducidos en nuestra verdadera morada: Cristo nos ha «elevado», nos ha arrancado de nuestra mediocridad y nos ha educado en las costumbres del Reino.

*
**

**Te alabamos, Dios, cuyo Nombre lo supera todo:
Tú glorificaste a tu Siervo y lo constituiste Señor
para amar en nosotros lo que amabas en El.
Con su abajamiento, El nos ha elevado hasta Ti
y Tú nos has invitado a la Cena del Reino.
Que el nombre de Jesús sea bendito;
que su vida se haga vida nuestra
para que un día su gloria sea nuestra gloria.**

ABOCADOS A LA PASION

Filipenses 2,12-18. *Después de recordar el ejemplo de Cristo, Pablo vuelve a lo que es la tarea de los cristianos, que define a partir de la voluntad salvífica de Dios. Este, que está en el origen de todo movimiento, dota a los hombres de voluntad; les toca a ellos abrirse a la acción del Espíritu. Su tarea es doble: trabajar en su propia santificación y dar testimonio ante el mundo. De hecho, se trata de la misma acción; así se comprende mejor por qué la palabra «obediencia» empleada por Pablo es tan próxima a la palabra «fe». En efecto, se trata de una relación de confianza entre Dios y el hombre que debe desembocar en una obra común. La fundación de la Iglesia de los Filipenses es la parte de la obra que corresponde a Pablo, y si los cristianos de Filipos hacen lo que Pablo les pide, éste no habrá corrido en vano; de lo contrario, no vacilará en ofrecer su vida por ellos. De esta forma, la tarea de los cristianos, de la que el apostolado de Pablo es tan sólo una faceta, se inscribe en el «culto nuevo», el culto en espíritu.*

El actual salmo 26 se compone de dos poemas. El primero (vv. 1-6) es un canto de confianza que se puede poner en labios de un rey; el segundo (vv. 7-14) es una lamentación de la que la liturgia ha recogido esencialmente las expresiones de confianza.

Lucas 14,25-33: véase p. 167.

**

La llamada de Jesús es abrupta; pide a los hombres que arriesguen la vida por El con la prioridad más radical. Jesús tomó el camino de Jerusalén. En el horizonte se perfila ya la cruz. Irá hasta el final de su pasión. El que dijo: «Que vuestro sí sea sí, que vuestro no sea no» fue el primero en vivir su sí a la vocación recibida de Dios. No hay dos evangelios salidos de la boca de Jesús: por una parte una enseñanza «bonachona» muy humana, un tanto bohemia, nacida en horas de sonrisa y de indulgencia, y, por otra parte, una enseñanza rigorista, fanática, proclamada en horas de cólera y de exasperación. «El que no tome su cruz y venga en pos de mí, no puede ser discípulo mío».

«Tomar la cruz»... No se trata de una metáfora para designar las pruebas, los esfuerzos, el peso de la vida. Se trata del trozo de madera en el que los romanos clavaban a los condenados. Para Jesús, es la realidad misma de una vida entregada al amor sin condiciones. El que acepta voluntariamente seguir a Jesús acepta compartir su vida y su muerte.

«¿Quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero...?» Estamos abocados a todas las pasiones de Cristo, su pasión de

humanidad y su pasión de Dios, su pasión de amor y su pasión de entrega. Jesús grita la urgencia del Reino. Dice que está cerca, que es inminente esa realidad tan esperada: un mundo transformado por Dios.

«Si alguno quiere venir en pos de mí...» ¿Qué significa «seguir» hoy a Jesús? Algunos tienen respuestas inmediatas a esta cuestión, respuestas de propietarios de Cristo, como si utilizaran a Jesús para fijar y consagrar su manera de vivir. Otros están dispuestos a decir que esa pregunta no tiene mucho sentido, como si hubiéramos asimilado todo lo que había de asimilable en el mensaje de ese utópico y manso profeta de Nazaret... «Seguir a Jesús»: ¿no será dejar, más bien, que El venga a nosotros, siempre desconcertante, siempre inagotable? ¿No será aceptar que El venga a abrir una grieta en nuestro bienestar y en nuestras seguridades, nuestras teorías y nuestras prácticas?

«Este hombre empezó a construir y no ha sido capaz de acabar». Todo es posible para Dios cuando comienza a hablarnos. No hay que tener miedo de que la palabra de Dios llegue algún día a apagarse. En cada época de la Iglesia se han levantado hombres y mujeres que han dicho: «Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido» (Mc 10,28). Hermanos y hermanas, ¿aceptaréis dejaros llevar por el juego de la palabra de Jesús? «El que me quiera, que me siga», solemos decir. Os dejo con esta invitación, no solos con vosotros mismos, sino con el Espíritu de Jesús que habéis recibido.

**

**Tú nos llamas, Señor,
a seguir a tu Hijo
y a tomar con decisión el camino del Reino.**

**Te pedimos:
que liberes nuestros corazones con tu Espíritu
y nos hagas fijar la mirada en el objetivo final,
porque ha llegado el tiempo de la partida,
largo camino que sube
hasta la comunión eterna.**

**

**¡Es tan largo el camino que lleva hasta Ti...!
¡Sal, Señor, a nuestro encuentro:
sé Tú mismo nuestro camino!**

**¡Es tan exigente tu llamada a seguirte...!
¡Sal, Señor, a nuestro encuentro:
¡sé Tú mismo nuestra fuerza!**

**Es tan aleatoria la vida que construimos...!
¡Sal, Señor, a nuestro encuentro:
¡sé Tú mismo nuestro futuro!**

DIOS AL REVES

Filipenses 3,3-8. *Hay quienes consideran la advertencia contra los judaizantes (3,1-4,9) como extraña a la epístola, que sería el resultado de la fusión de una serie de pequeñas cartas independientes entre sí y dirigidas todas ellas a los Filipenses. Esta sección recoge tres amonestaciones que permiten al apóstol insistir en la justificación gratuita (vv. 2-11), en el deber de llevar una vida santa (vv. 12-16) y de aspirar a las cosas de arriba (vv. 17-21).*

A las pretensiones de los judaizantes opone Pablo, como los profetas del Antiguo Testamento, la circuncisión del corazón. El verdadero pueblo de Dios es aquel que le rinde culto en espíritu y pone su confianza en Cristo más que en los privilegios y méritos personales. En el plano de los méritos, Pablo tendría muchos títulos que exhibir y no menores, como el de pertenecer a una de las tribus más veneradas, la de Benjamín, que dio a Israel su primer rey. Pero, comparados con Cristo, estos privilegios son basura.

El salmo 104 tiene una estructura himnica. Invita a las tribus a cantar incesantemente las maravillas de Dios.

Lucas 15,1-10: véase p. 169.

*
**

¿Cuándo dejaremos de pensar en Dios al revés? Como nosotros intentamos vengarnos de una injuria, creemos que Dios es vengativo. Como no conseguimos olvidar una ofensa, pensamos que Dios nos persigue con su rigor. Como no sabemos más que pecar, pensamos que Dios no sabe más que condenar. Cuando los cristianos, desde hace ya dos mil años, hablamos de Dios, damos la impresión de ser fabricantes de ilusiones: la de un Dios creador, para explicar nuestro sentimiento de dependencia; la de un Dios justiciero, para poner en orden nuestra vida; la de un Dios paternalista, al mismo tiempo que todopoderoso, para justificar nuestra culpabilidad...

¡Dios es Dios, y punto! Lo que El quiere provocar no es nuestra desesperación, sino nuestra conversión. Lo que busca no es nuestro miedo, sino nuestro amor. ¿Cuándo dejaremos de pensar en Dios al revés? Un pastor que busca hasta encontrarla a la oveja descarriada, que abandona cuanto tiene para buscar lo que ha perdido. Una mujer que revuelve toda su casa por una moneda extraviada... Bajo la apariencia de historias vulgares se nos revelan los secretos más extraños del corazón de Dios. Dios hace todo cuanto puede para encontrar al hombre. ¡Dios se pasa la vida salvando!

«Más vale pájaro en mano que ciento volando», dice la sabiduría popular. ¡Pero la sabiduría de Dios es locura! Figúrate: ¡dejar a noventa y nueve ovejas por ir en busca de una, sin estar seguro de encontrarla...! Dios al revés. Es el Dios al que se le conmueven las entrañas al ver en lo que se ha convertido el hombre, ¡ese hombre al que El siempre había soñado tan hermoso y tan grande...!

Dios al revés: Dios que no desespera del hombre. Dios al revés: Dios que se anonada para engrandecer al hombre. Sólo Jesús, y Jesús crucificado, bandera levantada en el centro del mundo, podía permitírnos sospechar hasta qué punto nos ama Dios.

De ese Dios es peligroso hablar, porque lo pide todo. El amor no puede menos de exigirlo todo del otro, so pena de dejar de ser amor. De ese Dios es peligroso hablar, porque las relaciones que El establece se fundan en una fe mutua, en una confianza recíproca y total. Y la vida que suscita es sinónimo de riesgo y de aventura. «Lo que para mí era ganancia, lo consideré pérdida comparado con Cristo». La fe en ese Dios es una pasión, y el amor hace cometer locuras.

Precisamente por eso, la fe es fuente de gozo. «Alegraos conmigo...» En cada una de las dos parábolas, el motor de la historia es lo que se ha perdido y se ha vuelto a encontrar. Pero lo esencial es la actitud del personaje, que, por haber recuperado lo que había perdido, reúne a sus criados, amigos y vecinos para celebrarlo.

Dios ha creado al hombre para la alegría, para su alegría. Y si es verdad que el corazón del hombre está inquieto hasta haber encontrado a Dios, más cierto es aún que el corazón de Dios está inquieto hasta haber encontrado al hombre. El hombre se acostumbra a la tristeza; Dios, jamás. Dios al revés... El gozo de perdonar es el gozo más intenso de Dios. ¿Vamos a arrebatar a Dios su único gozo, que es el gozo de amar? El Dios de Jesucristo se sienta a la mesa con los pecadores y se limita a decirles: «¿Quieres?»

*
**

**Dios de ternura y de misericordia,
que la tierra y el cielo se alegren
porque Tú te alegras de acogernos en tu casa.**

**Padre de paciencia infinita,
Tú emprendes nuestra búsqueda
e invitas ya al universo entero
al gozo del reencuentro.
¡Bendito seas, pastor de nuestras vidas!
Haz que nos atrevamos a creer en tu benevolencia:
que nada podrá agotar
por muchos siglos que dure la eternidad.**

SE PRECISA ADMINISTRADOR HABIL

Filipenses 3,17 — 4,1. «En cuanto a mí, ¡Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gál 6,14). Para Pablo, la cruz es el signo más claro del amor gratuito de Dios. Por eso deja que se manifiesten sus sentimientos frente a los judaizantes que prefieren fiarse de sus prácticas vanas. En efecto, parece ser que las palabras «vientre» y «vergüenza» designan las normas alimenticias judías y la circuncisión. Los cristianos no deben dejarse desviar de la meta hacia la que caminan y que es el Reino de Dios. Que permanezcan firmes mientras esperan el retorno de Cristo, que transformará todas las cosas.

«Somos ciudadanos del cielo». El salmo 121 es un buen ejemplo de cántico de subida a Jerusalén. Al cantarlo, los peregrinos se animaban en su marcha hacia la ciudad santa y el templo. Recogiéndolo, los cristianos celebran a la Jerusalén celestial, meta de toda su vida.

Lucas 16,1-8: véase p. 173.

*
**

No se hablaba de otra cosa en toda la ciudad. «¿Sabes la última? Fulano, que era administrador, se ha largado con la 'pasta'». Las lenguas no paran y la imaginación vuela.

El pánico nunca ha solucionado nada. La sangre fría, la astucia y la audacia son el mejor remedio. Y he aquí que nuestro hombre se aprovecha de unos días de respiro que le concede el amo. A uno de los deudores le perdona cincuenta barriles de aceite; a otro, veinte sacos de trigo. Una suma astronómica, el equivalente de más de un año del trabajo de un jornalero.

Pero Jesús elogia al astuto administrador. ¡Resulta incomprensible! Pero ¿acaso ha sido comprendido alguna vez Jesús? Desde luego, si hubiera predicado una moral de conveniencia para gente bien educada, le habrían dejado hablar. Pero es una revelación lo que Jesús anuncia: ¡Dichosos los pobres! ¡Dichosos los que lloráis ahora! Se pone a construir un mundo al revés, en el que los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos. Muy astuto, el tipo: toma las decisiones oportunas, tiene la audacia suficiente para inventarse el modo de vida que las circunstancias imponen... De la noche a la mañana, todo se viene abajo, pero el bribón sabe arreglárselas...

Aparece Jesús, y de la noche a la mañana todo se tambalea. Pero ¿serán los hijos de la luz tan hábiles como los hijos de este mundo? Jesús habla, y el mundo pega un vuelco. Pero ¿tomarán los discípulos las decisiones oportunas? Toda la vida de Jesús, sus gestos y sus palabras, anuncian un Dios de gratuidad. ¡Hay que reaccionar! Un pastor reúne a sus amigos, simplemente porque ha encontrado a su oveja; una pobre mujer celebra una fiesta, porque ha recuperado una moneda perdida; un padre celebra una fiesta, porque uno de sus hijos ha vuelto a casa. Eso es Dios: su amor es gracia, sin condiciones. ¿Le seguiremos nosotros en ese reino de la gratuidad?

*
**

**Tú nos llamas, Señor y Dios nuestro,
a entrar en tu Reino.
El tiempo se ha cumplido:
ha llegado la hora de la fe.**

**Te suplicamos, Señor,
que liberes nuestros corazones con tu Espíritu
y afiances nuestra decisión:
ha llegado la hora de que nos pongamos
a seguir a tu Hijo,
que nos abre los siglos sin fin.**

*
**

**Señor, Dios, dueño del cielo y de la tierra,
por tu enviado Jesucristo
Tú nos revelas nuestro porvenir
y nos llamas a una decisión irrevocable.
Preserva nuestra fidelidad de la rutina
y danos la audacia de apostar la vida por tu promesa.
Te lo pedimos por tu Hijo,
testigo de la novedad de tu Reino.**

*
**

**Dios de amor y de ternura,
en Jesucristo nos lo has dado todo:
en El somos ciudadanos del cielo,
y su cuerpo entregado nos mantiene firmes en la fe.**

**Te pedimos
que sea El el tesoro de nuestras vidas
y que nos dé a conocer
el Reino en que todo es gracia.**

DEVALUACION

Filipenses 4,10-19. *La pluma de san Pablo se hace más personal, ahora que evoca la amistad que le liga a los cristianos de Filipos: ellos son los únicos de los que ha aceptado ayuda material. El apóstol hace saber a sus amigos su agradecimiento, aunque preservando delicadamente su independencia, ya que su confianza en «Aquel que le conforta» le ha acostumbrado a las fluctuaciones de la vida. Por eso, si Pablo aportó el Evangelio a los Filipenses, éstos le han ayudado con todas sus fuerzas. Este intercambio muestra cómo el Espíritu actúa tanto en el apóstol como en los convertidos.*

El salmo 111, de estructura alfabética, servía para la acogida de los peregrinos en el templo. Explicita las condiciones de admisión en el santuario; que sólo está abierto para los que ya dan culto a Dios con su vida.

Lucas 16,9-15: véase p. 175.

*
**

Hay una expresión en el Evangelio que me impresiona: «el dinero falaz». Y es que el dinero, evidentemente, engaña acerca de lo que es la verdadera felicidad. Es un medio necesario en el trato entre los hombres, pero que conduce a éstos a unas relaciones de dominio y de servidumbre. El dinero engaña y sirve para justificar infinidad de cosas. El dinero devalúa al hombre, reduciéndolo a la esclavitud. El dinero devalúa el amor, intentando comprarlo. ¡Insensato aquel que compra el oro y vende al hombre; aquel que soborna, corrompe y devora: está comprando viento! ¡Insensato aquel que se somete al oro y a sus consecuencias: la guerra y la sangre, la explotación y la injusticia: está simetiéndose a la nada! Si te desposas con el dinero, te desposas con lo que no puede salvarte. Si te fías del poder que te proporciona, te fías de lo que devalúa al hombre.

«Ningún siervo puede servir a dos amos». Es estúpido almacenar indefinidamente el grano, que está hecho para ser pan y para la siembra inminente. Es ridícula la avaricia, porque el dinero pide ser gastado, compartido. La vida está hecha para renacer, para inventar, para germinar; el dinero esclaviza y encierra en el círculo cerrado de su atractivo, más insidioso que la serpiente.

«Ganaos amigos con el dinero». El dinero está a vuestro servicio, no vosotros al suyo. Vivid para crear una sociedad de calidad, no de cantidad. Dadle al dinero su valor de mero intercambio y trabajad por el advenimiento de un mundo construido sobre la solidaridad, no sobre el acaparamiento, el dominio y la explotación.

Habla Jesús, y todo un mundo se derrumba. ¿Serán los hijos de la luz lo bastante lúcidos como para comprender la urgencia de la decisión que hay que tomar? ¿Serán lo bastante astutos como para inventar las oportunas reacciones! Mañana será tarde: queda en el aire una alternativa que querríamos eludir, pero que es muy clara: servir a Dios y al hombre o servir al dinero y a uno mismo...

*
**

Pidamos a Dios que haga volverse el corazón de los hombres hacia los verdaderos valores.

- **Recordemos ante él a todos cuantos tienen responsabilidades políticas, financieras, económicas, para que la justicia y el bien común presidan sus decisiones y sus actos.**
- **Oremos por quienes detentan el saber en nuestra sociedad: los investigadores, los intelectuales, los pensadores, los maestros del espíritu, para que la verdad y la felicidad del hombre presidan sus decisiones y sus actos.**
- **Recordemos también a quienes viven pobremente, a los olvidados y a los excluidos del bienestar: para que un reparto más equitativo de los bienes y una más justa retribución de su trabajo recompensen sus esfuerzos.**
- **Pidamos, finalmente, por la Iglesia, a la que Dios quiere servidora y pobre: para que sea para el mundo una parábola de la solidaridad y del compartir fraterno.**

**Dios y Padre de todos los hombres,
libéranos de todo cuanto
nos hace encerrarnos en nosotros mismos
y haznos vivir en el amor a nuestros hermanos.**

*
**

**Señor y Padre nuestro,
Dios que regalas con abundancia
y sin medida,
al darnos en esta eucaristía la vida de tu Hijo
nos obligas a vivir del mismo amor.
Concédenos administrar fielmente
esta parte del Reino que nos has confiado,
y así podremos un día entrar en posesión
de la herencia que nos prometes.**

*
**

¡EN GUARDIA!

Tito 1,1-9. *Al igual que las restantes cartas pastorales, la de Tito refleja la situación de la Iglesia a finales del siglo I, cuando la mayor parte de los apóstoles han desaparecido y la amenaza de las doctrinas gnósticas origina la necesidad de una organización eclesial más elaborada.*

Tito, que es responsable de la Iglesia de Creta, recibe instrucciones para establecer «ancianos» en cada localidad. Es bien sabido que el Antiguo Testamento vincula la institución de los ancianos con la designación por parte de Moisés de setenta y dos lugartenientes encargados de ayudarle en su tarea. De esta manera, cada comunidad judía estaba animada y dirigida por colegio de responsables elegidos en función de su conocimiento de la «Torah». Por eso no es de extrañar la insistencia de la epístola en la enseñanza: el anciano tiene que estar apegado a la doctrina que ha recibido y honrarla con una vida digna de ella. Lo mismo que el obispo, tiene que ser «casado una sola vez» (en el original: «marido de una sola mujer», según una expresión que hará fortuna en la Iglesia antigua). ¿Era una alusión a la necesidad de la fidelidad conyugal o una prohibición de contraer segundas nupcias? Las opiniones están divididas al respecto, sobre todo teniendo en cuenta que hay inscripciones judías y paganas que entienden esta expresión en el sentido de un «amor conyugal especialmente ferviente» (TOB).

Como el salmo 11, también el salmo 23 enumera las condiciones para admitido en el templo.

Lucas 17, 1-6: véase p. 178.

*
**

«¡Estad en guardia!» ¿Cómo hemos podido hacer de la fe la monótona repetición de una lección perfectamente aprendida o la insípida práctica de un reglamento, cuando la fe, por el contrario, es un combate? Un combate contra nosotros mismos cuando hemos de conquistar la esperanza venciendo sobre la fatalidad que nos hace decir: «¿De qué sirve todo, si no voy a cambiar?» Un combate contra la sabiduría de los hombres cuando la acogida de la palabra de Dios nos lleva a proclamar, contra el pesimismo de nuestro siglo: «¡La tierra está con dolores de parto!» «¡En guardia!»: tal era el grito que proferían los espadachines en las novelas de capa y espada: grito de defensa, de vigilancia y de entusiasmo; el grito de una vida amenazada, pero segura de vencer.

«¡En guardia!» Mantener en guardia nuestra fe significa hacer frente a la idea común que convierte a Dios en un ídolo, en una imagen estereotipada e inamovible. Significa renunciar a nuestra imaginación para descubrir al Dios que se pasa la eternidad haciéndolo todo nuevo. Mantener en guardia nuestra fe significa acabar de una vez con la vana nostalgia de un paraíso perdido para atreverse a creer en lo posible, para dejarse arrastrar a lo imprevisto. Mantener en guardia nuestra fe significa despojarnos del embarazoso manto de una santidad ilusoria, construida a base de esfuerzos y de gestas heroicas. Significa presentarnos ante Dios privados de toda seguridad para aceptar que es El quien comienza por disipar las pesadillas de nuestra culpabilidad. Mantener en guardia nuestra fe significa no dejarse seducir por los «eslóganes» de un mundo que cree poder construir la fraternidad con sus propias fuerzas; significa fijar nuestra mirada en el nuevo día que Dios hace despuntar en el horizonte de nuestras luchas.

«¡En guardia!» Bastaría con un poco de fe para transformar radicalmente nuestra relación con Dios, para descubrir nuestro futuro, para aceptar la santidad que se nos ofrece, para construir una verdadera fraternidad. «Si tuvierais fe como un granito de mostaza...»

*
**

**Dios y Padre nuestro
que velas solícito por nuestra poca fe
para que no desfallezca nuestra esperanza,
ven a rejuvenecer con tu Espíritu
nuestro ardor, que se agota buscando
otras riquezas distintas de Ti.
Que tu palabra, sembrada en nuestros corazones,
crezca y dé fruto,
y así transformará nuestro mundo
e inaugurará la eternidad.**

*
**

**El cuerpo de tu Hijo, Señor,
es semilla de eternidad en nuestros corazones.
Que el poder de tu Espíritu rodee nuestra vida
para que ésta se vea libre
de los límites de nuestro tiempo
y se dilate por lo siglos de los siglos.**

*
**

**Alabado seas, Dios y Padre nuestro:
Tú nos confías el cuerpo y la sangre de tu Hijo,
que son el signo de la llegada del Reino;
frutos de nuestra tierra y de nuestro trabajo,
son ya las primicias de los tiempos nuevos.
Que sean también, para nuestro gozo,
el viático para el camino que nos conduce
a los siglos sin fin.**

OTRA COSA

Tito 2,1-8.11-14. *Una certeza de fe: Cristo se ha entregado por la Iglesia. Sobre esta certeza tiene que construirse el testimonio de la comunidad, un testimonio que comienza por una vida ejemplar. Se observará la insistencia en las virtudes familiares y en el ejemplo de los ancianos, que con su enseñanza tienen que asegurar la cohesión del conjunto.*

El salmo 36, de estructura alfabética, agrupa diversas piezas en torno a la oposición justos-impíos.

Lucas 17,7-10: véase p. 180.

*

**

«Aumenta nuestra fe». Habían pedido esto como si pidieran un suplemento de energía. Hablaban de la fe como los obreros que reclaman un aumento salarial porque las condiciones de trabajo son excesivamente duras. Pero Jesús les responde provocándolos: «Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: 'Arráncate de raíz y plántate en el mar', y os obedecería».

Si Jesús les desconcierta de este modo, es porque quiere desarraigar de su ánimo la imagen errónea que tienen de la fe. Creer no es, quizá, lo que ellos piensan. La fe no es, ante todo, una convicción que pueda perderse o afianzarse. No es solamente una confianza y una fidelidad mantenidas contra viento y marea. «Cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid: 'Somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer'».

La fe es acogida del don que Dios hace de sí mismo. Por eso es siempre comienzo, creación. La fidelidad del creyente no es la del buey, en que avanza en línea recta sin tropezar, pero también sin inventar nada nuevo. La fe es nacimiento. Trastorna el orden de las cosas: el servidor se verá invitado a la mesa, y el amo lavará los pies de sus sorprendidos discípulos. Y como la fe es más que la observancia de un deber, que se limitaría a corroborar el orden establecido, por eso puede inaugurarse el advenimiento de un mundo nuevo. Dios no es un potentado al que hay que respetar, sino un amigo al que hay que amar. La religión no es un código de reglas que observar, sino una comunión que inventar. La ley no es una lista de preceptos que guardar, de prohibiciones que evitar, sino la «Carta Magna» de un nuevo modo de vivir, que superará siempre todo lo imaginable. La oración no tiene nada que ver con un trato comercial, sino que es acción de gracias por los dones recibidos y consagración de una vida ofrecida. Por la fe se instaura, pues, un orden que hay que ir haciendo, mientras se espera el advenimiento de lo que será establecido para siempre: el Reino.

FRENTE AL REINO QUE VIENE

**Dios, amigo de los hombres y Padre de los pobres,
Dios a quien nadie ha visto nunca,
bendito seas por Jesucristo,
por su mirada fascinante que sana nuestra lepra
y su aliento que da cuerpo a nuestra carne.
El recorrió el camino de los hombres,
rehabilitando con sus manos a los paralíticos
para que caminaran hacia la tierra de libertad.
Bendito seas por las palabras de gracia que él pronunció
como un eco de tu misericordia,
secreto revelado, buena nueva proclamada.
Bendito seas por el que llegó a ser tu rostro,
tu compasión para con nosotros,
y nuestro rostro y nuestro sufrimiento para Ti.
Mediante El inauguras una fiesta que no tendrá fin,
Tú que nos consagras en El,
y nos marcas a nosotros con su sello,
Tú que haces habitar a su Espíritu en nosotros.**

**Bendito seas, Dios que amas a los hombres:
En tu Hijo hemos muerto al pecado,
y ahora vivimos para Ti;
en El se ha esfumado nuestro viejo mundo
y de nuestras ruinas
resucitas una tierra nueva.
La mesa de la Alianza está dispuesta,
los publicanos están de fiesta,
los paralíticos brincan de gozo,
los leprosos danzan radiantes.**

**Padre de Jesucristo y Padre nuestro,
con Cristo te ofrecemos nuestro mundo
tal como aún lo ven nuestros ojos:
inacabado, desfigurado por el miedo,
desgarrado por la discordia,
enfermo de desesperanza.
Acuérdate de quienes se esfuerzan por rehacer su belleza
y haz que llegue para ellos y para nosotros
la hora en que podamos
darte gracias eternamente por Jesús,
por tu ternura y por nuestro amor.**

LA LECCION DE UN HERETICO

Tito 3,1-7. *Este texto (concretamente los vv. 3-8) es considerado por algunos como una oración; en tal caso, se trataría de un eco de la vida litúrgica de la Iglesia primitiva. Se exalta la obra de Dios, que nos ha salvado gratuitamente derramando sobre nosotros el Espíritu en abundancia cuando fuimos bautizados.*

El salmo 22 *ha sido escogido con acierto. La Iglesia lo ha considerado siempre como el salmo por excelencia de la liturgia bautismal.*

Lucas 17,11-19: véase p. 183.

*
**

La lepra... Bastaba con nombrarla para estremecerse. Al drama de la enfermedad se añadía el escándalo de la exclusión social. ¡Había que preservar a las ciudades y aldeas! Esta enfermedad dantesca estaba como aureolada de un símbolo, el de la cólera de Dios. Lepra del cuerpo, era considerada como el reflejo de un corazón descompuesto por el pecado. Y la separación de la comunidad de los hombres significaba la excomunión divina.

En el grupo de desgraciados que interpela a Jesús desde lejos, había nueve judíos y un samaritano. Hacía ya siglos que un odio obstinado impedía tratarse a las dos razas, pero su miseria común reunía a aquellos hombres perdidos: todos ellos eran unos excluidos.

Diez leprosos purificados... Jesús transforma en belleza los desechos informes, y en amor los ríos de odio. Borra las etiquetas humillantes y remodela los rostros desfigurados, al mismo tiempo que restaura los corazones deformes.

Es entonces cuando se produce el acontecimiento más extraño de esta escena. El samaritano se encuentra solo, separado de los judíos. Estos últimos, curados, acuden a los sacerdotes para las largas ceremonias que habrían de permitirles volver a ocupar su sitio en la sociedad judía. El samaritano vuelve a encontrarse en su situación de excluido. «Se volvió glorificando a Dios en alta voz». Es el más extranjero, el más detestado, el más herético, el que capta el secreto de la Buena Nueva. El que parecía más alejado de Dios es el que descubre el misterio del Evangelio. El hombre

podrido se ve reconocido, respetado y amado; deformado y aterrorizado, se ha dejado hechizar y se ha levantado. Avergonzado de sus llagas, deprimido por el odio de sus hermanos, aislado ante las puertas de una sociedad de «salvados», el samaritano ha sentido la dulzura de una mirada, la acogida de unos brazos abiertos, la sonrisa cómplice de un Dios amigo. De un salto, vuelve a la fuente de su resurrección, explotando de gratitud y cantando en voz alta su acción de gracias, dejando tras de sí el fervor escandalizado de sus nueve compañeros, la extrañeza agresiva de los sacerdotes y la sonrisa burlona de los testigos.

El extranjero, el excluido, el marginado: también ellos tienen derecho a la salvación. Lucas amaba a los samaritanos; habían acogido con agrado el anuncio de Jesús en los años que vieron la primera expansión del cristianismo. La historia de la joven Iglesia y la predicación de Jesús ofrecen este testimonio: todos pueden ser purificados y dar gracias, incluso aquellos a los que se les negaba el derecho a entrar en el Reino. El Evangelio no nos sorprende cuando muestra a Jesús acogiendo a diez hombres excomulgados por culpa de su lepra. Nos desconcierta cuando pone en evidencia la lógica del Reino. Ya no es en Jerusalén ni en Garizim donde se adora a Dios. Ha llegado la hora del culto «en espíritu y en verdad». Jesús, es, en adelante, el lugar en donde se da gracias a Dios.

Jesús camina hacia Jerusalén. Allí será crucificado y quedará más desfigurado que un leproso. Ya el samaritano curado reconoció en aquel rostro de Jesús la gloria de Dios. Muy pronto, Dios resucitará a su Enviado para que, «en el nombre de Jesús, se doble toda rodilla en la tierra y en el cielo». Tú que te crees extranjero, tú que te sientes rechazado, no olvides la lección del Evangelio: las prostitutas precederán a los justos en el Reino; y el primero en franquear la puerta del mundo nuevo será un ladrón crucificado.

*
**

Una cosa es cierta: el amor del Señor dura eternamente.
El restaura el universo y hace nuevas todas las cosas.

- Oremos por los que han sido desfigurados por su egoísmo, para que recuperen el gozo del amor.
- Oremos también por los que se ven devorados por la sed de poder o por el deseo de aparentar: el servicio y la verdad son la dote de los hombres rectos.
- Recordemos delante de Dios a todos cuantos colaboran en el advenimiento de un hombre más hermoso y más grande: médicos y trabajadores sociales, investigadores y responsables políticos y todos cuantos realizan humildemente su trabajo cotidiano, para que broten la justicia y la paz.
- Y no olvidemos delante de Dios a los enfermos, a los que son objeto de sospechas, a los que viven bajo la presión de insinuaciones o calumnias.
- Oremos por todos aquellos que ven minada su confianza por la dureza del prójimo, por todos aquellos que no encuentran ni comprensión ni palabras que puedan curarlos.

Dios y Padre nuestro,
Tú eres el Dios que libera y que salva:
concédenos seguir a tu Hijo:
si morimos con El, viviremos con El
y nacerá un mundo nuevo
por los siglos sin fin.

Jueves de la trigésima segunda semana

«DOMESTICAR» EL TIEMPO

Filemón 7-20. *La carta a Filemón va dirigida no sólo a su destinatario, sino también «a la Iglesia de su casa», probablemente la Iglesia de Colosas, de la que Filemón parece haber sido un miembro eminente. Según la costumbre de los primeros tiempos de la Iglesia, prestaba su casa para las reuniones litúrgicas.*

Se le ha reprochado a veces al apóstol, como también a la Iglesia antigua, su falta de claridad frente al problema social de la esclavitud. Aparte de que semejante reproche ignora los fundamentos económicos de la antigüedad, olvida que la carta a Filemón hace precisamente escuchar una palabra, poco habitual para el mundo antiguo, sobre las relaciones entre los amos y los esclavos cristianos. «Acógelo (a Onésimo) como a mí mismo», escribe Pablo. El esclavo es un hermano para el apóstol, que quiere que también lo sea para Filemón. Es la aplicación directa de la reflexión que comunicaba Pablo a los Gálatas: «En Cristo ya no hay amos ni esclavos».

El salmo 145 es considerado como un himno individual, formado de elementos mucho tiempo independientes unos de otros. Así, los versículos que recoge la liturgia de hoy forman un salmo de felicitación a unos fieles que han acudido a participar en la liturgia del templo. Que Yahvé está al lado de los oprimidos es una certeza que poseían ya los judíos desde su liberación de la esclavitud de Egipto. Y es también una certeza evangélica. Nos toca a los cristianos dar testimonio de ella.

Lucas 17,20-25: véase p. 185.

*
**

«Haz que aparezca tu día y el tiempo de tu gracia». ¡Cuán impacientes somos! ¡Cuán apremiante es nuestra oración! ¡Y qué fuerte es también la tentación de designar antes de tiempo ese día y de aprisionar esta gracia: «Os dirán: Vedlo aquí, vedlo allá». Querríamos poder fijar un término a la historia; querríamos poder describir con certeza los signos de la llegada del Reino, y se nos dice que el Reino de Dios no viene de una forma visible. Se nos remite a nuestro hoy y al devenir del Reino; se nos remite a la ambigüedad de su venida en lo cotidiano de nuestra vida y a su crecimiento en la historia de los hombres. Nadie es capaz de decir el día ni la hora; estamos, pues, condenados a «domesticar» el tiempo, ya que es aquí y ahora cuando tiene lugar el término de la historia de la salvación, su culminación y su sentido.

Tenemos que «domesticar» la historia de la salvación, ya que se requiere tiempo para hacer un hombre, se requiere tiempo para que el día acabe con la noche. Compartimos la espera de los hombres y su «decepción». Con ellos no tenemos más remedio que experimentar nuestra debilidad: «Desearéis vivir un día con el Hijo del hombre, y no podréis». Experimentamos todas las barreras que levantan los hombres contra la desesperación, intentamos con ellos hacer que salgan las estrellas que anuncian el día, queremos seguir viviendo. Los hombres buscan, inventan, aman, escuchan, gritan y descubren que nuestra esperanza no está hecha de una carne distinta de nuestros anhelos de hombres. «Domesticar» el tiempo de la salvación es, ante todo, hacer nuestra la larga marcha de la humanidad hacia un futuro mejor.

Pero es también dejar que llegue hasta nosotros la luz de un tiempo distinto que, «como el fulgor del relámpago, que brilla de un horizonte a otro», ilumine también nuestro horizonte. «Ya sentimos cómo despunta ese día; no dejes que el viento de la noche apague en nosotros el fuego que brilla a su paso». «Ese día»: ésa es la consigna que indica para qué hemos sido hechos. No tenemos la menor idea de lo que habrá de ser el latido de la humanidad llegada a la gloria de Dios; sin embargo, podemos ya presentir algo, puesto que desde el fondo de nuestros caminos nocturnos percibimos el reflejo de esa gloria: el amor más fuerte que la discordia; la justicia que vence al egoísmo; la paz más viva que la desunión; el gozo que borra la angustia.

Entonces, el interrogante de los hombres, unido a nuestra invocación, se convierte ya en el baluceo de la fe: ¡llegará «el día del Dios que renueva los cielos y la tierra»!

**

**En un mundo adormecido por la injusticia,
no dejes, Señor, que nos venza el sueño.
Levántanos,
mantenemos vigilantes
para ver cómo despunta el día de tu Cristo;
El viene hoy,
como vendrá mañana y por los siglos de los siglos.**

**

**Ante Ti, Señor y Dios nuestro,
nuestra oración es signo de nuestra vigilancia.
Ya que nos has partido tu pan,
que sostiene nuestra esperanza,
mantenemos en pie,
atentos a la llegada de tu Reino,
mundo nuevo por los siglos sin fin.**

Viernes de la trigésima segunda semana

RUPTURA

2 Juan 4-9. *El objetivo de las breves epístolas de Juán es idéntico al de la primera carta, más larga: afianzar la cohesión de los cristianos frente a las herejías que amenazan a la unidad de la Iglesia poniendo en tela de juicio la encarnación del Hijo de Dios. Parece incluso que 1 Jn es posterior a las otras dos epístolas, más breves, que no iban dirigidas más que a una Iglesia local y atestiguan una herejía naciente, mientras que la primera carta va dirigida a todas las iglesias de Asia, que padecen la gangrena de la contestación. En 2 Jn se encuentran ya los temas que se explotarán en 1 Jn, es decir, la exhortación al amor mutuo y la profesión del credo de la Iglesia.*

El salmo 118 proclama bienaventurados a los que se atienen a la palabra del Señor.

Lucas 17,26-37: véase p. 188.

**

La gente comía, bebía, se casaba... ¿Hay algo más normal? ¡Es la vida! Y lo decimos muchas veces con un tono de desengaño: ¿qué podemos cambiar? «No, no, nada ha cambiado»: ¡es una cantinela que no envejece.

La gente comía, bebía, se casaba... El mundo seguía dando vueltas más o menos bien, sin futuro alguno. Hasta el día en que Noé entró en el arca. Noé había sido puesto aparte por Dios y había obedecido. Una ruptura cuyas consecuencias siguen afectándonos hoy a nosotros. En un mundo cerrado sobre sí mismo, apareció la novedad de un nuevo comienzo. Dios iba a rehacer la faz de la tierra, iba a separar de nuevo la tierra de las aguas para hacer aparecer, en un cielo pacífico, un arco de luz que separase el día de las tinieblas.

Dios rompe el círculo infernal de la historia de los hombres, replegada sobre sí misma, sin deseo y sin novedad. Dios llama a Noé, y el arca prefigura ya a la humanidad nueva. En el «run-run» de la existencia cotidiana de los hombres, Dios ha hecho oír su llamada e irrumpe el futuro. La historia de la salvación acontece hoy allí donde los hombres se niegan a caer en la fatalidad, allí donde hay un hombre que trata de dar un paso en la esperanza a pesar de todo. Los hombres estarán en el campo, las mujeres en el molino; unos serán tomados y otros dejados; unos escucharán la palabra, los otros ya estarán muertos.

La gente comía, bebía, se casaba... Parad el carrusel, no os dejéis llevar de la corriente. Vosotros sois hombres y mujeres resucitados. En pie, hermanos, que amanece el día de Dios.

*
**

**Mientras nuestro mundo gira en el vacío,
ven, Dios y Padre nuestro,
a romper el círculo de nuestras historias sin futuro.**

Sábado de la trigésima segunda semana

LA VIUDA IMPORTUNA

3 Juan 5-8. *Estos breves versículos se limitan a constatar el celo que Gayo ha demostrado con los misioneros itinerantes. De hecho, el resto de la carta atestigua una polémica entre su autor, que era responsable de varias comunidades locales, y el jefe de una de esas comunidades, un tal Diotrefes, que mostraba su insubordinación oponiéndose a la acción misionera emprendida.*

El salmo 111, de estructura alfabética, servía para acoger a los peregrinos que llegaban al templo. Expresa las condiciones de admisión en el santuario.

Lucas 18,1-8: véase p. 190.

*
**

Todo el mundo conoce la obstinación de las mujeres cuando se empeñan en una cosa: «lo que quiere la mujer lo quiere Dios». Escuchad lo que dice el juez: «Como esa viuda me está fastidiando, le haré justicia, no vaya a acabar pegándose en la cara». A los cristianos de las primeras comunidades, que se extrañaban de que se demorara tanto el juicio de Dios, Lucas les dice: «Velad, no os canséis de esperar; Dios acabará cumpliendo su obra».

Larga paciencia la de la Iglesia, a imagen de la larga paciencia de Dios. El alumbramiento del Reino es sumamente costoso. Y si el Reino es ya el hoy eterno de Dios, Dios tiene por delante toda una eternidad para modelar la faz de la tierra.

«¿No hará Dios justicia a sus elegidos?» Las palabras de Jesús son de una enorme sutileza. Al contar esta parábola, Jesús quiere llevar a sus oyentes más allá de la anécdota. Si el juez de la parábola acaba «impartiendo justicia», Dios, por su parte «hará» justicia. Estamos muy lejos del juicio o de la represión que evoca la parábola. Cuando la Biblia dice que Dios hace justicia, lo que dice es que Dios pone de nuevo las cosas en orden, restaura, renueva, hace justos. En vez de evocar la represión, este término habla más bien de cumplimiento, de perfección, de realización. «Os lo aseguro —dice Jesús—: Dios cumplirá su promesa. Por tanto, velad con esperanza, dirigid la historia hacia su futuro».

Hermanos, cuando recordamos lo que ocurrió con Jesucristo, cuando celebramos el acontecimiento pascual, damos sentido y significación a la historia de los hombres y a nuestra historia personal. Les damos orientación: no van hacia cualquier parte, sino que van hacia su cumplimiento. No estamos

ya encerrados en una historia que consista en volver a empezar una y otra vez, sino que vivimos una aventura que va «de comienzo en comienzo». Somos auténticos «aguafiestas».

«¿No hará Dios justicia a sus elegidos?» No cabe duda de que nuestros amores de hoy siguen estando marcados por el egoísmo, pero en la fe todo gesto de amor se hace portador de vida eterna. El esfuerzo por la justicia y la paz, la fraternidad y la libertad sigue siendo muy pobre en comparación con el proyecto que Dios tiene para la humanidad, pero nos dice ya dónde se construye el mundo nuevo.

«¿No hará Dios justicia a los que claman a El?» Hermanos, velad en la esperanza; en vuestra oración podéis ya vislumbrar esa tierra nueva y hacéis que la historia gire hacia su futuro. Los que no hayan dejado de llamar al universo nuevo con su oración y con su vida, serán justificados por Dios y serán hombres realizados. Ante los atolladeros del mundo, muchos pueden decir: «¿Para qué todo esto?» Ante tantas miserias, tantas injusticias, tantas violencias, hay motivos para perder el ánimo. Pero la oración nos arrebatada hacia el cumplimiento de Dios, nos imanta hacia El. Impregnada de futuro, hace germinar en nosotros lo que algún día habrá de ser. Es imposible que nos prestemos a ningún confinamiento espiritual: se trata de la vida y del mundo de los hombres, que Dios quiere dilatar.

«¿No hará Dios justicia a los que claman a El?» Cuando Jesús nos orienta hacia el cumplimiento de Dios, sabe muy bien que nuestra existencia se va a romper en esa atracción. «Velad y orad para que no entréis en tentación»: si la oración nos descubre el horizonte de Dios, pondrá en camino nuestras vidas para hacer que llegue lo que ya presentimos. La oración reanimará siempre a los hombres-de-futuro, ya que es el canto de Pascua. La oración protesta, se impacienta, estimula, construye. Orar es crear humildemente, en la espera muda del universo. Crear nuevas figuras de vida. Dentro mismo de nuestra torpeza.

*
**

**Te llamamos, Señor,
porque puedes respondernos.
¡Escúchanos! ¡Oye lo que decimos!
Guárdanos como a la niña de tus ojos.
Sé nuestro refugio, protégenos,
y que tu gracia nos ampare.**

*
**

**Dios fiel a tus promesas,
por esta comunión,
nos haces participar del Espíritu de Cristo
y te pedimos una vez más:
cuando el cansancio pese sobre nosotros
y el desánimo nos aceche,
ven a afianzar nuestras fuerzas y a aumentar nuestra fe.**

Lunes de la trigésima tercera semana

HACIA LA LUZ

Apocalipsis 1,1-5a; 2,1-52. *Para una introducción a la literatura apocalíptica, véase «El universo apocalíptico», p. 208.*

En griego, apokalypsis significa «desvelamiento». Si se pregunta cuáles son las realidades que se desvelan, se dirá que son las del mundo celestial, conocidas sólo por Dios, y se pensará principalmente en el final de los tiempos. Pero no hay que dejarse engañar por expresiones como «lo que ha de suceder pronto», porque en el Apocalipsis de Juan no se trata tanto del futuro cuanto de una realidad profunda. En efecto, el apocalipsis cristiano tiene un estatuto distinto del de los apocalipsis judíos, en el sentido de que la era nueva que éstos esperaban ha sido ya inaugurada por la resurrección de Cristo. En otras palabras, el apocalipsis cristiano participa de la tensión escatológica del tiempo de la Iglesia. Por una parte, el reino de Dios ya está aquí, y la Iglesia se presenta como el cumplimiento de las profecías; por otra, ese mismo reino no ha alcanzado aún su plena realización, y la Iglesia es como «una cabeza de puente, una colonia» del siglo futuro. Pero, si aún no está plenamente realizado, el Reino puede ser todavía objeto de revelación; por eso, los videntes cristianos se dedican no tanto a dilucidar futuro ya inaugurado cuanto a contemplar las realidades «sacramentales» de ese Reino.

El autor del Apocalipsis trabaja en un «despertar espiritual» (TOB). No sólo porque la Iglesia pasa por la experiencia de las persecuciones, sino porque algunas comunidades han perdido su primer fervor, tal como dejan suponer las cartas dirigidas a las «siete Iglesias de Asia».

El autor menciona primero a las tres personas divinas. La fórmula «Aquel que es, que era y que va a venir» es una copia del «Yo soy» del Exodo, y designa al Padre. Insiste en el carácter escatológico del acontecimiento. Cristo es designado igualmente por una fórmula ternaria que recuerda su pasión (testigo), su resurrección y su exaltación. En cuanto al Espíritu, es visto en su plenitud, como indican los «siete Espíritus».

Pero, más allá de sus destinatarios explícitos, las cartas interesan también al conjunto del pueblo cristiano. Contienen a la vez alabanzas y reproches dirigidos a las Iglesias por el Mesías, que aparece con rasgos tomados de las literaturas proféticas y apocalípticas. Los candelabros de oro, así como las estrellas, podrían designar a las Iglesias, mientras que las estrellas en la mano de Cristo simbolizarían su soberanía.

La primera carta va dirigida a Efeso, la metrópoli de Asia, que ha de escuchar el reproche por su tibieza, que podría hacerle perder su rango.

El salmo 1 es una paráfrasis de un canto de felicitaciones. Fue reelaborado más tarde por un escriba, que lo convirtió en una pieza sapiencial introduciendo en él la antítesis clásica de los «dos caminos».

Lucas 18,35-43: véase p. 192.

*
**

Jesús se acerca a Jericó, la ciudad de las palmeras, el oasis en medio del desierto. Aquí, en tiempo de los padres, el pueblo había hecho su entrada en la Tierra prometida; Jericó es la ciudad de la promesa que se convierte en realidad, la ciudad de la alianza que se hace tangible. Jesús se acerca a Jericó y un hombre se pone a gritar: «¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!»; es una figura de nuestra miseria, un grito de nuestra espera.

Porque ¿no es verdad que yo creo saber adónde voy, pero en definitiva soy tan sólo un camino que no lleva a ninguna parte? Cegado por los espejismos de una publicidad escandalosa, vivo de «eslóganes». Cegado por los deseos que no domino, voy adonde me llevan mis envidias. Cegado por el miedo de no existir plenamente, voy consumiendo la vida. Y estoy solo, como el ciego perdido en medio de la multitud que no se ocupa de él; los demás me rodean, pero su rostro es hermético para mí. Cuando los miro, no veo en ellos más que un reflejo de mi indiferencia. ¿Por qué ese velo nocturno ante mis ojos, esas tinieblas en mi corazón?

Sin embargo, también es verdad que me gustaría ver la luz, saber de verdad quién soy y qué son los demás. Me gustaría estar seguro de que no se abrirá de pronto un abismo negro ante mis pasos para tragarme. «¡Señor, que vea!» «Ve. Tu fe te ha salvado». Jesús cura, porque es la alianza definitiva de Dios con la tierra. «La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron». El ciego pasa a ser el iluminado. Porque Jesús nos toca, sabemos que la vida no camina hacia su desaparición: una luz nueva hace que todas las cosas parezcan nuevas. Porque Jesús nos mira tal como somos, sin excusarnos y sin condenarnos, podemos mirarnos a nosotros mismos, ver nuestro pecado sin falsas justificaciones y ver la ruta que se abre ante nosotros, con sus atolladeros y sus esperanzas.

Gritamos a la orilla del camino, y Jesús pasa de camino a Jericó. El giro de nuestra existencia, el paso al mundo de la luz, nuestra conversión, comienza por este grito: sólo Dios conoce los caminos que, desde dentro, llevan hacia El. Este grito no es de un día, atraviesa toda nuestra vida; porque este paso al mundo de Dios no tendrá bastante con toda nuestra existencia

para realizarse plenamente. Hoy, escuchad a Dios que os grita para poder tocaros a la orilla del camino: «Tienes paciencia en el sufrimiento..., pero lo malo es que has perdido tu amor de antes. Fíjate, pues, de dónde has caído, arrepíentete y vuelve a tu conducta primera».

*
**

**En nuestros caminos tenebrosos,
Tú vienes, Señor y Dios nuestro,
a nuestro encuentro.
Oye la confesión de nuestra debilidad,
transfigura nuestro rostro en claridad,
levántanos para que emprendamos de nuevo la marcha,
condúcenos a la luz de los siglos sin fin.**

FIESTA

Apocalipsis 3,1-6.14-22. *Se observa una cierta progresión en las palabras dirigidas por Cristo a las Iglesias. Si en la carta a la Iglesia de Efeso las felicitaciones preceden a los reproches, es precisamente lo contrario lo que ocurre en la carta dirigida a la comunidad de Sardes, mientras que la carta a Laodicea no contiene más que reproches. De esta forma, podemos hacernos una idea del fervor de las diversas comunidades.*

La Iglesia de Sardes, a pesar de su entusiasmo inicial, se encuentra al borde del precipicio y corre el riesgo de verse sorprendida por la marcha del Reino. Cristo la anima prometiendo al vencedor la vida eterna.

La comunidad de Laodicea se encuentra aún en peor situación. Es tibia, pero se forja ilusiones engañosas sobre su estado real. La carta se complace en subrayar el contraste entre la prosperidad material de una ciudad que contaba con instituciones bancarias y su desnudez espiritual. Va siendo hora para ella de recordar dónde se encuentra la verdadera luz, puesto que, si se convierte, podrá todavía participar de la victoria de Cristo.

El salmo 14 servía para las liturgias de entrada en el templo. A la petición del peregrino de ser admitido (v. 1), el sacerdote respondía enumerando las exigencias impuestas a quienes desean presentarse ante el Señor.

Lucas 19,1-10: véase p. 194.

*
**

Los despreciados, los mal considerados, la gente de poca importancia, muchas veces las «estrellas» en el Evangelio... Hoy tenemos en el primer plano de la actualidad a un recaudador de impuestos a sueldo del poder ocupante. Maldecido por todos los corazones «honrados», despreciable a los ojos de los demás, Zaqueo es un publicano del que todos se apartaban con desprecio. No era una persona con quien tratar. Etiquetado, juzgado y rechazado por la buena sociedad y por los fervientes seguidores de la ley de Moisés, Zaqueo no tenía ninguna posibilidad de ocupar un lugar entre la gente apiñada para acoger al profeta. Para la élite de los creyentes, Zaqueo era indigno de Jesús; y esta evidencia no se discutía.

«Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa». Los partidarios del taumaturgo de Nazaret se disputaban, sin duda, el honor de tocarle, de cruzarse con su mirada, de beneficiarse de un gesto suyo, de una palabra suya. No faltaban las personas decentes que pudieran recibir al Maestro y acogerlo dignamente en casa de un «justo». Habrían celebrado

un gran banquete, con conversaciones de salón, con un gozo ficticio que pronto olvidarían...

El episodio de Zaqueo es la realidad sorprendente, el secreto de un encuentro. Sí, ¡la fiesta se celebrará! Fiesta de Dios que encuentra el corazón del hombre, un corazón pobre para acoger la extraña Noticia. El incansable peregrino ha encontrado una morada donde revelar su secreto. «Yo estoy a la puerta y llamo. Si alguien oye mi voz y me abre, cenaré con él». Fiesta de un hombre que descubre la verdad de su propio ser. Ha nacido otro Zaqueo. Siempre pequeño, siempre cobrador de impuestos, siempre dedicado a un oficio despreciable, pero capaz de abrirse a las locas normas del Evangelio: ¡no ya renunciar a lo superfluo, sino ofrecer la mitad de los bienes!

¿La fiesta? ¡Tendrá lugar! Pero el banquete sin alma dará paso a una cena improvisada, en la que cada uno encontrará lo que el otro ha traído: la extraña experiencia de un vacío dejado por las riquezas, la sobreabundancia de un amor ofrecido. El excomulgado de los justos pasará a ser el amigo. «También éste —dice Jesús— es hijo de Abraham». «También éste es de la familia».

«Hoy ha sido la salvación de esta casa»: los tiempos de la promesa se han dado paso a los de la salvación. En Jericó, puerta de la tierra prometida, la alianza entre Dios y los hombres se convierte en realidad. El gozo de los tiempos últimos se hace don para hoy. Lo que era evidencia para Dios se hace perceptible para el hombre: ¿cómo dudar de ello, si Jesús se acerca a los excluidos, a todos los que no se atreven a esperar ni siquiera en ellos mismos?

El tiempo del encuentro es tiempo de descubrimiento. Nos descubrimos a nosotros mismos en la mirada de los demás; sus juicios son otros tantos espejos en donde se refleja la imagen de nosotros mismos. Zaqueo no se engañó. Fue visto por Jesús, que no le desprecia ni le reprocha: se despertó a sí mismo. ¿Será posible? ¡Hay alguien que lo ama: «Hoy tengo que alojarme en tu casa»! Tiempo de la fe, tiempo del encuentro, tiempo de descubrir lo que somos para Dios.

Porque, hermano, tienes que saberlo: Dios ya no puede mirarte a ti sin ver, como en transparencia, a su Hijo amado. Pronto, ábrele la puerta, porque quiere hospedarse en tu casa; podrás leer en su mirada la verdad de tu vida. «Hoy ha llegado la salvación para ti».

*
**

**Cuando el amor nos seduce como un fuego fatuo,
pon, Señor, tu morada entre nosotros.
Cuando el amor nos da miedo como un soplo demasiado fuerte,
pon, Señor, tu morada entre nosotros.
Cuando el amor nos poda como un labrador solícito,
pon, Señor, tu morada entre nosotros.
Cuando el amor nos despierta como una esperanza frágil,
haz, Señor, que vivamos contigo
por los siglos sin fin.**

FIDELIDAD

Apocalipsis 4,1-11. *El estilo del capítulo 4 es más directamente apocalíptico; en efecto, los capítulos 4 al 11 pueden considerarse como una especie de preparación para el relato de la lucha final, que va a oponer a Dios y a Satanás (a partir del capítulo 12). El autor nos invita, de este modo, a una visión inaugural y nos permite tomar parte en una liturgia celestial, que es probablemente una transposición celeste de una liturgia terrena de la época.*

Un par de atinadas evocaciones proféticas (Ez 1 y 10) recuerdan el poder creador de Aquel que se sienta en el trono. En efecto, los cuatro Vivientes, identificados con los evangelistas por Ireneo de Lyon, simbolizan el mundo creado; tiene cada uno seis alas, como los serafines de la visión de Isaías; y, como ellos, cantan la santidad divina. Como ocurre siempre en la Biblia, los ancianos designan a los responsables del pueblo de Dios, pero su origen es difícil de precisar. ¿Recuerdan a las veinticuatro clases sacerdotales de 1 Cro 24 o simbolizan el Antiguo y el Nuevo Testamento por medio de los profetas y los apóstoles? Sea como fuere, lo cierto es que manifiestan su sumisión al Dios creador arrojando sus coronas hacia el trono.

El salmo 150, con el que concluye el salterio, es una gran invitación a la alabanza.

Lucas 19,11-28: véase p. 196.

*
**

Enterrad vuestro dinero seis pies bajo tierra. ¿Creéis que va a germinar y a producir? ¡Y eso sin contar con las devaluaciones! El dinero improductivo pierde muy pronto su valor. Pero la parábola, que habla de Dios y del Reino, afirma que nosotros hemos recibido mucho más: Dios nos ha confiado su Palabra, su gracia, sus sacramentos, su amor. Enterrad el amor o la gracia: ¿qué valdrán cuando se los queráis devolver a su amo? El amor improductivo carece de valor. Y hacer memoria de Jesucristo es algo muy distinto de erigir un monumento a su gloria. Nuestra fidelidad no tiene nada que ver con la conservación de un patrimonio, por muy religioso que sea.

Lo que el Señor espera de nosotros es que le demos gracias. Esta expresión es hermosa, pero hay que comprenderla. La gracia no es un objeto, una pieza rara ni una póliza de seguros. Es vida, la vida de Dios en nosotros,

su Espíritu. Dios nos ha confiado lo mejor de sí mismo y espera de nosotros que le devolvamos lo mejor de nosotros mismos. ¿Qué es un amor fiel, sino el que es capaz de inventar la vida, de no dejarse paralizar por el miedo?

«Te tenía miedo», dice para excusarse el mal servidor. Esa es su falta, su pecado. Tuvo miedo, y su tenacidad carece de valor, puesto que se muestra incapaz de inventar los caminos de la gracia para el mundo que viene. La fidelidad es algo muy distinto de lo que se dice de ella. No se reduce a velar a los muertos ni a embellecer los recuerdos. La fidelidad es un movimiento y un riesgo. Es una fidelidad activa.

Sed fieles como Dios es fiel. El es siempre el Dios creador: «por su voluntad existen y han sido creadas todas las cosas». Mantiene todas las cosas con vida, y por El todas se despiertan a un porvenir renovado. Dios arriesga la vida, y tú, que te has entregado al Espíritu sin saber muy bien adónde te llevaba, oirás la palabra de tu Señor que te hará vivir para siempre: «Muy bien, siervo bueno».

*
**

**Concedénos, Señor
encontrar el gozo en la fidelidad;
porque es una dicha duradera y profunda
servir con audacia al Creador de todo bien.**

*
**

**Dios que confías en el hombre,
¡bendito sea tu nombre!
En nuestras torpes manos
has puesto el cielo y la tierra
para dibujar en ellos los rasgos de tu rostro.
En nuestros corazones marcados por el miedo,
Tú pones tu gracia abundante
y la revelación de tu amor.
¡Bendito seas, porque tu Espíritu libera nuestros temores
y, tanto en la audacia como en la timidez,
podemos darte gracias!**

ADVENIMIENTO

El libro del *Apocalipsis* no es una colección de profecías de Nostradamus; la lectura cristiana de este libro a lo largo de veinte siglos de historia da fe de ello. Este libro no es un libro de enigmas; es «Revelación»: tal es el sentido mismo de su título. Por otra parte, es un libro de imágenes, como toda la Biblia: Dios nos habla en él con imágenes mucho más que con conceptos abstractos o definiciones jurídicas. El vidente quiere hacernos descubrir no ya el reverso de la historia del mundo y de la Iglesia, sino el anverso. Lo que vivimos empíricamente y creemos que es la verdad de la historia, resulta que se nos invita a verlo, por el contrario, como la afloración visible de una realidad más profunda; pasamos por detrás de la faz de este mundo efímero, para descubrir el rostro de la tierra y los cielos nuevos.

Ese mundo venidero ha sido objeto de las llamadas enseñanzas escatológicas de Jesús. Pueden ser obscuras en muchos detalles, pero son perfectamente claras en dos puntos: Jesús afirma que El es el Señor del futuro y que todo el contenido de la historia humana encontrará su cumplimiento y su sentido a su debida hora. Jesús, en el momento en que ve sellarse el destino de su pueblo y deja a los suyos en medio de ese pueblo, les abre un futuro, haciendo así nacer a la Iglesia, que proseguirá su misión después de su muerte; El sabe que volverá a encontrarla cuando venga con los atributos del Hijo del hombre.

Mirad a la Iglesia, signo de Dios para el tiempo presente: pobre Iglesia desamparada, maltratada por las vicisitudes de la historia, pero vestida también con el manto maravilloso de la Jerusalén celestial. Es la Iglesia en sus luchas, pero caminando hacia su fin, su término y su meta. Del Alfa a la Omega: ésa es la línea que indica el sentido de la historia del mundo en la Iglesia y de la Iglesia en el mundo. Mirad la epopeya de la esperanza cristiana. Entrad en esta historia: «El Espíritu y la Novia dicen: ¡Ven!». Entrad en el juego y, ya ahora, en el gozo que durará toda la eternidad.

*
**

**Dios vivo, Tú no has hecho la vida
para que la fuente vaya a perderse
en las entrañas de la tierra.**

**Fecunda con tu Espíritu nuestra tan pesada humanidad,
haz que estalle la vida en nuestro corazón de piedra;
entonces la fuente regará en nosotros
la semilla que mañana dará fruto.**

**Padre del cielo y de la tierra
es bueno que te alabemos hoy,
en este día que nos acerca a la mañana eterna;
Tú no dejas que retorne a la noche anterior a los tiempos
el universo que creaste
para inundarlo con tu luz.**

**Sí, bendito seas, Dios de la esperanza,
Padre del futuro y creador del mundo nuevo,
aurora de paz en la noche del mundo.
Como brota la fuente tímida en el fondo del barranco,
así te deseamos: ¡ven a saciar nuestra sed!
Como reconoce el amigo la presencia que habla al corazón,
nosotros balbuceamos: ¡Ven, Señor Jesús!**

**Y ahora que se acerca la hora
en que hemos de estar atentos
para acoger al que viene,
y que vendrá sobre las nubes del cielo
para transformar la faz de la tierra
y hacerla pasar al mundo de mañana,
despierta nuestra memoria
para que celebremos la Pascua del Señor
antes de reemprender la larga marcha de este tiempo.**

**En la noche más oscura que la muerte
ha resonado un grito:
¡Es tu Hijo, Padre, que llama a la vida!
En la primera mañana, bañada por el primer sol,
ha surgido una esperanza:
¡Es el Hijo del hombre que resucita a la vida!
Antes de pasar de este mundo a Ti,
prometió mantener a su Iglesia
en la fe y en el amor.
Escucha, pues, Padre bueno, la invocación de tu pueblo:
engalana a la Esposa de tu Hijo para las bodas eternas:
que esté radiante
como una doncella que se presenta a su esposo;
que descubra el lugar de su nacimiento
en el cielo, junto a Ti.**

**Acaba con todo lo que pudiera afeor su belleza:
permanece junto a los que están tentados,
atrae a los que están perdidos,
acoge a los que Te buscan.
Guía a tu pueblo dándole pastores valientes
que marchan con la vista puesta en la meta:
el día de tu juicio.
Escucha la plegaria de los que has separado del mundo,
para que sean el lote de tu heredad;
haz que venga tu Reino
para responder a la invocación que se alza de nuestra tierra:
«¡Ven, Señor Jesús!»**

LA CLAVE DE LA HISTORIA

Apocalipsis 5,1-10. *Un libro escrito por dentro y por fuera. Y sellado. Un cordero inmolado, pero puesto en pie en medio de la asamblea celestial. Nuestra curiosidad se siente picada en lo más vivo; deseamos penetrar a la vez el simbolismo del animal y el secreto del libro. En efecto, lo uno no va sin lo otro; a lo largo del libro, el cordero va abriendo los siete sellos que cierran el rollo. Hay un secreto, y ese secreto, como el libro, está en manos de Dios.*

Pero entonces, ¿qué papel juega el cordero? Es figura de Cristo muerto y resucitado; de pie en medio de la corte celestial, es el Cristo, vencedor de la muerte.

Suele observarse que la apertura de los sellos desencadena una serie de calamidades que se abaten sobre la tierra y que anuncian la inminencia del juicio. Pero esto no es del todo exacto. En efecto, cuando el cordero abre el quinto sello, el vidente ve «debajo del altar las almas de los degollados a causa de la Palabra de Dios y del testimonio que mantuvieron» (6,9). Estos mártires reciben un vestido blanco que simboliza la vida divina que desde entonces comparten.

Por el contrario, la apertura del sexto sello (6,12ss) conlleva una catástrofe cósmica y la huida de los hombres hacia las cuevas y las montañas. En otras palabras, la actividad del cordero favorece la formación de dos colectividades, de las que la primera —a diferencia de la segunda— se beneficia del levantamiento del secreto. Unos quedan sumergidos en el espanto; los otros, los que dieron testimonio de la palabra de Dios, pasan de la muerte a la vida. ¿No hay aquí como un eco de aquellas palabras: «Si uno se declara en mi favor delante de los hombres, el Hijo del hombre se declarará en favor suyo ante los ángeles de Dios»?

El salmo 149 nos invita a unir nuestras voces a las de los Vivientes y ancianos para rendir homenaje al cordero inmolado.

Lucas 19,41-44: véase p. 200.

*
**

Los que siguieron a Jesús por los caminos de Palestina pasaron con El por una experiencia única, en la que Dios, la vida, la muerte, los hombres y las cosas aparecen bajo una luz nueva. Sus milagros sobre la enfermedad y la muerte y su propia resurrección cambian el sentido de la muerte y dan a la vida y a las acciones de los hombres una dimensión insospechada. Poco a poco, fueron descubriendo que Jesús es «Dios-con-nosotros».

¿Quién es capaz, entonces, de abrir el Libro de la historia y mirar su texto? Sólo Jesús, muerto y resucitado, es el testigo de lo que tiene que ocurrir, porque sólo El es la palabra definitiva de Dios sobre la historia de los hombres, palabra de salvación y de gracia. Los cristianos no tienen más testimonio que dar que éste: Jesús es el término de la historia; de ahí brotan la esperanza y el optimismo fundamental de nuestra palabra.

Por supuesto que también nosotros, como la primeras comunidades, nos vemos tentados por el desánimo; ¿qué representaban ellas frente a la persecución implacable que se desataba en un Imperio seguro de su fuerza y de su éxito? Pero fue entonces, por el contrario, cuando se purificó y creció su esperanza. El Apocalipsis sobrevuela rápidamente el tiempo presente y el futuro, y el vidente, iluminado por la fe, declara que Jesús es el Viviente y que con su sangre lo ha redimido todo para Dios. Cuando contempla a Jesús sentado en su gloria, descubre con asombro el señorío del Maestro. Después de esta visión, el cristianismo no puede contentarse con un Jesús recortado por nuestras rutinas o por nuestra fe de corto alcance.

Con Jesús, nuestra esperanza no es un mesianismo terreno ni una espera del Reino de Dios sin vinculación alguna con nuestra historia humana, sin que nos remite a todas nuestras tareas, pero bañándolas con una nueva luz. Porque la historia de la salvación no está tejida de una trama distinta de la carne de nuestra aventura cotidiana. El libro que abre el Apocalipsis habla el lenguaje de los hombres: delante de Dios, Jesús se acuerda por toda la eternidad de las ilusiones, las esperanzas, las palabras y los gestos, los sufrimientos y las alegrías que constituyeron su vida humana.

*
**

**Dios y Señor de la historia,
abre para nosotros el libro en que está escrita nuestra dignidad:
révelanos el sentido de nuestra vida.**

**Que nuestros esfuerzos por construir un mundo más humano
se inscriban en el proyecto de tu alianza
e inauguren para los hombres de nuestro tiempo
lo que será en la eternidad.**

*
**

**¿Quién podría encerrar tu Palabra
en los límites de un libro?**

**Señor Jesús, haz de tu Iglesia
el libro abierto hasta el fin de los tiempos
en el que los hombres lean la historia inaudita
de tu amor infinito,
Buena Nueva y esperanza incansable
por los siglos de los siglos.**

TIENES QUE PROFETIZAR

Apocalipsis 10,8-11. En el Apocalipsis, los libros se suceden sin parecerse. El primero estaba sellado con siete sellos, y su apertura por parte del cordero mostraba la precariedad de la existencia cristiana en medio de la lucha sin tregua que libran el Bien y el Mal. El libro del capítulo 10 es pequeño y está abierto, lo cual parece anunciar una revelación más limitada y más próxima.

Su apropiación por parte del vidente pone el acento sobre la paradoja de la misión profética, enunciada ya por Jeremías y por Ezequiel. Efectivamente, el libro resulta ser dulce como la miel, y el profeta se lo tiene que comer para asimilar un contenido que tendrá que comunicar luego a sus hermanos. Pero, por otra parte, el libro resulta amargo en las entrañas, lo cual parece aludir al juicio que contienen sus páginas.

Tomada del gran salmo 118, la estrofa del gradual subraya la sed de verdad del profeta.

Lucas 19,45-48: véase p. 202.

**

«Tómalo y cómetelo». Hay que «digerir» despacio la palabra de Dios para que pueda dar fruto en nosotros y convertirse en fuente de una palabra nueva.

«Tienes que profetizar», pero antes tienes que escuchar lo que has de decir. Si tratamos de llegar a la palabra dirigida al hombre hace siglos, es para que ella nos afecte hoy a nosotros. Porque, si Dios no nos habla hoy, ¿qué nos importa que haya hablado en el pasado? Lo que buscamos apasionadamente en la Biblia es cómo acostumbra Dios a hablar a los hombres, cómo lo hizo ayer y cómo lo hace hoy. «Cómete el libro»: así pues, la experiencia de la revelación es experiencia de comunión; la palabra de Dios se hace palabra nuestra, nacida en lo más hondo de nuestro ser.

«Tienes que profetizar» y decir lo que has devorado: el hombre no está solo y abandonado; el Verbo se ha hecho libro vivo, testimonio vivo y carnal de la solicitud del Creador, que es también permanente solicitud. Promovido a la dignidad de interlocutor privilegiado de Dios, el hombre ha

recobrado su eminente dignidad y, curado de su sordera, se ha visto libre de su mutismo. Alfa y Omega de nuestras angustias y de nuestras esperanzas, la Biblia es el libro-milagro que sabe hablar a todos dirigiéndose a cada uno. Y porque no es solamente el libro del destino humano, sino también una manifestación del destino de Dios, creemos, con fe íntegra, que Dios vive para nosotros mientras viva para nosotros su palabra. «Tienes que profetizar»: la revelación depende de las palabras de hombres poseídos por la única palabra «digerida».

MUNDO NUEVO

Apocalipsis 11,4-12. *La visión del libro pequeño va acompañada de la entrada en escena de dos testigos «encargados de profetizar». Su descripción está inspirada en la famosa visión de Zac 4,2-14, en el curso de la cual el profeta contempla un candelabro, símbolo de la presencia divina en el templo, y dos olivos que representan al sumo sacerdote Josué y al descendiente davídico Zorobabel, encargados —después de regresar del destierro— de acelerar la reconstrucción del templo, como preludio de la restauración del culto. La visión de Zacarías «hizo una buena carrera» mesiánica, pero el autor del Apocalipsis la modificó introduciendo un segundo candelabro, en el que los críticos suelen ver la imagen de la Iglesia, «que recapitulaba el testimonio de Moisés y de Elías (v. 6) y el de Cristo muerto y resucitado en Jerusalén (vv. 7-12)» (TOB). Pero, mientras que el v. 5 subraya la fuerza del testimonio, el final de la visión recuerda que ese testimonio puede llegar hasta el martirio.*

Por eso es el momento de subrayar que el Apocalipsis es contemporáneo de las primeras persecuciones desencadenadas por el imperio romano contra los cristianos. La bestia sale del abismo (v. 7) puede identificarse con el Estado perseguidor; de forma general, simboliza, junto con el dragón y la otra bestia, a las fuerzas demoníacas; llamada «falso profeta» en 16,13, está encargada de la organización de las sociedades enemigas de Dios y seduce a los hombres con su espíritu de mentira. En cuanto a la gran ciudad, llamada «Sodoma y Egipto», debido a su idolatría y a su impureza, designa a Jerusalén, la ciudad que «mata a los profetas», pero también a la capital del Imperio. Finalmente, advertiros que, después de evocar la persecución, el autor proclama la victoria de los mártires en términos que recuerdan la resurrección de los huesos secos de Ez 37.

El salmo 143 está formado de varias composiciones. Los versículos que aquí se recogen celebran la protección con que Dios rodeó al rey judío durante la batalla contra los enemigos del pueblo. Hoy celebran la victoria de los testigos fieles.

Lucas 20,27-40: véase p. 205.

*
**

Los saduceos no creían en la resurrección de los muertos. Para ellos este dogma era una innovación sin fundamento en la tradición. Con un ejemplo sacado de la ley de Moisés, que ellos respetan como buenos tradicionalistas, los saduceos tienden una trampa a Jesús, el cual sale al paso de toda fantasía: el mundo que Dios instaure no tiene nada que ver con las

normas antiguas. Lo que Dios promete no es la prolongación perfeccionada de un mundo limitado: el mundo de Dios trasciende todas nuestras categorías. Por eso es por lo que dicho mundo debe ser revelado, es decir, dado, ofrecido.

¿Quiere esto decir que nuestro mundo carece de importancia a los ojos de Dios? Si es así, ¿a qué viene tratar de inventar la fidelidad, dado que, de todos modos, en el más allá habremos de vivir de una manera absolutamente distinta? ¿Por qué vamos a emplear nuestras fuerzas, sin ahorrar penalidades, en construir un mundo mejor, si a fin de cuentas todo va a ser radicalmente invertido? ¿Tendremos, pues, que adoptar la actitud de los primeros cristianos, que aguardaban el retorno del Señor velando en oración y desentendiéndose de este mundo? ¿Tendremos que volvernos hacia el mañana y no ver en nuestra tierra más que un valle de lágrimas?

A los ojos de la fe, nuestro mundo tiene un valor extraordinario: ¡es la parábola del mañana! Por supuesto que habrá de producirse una ruptura entre lo que nosotros construimos y lo que nos será revelado, pero la comunión futura queda ya esbozada en las fraternidades presentes. La paz definitiva, que se llama «reconciliación con Dios y justicia interhumana», está siendo ya alumbrada en los valerosos esfuerzos por transformar la faz de la tierra. El mañana será nuevo, pero consistirá en el descubrimiento asombrado del valor oculto y secreto del tiempo presente. Del mismo modo que el hombre se encuentra ya por entero en el niño que fue, aun siendo radicalmente diferente y nuevo, así también la tierra de Dios, ofrecida ya en germen en nuestro tiempo, será la floración plena del proyecto de Dios.

*
**

**Oh Dios, esperanza nuestra,
Tú nos congregas
y tu Palabra nos revela
el sentido de nuestra existencia.**

**Abre nuestros ojos y nuestros corazones
más allá de las preocupaciones
y las limitaciones de lo cotidiano
y haznos reconocer en Jesús
la fuente de la vida
desde ahora y por todos los siglos.**

*
**

**Señor, Dueño del tiempo y de la historia,
tu Reino no es de este mundo:
Tú se lo ofreces a quienes resistan en la fe.**

**Que tu Espíritu de amor sea nuestra fuerza cada día
y aguardaremos en paz
la llegada de los tiempos futuros,
la transformación de nuestro mundo por los siglos sin fin.**

EL CANTICO DE LOS SALVADOS

Apocalipsis 14,1-3.4b-5. *La visión del cordero del capítulo 14 se sitúa después de la descripción de los dos satélites del dragón y antes del anuncio del juicio. Presenta una liturgia celestial, celebrada por los ciento cuarenta y cuatro mil personajes, de los que el autor alaba su estado de inocencia. «Estos son los que no se mancharon con mujeres» (v. 4a) y «en cuya boca no se encontró mentira», lo cual, en lenguaje bíblico, significa que rechazaron la idolatría, ya que la virginidad es lo opuesto a la prostitución de los que aceptaban los falsos cultos, concretamente el del César.*

Esta visión caracteriza el tiempo de la Iglesia. En efecto, ya hemos visto que el cordero, de pie e inmolado a la vez, es la figura de Cristo muerto y resucitado. Su situación «sobre el monte Sión» indica un espacio de encuentro entre la tierra y el cielo; el cordero es el equivalente del sumo sacerdote de la epístola a los Hebreos, al mismo tiempo «acreditado ante Dios» y «capaz de comprensión» para con los hombres. El es la norma de todos los que le siguen, esos ciento cuarenta y cuatro mil marcados por el sello divino, pero que, viviendo en el tiempo, sufren la persecución. Son inmolados a imagen del cordero, pero la liturgia que se eleva a los cielos anticipa su victoria. Lo mismo que el cordero, pertenecen a la esfera celestial; el juicio los hará pasar de la muerte a la vida. De este modo se profundiza la función del cordero; la apertura de los sellos tiene como consecuencia la constitución de una comunidad que vive bajo su signo.

El salmo 23 repite de una forma lírica la nobleza de todos los que siguen al cordero «a dondequiera que vaya».

Lucas 21,1-4: véase p. 210.

*
**

Mucho tiempo estuvo Jesús caminando con sus discípulos, y hasta en su propia carne experimentó la oposición que su presencia originaba. Se enfrentó al mal en todas sus formas, y ahora se encuentra en el templo. Se acabó el tiempo de las controversias; se consumó la ruptura entre Jesús y las autoridades religiosas del judaísmo. Muy pronto, Jesús anunciará la destrucción del templo. Y, simultáneamente, perecerán las observancias legales de un mundo caduco. Los «últimos tiempos» ya están cerca, y los adversarios de Jesús caerán con el mundo que ellos representan.

En el templo, Jesús se fija en una pobre mujer que acaba de echar en el cepillo de las ofrendas todo lo que necesitaba para vivir. Por tanto, se ha quedado sin nada. Viuda, estaba ya privada de todo apoyo humano; con los extranjeros y los huérfanos, es el símbolo vivo del oprimido sin defensa alguna. Se despoja de lo que tiene; ahora está sin nada, sin bienes materiales y hasta sin dotes religiosas. Va a ocultarse detrás de una columna: «Señor, no soy digna de ponerme delante». En el atrio, los ricos exhiben su generosidad y los escribas se apresuran a ocupar la primera fila. Pero ella, la viuda, no tiene nada que ofrecer.

«El que quiera salvar su vida, la perderá; y el que la pierda, la salvará». Jesús siente que se le escapa la vida: va a despojarse y no guardará nada para sí; su túnica será echada a suertes y se repartirán sus vestidos. Le robarán hasta su muerte: El, que declaraba hablar en nombre de Dios, será condenado como un vulgar instigador. Entre tanto, los hombres, seguros en sus riquezas y satisfechos de su buena conciencia, seguirán creyendo en una salvación que se atribuyen a sí mismos...

Pero la pobre mujer lo ha dado todo, todo lo que tenía para vivir. Y Jesús se reconoce en ella: ella lo dio todo, porque amaba apasionadamente; Jesús lo dará todo para que los hombres reconozcan la pasión de Dios. Sólo entrarán en el Reino los que hayan aprendido del Cordero el cántico de los salvados, los que hayan seguido al Hijo hasta el final del amor. Ciento cuarenta y cuatro mil, es decir, una multitud incalculable. Multitud de pobres y de pequeños que no tienen otra cosa que ofrecer más que su pobre vida. Una vida entregada, en la vulgaridad de lo cotidiano, al amor y a la misericordia. Multitud de pobres y de pequeños que creen que no han hecho nada extraordinario, siendo así que han sido fieles al orden extraordinario de Dios. Han aprendido el cántico del Cordero; en comunión con El, pueden pasar al mundo de Dios. En el gesto de aquella pobre mujer, en la vida de todos los que se parecen a ella, Jesús vio su propio destino.

*
**

**¡He aquí el pueblo inmenso
de los que te han buscado, Señor!
Pobres en virtud, ricos por tu misericordia,
se abandonan a tu juicio.
No olvidéis que ellos rechazaron
toda seguridad que no fuera la mirada amorosa de tu Hijo.
Acógelos en tu Reino:
en la ofrenda de sí mismos
aprenden ya de tu Amado
el cántico de la victoria.**

LA ESPERANZA PARA ATRAVESAR LA HISTORIA

Apocalipsis 14,14-19. *«¡Despiértense y suban las naciones al Valle de Josafat!
Que allí me sentaré yo para juzgar a todas las naciones circundantes.
Meted la hoz,
porque la mies está madura;
venid, pisad,
que el lagar está lleno
y las cavas rebosan,
tan grande es su maldad».*

El autor del Apocalipsis se inspira probablemente en Joel 4,12-13 para describir, de una forma muy tradicional, el juicio escatológico. Las imágenes de la siega y de la vendimia son frecuentes, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, para evocar este juicio. Ocurre lo mismo con la figura del Hijo del hombre. Mientras que el cordero sugiere más bien la protección de que goza la comunidad de los elegidos, el Hijo del hombre, tanto aquí como en las cartas a las Iglesias, se presenta con los atributos de la realeza y de la justicia.

De estilo himnico, el salmo 95 contiene elementos teofánicos aptos para subrayar la realeza de Yahvé.

Lucas 21,5-11: véase p. 212.

*
**

«Se alzarán pueblo contra pueblo... Habrá grandes terremotos, y en diversos países epidemias y hambre. Habrá también espantos y grandes signos en el cielo». Los que vaticinan desgracias han tenido siempre la palabra fácil, y el miedo y la angustia siempre encuentran el modo de prender en el corazón. ¿No son el miedo y la aprensión poderosos motores de la historia? ¡Para los profetas de desdichas los tiempos de crisis son tiempos de gracia!

En el momento en que el evangelista Lucas pone por escrito el testimonio de la fe de ciertas comunidades cristianas, ya ha sido destruido el templo de Jerusalén. De aquel santuario, orgullo del pueblo judío, ya no queda piedra sobre piedra. ¡Nada! Creían que era sólido, capaz de resistir todas las tempestades; Herodes había querido que fuera más hermoso que el de Salomón;

sus muros se levantaban poderosos hacia el cielo, como un signo tranquilizador para la fe de los creyentes. Y he aquí que, tan sólo unos años después de concluida su reconstrucción, la guerra lo había arrasado todo. Todo se ha venido abajo.

¿Habrá sonado, pues, la hora del juicio? ¿No era la destrucción del templo, para la primera generación cristiana, el signo del fin? «Cuidado con que nadie os engañe. Porque muchos vendrán usando mi nombre, diciendo: 'Yo soy', o bien 'el momento está cerca'. No vayáis tras ellos». El evangelista, apoyado en su fe, levanta la cabeza; el Evangelio es un anuncio de gracia y bendición; los últimos tiempos no son una época de cataclismos. El Día del Señor amaneció cuando la noche de cierto viernes se iluminó con un alba sin fin. El juicio de Dios se pronunció cuando el sepulcro cerrado se abrió a una Vida que no puede agotarse. Los tiempos se han cumplido; en la Pascua del Señor, el mundo ha pasado a la tierra de Dios, la historia se ha transformado y ni los signos en el cielo ni los terrores de nuestro mundo podrán jamás poner en cuestión esa transformación. ¿Cómo es posible que hayamos cantado «dies irae dies illa», como si todo tuviera que terminar en medio del pánico?

Los tiempos se han cumplido, porque todo ha cambiado con la resurrección de Jesucristo. Pero esta tierra nueva no se nos ha dado «llave en mano». La esperanza hay que vivirla cada día, y la historia está por hacer. Combate de la fe perseguida por demasiadas evidencias contrarias, maltratada por demasiados desarreglos y esperanzas fallidas, agredida por demasiadas decadencias. «¡He aquí que llega el día del Señor!»: siempre está viniendo. Los tiempos cumplidos son una Pascua continua, un paso y una invitación a la perseverancia. Invitación a entrar en la historia para vivir, dentro de ella, del fermento evangélico.

Hermanos, si las murallas de nuestras seguridades demasiado humanas llegan a derrumbarse, y si hasta lo que había de más sagrado para nosotros en el mundo se viene abajo, no escuchéis a los profetas de desdichas: ¡están mintiendo! La benevolencia de Dios es su última palabra. Creedlo: tenemos la esperanza en nosotros como un navío frágil para atravesar las tempestades. ¡Para atravesar la historia!

*
**

**Dios y Padre nuestro,
Señor de los siglos y de la historia:
los tiempos de tu promesa se cumplen
y tu palabra juzga al mundo.
El mundo antiguo desaparece,
¡llega la tierra nueva!**

**Por la fuerza del Espíritu recibido en nuestro bautismo,
haznos pasar a tu Reino:
¡que cantemos con todos los bienaventurados,
el cántico de los salvados!**

TESTIMONIO

Apocalipsis 15,1-4. *El fin está cerca y, con él, la destrucción de los enemigos de Dios. No se trata aquí más que de una victoria: la de quienes han triunfado sobre la bestia. Están ya en la Tierra prometida y cantan el cántico del cordero, sin duda un himno litúrgico inspirado en los salmos. El combate que han tenido que librar lo sugiere la presencia del mar. En efecto, sabemos que en la simbólica de la Biblia el mar es considerado como el refugio de las potencias diabólicas; aquí evoca al mundo pagano en lucha perpetua con la Iglesia de los testigos.*

Pero ahora el mar es firme y transparente como el cristal, y los vendedores de la bestia lo han atravesado como atravesaron los hebreos el mar Rojo, bajo la guía de Moisés y la protección de Yahvé. Por eso pueden dar gracias a Dios, lo mismo que el pueblo, salvado de los egipcios, había cantado su agradecimiento (cf. Ex 15).

El salmo 97 invita a cantar a Aquel que no ha dejado de rodear a su pueblo de una protección muy especial.

Lucas 21,12-19: véase p. 215.

*

**

Cuando la fe se ve perseguida por demasiadas evidencias contrarias, cuando la esperanza se ve maltratada por demasiados problemas y deseos fallidos, cuando nuestra voluntad de seguir a Jesús se ve atacada por demasiados fracasos, no nos queda más que un recurso: aferrarnos, no ya a nuestras propias palabras, que son vacilantes, sino a la fidelidad de un testimonio; apoyarnos, no ya en una esperanza incierta, sino en un amor que atraviesa las vicisitudes del tiempo; fiarnos, no de una obediencia «pillada en falta», sino de una seducción engrandecida por el perdón. Si «aguantamos, es porque la fe, la esperanza y el amor de la Iglesia vienen en ayuda de nuestras vacilaciones, de nuestros retrocesos y de nuestras tibiezas. La perseverancia de la Iglesia es lo que constituye nuestra seguridad en estos tiempos difíciles.

Estamos ante la Iglesia como el niño que escucha de labios de su madre los recuerdos de su esposo. No lo conoceremos nunca más que a través de ella. Su memoria sigue estando influida por su fe y su amor, y puede asaltarnos la sospecha de que ello ha podido alterar sus recuerdos. Pero ¿cómo vamos a sospechar que quiera engañarnos, y de quién podríamos

fiarnos, sino de aquella que fue la compañera de su vida, para conocer no solamente la historia, sino el corazón de la historia, es decir, el corazón del esposo? Si podemos perseverar en la fe, es porque aprendemos de nuestra madre a penetrar en los secretos de nuestro Maestro.

Estamos ante la Iglesia como el niño que se agarra a la mano de su madre para dar un nuevo paso, para atravesar un nuevo umbral. La seguridad que hayamos podido adquirir ante la vida y sus problemas nos viene de esa confianza aprendida de su firme guía. Si podemos perseverar en la esperanza, es porque aprendemos de nuestra madre a enfrentarnos a lo desconocido y a arriesgarnos; es porque ella nos educa para que crezcamos y nos atrevamos a inventar el mañana.

Estamos ante la Iglesia como el niño que se vuelve hacia la que puede consolarlo de sus fracasos y se hace su intérprete compasiva ante el padre. Aprendemos de ella su misericordia paternal. Hemos ido iniciados por ella en los secretos de la vida, y ella ha guiado nuestros primeros pasos. Y volvemos a ella cuando sobreviene la duda, el error o la decepción. Si perseveramos en la caridad, es porque aprendemos de nuestra madre a vivir un ideal; es porque ella nos sostiene para dar consistencia a nuestro proyecto.

Cuando lleguen los tiempos difíciles para vuestra fe, para vuestra esperanza o para vuestra caridad, volved, hermanos y hermanas, a vuestra madre: gracias a su perseverancia alcanzaréis la vida.

*

**

**Dios y Padre nuestro,
fiel a tu promesa,**

**Tú nos sostienes con tu Espíritu
en las pruebas de este tiempo.**

**Consérvanos en la fe, en la esperanza y en la caridad:
que nuestra perseverancia nos obtenga la vida.**

*

**

**En la hora del desaliento,
Señor, sé nuestra fuerza.**

**En la hora de la desgracia,
sé nuestra paz.**

**En la hora de nuestra caída,
sé nuestro perdón.**

**En todo tiempo,
danos el pan de tu misericordia:
que no nos resulte demasiado duro
perseverar hasta el final de la historia.**

AQUEL DIA

Apocalipsis 18,1-2.21-23; 19,1-3.9a. *«Babylone halt. Trains stop here». Un alto en pleno desierto: era todo lo que quedaba de Babilonia el siglo pasado. El año 539 a.C., la ciudad, orgullosa hasta el punto de haber inspirado el relato de la torre de Babel, sucumbió a los asaltos de Ciro. Este acontecimiento tuvo sobre los desterrados las repercusiones que son fáciles de adivinar. Ya los oráculos de Jer 50-51 habían sacado las lecciones que se imponían; en la caída de Babilonia habían vislumbrado la suerte de todos los imperialismos que intentasen imponer su ley a costa del derecho de las gentes.*

El autor del Apocalipsis pronuncia un juicio idéntico. La nueva Babilonia, la «gran Ramera que corrompía la tierra con su prostitución», la Roma de los Césares que blasfema contra el Dios de los cristianos conocerá también la decadencia; así se verificará una vez más la fragilidad de las potencias terrenales.

«¡Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero!» A todos los que han sido marcados por el signo de Dios, a los que «lavaron su ropa en la sangre del Cordero», les invita el salmo 99 a celebrar la victoria divina sobre el dragón infernal.

Lucas 21,20-28: véase p. 217.

*
**

Hay que reconocerlo: los anuncios que la Palabra proclama todos estos días nos resultan poco atractivos y nos desconciertan. Nos sentimos extraños a ese lenguaje, a esas visiones grandiosas pero irregulares, a esas violencias que nos parecen intolerables o gratuitas. Sin embargo, esas visiones enigmáticas, esas imágenes poco coherentes, esos apuntes, a la vez fulgurantes y simplistas, no sirven solamente, en el ánimo de Jesús, para describir el acontecimiento final, el último día de nuestro mundo, sino que abarcan todo el futuro, el suyo y el nuestro. Esos textos pueden ser oscuros, pero lo cierto es que atestiguan que Jesús es el Señor del futuro y que los siglos se acabarán con su venida; que todo el contenido de la historia humana encontrará en aquella hora su sentido y su cumplimiento. El futuro no está escrito, sino únicamente evocado en la sucesión del tiempo presente, cargado de significado.

Aquel día, «los hombres quedarán sin aliento por el miedo y la ansiedad... Pero vosotros levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación». De la fatalidad que nos arrastra como los troncos son arrastrados por la corriente, nos llega una llamada que resuena como un trueno. No estamos encerrados en un círculo infernal... Cada día temblamos de miedo por «lo que se le viene encima al mundo»: ¿será mañana para nosotros ese terrible hoy de los pueblos hambrientos y de las guerras fratricidas? ¿El de la carrera hacia el subdesarrollo o hacia el desarrollo de las cadenas de los gulags? ¡Alzad la cabeza! ¡No os deis media vuelta, que estáis caminando hacia el Día del Señor! Y aunque tarde cien mil años, este mundo del que se han retirado la Justicia y el Amor, este mundo de gentes que se sienten solas por haber excomulgado al amor, ¡este mundo perecerá! «Aquellos días —canta el salmo— florecerá la justicia y la paz para siempre». El ciego verá que el almendro está en flor, y el prisionero sentirá que la noche toca a su fin. Llegará ese día; no estamos en una historia de locos que se limite a recomenzar incansablemente, continuamente. Dios os dice hoy: «Manteneos vigilantes, mirad, escudriñad, vivid».

Llegará ese día; la historia camina hacia su cumplimiento. Llegará ese día; la vida no camina hacia su perdición. Cuando os ocupéis de vivir realmente delante de Dios, cien mil años serán como un día. Para Dios, el final de las cosas ya ha comenzado y la eternidad ya está en juego. «¡Aleluya! ¡Es a Dios a quien pertenece la salvación, la gloria y el poder, porque sus juicios son justos y verdaderos!»

*
**

**Dios, Providencia nuestra,
libranos del temor
y concede a nuestro tiempo la paz.
Por tu amor, libranos de nuestros temores,
levántanos con tu misericordia:
haznos ver tu promesa
y que nos sea dada tu salvación.**

*
**

**¡Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero!
Bendito seas, Padre nuestro:
tuyos son
la salvación y el poder.
Pronuncia tu juicio sobre nosotros:
que llegue para nuestro mundo
el tiempo de tu gracia y de los esponsales,
la consumación de tu alianza.**

BROTOS DE PRIMAVERA

Apocalipsis 20,1-4.11 — 21,2. *El anuncio de la caída de Roma va seguido de una noticia sobre el encadenamiento temporal de Satanás (vv. 1-6), una escena de juicio (vv. 11-15) y todo lo relativo a las bodas del cordero (21 — 22,5). El encadenamiento del dragón por mil años ha hecho ya correr mucha tinta; por eso conviene que volvamos por un momento sobre el valor figurativo del dragón y de las bestias. Se observará, en primer lugar, que, si el dragón es el rival de Dios, nunca le ataca a El, sino a sus representantes en la tierra: el niño mesiánico y la descendencia de la mujer (cap. 12). Por lo demás, el Apocalipsis se complace en subrayar la inutilidad de sus empresas. Es precipitado en la tierra por los ejércitos celestiales de Miguel (12,9), lo cual acarrea funestas consecuencias. En efecto, al haber perdido su lugar en el cielo, el dragón se apostó en la arena del mar», de donde hace surgir a dos bestias que le asisten en su tarea demoníaca. De hecho, ese dragón se presenta como el «pretendido dios de abajo» (Apocalipsis y teología de la esperanza), y con sus ayudantes intenta engañar a los hombres. Es el dios de la mentira, pero su encadenamiento y la liquidación de las bestias le impiden llevar a cabo sus proyectos.*

En cuanto a los mil años, evocan ciertas especulaciones relativas a la estancia de Adán en el paraíso; significan que, con la venida de Cristo y el apresamiento de Satanás, los creyentes tienen de nuevo acceso a la vida del paraíso. De hecho, la neutralización del dragón va seguida del retorno a la vida de los que fueron «decapitados por el testimonio de Jesús». El juicio final se concreta en la apertura sucesiva de los «libros» y del libro de la vida. Los que se han salvado son los elegidos de Dios (libro de la vida) y han cumplido obras buenas (libros). La muerte física queda entonces destruida y, al igual que ocurrirá más tarde con el dragón, es arrojada al abismo. Como en todos los frescos apocalípticos, la primera creación es eliminada para dar paso a un mundo nuevo, en el que ya no hay lugar para el mar, refugio de Satán. Se produce entonces la gran visión de la Jerusalén celestial, la Iglesia de los vencedores.

El salmo 83, de factura muy elaborada, se compone principalmente de un cántico en el que los peregrinos manifiestan a los servidores del templo su alegría por encontrarse en los atrios del Señor.

Lucas 21,29-33: véase p. 221.

**

Jesús llega al monte de los Olivos y contempla Jerusalén, la ciudad que no acaba de morir. Los fariseos se aferran a ella, los sacerdotes se empecinan, los romanos se instalan... Jesús llega al monte de los Olivos y contempla nuestro mundo. Un mundo hecho pedazos, una sociedad descompuesta, la religión misma quebrantada. Todo el mundo exige datos, signos, cosas seguras, ¡y no hay signos! Nuestro mundo desaparece, ¡y todo el mundo se aferra a él! Los hombres se ensañan, los regímenes persisten y la Iglesia no acaba de lamentar su pasado. Está despertando un mundo nuevo y no hay nadie capaz de verlo.

Dejémonos instruir por la comparación de la higuera. El árbol muerto es un árbol en flor: la cruz estalla en resurrección. La simiente arrojada en tierra produce su fruto: es preciso morir para vivir. «Se abrió el Libro de la Vida... y el mar entregó sus muertos... Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra han pasado y el mar ya no existe». Los profetas de desdichas seguirán aún medrando, pero no hay que creerlos. Quienes dicen que el mundo no marcha olvidan que Dios está al timón de la historia. ¡Fijémonos en los brotes de la higuera! ¡Dejemos, pues, que muera el mundo viejo, porque el mundo nuevo ya está aquí!

«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán». Nuestra esperanza puede resistir. Nuestra esperanza es ese acto absurdo de fiarnos de quienes nos han dicho que la Palabra de Dios que ellos habían recibido era una Palabra viva, activa y capaz de transformar radicalmente la realidad. La esperanza consiste en que esa Palabra de Dios puede seguir siendo pronunciada, puede seguir naciendo, puede seguir siendo decisiva. Más aún: nuestra esperanza no es solamente la espera o la certeza, sino también la exigencia. Nosotros obligamos a Dios a mantener su palabra y a no desmentirse: «Mis palabras no pasarán». Cuando parece que Dios no conduce ya la historia, hay que obligarle a que lo haga. Y esto puede hacerse en forma de llamamiento angustioso, de queja, de lamentación, de plegaria de arrepentimiento, o puede también hacerse en forma de atrevida exigencia, de protesta, de acusación... Nuestra esperanza ni apacible confianza ni tímido recurso al futuro ni estéril espera, sino que es la respuesta plena y vigorosa de un hombre firme y decidido: Dios no tiene más remedio que mantener su palabra. La esperanza es provocación y no acepta que la palabra de Dios sea cosa del pasado. La esperanza le pide cuentas a Dios si éste no actúa como había dicho o demostrado que lo hacía. La esperanza es reivindicar el mantenimiento por parte de Dios de su palabra. La esperanza es una «manifestación» contra el fracaso, «la manifestación de la libertad contra la muerte» (A. Neher). «Vi cómo la muerte era arrojada a un lago de fuego». Y aunque la esperanza es en cierto modo blasfema, porque puede llegar a obligar a Dios en contra de sí mismo, nuestro futuro y nuestra historia no pueden estar abocadas a la perdición: la tierra nueva, la Jerusalén de arriba, descenderá del cielo, hermosa como una esposa engalanada para su esposo. La palabra de Dios ha de tener razón.

**

**El tiempo huye, el mundo pasa;
la higuera ya está en flor y la cruz ha reverdecido;
¡bendito seas, Dios y Padre nuestro:
hacia Ti camina nuestra historia!
Te pedimos que nuestra esperanza no desfallezca
sino que nos permita vislumbrar ya desde ahora,
la alegría de tu salvación.**

Sábado de la trigésima cuarta semana

VIGIAS DEL FUTURO

Apocalipsis 22,1-7. «El ángel del Señor me mostró... el río de agua viva, luciente como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero». El río del Apocalipsis recuerda el del Génesis, que salía de la tierra para regar el jardín del Edén; y evoca también el torrente de la visión de Ezequiel, que salía del templo para ir a sanear el mar Muerto. El simbolismo es claro: la vida viene directamente de Dios y del cordero; por eso la visión del río se prolonga en la del árbol de la vida, de virtudes medicinales y con una fertilidad propiamente escatológica. Vida y luz: tales son las características de la Jerusalén celestial, puesto que «la gloria de Dios la ilumina, y su lámpara es el Cordero» (21,23).

Es de lamentar que la liturgia haya escamoteado los últimos versículos del libro, concretamente los que describen el encuentro de la esposa con el cordero (22,17), ya que estos versículos son esenciales para medir todo el alcance del apocalipsis de Juan. En efecto, hay que insistir en el hecho de que esta obra no narra «un simple retorno a la edad de oro primitiva, sino más bien el cumplimiento de un plan anunciado proféticamente por la historia del comienzo» (P. Pringent). Cristo está en el centro del Apocalipsis; es El quien abre las puertas del paraíso (22,3 indica que se ha levantado la antigua maldición). Por eso hay que preguntarse cuándo y cómo se lleva a cabo este acceso. En otras palabras, ¿está el Apocalipsis totalmente orientado hacia el futuro?

El tema milenarista, como hemos indicado, insiste en el hecho de que la llegada del Reino permite, ya desde el momento presente, la participación en la vida de Cristo. En efecto, desde la resurrección, la espera del Reino ha encontrado su cumplimiento. Cristo está ya en los sacramentos, especialmente en el bautismo y en la eucaristía (tal es el sentido obvio del agua de la vida y del Marana tha). Así pues, el apocalipsis de Juan no se libra de la tensión escatológica que caracteriza el tiempo de la Iglesia, sino que, por el contrario, se esfuerza en iluminar el «ya» y el «todavía no». Es sacramental de arriba a abajo.

Del salmo 94, la liturgia ha conservado solamente el salmo de peregrinación. Acompaña a la procesión de los cristianos que van al encuentro del Cordero inmolado y en pie sobre la montaña de Dios.

Lucas 21,34-36: véase p. 224.

**

En los primeros días del universo, en un jardín de delicias, se levantaba un árbol de la vida. Su fruto estaba prohibido a los hombres, y Satanás, el Divisor, había susurrado al hombre que, si comía de él, se convertiría en

Dios. Al final de la historia, una ciudad, en la que se reúnen todos los hombres, baja del cielo, de junto a Dios, hermosa como una novia engalanada para su esposo. En medio de la plaza, un árbol da su fruto doce veces al año: una vida dada con sobreabundancia para todos y para siempre. La maldición ha terminado; la vida no tendrá fin, y es el mismo Señor el que se convierte en la luz de la ciudad nueva.

Me diréis: quizás se trata de una promesa, pero sigue siendo un sueño. Una vez llegados al final de este último libro de la Biblia y al final también de la lectura continuada del evangelio de Lucas, una vez llegados al final del camino, se nos invita a reemprender de nuevo el mismo itinerario: «¡Tened cuidado!» ¿Es que hemos estado girando en redondo? Tal vez tengamos que rehacer incesantemente el mismo camino, siempre semejante y siempre recorrido de una manera nueva. «¡Tened cuidado!» La memoria de lo que nos ha ocurrido no nos lleva a creernos colmados por nuestros sueños referidos al pasado. Y cuando hemos rehecho nuestras fuerzas al borde del camino, lo hemos hecho con un pan que ha calmado nuestra hambre, pero que también la ha exacerbado. Hemos caminado hasta altas horas de la noche, pero aún no hemos llegado. Seguimos esperando la aurora.

Somos vigías del futuro, pero no nos dejamos obnubilar por él. El ojo que se fija obstinadamente en un punto no ve nada alrededor. El futuro y la ciudad nueva son un horizonte, pero el recorrido de nuestra marcha está por inventar; es preciso preparar de muchas formas el camino, y el propio horizonte habrá de desplazarse con nuestro caminar.

«¡Estad despiertos!» Nuestra espera tal vez se haga demasiado pesada, y la noche resulta a veces demasiado profunda. Pero sigamos escuchando: Dios viene y no deja de hacerlo. El día quiere nacer, y es precisamente por eso por lo que se construye ya hoy la ciudad nueva. Es por eso por lo que nuestra historia presente tiene una dimensión de eternidad. Porque, como tan acertadamente lo expresaba Péguy, he de creer que «yo, la historia humana, yo, la historia temporal, tengo una cierta importancia; yo, la historia, en mi larga historia, no hago nada ni cometo nada que no le interese de una manera casi física y natural a Jesús, a Dios. Yo no cometo temporalmente nada que no se inserte casi físicamente en el cuerpo mismo de Dios. Eso es el cristianismo. De lo contrario, no habría ni tierra ni hombre en absoluto. No habría más que el cielo y los ángeles... De lo contrario, no habrían valido la pena tantas complicaciones» (*Dialogue de l'histoire et de l'âme charnelle*, Éditions de la Pléiade, p. 391). Hoy, precisamente porque estamos vigilantes, se alumbra el tiempo de Dios, porque, como dice el Señor, «mira que estoy para llegar. Dichoso quien tiene presente el mensaje profético contenido en este libro».

*
**

**Señor y Dios nuestro, tú lo has puesto todo
en manos de tu Hijo amado.**

**Concedéndonos la gracia de resistir firmes en la fe
y vivir de su luz.**

**Que lleguen para nosotros el tiempo de tu gracia
y el día siempre nuevo de la eternidad.**

PARA UN COMENTARIO CONTINUADO DEL EVANGELIO DE SAN LUCAS

PARA UN COMENTARIO CONTINUADO DEL EVANGELIO SEGUN SAN LUCAS

El lector que prefiera centrar su meditación únicamente en el evangelio de Lucas encontrará un buen auxiliar en el comentario de los años impares y en el de los pares.

El siguiente índice facilita la localización de los distintos comentarios. Figuran en él el día de la semana, la referencia de la perícopa y su título y la página o páginas correspondientes. Faltan algunas perícopas que no han inspirado al autor un adecuado comentario.

22 L	4,16-30	Jesús en Nazaret	18,230
Mt	31-37	Jesús en Cafarnaún	21
J	5, 1-11	Vocación de los primeros discípulos	26,237
V	33-39	Discusión sobre el ayuno	239
S	6, 1-5	Las espigas arrancadas en sábado	241
23 L	6-11	Curación del hombre de la mano paralizada	242
Mt	12-19	La elección de los Doce	244
Mc	20-26	Discurso inaugural	42,246
J	27-38	El amor a los enemigos	249
V	39-42	La viga en el ojo	47,251
24 L	7, 1-10	Curación del criado del centurión	51
Mt	11-17	Resurrección del hijo de la viuda de Naim	53
Mc	31-35	Juicio de Jesús sobre su generación	56
J	36-50	La pecadora perdonada	58
V	8, 1-3	Los compañeros de Jesús	60
S	4-15	Parábola del sembrador	64
25 L	16-18	Parábola de la lámpara	66,273
Mt	19-21	Los verdaderos parientes de Jesús	68,275
Mc	9, 1-6	Misión de los Doce	70,276
J	7-9	Herodes y Jesús	72
V	18-22	Profesión de fe de Pedro	76,281
S	43-45	Segundo anuncio de la Pasión	79,283
26 L	9,46-50	¿Quién es el mayor?	82

LA SUBIDA A JERUSALEN

26 Mc	9,57-62	Exigencias de la vocación apostólica	87
J	10, 1-12	Misión de los setenta y dos discípulos	89,294
S	17-24	De qué deben alegrarse los apóstoles	93
27 L	25-37	El gran mandamiento	95,301
Mt	38-42	Marta y María	98,304

Mc	11, 1-4	El Padrenuestro	100,306
J	5-13	El amigo importuno	102,308
V	15-26	Jesús y Belzebú	106
S	27-28	La verdadera dicha	109
28 L	29-32	La señal de Jonás	111
Mc	42-46	Contra los fariseos y legistas	116
29 L	12,13-21	No acumular riquezas	328
Mt	35-38	Estar preparados	129
Mc	39-48	Estar preparados	132,334
J	49-53	He venido a traer fuego	134,336
S	13, 1-9	Invitación a la penitencia	340
30 L	10-17	Curación de la mujer encorvada	342
Mc	22-30	La puerta estrecha	148,346
J	31-35	Apóstrofe a Jerusalén	151,348
V	14, 1-6	Curación de un hidrópico	351
S	7-11	Elección de asientos	159,353
31 L	12-14	Elección de invitados	161,355
Mt	15-24	Los invitados que se excusan	164,257
Mc	25-33	Seguir a Jesús	167,360
J	15, 1-10	Las tres parábolas de la misericordia	169,362
V	16, 1-8	El administrador infiel	173,364
S	9-15	El buen uso de las riquezas	175,366
32 L	17, 1-6	Poder de la fe	178,368
Mt	7-10	Servir con humildad	180,370
Mc	11-19	Los diez leprosos	183,372
J	20-25	La venida del Reino de Dios	185,375
V	26-37	El Día del Hijo del hombre	188,377
S	18, 1-8	La viuda importuna	190,379
33 L	35-43	El ciego de Jericó	192,381
Mt	19, 1-10	Zaqueo	194,384
Mc	11-28	Parábola de los talentos	196,386

MINISTERIO DE JESUS EN JERUSALEN

33 V	19,45-48	Los vendedores expulsados del Templo	202
S	20,27-40	La resurrección de los muertos	205,394
34 L	21, 1-4	El óbolo de la viuda	210,396
Mt	5-11	Las señales precursoras	212,398
Mc	12-19	Las señales precursoras	215,400
J	20-28	La venida del Día de Dios	217,402
V	29-33	El momento de la Venida	221,404
S	34-36	Velar para no ser sorprendidos	224,407

INDICE TEMÁTICO GENERAL DE LOS CINCO VOLÚMENES

Sistematizar una reflexión espiritual nacida de la meditación que las lecturas de la liturgia somete a nuestra consideración a lo largo del año es una empresa un tanto aleatoria. No obstante, y por muy «reductor» que pueda parecer, el presente «Índice temático» tiene el innegable interés de remitir a los comentarios que abarcan los dos ciclos litúrgicos de la liturgia ferial. El índice ha sido elaborado en torno a unos grandes ejes: «La fe y su decisión», «La fe, sus exigencias y sus consecuencias», «La imagen de Dios», «La imagen de Jesús», «La Iglesia» y «La vida espiritual». Se trata, pues, de un índice incompleto y, consiguientemente, parcial, debido a que responde a unos criterios subjetivos. Lo que ha orientado su elaboración ha sido la imagen general de cada meditación, sin atender a todos los aspectos que puede contener cada una de ellas, lo cual habría hecho el índice interminable. Hemos optado, además, por transcribir el título de cada una de las meditaciones, con el fin de ofrecer ya una primera indicación del contenido de la reflexión a que remitimos. Recordamos el orden de los volúmenes de la obra: 1: Cuaresma y Tiempo Pascual. 2: Adviento-Navidad y Santoral. 3: Evangelio de Mateo. 4: Evangelio de Marcos. 5: Evangelio de Lucas.

ESQUEMA GENERAL DEL INDICE

A)	La fe y su decisión	413
A1.	La fe: abrirse a la Palabra de Dios	413
A2.	La fe: afirmación de un futuro posible	414
A3.	La fe es hacerse cargo del mundo	415
A4.	La fe, confianza en el amor de Dios	416
A5.	La fe en el corazón de los pobres	417
B)	La fe, sus exigencias y sus consecuencias	418
B1.	La conversión de la fe	418
B2.	La utopía y la esperanza cristianas	421
B3.	La moral cristiana, una ley nueva	422
B4.	La novedad de la Buena Noticia	423
B5.	Necesidad de ser salvados	424
B6.	La luz que da la fe	425
C)	La imagen de Dios: la teo-logía	426
C1.	El Dios de los cristianos: un Dios diferente	426
C2.	Dios de una alianza concertada en la historia	427
C3.	Dios revelado en Jesucristo	427
D)	La imagen de Jesús: la cristología	428
D1.	Jesús, rostro de Dios: el revelador	428
D2.	Jesús, modelo del hombre: el salvador	429
E)	La Iglesia, pueblo de creyentes	429
E1.	La Iglesia, sacramento de la Alianza en el presente	429
E2.	La Iglesia, testigo y prenda del tiempo futuro	430
E3.	La Iglesia al servicio del mundo nuevo	431
F)	La vida espiritual	432
F1.	La oración	432
F2.	La liturgia	432
F3.	María	433
F4.	La alegría	433
F5.	Lo cotidiano: donde se engendra la Buena Nueva	433

A. LA FE Y SU DECISION

(La primera cifra indica el tomo: la segunda, la página)

A1. La fe: abrirse a la Palabra de Dios

La conversión del corazón	1, 12
Corazón y práctica	1, 23
¡Inmediatamente!	1, 30
Hijo de hombre	1, 43
Cita en un brocal	1, 53
Renovación	1, 63
Gracia incansable	1, 65
Corazones obstinados	1, 69
La oración del corazón	1, 73
Se lo han llevado	1, 122
Pan partido para un mundo nuevo	1, 146
Por el hambre	1, 150
Maná: «¿Man hou?»	1, 157
Libertad	1, 165
Iluminación	1, 173
Amor	1, 175
Imitación	1, 179
Más allá de la cifras	1, 184
Consagrados	1, 194
Memoria	1, 196
Amor	1, 219
¡Entrad en el juego!	2, 39
Lo que nuestras manos palparon del Verbo de la Vida	2, 73
El Santo de Dios	2, 104
Fascinación	2, 109
Caminar hacia Dios	3, 31
El es nuestra salvación	3, 33
Sacrificado para nuestra Pascua	3, 46
Elegir	3, 48
Aquí estoy para hacer tu voluntad	3, 50
Primogénito	3, 53
Con toda seguridad	3, 56
Viendo lo invisible	3, 62
Estad sobre aviso	3, 69
La perseverancia en la fe	3, 76
Dichosos los que son perdonados	4, 18
De acuerdo	4, 30
Hacia Mambré	4, 50
En la roca	4, 55
Desmesura	4, 71

Padres de la Iglesia	4, 74
Ebriedad	4, 78
En el vado de Yabboq	4, 83
La Palabra como único equipaje	4, 93
El riesgo del testimonio	4, 97
Pacto	4, 138
El rostro iluminado	4, 151
Adherirse	4, 187
¡Todo es posible!	4, 210
El salario del corazón	4, 213
Participación	4, 216
Palabra de vida	4, 225
Servir a la Palabra	4, 227
El niño hablará	4, 229
Las bienaventuranzas, proclamación real	4, 244
La pasión del pobre	4, 246
El árbol de la vida	4, 274
Los sencillos lo entenderán	4, 314
Tu yugo sobre mis hombros	4, 316
Sin el menor favoritismo	4, 324
Parábolas para una alianza nueva	4, 326
El tartamudo hablará	4, 328
No hay peor sordo...	4, 330
Palabra sembrada a todos los vientos	4, 332
Seducción	4, 340
Historia con un perrillo	4, 352
¿Piedra de escándalo o piedra angular?	4, 354
Desviación en el próximo cruce	4, 356
Un grano de fe para curar a un lunático	4, 358
Una huida con sabor a miel	4, 364
Los ricos están perdidos	4, 377
Contra las leyes hipócritas	4, 390
La sabiduría es amorosa	4, 398
¡No enterré la vida!	4, 401
Reconciliación	5, 32
Posible	5, 40
Que la Palabra habite en vosotros	5, 45
Humildad	5, 51
Al sonido de la flauta	5, 56
Liberación	5, 58
Compañeros	5, 60
Hablar (a) Dios	5, 62

Yo siembro a voleo	5, 64
El pórtico del Reino	5, 66
«Nuestro» Jesús	5, 68
Una santa curiosidad	5, 72
Herida	5, 76
En medio de la Iglesia: el niño	5, 82
Servicio de Dios	5, 98
Dejarse retomar por Dios	5, 100
El régimen de la fe	5, 104
Pero ¿quién es este hombre?	5, 106
Palabra y vida	5, 109
Por la fe	5, 113
Impulsados a la conversión	5, 116
Justificar	5, 118
Nuestro padre Abrahán	5, 121
La vida por la fe	5, 123
El que siembra fuego cosecha vida	5, 134
El Espíritu gime en nosotros	5, 139
La energía de la esperanza	5, 143
Gratuitamente	5, 161
La fe nos salva	5, 171
Decidirse	5, 173
Llamados a la salvación	5, 183
Noche	5, 185
El corazón y los ojos	5, 192
Hoy me quedo en tu casa	5, 194
Arriesgar	5, 196
Adhesión	5, 200
Subamos a purificar el santuario	5, 202
¡Dichoso el pobre!	5, 210
¡En guardia!	5, 224
Convertidos	5, 229
Elegidos	5, 244
Amar hasta la locura	5, 249
Vocación	5, 271
Sin seguridades	5, 276
Herida	5, 281
No nos dejes caer en la tentación	5, 285
Prueba	5, 288
¿Por qué?	5, 290
Despojo	5, 292
Deuda sagrada: la gracia otorgada	5, 296
Te han visto mis ojos	5, 298
Servicio de Dios	5, 304
Nuestro padre Abrahán	5, 310
Adopción	5, 312
El vínculo de la misión	5, 338
No hay privilegio que valga	5, 346
Se precisa administrador hábil	5, 364
Otra cosa	5, 370
Fiesta	5, 384

Tienes que profetizar 5, 392

A2. La fe, afirmación de un futuro posible

Dejarse deslumbrar	1, 56
Cuando los cuerpos se levanten	1, 59
Nueva creación	1, 78
Sumergidos en el agua	1, 80
Pacto de vida	1, 99
El grano en la tierra	1, 106
El otro proceso	1, 117
El «caso Jesús»: un golpe de efecto	1, 119
¡Shalom!	1, 128
Testimonio	1, 134
Vida nueva	1, 136
Renacer	1, 137
Testimonio	1, 144
En los torbellinos de la historia	1, 153
Nuestro defensor	1, 198
Fuego	1, 221
Loca esperanza	2, 19
El desierto florecerá	2, 29
A corazón abierto	2, 110
El hombre devuelto a sí mismo	3, 21
Probado en favor nuestro	3, 23
Descanso	3, 29
Caminar hacia Dios	3, 31
El iniciador	3, 44
Con toda seguridad	3, 56
A pesar de todo	3, 58
Viendo lo invisible	3, 62
Poder de la fe	3, 64
Revelación	3, 79
En el principio	3, 86
Brecha	3, 102
Pasados cuarenta días...	3, 110
...Apareció el arco iris	3, 115
Rehacer al hombre	3, 125
La palabra que salva	3, 148
Del fracaso a la esperanza	3, 159
Testigo del amor	3, 183
El muchacho y el gigante	3, 191
El Evangelio a plena luz	3, 206
La semilla está en tierra	3, 207
Contra el temor y la incredulidad	3, 209
Se llaman «legión»	3, 212
El duelo se tornará alegría	3, 214
Contra la desesperación	3, 275
Anunciadores	3, 283

Una ley grabada en el corazón	1, 67	Enfrentados	3, 197	Arriesgar	4, 237	Herida	5, 76
Corazones obstinados	1, 69	Pecar contra el Espíritu	3, 200	Las bienaventuranzas, proclama- ción real	4, 244	En medio de la Iglesia: el niño	5, 82
La oración del corazón	1, 73	Ser familia de Jesús	3, 202	El fuego del amor	4, 250	Desposeimiento	5, 87
Conversión bautismal	1, 75	La semilla sembrada...	3, 204	Una alianza de amor	4, 252	Confesión	5, 95
Alegato el favor del escándalo	1, 91	La semilla está en tierra	3, 207	Transparencia	4, 256	Caridad	5, 91
Pacto de vida	1, 99	El verdadero tesoro	3, 218	El árbol de la vida	4, 274	Palabra y vida	5, 109
Se lo han llevado	1, 122	El corazón, no los sacrificios	3, 227	Cimientos que resisten	4, 276	Por la fe	5, 113
Testimonio	1, 134	Alcanzados en el corazón	3, 229	El canto de la esperanza	4, 278	Impulsados a la conversión	5, 116
Renacer	1, 137	Incomprensión	3, 240	Plan para una estrategia	4, 282	Justificar	5, 118
Pan partido para un mundo nue- vo	1, 146	Entrar en el dinamismo de la Pa- labra	3, 242	Dios toma partido	4, 286	Nuestro padre Abraham	5, 121
En los torbellinos de la historia	1, 153	El signo interrogado: de la con- fesión a la revelación	3, 244	A contracorriente	4, 288	En traje de faena	5, 129
Crecimiento	1, 159	La marcha va en serio	3, 247	Combate demoníaco	4, 290	El que siembra fuego cosecha vida	5, 134
Libertad	1, 165	Desposeídos	3, 252	Atar y desatar	4, 292	El Espíritu gime en nosotros	5, 139
Amor	1, 175	Decidirse	3, 258	Médico del mundo	4, 294	Esperando	5, 141
Imitación	1, 179	Como un niño	3, 262	Justicia y paz	4, 296	La energía de la esperanza	5, 143
Más allá de las cifras	1, 184	Recibir la herencia	3, 265	Por una religión refrescante	4, 310	La esperanza a salvo	5, 148
Hacerse discípulo	1, 190	Hay que elegir	3, 289	Emmanuel en Cafarnaúm	4, 312	Con el delantal	5, 159
Elegidos para amar	1, 192			Los sencillos lo entenderán	4, 314	Gratuitamente	5, 161
Consagrados	1, 194			Tu yugo sobre mis hombros	4, 316	Seguidores	5, 167
Memoria	1, 196	Dar gusto	4, 21	Sin estrépito ni intolerancia	4, 320	Decidirse	5, 173
Amor	1, 219	Profeta de la dicha	4, 28	¿Qué podrá probar el signo de Jonás?	4, 322	Por gracia	5, 180
Fuego	1, 221	La medida del amor	4, 34	Sin el menor favoritismo	4, 324	Llamados a la salvación	5, 183
		Tesoro	4, 41	No hay peor sordo...	4, 330	El corazón y los ojos	5, 192
Un torbellino de fuego	2, 41	Mi padre era un vagabundo	4, 47	Palabra sembrada a todos los vientos	4, 332	Arriesgar	5, 196
Un pequeño resto	2, 45	En la roca	4, 55	Paciencia	4, 334	Adhesión	5, 200
Lo que nuestras manos palparon del Verbo de la Vida	2, 73	Desmesura	4, 71	Sedución	4, 340	Subamos a purificar el santuario	5, 202
La cita	2, 89	En el vado de Yabboq	4, 83	Un profeta demasiado normal	4, 344	Conversión	5, 221
El mundo viejo ha pasado	2, 91	Ministerio de la alianza	4, 90	Cuando la generosidad no basta	4, 348	Convertidos	5, 229
Alfa y Omega	2, 93	La Palabra como único equipaje	4, 93	Manos sucias y corazón puro	4, 350	Hoy	5, 230
Luz en las encrucijadas	2, 113	Servir hasta el final	4, 95	¿Piedra de escándalo o piedra angular?	4, 354	Espirituales	5, 232
Amar es conocer	2, 115	El riesgo del testimonio	4, 97	Desviación en el próximo cruce	4, 356	Moldeados por el Espíritu	5, 242
Más allá del miedo	2, 118	Liberados	4, 104	Un grano de fe para curar a un lunático	4, 358	Elegidos	5, 244
		La verdadera travesía	4, 124	¿Amnistía general?	4, 368	Amar hasta la locura	5, 249
La perseverancia de la fe	3, 76	Alianza	4, 130	Mi amor... para siempre	4, 370	Vocación	5, 271
¡La unión hace la fuerza!	3, 119	Pacto	4, 138	Los ricos están tristes	4, 375	Luz	5, 273
Hacerse conforme	3, 123	Aquí tienes a tu Dios	4, 144	Los ricos están perdidos	4, 377	Herida	5, 281
Rehacer al hombre	3, 125	Encuentro	4, 148	Contra las leyes hipócritas	4, 390	Desencanto	5, 283
El tiempo de los niños reyes	3, 128	El rostro iluminado	4, 151	Contra las hipnosis religiosas	4, 392	Contra toda esperanza	5, 294
Un reino sin fronteras	3, 131	¡Acuérdate del desierto!	4, 165	La sabiduría es amorosa	4, 398	Deuda sagrada: la gracia otor- gada	5, 296
Con sabor a exceso	3, 137	Entre el viento y la tempestad	4, 171	¡No enterréis la vida!	4, 401	Inversión	5, 300
¡Sin impedimenta!	3, 141	Su nombre	4, 178			Cuando no se tiene más que ofrecer para ser compartido que el amor	5, 301
Nada es imposible para Dios...	3, 143	Shema Israel	4, 184	Reconciliación	5, 32	Nuestro padre Abraham	5, 310
Con Jesús servidor	3, 146	Adherirse	4, 187	Complir la palabra	5, 34	De la servidumbre al servicio	5, 315
La Palabra que salva	3, 148	Presente	4, 204	Benevolencia	5, 47	Espiritualización	5, 317
Fecundidad	3, 150	A la espera...	4, 206	Al sonido de la flauta	5, 56	No hay privilegio que valga	5, 346
Permaneció imperturbable	3, 157	¡Sin equipaje!	4, 208	Liberación	5, 58	Servidores de la gracia	5, 350
Las multitudes le escuchaban	3, 164	El salario del corazón	4, 213	«Nuestro» Jesús	5, 68	«Naturalización»	5, 357
Aquí está el novio	3, 186	Participación	4, 216	Una santa curiosidad	5, 72	Abocados a la pasión	5, 360
Entre la adhesión y el rechazo, la disputa y la amidad	3, 193	La ley de la vida	4, 219			Se precisa administrador hábil	5, 364
		Tomad sobre vosotros mi yugo	4, 222				
		Gerencia	4, 232				
		Mantener	4, 234				

¡En guardia!	5, 368
Otra cosa	5, 370
Fiesta	5, 384
Fidelidad	5, 386
El cántico de los salvados	5, 396

B2. La utopía y la esperanza cristianas

Dejarse deslumbrar	1, 56
Cuando los cuerpos se levanten	1, 59
Sumergidos en el agua	1, 80
Pacto de vida	1, 99
El grano en la tierra	1, 106
¡Shalom!	1, 128
Vida nueva	1, 136
Renacer	1, 137
En los torbellinos de la historia	1, 153
Viudez	1, 202

En el corazón del mundo	2, 16
Loca esperanza	2, 19
Estrellas, sol y buena noticia	2, 27

El iniciador	3, 44
Primogénito	3, 53
Con toda seguridad	3, 56
A pesar de todo	3, 58
Viendo lo invisible	3, 62
Poder de la fe	3, 64
En el principio	3, 86
Brecha	3, 102
Pasados cuarenta días...	3, 110
...Apareció el arco iris	3, 115
Rehacer al hombre	3, 125
Del fracaso a la esperanza	3, 159
Testigo del amor	3, 183
Aquí está el novio	3, 187
El muchacho y el gigante	3, 191
El Evangelio a plena luz	3, 206
La semilla está en tierra	3, 207
Contra el temor y la incredulidad	3, 209
El duelo se tornará alegría	3, 214
Contra la desesperación	3, 275
Anunciadores	3, 283

La medida del amor	4, 34
Esponsales	4, 38
Promesa	4, 53
El hijo de la ancianidad	4, 68
Padres de la Iglesia	4, 74
Ebriedad	4, 78
Rehabilitación	4, 81
La noche de la esperanza	4, 122

La prueba de la fe	4, 168
El paso de un pueblo	4, 191
¡Todo es posible!	4, 210
Participación	4, 216
Gerencia	4, 232
Mantener	4, 234
¡Adelante, sin miedo!	4, 248
Basta con un pequeño resto	4, 272
A contracorriente	4, 288
Médico del mundo	4, 294
Justicia y paz	4, 296
El derecho a la Palabra	4, 300
Sin estrépito ni intolerancia	4, 320
Cosas muy pequeñas	4, 336
Al sol de la tarde	4, 338
Un alfarero y unos pescadores	4, 342
Una huida con sabor a miel	4, 364
Un pastor no es un empresario	4, 380
Una sabiduría distinta	4, 389

Posible	5, 40
¿Dichosos?	5, 42
Tú eres mi roca y mi fortaleza	5, 49
Dios es humano	5, 53
Para caminar	5, 85
Para salvar la cosecha	5, 89
¡Animo!	5, 93
La vida por la fe	5, 123
Vida nueva	5, 125
La fuerza de la fe	5, 127
Vigilancia	5, 132
Y sin embargo...	5, 137
Esperando	5, 141
La energía de la esperanza	5, 143
Sólo la eternidad cura	5, 145
Frente a todo y contra todo	5, 151
El Día de Dios está ahí	5, 188
La virtud de la esperanza	5, 207
¿Es ya el fin?	5, 212
Perseverancia	5, 215
Encinta-Recinto	5, 217
¡En guardia!	5, 224
Contra toda esperanza	5, 294
Un largo camino	5, 319
Ante el tribunal de la historia	5, 321
Con la lámpara encendida	5, 331
Estar preparados	5, 334
«Domesticar» el tiempo	5, 375
La clave de la historia	5, 390
La esperanza para atravesar la historia	5, 398
Aquel día	5, 402
Vigías del futuro	5, 407

B3. La moral cristiana, una ley nueva

La conversión del corazón	1, 12
Una mirada nueva	1, 25
Cara a cara	1, 26
Futuro del hombre	1, 34
A la perfección	1, 36
Sin medida	1, 39
El culto y la ley	1, 62
Una ley grabada en el corazón	1, 67
Sacrificio matutino	1, 71
Por el nombre del Crucificado	1, 131
Por el hambre	1, 150
La ley de la resurrección	1, 167
Amor	1, 175
Imitación	1, 179
La paz en herencia	1, 186
Elegidos para amar	1, 192

Una carga ligera	2, 33
Elogio de la violencia	2, 37
La cita	2, 89
A corazón abierto	2, 110
Amar es conocer	2, 115
Otra religión	3, 38
Sacrificado para nuestra Pascua	3, 46
Elegir	3, 48
Aquí estoy para hacer tu voluntad	3, 50
La perseverancia de la fe	3, 76
Hijos con las manos sucias	3, 91
Compasión	3, 99
¡La unión hace la fuerza!	3, 119
Hacerse conforme	3, 123
Rehacer al hombre	3, 125
El tiempo de los niños reyes	3, 128
Con sabor a exceso	3, 134
Amar es la regla	3, 137
El primero	3, 139
¡Sin impedimenta!	3, 141
Nada es imposible para Dios...	3, 143
Con Jesús servidor	3, 146
Fecundidad	3, 150
Mi primero es mi segundo...	3, 161
Las multitudes le escuchaban	3, 164
Pecar contra el Espíritu	3, 200
El verdadero tesoro	3, 218
El corazón, no los sacrificios	3, 227
Alcanzados en el corazón	3, 229
Apertura y fidelidad	3, 231
Un orden nuevo	3, 254
Más allá de la ley: el amor	3, 260

Como un niño	3, 262
Recibir la herencia	3, 265
El tributo del Reino	3, 281
«Dos amores tengo...»	3, 285
Fidelidad a la Palabra	3, 287

No matarás	4, 25
La medida del amor	4, 34
Tesoro	4, 41
El dinero o la vida	4, 43
Ministerio de la alianza	4, 90
Servidores de la Palabra	4, 91
Servir hasta el final	4, 95
El riesgo del testimonio	4, 97
Alianza	4, 130
Pacto	4, 138
Aquí tienes a tu Dios	4, 144
Shema Israel	4, 184
Adherirse	4, 187
La alianza de la compasión	4, 197
Presente	4, 204
La ley de la vida	4, 219
Tomad sobre vosotros mi yugo	4, 222
Palabra de vida	4, 225
El fuego del amor	4, 250
Una alianza de amor	4, 252
Una brisa de ternura	4, 254
Transparencia	4, 256
Vencer el mal con el bien	4, 258
El reino de la caridad	4, 260
El espíritu de la discreción	4, 262
Una brizna de despreocupación	4, 268
Los pobres no juzgan	4, 270
El árbol de la vida	4, 274
Cimientos que resisten	4, 276
El canto de la esperanza	4, 278
Dios toma partido	4, 286
Combate demoníaco	4, 290
Sin estrépito ni intolerancia	4, 320
Palabra sembrada a todos los vientos	4, 332
Paciencia	4, 334
Cuando la generosidad no basta	4, 348
Manos sucias y corazón puro	4, 350
Por una Iglesia libre	4, 362
¡Tú eres el guardián de tu hermano!	4, 366
Mi amor... para siempre	4, 370
Los ricos están tristes	4, 375
Los malos no son mejores que los buenos	4, 383
Contra las leyes hipócritas	4, 390

Y Dios se arrepintió...	3, 107	Vida nueva	1, 136	Gerencia	4, 232	¿Dichosos?	5, 42
La Palabra que salva	3, 149	Renacer	1, 137	Mantener	4, 234	Dios es humano	5, 53
La guerra declarada	3, 179	Pan partido para un mundo		Las bienaventuranzas,		Al sonido de la flauta	5, 56
Se llaman «legión»	3, 212	nuevo	1, 146	proclamación real	4, 244	«Nuestro» Jesús	5, 68
Compasión	3, 235	Elegidos para amar	1, 192	La pasión del pobre	4, 246	Palabra y vida	5, 109
Conducir a la luz	3, 271	Memoria	1, 196	Plan para una estrategia	4, 282	Por la fe	5, 113
		Fuego	1, 221	Médico del mundo	4, 294	Impulsados a la conversión	5, 116
Apaciguamiento	4, 66			Justicia y paz	4, 296	Nuestro padre Abrahán	5, 121
Rehabilitación	4, 81	Illuminación indirecta	2, 51	El derecho a la Palabra	4, 300	Vida nueva	5, 125
Opresión	4, 106			Domingo libre	4, 318	Vigilancia	5, 132
Vino a su casa	4, 110	El hombre devuelto a sí		¿Qué podría probar el signo de		Esperando	5, 141
La verdadera travesía	4, 124	mismo	3, 21	Jonás?	4, 322	La fe nos salva	5, 171
¡Sin equipaje!	4, 208	Probado en favor nuestro	3, 23	Parábolas para una alianza		Por gracia	5, 180
¡Todo es posible!	4, 210	Con toda seguridad	3, 56	nueva	4, 326	Noche	5, 185
El salario del corazón	4, 213	Viendo lo invisible	3, 62	El tartamudo hablará	4, 328	El corazón y los ojos	5, 192
Participación	4, 216	Poder de la fe	3, 64	Paciencia	4, 334	Hoy me quedo en tu casa	5, 194
La ley de la vida	4, 219	Revelación	3, 79	El sol de la tarde	4, 338	Adhesión	5, 200
Tomad sobre vosotros mi yugo	4, 222	Pasados cuarenta días...	3, 110	Sedución	4, 340	Hoy	5, 230
¡Adelante, sin miedo!	4, 248	...Apareció el arco iris	3, 115	Un alfarero y unos pescadores	4, 342	Consagración	5, 241
Mesa abierta	4, 280	Ejemplo	3, 121	¿Piedra de escándalo o piedra		Moldeados por el Espíritu	5, 242
Médico del mundo	4, 294	Del fracaso a la esperanza	3, 159	angular?	4, 354	Elegidos	5, 244
Emmanuel en Cafarnaún	4, 312	Desvelamiento	3, 167	Desviación en el próximo		La situación invertida	5, 246
Historia con un perrillo	4, 352	¡Más lejos... más alto!	3, 249	cruce	4, 356	¡Está vivo!	5, 266
Un grano de fe para curar a un		Desposeídos	3, 252	¡Tú eres el guardián de tu		Vocación	5, 271
lunático	4, 358			hermano!	4, 366	Herida	5, 281
¡No impidáis a los niños!	4, 373	Razones para esperar	4, 32	¿Amnistía general?	4, 368	Deuda sagrada: la gracia	
Los ricos están perdidos	4, 377	Reir	4, 59	Una sabiduría distinta	4, 389	otorgada	5, 296
		Hospitalidad	4, 61			Un largo camino	5, 319
La apuesta	5, 21	Apaciguamiento	4, 66	Hablar de la fe	5, 23	Hacia la luz	5, 381
Liberación	5, 58	El hijo de la ancianidad	4, 68	Reconciliación	5, 32	Fiesta	5, 384
Una santa curiosidad	5, 72	Padres de la Iglesia	4, 74	Cumplir la Palabra	5, 34	Vigías del futuro	5, 407
Herida	5, 76	Rehabilitación	4, 81				
El régimen de la fe	5, 104	En el vado de Yabboq	4, 83				
Justificar	5, 118	La Palabra como único					
El Espíritu gime en nosotros	5, 139	equipaje	4, 93				
Sólo la eternidad cura	5, 145	Liberados	4, 104				
Gratuitamente	5, 161	Vino a su casa	4, 110				
No nos dejes caer en la		Marcados a fuego	4, 112				
tentación	5, 285	Un hombre que hace historia	4, 115				
No hay privilegio que valga	5, 346	La noche de la esperanza	4, 122				
Servidores de la gracia	5, 350	La verdadera travesía	4, 124				
Mundo nuevo	5, 394	Liberación	4, 127				
		Subir hacia la transfiguración	4, 135				
B6. La luz que da la fe		El rostro iluminado	4, 151				
		¡Acuérdate del desierto!	4, 165				
El corazón de Dios	1, 49	Su nombre	4, 178				
Dejarse deslumbrar	1, 56	Memoria	4, 182				
Cuando los cuerpos se		Shema Israel	4, 184				
levantan	1, 59	A la espera	4, 206				
Corazones obstinados	1, 69	¡Todo es posible!	4, 210				
Nueva creación	1, 78	Participación	4, 216				
Se lo han llevado	1, 122	Palabra de vida	4, 225				
Testimonio	1, 134	Servir a la Palabra	4, 227				

C. LA IMAGEN DE DIOS: LA TEO-LOGIA

C1. <i>El Dios de los cristianos:</i>		Ultima palabra	3, 17
<i>un Dios diferente</i>		Otra religión	3, 38
		Búsquedas	3, 88
El corazón de Dios	1, 49	Testigo del amor	3, 183
Gracia incansable	1, 65	Enfrentados	3, 197
Alegato en favor del escándalo	1, 91	Pecar contra el Espíritu	3, 200
Juicio	1, 93	¿Quién es éste?	3, 216
Se acerca la hora	1, 110	Dios hace mudanza	3, 225
Corazón nuevo	1, 142	Compasión	3, 235
Dios en fuga	1, 155	Administrar	3, 272
Pan entregado	1, 161	En el lugar del Reino	3, 278
Dios de ternura	2, 31	Verdad	4, 36
Una carga ligera	2, 33	Hospitalidad	4, 61
El escándalo del evangelio	2, 47	La trampa	4, 64
Amor apasionado	2, 49	Desmesura	4, 71

Dichosos los que son perdonados	4, 18
Verdad	4, 36
Vino a su casa	4, 110
Marcados a fuego	4, 112
Viático	4, 132
Unidos por la sangre	4, 141
Pasar el Rubicón	4, 174
Su nombre	4, 178
A la espera...	4, 206
¡Todo es posible!	4, 210
El salario del corazón	4, 213
Participación	4, 216
Tomad sobre vosotros mi yugo	4, 222
Plan para una estrategia	4, 282
Dios toma partido	4, 286
Dios seductor	4, 298
Sin estrépito ni intolerancia	4, 320
Un profeta demasiado normal	4, 344
El profeta y el poder	4, 346
Un pastor no es un empresario	4, 380
La gloria de Dios en un velo	4, 387
Un rostro santo	5, 16
Ese hombre llamado Jesús	5, 18
En el origen y al término de la fe	5, 29
El escándalo de la fe	5, 79
Pero ¿quién es este hombre?	5, 106

Expresa a Dios	5, 111
Misericordia	5, 154
Con el delantal	5, 159
Ser partícipes	5, 164
El último puesto	5, 353
La lección de un herético	5, 372
<i>C2. Jesús, modelo del hombre: el salvador</i>	
Cara a cara	1, 26
De tal padre, tal hijo	1, 82
El hijo de Abrahán	1, 97
Filiación	1, 101
La puerta del Reino	1, 169
El hombre devuelto a sí mismo	3, 21
El iniciador	3, 44
Sacrificado para nuestra Pascua	3, 46
Primogénito	3, 53
Fijos los ojos en Jesús	3, 67
Servidores de la Palabra	4, 91
Pasar el Rubicón	4, 174
La ley de la vida	4, 219
Tomad sobre vosotros mi yugo	4, 222
El canto de la esperanza	4, 278

Pasados cuarenta días...	3, 110
Rehacer al hombre	3, 125
Del fracaso a la esperanza	3, 159
Las multitudes le escuchaban	3, 164
Puerta abierta	3, 177
Doce... un pueblo para el mundo	3, 195
Ser la familia de Jesús	3, 202
El Evangelio a plena luz	3, 206
Un pueblo nuevo	3, 222
No hay más signo que la vida	3, 238
Nada de derechos	3, 256
Conducir a la luz	3, 271
Padres de la Iglesia	4, 74
Ebriedad	4, 78
El riesgo del testimonio	4, 97
Marcados a fuego	4, 112
Liberación	4, 127
Alianza	4, 130
Entre el viento y la tempestad	4, 171
Unidos	4, 194
A la espera...	4, 206
¡Todo es posible!	4, 210
El salario del corazón	4, 213
Participación	4, 216
Servir a la Palabra	4, 227
Arriesgar	4, 237
Cimientos que resisten	4, 276
Atar y desatar	4, 292
El derecho a la Palabra	4, 300
Doce pobres en el camino	4, 304
Hombres sacrificados	4, 306
El tartamudo hablará	4, 328
Palabra sembrada a todos los vientos	4, 332
Cosas muy pequeñas	4, 336
Al sol de la tarde	4, 338
Un alfarero y unos pescadores	4, 342
Manos sucias y corazón puro	4, 350
Por una Iglesia libre	4, 362
¡Tú eres el guardián de tu hermano!	4, 366
Los malos no son mejores que los buenos	4, 383
Contra las hipnosis religiosas	4, 392
Por una santidad despierta	4, 396
¡No enterréis la vida!	4, 401
La apuesta	5, 21
Hablar de la fe	5, 23
Capturar para ser capturado	5, 26
En Cristo	5, 37

Compañeros	5, 60
En misión	5, 70
Para salmar	5, 85
Para salvar la cosecha	5, 89
¡Animo!	5, 93
Servicio de Dios	5, 98
Seguidores	5, 167
Conversión	5, 221
Iglesia y Evangelio	5, 227
Hoy	5, 230
Ser de la Iglesia	5, 234
Atrapado para quedar prendado	5, 237
El ayuno de las bodas	5, 239
Consagración	5, 241
Elegidos	5, 244
Caridad	5, 253
Fracción del pan	5, 256
Amor	5, 260
El Evangelio de la Resurrección	5, 264
¡Está vivo!	5, 266
A imagen del Resucitado	5, 269
Asunto de familia	5, 275
Libertad	5, 313
Hijos de la luz	5, 323
Incendio	5, 336
El vínculo de la misión	5, 338
La Iglesia de la paciencia	5, 340
La creación del día séptimo	5, 342
Servidores de la gracia	5, 350
El reinado de la humildad	5, 355
Hacia la luz	5, 381
Fiesta	5, 384
Advenimiento	5, 388
La clave de la historia	5, 390
Tienes que profetizar	5, 392
Testimonio	5, 400

E. LA IGLESIA, PUEBLO DE CREYENTES

<i>E1. La Iglesia, sacramento de la Alianza en el presente</i>	
Quando los cuerpos se levantan	1, 59
El «caso Jesús»: un golpe de efecto	1, 119
Se lo han llevado	1, 122
Juntos	1, 140
Pan partido para un mundo nuevo	1, 146
En los torbellinos de la historia	1, 153
La Iglesia, futuro del mundo	1, 181
Más allá de las cifras	1, 184
La vid	1, 188
Hacerse discípulo	1, 190
Elegidos para amar	1, 192
Consagrados	1, 194

Memoria	1, 196
Nuestro defensor	1, 198
Conocer	1, 200
Viudez	1, 202
Cuerpo de Cristo	1, 204
La hora	1, 211
Testamento	1, 213
Unidad	1, 217
Amor	1, 219
Fuego	1, 221
Alfa y Omega	2, 93
El libro de las vocaciones	2, 96
Hoy	2, 121
Agua y sangre	2, 123
Contagio	3, 25
Descanso	3, 29
Hijos con las manos sucias	3, 91
Conpasión	3, 99

E2. La Iglesia, testigo y prenda del tiempo futuro

Quando los cuerpos se levantan	1, 59
Pacto de vida	1, 99
El grano en la tierra	1, 106
El «caso Jesús»: un golpe de efecto	1, 119
¡Shalom!	1, 128
Por el nombre del Crucificado	1, 131
Testimonio	1, 134
Vida nueva	1, 136

Dejarse retomar por Dios	5, 100	Sacralización	3, 36	Contra las hipnosis religiosas	4, 392	Subamos a purificar el santuario	5, 202
«Nos atrevemos»	5, 102	Otra religión	3, 38	Por una santidad despierta	4, 396	Perseverancia	5, 215
El trabajo de la oración	5, 190	Viendo lo invisible	3, 62	¡No enterréis la vida!	4, 401	¡En guardia!	5, 224
Novedad	5, 236	Pobres de solemnidad	3, 73	La apuesta	5, 21	Iglesia y Evangelio	5, 227
Caridad	5, 253	En el principio	3, 86	Capturar para ser capturado	5, 26	Hoy	5, 230
Fracción del pan	5, 256	Búsquedas	3, 88	Cumplir la palabra	5, 34	Consagración	5, 241
Fiesta	5, 384	Hijos con las manos sucias	3, 91	En Cristo	5, 37	Moldeados por el Espíritu	5, 242
		Una historia ambivalente	3, 104	Posible	5, 40	Amasados de vida	5, 262
		Y Dios se arrepintió...	3, 107	¿Dichosos?	5, 42	¡Está vivo!	5, 266
F3. María		Pasados cuarenta días...	3, 110	Hablar (a) Dios	5, 62	A imagen del Resucitado	5, 269
La casa del silencio	2, 61	Las multitudes le escuchaban	3, 164	En misión	5, 70	No se emigra de lo humano	5, 278
Danza primaveral	2, 64	La semilla está en tierra	3, 207	Confesión	5, 91	Un largo camino	5, 319
Cántico para una revolución	2, 66	Dios hace mudanza	3, 225	¡Animo!	5, 93	Ante el tribunal de la historia	5, 321
Madre de Dios	2, 97	Apertura y fidelidad	3, 231	El régimen de la fe	5, 104	Éxito	5, 325
		No hay más signo que la vida	3, 238	Nuestro padre Abrahán	5, 121	La creación del día séptimo	5, 342
Sin estrépito ni intolerancia	4, 320	Contra la desesperación	3, 275	La vida por la fe	5, 123	La parábola del amor	5, 344
				Vida nueva	5, 125	«Domesticar» el tiempo	5, 375
		Razones para esperar	4, 32	Esperando	5, 141	La viuda importuna	5, 379
		Promesa	4, 53	Dios de nuestros padres	5, 157	Mundo nuevo	5, 394
F4. La alegría		El hijo de la ancianidad	4, 68	Noche	5, 185	Vigías del futuro	5, 407
La fiesta interior	1, 17	El riesgo del testimonio	4, 97	Arriesgar	5, 196		
Danza primaveral	2, 64	Opresión	4, 106				
Ebriedad	4, 78	Un nombre que hace historia	4, 115				
Participación	4, 216	La noche de la esperanza	4, 122				
Justicia y paz	4, 296	La verdadera travesía	4, 124				
¿Amnistía general?	4, 368	Liberación	4, 127				
Los ricos están tristes	4, 375	Alianza	4, 130				
		Viático	4, 132				
¿Dichosos?	5, 42	Subir hacia la transfiguración	4, 135				
Gratuitamente	5, 161	Encuentro	4, 148				
		Al ritmo de su paso	4, 154				
		La prueba de la fe	4, 168				
		Entre el viento y la tempestad	4, 171				
		Reaprender a Dios	4, 201				
F5. Lo cotidiano: donde se engendra la Buena Nueva		A la espera...	4, 206				
El grano en la tierra	1, 106	El niño hablará	4, 229				
El otro proceso	1, 117	Gerencia	4, 232				
En los torbellinos de la historia	1, 153	Mantener	4, 234				
Carne y sangre	1, 163	Arriesgar	4, 237				
Conocer	1, 200	Las bienaventuranzas,					
Cuerpo de Cristo	1, 204	proclamación real	4, 244				
Por el mundo	1, 215	¡Adelante, sin miedo!	4, 248				
		El espíritu de la discreción	4, 262				
		El tesoro real	4, 266				
		Basta con un pequeño resto	4, 272				
		Parábolas para una alianza nueva	4, 326				
El hombre nuevo	2, 55	Palabra sembrada a todos los vientos	4, 332				
Emmanuel	2, 57	Paciencia	4, 334				
Lo que nuestras manos palparon del Verbo de la Vida	2, 73	Cosas muy pequeñas	4, 336				
Solidario de los exiliados	2, 86	Al sol de la tarde	4, 338				
El libro de las vocaciones	2, 96	Manos sucias y corazón puro	4, 350				